

A woman with long red hair, wearing a green hat, a plaid shirt, and denim shorts, is walking away from the camera on a sandy beach. In the background, a large white sheet covers a figure, with a person's legs visible underneath. The scene is set against a bright, hazy sky and ocean.

*Encuentro
de
Almas*

Por nosotros

Sonia R. Salvante

Encuentro de almas, PARTE II
POR NOSOTROS

SONIA R. SALVANTE

© Sonia R. Salvante.

1ª edición, enero de 2019.

Imagen de portada: Adobe Stock.

Diseño de cubierta: Alexia Jorques.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para mis niños...
Por todas esas horas robadas.
Os quiero

Índice

PRÓLOGO

CAPITULO 1

Chema

Laura

CAPITULO 2

Laura

Chema

CAPITULO 3

Chema

Laura

CAPITULO 4

Chema

Laura

Chema

CAPITULO 5

Laura

Chema

CAPITULO 6

Chema

Laura

CAPITULO 7

Laura

Chema

Laura

CAPITULO 8

Chema

Laura

CAPITULO 9

Chema

Laura

CAPITULO 10

Chema

Laura

Chema

CAPITULO 11

Chema

Laura

CAPITULO 12

Chema

Laura

Chema

CAPITULO 13

Laura

Chema

CAPITULO 14

Laura

Chema

CAPITULO 15

Chema

Laura

CAPITULO 16

Laura

Chema

Laura

CAPITULO 17

Laura

Chema

CAPITULO 18

Laura

Chema

CAPITULO 19

Chema

Laura

CAPITULO 20

Chema

Laura

CAPITULO 21

Chema

Laura

CAPITULO 22

Laura

Chema

CAPITULO 23

Laura

Chema

Laura

CAPITULO 24

Laura

Chema

CAPITULO 25

Laura

CAPÍTULO 26

Chema

CAPITULO 27

Laura

CAPITULO 28

Laura

Chema

CAPITULO 29

Chema

Laura

CAPITULO 30

Laura

Chema

Laura

CAPITULO 31

Chema

Laura

CAPITULO 32

Chema

Laura

CAPITULO 33

Laura

CAPITULO 34

Chema

CAPITULO 35

Laura
EPÍLOGO
Marta
SOBRE LA AUTORA

PRÓLOGO

Madrid, en ese futuro ya escrito Navidades del 2040

El centro comercial está abarrotado de gente. Los pasillos repletos, las escaleras colmadas y los carros cargados, sobre todo de regalos, esos últimos que casi todos nosotros dejamos para el final, aunque nos prometamos todos los años comenzar con las compras en noviembre.

Atravesando los escasos metros desde la puerta de entrada hasta donde tienen preparada mi mesa, observo con timidez como varios rostros se vuelven hacia mí, supongo que reconociéndome. Y estoy convencida de que no todos son lectores míos. Hoy no es muy difícil hacerlo. El póster a tamaño real en la puerta, en el que aparezco con mi última novela, es un buen reclamo para que mi cara no pase desapercibida.

—Cariño, estás temblando —susurra mi marido en mi oído, cercando mi cintura con su brazo.

—Es que esto... No esperaba tanta gente. Ni esa cosa horrorosa como publicidad.

Él se echa a reír.

—Pues estás preciosa, que lo sepas.

—Si tú lo dices... —mascullo por lo bajo, componiendo al mismo tiempo una temblorosa sonrisa para mi público, que ya hace cola ante la mesa donde me sentaré en breve.

—Lo estás. Y con respecto a la gente, no toda está aquí por ti. Estas son fechas de compras masivas, ya sabes.

—Ya. Y me alegro. No de lo de las compras... O sí. Quiero decir, de que no estén aquí todos por mí. Aunque no debería, supongo, pero...

La carcajada de David interrumpe mi incoherente monólogo.

—Respira, Diana. A tus lectores ya los tienes ganados, cariño. Míralos, todos los que te esperan ya tienen tu libro en sus manos. Y estoy por apostar que la mitad de ellos ya lo han leído y solo se han acercado para verte y que se lo firmes.

—Tienes razón. Ya pasó lo peor, que era vender, ¿no?

—Ajá. Venga, siéntate, sonríe y pásalo bien, preciosa. Tú solo disfruta del día, ¿vale?

—Vale. Vamos allá —digo cogiendo mucho aire y soltándolo en un suspiro, mientras me quito el abrigo y lo coloco sobre el respaldo de mi silla. Me acomodo en ella, al tiempo que David lo hace a mi lado, y levanto la vista hacia la azafata que espera mi consentimiento para dar paso a la primera persona.

—Realmente, lo que sí me sorprende es la cantidad de hombres que hay —comenta David mirando hacia delante.

—Vaya —susurro—. ¿Por qué? Tú eres un hombre y a ti también te gustó mi libro.

—Sí, eso es verdad. —Sonríe él—. Pero a lo mejor yo no soy objetivo.

—Uy, pues mal vamos. —Hago un mohín y él vuelve a reírse. Aunque yo lo he dicho en serio.

Y tan en serio. David no solo es mi marido y mi gran apoyo. Es mi editor, mi corrector y mi agente literario. Si él no es objetivo... no sé yo si es bueno que trabajemos juntos.

—No te rayes —dice, porque me conoce—. Todos ellos demuestran que, sea yo objetivo o no, es realmente bueno.

—Ay... —suspiro, pero al instante miro el reloj, compongo mi mejor sonrisa y le hago una

seña a la azafata para comenzar con las firmas. Es algo pronto, pero no creo que a nadie le importe. Ni a los que esperan, ni a mí, que estoy atacada de los nervios y necesito dejar de pensar y ponerme a hacer algo.

—Hola, Diana. Es un placer conocerte. Me he leído todo, todo, todo lo tuyo. Eres maravillosa y tus personajes son... casi de la familia —me dice una entusiasmada jovencita una hora después, con varias de mis novelas en sus manos—. ¿Me los firmarías todos? ¿Te importa? No sé si me he pasado al traerlos, pero me dije... ¿por qué no?

—Claro que te los firmo. Faltaría más. —Sonríe sincera, mientras ella me los tiende abriendo uno al azar por la primera página—. ¿Cómo te llamas?

—Micaela.

—¡Qué nombre más bonito, Micaela! Creo que te lo voy a coger prestado para mi nueva protagonista.

—Oh, sería un honor. Gracias, gracias por todo —susurra ella, llevándose las manos al pecho, mientras yo, después de sonreírle de nuevo, bajo mi cabeza e improviso una dedicatoria.

—Gracias a ti, Micaela. Por leerme y por estar aquí.

—Diana... Aquí tienes. —Una tímida chica de más o menos mi edad coloca sobre la mesa el libro que hoy ocupa parte de las mesas de la sección de libros—. No sé ni qué decirte. Es fabuloso. Lo devoré en un día. ¡Me encantó!

—Gracias, muchas gracias.

—Gracias a ti, por escribir como lo haces. Por hacer que los personajes parezcan de carne y hueso. Aunque, si me permites, te diré que mi preferido es uno de tu primera novela.

—¿Ah, sí? —pregunto con auténtica curiosidad. Porque, sin duda, esa también es mi favorita—. ¿El protagonista, quizá?

—No... El poli.

Me echo a reír, mientras David también acompaña mis risas.

—El poli es un buen personaje, sí —mete baza él.

—Se hace querer —aseguro yo, guiñándole un ojo a la chica y abriendo el libro ya con el bolígrafo en la mano—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Laura.

Es inevitable que, al oírla, levante la vista de nuevo hacia ella, mientras se me encoge el estómago.

—¿Laura? —susurro, notando sobre mí la mirada de mi marido, que sabe perfectamente lo que ese nombre significa para mí. Bueno, eso, en realidad, no lo sabe, ni él ni nadie. Ni siquiera yo. En todo caso sabe que oírlo me afecta de una manera singular, extraña.

—Sí, Laura.

Ella debe de observar algo raro en mí, porque, dos segundos después, se rasca una mejilla, desconcertada, antes de volver a hablar.

—¿Sucedo algo?

—No, no. Perdona. Es que... ese nombre... me gusta mucho. Me recuerda a alguien. —Creo. Aunque esto último no lo digo, por supuesto.

—Bueno, sí, tampoco me sorprende demasiado. Por algo se lo pondrías a una de tus protagonistas, ¿no?

—Sí, claro. —Me muerdo el labio inferior y la dedicatoria me sale sola, casi sin pensar.

—Bueno, cariño. Un descanso, ¿de acuerdo? ¿Te traigo un café?

—Sí, un café estaría bien. Pero, si no te importa, voy a seguir firmando. Me da cosa bebérmelo tranquilamente mientras la gente espera.

—Vamos, Diana... Que todo el mundo entiende que tienes derecho a tomarte un respiro.

—No, en serio... —insisto, paseando mi mirada por la cola que no parece haberse reducido nada en dos horas. Es como si, en cuanto me despido de cada uno de ellos después de estampar mi firma, otro más ocupara su lugar al final.

Entonces, mientras observo la larga fila, mis ojos se quedan clavados en una chica que, inclinada, lee la sinopsis de mi novela en una de las mesas a mi izquierda. Está de perfil, concentrada en el libro. Una persona más, como otras tantas de las que los observan a su lado, o en otros puestos del lugar. Sin embargo, no puedo apartar la vista de ella, solo de ella.

Va vestida bastante informal. Pantalón vaquero, jersey crudo y botas camperas. Se ha quitado el acolchado anorak verde, que ahora cuelga en uno de sus brazos, en el mismo que carga con un bolso marrón. Una larga trenza rubia oscura le llega a media espalda, mientras un par de mechones más cortos le caen sobre la frente y ella los aparta de vez en cuando con un movimiento de cabeza inconsciente.

—Diana... ¿qué sucede?

Oigo a David, pero no le contesto. El vello se me acaba de erizar entero y mi estómago ahora no está encogido, sino bailando dentro de mí. Ella se acaba de girar y ha quedado frente a mí. Le echa una mirada resignada a la cola, se encoge de hombros y luego mueve los ojos hacia donde estoy.

Estamos relativamente cerca, por lo que aprecio su color. Ámbar. Un castaño clarísimo, precioso. Siento la misma sensación que si una mano helada se posase sobre mi nuca, mientras trago saliva impulsivamente, a pesar de tener la boca seca.

Dios mío... ¿Qué me pasa? ¿Quién es? ¿Por qué me siento tan extraña? ¿Aturdida, incluso?

—Diana, cariño...

—¿Conoces a esa chica, David? ¿A la de la trenza? Esa, la del jersey crudo...

David sigue mi mirada y niega despacio con la cabeza.

—No. ¿Tú sí?

—No lo sé. Creo que sí, pero en realidad... no. No la conozco. Pero...

—Vale. Tranquila. ¿Quieres que me acerque a ella y...?

Aparto un momento mi vista de ella y la dirijo a mi marido. A este hombre maravilloso que nunca ha cuestionado mis rarezas, nunca. A pesar de que sé que para cualquier persona que no sea yo son difíciles de comprender. Hasta de creer.

—No. No, mejor no. —Respiro hondo y recojo el bolígrafo que he dejado caer sobre la mesa al verla—. Ve a por ese café, anda, que yo seguiré con lo mío.

—¿Segura?

—Sí, cariño. Segura.

Y, cuando giro de nuevo la cabeza hacia el sitio donde ella estaba, ya no la veo.

Entrecierro los ojos, decepcionada ante ese hecho, pero no le doy más vueltas. Ahora tampoco

puedo, tengo que centrarme en toda esa gente que está aquí por mí.

—Hola —le digo a un chico de unos treinta años que se acerca a la mesa.

—Hola. Me llamo Julio. Encantado, Diana. Es un placer. —Sonríe, entregándome mi novela.

—El placer es mío, Julio. ¿El libro es para ti?

Él se ríe entre dientes.

—¿Por qué? ¿Te resulta raro? Ya sé que no somos muchos los chicos que estamos aquí hoy, pero sí, es para mí.

—No, no es raro. Perdona, no pretendía decir eso. Es solo que mi marido fue el primer sorprendido al veros, así que algo se me ha pegado, supongo.

—Bueno, dile que aún quedamos unos pocos románticos.

—Se lo diré. Pero lo sabe. Él es de esos —le digo sonriendo, relegando al fondo de mi cerebro a la chica misteriosa que me ha puesto el cuerpo del revés.

Hoy, me debo a mis lectores.

«Estás entre lo que quiero tener y lo que me da miedo tener».

Marilyn Monroe.

CAPITULO 1

Chema

No es que esté cansado, es que estoy totalmente reventado, joder. La jornada no ha podido ser peor, no hay nada que odie más que rehacer un trabajo. Sobre todo cuando la culpa es prácticamente mía. No debí irme el viernes sin sacar aquellos ladrillos mal colocados.

—Deja de maldecir, hombre. La habría tirado igual.

Miro a Julián, que comienza a caminar con una carretilla cargada de escombros.

—Sí, es que menuda mala suerte —rumia Tobías a su lado, clavando la pala en el suelo y apoyándose en el mango.

Sí, menuda mala suerte. La que parece perseguirme desde el puto día en que me tocó la maldita lotería. Y pensar en lo feliz que me hizo aquella noticia...

—¿Unas cervezas, chicos? —nos grita Paco, saliendo por la puerta trasera del bar y atravesando la pequeña parcela hasta el cobertizo que estamos construyendo. Sin una palabra más, nos entrega una a cada uno y se da la vuelta con prisas, mientras nosotros todavía estamos agradeciéndoselas.

—Nada, no es nada —suelta ya caminando, pero no puede evitar quedarse un segundo parado delante del árbol que ha caído sobre la pared a medio hacer y que hemos apartado hacia un lado entre todos. Sin siquiera mirarnos y volviendo a andar, comenta al descuido—. Bueno, al menos tendré que comprar menos leña este invierno. No hay mal que por bien no venga.

Chasqueo la lengua y resoplo mientras coloco un nuevo ladrillo, mientras los demás se ríen, algunos entre dientes, como Colás, o abiertamente, pues Julián no se corta nada y sus carcajadas están crispándome los nervios.

Y estos ya están bastante alterados desde mi visita al cementerio de ayer. Como si la anterior semana no fuese ya lo suficientemente tensa. Con todas sus noches. Pues no. La de anoche fue, sin dudas, la peor, porque todo el alivio que sentí durante aquel extraño y mágico momento delante de su tumba se convirtió más tarde en preocupación e incredulidad. En ocasiones, en esos instantes en que mi parte más cuerda tomaba el control, contradictoriamente pensaba en la posibilidad de que estuviese volviéndome loco de verdad. Así es como se empieza, ¿no? Con alucinaciones y ese tipo de cosas... Apenas pude pegar ojo, hablando en voz alta algunas veces y teniendo ganas de llorar otras tantas. Infernal, eso fue. De ahí que ahora solo esté pendiente del reloj, esperando que sea la hora de irme a casa de una buena vez.

Cosa que, por otro lado, también temo, porque no sé en qué plan estará Laura. Y lo cierto es que solo quiero un poco de tranquilidad y que las aguas vuelvan a su cauce. ¿Es mucho pedir?

Pues parece que sí. Porque en cuanto comenzamos a recoger para marcharnos, mi segundo deseo se hace realidad, pero no como yo quería. No pretendía decir que el agua robada a la tierra acabase de nuevo sobre ella, pero eso es lo que sucede cuando se pone a llover, y de manera torrencial. Como si estuviese cayendo a cubos sobre nosotros, joder.

Así que llego a casa empapado, agotado y cabreado. Una combinación maravillosa, sobre todo para encontrarme a una Laura muy seria, sentada a la mesa de la cocina y apretando una taza de café entre las manos con demasiada fuerza.

—La próxima vez que les hagas una promesa a tus hijas, procura cumplirla —me suelta en cuanto me ve.

—¿Qué?

—Lo que oyes. —Se levanta y saca unas sobras de la nevera que mete en el microondas. Por la pinta, me imagino que las trajo ayer de casa de su padre y, a pesar de cómo me siento o cómo me

ha hablado, comienzo a salivar.

—¿Es comida de Lidia?

Ella se gira y me fulmina con los ojos.

—Sí. ¿Es lo único que te interesa? ¿Sabes que tus hijas...?

—A ver, no es para tanto. —Me dejo caer en una silla y me aparto el flequillo mojado de la frente—. Supongo que te refieres a que les dije que iba a desayunar con ellas. No pude. Julián me llamó a primera hora porque necesitaban una mano para apartar un puñetero...

—A mí no me des ningún tipo de explicaciones. Son ellas las que estaban decepcionadas. Y enfadadas. No te puedes ni imaginar cómo se puso Marta...

—Bueno, no exageres. Creí que ya sabías tratarla. No...

—¡Estaba fuera de sí, joder! Me dijo unas cosas...

—Vamos, Laura, ella es una niña y se supone que tú, una adulta. No le des tanta importancia a...

—¡No me digas qué es importante y qué no! ¡No te atrevas! Tú no estabas aquí para saber qué fue lo que pasó.

La miro con los ojos muy abiertos, pensando que o bien ella, o bien las niñas, están sacando un poco las cosas de quicio.

—Joder... A ver, ¿dónde están? —pregunto un tanto exasperado, comenzando a quitarme la camiseta allí mismo, pues la tengo pegada al cuerpo a causa de la lluvia y me molesta. Debería hacer lo mismo con todo lo demás, pero prefiero primero comer, después me daré una ducha y a ver si consigo cerrar los ojos al menos...

—¿Qué se supone que haces? —sisea Laura.

—¿Qué? —vuelvo a preguntar por segunda vez desde que entré, y tan sorprendido como la primera, ya con la vista clavada en el plato que me acaba de poner delante.

—¿Ahora en esta casa se come desnudo? —cuestiona consiguiendo que la mire.

—Por Dios, Laura, estoy completamente empapado. Y hambriento. Déjame...

Ella, todo en menos de un segundo y mientras me explico, mira hacia la ventana y frunce el ceño, como si se percatase en ese instante de que está diluviando.

—Eso no quiere decir —me interrumpe— que, por simple educación, no te mantengas vestido mientras...

—Uy, por favor —me burlo, comenzando a irritarme de veras con su actitud—, ¿desde cuándo eres tan pudorosa y correcta?

—¿Qué estás tratando de decir? —Entrecierra los ojos y se cruza de brazos.

—Nada. Solo que esto es ridículo, tú estás siendo ridícula, Laura.

—Oh, perfecto. O sea, que a ti te parece bonito, ¿no? Pues haz lo que quieras. Eres un gran ejemplo para las niñas, no cumples tu palabra, te sientas medio desnudo a la mesa...

Y cada palabra de ella me cabrea un poco más. Será que aún no me he perdonado por lo mal padre que fui cuando murió Clara, dejándolas de lado para rumiarme el dolor, conducta que ahora trato de compensar como puedo. O será que esta semana ha sido una puñetera pesadilla y he tocado fondo. Lo que sí sé es que me siento atacado y hablo sin pensar.

—¡Cosas peores hemos hecho en esta mesa, joder! ¡No seas hipócrita...!

Dios... En cuanto me doy cuenta de lo que estoy diciendo, ni siquiera acabo la frase. Cierro los ojos y me muerdo el labio inferior, arrepentido, pero ya es tarde. Cuando los abro, Laura me mira atónita, pero no tarda ni una milésima de segundo en convertir toda esa emoción en rabia. Tanta que no me extrañaría que acabase echando fuego por los ojos.

—¡Algo que, por cierto, también empezaste tú!

—Y que tú... —«No, no, Chema, no acabes esa frase».

—¿Y que yo qué? ¿Disfruté? —Joder, es que esta tía no se corta un pelo—. ¿Es eso lo que ibas a decir?

—¡No! —«Mentiroso». Y furioso, porque ahora es en lo único que puedo pensar. En ella disfrutando en mis brazos. Mierda—. ¿Sabes qué, Laura? ¡Que estoy en mi puñetera casa y solo pretendo comer como me da la real gana! ¿Puedes respetar eso?

—¡Sí, claro! ¡Genial! —grita ella más alto de lo que lo he hecho yo—. Pues como yo también estoy viviendo aquí, ¡voy a acabarme el café como me salga del puto coño! ¡Y todo con mucho respeto, eh!

Y, dejándome perplejo, se quita la camiseta y toma asiento tan pancha, llevándose la taza a la boca. Que, a ver, yo la he visto muchas veces en bikini y, Dios, incluso desnuda, pero esto... Esto es de locos, joder.

—Pero... Pero... ¿Se puede saber qué demonios...?

—Pues lo mismo que tú. Ay, no —se mira los pechos—, que aún no estamos igual. Tendría que...

—¡Ni se te ocurra! —Aparto el plato y me levanto como un resorte. Y me vuelvo a sentar de inmediato, para que no note cómo ha respondido mi cuerpo ante la conversación anterior, unida a la visión de esas increíbles tetas desbordando el sostén y, para rematar, imaginarme que hasta podría quitárselo. La Virgen... Esto no es de locos. Seguro que soy yo, que estoy como una regadera. Y ella... Ella, que está todavía peor—. ¡Tú no eres normal, joder! ¿A qué coño viene ahora esto?

—¡No tengo ni puta idea! —chilla, volviendo a ponerse en pie y dejándome totalmente descolocado—. ¡Es que me tienes harta! ¡Harta! ¡No ayudas nada, coño! ¡Y voy a acabar por volverme loca!

—¿De qué hablas ahora? Yo... —Confundido, me incorporo y apoyo las manos en la mesa—. Yo no sé qué... Jesús, Laura, ¡¿a qué te refieres?!

—¿Por qué gritáis tanto? ¿Y qué...? ¿Por qué estáis así, sin ropa?

—¡Marta! —grito su nombre. Lo grito, sí, porque no puedo creer que nos dejásemos llevar de este modo con las niñas en casa. Y también porque no sé qué decirle para explicarle esta estúpida situación—. ¡Marta, cariño!

—¿Por qué sigues gritando? —me pregunta con los ojos abiertos, ladeando la cabeza. Y entonces también lo hace ella—. ¡¿No oyes bien?! ¡Tienes que ir a GAES! ¡Como el abuelo!

—¿Qué? —pregunto intentando entender algo de lo que dice. Que lo comprendo, pero...

—¡Jo, pues sí que no oyes nada! ¡¿Fue así de repente o te diste un golpe, papá?!

Pestañeo para aclararme, porque esto es absurdo. No me extrañaría en cualquier momento oír esas risas enlatadas que aparecen en algunas series cómicas. Incluso, a pesar de la discusión anterior, no puedo evitar mirar a Laura, la que siempre parece saber cómo salir de estos embrollos.

—¡Papá! —se impacienta mi hija.

—Sí, cariño, tu padre se ha llevado un golpe en la cabeza. Y además de sordo, lo ha dejado tonto.

Abro los ojos como platos al oír a Laura. Para eso, mejor que hubiese permanecido calladita...

—Oye... —protesto como un idiota.

Pero ella me ignora, recoge la camiseta con rapidez y sale de la cocina, dejándome solo con Marta y un cabreo de mil pares de narices.

—¡Papá! ¡¿Estás...?!

—¡Deja de gritar! ¡No estoy sordo! —Y cuando me doy cuenta de que yo sigo chillando, intento calmarme cogiendo el mayor aire posible—. Tu tía y yo no estábamos de acuerdo en algo, nada más. Y quizás elevamos un poco las voces, pero no tienes nada de lo que preocuparte. ¿Dónde está Llara?

—Se ha quedado dormida en la cama de tía Laura mientras jugábamos en su ordenador.

—Ah... Pues déjala dormir un ratito —le digo, mientras meto el plato de nuevo en el microondas, que seguro que ya tengo la comida otra vez fría—. Y ve a jugar tú un poco más, si quieres.

—Vale. —Ella da dos pasos y creo que va a hacerme caso, pero de repente se para y me mira—. Pero... ¿por qué estabais sin ropa?

Joder...

—Porque... Porque a mí me puso perdido la lluvia. Y ella... —Flipo cuando mi hija se acerca a la camiseta que dejé apoyada en una silla y la coge para cerciorarse de ello. Y entonces reparo en que estoy dándole explicaciones a una niña de cinco años y ella está asegurándose de que no son excusas, como si hubiésemos intercambiado los papeles—. Marta, ve a jugar.

Mi voz, usada en el tono de padre estricto y enervado que no suelo utilizar mucho, hace que me obedezca a la primera, después de tragar saliva y dejar la maldita camiseta donde estaba.

Meneo la cabeza, disgustado. Jesús, a ver si ahora puedo comer en paz... Aunque ya ni siquiera tengo apetito.

—Papi, ¿puedo acostarme aquí contigo y me abrazas?

Salgo de este estado de duermevela en el que llevo casi toda la tarde y le hago sitio en el sofá para que se acurruque a mi lado. Llevan un buen rato las dos sentadas al estilo indio en la alfombra viendo la tele, pero Llara hoy está más cariñosa de lo normal, levantándose de vez en cuando para acariciarme la cara o darme un beso que yo agradezco con una sonrisa, aunque sin abrir los ojos del todo.

Se coloca boca arriba muy apretada contra mí y con la cara girada hacia el televisor. Yo paso un brazo por su cuerpecito, impidiendo así que pueda irse al suelo, y meto la cabeza en el hueco de su cuello, deleitándome con ese aroma dulce e inocente que siempre desprenden las dos.

—Papi, ¿estás bien? —me pregunta volviendo su rostro hacia mí y cogiéndomelo entre las manos—. ¿Eres feliz? ¿Te ponemos contento?

Frunzo el ceño durante un fugaz momento, pero acabo por sonreír para responder a esas preguntas que parecen tan importantes para ella.

—Claro, cariño. Sois lo que más quiero en esta vida. ¿Cómo no...?

—Yo quiero que seas feliz, ¿vale? —Baja la mirada cuando me dice eso y después vuelve su atención a la tele.

—Llara, cielo, ¿qué sucede? ¿Es porque hoy no pude desayunar con vosotras? Ya os dije que...

—Se cayó un árbol —acaba la frase por mí, pero sin mirarme—. Ya no estamos enfadadas por eso.

—Vale, me alegro. Entonces...

—Ya no quiero hablar más —me interrumpe. Sorprendido en un principio ante su afirmación, acabo por quitarle importancia. Supongo que ahora mismo *Peppa Pig* le resulta más interesante

que seguir una conversación con su padre.

Cierro los ojos de nuevo, pero, al igual que el resto de la tarde, estos son los únicos que descansan, pues mi cabeza vuelve una y otra vez a los mismos pensamientos que esta noche no me dejaron dormir, solo que, además, ahora también me agobia la discusión de este mediodía con Laura. Es que hay que joderse... Como si no tuviera suficiente con todo lo anterior...

Porque lo de ayer... ¡Jesús! Soy incapaz de quitármelo de la mente. ¿En serio Clara se despidió de mí o solo vi lo que quise ver? Quizá mi desesperación y confusión crearon una fantasía para aplacar este sentimiento de culpa y...

«O sucedió tal cual lo recuerdas. Y deberías quedarte con lo que eso supone. Con su perdón y su comprensión».

Y con su adiós. Dios...

Casi dos años. Casi dos años sin ella y todavía me cuesta decírselo. Aunque, muy en el fondo, eso sea lo mejor, lo más acertado. Lo normal, lo que todo el mundo espera. Lo que yo deseo con todas mis fuerzas... Que es, en el fondo, lo que me hace sentir tan mal. Porque yo no quiero olvidarla, pero una parte de mí lucha por hacerlo, por seguir adelante. La misma parte que es incapaz de ver a Laura como a una simple cuñada. La que se siente atraída por ella, por su menudo pero impactante cuerpo, por sus salidas de tono, por su sonrisa, hasta por su mala hostia... Y de esa tiene para dar y tomar.

Bueno, yo tampoco es que me luzca en su presencia. Hoy, sin ir más lejos, estuve del todo desafortunado, pero... Pero, joder, ella ya estaba cabreada cuando llegué a casa. Casi prefería cuando me evitaba... No, eso es mentira. Lo cierto es que prefiero que discutamos, nos gritemos o nos digamos un sinfín de burradas como solemos hacer. Cualquiera cosa es mejor que su indiferencia, y eso es lo preocupante. O tal vez es tan sencillo como que Laura es la única que logra hacerme sentir vivo. Vivo de verdad. Tanto que así nos va... Me dejo llevar de tal manera que acabo metiendo la pata. O follándomela... Ay, Dios. Pero es que ella tampoco ayuda nada, eh, que...

Abro los ojos como platos en cuanto esa frase cruza mi mente.

«No ayudas nada, coño. Y vas a acabar por volverme loca». Esas fueron sus palabras. ¿Cuántas veces las usé yo en referencia a ella? No necesito pensar la respuesta. Infinidad de veces.

Y, de repente, caigo en lo que mi egoísmo me impidió ver en su momento. Que ella seguramente luche contra sus propios demonios. ¿Cómo no me di cuenta antes? Claro que la atracción entre nosotros es mutua, me lo demostró en cada una de las ocasiones en las que la toqué. Pero ella adoraba a Clara. De distinta manera que yo, pero no menos intensa. ¿O acaso no renunció a su vida por sus hijas?

A veces no me tolero a mí mismo. No se puede ser más insensible ni más estúpido, joder. No solo la cagué después de descargar en ella el deseo acumulado durante meses, sino que no pensé en sus sentimientos ni un instante. En lo que ella debía de sentir por desear al marido de su hermana y acostarse con él.

Primero creí que había caído en la tentación de un polvo fácil y luego hasta me planteé, arrogante y estúpidamente, que quizá sentía por mí algo más... profundo, por el tema de su virginidad y eso... Cosa que ya me aclaró, de una forma tan absoluta que fue como si hubiese mandado lejos mi ego de un bofetón. Nada que no me mereciera, por otra parte.

En ningún momento se me ocurrió que todo es mucho más simple que las películas que me monto. Solo somos el espejo del otro, con los mismos prejuicios y el mismo deseo. Dos personas con una química brutal y un parentesco que la muerte de mi mujer ha roto a todos los efectos,

salvo el emocional.

Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que no me equivoco en mis apreciaciones. Pero ¿ahora qué hago con esta información? Porque ya no tengo claro que ignorar esto que los dos sentimos sea factible. Y dar rienda suelta a esta atracción es una locura.

—Papá, tengo hambre —dice Marta, tirando de la pernera de mi pantalón.

Casi agradezco la interrupción de mis pensamientos y me incorporo, todavía con Llara en brazos.

—Vale, cariño. Vamos a la ducha y después cenamos —contesto, mirando el reloj y descubriendo que es más tarde de lo que creía.

—¿Hoy tampoco va a cenar tía Laura con nosotros? Hace mucho que no lo hace.

Frunzo los labios y no sé qué contestarle a eso. Después de nuestra discusión y de meterse en su cuarto, salió al cabo de media hora y, con una excusa entre dientes que ni entendí, se marchó del piso a pesar de la que estaba cayendo.

—Llámala, papi. Dile que venga. Ella también tiene que ser feliz —susurra Llara contra mi mejilla, produciéndome una sensación demasiado extraña al oír esa frase en sus labios. ¿Qué perra le ha entrado ahora a esta criatura con la felicidad, por Dios? Pero también sé que tiene razón. Ellas se merecen que me trague el orgullo y que intente devolver la normalidad a esta casa.

—Vamos a hacer una cosa. Si al salir del baño aún no ha llegado, la llamo, ¿vale?

Laura

Dejo la bolsa y las cajas que cargo sobre las escaleras que suben al piso superior antes de meter la mano en el bolso y buscar las llaves. Y luego respiro profundamente y suelto el aire en un suspiro antes de meterlas en la cerradura. Me quedo mirándolas, como si en ellas estuviera la solución a todos mis desvelos. Vuelvo a suspirar, cierro los ojos y, cuando me doy cuenta, ya me he girado, apoyado la espalda en la puerta y arrastrado mi cuerpo al suelo, sentándome en el felpudo y abrazando mis rodillas.

¿Es que nunca voy a aprender a pensar antes de hablar o actuar? ¿A qué persona en sus cabales se le ocurre quitarse la camiseta y tomarse el café en sujetador, delante de su cuñado, joder? Y gritarle como una loca. Y pagar con él todas sus frustraciones. Y querer matarlo la mayor parte del tiempo. Y el resto de él, comerlo a besos. Y amarlo, y...

«Deja ese temita para otra ocasión y ahora céntrate en solucionar la que has armado a mediodía, guapa».

Sí, eso es lo que tengo que hacer. Intentar volver a lo que teníamos antes de acostarnos. Porque esto no es manera de vivir. Nuestra convivencia resulta insoportable e imposible y, aunque solo sea por las niñas, uno de los dos debería poner algo de su parte para enmendarla. Es lo mínimo que puedo hacer por Clara. Darles a sus hijas un ambiente agradable, cómodo, estable. Vamos, un hogar como Dios manda, donde los adultos puedan dejar de lado los dramas y comportarse como lo que son.

Tengo que decir en mi defensa que, si estaba cabreada cuando Chema llegó, era por algo. Que hoy las niñas comenzaron amargándose el desayuno y durante la comida la cosa todavía empeoró. Entiendo que las molestara que su padre incumpliera la promesa que les había hecho la noche anterior, pero su manera de demostrarlo acabó por sacarme de quicio. No solo cogieron la pataleta del año, sino que Marta llegó incluso al insulto, echándome en cara que, si su papá ya no las quería, era por mi culpa, que yo debería haberme muerto en vez de su madre y más frasecitas de esas que logran clavársete en el pecho a modo de puñales. Que solo es una cría, sí, demasiado especial, también, y que seguramente es su manera de enfrentarse a una situación que la desborda, pero aun así... Duele, joder. Duele mucho.

No sé cómo logré mantener la compostura y ponerme lo suficientemente firme para que cesara en esa actitud y se disculpara, consiguiendo de paso que Llara dejase de sollozar. Pero, aunque aparentemente todo pasó, sus palabras seguían taladrándome el cerebro cuando Chema llegó y... Y luego va el tío y le quita importancia a todo. Y no contento con eso, se saca la camiseta, como si no lo encontrase ya perversamente *sexy* mojado y vestido. Y, para rematar, suelta la bomba... Ay, Dios, es que no ayuda nada a la causa, joder. Sobre todo ahora... Ahora que...

«Sé feliz, Laura».

Ahora que esas palabras se repiten una y otra vez en mi mente, como plegaria. Mi hermana quiere que sea feliz... Y si no estoy solo engañándome a mí misma, la foto que no sé cómo acabó en mi mochila me da una pista del con quién. Ay, Clara... Si no estoy loca del todo, me concediste tu permiso para amar a tu marido. Tu comprensión para ahuyentar esta culpa que me corroe... Tu bendición. Pero... Pero ahora yo no sé qué hacer con eso, porque este amor no es correspondido y... Y, además, después de tantos años sintiéndome horrible por amar a Chema, no es tan fácil creer que me merezco luchar por él. Es que ni siquiera sé si quiero hacerlo.

Y no, no lo digo por los rumores, ni siquiera por orgullo, que también tendría bastante que decir sobre el tema, sino porque todo me resulta tan enrevesado, tan confuso... Era algo tan

imposible que ahora me da verdadero pavor dejar paso a la esperanza.

Sí, soy una cobarde. Yo, la valiente, la impulsiva, la loca... Yo tengo miedo. A sufrir por amor más de lo que ya lo hago. Tengo tanto miedo que aquí estoy, como una idiota, sentada en el descansillo sin atreverme ni a entrar en casa. Quién me ha visto y quién me ve.

Pensar eso me da las fuerzas para levantarme, abrir la puerta y meter las compras dentro, reafirmandome en que ahora tengo que centrarme en solucionar el presente y esta situación de mierda en la que estamos.

—Hola —saludo al llegar al baño, adonde me han llevado las voces. Me encuentro a Chema sentado en la taza del váter secando ya a Llara, mientras Marta se pone el pijama cerca de ellos.

—Hola —me saluda él, mirándome durante unos segundos de una forma que solo puedo definir como extraña. Parece estar analizándome y eso me pone nerviosa, por lo que aparto mi vista y me dirijo a Marta.

—A ver, que te ayudo.

—No, puedo yo. Ya soy mayor.

—Ya lo sé, pero...

—Mina, mejor péiname a mí, que papi siempre me hace daño.

—Es que tienes muchos nudos, Llara —le explica él—. Es muy complicado quitártelos sin...

—Pues Mina lo hace.

Chema me mira y se encoge de hombros. Y yo no puedo evitar sonreír levemente ante su cara de circunstancias.

—Será que yo tengo más práctica. Mi pelo es igual que el tuyo —le digo a la pequeña cogiendo ya el cepillo del armario.

—Bueno, si acabas tú aquí, me pongo con la cena. —Chema se levanta e intenta pasar por detrás de mí sin rozarme, lo que es sumamente difícil, pues entre la piletta y la bañera no hay demasiado espacio. Y ese hecho, por una causa que desconozco, me hace gracia cuando debería molestarme.

—No es necesario. He traído un par de *pizzas* de El italiano.

A través del espejo veo que me observa sorprendido y yo sonrío con timidez.

—Mi ofrenda de paz —susurro para que solo me oiga él. Con ello lo único que logro es que ahora parezca todavía más asombrado, así que dejo de mirarlo y comienzo a peinar a Llara con paciencia, mechón a mechón.

Su murmullo, cuando llega, casi me hace dar un respingo.

—Gracias. La mía será poner la mesa y sacar los refrescos, ¿de acuerdo?

—Solo si también lavas los platos —me atrevo a decir en tono de broma sin dejar de pasar el cepillo.

Él amplía la sonrisa hasta el punto de casi cegarme y asiente con un guiño. Y, cuando por fin sale del baño, tengo que coger aire de golpe, pues me había olvidado de respirar. Ay, por favor, estoy hecha un flan y se supone que la cordialidad entre nosotros debería tranquilizarme, ¿no? ¿Cómo puede seguir afectándome de esta forma después de tantos años? Es una tortura, joder.

Por suerte, la cena transcurre sin sobresaltos. Quizá Llara está más callada de lo normal, y nosotros también, pero Marta se ha encargado de amenizarnos la comida con una de sus charlas informativas, esta vez acerca de la evolución del hombre, algo sobre lo que ha estado leyendo últimamente. En serio, esta niña nunca deja de sorprenderme, para bien o para mal.

—Ah, tía, y mañana es la excursión. No te olvides de que tengo que llevar puesto el chándal del cole —me suelta de repente, haciéndome pensar dónde demonios puse el dichoso chándal. Y mi cara debe de expresar exactamente lo perdida que estoy, porque prosigue cruzándose de brazos

—. Jo, no me digas que está sucio o algo así.

Sí, me conoce bien la condenada.

—No —respondo apresurada—. No, creo que lo lavé.

Me levanto metiéndome en la boca el último trozo de *pizza* y casi corro al lavadero, donde lo encuentro entre la ropa para planchar. Suspiro de alivio y se lo enseño a través de la puerta.

—Aquí está. —Sonrío triunfal.

—Todo arrugado —objeta ella.

Lo miro y sí, está hecho un buñuelo. Luciendo una sonrisa de «aquí no pasa nada», doblo con extremo cuidado las dos piezas y regreso a la cocina con ellas, donde las coloco en mi silla para luego sentarme encima. Por no sacar ahora la plancha... ¡Qué pereza!

—Pero... Pero... ¿qué haces? —pregunta Marta con los ojos como platos.

—Ya verás. Te va a quedar planchadito.

Oigo un bufido a mi izquierda y, cuando miro hacia Chema, este tiene las cejas en alto y está esforzándose por no reír.

—¿Qué pasa? ¡Funciona! —me defiendo.

Él eleva las manos en un gesto de paz, pero Marta no parece estar por la misma labor.

—Va a oler fatal. Tú... Tú tienes tu culo encima, tía. Eso es un asco.

—Oye, que yo me lavo. —Mi comentario ofendido queda totalmente ofuscado por la carcajada de Chema. Supongo que era mucho aguantar.

—Tía... —sigue quejándose mi sobrina.

—Oh, no seas pesada y confía en mí. Después si quieres le echamos colonia, pero te juro que no va a oler a nada, listilla.

—Papá... —Ahora la muy cargante se dirige a su padre, a ver si así consigue algo—. Dile que lo planche normal.

Él deja de reír e intenta ponerse serio para hablarle, pero entonces sus ojos se quedan clavados en la silla entre ellos dos, esa que sigue vacía desde la muerte de Clara. Lo que hace la costumbre... Ya ni siquiera nos parece raro ese hueco desafortunado en medio.

—Marta, ven —le pide a la niña, tocando el asiento en cuestión con golpecitos que indican que quiere que lo ocupe. Yo casi contengo la respiración ante eso, pero la pobre Marta se queda a cuadros.

—¿Quieres que...? ¿Puedo...?

—Sí, ven, siéntate aquí, estás muy lejos.

Mi sobrina se levanta animada por la sonrisa de Chema y se sitúa en el lugar destinado a la ausencia de Clara.

—A partir de ahora puedes sentarte aquí siempre, ¿vale? —continúa él como si tal cosa. Y creo que no soy yo sola la que considera que este momento es del todo trascendental, pues un silencio solemne cae sobre todos, olvidada ya la ropa que se alisa bajo mi trasero.

—Mami ahora sí que se ha ido para siempre, ¿verdad?

Todos miramos hacia Llara, que ha expuesto eso con una tristeza inmensa y la vista clavada en su plato.

—Bueno, cariño... —digo yo, rompiendo otro de esos silencios imponentes. Mi corazón retumba tan fuerte en mi pecho que casi no oigo ni mis palabras—. Mami se fue hace mucho, ya lo sabes. Ahora es...

—Pero ahora tampoco va a venir más a mi cuarto por las noches. A veces me cantaba... Y otras... Otras no hablaba, pero yo sabía que... Que estaba ahí. Y ahora... Ahora...

—¿Ahora qué, mi vida? —pregunta Chema con una dulzura increíble, dándole pie por primera

vez a que hable con naturalidad de esto, lo que me sorprende tanto que soy incapaz de quitarle los ojos de encima.

Él acaricia los rizos de la pequeña, animándola a que siga y, después de lo que me parece una eternidad, ella consigue hablar, aunque en susurros.

—Se ha ido. Ahora se ha ido de verdad. Se... Se des... despe... despid...

—¿Se despidió de ti, cielo? —acabo su frase sin pensar, acariciándole un brazo, notando como se eriza todo mi vello y queriendo admitir que también lo hizo de mí. Pero sé que eso sería contraproducente, para ella y para los demás, así que me lo callo y espero, paciente, una respuesta.

—Sí —suspira mi ahijada sin atreverse ni a levantar la mirada una sola vez.

El hondo suspiro de Chema me hace volver a mirarlo, y lo encuentro observando a la niña con una sonrisa triste en la cara, nada sorprendido, enfadado o nervioso, como suele ponerse ante este tipo de comentarios. Dios mío, ¿será posible que Clara también...?

—¿Por qué...? ¿Por qué le hacéis caso a esta mentirosa? —salta Marta, paseando sus ojos de Chema a mí incesantemente, rompiendo la pregunta que formulaba mi mente—. ¿Por qué? ¡Eso no es verdad!

—Marta, cálmate... —intercede Chema—. Tu hermana se merece el beneficio de la duda. Lo haya soñado o lo haya vivido, ella cree que eso fue lo que sucedió y...

—¡Eso es una tontería! ¡Los fantasmas no existen! ¡Ni siquiera existe Dios! Nosotros salimos del mono. ¡Del mono, papá! No puedes...

—Marta, por favor, como te oiga tu abuela. —Joder, y lo he dicho en alto. Mierda.

Chema no puede evitar reprender con la mirada mi inadecuado comentario, pero al mismo tiempo se acerca más a Marta para intentar abrazarla.

—Cariño, mira...

—¡No! ¡No vais a convencerme! ¡También era mi mamá! ¡No! —La angustiada Marta tira la silla al suelo en sus prisas por salir de la cocina y, seguramente, correr a llorar a su cuarto.

—¡Marta! ¡Por favor, escucha! —Chema va tras ella, no sin antes hacerme señas de que atienda a Llara, como si hiciera falta que me lo dijese. La pobre ahora llora en silencio, casi aterrada, con los ojos muy abiertos ante la escena que ha montado su hermana.

—Yo... Marta... Ella... —balbucea, tiesa como un palo y con la vista perdida en la puerta por donde acaba de irse su padre.

La alzo y la siento en mi regazo, cobijándola en un abrazo que necesito tanto como ella.

—Tranquila. Shhh, tranquila, cariño. Ella va a estar bien. Y tú también. No pasa nada. Shhh.

—Pero... Yo... Yo...

La mezo como si se tratase de un bebé, enjugando sus lágrimas con mis dedos y mis besos, murmurándole palabras de consuelo que ni proceso, hasta que consigo que se quede dormida en mis brazos.

Le aparto unos rizos de su cara y me embarga un sentimiento tan grande de amor por ella que hasta duele. Esto es lo que debe de sentirse por un hijo. No puedo creer que vaya a querer más a uno de mi propio vientre. Y esto es aplicable también a Marta, a pesar de su carácter difícil, o quizá exactamente por eso. Porque esa niña me recuerda tanto a mí... Esa manera de encolerizarse en vez de llorar, sus escasos reparos a la hora de hablar, la forma de guardarse lo más importante y, en cambio, aparentar comerse el mundo. Salvando su privilegiada inteligencia, me siento tan reflejada en ella la mayor parte del tiempo que es imposible que no la quiera o no la entienda.

«Dios mío, Clara, ahora también estoy totalmente loca por tus hijas. Más de lo que ya lo estaba, quiero decir». Y hasta me sorprende cuando este pensamiento no va cargado de la

amargura que lo acompañaría hace escasas horas. Porque su visita lo ha cambiado todo... Aunque a mí todavía me cueste aceptarlo.

Llora se remueve en mis brazos ya entumecidos, pero no quiero llevarla a su cama hasta que Chema no vuelva de calmar a Marta.

—¿Te cuento un secreto? —murmuro con mis labios contra su frente, sin esperar que en realidad me escuche ya—. Yo te creo. Creo que sí se despidió de ti.

—¿Y por qué la crees, Laura?

Giro la cara lentamente, abochornada y con un nudo en el estómago.

Ay, joder. ¿Y qué le contesto yo ahora a Chema?

CAPITULO 2

Laura

Me aparto a un lado con el carro de la compra cuando veo a la mujer venir de frente con otro cargado hasta los topes. Aun así, a pesar de estar casi incrustada contra los botes de tomates y pimientos, tenemos que hacer un ejercicio matemático de encaje de ángulos para que logre pasar. Y claro, eso da tiempo para el saludo que en este pueblo resulta del todo obligado.

—Hola, Laura. Todavía se hace extraño verte en plan ama de casa.

Aprieto los labios ante el comentario, porque, claro, aquí, para la mayoría de la gente, saludar es sinónimo de hurgar en la vida del prójimo. O de exponer opiniones que nadie ha pedido, véase el caso.

—Buenas tardes, Lucía —contesto sin forzarme a sonreír. La mujer del panadero es una cotilla insuperable y todavía tengo muy presente el día en que yo misma la cogí en el ajo.

—Así que... ¿de compras?

—No, qué va. Vengo a ponerme un empaste. Hay una muela que me está tocando los...

Justo en ese momento, nuestros carros chocan ruidosamente, después de un golpe brusco que ella le ha dado al suyo, supongo que para callarme. Y ahí compongo mi primera sonrisa. Y hasta es sincera. Lucía se mueve todavía más apurada al verla, queriendo salir cuanto antes de mi lado.

Un par de movimientos más que las dos coordinamos y cada una sigue su dirección, pero ella parece que no se ha quedado a gusto.

—¡Ay, niña! Y pensar que hay gente en el pueblo que dice que has cambiado. Sigues siendo la misma de siempre.

—¡Gracias a Dios! Usted, por desgracia, también.

Ella comienza a menear la cabeza con evidente disgusto, pero no me quedo a acabar esta discusión sin sentido y sigo caminando, cogiendo algún artículo de las estanterías que ni siquiera sé si necesito.

—Deberíais poner unas señales de dirección única. Estos pasillos son estrechos hasta decir basta —le digo a Lidia, a la que me encuentro al final del pasillo, agachada reponiendo algo en los últimos estantes.

Mi madrastra me sonrío cómplice y divertida. Seguramente haya oído mi intercambio con esa bruja.

—Ya las hay —dice señalando hacia arriba, donde veo unas flechas azules en las que yo tampoco me había fijado hasta ahora. Pero eso no impide que me muestre totalmente ofendida.

—¡Joder! ¡Y por encima iba en dirección contraria! ¿No la podéis multar o algo así? —replico, pero luego, contagiándome de su sonrisa ahora todavía más amplia, continúo en susurros —. Entre tú y yo. Quizá sí haya cambiado un poco, pero sigo sin poder soportar ciertas cosas.

Ella se levanta y se sacude las manos en los pantalones.

—Se te nota. Se te nota. —Me da un beso en la mejilla y me guiña un ojo—. Venga, sigue a lo tuyo, que tengo que irme al almacén.

Me muerdo el labio inferior intentando no reírme por lo absurdo de todo esto y me dirijo a la sección de higiene, antes de que se me olvide comprar lo primero que apunté en la lista. Ya delante de los tampones, miro las ofertas como tengo por costumbre. Lo cierto es que tanto me da unos que otros, y estas cosas son caras de narices, eh.

Sin querer, o por la costumbre adquirida durante los años de adolescencia, mis ojos se mueven a un lado, donde un pequeño surtido de preservativos ocupan el estante superior. Recuerdo con nostalgia y diversión aquel día que apostamos a ver quién se atrevía a comprar una caja, aquí, en

el súper del pueblo. Ganamos Nieves y yo, que, ni cortas ni perezosas, nos llevamos no una, sino dos cajas ante la cara estupefacta de Ricardo, el dueño del establecimiento. No debíamos de contar más de quince años y a día de hoy todavía me extraña que aquello no hubiese llegado a oídos de mi padre.

Fue una tarde divertida. Llenándolos de agua y jugando con ellos en el patio del colegio, después de haber saltado la verja buscando un lugar lo suficientemente privado para que nadie nos mirase con aversión y disgusto.

Mi boca compone una sonrisa ante los recuerdos y un pensamiento se cruza, haciendo que la pierda en el acto. Chema tenía uno aquella noche. Y estoy segura de que no era para jugar a globos de agua con él. Que sí, que acabó utilizándolo conmigo, pero... Pero sus intenciones al tenerlo en su bolsillo no eran otras más que las que yo ya me había temido.

«Bueno, ¿y qué? Tiene derecho a follarse a quien quiera, ¿no? ¡Ni que fuera un monje! Date con un canto en los dientes de que al final lo hiciera contigo».

Sí. No. Yo qué sé. Sobre esa noche, mis sentimientos son tan dispares y contradictorios que no me aclaro ni yo. Dejando a un lado el tema de Clara, tengo que reconocer que me dio lo que yo llevaba deseando durante demasiados años. Pero después... Después me hizo sentir diminuta. ¡Tan poca cosa!

«Te lo dijo antes de empezar. Una sola noche. Quería una sola noche contigo. Ahora no te hagas la ofendida».

Eso es verdad, aunque yo estuviera demasiado turbada para procesar sus palabras como literales. Pensé que era una forma de hablar... Pero de todos modos, la pregunta del millón es ¿por qué? ¿Por qué conmigo? La pregunta que él sí tuvo el valor de exponer ante mí y que yo respondí con una absoluta mentira. La pregunta que me trae de cabeza. Porque, seamos sinceros, a mí todo aquello me cogió un poco por sorpresa pero él... Él, joder, volvió adrede de Cudillero para... para acostarse conmigo. ¿O no? Quizás...

—¿No tienes claro que condones usa Chema?

—¡¿Qué?!

—Si no tienes claro...

—¡Ya te he oído a la primera, idiota! —interrumpo a Lucas.

—Eh... No te enfades. Solo bromeaba.

—Pues ya ves cómo me río —le suelto, cogiendo en sus morros dos cajas de tampones sin fijarme en el precio y metiéndolas de malas maneras en el carro—. Y, por cierto, ¿es que tú nunca trabajas o qué?

—De mañana —explica, encogiéndose de hombros e insinuando una sonrisa—. Y tú ¿qué? ¿Haciendo la compra?

Pero qué manía tiene la gente de hacer preguntas estúpidas...

—Pues sí. Y, si te apartas, seguiré haciéndola.

—Cómo no...

Él levanta las manos y se echa a un lado ampliando su sonrisa, al parecer muy divertido con mi mala leche. Quizá por eso, cuando ya he pasado por su lado, ese demonio interior que me posee muy a menudo me hace girar la cabeza para no dejarlo con la última palabra.

—Y, respondiendo a tu pregunta, aquí no hay su talla. Él sí la tiene enorme.

—Papi, cinco minutos más de tele, por favor.

—Vale, pero que sean cinco. Y después a la cama —le dice Chema a Llara, que está, junto con su hermana, sentada en el sofá del salón.

Escondo la sonrisa tras la taza de café cuando veo como se miran entre ellas, haciéndose gestos de haber ganado esa pequeña batalla y, después, le doy un buen sorbo al oscuro brebaje echando un vistazo de reojo a Chema.

Él juguetea con un cigarrillo, que no se encenderá hasta acostar a las niñas, mientras contesta un mensaje en su móvil.

Por suerte, no ha vuelto a insistir sobre lo de ayer por la noche. Yo me hice la loca y le pasé a Llara para que la acostara, quejándome de su peso. Mantuve el suficiente coraje para permanecer en la cocina esperándolo y no correr a esconderme en mi cuarto, pero cuando volvió lo acribillé a preguntas sobre el estado de Marta, así que o se olvidó del tema o tuvo la delicadeza de no volver a sacarlo.

Al menos hoy no ha habido dramas a la mesa, e incluso hemos mantenido una charla entre nosotros sobre su trabajo y la ausencia del mío. Cordial, amable, con alguna chanza por medio... Como antes de... Aunque, la verdad, no sé si son cosas más, pero entre nosotros ahora hay algo que antes no había. Una especie de tensión, de expectación... Una corriente extraña que no sé muy bien cómo definir. Y no, no es esa sensación que siempre me llena en su presencia, sino algo más. Algo... diferente. ¿También lo notará? ¿O solo quiero creerlo? No, en realidad no quiero que lo note. Quiero... ¡Joder, no sé ni lo que quiero!

O tal vez sí... No haberle dicho a Lucas aquella última frase, por ejemplo. Es que menuda ida de olla. Pero nunca he sido de las que aguantan un vacile sin responder a él y... Y supongo que mucho no he cambiado. A veces se me olvida que ya no puedo permitirme ser la deslenguada de siempre. Convivo con mi cuñado y con mis sobrinas, soy un referente para ellas, debería aprender a callarme y no alimentar los rumores, ¿no?

Resoplo sin darme cuenta, apartando mis rizos hacia atrás en un gesto del todo frustrado.

—¿Qué te pasa?

—¿Eh? Nada, nada.

—¿Segura? —pregunta, entornando los ojos.

—Sí, sí. Segura.

Él me observa un instante más, pero luego se levanta e insta a las niñas a que se metan ya en cama. Ellas obedecen, a regañadientes, pero lo hacen. Me dan un beso de buenas noches y se encaminan a su cuarto delante de su padre. Entonces Chema, antes de salir, se gira hacia mí.

—Yo... Yo voy ya a acostarme, ¿vale? Estoy agotado. Me apetece tumbarme más que cualquier otra cosa. Incluso que fumar.

Sonríó ante sus explicaciones, como si el hecho de que quiera irse a la cama pudiese interpretarlo como un desplante por su parte.

—Claro, vete. Yo tampoco tardaré en hacerlo.

—Vale. Hasta mañana, entonces.

En cuanto desaparece de mi vista, le robo el pitillo que ha dejado sobre la mesa y lo enciendo con parsimonia, disfrutando con los ojos cerrados de esa primera calada. Los oigo hablar un ratito en voz baja y luego, silencio. Un silencio maravilloso.

Nunca he sido de las que se regocijaban con ellos, pero ahora sí lo hago. Imagino que antes me sobraban y ahora los echo en falta. Mejor pensar eso y no que he madurado o algo por el estilo. Además, en este momento hasta mi cabeza me ha dado un respiro y, con la vista perdida al fondo del salón, acabo el cigarrillo y lo apago en el cenicero.

Entonces me miro las manos y veo un manchón de muy mal gusto en la venda, justo donde tengo

la herida. El domingo Lidia me la cambió, pero desde entonces todavía llevo la misma y está un tanto asquerosa. Comienzo a desprenderla poco a poco, peleándome con el esparadrapo, que no ha escatimado. Pero tengo las uñas demasiado cortas y hacer esto con una sola mano es toda una hazaña. Lo intento con los dientes, pero, aparte de comerme algún que otro hilillo, no consigo distinto resultado.

Cinco minutos después, estoy por coger una tijera y meterla entre la venda y la piel. Aunque, con lo desastre que soy, no me extrañaría que acabase por hacerme otro tajo.

—Dios, Lidia, voy a tener que llamar a los GEOS —digo en voz alta, tirando de las tiras adhesivas una vez más.

—¿A quién?

Pego tal salto en la silla que no salgo disparada por poco. Joder con la manía de aparecer a mi lado salido de la nada.

—¡Hostias! ¡Qué susto, Rubio!

—Lo siento, perdona. Pensé que me habrías oído entrar —se disculpa, consiguiendo con su frase que mire sus pies, descalzos sobre la plaqueta. Y que mis ojos sigan cuerpo arriba sin siquiera proponérmelo.

Lleva puesto un pantalón de pijama de tela a cuadros grises y... y nada más. La madre que lo parió. Luce despeinado como si se hubiese pasado las manos por el pelo centenares de veces y comienza a rascarse el estómago con delicadeza, mientras pasa por mi lado y se dirige a la nevera, de la que saca una botella de agua. Estoy como lerda, sin poder apartarle la vista de encima. La clavo en su nuez cuando comienza a beber, fascinada al ver como se mueve arriba y abajo al tragar. Y sus labios rodeando la botella... Mierda, se me acaba de hacer la boca agua.

Aparto la mirada con rapidez, pero él escoge ese momento para hablar, cuando mis neuronas aún no están al cien por cien.

—¿Te echo una mano?

—¿Adónde?

¡Oh, no! ¡Adónde! ¿En serio acabo de preguntarle eso? Joder, yo y mis putas neuronas calentorras, que ocupan todo mi cerebro dejando hablar al subconsciente, y claro, este... Ni siquiera me atrevo a mirarlo, y menos cuando lo oigo reírse entre dientes. Pero mi boca actúa por cuenta propia, intentando salvar el desliz que antes cometió.

—Te he entendido... otra cosa. Yo...

Pero él parece ignorar mi explicación y lo escucho hablar de nuevo, pero demasiado cerca.

—A ver.... Déjame ayudarte. Estabas intentando quitarte la venda, ¿no?

—Esto... Sí. Pero no hace falta. Yo...

—¿Eres capaz tú sola? Si no he entendido mal, querías llamar a... ¿los GEOS? —me pregunta con retintín.

Resignada e intentando comportarme como una adulta, coloco mi mano sobre una de las suyas, la que espera abierta desde que se ha sentado a mi lado. Pero mi cuerpo se tensa por su cuenta, porque me siento estúpida y culpable a partes iguales por lo de antes. Supongo que hay sentimientos que son difíciles de dejar de lado y, a pesar de que llevo dos días convenciéndome de que Clara no me odia por ello, yo todavía no me siento cómoda pensando según qué cosas con respecto a Chema. Son muchos años... Mucha culpa a cuestras... Creo que el gran problema es que durante todo este tiempo que llevo enamorada de él, yo he sido mi mayor enemiga.

—¿Aún te duele?

—No. Solo cuando me la golpeo contra algo.

Él sonrío de lado, dedicándome sin saberlo mi sonrisa favorita. Esa canalla, que me vuelve

loca.

—Y eso ¿cuántas veces ha sucedido? —se chancea.

—Unas cuantas. —Y me es imposible contestarle sería del todo.

—Voy a por el botiquín. Dame un segundo.

—Ajá —murmuro, cuando ya ha desaparecido de mi vista, mientras me pellizco un muslo y me muerdo el labio inferior. Un poco de daño normalmente ayuda para espantar la tontería.

Él vuelve en un santiamén, abre la caja encima de la mesa y saca de ella unas tijeras diminutas y con la punta curvada.

—Vamos allá —comenta mientras comienza a cortar con infinito cuidado la venda—. Creo que no llegué ni a preguntártelo. ¿Muchos puntos?

—Cinco, creo.

Separa el vendaje de mi piel, lo deja sobre la mesa y observa la herida. Un corte un poco irregular que luce un color indefinido, con el hilo negro destacando en él. Me recuerda a una sonrisa siniestra. Coño, qué mal rollo.

—Pues alguien no sabe contar. Tienes ocho puntos.

—¿Ocho? —Me acerco a mirar, tan sorprendida por esos tres puntos con los que no contaba que no calculo bien la distancia y choco contra su frente—. ¡Oh! Lo... Lo siento.

Él se la frota en cuanto me aparto, imitándome. O quizá sea yo la que lo copie a él. No tengo ni idea de quién ha empezado a masajear la zona dolorida con el ímpetu que siempre se hace en estos casos.

—Si lo de que tienes la cabeza dura es literal, ¿eh? ¡Vaya golpe! —se queja, exagerando mucho la cosa.

—Puedo decir lo mismo.

Él me mira un segundo a los ojos y juraría que va a decir algo, pero parece cambiar de opinión y vuelca toda su atención en mi mano. Nos envuelve un silencio sorprendentemente cómodo mientras la limpia con alcohol y la ayuda de una gasa. No se limita a hacerlo solo donde está el corte, sino que incluso me la pasa entre los dedos, algo sucios después de dos días embutidos como chorizos unos contra otros. Tengo que morderme los labios, turnándolos para no acabar haciéndome sangre. Tengo que hacerlo para que no se me escape un puto gemido. Esto es tan... tan... erótico. Ay, mamá, qué mal estoy. ¡Fatal! No tengo remedio. Siempre lo he deseado, siempre. Esta sensación en mi vientre y el latido algo más abajo, como un peso delicioso, no son nuevos para mí, pero ahora... ¡Joder! ¿Será porque ya lo he probado y ahora quiero más? Si no, a ver cómo se explica que me excite con unas puñeteras curas.

—¿No te dijeron que sería conveniente dejarlo al aire? —pregunta, haciendo que pestañee para centrarme en lo que me dice.

—¿Eh? Sí, sí. Lo dijeron. Pero... —Observo todo ese Betadine que acaba de echarme y que cubre mi palma y me encojo de hombros—. Pero no puedo meterme así en la cama. Pondría las sábanas perdidas.

—Bueno... Podemos esperar a que se seque un poco, ¿te parece?

¿Y alargar esta agonía? No, no, no.

—O puedes quitármela mañana después de comer y la aireo toda la tarde. Es que quiero... quiero...

—¿Acostarte?

—Ajá —contesto tragando saliva cuando él ya está enfrascado cortando un buen trozo de gasa.

Me sujeta la muñeca mientras pasa la tela por mi mano y ahora ya no me parece tan buena idea no haber aceptado esperar. Estoy segura de que puede sentir mis latidos en sus dedos, desbocados

y erráticos. A este ritmo mi corazón va a tener que pasar por quirófano en cualquier momento.

Cuando ya está colocando el último trozo de esparadrapo, sin siquiera mirarme, vuelve a hablar.

—Esto... Laura. Quería darte las gracias.

Me río sin gracia alguna.

—¿A mí? Gracias a ti, por hacer de enfermero. Yo...

—Gracias por esto. —Me mira por fin, o por desgracia. No sé, con este hombre los límites están todos demasiado cerca unos de otros. Señala su pecho y luego el mío—. Por volver a lo que teníamos antes de...

Cierro los ojos y él lo toma como una señal para no acabar la frase. Menos mal.

—Vamos, por intentar ser lo que éramos. Tengo que pedirte disculpas por lo de ayer, y por lo...

—No. —Retiro la mano que todavía está en su poder y veo su gesto extrañado, aunque supongo que es más ante mi negativa, así que me apresuro a explicar—. No me pidas disculpas por nada, Rubio. Porque entonces también tendría que hacerlo yo y no acabaríamos en la vida. Mira, por mi parte quiero llevarme lo mejor posible contigo, vivimos juntos y...

—Y las niñas quieren y necesitan que estemos bien. Hagámoslo por ellas. —Sonríe, tímido, pero yo soy incapaz de correspondérsela. Y él prosigue—. Y por tu padre. Y por Lidia. Queramos o no...

—Y por nosotros. Sobre todo por nosotros. —No sé qué me ha llevado a ser tan sincera. Tan increíblemente franca que hasta yo me sorprendo de mi valentía. Pero es que no puedo dejar que crea que solo deseo hacer las paces por los demás. Que sí, que son factores muy importantes a tener en cuenta, pero ahora mismo, en este justo instante, quiero hacerlo por mí. Y por él. Porque es con él con quien quiero compartir charlas, bromas, problemas y, si me deja, durante toda la vida. Aunque sea en el papel de cuñada, uno que llevo tanto tiempo desempeñando que aspirar a otra cosa es casi una utopía.

Chema me observa con desmesurada atención. Tiene el ceño fruncido, pero no parece enfadado, sino pensativo. Demasiado pensativo.

—Vale, por nosotros —termina por decir, cuando yo comenzaba a pensar que la habitación se había quedado sin aire—. Lo cierto es que tienes razón. A pesar de nuestros más y nuestros menos, yo siempre te he considerado una amiga, así que...

—Así que amigos. Vale —digo muy rápido, queriendo acabar con esta conversación de una buena vez.

—Amigos. —Se ríe por lo bajo y me mira con malicia—. A ver cuánto nos dura.

Y entonces también me río yo, porque, a ver, nadie dijo que iba a ser fácil. ¡Y los dos tenemos un carácter un tanto explosivo! Sin contar... todo lo demás, vamos.

Chema

—No tienes ninguna excusa, tío. Te esperamos en el bar de Paco.

Y me cuelga. Sin darme opción a réplica. Aunque supongo que, como se esperaba una negativa, ha decidido ignorarme. Me dan ganas de dejarlos esperando, pero lo cierto es que me apetece tomarme una cerveza con ellos. Desde nuestro cambio de horario, estas se han visto reducidas, al no tener ya la excusa de que el bar nos coge de camino a casa y nos la merecemos después de un día duro. Ahora cada uno corre a su casa, con bastante más hambre que sed, aunque sobre las doce solemos tomarnos un bocata para matar el gusanillo.

Pero lo que me tira para atrás es justamente eso, la necesidad de una excusa. Porque lo cierto es que me apetece un poco de diversión. Aun sabiendo que, en este pueblo, más de uno va a tener mucho que decir si me ve disfrutando con los amigos un viernes y sin pintas de venir de trabajar.

Aparto estos estúpidos pensamientos y me digo que tengo derecho a hacer lo que me dé la real gana. ¡Faltaría más! De hecho, la noche en Cudillero lo pasé realmente bien, obviando mi retirada inoportuna. Que, a ver, puestos a disfrutar, fue lo mejor que pude hacer, porque, joder... Solo que luego me tocó pagar unas consecuencias que ni esperaba ni imaginé.

Menos mal que fuimos lo suficientemente inteligentes para superarlas y esta semana ha sido fantástica, luchando codo con codo para volver a una rutina, confianza y comodidad que echaba de menos.

Sí, está todo bien. Aparentemente. Porque, si soy del todo sincero, yo sigo pagando los efectos de aquella noche. Sobre todo a nivel físico. Es recordarla y... Y ya puedo ponerme a pensar en cemento, en presupuestos, en política o en el puto Bárcenas, que yo sigo igual de cachondo. Y a Clara no he vuelto a recurrir. Sería una falta de respeto que no se merece más. Ya bastante abusé de su recuerdo para intentar aplacar lo que otra me hacía sentir. Nunca más. Eso se acabó.

Ahora toca joderse. Y si solo fuera al evocar lo sucedido... Es que no necesito más que verla. Nunca en mi vida me resultó tan increíblemente lujurioso hacer unas condenadas curas. O contemplarla fregar. ¿Por qué tiene que menear de esa manera el trasero, como si bailara con la fregona? A ver si se va a creer otra Beyoncé...

—Anda, al final el niño bonito nos ha honrado con su presencia —oigo a Julián antes de verlo, y eso que lo tengo prácticamente enfrente. Estaba tan sumido en mis pensamientos que mis pies me llevaron al bar de Paco sin enterarme siquiera.

Están él, Colás y Pedro en una mesa de la terraza, lo que me resulta un tanto raro. Nosotros somos más de barra... Pero bueno, así puedo fumar, lo que ahora ansío casi más que la cerveza.

—A ver, a ver, ¿el niño bonito no era yo? —protesta Pedro, señalándose con los pulgares y recibiendo un resoplido por parte de Julián.

—Joder, mira que eres presumido, tío.

—Y tú porque no puedes.

Me río sentándome a la mesa, justo entre ellos, que están uno frente al otro. Estos dos no tienen arreglo, están siempre igual. Arqueo las cejas mirando hacia delante, en dirección a Colás, y este meneo la cabeza con resignación.

—No crecen —susurra con fastidio, lo que me hace reír más.

—Calla tú, enano —se pica su hermano, mientras Pedro se carcajea.

Paco sale en ese instante a atendernos y me pide una cerveza, igual que Colás, que parece no haber llegado hace mucho, pues aún no tiene ninguna bebida delante, a diferencia de los otros dos.

—Así que esta noche estás sin las niñas —comenta Julián tan pronto se da la vuelta Paco—.

¿Ves como no tenías excusa para no venir?

Frunzo el ceño y me enciendo un cigarrillo.

—Llamaste a casa y te lo dijo Laura —le digo al caer en cómo puede saberlo, pues era la única que sabía que las niñas dormían en casa de mi suegro.

—No. Se ha hecho un cursillo intensivo por internet y ahora lee la mente —se burla Pedro.

—Gilipollas —le suelto, mientras veo como Julián asiente a mi comentario y pone los ojos en blanco ante el de Pedro.

—Pues este gilipollas te llevaría hoy de marcha si no tuviera guardia. ¡Qué mierda!

—No necesito que nadie me lleve de marcha.

—Eso no te lo crees ni tú —replica el poli—. Y lo sabes.

—Es que no tengo ningún interés en...

—Vale, vale, nos hacemos cargo —interviene Julián—. Y sobre todo después de dejar a la rubia aquella colgada. Es que es pensarlo... y te correría a hostias.

—¡Y dale! —protesto, pero mis ojos ya están buscando la cara de Colás, que, por suerte, se mantiene impassible. Cuando miro hacia Pedro, este sí sonríe de una manera extraña—. ¿Y esa sonrisita?

—Me hace gracia. Cosas mías.

—Pues comparte, ¿no? —insisto con desconfianza. Aunque como solo insinúe lo que yo me temo que está pensando... Jesús, esto acaba como el rosario de la aurora.

—Que somos patéticos, joder. Esa noche ninguno de nosotros echó ni medio polvo.

Ahora el que sonríe soy yo, aunque con la boquita cerrada. Si ellos supieran...

—Bueno, a lo que íbamos. ¿Cuándo te apuntas a ir a tomar unas copas por ahí otra noche? Venga, hombre. Las niñas tienes de sobra con quién dejarlas. La misma Laura lo haría encantada. Nos ponemos de acuerdo y...

—Está bien, Pedro, ya veremos. No seas pesado, hombre.

—O sal hoy con Colás. —Nada, que el tío mira que es plasta. Y ahora se dirige a este—. ¿O ya tienes planes?

Colás se lleva las manos al flequillo y tira de él, para luego ajustarse las gafas.

—Lo cierto... es que sí —nos dice, paseando los ojos por los tres.

—¿Con Nela? —cuestiona Pedro, pero ahora lo hace con seriedad, sin ningún vestigio de chanza.

—Sí, con Nela. —Y de nuevo se ajusta las gafas. Vaya, nuestro Colás está nervioso.

—A ver, que yo me entere —se mete Julián—. ¿Estáis... juntos?

Su hermano lo mira, pero parece no saber responder esa pregunta. Al final, acaba encogiéndose de hombros, sin aclarar nada.

—Pero... —lo intenta de nuevo Julián, aunque Pedro lo interrumpe rápidamente.

—No están saliendo de nuevo —nos informa—. Pero sí se la tira de vez en cuando, ¿verdad, Colás?

—Oye, tío, que es Nela. Un respeto —y es Julián el que dice eso, no Colás. Manda cojones... Este último se limita a mirar sin pestañear al poli, apretando la mandíbula hasta que se le marcan los huesos.

—Respeto el que le tendría que tener él —espeta Pedro en respuesta a Julián, pero mirando directamente al ex de la aludida.

—Bueno, yo creo que son los dos mayorcitos y sabrán lo que hacen —intercedo, antes de que los ánimos se caldeen más. Porque Pedro es un capullo cuando quiere, pero está visto que cuando se trata de defender a los que él considera suyos...

—Sí, estaría totalmente de acuerdo con eso si ella no estuviera tan colada por él que, si le dice que salte, salta.

Abro la boca para decir algo, pero acabo cerrándola. Es que ahí tiene toda la razón. Nela haría lo que fuese por volver con él y, la verdad, yo también le tengo cariño a la chica.

—Joder, Colás —acabo por susurrar, mirándolo con un arqueado de cejas.

Y él hace el amago de levantarse, posando con un golpe seco la cerveza que giraba entre sus dedos. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, Julián y Pedro lo agarran por el brazo que tienen a su alcance y lo hacen sentar de nuevo.

—Si no vas a volver con ella, déjala en paz —le ordena su hermano, como si el otro fuese un niño para obedecerlo a pies juntillas.

—Julián... —Trato de calmarlo. Y luego miro a Colás—. Oye, lleva la relación con Nela como mejor te venga, pero que ella sepa a qué atenerse, ¿vale? Díselo. Es lo justo.

Él solo me mira, inexpresivo.

—¡Di algo, joder! —se exaspera Pedro. Lo que ya es raro, eh.

—Ya lo estáis diciendo todo vosotros —responde Colás sin alterarse, aunque lo que se dice contento no está—. Sois unos putos cotillas que creen que yo soy un cabrón de mierda. ¡Todo estupendo!

—A ver, ¿qué coño quieres que creamos? —observa Julián.

—Yo solo sé que ella ya ha sufrido bastante —opina el poli, pero esta vez con un tono más mesurado—. Y te quiere y...

—Joder, ¿y yo? Lo he pasado genial, ¿no? Y no siento nada por ella, claro, si al fin y al cabo, solo le pedí que se casara conmigo —explota Colás, golpeando de nuevo la botella contra la mesa y, esta vez, separándole la base del resto del vidrio.

No sé si es casualidad, o si Paco ha estado atento a nuestra discusión, pero aparece en cuestión de segundos con cuatro cervezas bien frías que cambia rápidamente por las que tenemos en la mano, algunas todavía sin terminar.

—Invita la casa, pero bajad el tono y no me atosiguéis al chaval —nos dice en voz baja, limpiando el estropicio que ha ocasionado Colás—. Es más inteligente que vosotros tres juntos.

Y sin más, se va, dejándonos un tanto perplejos.

—Bueno... Si Paco te da un voto de confianza... —comenta Julián al descuido, pensativo, ganándose inmediatamente una colleja de mi parte.

—Córtate un poco, tío. Que es tu hermano... —Resoplo y le doy un trago a mi bebida antes de continuar, mirando a Colás—. Oye, yo no es que no confíe en que sabes lo que haces. Solo te di el que creo que es un buen consejo. Pero... la pregunta que todos te debimos hacer es ¿tú cómo estás?

—Perdido, joder, perdido. —Apoya los antebrazos en la mesa y clava la vista en ella—. No la estoy utilizando ni nada de eso. Es solo que... que...

Y entonces sí que se levanta y consigue abandonar la mesa antes de que pensemos en pararlo. A grandes zancadas, haciendo oscilar el casco que lleva enganchado en un brazo, se pierde calle abajo.

—No sé si este es un buen momento para que vaya a buscarla —comento al darme cuenta de que seguramente vaya a por Nela, o al menos en esa dirección queda su casa.

Pedro resopla con fuerza y se rasca el cuello.

—Sé que me he pasado —reconoce—. Pero es que esto me puede. No sé qué coño piensa hacer y no suelta prenda, joder. Y ella... Ella me dijo que se merece conformarse con las migajas.

Frunzo el ceño y me paso la lengua por los dientes, pensativo. Joder... Esto puede acabar fatal

y, a diferencia de lo que piensa Pedro, no solo va a sufrir Nela. Por otra parte, que Colás haya dado este pasito hacia ella ya es algo, cuando no quería ni verla en pintura. Quizá solo necesita algo más de tiempo. Sé que él...

—Es Colás —razono en voz alta—. Él nunca le haría daño a Nela voluntariamente.

—Ya. ¿E involuntariamente?

Y ahí me callo. Porque cuando se juega con fuego, es demasiado fácil quemarse. Si lo sabré yo.

CAPITULO 3

Chema

Lo que son las cosas. Después de casi dos años sin compartir una cena con mis amigos, aquí estoy. Con un importante cambio, eso sí. En vez de Clara, frente a mí se sienta Laura, observando su bocadillo de calamares con tal entusiasmo que en cualquier momento...

—Se te va a caer la baba —le suelto, sin llegar a pensar primero mis palabras.

—Joder, es que me muero de hambre. —Sonríe ella, para nada ofendida.

—Vamos a darles cinco minutos más, ¿vale, nena? —interviene Pedro, sentado a su lado y pasándole un brazo por los hombros. Y ella se acurruca contra él. Joder... Se acurruca. Mierda.

—Bueno, yo ya tengo enchufada la plancha por si hay que calentarlos un poco —nos informa Teresa, ocupando la silla a mi izquierda y poniendo un par de botellas en la mesa—. Y el que quiera beber algo más que sidra o agua, ya sabe dónde está la nevera.

Me río ante su desparpajo y miro el reloj de nuevo. Hace más de media hora que Julián le mandó un mensaje a Colás, pidiéndole algo parecido a unas disculpas e invitándolo junto con Nela, si es que estaban juntos, a comer unos bocatas en su casa, que es donde nos encontramos. Laura también le mandó uno a Nela, justo al llegar aquí, pero aún no tenemos noticias de ninguno de los dos y el pan comienza a humedecerse por el calor que desprenden los ingredientes en su interior.

—No van a venir, ¿lo sabéis, verdad? —dice Julián mirando su plato, donde tiene un bocadillo igual al mío. De escalopines de ternera con pimientos de piquillo. Fue oírme pedírselo a Paco para llevar, así como el de Laura, e improvisó esta cena, a la que Pedro se apuntó al instante a pesar de tener que irse a trabajar en breve. Yo me hice un poco de rogar, por no variar, pero, cuando el poli sacó el móvil, llamó a mi cuñada y le dijo que la esperábamos en casa de Teresa, pues... ¡qué carajo! Lo cierto es que echaba en falta estas cenas.

Mi casa fue, durante muchos años, el punto de encuentro para ellas. Al ser los primeros en casarnos y tener casa propia, era raro el fin de semana que no se organizaba algo. Una peli, unas pizzas, una partida de cartas... Con la llegada de Llara la cosa se enfrió un poco, porque, al menos los seis primeros meses, era verdaderamente difícil que alguna de las dos, ambas bebés, no se despertara para reclamar nuestra atención. El nacimiento de Sofía, poco después, hizo todavía más difícil la cosa. Llevar a un bebé a pasar la noche en casa de los amigos no es para tanto, pero los bártulos que acarrear... Joder, eso es una mudanza en toda regla.

—¿Por qué no vas a ver si Sofi ya está dormida? —le pide Teresa a Julián justo en ese momento, acercándose tanto a mis pensamientos que no puedo evitar una sonrisa torcida.

—Si no os importa, voy yo. —Laura los mira ya levantada, esperando su permiso.

—Claro, ve. —Asiente la sonriente madre. Y, en cuanto Laura desaparece por el pasillo, continúa en tono cómplice—. Esta chica necesita críos propios. Ya.

Pedro se echa a reír y yo agradezco acabar de tragar el líquido que tenía en la boca, o era posible que me hubiese atragantado. ¿Con quién? Sí, porque esa es la primera pregunta que acude a mi mente al oírla, y lo que siento no me gusta nada. Lo segundo es que entonces mis hijas se quedarían de nuevo sin... Dios, eso es aún peor. Tan egoísta como ruin.

—Durmiendo como un lirón —comenta la dueña de mis pensamientos con una dulce sonrisa, sentándose de nuevo—. Y mira que es rubia la niña. Sigo preguntándome a quién ha salido.

—Pues a mí —responde Julián echándose hacia delante. Y cuando todos miramos al moreno con los ojos muy abiertos, frunce el ceño y se recuesta en el respaldo—. De pequeño era así, joder.

—Sí, es verdad —corroborra Teresa, dedicándole una sonrisa maliciosa a su marido—, pero de muy muy pequeño. Yo tampoco lo creí hasta que vi las fotos. Pero sí.

—Vale, entonces vamos a seguir pensando que es hija tuya —bromea Pedro, dándole una palmada en el hombro y acariciándose a conciencia su pelo rubio, logrando que Julián frunza el ceño mientras los demás nos divertimos a su costa.

—Otra bromita de esas... —se calienta este, pero justo en ese momento comienzan a sonar wasaps en varios móviles casi a la vez, entre ellos el mío. Todos nos apresuramos a leerlos, dando por supuesto que se trata de Colas.

«*Vamos. Pero media palabra sobre el tema y...*».

Sí, es él. Y su tono, incluso a través de un mensaje, no nos deja lugar a dudas de que no ha recuperado del todo el humor.

—Joder, vienen. Pero nada de hablar de lo que pasa entre ellos —dice Julián en voz alta, todavía con los ojos puestos en el móvil. Entonces nos mira a todos, y después de que Pedro y yo asintamos porque hemos leído lo mismo, se dirige a su mujer—. ¿Has oído? Ni una palabra de lo que hablamos antes. Ni de nada que se le acerque, para evitar problemas.

Sí, evidentemente, esperando que se dignaran a venir, tuvimos que poner a las chicas en antecedentes, aunque no les hayamos contado la conversación mantenida en el bar de Paco con pelos y señales. Las conversaciones entre amigos son eso, entre amigos, no para cotillear sobre ellas.

—Vale, vale. No voy a decir ni mu. Yo, así, tan pancha, como si fuera lo más normal del mundo que se presenten juntos —ironiza, poniendo los ojos en blanco y cruzándose de brazos—. De todas formas, que sepas que, cuando quiero, también sé ser discreta.

Creo que ahora somos todos los que ponemos los ojos en blanco, aunque no puedo asegurarlo porque yo lo estoy haciendo.

—Uy, sí. La discreción personificada —se burla mi cuñada.

—Anda, mira quien fue a hablar —le espeta Teresa, consiguiendo que a todos nos dé la risa. Incluida la propia Laura.

—*Touché* —acepta con una sonrisa.

—No te me pongas ahora tan fina —sigue Teresa con retintín, aunque realmente no está molesta—. Además, tú mejor que nadie sabes que sí sé guardar un secreto jugoso, ¿verdad?

Y me mira. Justo cuando acaba la frase. Es algo fugaz, que quizá hubiese pasado desapercibido si yo no tuviera los ojos clavados en ella. Por acto reflejo, vuelvo la vista hacia Laura, que juraría que ha perdido algo de color. No, no puedo creer que...

—No es lo que estás pensando —me susurra ella, aunque el silencio que reina ahora en la mesa hace que sea audible para todos. Y cuando Laura se da cuenta, se tapa la cara con las manos—. Joder... acabo de empeorarlo.

—¡Vaya! ¿Así que con secretitos, eh? —se cachondea Pedro.

Abro la boca para... Para nada. Porque no sé qué coño decir. Los tres están mirándonos a los dos sin disimulo. Julián, sin cortarse un pelo, incluso me hace una seña con las manos para que no me haga de rogar, pero... Pero no sé qué inventarme ahora mismo, y la verdad... Pues eso es algo que no les incumbe, ni mucho menos quiero que se enteren.

Y entonces, cuando creo que ya nos estamos poniendo más que en evidencia, las carcajadas de Laura se oyen claramente en la cocina, desbocadas, rotas, como si llevase mucho tiempo reprimiéndolas.

—Es que... —intenta hablar entre ellas—. Es que todo esto ha sonado...

—A sexo. A sexo guarro y... —Un manotazo de Laura, que le cae directamente en un lado de la

cabeza, corta en seco al gracioso de Pedro.

—Sí, eso es justo lo que creí que os imaginaríais —sigue ella, esta vez dándole un empujón, pero sin dejar de reír—. Es que sois tan predecibles...

Todos parecen la mar de divertidos con sus palabras, y yo disimulo un suspiro de alivio y admiro una vez más esa capacidad que tiene la tía para improvisar y resultar... convincente.

—Bueno, pero, a ver, ¿se puede o no saber ese secreto? —insiste Julián.

Lo miro elevando las cejas y con cara de circunstancias, porque, si no se trata de lo que creí en un principio, no tengo ni idea de a qué se refieren las chicas.

—Olvidalo, cariño —le dice Teresa—. Ni va de sexo ni me atañe solo a mí y prometí estar calladita.

—Eso —la secunda Laura.

—Además, ¿quién no tiene algún secreto guardado, eh? —pregunta Teresa, repartiendo su mirada entre todos.

Laura y yo nos miramos un instante y luego apartamos rápidamente la vista, pero ni hacemos el amago de levantar la mano. Pedro carraspea y se rasca la nuca, pero luego esconde las dos manos bajo la mesa, haciéndonos reír con ese gesto. En cambio, Julián está con el brazo alzado todo a lo largo, mirándonos con cara inocente. Cuando se da cuenta de que ninguno de nosotros va a imitarlo, ni siquiera su mujer, lo deja caer y se encoge de hombros, causando más de una carcajada.

—Dios mío, y yo que siempre quise enamorarme de un hombre misterioso... —se chancea Teresa, acercándose y dándole un tierno beso en los labios.

—Pues ya... —Julián se interrumpe al oír el timbre de la puerta, incorporándose para ir a abrir—. ¡Menos mal, ya están aquí!

—Vamos a calentar los bocatas —dice Laura, comenzando a recoger los platos y cargándolos hasta la encimera, cosa en la que ayudo.

Julián es el primero en entrar de nuevo en la cocina, seguido por una ruborizada Nela y un Colás más serio de lo normal.

—Hola a todos —dice ella sin mirar a nadie en particular.

Pero él no se molesta ni en saludar. Se saca la cazadora y acepta la silla que Teresa ha ido a buscar a otra habitación. La coloca al lado de la de Laura, después de que Pedro haya movido su silla y la de ella para hacer sitio en ese lado de la mesa, y Nela la ocupa enseguida. Él se sienta en la cabecera libre hasta ahora, a mi lado y frente a su hermano.

—Nela, los chicos te han cogido uno como el de ellos. De escalopines, pero con queso en vez de pimientos —comenta Laura todavía de pie, junto a Teresa, esperando a que los bocatas estén listos.

—Sí, perfecto. Tienen buena memoria. —Se muerde el labio inferior, nerviosa, y sonrío mirando hacia nosotros.

—Y para ti, Colás, ídem, hasta con los pimientos. Espero que te apetezca —continúa la pelirroja, poniéndoselo ya delante, al igual que el mío.

—Sí, está bien —contesta él, bastante seco. Y yo ya me temo que al final quizá nos hayamos equivocado al llamarlos, porque me da que tanta tensión no puede ser buena para la digestión.

Las chicas no tardan nada en servir el resto y comenzamos a comer en un silencio casi opresivo. O tal vez solo sea el hambre, porque el que más y el que menos está devorando su comida.

—Pásame el servilletero —le pide Laura a Nela, tapándose la boca llena de comida. Está atrapada entre ella y Pedro, por lo que señala la encimera, muy cerca de su amiga—. ¡Dios, tienes

las manos heladas! —exclama cuando se lo da y alcanza a tocarla.

—Bueno, es que... se me olvidaron los guantes... Y en la moto, ya sabes.

—¿Habéis ido a dar una vuelta? —pregunta casual, mirando ahora a Colás, mientras abre mucho la boca para abarcar tanto trozo de pan como pueda, lo que me hace sonreír. No solo por lo natural del gesto, sino porque sé que está haciendo todo lo posible por instalar la normalidad en la mesa.

—Sí. —El huraño monosílabo de Colás no pasa desapercibido a nadie, pero Pedro interviene en la conversación, supongo que echando un capote.

—Lo cierto es que al final se ha quedado buena noche, después de esta mierda de semana. No parece que estemos en junio.

—Pues creo que aún nos quedan unos días más de lluvia, según el telediario —comenta Teresa.

—Tuvimos un buen mayo. Supongo que hay que cogerlo como venga —opino yo.

—Mientras no llueva en las fiestas... Ya las tenemos ahí, en dos semanitas.

Y sí, así, hablando del tiempo y poco más, transcurre la cena. Ni siquiera Laura y Pedro logran arrancar unas risas, porque, en cuanto el segundo lo intentó, haciendo algún comentario lascivo de esos suyos, la mirada que le lanzó Colás fue suficiente para hacerlo desistir.

—Voy al baño —dice Colás metiéndose el último bocado en la boca y apartando la silla. Arruga una servilleta tras limpiarse apresuradamente y se levanta de la misma forma, dejando tras de sí un silencio absoluto y un sinfín de miradas entre unos y otros más que significativas.

—¿Todo bien? —oigo que le susurra Laura a Nela, en cuanto Teresa rompe el mutismo comentándole a su marido algo sobre mañana.

—Sí, bueno... Supongo. —Suspira y la mira con una sonrisa triste—. No lo sé, Laura.

—Habéis venido. Juntos —continúa mi cuñada con una observación llena de optimismo—. Eso...

—Porque he insistido.

—Por lo que sea. Habéis venido.

Nela se encoge de hombros y Pedro, que también parece que ha estado atento al intercambio de susurros, resopla sin disimulo.

—Si quieres saber mi opinión... —comienza a decir, pero yo lo interrumpo rápidamente.

—Déjalo, Pedro.

—Pero...

—Pero nada —sostengo, serio. Sé perfectamente que intenta ayudar, pero también que aquí todos tenemos una opinión y ninguna de ellas va a solucionar nada, quizá lo contrario. Deberíamos dejar que lo resuelvan ellos solos. La presión no funciona con Colás, y Nela... Bueno, ella conoce a su exnovio, o lo que sea ahora, más que nadie y, además, es mayorcita para saber lo que le conviene, ¿no?

—Pero... —insiste él, aunque no continúa hablando cuando regresa Colás.

Las chicas se levantan una detrás de otra, recogiendo platos y vasos a una velocidad impresionante. Creo que todos tenemos ganas de que esta cena acabe de una vez.

—¿Café, Pedro? —ofrece Teresa.

—No —contesta mirando el reloj—. Yo... lo cierto es que tengo que irme. Entro a trabajar en veinte minutos.

—Yo tampoco quiero nada, Tere, gracias —dice entonces Nela.

—Perfecto —declara Colás, volviendo a ponerse en pie—. Entonces nos vamos, venga, ya hemos cenado.

Nela se queda un momento parada, con un plato que pretendía meter en el lavavajillas en la mano. Baja la mirada un segundo, pero luego lo coloca en su sitio, cierra el electrodoméstico y se pone en pie, limpiándose las manos en un paño.

—Vale, pues vamos —acepta muy bajito.

Pedro también se pone en pie y compone una sonrisa torcida.

—Tengo que ir por el piso a cambiarme, supongo que nos veremos allí —comenta con evidente sarcasmo.

Colás se gira hacia él y lo fulmina con la mirada.

—¿Algún problema con eso? —le suelta.

—¿Yo? Ninguno.

—Creo... Creo que será mejor que... que me lleves a mi casa —dice Nela, intranquila, haciendo que Colás se vuelva hacia ella y apriete los puños a los costados.

—¿Quieres irte a tu casa? —le pregunta casi con dureza, y sin disimular el hincapié despectivo con el que ha pronunciado el *tu*.

Ella le aguanta la mirada y se muerde el labio inferior. Yo aparto la vista, intentando darles algo de privacidad en una cocina abarrotada de gente. Puedo imaginarme lo mal que lo debe de estar pasando la pobre, debatiéndose entre lo que desea y lo que seguramente su orgullo le dicta hacer.

—No —la escucho decir tras un suspiro.

Y sin una palabra más por parte de ninguno de los dos, salen de la cocina.

—¿Tú eres tonto o qué te pasa? —increpo a Pedro tan pronto como oigo cerrarse la puerta principal—. Joder, habíamos quedado en que...

—Ya sé, ya sé —se defiende él, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Has hecho pasar a Nela por un momento superviolento —lo reprende Teresa—. Ya bastante tiene como para...

—Que sí. Que sí. ¡Lo siento!

—Eso tienes que decírselo a ellos —asevero—. Y a ver si aprendes a...

—Es que... ¿sabes qué? —me interrumpe él, sacándose las manos del pantalón y abriéndolas en el aire—. ¡Estoy hasta los cojones de tanta cobardía y amargura juntas! ¡Somos una pandilla de gilipollas, joder!

—¿Qué? —Frunzo el ceño y acabo por levantarme para estar a su altura, más que nada porque acaba de meterme en un saco que no me pertenece—. ¿Somos? ¡Qué coño...!

Pero él me deja con la palabra en la boca. Otro más que sale de la cocina sin decir ni «adiós» ni «hasta mañana».

—¿Qué...? ¿Qué ha sido eso? —pregunta Teresa, absolutamente confundida. Pero nadie le contesta, supongo que porque estamos igual que ella. Aunque, si soy sincero, yo estoy confundido, sí, pero por desgracia creo que sé a qué se refiere Pedro.

Al final, ese saco debe de ser bastante grande.

Laura

Salimos de casa de Teresa y Julián del mismo humor reflexivo que todos hemos mantenido mientras nos tomábamos un café casi obligado, intentando que una cena incómoda de narices tuviese al menos un final un tanto normal. Me ciño la cazadora al cuerpo, más que por frío, casi utilizándola de escudo contra el ceño fruncido que luce Chema a mi lado. Ahora mismo camina abstraído, con las manos en los bolsillos y la mirada clavada en el suelo. Y por mucho que busco algo ingenioso que decir, no se me ocurre nada para romper este silencio entre los dos.

No encontramos ni una sola alma por la calle hasta llegar a la altura del bar de Paco, donde nos cruzamos con un grupo de veinteañeros que salen del bar y a los que oigo comentar algo a gritos sobre el Pantera Rosa, a donde supongo que se dirigen ahora.

—No es que tengan muchas opciones —pienso en voz alta. ¡Cómo no!

—¿Qué? —Chema me mira con extrañeza, pero al instante su cabeza debe de comenzar a encajar lo que también ha tenido que oír y prosigue con una mueca que no llega ni a sonrisa—. ¡Ah, eso! Sí, supongo que aquí no tienen muchas, no.

Pero cuando aún no hemos dado más de dos pasos y doblamos la esquina, nos tropezamos literalmente con una pareja que no nos ha visto, más que nada porque caminan comiéndose los morros el uno al otro.

—Perdón —se excusa Chema, dando un paso atrás. Pero ellos ni se inmutan, pasan rozándonos y continúan a lo suyo.

—Y esos podrían buscarse un hotel —vuelvo yo a ponerles voz a mis pensamientos, mirándolos de reajo. No por besarse así, sino por maleducados, joder.

—Aquí me temo que tampoco tienen esa opción —bromea Chema, sorprendiéndome con ese cambio de actitud—. Como mucho la pensión de Paqui y, si son del pueblo, no creo que se atrevan a ir. Mañana lo sabría hasta el enterrador.

Me río ante su comentario, más que acertado.

—Y entonces aquí, ¿adónde se va para... eso? —Vale, definitivamente, yo no sé callarme nada. Debo de tener el cerebro más cerca de la boca que el resto de la gente, porque, si no, no se explica.

Chema incluso deja de andar para mirarme, no sé si asombrado por la pregunta o divertido. Aunque la sonrisa guasona que me dedica me dice que más bien lo segundo.

—¿Tú no lo sabes?

—Pues... algo he oído —me sincero—. A la playa, al mirador... Pero la playa en invierno tiene tela y no sé cómo de íntimo es ese mirador. Nunca he estado.

—¿Nunca has ido al mirador con ningún tío? ¡No me lo puedo creer! Eso es casi una tradición aquí. Nadie mayor de dieciocho puede ser vecino de El Pilar y no haber acabado ahí alguna noche.

Lo miro con atención, porque no sé si se está quedando conmigo o si habla en serio. Y la persistente sonrisa socarrona no me saca de dudas.

—Supongo que estás exagerando.

—No. Para nada. Pregúntale a quien quieras —dice, comenzando a caminar con la vista al frente. Pero cuando ya hemos avanzado un trozo y yo todavía no he pronunciado palabra, me mira de reajo—. ¿De verdad nunca has ido?

—No.

—Ahh... Pero dime al menos que te... —se frena en seco. De palabra y acción. Me mira a la

cara, como buscando en ella algo que no encuentra, porque, al cabo de un ratito en el que consigue ponerme nerviosa, meneaba la cabeza—. ¡Sí, claro, qué tontería!

Apresuro el paso para ponerme a su lado, porque, después de esa exclamación que me ha dejado perpleja, ha comenzado a andar de nuevo y yo me he quedado atrás, como una tonta.

—¿A qué viene eso?

—A nada.

—Vamos...

—No, de verdad. No quieres saberlo, créeme.

—Joder, ahora me has dejado todavía peor. ¿Qué querías decirme?

—Laura...

—Chema...

Cierro los ojos al darme cuenta de que he vuelto a utilizar su nombre, ese que en mi boca parece no gustarle nada. Y cuando se detiene de nuevo, haciéndome casi chocar con él, me dan ganas de darme de golpes contra alguna pared. Él se gira y ladea la cabeza, observándome de nuevo de esa extraña manera.

—Me preguntaba... Es que...

—Venga, suéltalo, ¿qué? —Me río nerviosa, y tan aliviada por que no me haya dicho nada sobre mi pequeño lapsus que ni me planteo que pueda molestarme lo que sea que le cuesta tanto decirme.

—Es que... eras virgen... —susurra—. Pero Lucas... Marcos... Tú... Tú con ellos...

Abro los ojos como platos y luego los cierro muy fuerte, porque yo no soy vergonzosa, pero el bochorno que estoy pasando en estos momentos vale por una vida entera.

—Tú... Aquella noche... Se te escapó. Que acabaste en su cama. Y sin embargo...

Le echo valor y levanto los párpados, aguantándole la mirada. Mierda, ¿de verdad estamos teniendo esta conversación? ¿Y aquí, en la calle?

—Es solo curiosidad. —Y me sonrío casi con timidez—. Mucha curiosidad, más bien.

Me tomo un momento para pensar. Sí, tan raro en mí como todo lo que estoy viviendo. Y si Chema es curioso, yo lo soy todavía más. Señalo hacia atrás, por donde hemos venido.

—¿Qué era ese «sí, claro, qué tontería» de hace un rato?

Él se pasa las manos por el pelo y deja una de ellas en la nuca, mientras se mete la otra en un bolsillo.

—Pues eso. Justamente de lo que te hablo.

Lo miro sin entender. O estoy atontada o simplemente es él, que me aturde.

—¿El qué?

—A ver... —suspira—. Si te lo explico al detalle, ¿tú me aclaras lo de ellos?

—Vale —le digo al cabo de un par de segundos, en los que creo que me he destrozado el labio inferior con los dientes. Y en los que Chema no ha quitado la vista del estropicio que hacía. Entonces él mira hacia un lado y, con una mano en mi espalda, me hace subir los dos peldaños que separan el bordillo de la plaza del pueblo y me lleva hasta un banco, en el que nos sentamos.

Es raro, pero de repente ya no estoy nerviosa. De hecho, me siento fascinada con esta complicidad que compartimos y que no quiero que se acabe nunca. Estoy disfrutando como una hormonada adolescente de este momento de confesiones, de esta calle desierta y tan poco iluminada. Incluso de la niebla, cada vez más espesa, que comienza a envolvernos.

Apoya los antebrazos en los muslos y se echa un poco hacia delante, con la cara girada en mi dirección, pero, cuando empieza a hablar, baja la vista a sus rodillas.

—Eres toda una incógnita, pelirroja —suelta. Y se ríe entre dientes, creo que de sí mismo—.

Verás... Resulta que cuando me comentaste lo del mirador, pues... Primero pensé que era imposible, y luego recordé que... que, bueno, ya sabes...

—Sí, que era virgen —susurro, rodando los ojos—. Estás pesadito con el tema, ¿no?

Él me lanza una mirada acompañada de una sonrisa sesgada, tan breve que a lo mejor la he soñado. Y continúa explicándose.

—Entonces mi mente se puso a pensar en tu experiencia, y estuve a punto de pedirte que me dijeras al menos si te habías enrollado con alguien. Pero... antes de hacer el gilipollas de esa manera, pues... Lucas y Marcos vinieron a mi mente y...

—Y... sí, claro, qué tontería —acabo por él, comprendiendo ahora todo y haciendo que los dos nos echemos a reír suavemente. Vuelve a mirarme y mi risa se corta en el instante en que noto como me coloca un rizo tras la oreja. Él parece percatarse también de lo íntimo de ese gesto, porque se sienta más derecho y deja más distancia entre los dos, mientras se cruza de brazos.

—¿Y bien? Te toca —comenta.

—Con Lucas... —suspiro y trago saliva porque es algo que no me gusta recordar. Pero él ha cumplido su parte del trato, así que...—. Sí, nos enrollamos.

—Bueno, creo que eso lo sabe medio pueblo, y eso siendo optimista. Esa noche no pasasteis muy desapercibidos. Y tú no parecías nada contenta. De hecho, todos pensamos que...

—Ya, ya sé lo que pensasteis. —Ante su arqueado de cejas, me echo a reír—. Pedro me lo dejó muy clarito. Hasta usó la expresión «follar como conejos».

Él se ríe, no sé si por mi cara de asco al decirlo o por la frase en sí. Y yo solo quiero comérmelo enterito. ¿Pero será posible?

—Pero eso no lo hicisteis —apunta.

—No. No llegamos tan lejos.

—En fin... Ahora entiendo cómo te mira.

—¿Cómo me mira? No me mira de ninguna forma.

—Bueno... Eso lo dirás tú. Te mira con ganas, Laura. —Y entrecierra los ojos al decirlo.

—Uff... Qué va. —Aunque, pensándolo bien...—. Y si lo hace, lo hará solo por joder.

—Que viene a ser lo mismo —suelta él, sonriendo con malicia. Y ganándose un manotazo que ni me pienso.

—Me refiero a que seguro que lo hace porque sabe que me molesta. Aquel día no le sentó muy bien no... No hacerlo, vamos.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué fue lo que hizo? —pregunta muy rápido, poniéndose todavía más derecho, juraría que bastante tenso.

—Se portó como un cabronazo. —Me encojo de hombros con un bufido—. En realidad, ni siquiera sé qué coño se me pasó por la cabeza para irme con él lejos del merendero. A veces no soy muy lista.

—Bueno, todos nos hemos equivocado alguna vez. O muchas veces —comenta, sin otra intención que hacerme sentir bien, estoy segura. Porque él es así. A pesar de su carácter fuerte y su pronto, siempre busca que las personas que lo rodean se sientan bien. Creo que no es consciente de ello, pero siempre actúa como moderador entre sus amigos y en su faceta de padre me tiene enamorada. Un poco más, quiero decir.

Sea como sea, lo cierto es que sus palabras funcionan. Porque me siento despreocupada y tranquila. Aunque la verdad es que ya llevo un buen rato así. ¿Cuánto alcohol tendría esa sidra? Porque no es normal que me encuentre tan cómoda hablando con él de cosas tan íntimas. Precisamente con él.

—¿Y Marcos? —pregunta, cuando ve que yo me recuesto contra el respaldo, subo las piernas y

me mantengo en silencio.

—¿No tienes frío? —cuestiono a mi vez, fijándome en que solo lleva la camiseta de manga corta. Las temperaturas no son demasiado bajas, pero la niebla trae con ella su relente característico y bastante humedad.

—No, estoy bien. ¿Tú prefieres ir a casa?

A casa. Se me escapa una sonrisa resignada pero cargada de ternura. Me gustaría recordar el momento justo en que comencé a considerar el piso mi casa, porque, por muy mal que eso esté, es así como lo siento. Y oírsele decir suena tan bien... Y, joder, me estoy convirtiendo en la ñoña de las ñoñas.

—Sí, podríamos ir tirando —digo ya incorporándome, a ver si con ello se me quita la tontería.

Estamos ya llegando al piso, sin que ninguno de los dos haya pronunciado ni una sola sílaba, cuando Chema vuelve a la carga.

—¿Y Marcos? Ese chico te importaba, ¿verdad?

Respiro hondo. Muy hondo. No solo por hablar de Marcos, ni de mis sentimientos hacia él, sino porque lo que frustró nuestra relación, nuestra noche, sé que va a doler. A los dos.

—Ese chico es un encanto —le digo sin mirarlo, con la vista clavada en el portal en el que tenemos que entrar.

—De él te enamoraste... —susurra, y leo clarísimamente un pesar en su voz. Y entonces recuerdo lo preocupado que estaba por que renunciara al amor por volver al pueblo.

—No —aseguro mirándolo a la cara—. No. Y te juro que Marcos tenía todas las papeletas para que lo hiciera. Fue lo más cerca que estuve de una relación de verdad, porque yo... yo no... Yo nunca...

—¿Tú qué, Laura? ¿Tú nunca te has enamorado? —me pregunta con aparente ironía al ver que no continúo la frase.

Ahora sí que bajo la vista, clavándola en su pecho.

—Lo cierto es que no, nunca me he enamorado de ninguno con los que pude haber tenido algo —sostengo. Y sí, increíblemente, ni siquiera estoy mintiendo, ¿verdad? Él no entra en esa categoría. Con él nunca fue posible nada. Estaba vetado. Así que fuerzo una sonrisa y prosigo con soltura—. No debo de ser muy enamoradiza... O a lo mejor es que tengo una especie de tara.

—No creo que sea eso —dice él, muy seguro, aunque parece también algo sorprendido ante mi confesión—. Tal vez no hayas encontrado al adecuado, o no le hayas dado el suficiente tiempo. Como tú misma dices, con ese Marcos... Estuviste cerquita.

Niego con la cabeza ante su tono condescendiente.

—Éramos compañeros de trabajo, nos hicimos buenos amigos, comenzamos a salir por ahí, ya sabes...

—Sí, y también que acabasteis en la cama —repito, recordándome una vez más esa brillante información que se me escapó en aquella ocasión—. Pero tú... Tú eras...

Giro de nuevo los ojos en las cuencas. ¡Vaya fijación con el asunto! Ni que le crease un trauma o algo, joder. Cuando vuelvo a fijar la vista en él, podría reírme. Tiene el ceño tan fruncido que hasta resulta cómico. Su cara es como un gran signo de interrogación, supongo que imaginándose todo tipo de argumentos para que los conceptos «cama» y «follar» no vayan de la mano dentro de este contexto.

Solo que no me río, porque maldita la gracia que me hace pensar en decirle lo que ocurrió.

Me entretengo buscando y sacando mis llaves del bolso, intentando encontrar la mejor manera de contarle qué fue lo que pasó, e incluso llego a abrir el portal con ellas sin que él me haya vuelto a insistir sobre el tema. Por un instante, hasta creo que ahí se va a quedar la cosa, por lo

que suspiro aliviada.

Pero cuando ya estamos en el ascensor, yo con la vista clavada en la puerta y él a mi espalda, lo oigo otra vez, obstinado en llegar al fondo de la cuestión.

—Vamos, que por algún motivo no llegasteis al final. —Pero qué listo es, la Virgen.

—Sí, eso fue lo que pasó —contesto ya cuando hemos llegado al tercero, donde nos bajamos. Pero mi tono no ha sonado resolutivo, lo sé, y él lo ha notado. Ha sonado afligido, joder, cuando no era esa mi intención.

Me deja entrar en casa antes de cogermelo de un brazo y hacer que lo mire. Incluso me sujeta la barbilla con una de sus manos, para que no tenga posibilidades de esconder la cara.

—¿Qué pasó, Laura?

Dios, hasta tengo ganas de llorar. Y no por no haberme acostado con Marcos, sino porque, con increíble claridad, recreo todo lo vivido aquella noche. La incredulidad ante la noticia, porque no podía ni quería creérmelo; la angustia ante lo desconocido, como una niña pequeña y perdida; el enorme dolor, la absoluta desolación ante la muerte de Clara.

—Jesús, Laura. ¿Tan horrible fue? ¿Se portó mal contigo? ¿Qué...?

Me echo a reír ante su cara de espanto y sus preguntas precipitadas. Pero también percibo las lágrimas que ya no soy capaz de retener dentro de los ojos. Esas que Chema me limpia con los pulgares, de una manera tan dulce que se multiplican sin que yo pueda hacer nada por evitarlo.

—Laura...

—Fue aquella noche —me atrevo por fin a decir, para acabar con esta tortura de una vez. Para que deje de mirarme así, como si me fuera a romper de un momento a otro—. Nosotros... Estábamos en ello... Y... Y...

Chema entrecierra los ojos, intentando descifrar mis palabras.

—¿Qué...?

—Y me llamó mi padre —suelto casi acelerada—. Para... Para...

Sé en el momento justo en que procesa la información, porque abre mucho los ojos, entreabre los labios y me mira con estupor.

—Oh, joder... —murmura. Y, de pronto, estoy entre sus brazos, en un abrazo tan estrecho que puedo llegar a fundirme con él. Me aprieta contra sí, no sé si para consolarme o buscando su propio alivio, yo solo sé que quiero que me suelte. Que ahora mismo no soporto este contacto. Me vuelve demasiado vulnerable, demasiado dependiente... Y yo no soy así. Yo no puedo permitirme el lujo de abandonarme al placer de su protección, de su calidez, de su simple tacto. No, no puedo hacerlo. Porque siempre quiero más... Siempre. Y pensar algo como eso en un momento como este se me hace insoportable. Insufrible... Incluso cruel.

Apoyo mis manos en su pecho y lo empujo, cada vez con un poco más de fuerza, hasta que es él quien me suelta.

—Joder, Laura. Lo siento —expresa con la voz más ronca de lo normal.

—Tú... Tú no tuviste la culpa.

—Siento haber sacado este tema. Haberte hecho recordar... —Se agarra el pelo en un mechón y casi tira de él—. Yo... Yo... Joder.

Comienza a moverse en dirección al salón, pero, al llegar allí, anda en círculos, con las dos manos sujetándose la nuca.

—Eh, tú no lo sabías —le digo acercándome—. Oye, ¿estás bien?

—No. Joder, no. —Cesa sus movimientos desesperados y me mira de frente. Coge mucho aire y lo deja salir, sin quitarme ni un instante la vista de encima—. Yo... Yo es que...

—Tranquilo, es normal —trato de calmarlo—. Es absolutamente normal que los recuerdos nos

jueguen estas faenas. No...

—Sí. Pero no. No, no lo entiendes. —Ante mi ceño fruncido, opta por quitarle importancia al asunto—. Da igual. Yo... Yo voy a acostarme. Es tarde y... Y necesito irme.

Asiento con la cabeza, algo aturdida.

—¿Vale? —me pregunta él casi a modo de disculpa y con una sonrisa triste.

—Vale. —Y yo también me obligo a sonreír. Aunque supongo que la mía es igual o más penosa.

CAPITULO 4

Chema

—Portaos bien, ¿vale? Y no habléis.

—Ya, papá.

—Desde luego que no van a hacerlo —asegura mi madre, pero, al menos, después las mira sonriendo con orgullo—. Ellas saben perfectamente cómo comportarse en misa.

Asiento con la cabeza y mi padre me guiña un ojo antes de coger a Llara de la mano y darse la vuelta. Me quedo allí plantado con las manos en los bolsillos, observándolos hasta que desaparecen dentro de la iglesia, y luego miro a mi izquierda, al portal que da al cementerio. Cuando me doy cuenta, mis pies ya han tomado una decisión y me encuentro caminando hacia allí.

Aunque intento hablar con Clara como siempre, sé perfectamente que no lo consigo. Mi voz suena forzada, como en una actuación pésima, consciente más que nunca de que no puede escucharme. En las anteriores visitas desde aquello intenté ignorar esta sensación, la que hoy me abrumba de tal forma que no deja lugar a ninguna otra. Porque ahora mismo, en este lugar, aquel suceso extraño de hace dos semanas se vuelve más real que nunca. Solo puedo recrear una y otra vez su despedida. Y entonces me percató de que, aun a sabiendas de que seguiré viniendo, solo estoy ante un trozo de mármol frío que no contiene ni una pizca de la esencia de mi mujer.

Por alguna razón, eso hasta me reconforta, lo hace más soportable. La imagino como un alma buena y libre flotando en alguna parte, reencarnándose en alguien especial o simplemente descansando en paz para siempre. Nunca he tenido muy claro en qué creer, supongo que se me nota. Pero sea lo que sea, será mejor que pudrirse en un agujero oscuro, por mucho que nos empeñemos en embellecer su exterior.

Respiro hondo y acaricio su foto.

—Adiós, cariño —le digo justo antes de girarme y alejarme de allí. Y soy totalmente coherente al no haber pronunciado las palabras con las que me despido siempre. Un «hasta la próxima semana» o «el próximo día» ya no me parece correcto. Ahora sé que no es necesario venir hasta aquí para estar más cerca de ella, sino que me valdrá cualquier lugar. Cosa extraña, sin embargo, porque también es cierto que, de pronto, la siento más lejos que nunca.

Me encamino hasta el bar de Paco sumido en mis pensamientos, tan repetidos ya en mi cabeza que deberían tener un lugar propio en ella. En cambio, es todo lo contrario. Cada día parecen moverse incansablemente en todas direcciones. En un segundo ordenados, con las ideas claras y centradas, y al siguiente, de nuevo están desencajados, como cuando desmontas cualquier cosa para tratar de arreglarla y luego te sobran o faltan piezas. Y optar por no pensar pues... parece ser que me es imposible.

Resoplo un instante antes de levantar la cabeza para saludar a un vecino, como he hecho por inercia durante todo el camino. Y de paso, caigo en la cuenta de que ya casi he llegado. Bueno, tampoco es que el trayecto fuese demasiado largo. La iglesia queda en la calle paralela a esta y se puede decir que aquí ninguna de ellas es muy larga. Laura siempre describe el pueblo como un laberinto de esos de laboratorio para ratones, cosa que suele hacerme gracia, aunque no comparto. El Pilar es pequeño, sí, pero precioso. Sus alrededores, con las playas, el monte y esos acantilados de infarto son una pasada y, si no, que se lo pregunten a todos los turistas que vienen a disfrutar aquí cada verano.

—¿Te has perdido, tío? —Ese es el saludo de Julián, al que veo fumándose un pitillo en la puerta del bar.

—Lo siento. He ido un momento hasta el cementerio.

Él asiente con la cabeza, serio, pero luego cambia la expresión y bufa.

—Hoy no es domingo —dice, conociendo al dedillo mis costumbres.

—No, hoy es viernes. —Sonríe sin demasiadas ganas y prosigue—. El primer día de las fiestas... Hace ocho años, tal día como hoy...

—Ya. —Se encoge de hombros y me pone una mano en el hombro—. Sabes que tienes que pasar página, ¿verdad? Si te lo planteas, un año puede tener un montón de días especiales que podrías haber celebrado con ella, pero... Pero ya no está, Rubio. Y tú sí.

—Lo sé. —Y no me pasa desapercibido su alivio por que no me haya enfadado, como cada vez que se atreve a hablarme así de firme y sincero.

—Pues muy bien —prosigue con una sonrisa, tirando la colilla en un cenicero de pie que hay allí mismo y empujándome hacia dentro—. Vamos a pedirnos algo de beber antes de que vengan tus padres con las niñas.

—De acuerdo, vamos, aunque seguro que tienen aún para rato. Ya sabes que esta misa es de esas interminables, con procesión incluida.

—¡Hola, Rubio! ¡Por fin! —exclama Pedro, alargándome un vaso de Martini con mucho hielo—. Te lo pedí cuando te vi llegar, a ver si no está ya aguado.

—No creo. Gracias. Aunque hubiese preferido una cerveza.

—Venga, que estamos en fiestas. Y todavía recuerdo aquellas borracheras que nos cogíamos a base de vermú. Sería que te gustaba, ¿no?

—O que era lo único que mis padres tenían en casa. Bueno, eso y vino. Pero el vino no nos subía tan rápido. —Me río, evocando aquellos tiempos, en los que todavía éramos todos unos críos y robábamos la bebida en casa para hacer botellones en el merendero.

—Quién os ha visto y quién os ve, ¿eh? —Se burla él—. De adolescentes golfos y macarrillas a responsables padres de familia.

—Peor lo tienes tú, que te hiciste poli —le dice Colás, que hasta ahora había estado de espaldas a nosotros, apoyado en la barra y ensimismado en el contenido de su vaso.

—Bah, pero eso solo fue por fardar con el uniforme. No te puedes imaginar lo que pone eso a las tías...

Nos echamos a reír, claro. Este Pedro no tiene remedio, pero, a pesar de sus frecuentes salidas de tiesto y ese incomprensible carácter con el que a veces nos saca de quicio, es un tío estupendo y un buen amigo. Por eso lo sucedido en aquella extraña cena a estas alturas está ya olvidado, sin tan siquiera habernos molestado en hablar de ello. Eso sí, él parece cortarse un poco cuando sale el tema de Nela, cosa que todos agradecemos, y Colás, el que más.

—Y hablando de tías... —comenta Paco del otro lado de la barra, mirándolo—. ¿Así que el sábado estuviste paseando por la playa con...?

—¡Joder! —Se agita él, sorprendido e inquieto a partes iguales—. ¡Era de noche y no había ni una puta alma! ¿Quién coño nos vio para venirte con el cuento?

—Bueno... No te voy a decir quién fue —dice Paco con una sonrisa que pierde al fruncir el ceño, no sé si disgustado o sorprendido—. Pero Pedro, ¿con...?

—Supongo que puedo charlar y pasear con quien quiera, ¿no? —Me mira a mí un instante y luego al frente, acabándose lo que le quedaba del Martini en dos tragos. Y entonces el que frunce el ceño soy yo. ¿Me ha mirado por algo en especial? ¿Con quién estaba para que parezca tan alterado?

Laura. La respuesta me llega de forma brusca e inesperada, igual que lo que siento al pensarlo. Algo que no tengo por qué sentir, joder. Ella es libre y...

—Pero a ver, ¿con quién estabas, macho? Ni que fuese un misterio... —interviene Julián,

mirando casi divertido a un nervioso Pedro y a un Paco que ahora parece arrepentido de haber sacado el tema. Lo sé por cómo se rasca la cabeza ante los ojos asesinos del rubio.

—Eh, que yo no tengo la culpa de nada. Allá tú si te traes algo con...

—Con nadie. No estoy con nadie. No pasó nada. Nada —sigue Pedro, y como siga repitiéndolo vamos a acabar por no creérnoslo.

—Bueno, y esa con la que no hiciste nada, ¿tiene nombre? —pregunto yo, porque lo cierto es que necesito saber si es ella.

—Claro que tiene —me responde él.

—Ya. ¿Y cuál es?

—El que le pusieron sus padres al nacer.

Julián se echa a reír y yo arrugo la frente tanto como puedo.

—¿Esto es algún método de despiste policial? —se cachondea Julián.

Pedro no le contesta, solo vuelve a clavar la vista en Paco de una manera en la que todos leemos que le está pidiendo apoyo en esto.

—Tú sabes que así lo empeoras, ¿no? Si yo me he enterado... —dice este con una sonrisa socarrona, pero entonces levanta las manos en el aire, dándolo por imposible—. Pero vale, vale. Como quieras...

Yo estoy a punto de darle otro consejo sobre eso. Cuanto más se lo calle y siga con esa actitud, menos nos vamos a creer que ese paseo no significó nada. Pero cuando voy a abrir la boca, Pedro ya está a otra cosa, sonriendo con los ojos puestos en el gran ventanal.

—Oye, Paco —le habla sin mirar hacia la barra—. Pon aquí otra ronda, que invita Rubio. Y cóbrale también lo que pidan las chicas.

Miro hacia fuera al oír eso y veo en ese momento a Laura, Nieves y Nela acomodándose en una mesa de la terraza que acaba de quedar vacía.

—Tienes un morro... —protesto sin sentirme mínimamente molesto y, sin querer, hasta sonrío al observar como Laura se menea en la silla, intentando bajarse una minifalda que no tiene tela suficiente para cubrirle la mitad de los muslos, que parece ser lo que pretende.

—Anda, expláyate un poco. Qué menos que invitar a la familia. —Se pone de parte del poli Julián.

Y esa puta frase arruina mi buen humor. Es una tontería, lo sé, pero... Miro a Laura de nuevo casi a hurtadillas, solo por si hay suerte y desde esta mañana en el desayuno algo me ha hecho cambiar el chip, pero no. Me es imposible verla como a una pariente. Y cada día menos. Ella... Ella me atrae demasiado, joder.

—Bueno, vamos a saludarlas, ¿no? —nos anima Pedro, repartiendo ya las bebidas que Paco ha dejado sobre la barra y saliendo acto seguido afuera.

No sé qué es lo que me hace cruzar en ese momento una mirada con Colás, que se encoge de hombros con una sonrisa enigmática y va tras el poli, por lo que Julián y yo los seguimos, por ser educados y eso.

—¡Hola, Pedro! ¡Hola, Colás! —saluda muy alegre Nieves, levantándose de la mesa y repartiendo besos en las mejillas en ese momento—. Hola, chicos —nos dice a nosotros al vernos, con bastante menos ímpetu pero besándonos de igual forma.

Con Nela y Laura nos limitamos a un simple «hola» y no me pasa desapercibido que entre Colás y Nela no hay ni siquiera eso. Incluso evitan mirarse. ¿Qué narices les pasa ahora a estos dos?

—Bueno, veros juntas de nuevo como a las tres mosqueteras es toda una sorpresa —comenta Pedro, acercando ya una silla de una mesa vecina y sentándose en ella. Colás y yo optamos por

acomodarnos en la piedra saliente de la ventana y Julián, tras observar que no quedan más asientos libres, se apoya a mi lado contra la pared.

—Sí, es verdad —contesta Nieves con una sonrisa de esas que se ponen cuando no sabes muy bien qué contestar.

—A ver, que ahora sea del club de los malos no quiere decir que no sea una buena chica. Así que, de vez en cuando, quedamos para recordárselo y eso —suelta Laura sin cortarse un pelo, y echándole la lengua cuando Nieves abre los ojos como platos.

Nela se echa a reír y le da un beso en la mejilla a la pasmada chica.

—Está bromeando, Nieves, sabemos que siempre serás un pedacito nuestra también.

—Sí, sí, ya lo sé, pero es que a veces se me olvida lo directa que es esta tía —explica ya con una sonrisa y señalando a Laura con la barbilla.

—Pues tenemos que quedar un poquitín más a menudo, para que no me olvides —bromea Laura, justo antes de agradecer a Paco la caña que le acaba de poner delante y darle un buen trago.

—Claro que sí, cuando quieras. Y así a ver si te hago ver que no son tan malos como los pintas.

—¿Tú crees? —Laura, escéptica, alza las cejas.

—Yo no lo creo. Lo sé, Laura —prosigue Nieves con seguridad—. A ver, es verdad que la primera impresión que dan no es buena, pero...

—Ni la primera, ni la décima... —mete baza Julián.

—¡Vale! —Nieves levanta las manos y pone los ojos en blanco antes de dirigirse directamente a nosotros—. Sé que vosotros tenéis vuestros motivos para tenerles manía, pero ellos también tienen los suyos y...

—¿Los suyos? —cuestiono yo bastante sorprendido. ¿Qué mierda de motivos van a tener?

—Vamos, Rubio... Mira, da igual. Al menos reconoce que las chicas son buena gente. Tú lo sabes, las has tratado. Y bastante.

Trago saliva. ¡Hostias, esto no me lo esperaba! Aunque sea cierto. Las dos cosas. Porque sí las he llegado a conocer bien y, a pesar de ser un tanto superficiales, no son malas chicas. Son divertidas, amables y, entre ellas, se cuidan y respetan. Otra cosa es lo que aparenten... Que ciego no soy.

Julián carraspea, Colás lo imita y yo hago otro tanto inconscientemente. Es que... Joder. No sé ni qué decir. Aquel Chema que las trató ni siquiera existe. De aquel Chema, que se encaprichó de la niña rica y guapa del pueblo y consiguió salir con ella, ni siquiera me fio de sus opiniones. Aunque eso sea injusto. Pero es que a su lado me siento viejo, cansado e infinitamente más cínico.

—Bueno... —Y ahora el que carraspea es Pedro—. Supongo que no podemos caerle bien a todo el mundo. Y viceversa.

—Eso es verdad. Y yo a Angelines debo de caerle fatal. Lo que, por otra parte, es mutuo —apunta Laura con desparpajo—. Pero, de acuerdo, a los demás les concederé el beneficio de la duda. —Arruga mucho los labios y continúa con un suspiro—. Aunque a Lucas me cueste lo mío.

Acaba la frase poniendo los ojos en blanco, después de que hayamos compartido una fugaz mirada. Yo sonrío ante su gesto, sobre todo porque ha conseguido quitarle tirantez a la conversación. Aunque sus palabras me recuerdan a otra, a la que mantuvimos aquella noche, y eso tampoco es demasiado bueno para mi salud mental.

No sé qué bicho me picó para que mi curiosidad e interés por ella me hiciesen bajar la guardia y comportarme de esa manera, y mucho menos por qué ella quiso satisfacerlos confesándome cosas tan suyas. Durante un par de días después de esa sorprendente e íntima charla, estuvimos un tanto... raros. Como si hubiésemos abierto una puerta prohibida y nos diera miedo mirar dentro.

Pero, al final, la rutina y la convivencia aparentemente normales que compartimos volvieron a poner, otra vez, las cosas en su sitio. Un sitio no muy definido, porque la tensión sexual entre los dos es cada vez mayor. ¿O solo será una equivocada percepción mía?

—¿A qué sí, Rubio?

Miro a Pedro confundido.

—¿Sí qué?

—Joder, ya estás otra vez empanado —se queja Julián a mi lado y, para dar más énfasis a la cuestión, me da un codazo.

—Ay... —Me froto el costado después de fulminarlo con la mirada y me dirijo al poli—. ¿De qué hablas?

—Más bien miente —interviene Laura—. Dice que soy muy cabezota.

—Es que lo eres. —Se ríe Nela mientras Nieves asiente con exageración y una sonrisa.

—Vale, vale, ya me ha quedado claro que lo pensáis todos. Pero no lo soy, solo...

—Solo eres más terca que una mula —la interrumpo yo, sin pararme a pensar en cómo han llegado a este tema.

Ella entrecierra los ojos y, estirando el brazo, me roba el pitillo que acabo de encender.

—Y aun así no te llego ni a la cintura —me replica antes de darle una calada.

—En estatura no, desde luego —la pincho. Es que me lo ha puesto a huevo, ¿no?—. Pero en porfiada...

Ahora abre mucho los ojos y me mira fingiéndose cabreada. A estas alturas ya conozco la diferencia, pero Pedro lanza una carcajada estrepitosa y dice lo primero que se le pasa por la cabeza. Como siempre, vamos.

—¡Joder! A la cintura, dices... Ese es el tamaño que deberían tener todas las mujeres, sería perfecto para...

Nela y Nieves comienzan a lanzarle aceitunas entre insultos, pero Laura va un poco más allá y, ni corta ni perezosa, vacía su vaso encima de su cabeza. Menos mal que le quedaba apenas un culín de cerveza, porque me temo que lo habría hecho igual. Y bien merecido se lo tendría. Porque aunque haya tenido su gracia, que tampoco voy a ir de perfecto, ese comentario ha sido bastante ofensivo. Y esto es algo que no comprenderé nunca de él. Me consta que el poli respeta muchísimo a las chicas. Que no haya tenido una relación seria no significa que no sea todo un caballero, aunque se trate de un ligue de una noche. Pero después suelta cada perlita por la boca que...

—Eso para que te enfríes, coño. Lo tuyo no es normal... —se desquita Laura observando como él se limpia la cerveza que le cae sobre la frente.

Pedro se ríe aún más, si eso es posible, y meneaba la cabeza salpicándonos a todos con el líquido.

—¡Para ya, tío! —se queja Julián, escurriéndose las gotas que le han mojado la camisa.

—La culpa es de Laura —se defiende el rubio, divertido, pasándole una mano por el hombro a la aludida y depositándole un beso en la sien. Pues va a ser que sí está pillado por ella, joder. Aunque podría dejar de toquetearla a todas horas, digo yo.

—Y poco te han hecho —prosigue mi compadre—. Es que eres muy bruto de Dios.

—Y para que eso lo diga él... —interviene Colás, ganándose una mirada asesina de su hermano y que a todos los demás nos dé la risa.

—Bueno, ¿y qué es tan gracioso? —pregunta alguien de repente.

Y no es que cesen las risas de golpe, sino que la mayoría hasta nos ponemos en pie, casi en posición de firmes. Bueno, como diría Laura, ha llegado la coronel. Ese pensamiento hace que

tenga que tragarme de nuevo las ganas de reír, pero las niñas corren a abrazarme como si no me hubiesen visto en días y me sirven como distracción.

—¿Qué tal en misa? —les pregunto, mientras mis amigos y mis padres se saludan entre ellos con mayor o menor entusiasmo.

—Bien. Yo ya me sé todas las canciones. —Sonríe Llara.

—A mí no me gustó. Nunca me gusta —dice Marta, cruzándose de brazos—. Ese señor que está en la cruz...

—Es Jesucristo. El hijo de... —intenta explicarle Llara.

—Ya sé quién es. Pero me da miedo. Y además, yo no creo que...

—Shh, por favor, Marta —la interrumpe Laura, sorprendiéndome, pues no me había fijado en que estaba atenta a la conversación—. A tu abuela no le gustaría nada oírte hablar así.

—Nada de nada —asegura mi pequeña, pero, cuando su hermana la mira mal, se escabulle hacia sus abuelos, lo que me hace sonreír. Siempre evita las discusiones, y en eso se parece tanto a su madre... En cambio, físicamente es clavadita a su madrina... Una mezcla extraña que no deja de sorprenderme.

—Pero es que... —trata de seguir protestando Marta, por lo que la freno con rapidez.

—Mira, tú delante de la abuela disimula, ¿vale? Sé que sabes hacerlo. Y luego en casa nos cuentas lo que quieras.

—Pero eso es mentir —opina mi niña, haciendo que tenga que esconder una sonrisa.

—No, eso es omitir, que no es lo mismo —aclarar Laura.

—¿No es lo mismo, papá? —me pregunta muy seria.

—A ver, cariño... —Me acuclillo para estar a su altura y que nuestra charla sea algo más íntima—. A la abuela le hace mucha ilusión todo eso de la iglesia y, si no le dices que no te gusta, la harás feliz.

—Ahh... Pero entonces tendré que seguir yendo a misa... Y seré yo la infeliz.

Ante ese razonamiento tan acertado, busco a Laura con la mirada sin pensar, encontrándomela a escasos centímetros. Está apretando los labios y los ojos le brillan con diversión y casi diría que orgullo.

—En eso tiene razón —me susurra.

—Mierda —suelto seco, porque claro que tiene razón, pero...—. ¿Puedes hacerlo por mí, cariño? Solo unos años más... Por lo menos hasta que hagas la comunión, ¿vale? —trato de negociar con mi hija. Que sí, ya sé que solo tiene cinco años, y que la psicóloga me dice que tengo que tratarla como a una niña normal de su edad, pero, joder, otra niña cualquiera no me metería en estos berenjenales.

—Vale —acepta Marta con resignación después de pensárselo un par de segundos.

—¡Papi! ¡Papi! —me llama Llara desde los brazos de mi padre, donde la tiene subida como si fuese un bebé—. Tus amigos te están diciendo adiós.

Me incorporo y correspondo a las despedidas de todos, algunos de ellos ya lo suficientemente lejos como para solo hacerlo a través de gestos.

—Bueno, nosotros nos vamos también —digo, dirigiéndome a mis padres.

—¿Cómo que os vais? —pregunta mi madre frunciendo el ceño—. ¿No venís comer a casa? Yo lo daba por hecho. He dejado preparados unos cachopos, que sé que son tu comida preferida. Y pienso acompañarlos con patatas y pimientos.

Joder, comienzo a salivar solo con oírla, pero aun así no soy capaz de aceptar. Miro hacia Laura, pues teníamos pensado comer en casa y me sabe fatal que tenga que hacerlo sola.

—Laura, tú también estás invitada, claro. A no ser que tengas otros planes —comenta mi

padre, seguramente imaginándose la situación.

—Oh, no... Yo...

—No tienes otros planes —aseguro.

—Ya. Ya sé que no tengo planes, pero no quiero molestar. Gracias, pero...

—Pero nada. Te vienes a casa con nosotros —insiste mi padre y, sin disimular ni un poco, le da un pequeño codazo a mi madre para que lo corrobore.

Es más que evidente que a ella no le hace ninguna gracia el asunto y mira a Laura de arriba abajo con los labios tan fruncidos que parecen un... Mejor no sigo por ahí. Pero aun así, acaba asintiendo con la cabeza.

—Venga, andando. Que lo dejé todo medio preparado, pero lo que falta no se va a hacer solo. Y es ya muy tarde.

Con Llara ahora de la mano, mi padre se pone a mi lado y se ríe entre dientes señalando hacia delante con la cabeza. Mi madre ha dejado de parlotear en algún momento y ahora avanza muy recta, como un general guiando a su tropa. En la retaguardia, observo que nos siguen Laura y Marta, las dos tan serias que guiñarles un ojo y hacerles una mueca graciosa me sale casi solo. Cuando consigo que sonrían, vuelvo la vista al frente.

—¿Así que cachopos, eh? —le digo a mi padre.

—Sabe con qué tentarte —se chancea él—. Pero por mí puede hacerlo todas las veces que quiera. No recuerdo la última vez que me dejó comer algo así. Que si la tensión, que si el colesterol, que si el ácido úrico... Ay, hijo, de verdad... Prácticamente sin sexo, sin tabaco, sin alcohol, y comiendo más verde que una vaca... Lo mío no es vida. A veces me pregunto si vale la pena cuidarse tanto. —Remueve el pelo de la niña y me mira con cariño—. Pero luego veo a estos dos soles y sé que todo compensa por poder seguir viéndolas crecer.

Le sonrío y asiento, pero mi mente todavía está procesando eso de «prácticamente sin sexo». Jesús. Mis ojos vuelan hacia mi madre y de vuelta a él. Eso significa que aún tienen alguno, ¿no? Mierda... Aparto esa imagen de la cabeza. Si al final mi padre va a ser que folla más que yo... Lo cual, por otra parte, no es muy difícil que se diga.

Y, cuando me doy cuenta, estoy mirando hacia atrás, concretamente a Laura. Joder, ¿por qué solo asocio el sexo con ella?

Y ahí está la pieza que siempre tiene que dar la lata.

Laura

Casi salto las escaleras de la casa de los padres de Chema. Esta comida ha sido... toda una experiencia. Creo que acabo de agotar una paciencia que no sabía ni que tenía. Tengo la lengua en carne viva de las veces que me la he mordido, joder.

—¡Vaya prisas! —Chema me alcanza en la acera tirando de las niñas. Me mira de reojo y se muerde el labio inferior—. ¿Qué tal?

Ni le contesto, porque no sabría muy bien por dónde empezar. Pero, cuando las niñas echan a correr adelantándonos, él prosigue con el temita.

—¿Ha estado tan mal? Bueno, ya la conoces. Sabes que mi madre es un tanto... difícil.

—¡Qué va! —ironizo—. ¿Por qué lo dices? ¿Por las críticas hacia mi ropa, escasa y de mal gusto, o a mis nulas capacidades para hacer una simple comida? ¿Quizá porque le ha faltado llamarme inútil cuando he querido echarle una mano, o porque ha dicho algo así como una docena de veces que debería teñirme el pelo? ¡Ah, no, espera! Seguro que lo dices por las continuas indirectas para que me marche del pueblo y regrese a la díscola vida de la ciudad, ¿verdad? Sí, esos también fueron mis momentos favoritos.

—Laura... —murmura casi avergonzado. Aunque también juraría que está disimulando una sonrisa y yo no encuentro el chiste por ningún lado.

—¡Díscola! ¡Ha dicho díscola! ¿Quién cojones dice...?

—Mi madre —me interrumpe, encogiéndose de hombros—. Lo siento. Yo...

—Tú no tienes que sentirlo. Creo que has carraspeado y chillado «mamá» más veces durante esta comida que en toda tu vida, pero...

—Pero debí hacer algo más, ¿no?

—No, ¿para qué? Además, sé defenderme muy bien solita y no lo he hecho por algo.

—Por las niñas... —adivina él.

—Sí, por ellas y por tu padre.

—¿Por mi padre?

Ahora la que se encoge de hombros soy yo.

—No quería hacerlo sentir todavía peor... El pobre se sentía muy violento y se le notaba.

—Sí, es verdad. A ver, es mi madre y la quiero. Pero desde luego él tiene el cielo ganado —opina meneando la cabeza.

—¿El cielo? Más que eso. Creo que Dios debería cederle su puesto en cuanto llegue arriba, joder. Menos que eso no se merece.

Chema me mira entre horrorizado y divertido, con los ojos muy abiertos.

—Serás hereje... —suelta, antes de echarse a reír.

—Uy, por favor —me burlo—, ahora tú también te pareces a tu madre. Si algo habrás heredado, claro...

Él se ríe aún más. Y eso que estoy poniendo a parir a su madre... Lo que me hace pensar que quizá me esté pasando. Puede que le haga algo de gracia todo esto porque estas últimas horas han sido sumamente incómodas, casi rozando lo ridículo y surrealista, pero... Pero no deja de ser su madre.

—Bueno, ya no la crítico más. Tampoco creo que te haga mucha ilusión este tema.

—No, no es precisamente ilusión lo que siento, no —responde con una sonrisa torcida. Ay, esa sonrisa...

—¿Por qué es así? —pregunto sin saber muy bien por qué—. Parece que siempre estuviese

amargada, joder. Y esa manera de fruncir los labios... Me recuerdan a un culo, no lo puedo evitar.

Chema me mira con los ojos como platos y se pasa una mano por la cara.

—Jesús... Tú sí lo dices, claro. No sé de qué me...

—Ay, lo siento. Ya paro. No digo ni una palabra más —le prometo, sin entender muy bien su anterior frase, pero arrepentida de haber seguido con el tema—. Además... Tampoco fue todo tan malo.

Ante su arqueado de cejas, sonrío y sigo explicándome.

—Los cachopos estaban de muerte, y tengo que decir que disfruté muchísimo cuando a tu madre casi le da un ataque al oír a Llara llamarme mamá por equivocación. Su cara era un poema y hasta se llevó una mano al corazón. Y tu padre... Creo que no me equivoco si te digo que se escabulló en ese momento al baño para no echarse a reír allí mismo.

Chema no me responde, ni con palabras ni con el mínimo gesto. Sigue teniendo una sonrisa en la cara, pero como si se le hubiese quedado pegada. Frunzo el ceño y recapacito sobre todo lo dicho. Yo solo pretendía quitarle hierro a la dichosa comida y... Mierda. Olvidé por completo lo mal que él también lleva esos lapsus de mi ahijada. Es cierto que nunca la reprende, pero ese seco «Mina» que le suelta en cada ocasión es más que suficiente para que la niña se dé cuenta de que tiene que rectificar y procurar no olvidar lo que soy para ella. Y creo que eso también va por mí, para que me dé por enterada de mi verdadero puesto.

—Esto... Bueno, creo que no debí hacer ese comentario —susurro, cuando su silencio comienza a ponerme muy nerviosa.

Y él parece volver de donde fuera que estuviese, porque amplía la sonrisa y niega con la cabeza.

—No pasa nada —me tranquiliza, pero inmediatamente se pone más serio y dirige su mirada hacia las niñas—. Yo es que... No sé por qué me molesta tanto, sé que la niña lo hace sin pensar y eso, pero...

Yo tampoco lo sé, pero no quiero oírlo. No me apetece que se ponga triste. Ni mucho menos hablar de Clara. Todavía no tengo claro cómo actuar después de aquella extraña noche. Mi ya intrínseca culpabilidad discute a diario con la ilusión que me supone saber que ella está de mi parte y... Y no puedo con ello. Aún no. Así que, sin meditarlo, en un acto del todo caprichoso, me tapo las orejas con las manos y me pongo frente a él, comenzando casi a correr hacia atrás en dirección a las niñas.

—¡Pues lo dicho! —grito, más porque yo no me oigo bien que por otra cosa—. ¡Los cachopos, deliciosos!

Él me mira sorprendido con la boca entreabierta y luego meneaba la cabeza, creo que disgustado. No me extraña, la verdad, el pobre pretendía explicarse y sincerarse, y voy yo y me porto como una cría, joder.

El resto del camino no volvemos prácticamente a hablar entre nosotros, salvo cuando los comentarios de las niñas no nos dejan otra opción. Ya en casa, tampoco, porque yo me voy con ellas a su dormitorio para cambiarlas de ropa, mientras él llama a Julián, con el que hemos quedado, junto con su mujer e hija, para acercarnos a las atracciones.

Les quito en un tiempo récord esos vestidos pomposos, regalo de su abuela, que han llevado todo el día, y les pongo unos vaqueros con unas camisetas supercómodas y chulísimas que he comprado en Zara por internet. Bendito invento, por cierto. Lo de internet, digo... Bueno, lo otro también, que la ropa es una monada y está muy bien de precio.

Después de hacer un poco de tiempo, ellos delante de la tele y yo lavándome el pelo y secándomelo para no tener que hacerlo al volver, nos dirigimos a la fiesta en el mismo silencio

extraño que se ha colado entre nosotros, pero acompañados por los chillidos de dos niñas emocionadas y con unas sonrisas radiantes.

—¿Las acompañas tú otra vez? —me pregunta Teresa, a la que lo de subirse a esos chismes, como ella los llama, la marea solo de pensarlo. Que vomitó yendo en el trenecito que pone el ayuntamiento estos días para los niños, por Dios.

—Sí, sin problema —respondo encantada, corriendo ya a comprar las entradas.

—No, déjame a mí —dice Chema, poniéndose a mi lado—. Ya que nos ahorramos el tener que subir en esa aburrida tortura, lo mínimo es que nos toque pagar.

—Bah, no seas tonto. Qué más da —contesto de muy buen humor, y no solo por el ambiente festivo que se respira, sino porque debe de ser lo más largo que me ha dicho desde mi desafortunada interrupción.

—Las compro yo, no seas pesada. Tú bastante haces ya con ir con ellas.

—Pero si me gusta —le digo con una inmensa sonrisa. Y como me mira asombrado, me apresuro a explicarle—. Hombre, preferiría subirme en las de los adultos, pero a falta de pan...

Chema también sonríe y mira a un punto detrás de mí.

—Bueno, por allí está el Saltamontes y ese que gira tan rápido —comenta, refiriéndose a las únicas atracciones en las que pueden disfrutar los mayores. Recuerdo que antes venían más, pero supongo que los feriantes se buscan ahora otros sitios donde haya más volumen de clientela.

—¿Vienes conmigo? —Y en cuanto me escucho, me muerdo el labio inferior casi con saña. ¿Es que nunca pienso?

Él ladea la cabeza y me mira con atención, con demasiada para mi simple pregunta. Tampoco le he pedido matrimonio, joder.

—Tal vez mañana, ¿vale? —acaba por responder después de unos segundos que se me hacen eternos.

—Vale. —Pero no sé si me oye, porque ya me ha dado la espalda para ir a por las entradas.

Después de montar hasta en cinco ocasiones en distintas cosas, convencemos a las niñas de que ya es más que suficiente por hoy y optamos por salir del recinto ferial, que no es otro que el famoso merendero. Pero entonces las niñas ven un puesto de algodón de azúcar y comienzan las tres a pedir uno casi a gritos, por lo que, concediéndoles un último capricho, Chema se acerca para comprar tres. Contemplo fascinada como la señora enrosca aquellas tiras algodonasas en el palito, recordando casi con exactitud su sabor. Me embarga una añoranza tan grande que incluso parezco estar degustando ese dulzor y esa textura tan única.

—¿También quieres uno? —me pregunta Chema buscando mis ojos con los suyos.

—¡Sí! —digo demasiado rápido, porque en verdad lo estoy deseando, pero, al mirar de nuevo hacia el puesto, veo las típicas manzanas caramelizadas y...—. O mejor una manzana. Dios, cuánto tiempo... No, espera, casi que el algodón de azúcar; si no, me voy a quedar con el gusanillo.

Él me mira con esa expresión tan suya, entre pasmado y guasón.

—Pero, a ver, ¿tú cuántos años tienes? —se burla, arqueando las cejas.

Yo no me digno ni a contestarle, componiendo un mohín con el que solo logro hacerlo reír. Pero lo que sí consigo es mi dulce y esponjoso antojo, así que me doy por satisfecha.

—Se ha hecho un poco tarde —comenta Julián ya en el centro del pueblo—. Podíamos picar algo en El italiano, ¿os parece?

Las niñas son las primeras en aceptar la sugerencia. Una cena fuera de casa y en un restaurante les parece toda una aventura. Y cuando ya todos se ponen de acuerdo en ir, yo me encuentro rechazando la oferta con la excusa de que tengo que prepararme para salir, pues he quedado con

Nela en el Pantera más tarde. Y eso no es excusa, que sí he quedado. Aunque también sé que me daba tiempo de sobra a cenar con ellos, pero... Pero esto de estar todo el día juntos, así, en plan pareja, es contraproducente para mis claros sentimientos pero confusos pensamientos. Además, me he percatado de cómo nos mira la gente, casi esperando el momento en que hagamos la mínima tontería que demuestre la teoría que corre por el pueblo sobre nosotros. No es que a mí me importe, sinceramente. De hecho, siempre he sido de las que incluso ha disfrutado alguna que otra vez dando de qué hablar, pero... Pero Chema es otra cuestión.

—Venga, mujer, será algo rápido —insiste Teresa.

—No, de verdad, yo... —Mis palabras se quedan ahogadas cuando Llara, a la que llevo cogida de la mano, tira de mí corriendo tras Sofía y Marta hacia un pequeño parque próximo. Como si no viniesen de menearse ya bastante... Aunque yo, en vez de soltarme, las sigo complacida. Y mientras las otras dos niñas se dirigen al tobogán, mi ahijada me lleva hacia los columpios, donde la siento y le doy un par de empujones hasta que ella misma comienza a impulsarse, tal como le he enseñado hace poco. La contemplo con una sonrisa y ocupo el de al lado, riéndome con ella e impulsándome con soltura.

—Mira, Mina, papi nos está mirando —me dice, señalando con uno de sus deditos, que desprende un segundo de la cadena.

Y sí, nos está mirando. Con un cigarrillo todavía apagado cerca de su boca y una sonrisa condescendiente.

Pues genial, con esto seguro que mejoro la imagen tremendamente infantil que debe de tener Chema ahora de mí. Lo cierto es que hoy lo que se dice mucha madurez no he demostrado, ¿no? Joder, que solo me faltan las coletas y las medias hasta las rodillas.

Chema

Con coletas, aquella minifalda y medias hasta las rodillas. Esa es la imagen que me vino a la mente en cuanto Laura comenzó a columpiarse en el parque. Y la que me hizo ponerme como una moto en menos de dos segundos. Tuve que sentarme en un banco para disimular tremenda erección, joder. Y eso que yo nunca he sido de esos tíos a los que les ponen los disfraces tipo enfermera *sexy*, colegiala o algo por el estilo... Pero con Laura... Bueno, ella solo tiene que agacharse en mi presencia para que yo esté ya todo burro.

Cojo una cerveza de la nevera y me la paso por la frente antes de abrirla. ¿Y ahora por qué cojones acabo de volver a pensar en eso? Lo mío ya comienza a ser incluso enfermizo.

—Bueno, yo ya estoy lista. En cuanto me llame Nela, me voy, ¿vale?

Levanto la cabeza y miro hacia Laura, que acaba de entrar en la cocina cambiada para salir. Y no sé si realmente le ha llevado arreglarse todo el tiempo que hemos tardado en cenar y acostar a las niñas, pero, sea como sea, está... guapísima.

Lleva puesto un vestido de cuero o un material similar de color negro. No demasiado corto para lo que ella acostumbra, pero sí con un escote considerable, aunque esté medio cubierto por tiras que se entrecruzan. Para variar, se ha quitado esas botas granates que lleva verano e invierno, y luce unas sandalias altas de cuña, creo que se dice, atadas al tobillo. El pelo, ahora ya hasta los hombros, parece más rojo de lo normal, con los rizos tan definidos que dan ganas de meter los dedos entre ellos. Y se ha maquillado, joder. Su boca, gruesa y grande de por sí, no puede estar más provocativa con ese color rojizo oscuro, mientras sus ojos parecen más misteriosos que nunca, ahumados en negro.

Vamos, que verla así es justo lo que me faltaba. Pícara, juguetona y espontánea de día... Arrolladora de noche... Estupendo.

Y yo debo de parecer tonto perdido, porque me acabo de dar cuenta de que llevo un largo rato observándola sin pronunciar ni una puñetera palabra.

—Ah, ¿te vas? —digo muy rápido, al ser consciente de ese hecho.

—Sí. Cuando me llame Nela. —Sonríe traviesa, sabiendo que se está repitiendo, lo que me hace sentir más idiota todavía—. Pero creo que aún tiene para rato. Le ha surgido algo. Así que aún puedes darme una de esas y podemos fumarnos un cigarrillo. Venga, te invito, que siempre soy yo la que te roba el tabaco —prosigue, sentándose y abriendo el pequeño bolso que lleva, del que saca una cajetilla.

Le doy mi botella después de abrirla y me hago con otra para mí antes de ocupar una silla y aceptar el pitillo.

—Eso que le ha surgido no será Colás, ¿no? Porque entonces puedes tener para más que un rato.

—No. —Se ríe ella—. Algo de su prima. Este año ha venido a pasar las fiestas al pueblo y ya sabes lo pesada que es.

—Sí, no la soporta. Y no me extraña. Es un tanto estirada la tía.

—¿Un tanto? Un mucho, diría yo. Pero, contra todo pronóstico, su madre hasta disfruta de esas visitas, así que...

—Ya. —Me enciendo el cigarrillo y le doy un trago a mi cerveza para evitar ser cotilla, pero al final me puede el misterio que se traen esos dos—. ¿Y Colás y Nela? ¿En qué punto están? Estos dos...

—Estos dos van a acabar juntos, o eso espero. Pero sí, se lo están tomando con calma. O más

bien él. A veces parece que solo la quiere para...

Se interrumpe en seco y aparta un instante la vista, frunciendo el ceño y los labios.

—Y eso te molesta —afirmo al ver su cara, entendiendo perfectamente de qué habla.

—Sí —se sincera sin mirarme—. Pero no... No por lo que...

—Porque piensas que Nela no se merece ese trato.

—Bueno... Es que no se lo merece. —Vuelve a mirarme y se encoge de hombros—. No digo que sea malo tener una relación de esas, ¿eh? Mucha gente la tiene y a mí me parece genial. Pero cuando una de las partes está tan enamorada de la otra como es su caso, pues... la cosa se complica. A veces no sé si Colás se está aprovechando, o vengando... Y, de verdad, eso no quiero creerlo, porque... él... Yo juraría que siente lo mismo que ella, joder.

Tardo en contestarle. Tardo porque me he quedado en su segunda y tercera frases. De hecho, me demoro tanto en hacerlo que es ella la que habla de nuevo.

—¿Tú qué opinas?

—Colás la sigue queriendo —contesto como un autómata, quizá demasiado deprisa después del salir del trance que me han creado sus palabras. Tal vez... Sí, tal vez...

«No, ni te lo plantees. No. ¿Cómo puedes tan siquiera pensarlo?».

Pero esa temeraria idea se instala en mi cabeza, acaparando mucha parte de mi cerebro.

—Vale, ¿entonces qué coño hace?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. La verdad es que no lo sé. ¿Así que te parecen bien esas relaciones?

Me llevo la botella a la boca para disimular mi sorpresa al haber sido capaz de pronunciar semejante pregunta. Joder, pues sí que ha ocupado la idea, ya ni razono.

—¿Qué? —pregunta ella juntando el entrecejo—. ¿Qué relaciones? ¿Seguimos hablando de la suya? Creo que...

—No... —Vuelvo a beber. Y carraspeo. Y entonces me lanzo. ¡Qué demonios! Solo quiero tantear el terreno—. Antes has dicho... Has dicho que las relaciones sin compromiso, vamos, de «solo sexo» no te parecen mal.

Lo he dicho tan de corrido que no sé si me ha entendido. Y su cara no me ayuda nada. Pestañea muy rápido y me mira con extrañeza.

—También he dicho que tienen que querer los dos lo mismo —dice después de un rato.

—Bueno, ya. Eso se sobreentiende. No estaba hablando de ellos, sino en general.

—Ah. ¿En general? —Se echa un poco hacia atrás en el respaldo y se cruza de brazos. Mierda, yo no sé mucho de lenguaje corporal, pero eso no pinta nada bien. Y entonces, suspira y bebe un largo trago antes de continuar—. Pues sí, no veo que tienen de malo. Allá cada cual.

—¿Y...?

El sonido de su móvil no me deja acabar la frase. Superoportuno... Justo cuando estaba a punto de hacer la pregunta crucial. ¿Y ella sería capaz de mantener una? Claro que iba a disimularla apelando a un condicional... No soy tan valiente para exponerme a un rechazo, o para cabrearla hasta un extremo insospechado si se llega a ofender por la propuesta. No ahora que estamos tan a gusto de nuevo. Además, yo todavía tengo que aclararme primero. ¿Estoy yo dispuesto a ello? ¿De verdad?

Joder, sí. Solo sexo. Sin sentimientos. Sin malos rollos. Con las cositas claritas.

Solo sexo. Para acabar de una vez con esta atracción. Seguro que cuando se pase la novedad, este afán de tocarla... Entonces, podremos seguir siendo amigos. Parece tan sencillo... Tanto que no me lleva más de un minuto responder a mis propias preguntas.

Cuelga el teléfono sin que yo haya estado atento a nada de lo que ha hablado a través de él,

demasiado ocupado pensando en mi genial idea. Claro que tiene un pero. Uno enorme. Que si quiero llevarla a cabo, tengo que hablarlo con ella. Y eso ya no me resulta tan fácil.

—Ahora sí que me voy —dice, poniéndose en pie y cogiendo el bolso de encima de la mesa.

—Pasadlo bien. Y dales un saludo a todos. Supongo que habéis quedado con los demás —comento, acompañándola hasta el vestíbulo.

—Solo con Tania. Gerardo y Pedro tenían doble turno hoy para poder librar mañana por la noche, o algo así. No sé, estos días tienen un horario un poco raro.

—Ya, me imagino. Las fiestas no deben resultar demasiado divertidas para la poli —bromeo, consiguiendo una sonrisa maravillosa de su parte. Y entonces, no sé qué diablos me pasa, porque ni siquiera pienso la siguiente cuestión. Solo sé que necesito saberlo—. ¿Estuviste el sábado pasado por la noche paseando con Pedro por la playa?

Y la sonrisa se le esfuma de la cara. Se queda muy quieta, mirándome con una mezcla de pasmo y... enfado, vaya. Menea la cabeza, no sé si para aclararse o con disgusto.

—De verdad, Rubio, eres la hostia —suelta al cabo de unos segundos en los que apenas he respirado. Da un paso al frente acercándose más a mí y me clava un dedo en el pecho—. No, no he ido a pasear con él. Pero, de haberlo hecho, no sé qué mierda puede importarte a ti.

Que no haya gritado no ha hecho que sus palabras hayan sonado amigables, sino que ha sido todavía peor. Como si reprimiera una ira que ahora no comprendo, porque aunque es verdad lo que me dice, tampoco es para tanto. Podía ser simple curiosidad o...

—Bueno, solo me preocupo por ti.

—¿Te preocupas? —Abre mucho los ojos y se echa a reír con sarcasmo—. ¿Te preocupa que pasee con un amigo nuestro, que además es policía, por la playa? ¿En serio? ¿Qué crees que puede pasarme?

—Nada, desde luego. Es solo que...

—Es solo que eres como el puto perro del hortelano, ¿no?

Se acerca tantísimo a la verdad, tanto que... que la ha clavado, joder. Así que, evidentemente, me ofendo. Lo que hace cualquiera en estos casos.

—¡Qué! ¿Qué coño tratas de...? —Ni siquiera me molesto en terminar la frase, porque el portazo me hace saber que acabo de quedarme hablando solo.

Solo y con un cabreo de mil pares de narices.

CAPITULO 5

Laura

—Oye, cambia esa cara, que se supone que hemos venido a pasarlo bien.

—Sí, lo siento. —Sonríó a Nela y me acomodo en la silla, sacando los codos de encima de la mesa—. Es que estoy un pelín cansada, hoy ha sido un día bastante largo.

Largo y raro, joder. Muy raro. Sobre todo ahora al final, cuando Chema parecía poseído por algún espíritu celoso y tocapelotas. Porque no, eso no era curiosidad, ni preocupación. Y quizá sea una engreída al pensar que se trataba de celos, pero, Dios, lo parecían.

Es más, ahora hasta rezo para que lo fueran, porque, si no, el único efecto que puede haberle causado mi última frase es un ataque de risa. Joder, es que... ¿cómo se me ocurre soltar algo así? Nada, que no aprendo, oye. Que a mí lo de pensar primero no se me da nada bien.

—Ha llegado.

—¿Eh? ¿Qué? —Miro a Nela sin entender—. ¿Qué has dicho?

—Que ha llegado.

—¿Quién? —pregunto algo espesa.

Ella arquea las cejas y se muerde el labio inferior, aclarando con esos gestos todas mis ideas.

—¡Colás! —exclamo al caer—. ¿Dónde está?

—Hablando con aquella rubia en la esquina. ¿Lo ves?

Miro hacia donde me indica mi amiga y sí, lo veo. Conversa con una chica, bastante cerca, para que puedan escucharse dado el volumen de la música, pero mantiene las manos en los bolsillos y no observo nada inadecuado para que el tono usado por Nela haya sido casi asesino.

—Solo están charlando, Nela, por Dios.

—Por ahora.

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—A ver... ¿De verdad piensas que, por negarte a echar un polvo con él el domingo pasado, va a liarse con otra y volver a pasar de ti? Eso no va a ocurrir, tonta.

—Estás tú muy segura. Pero te recuerdo que ya una vez intentó olvidarme follándose a todas las...

—¡Para, no te rayes!

Ella se lleva las manos a la cara y menea la cabeza. Y creo saber exactamente lo que está pensando. Así que tiro de su silla para tenerla lo más cerca posible y hago que me mire, sujetando durante unos segundos sus mejillas.

—Mira, Nela. Hiciste lo que creíste adecuado al rechazarlo y, es más, te felicito por ello. El amor no puede ser una causa para perder toda la dignidad y el orgullo, joder, y si eso es lo que sentías acostándote de nuevo con él, pues... A la mierda. Hiciste lo correcto.

—Ya lo sé, Laura. Lo sé. Pero, en realidad, no sé si solo fue por eso o por retarlo a que se decidiera de una vez. Intenté sacar el tema de volver en varias ocasiones. Pero el viernes y el sábado pasado, después de... de acostarnos... Bueno, de hecho, no lo intenté, sino que se lo pedí. ¿Y sabes qué me contestó?

—Nada —le digo, pues hemos hablado de esto durante toda la semana y me sé lo sucedido de memoria—. Se quedó en silencio, se levantó, se vistió y te llevó a casa.

—Eso mismo. Así que... No sé, el domingo me lo jugué al todo y, cuando me invitó a subir al piso, le dije que no.

—Pues muy bien. Y si ahora va a tirarse a otra por eso, pues que le aproveche. Entonces es que no vale la pena, Nela. Sé que es duro, cariño, pero a lo mejor...

—¡No! ¡No digas eso! Colás sí vale la pena y tú lo sabes. A veces pienso que, si tengo que elegir entre tenerlo a su manera o no tenerlo, prefiero lo primero. Pero...

—¡Hola, chicas! —interrumpe una alegre Tania, sentándose a nuestro lado, pero, al ver nuestras caras, se pone seria y pregunta—. ¿Qué sucede?

—Colás, vamos, lo de siempre —contesta Nela antes de acabarse de un solo trago la copa que tiene delante.

—Ah... Acabo de cruzarme con él cuando entraba. Él salía.

Nela y yo volvemos la cabeza hacia la esquina donde estaba hace unos minutos y, como es evidente, no lo encontramos allí.

—¿Iba...? ¿Se iba...? ¿Solo? —pregunta Nela, no sé si más nerviosa o asustada.

—Sí, solo. Y ahora que lo pienso, llevaba un vaso en la mano. A lo mejor salió a fumar.

—Él no fuma —apunto yo.

—Pues a tomar el aire —prosigue Tania.

—Por mí como si salió a bailar la *Macarena*, lo importante es que lo hiciera solo —comenta Nela, mucho más tranquila.

—Ay, por ver eso pagaba yo dinero. Vamos, Colás, muévete —bromeo, comenzando a bailar en la silla—. «Dale a tu cuerpo alegría, Macarena. Que tu cuerpo es *pa...*».

—Oh, por Dios, ¡cállate! —me grita Nela, empujándome pero riéndose, justo lo que me proponía.

—Vale, vale, me callo. Pero entonces se acabaron las caras largas. Alegría es lo que necesitamos, chicas. —Me pongo en pie y miro a Nela—. ¿No me decías tú hace un rato que habíamos venido a pasarlo bien? Pues vamos a bailar.

Dando por hecho que me siguen, me dirijo a la pista y empiezo a menearme al compás de una canción de J. Lo bastante moderna para lo que suelen poner aquí. Ellas aparecen a mi lado en cuestión de segundos y las tres cantamos la letra a gritos, destrozándola algunas veces. Miro a Tania y sonrío con toda la boca. A esta chica le costó un poco cogernos el ritmo, pero cada vez se la ve más suelta y desinhibida.

Muchas canciones después, y completamente secas, nos acercamos a la barra, llena a rebosar de gente un día como hoy. Me hago hueco y no es necesario que me desgañite para pedir algo de beber, pues Jorge, al verme, me dedica una sonrisa y un guiño con el que me hace saber que estará conmigo en cuanto acabe de servir las cañas que saca con verdadero primor del grifo.

—Hola, guapa. ¿Qué va a ser? —me pregunta un par de minutos después.

—Pues... —Miro hacia mis amigas, que también han conseguido su hueco en la barra a mi lado—. Venga, ponnos tres chupitos de tequila, anda.

Él se gira para coger la botella y coloca ante nosotras, con destreza, los vasitos que trae en una sola mano.

—Ay, Laura. No creo que deba. Yo... Yo no estoy acostumbrada y me sube muy rápido —se queja Tania, observando como Jorge comienza a llenarlos a la vez sin levantar ni un instante la botella.

—Vamos, Tania. Solo uno —la anima Nela, cogiendo ya el suyo después de haberse puesto sal en el dorso de la mano.

—Vale, pero solo uno.

Tres chupitos después, nos estamos descojonando con ella, que en el último se ha comido el limón con piel y todo.

—Uy, creo que me he emocionado, ¿no? —nos dice con una risita.

—Si te sirve de consuelo, sé de primera mano que aquí los lavan antes de cortarlos —

comento, haciéndole una seña a Jorge para que rellene nuestros vasos.

Él ladea la cabeza como si no lo considerara buena idea, pero, antes de que pueda protestar y exigirle nuestro tequila, Gerardo nos abraza a las tres por la espalda, haciendo que nos apelonemos unas con otras.

—¡Hola! ¡Veo que estáis pasándolo muy bien, eh! —exclama, mirando hacia el plato que contiene la piel desechada del limón.

—Pero... ¿Tú no trabajabas esta noche? —pregunto, al tiempo que lo beso en la mejilla en cuanto nos suelta.

—No, ya lo he hecho durante todo el puñetero día. Acabo de salir hace apenas media hora, el tiempo de pasar por casa para ducharme y cambiarme.

—Oh... Pues podías haber venido de uniforme —se queja Tania con voz mimosa, pasando las yemas de sus dedos por el pecho de su jefe. Su actitud nos sorprende mucho a los tres, pero Gerardo lo está tanto que se le descuelga la mandíbula. Y la niña sigue como si nada, pero ahora mirándonos a nosotras dos—. Sí, soy una de esas locas por los uniformes, ¿sabéis? Y trabajo entre ellos... Oh, joder.

Se abanica con las manos mientras yo pestañeo incrédula, para luego romper a reír a carcajadas, imitando las que Nela no ha podido reprimir en cuanto Tania ha dejado de hablar. Gerardo, en cambio, carraspea incómodo, pasando el peso de su cuerpo de un pie a otro y mirando a su compañera como si la viese por primera vez.

Bueno... Eso es más o menos así. Esta Tania es nueva. La leche, pues sí que le sube el alcohol a la tía...

Todavía riéndome, la cojo de un brazo y la acompaño a nuestra mesa, donde nuestras chaquetas siguen sobre el respaldo de las sillas.

—¿Os traigo algo de beber? —invita Gerardo, quitándose el jersey fino que lleva sobre los hombros.

—Un ron con cola, *porfa* —pide Nela con una sonrisa.

—Yo otro, gracias.

—Y yo...

—Tú, agua —le replica Gerardo a una perpleja Tania, que cierra la boca de golpe.

—Venga, sargento, no seas así —interviene Nela con una sonrisa—. La chica solo está divirtiéndose un poco.

—Sí, pero...

—¡Oye! —protesta entonces Tania, saliendo de su asombro—. No estoy trabajando y aquí no eres mi jefe. Si quiero beber, beberé.

Él la mira con los ojos entrecerrados.

—Muy bien —acaba por aceptar, pues tampoco creo que le quede otra—. Pero te levantas y vas tú a por tu bebida. No pienso colaborar en meter ni un gramo más de alcohol en ese cuerpo. Creo que ya tienes bastante.

Y, sin más, nos da la espalda y se dirige a la barra.

—Pero... ¿qué le pasa a ese? ¡Ni que fuera mi padre, coño!

Nela y yo nos reímos por lo bajo ante su queja. Ante esa forma tan rara de pronunciar las erres y ante esas palabrotas tan poco usuales en su boca.

—Bah, no te preocupes, cielo, te daré un poco del mío —le dice Nela, guiñándole un ojo.

—Vale, pero... pero no es lo mismo. Gerar... Gerardo no tiene el...

Sus palabras se ven interrumpidas porque, de repente, toda la gente de las mesas de al lado se ponen en pie tan rápido que incluso varias sillas caen al suelo. Eso sin contar que en la pista

parece haberse desatado el caos.

—¿Qué pasa?! —grito en voz alta mirando hacia mi derecha, donde un compañero de clase de mi hermana mira el espectáculo junto con su mujer.

—Han comenzado a pelearse dos tíos, pero han ido metiéndose unos y otros y... Y ya ves, esto parece el Lejano Oeste —me explica, acercándose un pelín a mí para que pueda oírlo claramente.

Miro de nuevo hacia el meollo del follón, donde veo ya a Gerardo intentando mediar un poco, pero me parece que lo único que va a conseguir serán unos buenos guantazos.

—¡Oh, Dios! —gime Tania comenzando a andar en esa dirección—. Tengo que...

La agarro de un brazo y la hago volver a su silla.

—Lo siento, pero no estás en condiciones de hacer nada, Tania. Quédate aquí tranquila y...

—Pero algo hay que hacer.

Al mirar de nuevo hacia la pista, encuentro a Gerardo un poco retirado del asunto, con el móvil pegado a la oreja, imagino que pidiendo ayuda. Y entonces, a través de los altavoces, oigo los primeros acordes de una nueva canción, pues la música sigue sonando ajena al cristo que se ha montado. Mis ojos vuelan hacia Nela, mientras mi cerebro, en menos de un par de segundos, relaciona lo apropiado de esa pieza. Es la canción de *El bar Coyote*, pero no la que se hizo famosa por la película, sino una *country* que suena al principio de la misma y de la que Nela, Nieves y yo nos aprendimos la coreografía al dedillo después de empaparnos de sus escenas una y otra vez. Y, joder, todavía la recuerdo. Si fuera igual de buena para la geografía... Dios, sería una lumbrera.

Nela parece leerme el pensamiento porque sonrío y, sin mediar ni media palabra, corremos hasta la barra. Pasamos por delante de la mesa de Nieves, que se encuentra sentada en el regazo de Hugo y nos mira con interés. Supongo que al vernos trepar por los taburetes y aceptar la mano de Jorge, que, aun pasmado, nos ayuda a ponernos de pie sobre el mostrador, es cuando comprende lo que nos proponemos, porque de pronto la vemos frente a nosotras, con las manos alzadas para que la ayudemos a subir.

—¿Qué...? —balbucea el camarero dirigiéndose a mí.

—Ponla de nuevo y dale caña —le ordeno, señalando el aparato algo antiguo pero portentoso que tiene a su espalda. Y, por suerte, él no se hace de rogar.

Comenzamos a bailar totalmente coordinadas y concentradas, pendientes las unas de las otras, sin pensar en nada más. Como si estuviésemos solas en nuestro cuarto y no encima de la barra de un bar, rodeadas de decenas y decenas de personas.

Cuando nos perdemos en un paso, nos echamos a reír e improvisamos, para luego seguir girándonos y meneando el trasero para el público, mientras llevamos nuestras manos hacia él. Yo sonrío encantada, porque a pesar de por qué me he subido aquí, estoy pasándolo de miedo. Bailar es lo mío y tener aquí a las dos, apoyándome en esta locura y disfrutando de ella como yo, es una auténtica gozada. Como en los viejos tiempos.

Ante el primer silbido, se me ocurre pensar por primera vez en algo más que en los pasos. ¿Qué carajo tengo puesto bajo el vestido? ¿Tanga? No, por favor. Suspiro aliviada al recordar que me puse un *culotte* de encaje, pero que cubre lo importante, así que sigo bailando, siguiendo ahora más mi instinto que el recuerdo de la coreografía. Mis amigas parecen hacer lo mismo y, aunque el final de la canción es un despropósito en el que nos inventamos cada uno de los movimientos, la gente ha comenzado a aplaudir y a corear nuestros nombres entre risas y saltos.

El último acorde me pilla con las piernas y los brazos abiertos, con Nieves a mi espalda meneando su pelvis contra mi trasero y con Nela acostada boca abajo sobre mis pies, en una pose del todo perfecta, con los pies elevados en el aire y cruzados y la barbilla entre sus manos.

Observo como una lluvia de aplausos parece pelearse contra la acústica del bar, mientras, a lo lejos, veo a un par de polis sujetando a dos chavales.

—¡Joder! ¡Sois los putos Angeles de Charlie! —grita alguien, haciéndonos reír porque no es la primera vez que nos han llamado eso, pero hacía demasiado tiempo de ello. Una de pelo castaño claro, otra morena y yo, pelirroja. Lo cierto es que se lo pusimos fácil.

—¡Otra, otra! —chillan varios más, pero unos manos ya están abarcando nuestros cuerpos y ayudándonos a bajar, y no nos dejan opción ni a tener la oportunidad de considerarlo.

—¡Estás como una cabra, tía! —le suelta Hugo a Nieves bajándola en volandas. Y cuando la tiene en el suelo, la besa de una manera que... Joder—. Pero me encanta —dice antes de tirar de ella de nuevo hacia su mesa, por lo que Nieves se despide de nosotras con una sonrisa inmensa y levantando el pulgar de la mano que tiene libre.

—¿Qué coño te ha dado?! —Ese es un furibundo Colas, que ha sentado a Nela en un taburete e intenta intimidarla con su tono y su postura.

—¿Y a ti qué te importa? —le contesta ella, haciendo que la adore un poco más. Esa es mi chica.

—¿Que qué...? —Entonces mira hacia mí y me fulmina con la mirada—. ¡Ya no sois unas crías, joder! ¿A qué ha venido este espectáculo?

Yo me encojo de hombros disimulando una sonrisa y, por primera vez, vuelvo la vista hacia quien me ha ayudado a bajar a mí, pues había estado demasiado atenta a lo que sucedía con mis amigas.

—¡Pedro! —grito al verlo, de brazos cruzados observándome serio. Aunque... Aunque el brillo de diversión que tienen sus ojos se pone todavía más de manifiesto cuando su boca se tuerce en una sonrisa.

—El mismo, Penélope —me dice, refiriéndose a esa escena famosa donde la actriz fue la encargada de entregarle el Oscar a Almodóvar. Y yo rompo en carcajadas.

—¡Y encima te ríes! —sigue gritando el sieso de Colás—. ¡La que habéis liado! Ahí, bailando como... Joder. —Se pasa las manos por la cara como si quisiera borrar esa imagen de su cabeza.

—Bueno, pues yo os voy a dar las gracias, chicas. Estáis invitadas a lo que queráis. Me habéis salvado la noche y seguramente... una nueva decoración en el bar —interviene Jorge saliendo tras la barra y atusándome los rizos.

—De nada, Jorge. Ha sido un placer.

—Sí, lo ha sido. —Se ríe Nela, ignorando a conciencia el ceño fruncido de Colás—. ¡Lo he pasado de maravilla! ¡Dios, qué subidón!

Ahora el que se troncha es Pedro, no sé si con la frase de mi amiga o con el careto que se le ha quedado a su exnovio... o lo que sea ahora.

—¿Subidón? ¿Subidón? —repite Colás con la cara desencajada, dando dos pasos hacia atrás y mirándonos a las dos intermitentemente.

Yo acabo por apartar la vista de él y de su poca tolerancia, y me dirijo a Pedro.

—¿Qué ha pasado?

—Dos hasta los topes de todo que han comenzado a pelearse por un puto porro. Los demás que han ido uniéndose, creo que más por aburrimiento que por otra cosa.

—Sí —oigo a Gerardo justo detrás de mí, haciendo que me gire hacia él—, ha sido empezar a veros bailar y los han dejado que se mataran entre ellos. Y no me extraña, la verdad, erais mucho más entretenidas que una estúpida pelea.

El jefe de la policía local nos dedica una sonrisa torcida y luego choca nuestras manos en plan profesional, como si acabásemos de resolver algún crimen o algo parecido, lo que nos hace reír,

al igual que Pedro, que no puede evitar meterse con él.

—Mira que eres peliculero, tío —le suelta.

—Y tú uno que debería seguir currando, así que... —Mueve su mano adelante y atrás, invitándolo a marcharse y a seguir patrullando o lo que sea que hacen a estas horas. Pedro solo resopla divertido y se despide de nosotras con un guiño antes de caminar hacia sus compañeros. Habla con uno de ellos, creo que para ofrecer su ayuda, pues el joven al que lleva detenido se retuerce entre sus brazos. El otro no, resignado a su suerte o más inteligente, a saber.

—Oh, Dios mío... ¿Cómo habéis podido hacer algo así? —Esa pregunta nos la hace Tania, a la que veo junto a Jorge, mirándonos con una mezcla de sorpresa y admiración. Lleva sus ojos de la barra a nosotras y viceversa, y luego se tapa la boca con una mano—. Habéis estado... increíbles, chicas.

—Gracias. Gracias. —Hago una reverencia exagerada y luego me apoyo en Gerardo para levantar un pie y mirar qué demonios tengo pegado a la suela, pues llevo sintiendo una pequeña molestia desde hace un buen rato. Retiro un trozo pequeño de cristal que se ha clavado en ella y lo dejo encima del mostrador, por lo que, al girarme, puedo ver como Colás extiende una mano hacia Nela, sin emitir ni una sola palabra.

Ella se la queda observando indecisa durante unos eternos segundos. Incluso me dirige una fugaz mirada antes de clavar los ojos en los de Colás. Este solo mueve la cabeza hacia la puerta, nada más. Y yo estoy cabreándome a marchas forzadas. No sé si no habla por timidez o porque es un puto arrogante, pero lo que la propuesta indica me hace decidirme por lo último. Y Nela está dudando, joder.

Doy un paso adelante y le toco un muslo, acaparando su atención y queriendo que no vuelva a caer en lo mismo que en el fondo le hace tanto daño. Pero ella se encoge de hombros, suspira suavemente y acepta su mano, alejándose con él hacia la salida principal.

—¡Joder! —suelto frustrada cuando ya los he perdido de vista entre la gente—. ¡Joder!

—Eh... —Gerardo pone una mano en mi hombro y me lo aprieta—. ¿Qué pasa? Yo no he visto que se la haya llevado a rastras.

—No, claro. No lo necesita —respondo con sarcasmo y sin ocultar mi malestar. Gerardo sabe de qué va todo el asunto y no tengo por qué fingir delante de él.

—Además... después de ese baile... pues qué quieres que te diga... —balbucea él.

Tania suelta una risita que oculta tras una mano, mientras Jorge se ríe abiertamente. Y yo resoplo, porque lo cierto es que también me reiría, pero no me lo permito.

—Nada, mejor calladito. Parecéis una pandilla de salidos, joder.

Él se echa a reír, por lo que me sorprende la pregunta que me hace a continuación.

—¿Por qué te molesta tanto que se hayan ido juntos? Sé que no están en su mejor momento, pero...

—Uff, no sé, Gerardo. No lo sé —digo, intentando que se olvide del tema. Y recordando otra pregunta que me descolocó esta noche. ¿Por qué Chema quería saber qué opino sobre las relaciones...? Dios, no sé ni cómo llamarlas. ¿Sin compromiso? ¿Solo sexo? ¿Abiertas? Vaya ironía, con lo liberal y abierta que me considero, y parezco una auténtica pardilla sobre estos temas. No mentí, realmente me parecen bien siempre que ambas partes estén de acuerdo... Así, en general, como él argumentó. Pero... ¿Sería yo capaz? Uff. Necesito un cigarrillo con urgencia. Y estar un momento a solas. Con la misma urgencia.

Así que, tras avisarlos a todos de mis intenciones, me acerco a la mesa a por mis cosas y luego atravieso la pista para salir por la puerta que da al callejón trasero.

No sé por qué, pero de pronto me siento extraña. Desganada. Como si, tras la adrenalina

soltada, mi cuerpo hubiera sufrido un bajón.

Me acomodo mejor en el hombro la cadena del bolso, que se me resbala, y echo las manos a la gruesa barra horizontal de la puerta, empujándola para acceder al exterior.

—¡Eh, Laura!

Giro la cara hacia mi izquierda y veo venir a una sonriente Nieves.

—¿Me acompañas? Salgo a fumar —la informo en un tono alto de voz sin soltar la pesada puerta para que no se cierre de nuevo.

—Vale, pero...

—¡¡Cuidado!! ¡Chicas, cuidado!

Solo me da tiempo a mirar hacia atrás un instante después de oír ese grito que no sé ni de quién procede. Y entonces me atropellan.

Alguien, un chico, creo, me empuja muy fuerte contra la puerta, tratando de salir hacia fuera por el hueco que yo había mantenido abierto. Pero, al hacerlo, tropieza también con mis pies, haciéndome tal barrido que no me queda otra que sujetarme con fuerza a la barra, que todavía no había soltado, para no irme al suelo de morros.

La hostia es de campeonato. Mi cara, que ya se había golpeado contra la puerta en el primer impacto, sufre ahora otro cuando es mi boca la que se estrella contra el duro material. Siento el labio superior entumecido y el sabor de la sangre. La mejilla derecha me late y las rodillas, en contacto con el pavimento, me duelen un horror.

—¡Laura! ¡Joder, Laura!

Como una muñeca, consiento que me incorporen, pensando en qué demonios...

—¡Laura, ¿estás bien?! ¡Mierda!

Pestañeo y me centro en esta segunda voz. Es Pedro, que me mira muy preocupado, pero que tampoco puede evitar echar un vistazo tras otro hacia fuera.

—¿Quién...? —susurro.

—¡Ve tras él! Yo me ocupo de ella.

Tardo un segundo en comprender qué ha pasado. Y otro en aceptar que el que le ha dado la orden y me ha levantado del suelo es Selmo. Y Lucas también está ahí, ahora tendiéndome un pañuelo limpio. Al igual que Aída, que hace lo propio con una botella de agua.

Pedro reacciona. Me aprieta ligeramente un hombro y sale corriendo. Y observo, casi fascinada, como Gerardo y otro de sus compañeros siguen sus pasos.

Joder, estoy justo en el medio de una película de acción. Mierda.

Chema

De todas las gilipolleces que he hecho en la vida, esta se lleva la palma... ¿Es que no puedo estarme calladito y razonar un poco antes de hablar con ella? Si al final va a ser verdad que todo se pega y me parezco más a Laura de lo que me gustaría...

Yo no soy así. Normalmente pienso y actúo en consecuencia. Pero ella... Ella tiene algo que... ¡Que me frustra, joder!

Porque quiero tenerla, pero no quiero. Incomprensible, pero también una verdad como un templo. Por eso una relación de esas sin compromiso me parece lo ideal. Solo se trataría de sexo. Una necesidad. Un instinto primario. No voy a dejarla entrar en mi corazón, ni a prometerle amor eterno. Ese es el lugar de Clara, el que nadie puede reemplazar. Y esa es la misma razón por la que me molesta tanto cuando Lara llama mamá a Laura. Aunque sea algo que no tiene demasiada importancia... Una palabra equivocada en la boca de una niña de cinco años. Pero ese es otro lugar que tampoco puedo permitir que nadie robe. Ni siquiera Laura, la que lo desempeña con todo el amor del mundo.

«Sin embargo, no tienes reparos en meterla en tu cama, ¿no?».

Cierro los ojos ante la voz de mi conciencia. Bueno, exactamente en mi cama no sería capaz de meterla, de hecho. Pero en cualquier otro sitio... Dios, sí.

Y no creo engañarme a mí mismo pensando que, aparte de la satisfacción evidente, acostarme con ella sea la única cura contra esta atracción que está volviéndome loco.

Al fin y al cabo, ya me pasó una vez. Con Aída.

Abro mi tercera cerveza de la noche y enciendo un nuevo cigarrillo, acomodando los pies encima de la silla de enfrente. Miro el reloj más por costumbre que porque espere que haya avanzado mucho la noche. La una y media de la madrugada. Una hora estupenda para estar aquí sentado como un memo, rumiando ideas descabelladas y recordando algo que pensé no volver a hacer nunca. Efectos Laura, podría llamarlos. O quizá solo se trata de algo que la conversación de esta mañana ha removido en mi cabeza.

Comencé a salir con Aída porque era la chica que más me ponía en aquel entonces. Solo por eso. Que fuera guapísima, simpática, educada y divertida también eran cosas a su favor, sin duda, pero lo principal era que, con veinte años recién cumplidos, yo solo podía pensar en tirármela en algún momento. Tengo que decir a mi favor que intenté enamorarme de ella, llevar la relación a un nivel superior, formal, pero cuando el deseo se aplacó... Me di cuenta de que no había nada más. Ella no era para mí. Cuanto más tiempo pasábamos juntos, más crecían sus defectos ante mis ojos, unos que antes no tenían la mínima importancia. Y al final, incluso cualquier comentario me lo tomaba a mal... La verdad es que, cuando la atracción del principio y las ganas se atenuaron..., la dejé.

Joder, nunca había caído en lo mal que suena eso, en lo cabronazo que puedo llegar a ser a veces. Aunque intenté ser sincero y en ningún momento la traté mal ni mucho menos, tengo que reconocer que me porté como un capullo egoísta. Pero ¿qué otra cosa iba a hacer? ¿Seguir saliendo con ella sin quererla?

Me levanto y, apabullado ante mis pensamientos, recorro el salón a zancadas un par de veces hasta que me dejo caer en el sofá llevando las manos a la frente. Y es que el recuerdo de todas mis escasas relaciones se mezclan en mi mente haciéndome sentir de todo menos orgulloso. Siempre he antepuesto el sexo a todo lo demás. Lo cierto es que a algunas de las chicas con las que me enrollé ni siquiera me molesté en conocerlas. Iba... Pues a lo que iba.

Hasta Clara. Con ella todo fue diferente. Ella siempre era lo primero. Y después mis ganas de follar. Con ella aprendí a apreciar una buena conversación, un paseo, el simple hecho de ver una película bajo una manta... Con ella todo era tan increíble que hacerle el amor era una especie de continuidad, una manera más de demostrarle mi cariño. La deseaba, claro, pero de una forma distinta que no sé explicar. Con ella no me importaba reprimir mi parte más lujuriosa, aprendí a disfrutar del sexo de un modo diferente al que verdaderamente me gusta. Me enseñó a renunciar para conseguir, mientras ella también perdía otras tantas veces para ganarme. Éramos perfectos el uno para el otro. Y si todo eso no es una clara señal de que fue y será el amor de mi vida, no sé qué más necesito para verlo.

Y ahora... Ahora estoy siendo de nuevo un cabrón egoísta pensando en proponerle algo así a Laura. Pero, joder, si esa es la única manera de terminar con la tortura que me supone solo el verla, pues seré un puto cabrón. Mejor ser un cabronazo que el perro ese del hortelano. Si alguien tiene que comer aquí, seré yo.

Además, la última decisión está en sus manos, tampoco voy a obligarla a nada, ¿no? Seré totalmente franco. Es lo único que puedo prometerle, sinceridad.

CAPITULO 6

Chema

Las llaves abriendo la puerta principal me espabilan del todo. No es que me haya quedado dormido, ojalá, pero reconozco que algo traspuesto sí que estaba sobre el sofá.

Me froto los ojos mientras me pongo en pie y me acomodo los vaqueros que sigo llevando puestos, pero me desabrocho el botón, que por alguna razón me molesta. Y justo mientras mis dedos están ocupados en esa tarea, mis oídos registran una voz que ni en un millón de años esperé oír nunca en mi puerta.

—Y ponle hielo a eso —dice Lucas. Sí, Lucas. Pero ¿qué...?

—Que sí. Gracias.

—De gracias, nada. Nos debes una, pelirroja. —Joder, el que faltaba. El idiota de Alonso en plan socarrón.

—Uff... No estoy para coñas, Selmo, de verdad.

—Venga, que ha sido toda una aventura. —Y esa es Nieves, ¿no?

—¿Qué cojones...? —murmuro incrédulo.

—Aventura... Si tú lo dices. Hasta mañana, chicos. Y gracias por traerme, pero...

—Pero no hacía falta —acaba Lucas la frase de Laura con un resoplido—. Ya. Anda, cuídate.

Mis pies han avanzado solos hasta el vestíbulo, donde me quedo muy quieto observando como Laura cierra la puerta, se gira y se apoya en ella.

—Hola —digo con cautela. Y tenso. Muy tenso. Porque, joder..., ¿desde cuándo anda ella con esos?

Laura da un respingo y, sin apartarse el pelo que le cae sobre la cara, me mira a través de él.

—Hola. ¿Qué haces todavía despierto?

Me encojo de hombros y la contemplo con atención. Algo le pasa. Se lo noto en la postura, en el tono, en... En todo.

—Ey, ¿estás bien?

—Bueno, he estado mejor —resopla. Y entonces pasa por mi lado con la cabeza baja y se dirige a la cocina.

La sigo, frunciendo el ceño, y la observo coger un paño de un cajón y abrir el congelador en busca de hielo. Y entonces recuerdo la conversación de la puerta.

—Laura. ¿Qué ha pasado?

Envolviendo los cubitos en la tela, por fin se digna a mirarme, apartándose el pelo con un ademán un tanto brusco. Y, ahora, mis pies no andan, vuelan hacia ella al ver los golpes en su cara.

—Pero... Pero... ¿Qué mierda...?

Ni siquiera soy consciente de que le saco el paño de las manos y soy yo el que se lo aplica en la mejilla hasta que la oigo gemir. Y que mi pulgar viaje hasta su labio para intentar retirar un pelín de sangre reseca de él es algo que ni pienso si es acertado o no. Lo hago y punto, acariciando la herida, como si por arte de magia así pudiera curársela.

—¿Qué te ha pasado? —repito en voz baja, buscando sus ojos, que encuentro mirándome con fijeza.

Laura sonrío, aunque lo que le sale sea poco más que una mueca, y niega con la cabeza.

—Estar en el lugar equivocado en el peor puto momento —suspira, clavando ahora sus pupilas en el techo.

—Vale. Eso me lo imaginaba. Pero ¿se puede saber qué ha sucedido? Me estoy poniendo nervioso, joder. —Y eso que ni siquiera quiero darle mucha importancia a quienes la han traído a

casa, porque ahí directamente me cabreo, vamos. Y supongo que no es el momento.

—Estoy bien —dice—. Solo me han empujado muy fuerte contra la barra de la puerta. —Ante mi arqueado de cejas, continúa muy deprisa—. La que da al callejón. Esa. ¿Sabías que ese tipo de cerraduras se llaman antipánico? Mírame. ¡Qué irónico, ¿verdad?!

—Pero... ¿quién? ¿Y por qué? ¿Y por qué te han acompañado a casa... esos? —Y ya está. Lo he soltado. Joder, no he podido evitarlo.

Laura me mira un instante muy seria y acaba por entrecerrar los ojos y apartarse de mí, recuperando de mis manos el hielo, que sigue apretando contra su piel.

—Pues mira... Me han traído a casa porque Pedro y Gerardo se han ido detrás del gilipollas que me ha arrollado. Tania no tenía allí el coche y Lucas, sí. Y, aunque es bien cierto que podría haber venido andando, Nieves ha insistido tanto que... que he aceptado su ayuda. Perdón si le ha molestado al señor. Me duelen demasiado las rodillas, por no hablar de...

Mis ojos se desplazan hacia sus piernas en cuanto las nombra y compruebo que las tiene en carne viva.

—Oh, joder... —la interrumpo—. Hay que limpiar eso y...

—No, ya lo han hecho allí en el Pantera. Me las han desinfectado.

—Pero... —No sé ni qué decir. Porque me siento estúpido por haberla molestado con mis celos hacia Alonso y los demás y, por otra parte, necesito saber todo lo sucedido al detalle. Es algo superior a mí. Y también quiero cuidarla, ser su apoyo. Quiero... Joder, no sé ni lo que quiero—. Pero ¿te han tirado adrede? ¿Por qué? ¿Qué...?

Ella resopla y toma asiento en una silla.

—Ha habido una pelea en el bar. Y nosotras, pues... Bah, eso no importa. La cuestión es que han detenido a dos. Porque han llamado a la poli, claro. Pero, por lo que pude enterarme después, uno se les escapó cuando lo estaban metiendo en el coche y ha vuelto a atravesar el pub para salir por la puerta trasera. Y allí estaba justamente yo, abriéndola y hablando con Nieves. Y bum... Para que no me llevara por delante, me he sujetado a la barra esa y... me la he comido, joder —me explica, por fin, aunque superacelerada. Gime y cierra los ojos antes de taparse la cara con las manos—. Es que lo que no me pase a mí... Siempre estoy en medio... —Entonces se endereza, muy tiesa, para acabar levantándose y tirando sobre la mesa el paño antes de poner los brazos en jarras—. Es que, a ver... ¡¿Por qué todo me pasa a mí, eh?! Si alguien se cae, soy yo. Si existe una idiota que aprieta un cuchillo en su mano, soy yo. Si a alguien la empotran contra una jodida puerta, es a mí. Si a alguien se le tiene que morir... —Se calla de repente, con los ojos encharcados en lágrimas. Retira la vista de mí y se muerde el labio inferior, gimiendo de nuevo y soltándolo al instante al darse cuenta de que se hace daño, porque es ahí donde tiene también una herida.

Y yo estoy clavado en el sitio, sin saber cómo reaccionar ante lo que ha dicho. Porque ver a Laura así, tan vulnerable, enfadada pero más dolida, no es usual. Y percatarme de que solo quiero abrazarla para consolarla, aunque resulte incongruente, me frena, mientras esas últimas palabras... Esas me tocan el alma.

—Laura...

—Oh... Olvídalo. Es que me da tanta rabia... Últimamente solo parecen perseguirme las cosas malas, joder. Estoy hasta el puto moño de esta mala suerte. En otro momento te juro que esto me lo tomaría a broma, a aventura, como dijo Nieves. Sería algo de lo que me reiría, pero... estoy harta, joder. Harta de...

La abrazo. Así, sin pensar más en por qué no debo hacerlo. La abrazo muy fuerte, porque me apetece y no le encuentro el sentido a prohibírmelo. Además, la comprendo muy bien. Entiendo

que, a pesar de su carácter fuerte, su alegría y optimismo, se haya venido abajo. Porque a veces sucede algo que te hace derrumbarte y ni siquiera tiene que ser demasiado trascendental. Es como la última carta que hace caer un castillo de naipes.

A ella mi gesto la hace callar en el acto. Rodea mi cintura y suspira contra mi pecho.

—Estoy bien. De verdad. No me dio tiempo a nada. Ni a asustarme.

—De acuerdo. Te creo —le digo sin soltarla, estrujándola un poco más entre mis brazos. Un sitio en el que la siento tan bien que ahora el que está un poco asustado soy yo.

—Sí, créetelo, porque es verdad. Fue todo muy rápido, ¿sabes? —insiste ella, con la respiración un tanto agitada, rozando sus pechos contra mi torso en cada uno de sus movimientos. Me siento horrible por pensar en ese tipo de cosas en este momento, pero... Pero es que lo he pensado, joder. Aprieta los puños a mi espalda, abarcando mi camiseta entre ellos y encajando todavía más nuestros cuerpos, y yo solo puedo cerrar los ojos y recordar que tiene la cara magullada para no llevarla contra una pared y besarla hasta el cansancio.

Soy un auténtico degenerado, joder. Estoy enfermo.

Maldiciéndome internamente por apartarla de mí, lo hago con sutileza, pero lo hago. Necesito mantener las distancias y comportarme como un hombre y no como un animal. Pero cuando estamos a pocos centímetros, con nuestras manos aún en el cuerpo del otro, ella levanta la cabeza y me mira de una manera... Respiro el suspiro que inhala y... Jesús, solo quiero curar a base de besos todo el daño que le ha hecho ese malnacido. Mi pulgar es el primero que se atreve a tocar sus labios, repasando con cuidado la zona lastimada, acariciando con delicadeza el resto de él, totalmente perdido en su suavidad y con todos los sentidos repartidos entre ese tacto y la visión de esa boca gruesa y perfecta. Tan perfecta...

Bajo la cabeza a milímetro por segundo, pendiente de su reacción, pero sobre todo queriendo disfrutar del primer beso que vamos a darnos con toda la intención. Del que no podremos echar la culpa a un arrebató o al alcohol. Ella entreabre la boca para darme la bienvenida y...

Mierda, no puedo hacerlo. No así.

—Esta vez tengo que hacer las cosas bien.

No sé que lo he dicho en voz alta hasta que, después de separarme de ella y darle la espalda, Laura me agarra de un brazo y se me planta delante.

—¿Qué es lo que tienes que hacer bien? —Me observa tan perdida como me siento yo, y luego suelta una risita confusa pero encantadora—. ¿Besarme?

—No. Sí —me aturullo, ofuscado con tanto sentimiento contradictorio que golpea mi cerebro, como si tuviese una pelota de tenis en él y se estuviese disputando el puto Roland Garros. Meneo la cabeza e intento darle una contestación algo coherente—. No es el momento, Laura. Acabas de... Acaban de...

—Bah, no le des tanta importancia. —Se pasa la lengua por el labio dañado y coloca una mano en mi pecho—. O sí, dásela y hazme olvidarlo.

Perplejo. Así es como me ha dejado su respuesta. Dios... ¿ha dicho lo que creo que ha dicho?

—Yo... Laura, yo...

—Bésame, Chema. Mañana volveremos a arrepentirnos, seguro, pero hoy necesito que lo hagas. Por favor.

Parece tan frágil... Esta noche está tan sensible que... Que, joder, una parte de mí no quiere negarle nada y fundirme en ella, pero la otra, esa a la que la lujuria no ha robado toda honradez, no puede aprovecharse de la ocasión para obtener lo que más deseo en estos instantes. O en todos estos últimos meses, más bien. No sin dejarle las cosas claras y hoy... no es el día apropiado.

—No puedo hacerlo, Laura. —Ante su cara desencajada por el rechazo, me apresuro a seguir

hablando, mientras sujeto sus brazos—. Y no porque no quiera. Te deseo tanto... Ni te lo imaginas...

—¿Entonces?

Sonrí con tristeza ante su confusión y vuelvo a negar con la cabeza.

—Otro día, ¿vale? Hoy estás un pelín... aturdida. Te prometo que otro día hablamos y...

—No entiendo. Y no es porque esté aturdida, como dices. ¿De qué quieres hablar? Yo solo quiero un beso, no te estoy pidiendo...

—Pero es que yo quiero mucho más que un beso, ¿no lo ves? Y no voy a tocarte sin... Joder, Laura, hoy no. No después de lo que te ha sucedido.

Ella parpadea muy rápido y abre la boca, sorprendida, pero pronto vuelve a insistir sobre el tema. ¿Cómo no! Aun después de caerse una y mil veces, Laura es de las que se levantan, se sacuden el polvo y siguen luchando por mantenerse en pie.

—¡Olvida de una vez lo que ha pasado! Ha sido un golpe de mala suerte, solo eso. Así que dime a qué te refieres con tanto misterio. Yo también te deseo, ¿acaso no es evidente, joder?

Ahora el que pestañea soy yo. Y respiro hondo. Y tengo que expulsar rápidamente el aire para no atragantarme con él.

—Pero... Pero es que... Yo no puedo ofrecerte nada más que eso. Nada más.

Cierro los ojos como el cobarde que sí debo de ser, para no ver su cara ante mi frase. Pero me obligo a abrirlos cuando el peso del silencio es superior al miedo que ha formado un nudo en mi estómago mientras espero su reacción.

—Dime algo —le pido al ver que me observa con fijeza, pero inexpresiva—. Laura... Dime algo, por favor.

—¿Qué...? ¿Qué estás tratando de decirme?

Mierda, ¿en serio no lo ha entendido? Entonces, sin saber cómo explicárselo sin caer en la vulgaridad, le suelto lo primero que me viene a la mente.

—¿Tú me quieres?

Ella da un paso atrás con los ojos como platos. Parece tan horrorizada ante mi pregunta que sonrío medio aliviado al imaginarme la respuesta.

—No, ¿verdad? Lo sabía. Solo me deseas. Hay química entre nosotros. Una atracción inmensa, pero... solo eso. Lo sé porque yo siento exactamente lo mismo.

Laura traga saliva en varias ocasiones y se deja caer en el sofá, muy cerca de donde estábamos.

—Atracción, química, deseo... —repite muy despacio, como si estuviese aprendiéndose algún tipo de lección.

Me acuclillo frente a ella y cojo aire para acabar con esto de una vez.

—Sí, todo eso. Me muerdo por... por...

—¿Follarme? —pregunta, clavándome esos ojos azules que ahora lucen más turbulentos que nunca.

Joder, sí que es directa la tía, y yo tratando de buscar una expresión menos ofensiva pero que tampoco sonara a sentimental, por lo que «hacer el amor» estaba descartada.

Carraspeo porque solo con esa palabra acaba de encenderme y asiento con la cabeza mientras se me escapa una sonrisa tímida pero traviesa que no puedo ni quiero evitar.

—Besarte, tocarte, acariciarte...

—Follarme, vamos —repite ella, cruzando sus manos en el regazo y suspirando después.

—Buena... Acabamos de confesar que nos deseamos, ¿no? Supongo que tú querrás lo mismo.

Ella no niega ni afirma nada, pero se muerde el labio inferior, nerviosa, cuidando de no tocarse

la herida, lo que ya me lo dice todo. Y ahora llega el momento de ponerme serio de nuevo y ser lo más sincero posible, aunque con ello pierda la oportunidad de hundirme dentro de ella.

—Pero solo puedo darte eso. Mi cuerpo. Mi tiempo. Respeto y placer. Nada más, Laura. No puedo prometerte amor, ni una relación normal... Yo no es que no esté preparado para ello, sino que creo que no lo estaré nunca. Porque ni siquiera lo quiero, ¿comprendes? Aunque te deseo tanto que me duele, sigo enamorado de tu hermana.

Laura

Calor, mucho calor. Y una increíble euforia al oírlo decir que me desea. Y justo después, jarros de agua fría. Helada. Decenas de ellos me caen encima y acaban con mis esperanzas, con mis sueños, incluso con el deseo que parecía consumirme como una gran brasa ardiendo. Pero no con mi amor. Ese sigue ahí, intacto. Más fuerte que nunca, mezclándose con la admiración ante su franqueza. Que me ha sentado como una puta patada en el culo, pero no por ello deja de ser una virtud, ¿no?

¿Por qué no puedo sentirme irremediabilmente ofendida y mandarlo a freír espárragos por una propuesta de tal calibre? Ahora me explico aquella cuestión sobre las relaciones sin compromiso... ¿Por qué no puedo verlo como un cabronazo que solo quiere aprovecharse de mí, tal y como veo a veces a Colás?

Joder, porque lo adoro. Porque estoy completamente segura de que ha obrado de buena fe. Si yo misma le he pedido que me besara... Y se ha negado. Aun sabiendo, como estoy convencida de que sabía, que no íbamos a limitarnos a besos. Habríamos acabado como la última vez... Enredados en esa química que él ha nombrado, arrastrados por esa atracción que, como corriente eléctrica, fluye entre nosotros.

¡Ay, cómo te entiendo, Nela! Entre elegir estar a su lado, aunque sea bajo sus condiciones, o no estarlo... ¡Joder, cómo te entiendo, amiga!

Sin embargo, soy incapaz de pronunciar ni una sola palabra para aceptar semejante proposición.

«Sigo enamorado de tu hermana». Esa frase se ha quedado implantada en mi cerebro, justo en la zona del raciocinio, y no me fio de ninguna decisión que pueda tomar en estos momentos. Sigue enamorado de ella... ¿Y cómo demonios se lucha contra eso? ¿Contra un amor que supera incluso la muerte?

Cuando me lo plantee de verdad, tengo que olvidarme de ese dato. Verlo de una forma objetiva, práctica... No puedo dejarme llevar por los sentimientos que yo también siento hacia ella. Y hacia él. Si acepto, tengo que recordar a cada instante que no me quiere. Que solo es sexo. Que es a lo único que puedo aspirar.

¿Y podré hacerlo? A ver, acostarme con él, sí, evidentemente. Pero soportar todo lo demás...

Por un momento quise creer que me merecía todo con él, que mi hermana había tratado de decirme que entre Chema y yo podría haber un futuro... Me dejé llevar por la ilusión, pensando que, desde donde sea que ahora esté, Clara velaba por mí, pero no conté con el amor tan grande que ellos se tenían, ese que él todavía siente.

¡Qué ilusa! Cómo pude imaginar que era digna de un poco de felicidad y olvidarme de que el pecado cometido durante años tenía una penitencia que pagar. ¡Y es esta! Tenerlo y no tenerlo...

—Laura... Háblame. ¿Qué piensas?

«Que te quiero tanto que estoy planteándome conformarme con lo que puedas darme». «Que el pavor a sufrir más es lo único que me impide tirarme a tus brazos». «Que ahora mismo siento tal rabia y lástima hacia mí misma, únicamente comparable a la que siento hacia ti o hacia mi hermana».

Lo cual es injusto de cojones.

—Laura... Por favor...

—¿Qué? No sé... No sé qué decir. Yo...

—Sé que tal vez esto no sea lo más romántico del mundo, y seguramente esté siendo un capullo solo por proponértelo pero..., joder, no hay sentimientos que herir entre nosotros, solo un deseo

apabullante. Somos adultos, libres, sanos y con ganas de divertirnos, ¿dónde está el problema?

«No intentes convencerme, estúpido engreído, que no te enteras de nada. No intentes hacerlo o, contra mis propios anhelos, acabaré por mandarte a la mierda».

Me cruzo de brazos y me esfuerzo por controlar mi respiración y esta furia que me ha subido desde los mismísimos pies a la cabeza. Intento ser lo más neutral posible. Porque en algo le tengo que dar la razón, y es en que hoy no es el día. No sé qué me ha pasado, pero me ha sentado fatal lo sucedido en el Pantera. Lo cual, por un lado, es lógico, claro, pero, conociéndome, me ha afectado más de lo normal, y no sé el motivo. Quizá es que llevo mucho a cuestas. Demasiado. Y, para muestra, un botón. Chema y su proposición.

—¿Y esto? ¿Cómo funcionaría?

Él se echa hacia atrás, perdiendo incluso el equilibrio, pues sigue acuclillado frente a mí y deben de dolerle las piernas. Ojalá le duelan tanto como a mí el corazón. Y, al momento, me odio por pensar así. Acaba por incorporarse un poco y sentarse sobre la mesa baja.

—Pues no sé... Normal...

—¿Normal? —Me echo a reír. ¿Acaso aquí algo es normal?

—Jesús, Laura, no querrás una lista de los días que lo haríamos, ¿no? No sé, lo veríamos sobre la marcha, supongo. Yo nunca he mantenido una relación de estas.

—Vaya, me siento halagada —ironizo. Y se me nota a la legua, por lo que Chema entrecierra los ojos y traga saliva.

—Perdona si te he ofendido. No era mi intención. Es que ya no sé cómo digerir esto que me haces sentir y...

Me levanto, incapaz de oírle una frase más de ese tipo. Acabaré rogándole que me folle ahora mismo. O arrojándome por la ventana para evitar suplicarle.

—Es muy tarde. Estoy cansada y no estoy para pensar en nada. Mañana hablamos, ¿vale?

—Dime que, al menos, te lo pensarás.

—Créeme, me va a ser imposible no hacerlo, Chema. Imposible.

Y me importa una mierda si le parece mal que lo haya llamado así. Me he ganado con creces el poder llamarlo de esa forma que él considera tan *íntima*, ¿no? Joder, si me voy a la cama con el recado de meditar sobre la decisión de follar con él o no...

«La mejor manera de liberarse de una tentación es caer en ella».

Oscar Wilde.

CAPITULO 7

Laura

Chema no parece de muy buen humor. O quizá solo esté nervioso. Y, entonces, ya somos dos.

Se ha pasado la mañana comportándose de una forma bastante extraña y la cosa empeora según pasan las horas. No está desagradable ni mucho menos, no. Lo cierto es que se ha preocupado por mis heridas en cuanto me ha visto e incluso se ha ofrecido a aplicarme una crema antiinflamatoria. De hecho, su amabilidad excesiva hasta resulta molesta. Pero su mirada y la forma de hablarme son diferentes a las de siempre. Son cautelosas, incómodas casi. Y su cara es el reflejo de un pregunta muda que no pienso contestar por el momento.

Ahora está poniendo la mesa y, de espaldas a mí, saca bebidas de la nevera. Tantas que o está completamente seco, o tenemos invitados y a mí nadie me ha avisado.

Lo dejo a solas con sus aparentemente sombríos pensamientos y me encargo de poner la sartén al fuego. Yo tampoco es que esté saltando de alegría. El morado de la mejilla es poca cosa, pero el labio me molesta en cuanto lo muevo un poco. Eso sin contar con que no dejo de reflexionar sobre la conversación de ayer, y me alegro de que él no haya sacado el tema, porque estoy en las mismas. Mi cuerpo grita un sí furioso y mi mente... Esa está que echa humo, justo como la freidora, a la que corro a bajarle un poco la temperatura.

Dios mío, ¿qué hago? ¿Qué es lo correcto? Aunque esa quizá no sea la cuestión que deba hacerme, porque lo correcto habría sido no enamorarme de él... Y aquí estoy, colgada hasta las trancas, joder.

—Tía... Tía...

¿Por qué narices ha tenido que ser tan franco? Ojalá me hubiese engañado un poco. Habría conseguido igualmente la relación que quería y yo habría sido feliz en mi ignorancia. Hasta que decidiera terminar, claro. Hasta que...

—Tía... ¡Tía Laura!

—¿Qué? —Miro a Marta un tanto frustrada cuando comienza a tirarme de la camiseta para llamar mi atención—. ¿Qué pasa?

—Creo... Creo que eso es al revés, ¿no? —comenta muy seria, mirando hacia la vitrocerámica.

Dirijo mis ojos hacia donde están los suyos y suelto un chillido. He puesto las patatas y los bistecs a hacer, sin apenas fijarme, y eso es más que evidente. En el fondo de la freidora se ahoga la carne, mientras un montón de patatas comienzan a echar humo en una sartén con escaso aceite.

—¡Mierda! ¡Mierda, mierda, joder! —maldigo como una loca, mientras trato de arreglar este cristo lo más rápido posible, pero me aturullo de tal forma que ni siquiera encuentro un triste recipiente en el que volcar las patatas.

Chema se pone a mi lado y me aparta, para hacerse cargo del asunto en un santiamén. Levanta la cesta de la freidora y retira la sartén del fuego, así, tan fácil que me hace sentir inútil. Y no contento con ello, se ríe entre dientes.

—En qué estarías tú pensando...

Abro los ojos como platos y tengo que reprimir las ganas de golpearlo con la sartén todavía caliente. Pero, como hay niñas delante y eso, opto por hacer algo mucho más maduro. Me cruzo de brazos, me enfurruño y lo fulmino con la mirada. Luego busco mi bolso para coger un cigarrillo y salir a la calle a fumármelo tranquila. Que se encargue él de la puñetera comida, que se le da mucho mejor.

Todo mucho más maduro, lo que yo decía.

Chema

Me siento raro aquí dentro. El Pantera sigue como siempre, con las mismas sillas, las mismas mesas e incluso prácticamente la misma música. Quizá sea yo el que está distinto, como si la última vez que lo pisé hubiese sido en otra vida. Sin embargo, tengo que reconocer que, a pesar de encontrarme un poco desubicado, agradezco a mis suegros que se hayan hecho cargo hoy de las niñas, pasando la tarde con ellas en las atracciones e invitándolas a dormir en su casa. Y sí, he dicho suegros a conciencia, porque, a pesar de que Lidia no lo sea en realidad, es tan abuela de mis hijas como la propia, a veces incluso más.

Me giro hacia la barra cuando Jorge me avisa de que las bebidas que he venido a buscar están listas y, al hacer el amago de sacar la cartera, me guiña un ojo y me dice que invita la casa. Me sorprende el gesto, pero se lo agradezco y vuelvo con los tres vasos a la mesa donde me esperan Laura y Pedro.

—Aquí tenéis, y gratis. Jorge no ha querido cobrarlas —les digo, encogiéndome de hombros. Fui un buen cliente antes de que Marta naciera, pero no me esperaba este tipo de atención a mi vuelta, si es que ha sido por eso.

—Tienes que hacer un baile de esos más a menudo, Laura —comenta Pedro, riéndose y dándole un empujón cariñoso con el cuerpo—, nos sale rentable a todos.

Frunzo el ceño y espero algún tipo de explicación, pero Pedro solo se ríe más ante la mueca que hace ella, que ha levantado la cabeza un segundo y vuelve a enfrascarse en el teléfono.

—Bueno, con lo que le gusta bailar, lo hará siempre que viene —opino yo, elevando bastante el tono. Bueno, es que, si no lo hacemos, es imposible poder charlar—. No sé por...

—Pero no encima de la barra.

—¿Qué? Mierda... —Me he atragantado al haber gritado mientras tragaba y me golpeo el pecho con el puño, mientras comienzo a toser. Es que es imaginármela y...

—Eh, tranquilo, chaval —se burla Pedro, partiéndose de risa—. Fue por una buena causa.

—¿Buena causa? —repito.

—No bailé yo sola. Ya que lo cuentas, cuéntalo bien, Pedro. Nela y Nieves lo hicieron conmigo —explica Laura sin despegar los ojos del móvil.

—¿Nela y Nieves? —Y cuando caigo en que parezco un loro repitiendo todo lo que oigo, me apoyo en el respaldo e ironizo—. Uf, eso lo cambia todo...

Laura me mira todavía con la cabeza baja y entrecierra los ojos.

—¿Tienes algún problema con eso, Rubio? —me pregunta no muy contenta.

—No. Es solo que...

Pedro interrumpe mi frase, gracias a Dios, porque lo que tenía en la punta de la lengua no era demasiado afortunado. Comienza a explicarme algo sobre una pelea y un baile *country*, pero lo cierto es que, en algún momento, mi cerebro desconecta. Con la vista puesta en ella, a la que hoy su teléfono debe de parecerle de lo más interesante, no puedo evitar pensar en que todavía no me ha dado una respuesta a lo que hablamos anoche. Y si su actitud puede darme alguna pista... me temo que va a ser un no rotundo.

Lleva todo el día casi evitándome, con un humor extraño y más despistada de lo normal. Quiero echarle la culpa a lo sucedido ayer aquí, pero en el fondo sé que mi proposición es la causa de su actitud. De hecho, lo otro, después de desahogarse de aquella manera en la cocina, parece haberlo olvidado por completo. Y seguramente lo hubiese hecho si sus rodillas y la pequeña herida del labio, que no pudo tapar con el maquillaje, no se lo recordaran. Sonrío de

medio lado al pensar en su reacción cuando le insinué que le vendría bien quedarse en casa esta noche. Me fulminó con la mirada y se metió en el baño refunfuñando algo sobre los hombres y el sexo débil. Y creo que se refería a que lo somos nosotros.

Y cuando salió ya cambiada... Joder, sí, débil del todo me sentí. Con unos simples vaqueros ceñidos y una blusa negra transparente, con la que el sujetador es visible de una manera elegante pero provocadora... La madre de Dios.

—Joder, tío, ¿me estás escuchando? Me da que estoy hablando solo —protesta Pedro, imagino que esperando algún tipo de comentario a todo lo que me ha estado contando.

—No, no, sigue.

—Ya acabé, idiota. Pero... ¿qué coño os pasa a vosotros dos? Sois una compañía penosa. Laura, ¿quieres dejar el móvil de una santa vez? ¿O estás wasapeando con algún pretendiente?

—Para pretendientes estoy yo —masculla ella, haciendo que sonría de verdad por primera vez desde que atravesé la puerta del pub.

—¿Entonces? ¿Qué haces? Tú nunca sueles...

—Es Nela. No sé nada de ella desde ayer. No me lo coge cuando la llamo y ni siquiera contesta a mis mensajes.

Pedro se ríe por lo bajo y pasa un brazo por detrás de su silla, dejándolo sobre su respaldo e inclinándose un poco sobre ella.

—Ni creo que lo haga. Lleva horas en el piso y, por las risas y demás ruiditos que salían del cuarto de Colás, muy ocupada y contenta. Joder, voy a tener que comprarme unos tapones para poder descansar un poco.

Aunque esto último ha sonado a protesta, y a pesar de lo que opinaba sobre ese tema no hace mucho, el poli parece bastante divertido al explicar el paradero de Nela, así como demasiado cariñoso, pues ahora, sin venir a cuento, se le ha dado por hacerle cosquillas en la nuca a Laura con la mano que todavía sigue sobre su silla. ¿Es que no le basta su propio asiento? ¿Tiene que ocupar dos, joder?

—Pues podía avisar. Habíamos quedado en...

—Bueno, mujer, a veces esas cosas surgen, ya sabes... —le dice Pedro, moviendo las cejas arriba y abajo, mientras juguetea ahora con sus rizos.

—¿Durante horas? —pregunta ella con ingenuidad, o quizá sin pensar, consiguiendo que el poli se parta de la risa y logre contagiarme.

A Laura no parece hacerle demasiada gracia nuestra hilaridad, porque se cruza de brazos y nos acribilla con la mirada. Pero al cabo de unos segundos también comienza a reírse, supongo que encontrándole el chiste al asunto.

—Vale, vale... Esa pregunta ha sido... estúpida —aclara mientras coge el vaso de encima de la mesa—. Y hablando de parejitas, ¿sabéis algo de Julián y Teresa?

—Julián me mandó un mensaje hace un rato. La niña tenía unas décimas de fiebre, así que no han querido dejarla.

—¡Hola, chicos! —El saludo de Nieves casi se confunde con mis últimas palabras; se sienta a la mesa mientras lo dice—. ¡Vaya, Rubio, tú por aquí!

—Ya ves... —Me encojo de hombros y bebo un sorbo de mi copa. ¿Qué otra cosa contestar a eso?

—Bueno... ¿y qué tal? —Nieves observa con detenimiento a Laura—. Menudo porrazo el de ayer, tía. Yo al apartarme de un salto me caí de culo, pero tú te llevaste la peor parte.

—Sí, eso es verdad. Pero estoy bien —responde ella sonriendo—. La pena fue haberme perdido tu caída.

—¡Qué simpática ella! Te juro que mi hueso palomo aún está resentido.

Laura se ríe y entonces Nieves se dirige a Pedro.

—Dime que al menos lo cogisteis.

—Claro. Aunque nos costó —dice este—. Es que... ¡cómo nos la jugó! Parecía el puto Houdini. Estaba a nuestro lado junto al coche y, de repente, desapareció.

—Bueno, quizá era mejor él como delincuente que vosotros como polis —se burla Nieves con una mueca. Y cuando yo me río por lo bajo y Pedro comienza a refunfuñar, lo ignora totalmente—. Por cierto, Laura, me encanta tu blusa.

—Gracias. A mí también, la...

—A mí me gusta más su sujetador —interviene Pedro, mirándose sin ningún tapujo. Que vale, hombre, que sí, que está a la vista, pues la blusita es transparente de narices, pero podía cortarse un poco. Qué pronto ha olvidado la pulla de antes, oye.

—Joder, Pedro. ¡Ya te vale! —le grita Laura, que además le da una colleja.

—¡Oye! Que eres tú la que lo está enseñando...

—Ahí tiene razón —me encuentro diciendo yo.

—Pues si tenéis mucho problema con que lo enseñe, me lo quito, ¿eh? —dice la muy loca, poniéndose en pie.

—Dios, sí —ruega Pedro, y se tira al suelo de rodillas, sobreactuando, por no perder la costumbre. Y claro, Laura se descojona al verlo en ese plan.

—Ni se os ocurra desafiarla —nos pide Nieves entre risas—, que esta es capaz.

—No, no lo haría —formulo con convicción, pero cuando Laura arquea las cejas en mi dirección y pone los brazos en jarras... No, no lo hará, ¿no? No puede llevar tan lejos su impulsividad... Bueno, yo por si acaso...—. Será mejor que cambiemos de tema. ¿Al final tiran hoy los fuegos artificiales o mañana?

Mi comentario y mi pregunta, lo primero que se me ocurrió decir, arranca carcajadas en todos los presentes. Es que se desternillan, vaya...

—Hola a todos. Nieves, te estaba buscando. —Y la única que sigue riéndose con ganas ante la frase de Aída es la aludida. Pedro se pone en pie más rápido que inmediatamente, se sienta en la silla y le devuelve el saludo a la recién llegada con un movimiento casi rígido de cabeza. Laura también vuelve a su silla, aunque con más moderación y sonriendo todavía.

—Hola, Aída —le dice.

—Hola —lo hago yo casi a la vez.

—¿Qué tal? —pregunta Aída sin mirar a nadie en concreto, aunque dos segundos después su vista recae sobre Laura.

—Bien, bien. Estamos bien —contesta esta por todos, pero la sonrisa tímida que le dedica a mi exnovia agradece su preocupación—. Y gracias por lo de ayer.

—Bah, no fue nada.

—¿Quieres sentarte un rato o nos vamos? —Nieves se dirige a Aída con naturalidad y, de repente, hay una tensión extraña en el ambiente. Laura la mira a ella y luego a mí, una y otra vez, intentando disimular que lo hace, pero sin conseguirlo. Pedro carraspea y parece no acomodarse en la silla, haciendo que esta se mueva un poco y se separe algo de la de Laura. Aída trata de hacerse entender a base de miradas con Nieves, con los ojos muy abiertos y el ceño fruncido. Y yo... Bueno, yo estoy pensando, sin poder evitarlo, que esa chica que tanto me atrajo hace años ahora me resulta indiferente, mientras la hermana de mi mujer, a la que siempre vi como poco más que una niña alocada y rebelde pues... Pues solo espero que antes de la noche me dé el sí a la relación más desvergonzada que le he propuesto nunca a nadie.

Camino hacia la barra con nuestros vasos vacíos en la mano. El pub está desacostumbradamente despejado, pues parece que todo el mundo se encuentra fuera, donde en estos momentos los fuegos artificiales explotan en el cielo, como cada año.

Laura no ha querido ir a verlos; ha preferido echarle una mano a Jorge cuando la gente ha comenzado a salir en estampida a coger las mejores zonas para ver el espectáculo. Pedro sí lo ha hecho, aunque lo cierto es que ya llevaba más de media hora en la que se le notaba que quería salir del local como fuera. Un poco raro... Así estaba, la verdad. Y yo, que los fuegos artificiales... ni fu ni fa, pues elegí quedarme, aunque solo fuese por encontrar la mínima ocasión en que poder leer en Laura una respuesta, o en su defecto, preguntárselo directamente, porque esta incertidumbre me está matando.

—¡Rubio! —me llama Jorge al recoger una mesa cerca de mí—. ¿Le echas tú una mano a Laura ahí dentro? Te lo agradecería, tío. Uno de los extras se ha tenido que ir y esto es un follón.

Sin demostrar el alivio y la alegría que me acaba de brindar con esa excusa, asiento con la cabeza y entro en el almacén, donde hace unos minutos se ha metido Laura. Es que vamos, ni caída del cielo...

Entorno la puerta detrás de mí y, tras un breve vistazo, la veo en una esquina, con un barreño enorme lleno de botellas vacías al lado y delante de unas cajas apiladas que alcanzan casi su altura, mientras intenta levantar la de arriba.

—Espera, que te ayudo —le digo. Me pongo rápidamente detrás de ella y echo mis manos a la caja en cuestión.

—Gracias. Baja dos, ¿vale? Solía haber...

Se calla al notar que la aprieto con mi cuerpo contra la columna improvisada, sin hacer el mínimo amago de hacer lo que me ha pedido. Y es que... Tan cerca de ella actúo solo por instinto, joder.

—Rubio... Las cajas —oigo que habla, pero yo estoy demasiado ocupado metiendo la nariz entre su pelo y respirando ese olor a cítricos que siempre desprende.

—Mmm... Hueles de maravilla. A...

—Sí, suelo ducharme, ¿sabes?

—Lo sé —disimulo la risa e intento explicarme—. Pero me encanta este olor. Hueles a mandarina o a algo...

—Es mi champú del pelo. No tiene ningún mérito. Cuando quieras te lo dejo y...

—Eres única aceptando un piropo, ¿eh? —comento, riéndome por lo bajo, pero sin moverme ni un ápice.

—Es que te los puedes ahorrar. Ya me dejaste claro que quieres follarme.

—Por Dios, Laura... No te lo estaba diciendo por eso.

—Ah... ¿Ya no quieres...?

La agarro de un brazo y la hago girar para verle la cara, pero mi otra mano sigue por encima de su cabeza, todavía sobre la caja, que me sirve de apoyo para inclinarme cómodamente y poner mi rostro a la altura del suyo.

—¿Quieres tú? —le espeto sin contemplaciones.

—Yo... Yo no sé lo que quiero —susurra antes de mordisquearse el labio inferior—. Yo...

—Si te beso ahora, ¿te ayudaría a aclararte?

—Joder, Chema... —gime. Y yo ya no puedo más...

Mi boca captura sus labios con delicadeza, conteniendo de una manera colosal las ganas de devorarla, de morderla incluso. Necesito tanto de ella... Tanto...

—¡Chicos! Cuando salgáis, ¿podéis traer una caja de Coca-Cola y otra de medias?

El grito de Jorge nos hace separarnos a la velocidad de la luz. De hecho, las cajas que hay detrás de Laura se tambalean y me apresuro a sujetarlas de nuevo, mientras ella va a por la mercancía solicitada y, en cuanto llego a su lado, pone en mis manos la de cervezas antes de coger ella la otra y salir de allí tan deprisa como puede.

Laura

Alargar más el momento de irme a casa es una estupidez. Hace más de una hora que bailo en la pista, esperando que Chema se aburra de esperarme y se largue sin mí, pero, en el fondo, sé que no va a hacerlo. Ahora está jugueteando con el vaso sobre la mesa, mientras mira a su alrededor y, de vez en cuando, me echa un fugaz vistazo. Y yo estoy cansada, me duelen las rodillas y los pies e incluso comienzo a aburrirme, pues hoy bailar no me evade como hace siempre. Supongo que estoy demasiado pendiente de él y del recuerdo de ese pequeño beso que aún me arde en los labios. Dios... Si no llega a ser pequeño, podría encenderme el próximo cigarrillo sin la ayuda de un mechero.

Así que me acerco a la mesa, recojo la chaqueta y el bolso, y, sin pronunciar apenas palabra, él me acompaña fuera del local.

Hacemos el trayecto en un silencio tenso, incómodo de narices, cada uno de nosotros absorto en convertir en ceniza su cigarrillo. Joder, es hasta absurdo pensar que me sienta violenta cuando él y yo ya... Vamos, ya nos hemos acostado. Pero lo cierto es que estoy aterrada. Acojonada, porque, tome la decisión que tome, voy a sufrir igual.

—Laura, ¿estás bien?

Sonrío, sarcástica. «Señoras y señores, la pregunta del millón de euros».

—Si me dieran un euro por cada vez que he contestado a eso desde ayer, podría comprarme un...

—Sí o no, Laura, ¿tan difícil es? —replica frustrado—. ¿No sabes responder a una simple pregunta?

Me paro en mitad de un paso y me giro hacia él. Y tenía que ser justo debajo de una farola, coño. Él también se ha quedado quieto mirándome y, con esta luz que le da de frente, sus ojos parecen más dorados de lo normal. Casi irreales... Los de un lobo, si no fuese por esas espesas y larguísimas pestañas que los rodean y hacen sombra en sus pómulos.

Cuando caigo en que estoy observándolo como una tonta, tengo que recordarme qué demonios quería decirle yo. Ay, sí...

—¿Sí o no? Creo que contestarte a eso es del todo menos fácil —susurro con el corazón en la mano. Claro que también sé que él no lo comprenderá nunca. Todavía se me salta un latido cada vez que me acuerdo de aquel «¿Tú me quieres?» que me lanzó.

—Ya no estamos hablando de cómo te encuentras, ¿verdad? —cuestiona, arqueando las cejas.

—No —reconozco y comienzo a andar de nuevo a paso ligero.

—Entonces doy por hecho que aún no te has aclarado sobre eso —expone, mientras camina a mi ritmo.

No contesto y me apresuro todavía más, como si de esa manera pudiera escapar de sus palabras o de su compañía, cuando realmente no quiero hacerlo y, además, es absurdo. Vivimos en la misma casa, por Dios.

Llegamos al portal minutos después y, cuando entramos, nos encontramos a una pareja esperando el ascensor. Son los González, que viven en el primero, creo. Chema los saluda cordial y ellos contestan casi entre dientes, observándonos sin disimulo y, en cuanto se abren las puertas, se cuelan dentro. Nosotros los imitamos y ahí sí el silencio se vuelve incluso pesado, reforzado por esas miradas que nos lanzan de vez en cuando.

Genial, lo que me faltaba esta noche. Sentirme examinada por una pareja de fisgones.

Cuando salen, expulso el aire en un suspiro. Ay, joder, qué malas vibraciones han dejado en el

ambiente. Pero eso no es lo peor, sino el comentario que llega a nosotros mientras las puertas se cierran.

—Clara era tan guapa y educada, ¿verdad? Y esa... No puedo creer que...

Ni siquiera miro hacia Chema. Cierro los ojos para escaparme de esta situación sumamente injusta que me hace rechinar los dientes. Ya sé que mi hermana era preciosa y destilaba amabilidad, lo que no entiendo es la puñetera comparación. O tal vez es que sí la comprendo y... mierda.

Entro en casa abriendo yo misma la puerta y me dispongo a quitarme las botas de camino a la cocina. Me desabrocho los cordones a tirones y me las saco con la ayuda del otro pie, a las malas.

—Eh... ¿Qué pasa? ¿Por qué pareces a punto de asesinar a alguien? —se interesa él con prudencia.

—Seguro que no puede creer que seamos hermanas. Clara era tan guapa y educada... —expongo con voz chillona—. Joder con los vecinos. Retorcidos hasta para llamarme fea.

Chema disimula la risa, divertido. Y a pesar de que debería molestarme que se burle del insulto gratuito que me ha lanzado la señora esa, me encanta ver que nombrar a mi hermana ya no sea el desencadenante de que pierda la sonrisa.

—Tú no eres fea, Laura. —Sonríe—. Ni caso. A esa gente solo le gusta hurgar en la vida de los demás y...

—Y ahora tú quieres hacer lo que ellos llevan tiempo pensando —suelto sin filtro alguno. Porque no sé, lo veo tan tranquilo que... que me altera, joder.

Él abre los ojos como platos y da dos pasos hacia mí, provocando, no sé muy bien por qué, que yo los dé hacia atrás y tropiece con la espalda del sofá.

—¿Es por eso que no quieres acostarte conmigo? —pregunta y se detiene demasiado cerca.

—No, por Dios, qué tontería —lo interrumpo—. Los rumores me importan una mierda. Y lo sabes. No sé ni por qué... No sé... Yo...

Chema ladea la sonrisa y se mete las manos en los bolsillos.

—Laura, pareces un tanto... nerviosa.

Ay, mira él. Si tiene ganas de guasa y todo.

—No estoy nerviosa. Es que me pones de los nervios, joder. —Y sí, ya sé. Eso ha sonado superinteligente y coherente.

—¿Sí? Tú a mí también me pones. Y punto. No tienes ni idea de cómo me pones.

Abro la boca, pero no emito sonido. Ya no por lo que ha dicho, sino por el cómo. Se ha encogido de hombros sin quitar las manos de los bolsillos y su tono... Su tono ha sido casi resignado, dolido, como si él también luchara contra ello, al igual que yo.

—¿No vas a decir nada? —pregunta un tiempo después, que no sé si han sido segundos o minutos.

—Yo... Dios mío, Chema, es que esto es una locura. No va a...

—Me has llamado Chema —susurra, mientras se aproxima más. Trago saliva, porque ni siquiera he sido consciente de hacerlo.

—¿Y? —me obligo a decir—. ¿Tienes algún tipo de fetiche con eso o qué?

—No. —Sonríe con ternura—. Es solo que... me recuerda a la primera vez que lo hiciste. Me cabreeé tanto... Estaba tan furioso...

Asiento con la cabeza, sin entender a qué viene esto.

—¿Y sabes por qué? —cuestiona él.

Ahora la meneo. Y me alegro de que al menos me funcione la carcasa de fuera, porque, como siga hablándome en ese tono que no es más que un ronroneo ronco, mi mente seguirá

descomponiéndose.

—Porque ese día, cuando te tenía debajo de mí cubierta apenas por una toalla, creí volverme loco. Estaba duro como una piedra, pero no quería que tú lo notaras. Sentí rabia por desearte y, cuando me llamaste por mi nombre..., sonó tan íntimo, tan sensual en tu boca que...

—Que me humillaste —susurro y cierro un instante los ojos. Tiempo que él aprovecha para poner sus manos en mis mejillas, lo que me hace abrirlos de golpe.

—Y lo siento. No sabes cuánto lo siento, Laura. Pero... es que no debía desearte. No podía. Ni siquiera quería hacerlo. ¿Lo entiendes? De verdad lo siento, sé que volqué toda mi rabia en ti. —Sacude la cabeza y su rostro muta a uno atormentado—. Joder, es que todavía no quiero, me odio por sentir esto, pero... Mierda. Ya es superior a mí.

Y entonces me besa. Y no es precisamente un beso pequeño o delicado. Es como si tratara de beber de mí, de nutrirse de mi saliva, de saciarse de mi boca... Me besa casi con furia, como si quisiese transformar ese odio del que habla, y que yo conozco tan bien, en un placer pecaminoso, maravilloso. Me besa de la misma manera que yo le correspondo, porque, aquí y ahora, ya no me importa nada más que él y lo que me hace sentir.

Noto que se me abre la herida y el sabor de la sangre se mezcla entre nosotros, pero ninguno de los dos parece hacerle ascos a eso, como vampiros sedientos de alimento, que en nuestro caso no es más que una necesidad casi obscena el uno del otro, pero tan arrolladora que ha llegado el momento de dejarse vencer por ella. Perder para ganar, aunque solo sea el premio un tiempo con fecha de caducidad en el que conseguir placer a su lado.

CAPITULO 8

Chema

Tengo que parar. Tengo que parar un segundo y asegurarme de que ella quiere exactamente lo mismo que yo.

Repito eso en mi cabeza una y otra vez, mientras el beso se alarga y Laura se funde conmigo. Se entrega al completo... Si está prácticamente temblando en mis brazos, joder. Y no es de miedo, sino de esta pasión desmedida que también me hace vibrar a mí.

Pero, aun así, a pesar de la certeza que me dan sus brazos en torno a mi cuello y su cuerpo restregándose contra el mío, aprovecho esa milésima de segundo que necesitamos para respirar y me separo de su boca. Busco sus ojos, entornados de deseo y... Y me quedo embobado contemplándola. Dios, es tan... tan Laura. Tan...

—Chema... —gime a modo de pregunta.

—¿Estás...? ¿Estás segura? —Y carraspeo. Porque mi voz ha sonado similar a la suya—. Yo... Después...

No quiero dudas. No quiero arrepentimientos. Pero, por alguna razón, no soy capaz de acabar la frase. Porque me parece tan fuera de lugar... Como si al nombrar los muros que una vez levantamos y derribamos, fueran de nuevo alzados.

Ella sonríe. Pero es una sonrisa triste, resignada.

—Yo tampoco quiero desearte, Chema. También odio hacerlo. Pero, joder... lo hago.

Y son sus labios los que atropellan ahora a los míos, con violencia, casi haciéndonos daño. Los recibo con la misma ansia y no sé el tiempo que nos pasamos besándonos. Quizá mucho, porque me duele el cuerpo de deseársela. O poco, porque parece ser que nunca es suficiente. No nos saciamos.

Aparto mis manos de sus mejillas para internar mis dedos en esos rizos que me tienen hechizado y sonrío en su boca cuando sus manos, ascendiendo por debajo de mi camiseta, me hacen unas cosquillas deliciosas en los costados.

Le mordisqueo la barbilla, bajo por su cuello lamiendo esa vena que ahora late desbocada y regreso a su boca de nuevo...

—Lo siento. ¿Te duele? —murmuro rozando su labio con el pulgar cuando me percató de que tanto beso ha vuelto a abrir la herida.

—Un poco... Pero, Dios... Hasta eso me gusta —balbucea ella, jadeante.

Un latigazo de puro placer me recorre entero al oírla. Realmente debo de ser un perverso porque esas palabras me han excitado tanto como si se hubiese desnudado para mí. Y es pensar eso...

—Demasiada ropa —digo mientras le quito la camisa por la cabeza, considerando el desabotonarla una absoluta pérdida de tiempo.

La mía me la saco de la misma manera, mientras Laura parece haberse contagiado de mi urgencia, porque ya está peleándose con el botón de mis vaqueros después de haberse deshecho ella misma del sujetador. Abarco con mis manos esos pechos exquisitos y acaricio sus ya durísimos pezones, pero me sabe a poco, así que los pellizco, haciendo que ella dé un respingo y me mire de una forma tan lujuriosa que pierdo del todo el norte. Toda mi sangre está alojada en el centro de mi cuerpo. Y cuando cuele una mano dentro de mi pantalón y alcanza a tocar mi glande, se me escapa un jadeo que se mezcla con el suyo, en cuanto vuelvo a pinzar sus pezones.

Quitarnos los pantalones se convierte en todo un reto, quizá por culpa de nuestras prisas. Tirones, besos, levantamientos de pies por turnos, de nuevo tirones, muchos más besos... En las

películas parece todo muy fácil, pero en la vida real es un coñazo que no está exento de cierto morbo. Porque desvestir a Laura se está convirtiendo en mi *hobby* preferido, en lo único que quiero hacer de ahora en adelante si las circunstancias me lo permiten. Acabamos de quitárnoslos con nuestros pies, mientras nuestras bocas vuelven a unirse en un beso demencial y las manos recorren el cuerpo del otro queriendo tocarlo todo a la vez.

Soy yo el que pone fin al beso, recorriendo ahora con mi boca su cuello, mordisqueando su clavícula, demorándome en esos pechos pesados y perfectos, bajando por su estómago, lamiendo su ombligo y besando con labios y dientes su vientre, hasta encontrarme con su negro y minúsculo tanga.

Estoy ya de rodillas ante ella cuando tiro de esa prenda hacia abajo y se la quito en una lenta caricia por sus piernas con mi boca, que, ansiosa por probar el aroma único de su sexo, busca con la lengua sus pliegues, se apropia de su clítoris ya hinchado, lo succiona, bebe de ella.

Jesús... Oír su primer jadeo sorprendido y sus siguientes gemidos, intercalados con más jadeos casi ahogados que trata a duras penas de reprimir, me pone a mil. Y cuando noto sus dedos en mi pelo, empujándome más contra ella, revolviéndome sin ningún tipo de control, ya no existe un puto número que defina mi excitación. Quiero estar dentro de ella, seguir haciendo esto, que me toque, besarnos como solo nosotros lo hacemos... Lo quiero todo a la vez, aunque sea imposible.

—Por Dios, Chema... —gimotea en alto, apartándome ahora sin mucha delicadeza.

Busco con mis ojos su rostro, ruborizado, excitado, haciendo trizas su labio inferior por la fuerza con que se lo muerde. Pero antes de que pueda abrir la boca para saber qué quiere, comienza a deslizarse por la espalda del sofá para quedar a mi altura, capturando otra vez mi boca mientras se acomoda en torno a mí.

—Sabes a mí... —susurra un minuto después, con nuestras bocas aún a escasos milímetros.

—¿Te moles...?

—No, joder. ¡Me encanta! Esto es... es... —Como parece no encontrar la palabra apropiada, vuelve a besarme con una pasión enloquecedora, metiendo al mismo tiempo una de sus manos dentro de mi bóxer, rodeando con sus dedos esa erección que comienza a resultar casi dolorosa.

Jadeo en su boca, tanto por la caricia como por sus palabras. Jodeeerrr... Y luego maldigo en ella palabras casi incoherentes cuando comienza a masturbarme de una forma un tanto torpe, pero que por alguna razón me enciende más. Tanto que no puedo soportar ni un segundo más esta dulce tortura.

Apenas me bajo los calzoncillos, haciendo que mi erección salte como un resorte hacia fuera a pesar de estar todavía sujeta por ella. Parece tener vida propia y buscar el calor de su feminidad para quemarse con él. Buscar el único preservativo que guardo en la cartera y ponérmelo es todo uno, y es Laura la que la ayuda a llegar, acariciándose durante unos instantes con ella, para luego dejarse caer demasiado despacio, clavándose en mí. Está tan húmeda, tan caliente, tan estrecha...

Aprieto los dientes y escondo la cara en su cuello, disfrutando de esa sensación, deseando que dure eternamente y, a la vez, ansiando con toda mi alma comenzar a embestirla para liberar esta tensión que me presiona en las ingles. Pero consigo controlarme, dejarla llevar las riendas, que baje lentamente sobre mí... Hasta que acabo totalmente encajado en su interior y logro que ambos contengamos a la vez el aliento para luego soltarlo, en su caso, en un jadeo largo y provocador, y en el mío...

—Joder, la Virgen, joder...

Aparto mi cara para ver la suya y es esa una imagen con la que podría correrme sin moverme un ápice. Parece extasiada, con la cabeza echada hacia atrás, sus dientes escondiendo su labio

inferior y la respiración agitada.

Mi pelvis se mueve sin mi consentimiento, a la busca de más placer, y ella me sorprende saliendo a mi encuentro, comenzando a mecerse, a subir y a bajar, con un ritmo que me enloquece.

Cuando enrosca los pies alrededor de mi cintura y se pega más a mí, mis dedos se clavan en sus nalgas y amasan ese culo de pecado. Sin embargo, no tardo en subir una mano a su espalda para prestarle el sostén que necesita para seguir moviéndose así. Por Dios, es que tiene que hacerlo... Que no pare... Ella ahora se mueve en círculos, casi perversa. Y, aun así, preciso más. Mucho más. Así que empiezo a moverme yo también, al principio casi con cautela, hasta que es Laura la que parece necesitar también más y ancla los pies en el suelo para conseguir un ritmo casi brutal. Justo a mi medida. Perfecto. Sublime. Quizá demasiado, porque...

—Jesús... —gimo al tiempo que la arrimo más a mí para hacer que su clítoris se frote contra mi piel—. Dime que estás a punto, dime que...

—Un poco más... Solo un poco, por favor... Así, justo así...

Le daría una vida entera sintiendo esto que siento, pero no es mi cerebro el que decide ahora mismo y... joder, estoy a punto de correrme. Aprieto los dientes para retener el orgasmo mientras ella sigue moviéndose de esa forma bestial, pero sé de antemano que es una batalla perdida. Y entonces...

—Oh, Dios mío... Joder, joder, joder... —masculla y muerde mi hombro, apretándome con sus músculos internos para hacerme saber que está en pleno éxtasis. Y causa con ello el mío.

La hostia... Me derramo en su interior en una explosión apoteósica que me deja tan tembloroso como satisfecho. Ahogo mis gemidos en su cuello y la atraigo más contra mí, mientras acompañamos nuestras respiraciones y logramos calmar nuestros latidos. Todos. El de nuestros corazones y el de nuestros sexos.

—Esto ha sido... —murmura ella minutos después, moviéndose lo justo para unir nuestras frentes— increíble.

—Mmmm...

—Joder, la primera vez me gustó mucho pero esta... ¿Va a ser siempre así? —me pregunta con una candidez que me hace sonreír.

—Mejor.

—Engreído. —Sonríe—. Ahora presumirás de...

—De nada. Esto no puede saberlo nadie, Laura. Es algo entre tú y yo. Promételo. No...

Noto como se tensa en mis brazos antes de que acabe la dichosa frase. Es que ni la he pensado, joder, y reconozco que sobran momentos para decírselo sin ser ahora, cuando todavía nos rodea el olor y la magia de lo que hemos compartido.

Sin pronunciar palabra, cosa rara en ella, se levanta, separándose de mí, y, aunque intento retenerla, la mirada que me lanza consigue que aparte mis manos de su cuerpo. Ya en pie, maravillosamente desnuda, frunce el ceño y observo, impotente, como sale de la estancia.

¡Mierda! La he vuelto a joder...

En todos los putos sentidos, ironiza mi mente calenturienta y estúpida.

Me incorporo poco a poco, consciente por primera vez del dolor de mis rodillas. Durante el polvo ni me enteré, pero ahora... Tiro del condón y, tras envolverlo en una servilleta, lo echo a la basura en un ademán brusco, cabreado.

«Calladito, Chema. Pero qué guapo estás...».

Casi suspiro aliviado cuando veo entrar de nuevo a Laura en la cocina, cubierta ahora por una oscura y cortísima bata de raso que viene anudándose a la cintura. Sin mirarme, abre la nevera y se sirve un vaso de agua, para luego rebuscar en un cajón, de donde saca una cajetilla de tabaco.

Es solo cuando le da la primera calada y expulsa el humo despacio hacia arriba, que me atrevo a acercarme a ella.

—Laura, lo...

—¿Te avergüenzas de mí? —espeteta, con la vista clavada en ese humo que se aleja hacia ninguna parte.

—¿Qué? ¡No! Es solo que...

—¿Te avergüenzas de lo que acaba de pasar? —Señala con una mano el sofá, ahora casi empotrado en la mesa del salón, pues debemos de haberlo movido con tanto ajetreo.

—No, pero... —Me dejo caer en una silla frente a ella y meto los dedos entre mi pelo, intentando explicarle lo inexplicable—. A ver...

—Si te entiendo. Por desgracia, te entiendo. —Emite una breve y triste risa y busca mis ojos con los suyos por primera vez desde que ha entrado—. Yo tampoco quiero que esto se sepa... Es... es algo que no me hace sentir demasiado orgullosa.

—Joder, Laura, tampoco quiero que te sientas mal por ello. Yo...

Ella arquea las cejas y me hace enmudecer. Sí, estoy contradiciéndome, intentando aplacar una sensación que conozco demasiado bien. Porque, en el fondo, esto que hacemos sé que no está mal, es jodidamente maravilloso... Pero tampoco está bien. Por muchas razones.

Y seré egoísta, o un capullo, pero no quiero dejar de hacerlo. Por eso, lo que me dice a continuación me produce una sensación liberadora pero agridulce. Aunque lo que predomina por encima de todo es que vuelve a ponerme irremediabilmente cachondo.

—Y debo de ser gilipollas, idiota, o un auténtico pendón, porque aun así quiero seguir haciéndolo.

Laura

Demasiada sinceridad. Demasiada.

Eso es lo primero que pienso en cuanto abro los ojos, acurrucada en el sofá, donde Chema y yo nos hemos quedado dormidos después de otra sesión de sexo más lenta, delicada casi, pero igualmente satisfactoria.

Demasiada sinceridad. Eso debió de ser lo que lo puso a cien, porque fue acabar de decir que quería seguir haciéndolo y puso fin a la conversación saltando casi sobre la mesa para besarme como un demente.

Pero... ¿qué más da? Después de haber accedido a esta relación, lo mínimo es ser sincera. Bueno... hasta un punto. Él nunca podrá saber que lo que me llevó a aceptarla es justo lo que no quiere. Mis sentimientos, mi amor.

Y clarito me lo dejó. De nuevo anoche. El dolor que reprimí ante sus palabras entonces lo siento crecer ahora dentro de mí. Tengo que ignorarlo. No puedo tomarme tan a pecho cada una de sus frases, pero... Joder, cómo duelen. Y me conozco. Sé que en cualquier momento esta pena tendré que sacarla fuera, en forma de lo que sea. Pero no ahora, cuando mi cuerpo todavía tiene las marcas del suyo, cuando todavía huelo a él.

He caído muy bajo, sí. Sé que estoy conformándome con lo que durante años rechacé, lo que me llevó a llegar a los veinticinco virgen, joder. Quizá Lucas, aquella noche de tantos años atrás, sí me afectó de alguna forma que seguramente tenga nombre médico, pero el sentir que los tíos solo me veían buena para un polvo me cabreaba tanto como me humillaba.

¡Qué ironía, ¿verdad?! Y eso es lo único que Chema también ve en mí. Y voy yo y hasta logro disfrutar cada instante en sus brazos, olvidándome de ese detalle. Quedándome solo con lo que me interesa. Con que me desea, con ser la causante de cada uno de sus orgasmos. Es triste, sí, pero si eso es lo único que puede darme... lo acepto. Con todas sus consecuencias.

Porque ya he sufrido lo mío, sí, y me queda un largo camino por delante para seguir haciéndolo, pero pienso gozar y vivir cada minuto a su lado como si fuese un regalo inesperado. Guardaré y atesoraré cada experiencia, pues serán los recuerdos con los que me alimentaré cuando todo esto acabe.

Y quizá el roce haga el cariño y...

Meneo la cabeza disgustada conmigo misma, porque, aunque lo intento, es bien cierto que la esperanza es lo último que se pierde y es imposible que, de vez en cuando, no se deje ver y me haga esperar algo que probablemente nunca suceda.

Envuelvo mi cuerpo desnudo en la fina manta que Chema ha debido de echar sobre mí y me encamino al baño. Supongo que él estará en su cuarto, al que se habrá ido en algún momento de la noche. Dormir dos personas en ese sofá no debe de ser muy cómodo.

Consigo ducharme y vestirme sin que mi cabeza me atormente demasiado y vuelvo a la cocina. Me muero por un café... Y por un dulce... ¡Dios, me comería ahora una bandeja entera de *casadielles*! O una de bollos de nata...

Todavía de pie, observo como la cafetera comienza a hervir, como si mirándola fuese a hacerse antes el café. Y el ruido de la puerta principal al abrirse y cerrarse me hace dar un respingo y volverme sorprendida.

—Muy buenos días —me dice un sonriente Chema, mientras atraviesa el salón en mi dirección cargado con un par de bolsas.

—¿Y tú? ¿De dónde sales? O de dónde vienes, más bien —pregunto, transformando

rápido el asombro en curiosidad.

—Bueno... Tenía que hacer una compra urgente y...

—¿En domingo?

—Sí, en domingo. Y de paso... —Saca de una de las bolsas algo que reconozco al instante y que le saco de las manos con un grito de júbilo. Todavía no sé qué hay dentro, pero, si es de la pastelería de Miriam, seguro que me vale. Rompo el papel y me llevo a la boca uno de los dulces, hablando después con ella llena, aunque me pongo una mano sobre los labios, porque una cosa es ser maleducada y otra el mal gusto...—. Joder... Me has leído el pensamiento. *Casadielles*, bollos de nata y trufas de chocolate. ¡Dios, qué gozada!

Chema se ríe de mi glotonería, saca dos tazas de un armario un minuto antes de apagar ya la cafetera y sirve para los dos ese brebaje que necesito con urgencia.

—Mmm... —gimo con gusto al darle el primer sorbo, después de soplar durante un ratito para no acabar abrasada. Y vuelvo a atacar mi bollo con un ansia tremenda.

—Pues sí que tienes hambre, ¿eh? ¿Así que eres de esas?

—¿Mmmm?

—De las personas a las que el sexo les abre el apetito.

Trago con dificultad y sé que me estoy poniendo colorada. Si lo que no consiga este tío...

—Muy gracioso —baluceo sin saber qué otra cosa decir.

—Bueno, más bien eso es así cuando se trata de buen sexo...

—Serás presumido, joder —le espeto y muerdo un buen trozo de esa masa deliciosa. Y, de repente, me viene a la cabeza la conversación postcoital de ayer, cuando yo solo pretendía hacerle una broma sobre su presunción de buen amante y todo lo que aquello acarreó.

Demasiada sinceridad de mi parte. Eso fue lo que acarreó. Eso y que durante un segundo pensase en darle el bofetón de su vida. ¡Como si yo fuese a contar esto por el pueblo para que ya tuvieran tema para el resto de sus vidas!

Que bueno... ya lo hablan igualmente... Joder, al final resulta que son adivinos.

—¿Eh? ¿Qué sucede? ¿He dicho algo...?

—No, no, nada —digo deprisa y cambio el chip sacando otro tema que no me saque el apetito—. Y por cierto, ¿qué era eso tan urgente que tenías que comprar?

Ahora el que parece estar a punto de atragantarse es Chema, que se lleva el puño a la boca esforzándose por pasar el bocado que la ocupa.

—Pues... algo que necesito. Desperté muy temprano y se me ocurrió que podía aprovechar la mañana saliendo a hacer ese recado y de paso traerte el desayuno.

—Cosa que se agradece. Pero todavía no me has dicho que...

Mientras hablo, mis manos rebuscan en la otra bolsa y... me quedo muda.

Cuatro cajas de preservativos. ¡Cuatro! Un aceite para masajes, un bote estrecho que... ¿Lubricante?

No sigo cotilleando. Suelto todo alucinada y cardíaca, y trago saliva con fuerza.

—Lo siento. Creo que me he emocionado —dice encogiéndose de hombros—. Es que vi todo eso allí, al alcance de mi mano y...

Lo miro con los ojos como platos. Tanto que él también se asombra ante mi expresión.

—¿Qué?

—¿Has comprado todo esto en el pueblo? —pregunto pasmada—. ¿En serio?

—Joder, no. Me he ido hasta Luarda. ¡Cómo se te ocurre!

Si ya decía yo... No es que a mí me haga tremenda ilusión darles munición a los chismosos, pero que lo hiciera él... me dejaría a cuadros. Y no es que Chema no pueda comprar todo eso y

follar con otra que no sea yo, pero seamos sinceros... Mucho no es que salga por ahí, y los rumores no nos lo ponen fácil.

—Es que no podía permitir que volviese a pasar lo de ayer. Debemos protegernos, Laura.

—Y tanto —digo con la vista clavada en esas cuatro cajas de condones. Sé que tiene razón y que ayer jugamos con fuego la segunda vez, cuando fuimos incapaces de parar a pesar de que él me confesó que no tenía más preservativos. Pero comprarse cuatro cajas...

Entonces se echa a reír.

—Deja de mirarlas así. Quizá me pasé, pero en el pueblo está descartado comprarlos y mejor prevenir que lamentar. No es que vayamos mucho por Luarca o Cudillero y en el pueblo de al lado... paso. Sabes que también nos conocemos todos y...

Acabo el café en dos tragos y comienzo a recoger la mesa mientras él sigue con su monólogo, que ya no escucho. Una cosa es ser consciente de la extraña y oculta relación en la que nos hemos involucrado y otra diferente, ponerla encima de la mesa durante el desayuno, joder.

Pero bueno, Chema no es que se diga muy oportuno con sus comentarios. El último de anoche aún lo tengo clavado en el pecho. Y eso que yo no me quedo atrás. Dios mío, vaya dos.

—Increíble, se han quedado las dos fritas —se sorprende Chema en casa de mi padre, observando a las niñas dormidas en el sofá en unas posturas de lo más estrambóticas.

—Pobres... Están muy cansadas. Ayer se acostaron tarde y a las ocho de la mañana ya estaban dando guerra metidas en nuestra cama —comenta Lidia, mientras retira los platos de postre de la mesa del comedor, donde hemos comido todos.

—Será mejor poner a cada una en un sofá para que descansen mejor, ¿no? —opino acercándome a ellas y mirándolas con ternura.

—Sí, será lo mejor. A no ser que el día de mañana vayan a ser contorsionistas... —bromea Chema—. Porque... Jesús, menudas posturas.

—A esta edad todos somos muy elásticos, ¿no? —sigue la chanza Lidia—. Lo malo es a la mía, que, en cuanto levantas un poco una pierna, te duele esa y su compañera.

Chema y yo nos carcajamos sin elevar demasiado el tono, y mi padre se ríe con sorna, mientras se dirigen una mirada íntima, seguramente compartiendo algún secretillo de alcoba que no me interesa ni imaginar, pero que me inspira diversión y ternura por igual.

—Para elástica aquí Laura —dice mi padre, señalándome con la barbilla—. Nunca le gustó el deporte, pero siempre estaba haciendo cosas de esas que duelen con solo mirar. ¿Todavía te sale el *espagueti*? ¿Y el pino ese hacia atrás en el que te quedabas como un puente?

—Es que así se llama, papá, pino-puente. Y se dice *espagat*. —Me río—. Y sí, creo que aún me sale todo eso, aunque como comprenderás no son cosas que suela hacer en mi día a día.

—Bueno... —carraspea Chema llamando mi atención—. A partir de ahora intenta que te surjan ocasiones para practicarlas, ¿no? Es una pena que pierdas esos dones.

Y aunque esas frases en sí no deberían sacarme los colores, lo hace la mirada entornada y disimulada que me lanza, junto con esa mordida de labio tan sensual con la que la acaba. Es que lo mato...

Agacho la cabeza, incapaz de mirar a nadie a la cara, mientras comienzo a colocar bien a Marta, después de que él haya movido a Llara de sofá.

—Ve a acostarte un ratito, anda —le dice en ese momento Lidia a mi padre—. No haces más que bostezar y tú sin tu siesta...

—Pero hoy tenemos invitados y...

—¡Papá! —exclamo casi ofendida ante ese adjetivo—. Que somos nosotros, por Dios. Ve arriba, anda, que además esta noche tienes guardia en el cuartel.

—De acuerdo, está bien, pues no me hago más de rogar... —Se levanta atusándose el bigote y no me pasan desapercibidas las muecas que se intercambia la parejita.

—Lidia, ¿por qué no aprovechas y subes un ratito tú también? Chema y yo recogemos todo esto en un instante mientras no se despiertan las niñas.

—No, por Dios, eso sería un abuso. Yo...

—Venga, sube, de verdad. Hay la suficiente confianza, ¿no crees?

—Laura tiene razón, Lidia. Vamos a dormir una horita. Estos dos han tenido toda la noche y toda la mañana para poder hacerlo a conciencia.

Yo asiento con la cabeza y los animo a base de ademanes para que abandonen el salón de una buena vez, pero Chema... Él carraspea de nuevo y se ríe entre dientes. Es que de verdad que lo mato, eh. Lo mato.

—¿Tú eres bipolar o tonto perdido? —le espeto ya en la cocina, después de esperar un tiempo prudencial a que los dueños de la casa se encerrasen en su habitación.

—¿Qué?

—¡Lo que oyes, joder! —prosigo con los dientes apretados, encajando los platos en el lavavajillas con no demasiada suavidad.

—¿A qué viene...?

Me incorporo y llevo mis manos a las caderas, tan enfadada que hasta me hormiguea la cabeza.

—Ayer jodes un polvo estupendo con una frase estelar y ahora... Ahora te dedicas a lanzarme indirectas y a portarte como un adolescente delante de mi padre y Lidia. ¡No solo no hay quién te entienda, sino que me pones nerviosa, joder!

—¿Así que un polvo estupendo, eh?

—¿En serio? ¿Eso es lo único que has oído de todo lo que he dicho? ¿No has oído también que la jodiste? ¡A ver si te piensas que me moría por gritar a los cuatro vientos que eres un puto *crack* o algo así! —suelto sin pensar, intentando bajarle un poco los humos, todavía más cabreada que cuando comencé esta puñetera conversación.

—Hombre... Realmente lo parecía. Por cómo reaccionabas, digo...

La cuchara impacta en su pecho sin que haya sido apenas consciente de habérsela lanzado. Joder, suerte que tuvo de que no se tratase de un cuchillo.

—Eres idiota —siseo.

Él, todavía con los ojos y la boca abierta con incredulidad ante mi ataque, recoge el cubierto del suelo y se acerca a mí.

—Lo siento, ¿vale? Solo estoy de buen humor y... Vale, tienes razón. Ayer me pasé y hoy también, ¿contenta?

—No. No me sirve que te disculpes continuamente y que la vuelvas a cagar justo a continuación. Estoy harta de discutir a todas horas, de...

—Oye, ¿no te has parado a pensar que la culpa también es tuya? Siempre tienes algo por lo que protestar, joder. Y siempre acabas sacando las cosas de quicio. Lo de ayer ya lo habíamos aclarado, ¿no? ¿Por qué sacas el tema de nuevo?

—Porque me da la gana —silabeo. Ay, esto de reñir sin poder chillar no me mola nada.

—Pues nada... Tú sigue haciendo lo que te sale de...

—Eso lo haces tú. Sin tener en cuenta nunca cómo me hace sentir lo que dices y haces.

—Pero... ¿de qué coño hablamos ahora? ¿De lo mismo o hay algo más, Laura?

—¿Qué pasa? ¿Es que te parece poco? La forma que tienes de arruinar cada uno de mis orgasmos es de libro, tío. —Y ahora sí que no pienso, sino que esto que me he guardado desde anoche parece quemarme por dentro—. La primera vez me soltaste que no se repetiría nunca, la segunda que acostarse conmigo era demasiado vergonzoso para que nadie...

—Eh, eh... Yo no dije eso...

—Y la tercera... —lo interrumpo, tomándome luego un instante para coger aire, mientras él va poniendo cara de pasmo al no esperarse esto—. ¿Recuerdas por casualidad lo que me soltaste, puto *crack* del sexo?

—¿A qué...?

—«No te enamores de mí, Laura. No se te ocurra hacerlo o esto se acaba. Y todavía no te he hecho ni la mitad de lo que quiero hacerte» —recito de memoria, imprimiéndole a mi voz un tono sarcástico para ocultar el dolor—. ¿De qué coño vas, Chema? ¿Tan irresistible te crees? Y en todo caso, ¿quién te crees que eres para mandar sobre mis sentimientos, joder? Eso sin contar que para ti no debo de ser más que una...

—No, Laura. Espera, no es como...

—Escúchame bien, porque hablo muy en serio. La próxima vez que me sueltes otra regla, norma, aviso o estupidez de las tuyas, no te va a hacer falta nunca más un puto condón, porque voy a arrancártela de cuajo. —Y entonces me crezco, envalentonada por la rabia—. Eso sí dejo que vuelvas a tocarme, porque ahora mismo...

No puedo continuar hablando, porque de repente tengo la lengua de Chema en mi boca, su brazo ciñéndome la cintura y su cuerpo empotrándome contra la encimera. Y lo peor es que yo estoy respondiendo a ese beso casi violento y desesperado con la misma intensidad. Abarca toda mi nuca con la otra mano, como si yo fuese a irme a algún sitio, mientras profundiza más el beso, cosa que no creía posible. Nos estamos devorando, literalmente. Y llegado un momento, nuestras bocas parecen insuficientes para apagar este fuego que ellas han prendido.

Su pelvis comienza a moverse sobre mi estómago, haciéndome ver lo duro que está, al tiempo que sus manos dejan de sujetarme y arrastran ahora la tela de mi vestido hacia arriba. Una de ellas agarra una de mis nalgas, y la otra... La otra se mete dentro de mi braga y, cuando quiero darme cuenta, tengo un dedo en mi interior. Inhalo muy rápido ante la intrusión, pero inconscientemente mis caderas empiezan a mecerse buscando más placer.

—Joder, cómo estás... —susurra él todavía contra mi boca, supongo que notando lo preparada que ya estoy para él.

Debería darme vergüenza que mi cuerpo reaccione tan rápido a él y, sin embargo, no puedo evitar que sea todo lo contrario. Me excito todavía más, humedeciéndome tanto que un segundo dedo se cuele sin dificultad.

—Dios —jadeo cogiendo un aire que me escasea—. Para, estamos en...

Él ahoga mi protesta con un beso lascivo, sabiendo que en realidad no quiero parar. Y si devolvérselo de la manera que lo hago no se lo dejase lo suficientemente claro, que mis manos desabrochen la hebilla de su cinturón mientras habla, seguro que sí.

—Dios, Laura. Así te quiero siempre, con vestidito —murmura con sus labios, dientes y lengua sobre mi cuello.

—Ya. A ti te lo voy a poner tan fácil —no puedo evitar decir. Rabia y pasión fusionadas en una.

Él se ríe por lo bajo contra mi piel, pero comienza a mover esos dedos, robándome la cordura. Los dobla dentro de mí, presionando la parte delantera de mi vagina, mientras su pulgar hace círculos perezosos sobre mi clítoris. Dios mío... ¿qué me está haciendo? Como siga así...

Madre del amor hermoso. Estoy tan a punto que...

—Chema... Por favor. Yo... Voy...

Y como un castigo, porque no puedo verlo de ninguna otra forma, los saca, dejándome vacía, a las puertas de la pura gloria.

—¡Qué...!

Me hace girar tan rápido que la queja se muere en mis labios. Presiona mi torso contra el mármol, acaricia mi trasero por encima de mis bragas mientras oigo como se baja la cremallera del pantalón y luego rasga algo. Cuando mi cuerpo nota la ausencia de sus caricias, miro hacia atrás, pero no tengo ocasión de ver qué está haciendo, pues, tras dos segundos que pierdo admirando como ese pelo trigueño le cae sobre la frente, me encuentro con sus ojos, más oscuros de lo normal de lo dilatadas que tiene las pupilas, y que me miran abrasándome. Percibo como aparta mi braga hacia un lado y, de golpe... Llena otra vez. De él. De esa erección que esta vez no se toma su tiempo para penetrarme, sino que me embiste en un solo movimiento, haciendo que me ponga de puntillas y tenga que morderme los labios para no gritar de puro gozo.

—Jesús, sí —dice él detrás de mí, inclinándose para encajar mejor y de paso soplar esas palabras sobre mi nuca, haciendo que me erice entera.

Y perdemos el control. Los dos. Si es que lo hemos tenido en algún momento. Nuestros sexos, como protagonistas indiscutibles, buscando un placer que ambos queremos rápido, ya. Porque el lugar es de lo más inoportuno, porque alguien puede pillarnos y porque... Porque, joder, nos lo pide el cuerpo. Correremos, como si se tratase de agua o comida para sobrevivir.

Él empuja contra mí y yo contra él. Sus embestidas son frenéticas, y yo le salgo al encuentro en cada una de ellas, deseando siempre más. Y cuando mete una mano entre la encimera y mi vientre y baja dos maravillosos dedos hasta ese nudo que late abandonado...

—Joder, Laura, me corro.

Sus movimientos, sus caricias y sus palabras consiguen que yo lo haga también, incluso antes que él.

Apoyo una mejilla sobre el mármol e intento calmarme un poco, allí, todavía con el vestido subido y totalmente laxa. Es él el que se encarga de colocarme bien la ropa, no sé si antes o después de hacerlo consigo mismo. Lo hace con delicadeza, rozando con la palma de su mano toda mi espalda al acabar, en una caricia tan sensual como relajante.

Y entonces me echo a reír. Estoy tan deliciosamente cansada, abotargada... Y apuesto lo que sea a que no han sido más de diez minutos de ejercicio lo que me ha llevado a este estado. Pero, joder, qué minutos... Qué ejercicio...

Me doy la vuelta poco a poco, encontrándome a un Chema divertido que me mira con una sonrisa pícaro en la cara y ojos soñolientos, satisfecho.

—Esto es una locura —susurro, mirándolo ahora con una mezcla de timidez y resignación.

—No, tú estás loca. A mí, simplemente, me vuelves loco, pelirroja.

Frunzo un segundo el ceño. ¿Debería molestarme eso que ha dicho?

¡Bah! Ni de coña. Ha dicho que lo vuelvo loco, ¿no? Entonces estamos en paz.

CAPITULO 9

Chema

Montar y desmontar un cumpleaños es la mejor muestra de amor hacia un hijo. O hija, en este caso. Mira que me gusta poco eso de inflar globos, colgarlos, poner mil aperitivos en la mesa, cargar con decenas de refrescos, no olvidar la tarta y, claro, mucho menos las velas, como ha sucedido este año. Menos mal que Lidia tenía por casa esas pequeñas e individuales y no solo hemos arreglado el asunto, sino que a Marta le ha hecho incluso más ilusión eso de soplar seis velas que una sola.

Ahora estoy recogiendo el papel de regalo tirado por todo el porche y alrededores, mientras Lidia hace café dentro para los adultos. La verdad, me quejo de vicio, porque tanto ella como Laura se encargan de todo tanto o más que yo. Y lo hacen con una sonrisa, que ya es decir.

Oigo risas a mi espalda y me giro para observar cómo se divierten los niños con los payasos. Sí, payasos. Una sorpresa de parte de sus padrinos que ha causado sensación. De hecho, no son únicamente los niños los que parecen fascinados. Hasta mi suegro disfruta del espectáculo con una sonrisa torcida, apoyado en la pared del garaje. Y Laura... Bueno, yo creo que ella está más encantada que cualquiera de los críos. Sentada a lo indio con ellos en el suelo, se ríe a carcajadas, levanta la mano para participar cuando se requieren voluntarios y contesta al unísono a las típicas preguntas que hacen los payasos.

Es tan dulce a veces... Para comérsela, vamos. Y cuando no lo es, también. Porque entonces es franca, espontánea, despistada, ardiente... Hasta cabreada me resulta atrayente. Bueno, sinceramente, cabreada es cuando más. No sé por qué, pero ese fuego que desprende toda ella, ese desparpajo, esa enorme mala hostia en un cuerpo tan pequeño... Uff, eso me pone cachondo perdido.

—Acabo de apagar la cafetera. Si quieres, sírvete, ¿vale? —me dice Lidia al pasar por mi lado en dirección a donde están todos los demás—. Y si prefieres una cerveza o cualquier otra cosa, pues... Bueno, ya sabes dónde están.

—Vale. Gracias. —Se lo agradezco con una sonrisa y meto en la bolsa el último trozo de papel que veo. Entonces la dejo en una esquina, junto a la de los regalos, y entro en la cocina. Una cerveza me viene genial después de haber estado toda la tarde a Kas de naranja.

Abro la nevera, saco una botella y, después de abrirla, le pego el primer trago todavía apoyado en el electrodoméstico.

Mis ojos vuelan hacia el trozo de encimera situado al lado del lavavajillas y... nunca podré mirar esta cocina con los mismos ojos que antes.

Hace solo diez días desde que me la follé ahí mismo, solo diez. Y quiero volver a hacerlo. A ver, no es que no nos hayamos acostado más veces... Joder, me río yo solo. De hecho, lo hemos hecho todos los santos días... Pero de otra forma. Más calmada, silenciosa. Nada de sesiones salvajes o improvisadas. Con las niñas en casa eso no sería inteligente, no después de que casi nos pillaran en el ajo aquel día. Si hubiésemos tardado dos minutos más en acabar, a ver cómo les explicábamos qué diablos estábamos haciendo sobre el mármol. Pero en aquel momento ni lo pensé, solo la besé para hacerla callar y luego... se me fue de las manos. Vamos, ninguno de los dos razonó demasiado.

Así que, después de aquello, yo me cuelo en su cama todas las noches, donde me recibe con una sonrisa y tantas ganas como yo. Con la luz apagada, lo más calladitos posible y con la puerta entornada para oírlas en caso de que se levanten o nos llamen, nos dejamos llevar. Coordinados, compenetrados... Tanto que a veces me asusta.

Aunque eso tampoco es que sea nada nuevo. Lo de que Laura —o, mejor dicho, lo que ella me hace sentir— me dé un poco de miedo.

Es deseo, sí, solo deseo. Pero también la admiro, la respeto y le tengo cariño.

Le doy esta vez tres tragos seguidos a mi bebida y cierro los ojos. Por todo esto le dije lo que nos llevó a la discusión previa al polvazo sobre la encimera.

Fue un comentario hecho en un estado de relajación total, tras follar dos veces como si fuese la primera... O la última. Estaba casi quedándome dormido, tan a gusto con ella en mis brazos, tan complacido... que se lo solté, así, sin venir a cuento. Aunque sí que venía... Era casi una advertencia a mí mismo. Porque sé que nunca podré enamorarme de ella como lo estoy de Clara, nunca podré quererla igual, pero tengo miedo a mezclar sentimientos y creer... Creer lo que no es y hacerle daño. Hacérselo a los dos. Porque en el fondo sé que esta atracción... brutal, sí, pero atracción al fin y al cabo, va a acabar por extinguirse y... Y ya me equivoqué una vez, con Aída, intentando tener una relación de verdad cuando, por mi parte, solo había deseo. Así que esta vez no quiero cometer ese error, sobre todo porque ni Laura ni yo nos merecemos menos que lo que ya viví con Clara.

—Bueno, ¿qué? ¿Piensas beber tú solo?

Suelto un taco al sobresaltarme y miro hacia la puerta.

—Joder, Julián...

—¿Qué te pasa? ¿Desde cuándo eres tan asustadizo? —Se ríe el muy...

—Desde nunca, pero estaba aquí, pensando y...

—Pues deja de pensar tanto y saca bebida, tío.

—Y el café —dice Lidia, asomando la cabeza un instante y volviendo a desaparecer.

—Ven aquí y ayúdame, anda.

Entre los dos no tardamos nada en sacar todo al porche. Todos los adultos invitados a la fiesta —vamos, los de siempre— comienzan a sentarse alrededor de la mesa, mientras los payasos se despiden de los niños y Laura atiende ya a los padres que vienen a recoger a los cuatro amiguitos del cole que hoy no podían faltar. Llegan todos juntos, como si se hubieran puesto de acuerdo o esperado en la acera de enfrente a que la fiesta terminara.

Hago el amago de ir al menos a saludarlos, pero en ese momento Marta llega corriendo y salta literalmente a mis brazos.

—El mejor cumpleaños de mi vida, papi —dice, colgándose de mi cuello. Y sí que le ha debido de gustar, pues es raro que ella me llame con ese diminutivo.

—Me alegro, cariño, pero tienes que volver a darles las gracias a los padrinos. Los payasos son exclusivamente cosa suya.

—Muchas gracias, padrinos —les dice sin soltarme, despegando solo un brazo para comenzar a mandarles besos por el aire. Será teatrera...—. Sois los mejores...

Ellos se ríen y le guiñan un ojo.

—Lo cierto es que fue una suerte que dejaran la publicidad en la peluquería o no se nos habría ocurrido —explica Teresa—. Además, la identidad de uno de ellos es toda una sorpresa en sí.

Frunzo el ceño y la miro con curiosidad, pues no he notado nada familiar en ninguno de los payasos. Vuelvo la vista hacia los aludidos y los encuentro viniendo hacia la mesa, seguidos muy de cerca por Laura, que ya ha cumplido como anfitriona.

—Con esas pintas es imposible reconocer a nadie. —Se ríe Pedro, fijándose ahora también en ellos.

—Bueno, de eso se trata —contesta uno, porque llegan justo a tiempo de oírlo. Y, ahora que escucho su voz, sé que es una payasa y...

—¡Aída!

Pedro y yo gritamos a la vez su nombre, no sé cuál de los dos más sorprendido. Y en mi caso sé bien por qué lo estoy. A la Aída que salió conmigo tener que trabajar para vivir le parecía una gran inconveniencia, y más si, por encima, no era en un puesto especial o atractivo. Y verla ahora no solo trabajando, sino vestida así... pues es de todo menos glamuroso, ¿no?

Como creo que llevo mirándola demasiado tiempo con la boca abierta, giro la cara y observo a Pedro, esperando algún comentario ingenioso de su parte. Pero no. Él está de brazos cruzados, recostado sobre el respaldo y contemplando a Aída con una sonrisa... ¿orgullosa? Joder, ¿y esto?

Pero no me da tiempo a pensar en nada más, pues todos los demás comienzan a hablar casi a la vez, felicitándola por su increíble actuación y por esa facilidad para tratar con los niños.

—Bueno, de algo me tenían que servir cuatro años de carrera —dice Aída con naturalidad, quitándose la bola roja de la nariz y la exagerada peluca verde de la cabeza. La menea durante un momento para acomodar la oscura melena que cubre sus hombros y espalda y sonríe con dulzura al girarse hacia su compañero o compañera. Ahora ya no estoy seguro del sexo de ese sujeto en cuestión—. Puedes irte si quieres, Elsa. Y muchas gracias por todo.

—De nada, Aída. Cuando te haga falta de nuevo, cuenta conmigo. —Y, tras hacernos una reverencia graciosa, se marcha.

—Es Elsa, la hija de los panaderos, por si no la habéis reconocido aún —nos explica—. Hace poco que terminó un ciclo de auxiliar de infantil y bueno... Por ahora solo puedo ofrecerle trabajillos por horas, pero todo se andará.

—¿Entonces son verdad los rumores? —le pregunta Teresa con su morro particular—. ¿Tienes pensado abrir una guardería en el pueblo?

Aída asiente con la cabeza y acepta la silla que Laura le ofrece con una sonrisa. Hace un ratito que Marta ya corrió de nuevo junto a su hermana y Sofía, así que también tomo asiento justo donde sigo parado, al lado de mi cuñada. Que no es por nada, pero parece que ha hecho adrede lo de quedar en medio de los dos, cosa que me hace bastante gracia.

—No tengo muy claro cómo montármelo —comenta la Alonso—. En el pueblo no hay suficientes niños para sobrevivir solo como guardería, pero quizás teniendo un local adecuado para fiestas infantiles —se señala a sí misma de arriba abajo—, haciendo esto a domicilio y cuatro cosas más, pues...

—Es una idea fantástica —la elogia Lidia—. Aquí en El Pilar no hay nada parecido y...

—Yo creo que funcionaría, sin duda. Aquí, Rubio pagaría encantado lo que hiciera falta con tal de no tener nada que ver con organizar los cumpleaños de las niñas, por ejemplo. —Sonríe Laura, burlándose de mí y dándome un manotazo en el muslo, pero sin retirar la mano después. Entonces, parece caer en la cuenta de que ese gesto es demasiado íntimo y me mira con los ojos muy abiertos un instante para luego desprenderme de su contacto con rapidez. Por suerte, nadie repara en ello, pendientes de la conversación con Aída.

Conversación con la que flipo, seamos sinceros. Esta chica me ha sorprendido de una manera impresionante. No me equivoco al decir que es la primera vez que la escucho hablar con tanta ilusión de algo que no sean trapitos o cosas superficiales. Eso sin contar el sentido común y la madurez que desprenden cada una de sus palabras.

Tengo que decir que también es cierto que, desde que lo dejamos, apenas hemos cruzado más de un par de frases educadas y por compromiso, así que para mí esta Aída es nueva. Y me alegro de que haya cambiado tanto, más que nada por ella misma.

Entonces me fijo en que Laura pone en mi mano uno de los papeles que la inesperada invitada está repartiendo.

—En realidad, esto solo os puede interesar a vosotros o a Rubio —les dice la morena a Julián y Teresa. Y yo me pongo a leer el papel.

Es algo de un campamento de verano, la última semana de julio y la primera de agosto. En nada, vaya. De lunes a viernes atenderán a los niños de diez de la mañana a ocho de la tarde y las actividades programadas son del todo variadas. Un día de playa, un día en una granja, un día en el monte, un día entre caballos...

—Está genial, ¿verdad? —opina Laura, acercándose mucho a mí.

—Sí, sí que lo está, pero... son muy pequeñas, ¿no? —pregunto, refiriéndome a mis hijas.

—Bueno... Aquí pone que aceptan niños de cuatro a doce años, así que...

—Ya —digo, no muy convencido.

—El ayuntamiento se ha implicado mucho en el proyecto, así que, gracias a su ayuda, podemos asegurar un mínimo de un monitor para cada cuatro niños. Ya sé que el precio no es muy barato, pero incluimos autobús, comida y...

¿De verdad Aída Alonso ha dicho que el precio le parece elevado? ¿En serio se ha dado cuenta de que no todo el mundo puede permitirse su nivel de vida? No es que ahora sea diferente, es que la han cambiado, joder.

—A Sofi la apuntas. Ya —se apresura a decir Teresa, respaldada por su marido, que la mira con una sonrisa significativa y asiente enérgicamente con la cabeza—. Vamos, Rubio, ámate, hombre. Las tres juntas se lo pasarán genial.

Y yo... Yo acabo de caer en que soy el peor padre del mundo, porque, de pronto, al ver el gesto cómplice entre ellos dos, solo puedo pensar en diez días con las tardes sin niñas. Solos Laura y yo.

—Venga, hecho —me escucho decir sin haber pensado más que con mi puta polla.

—¿Estás seguro? —Y sí, la que me lo pregunta es la propia Aída, que hasta parece sorprendida de que haya aceptado. Si al final va a tener más sensatez que yo.

—Sí, ¿no? —cuestiono *intelligentísimamente*, despertando risas a mi alrededor.

—A ver, yo encantada. —Se ríe ella también—. Es solo que, como fruncías tanto el ceño mientras leías la información... Los enanos van a disfrutar de lo lindo, eso os lo prometo a todos —explica mirando ahora también a Teresa y Julián—, pero tampoco se trata de que los padres lo paséis mal, ¿eh?

—A mí me parece una experiencia maravillosa para las niñas, Rubio —intercede Lidia por la causa.

—Además, hay que ayudar a los nuevos negocios del pueblo —opina Colás, tan en su mundo hasta ahora que hasta se hace raro oírlo.

—Nosotros lo tenemos claro. Si Sofia quiere ir, que querrá... —Se ríe Julián—. ¿Hay que ir a apuntarla a algún sitio o...?

—Sí, en el mismo ayuntamiento. Antes del día veinte. Ha sido todo un poco precipitado, pero tuvimos problemas con la impresión de la propaganda, con el último permiso solicitado y... Bueno, todas esas cosas —y se dirige de nuevo a mí—. Así que aún puedes pensártelo un poco.

—No, creo que, en cuanto se enteren de que va Sofía, no me van a dar tregua. Pasaré a apuntarlas.

—Yo misma lo haré un día de estos —dice Laura mirándome—. Antes de que cambies de idea.

—Pues muchas gracias. Y gracias también por la oportunidad de hacer reír a vuestros hijos. —Aída sonríe con toda la boca y comienza a levantarse—. Que sepáis que acabo de estrenarme con ellos y me llevo un buen sabor de boca.

—Es que habéis estado estupendas. Los peques se lo pasaron genial —comenta Laura—. Y

para qué vamos a engañarnos, yo, la que más.

Todos nos reímos ante esa verdad, pero a mí me viene a la cabeza en ese momento que Pedro ha estado inusualmente callado. Para lo que es él... Lo miro y observo que tiene los ojos clavados en Aída, que en ese momento empuja la silla bajo la mesa.

—Bueno, yo me voy. Gracias de nuevo.

—Pero espera, mujer —le dice Lidia—. ¿No te apetece beber algo o...?

—No, gracias, de verdad. Tengo que ir a quitarme este maquillaje y... a deshacerme de estas ropas. Pesan.

Y dejándonos otra vez con una sonrisa en la boca, sale a través de la cancela del jardín, por donde han entrado horas antes sorprendiéndonos a todos menos a los artífices de la sorpresa, claro.

—¡Vaya! ¿Esta chica siempre ha sido así de simpática y sencilla? Entonces, tengo que reconocer que tenía un mal concepto de los hijos de Alonso —comenta mi suegro en cuanto Aída desaparece de nuestra vista.

Nadie contesta sin antes mirarme a mí, lo que hace que, de repente, tenga todos los ojos de la mesa clavados en mi cara. Joder...

—¿Qué? La mayoría de vosotros también la conocía antes... —digo, poniéndome claramente a la defensiva—. Pedro, Julián...

—A mí no me mires. Cuando salías con ella, apenas pasábamos tiempo juntos, creo que estabais demasiado ocupa...

El codazo de su mujer lo frena en seco. Y eso porque no se ha dado cuenta de que llevo casi toda la frase fulminándolo con la vista. Será bocazas el tío...

Colás carraspea aguantándose la risa y Pedro apoya un codo en la mesa y se tapa nariz y boca con la mano, mirándome fijamente a mí, por lo que supongo que también estará tratando de no carcajearse.

—Nela está tardando mucho, ¿no? —Me echa un cable Laura, cambiando de tema—. Dijo que al salir del trabajo se pasaría fijo por aquí.

Y es que hoy es miércoles, pero, ya que no trabajo de tarde y mis suegros también estaban libres, decidimos celebrar el cumpleaños el propio día.

—Estará al caer. La peluquería cierra a las ocho, pero mientras se limpia y tal... —explica Teresa mirando el reloj.

—Bueno, pues yo voy dejándole el sitio... —comenta Pedro, mientras se pone en pie y nos sorprende al querer irse.

—Pero... ¿por qué te vas? —le pregunta Laura.

—Si esta noche no tienes guardia... —expone Colás.

—Ya, pero he recordado que... —deja la frase en el aire y coloca bien su silla.

—¿Qué has recordado? —lo interrogo yo. Y sí, lo hago solo por joder. Porque juraría que nos esconde algo.

—Pues que... que tengo que hablar con... con Gerardo y...

—¿Pero Gerardo no está ahora en la comisaría? —se extraña Laura.

—Sí. Sí, está..., pero... Pero tengo que decirle algo urgente y...

—Joder, tío, los teléfonos están para algo, ¿sabes? —lo presiona Colás de nuevo, y creo que, al igual que yo, se huele algo. Al fin y al cabo, este chico parece tener un don para ello y, si no, que me lo digan a mí.

—¡Joder digo yo! —explota Pedro—. Que me tengo que ir, coño. Que acabo de recordar algo de unos informes y eso no se puede hacer por teléfono.

—No, eso mejor en persona —opina Abel, siempre tan recto para el trabajo.

—Menos mal, Abel. Pensé que iban a atarme a la silla. Venga, chicos, si acabo pronto os llamo y, si aún estáis de celebración, me acerco, ¿vale?

De pronto parece tan normal que empiezo a pensar que somos unos capullos y que quizá esté diciendo la verdad.

Además, pienso mientras miro de reojo a Laura, el que no tenga algo que esconder que tire la primera piedra.

Laura

—Abuelo, abuela, ¿podemos dormir esta noche aquí?

—¡Ah, sí! *Porfi, porfi*... —añade Llara.

Mi padre y Lidia miran a las niñas con una sonrisa cargada de cariño, y luego a Rubio.

—Por nosotros no hay problema. Mañana los dos trabajamos de tarde —dice Lidia, sentando a Llara en su regazo.

—Gracias, abuelita —le susurra la pequeña, lo que hace que Lidia sonría todavía más. Es que creo que hasta está emocionada, todavía no muy acostumbrada a llevar ese título que se ha ganado con creces y que las niñas comenzaron a usar por iniciativa propia. De hecho, a nadie nos sorprendió ni nos molestó. Es más, mi padre está orgullosísimo de ello y yo... ¿Yo qué voy a decir? Si Lidia, después de Clara, es lo más parecido a una madre que he tenido.

—Todavía no se las des —le dice mi padre a Llara—. Tu padre aún no ha dado su permiso.

—¡Ni falta que hace! —me atrevo a decir, sin pensarlo siquiera—. Claro que pueden quedarse.

—Gracias, mam... Mina —balbucea mi ahijada, enrojeciéndose ante su cada vez más frecuente error. Si al final va a ser mejor que me llame «mamina» y así ya no tengo que ver la cara rara de Rubio cada vez que la niña se equivoca.

—Podéis quedaros, desde luego —se digna a contestar por fin Chema. Y entonces se dirige a mí—. Pero la próxima vez, Laura, no decidas por mí, ¿vale?

Esa frase cae sobre mí como un jarro de agua fría. Qué digo agua. Mierda. Es como si me acabase de echar un cubo de mierda encima. Pero... ¿qué coño le pasa a este tío?

—Sin problema —le contesto sin alzar la voz, consciente del incómodo silencio que ha caído sobre la mesa y que solo logra cabrearme más—. La próxima vez que haya que limpiarles el culo después de cagar, también te llamaré para que lo hagas, no te preocupes. Solo procura estar cerca, para que no se les reseque demasiado la mier...

—¡Laura! —grita mi padre sin dar crédito. Y ya ha tardado, ¿eh? Supongo que, como todos, se ha quedado demasiado incrédulo ante mi monumental enfado para interrumpirme antes. Porque los demás pasmados también están un rato... Me miran con los ojos como platos, aunque ya veo alguna conteniendo la risa. Gracias, Teresa.

—Cariño... No creo que Rubio quisiera... —Lidia no acaba la frase, dando por hecho que entiendo lo que quiere decir, pero tampoco quita las manos de las orejas de Llara, algo que lleva haciendo desde la mitad de mi maravilloso discurso. Es que, joder, me llevan los demonios...

—No, eso es verdad. No creo que Rubio sepa ni lo que quiere —espeto mientras me levanto de la silla y cojo un cigarrillo de encima de la mesa. Necesito escaparme a solas con mi mal humor un rato.

Lo que no espero es que Chema me sujete de un brazo y me mire más cabreado de lo que estoy yo.

—Laura, joder, pareces...

—Suéltame —lo corto.

—Es que...

—Que me sueltes, joder. —Doy un tirón y me echo a andar hasta el pequeño portal del jardín, para tomar el aire lo más alejada del recinto donde se encuentra el único que es capaz de sacarme así de mis casillas y el único... Y el único por el que me muero, joder. Es que hay que ser masoquista.

¿Cómo se le ocurre decirme semejante gilipollez delante de todo Dios? Ni que hubiese

decidido mandarlas a Hungría de intercambio... A las niñas les encanta dormir aquí de vez en cuando, y mi padre y Lidia normalmente no esperan ni a que salga de ellas pedirlo, las invitan ellos mismos... Y él nunca ha dicho que no. Nunca. Por eso me salió tan natural que... Ay, Dios. Ay, Dios. Y ahora seguro que piensa que lo dije para tener el piso para nosotros solos. Pues como hoy se atreva a tocarme un solo pelo...

Además, ¿qué, si así fuera? Si llevamos más de una semana follando a oscuras y a escondidas, sin cortarnos demasiado por el hecho de que las pequeñas estén a escasos metros.

Dios, si no hay quién lo entienda, en serio. A no ser que lo que en realidad lo molestara no fuese mi iniciativa, sino que Llara volvió a meter la pata, pero aun así... ¡Coño, ¿qué culpa tengo yo?!

—Laura...

Me tenso ante su voz.

—Lárgate, Rubio.

—No. Escucha... —Me coge de un brazo y me hace mirarlo. Y, genial, él también sigue enfadado. ¡Lo que me faltaba!

—No quiero oír nada de lo que tengas que decir. No ahora —le digo con calma, despacio, como si fuese cortito. Aunque, bueno..., muy normal no es.

—Pues vas a hacerlo, joder —sisea—. Sé que te debo mucho con respecto a las niñas, pero eso...

No, definitivamente me niego a oír nada de esto. O es muy posible que Chema acabe en urgencias. Me deshago de la colilla y le doy un empujón que no espera, con el que consigo soltarme, y corro acto seguido hacia la puerta principal de la casa, por donde entro con toda la intención de encerrarme en el baño.

Pero, claro, él me sigue, volviendo a agarrarme cuando ya estoy metiéndome en el baño y, ni corto ni perezoso, entra conmigo.

—Sal de aquí —le ordeno, horrorizada ahora por encontrarme encerrada con él. A solas. En casa de mi padre, por Dios.

—Cuando acabe de hablar. Y créeme, no voy a ser ni de lejos tan vulgar como lo has sido tú.

Comienzo a reírme como una demente, abochornada y ofendida hasta el tuétano. Ahora me insulta, fantástico. Pero él me tapa la boca con una mano, encajándome entre su cuerpo y la puerta.

—Nos van a oír. Deja de hacer eso —me dice.

—Mmm, mmm...

Retira poco a poco la mano, ante mis intentos de hablar a través de ella, pero, cuando ya no noto la boca aplastada, me lanzo a por ella, pegándole un mordisco.

—La puta... —se queja, rescatándola rápidamente de entre mis dientes—. Estás como una cabra, joder. Que sea la...

—La última vez que me trates así —acabo yo por él. Y empiezo a clavarle un dedo en el pecho ante cada una de mis frases—. No me ofendas. No me persigas. No me hagas callar. No me empotres contra la jodida puerta.

Pero lo hace de nuevo. Aunque esta vez es su boca la que cubre la mía, mientras mete un muslo entre mis piernas y lo restriega contra mi sexo.

Nos besamos como dos locos, él frotando esa parte de mi cuerpo que ya arde y yo haciendo lo mismo al llevar una mano a su paquete, por encima del pantalón. Es que, cuanto más furiosos estamos, más desatados nos mostramos, poseídos por el mismísimo demonio de la lascivia.

Pero, aunque tengo los cinco sentidos en él, consigo oír el timbre de la puerta, que suena en este momento. Y eso me hace despertar de este trance de lujuria y apartarlo de un brusco

empellón.

—¡Qué...!

—Shh... Está sonando el timbre. Y alguien va a ir a abrir la puerta y... —Y nosotros estamos en medio del pasillo, tras una puñetera puerta, magreándonos, joder.

—Pues qué mejor que tener la boca ocupada... —susurra, intentando acercarse de nuevo a mí con una sonrisa traviesa.

—Quieto —siseo—. Joder, Chema, no podemos acabar así todas nuestras discusiones. Es que... O discutimos o follamos. No tenemos un término medio.

—Bueno, eso tampoco es así —me dice en voz baja, conciliador—. Yo también me río mucho contigo.

—¿Ahora te burlas? Genial...

—No, no es una burla, joder. Es la verdad. Creo que nadie me hacer sonreír como tú.

Me quedo mirándolo alucinada. ¿Y ahora una frase bonita? Ay, Dios, al final voy a acabar internada, si ya lo estoy viendo.

—Mira... tenemos que hablar. Como adultos. Al llegar a casa nos vamos a sentar y...

—Shh... Escucha.

Le hago caso cuando yo también oigo unos gritos a escasos centímetros. Los mismos que tiene la puerta. Ay, mamá... Que Colás y Nela están apoyados por el otro lado.

—No puedes recibirme con un beso como ese, decirme que me echaste de menos durante toda la fiesta y ahora... Ahora no querer ni oír hablar de volver a ser una pareja normal, coño —casi grita Nela, con la rabia haciéndole vibrar la voz.

Y yo asiento, porque tiene toda la razón. Pero Chema niega con la cabeza, mirándome a los ojos, y no sé muy bien lo que quiere decir con ese gesto.

—¿A qué llamas ser una pareja normal, Nela? Ya lo fuimos, ¿recuerdas? Y creo que te dejé claro que no me llegaba lo que teníamos, que quería algo más.

—Pero... ¿a qué te refieres? ¿Quieres casarte conmigo? ¿Ya?

Abro los ojos como platos y, esta vez, Chema me imita.

Colás se ríe con un sarcasmo más que evidente hasta a través de la madera.

—¿Ya? —ironiza—. Creo que eso lo quería hace más de un año, ¿no? ¿Ya, dices?

—Pero... Pero...

—Es todo o esto, Nela. Esto que a ti no te llena y que a mí... Pues ¿qué quieres que te diga? A falta de lo que realmente quiero, al menos me ahorras el pajearme.

El bofetón se oye tan claro que Chema y yo hacemos una mueca de dolor. Es que Colás ha sido cruel a conciencia, pero...

—El tío ha sido sincero, ¿eh? Es de los tuyos, joder —me suelta Rubio en ese momento, solo en un murmullo, haciendo, por increíble que resulte, que tenga que taparme la boca con las manos para reprimir una carcajada. Pero lo siguiente que oigo me quita las ganas de reír de cuajo.

—Bien, Nela. Ya me has pegado, ahora sal al porche y actúa como la cría que sigues siendo. ¡Qué pena que ya se hayan ido los payasos! —espeta Colás, furibundo.

—Eres un...

—Sí, lo que tú quieras, Nela, pero ¿podrías apartarte, por favor? Quiero entrar en el baño, si no es mucha molestia para ti.

¡Mierda! Abro los ojos hasta que me duelen y Chema apoya ambas manos sobre la puerta, por encima de mi cabeza. Sonríe con picardía antes de inclinarse y besarme. Pero ¿qué...? Noto como alguien empuja desde el otro lado, pero Chema no cede y no se llega a abrir.

—¿Hay alguien?

—¡Claro! —contesta el loco este con sus labios todavía sobre los míos. Y parece divertido el muy idiota.

—Ah, vale. ¿Vas a tardar mucho en salir? —sigue Colás, mientras hasta nosotros llegan claramente los pasos airados de Nela alejándose.

—Un pelín.

—Entonces espero.

—No, joder —susurro, para mayor regocijo de Chema, que disimula la risa—. A ti esto te pone, ¿verdad?

—Un poco, sí. ¿No me digas que no tiene su morbo? —me dice muy bajito. Bueno, muy alto no es que hablemos desde que hemos entrado aquí.

—Oye, Rubio. ¿Estás hablando con alguien o...? —dice Colás. Y, entonces, silencio durante un par de segundos en los que a Chema no se le ocurre nada que decir, y que a Colás, por lo visto, le dan mucho en qué pensar—. Vale, lo pillo. Vuelvo en un rato.

—¿Qué pillas? —pregunto espantada, casi solo moviendo los labios.

Pero Chema se ríe sobre mi boca. Y me besa de nuevo a conciencia antes de que salgamos por separado del baño.

Al final no discutimos al llegar a casa. Ni hablamos como adultos. Bueno, no hablamos y punto. Lo que hicimos fue lanzarnos uno sobre el otro en cuanto cerramos la puerta principal, recorrer el pasillo tropezando con las paredes, mientras nos desnudábamos y nos besábamos entre risas. Y a oscuras, porque ni siquiera nos molestamos en encender la luz.

Y ahora, pues... lo que se dice ponerme a discutir no me apetece demasiado. Estoy boca abajo sobre mi cama, con los brazos doblados bajo la almohada y mi cabeza sobre ella, girada hacia el lado contrario a Chema. Aun sin verlo, sé que él está tumbado de costado, con la cabeza sobre una mano mientras desplaza muy suave y lentamente la otra por mi espalda, desde la nuca hasta donde comienza el trasero, una y otra vez.

No puedo evitar dejar escapar algún leve gemido ante el placer de su caricia, restregándome sutilmente contra la sábana cuando toca algún punto demasiado sensible que me produce un delicioso escalofrío.

—Eres como una gatita. Hasta ronroneas —susurra, acercando su cara hasta mi nuca, y me hace temblar con su aliento.

—Sí, pero no olvides que también tengo garras.

Mierda, ¿por qué he dicho eso? Con lo bien que estábamos... Pero supongo que mi subconsciente no quiere olvidar nuestra conversación pendiente, esa en la que debería disculparse. Aunque, bien pensado, estoy segura de que él considera que debería hacerlo yo, así que... acabaremos discutiendo. Si por algo no me apetece a mí sacar el tema...

—Y me encantan tus garras —murmura de nuevo contra mi nuca, sorprendiéndome y consiguiendo que lo mire. Las luces siguen apagadas y la única iluminación que entra en mi dormitorio es la de las farolas de la calle a través de la persiana que sigue abierta, por lo que muy bien no lo veo, pero, con mis ojos acostumbrados ya a la penumbra, esta resulta perfecta para disfrutar de una charla intrascendente antes de que se vaya a su cama, como hace todas las noches.

—Ahora ya sé por qué te gusta enfadarme —replico con una sonrisa, y él se ríe por lo bajo.

—A veces te pones histérica, pero otras... resultas muy graciosa, sí.

—Anda, qué bien... Ahora soy tu payasa.

«Joder, Laura, pero qué boquita».

Porque, claro, ante esa palabra, a mí me viene a la mente Aída y a él... pues supongo que también. Sería de lo más normal, ¿no? Y como no quiero que piense que me supone un problema hablar de ella, lo hago. Aunque imaginarme que tuvieron una historia... Que ahora están los dos libres... Que ella es una morenaza impresionante y que yo a su lado solo soy una canija pelirroja con demasiadas pecas y una lengua incapaz de controlar... no me resulta del todo indiferente.

—Tiene razón mi padre, ¿eh? Al final los Alonso no van a ser en realidad como todos pensábamos. De hecho..., yo a Aída apenas la he tratado nunca, pero me ha sorprendido para bien. Parece una chica estupenda.

—Bueno... sí. Pero Aída está... distinta. No sé... mejorada. Sí, esa es la palabra.

Trago saliva e intento seguir la conversación con una naturalidad que ahora tengo que fingir. ¿Mejorada? Vamos, ideal... Si ya antes lo hacía estar muy ocupado, ahora... Ahora incluso ha parado de acariciarme y ha dejado quieta la mano al final de mi espalda.

—¿Quieres decir que, cuando salíais juntos, no era así?

—No. Ella era... diferente —dice, sin aclarar nada, joder—. Y con respecto a su hermano, sigo pensando lo mismo. Que es un puto capullo —acaba, hablando casi entre dientes.

—Pues yo tengo que reconocer que comienzo a tener mis dudas sobre eso. Quizá no es tan malo después de todo. Trabajando en su casa conocí otra faceta suya y aquella noche en el Pantera se portó muy bien conmigo. Es bastante prepotente y se cree muy gracioso, pero...

—Es un idiota, niño de papá y un bueno para nada. Eso es lo que es.

—Joder, lo de «bueno para nada» te ha quedado muy de telenovela. —Me río—. Además... ¿sabes, Chema? No todos somos buenos para todo el mundo ni tenemos por qué caer bien. Así funciona...

—Vale, en eso te doy la razón. Pero te digo yo a ti que Selmo solo es majó cuando espera algo a cambio. Si no, es un capullo.

—Pues eso que tú dices son palabras de alguien muy desconfiado. No sabía que eras tan... así.

—Laura, de verdad, con el carácter que tienes... y a veces qué ingenua eres, Jesús.

—¿Con el carácter que tengo? ¿Qué quieres decir exactamente con eso?

—Solo que tienes una mala hostia de cuidado.

—Pues hace un rato te he oído decir que eso te gustaba.

—Sí, pero me gustaría más si la usaras también con Selmo.

—Y lo hago, pero cuando me da motivos, que no es el caso. Últimamente él...

—Él es agradable contigo. Ya. No seas ilusa, por favor.

—Y ahora me insultas de nuevo... —suspiro, frustrada ante su manera de cerrarse en banda.

—No te ofendas tanto, que has empezado tú.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Me has llamado desconfiado.

—Porque lo eres.

—No, no lo soy. Alonso es un gilipollas y punto.

—Y tú muy obtuso, ¿no?

—Mira, Laura, no quiero seguir discutiendo, de verdad.

—Ah, pero... ¿esto es una discusión? Para ser de las nuestras es bastante flojita, ¿no? —bromeo, primero porque lo pienso y segundo porque no quiero que acabemos enfadándonos y se vaya. Todavía no.

—Tienes razón. —Se ríe él ahora, comenzando a hacerme cosquillas en la cintura—. Deberíamos discutir más fuerte, así volveríamos a follar seguro. Venga, vamos, grítame.

Pero lo que hago es reírme a carcajadas. Y no solo por las cosquillas. Es que tiene cada cosa... Y cuanto más me río, más se ensaña él, atacando ahora mis axilas, y, al retorcerme, yendo a por las corvas de mis rodillas, hace que acabemos enrollados en la sábana que nos cubría.

Y las risas dan paso a un beso, como no podía ser de otra manera. Pero es un beso extremadamente dulce, donde participan nuestros labios, mientras la punta de nuestras lenguas solo llegan a rozarse casi con timidez. Es, sin duda, el beso más tierno que nos hemos dado nunca. Uno en el que pongo todo el amor que la mayoría del tiempo no puedo demostrar.

Cuando nos separamos, los dos reímos con suavidad, sin saber por qué. Yo escondo mis dos manos unidas bajo la cabeza, para no llevar una a su mejilla y acariciarla, como me apetece. O peinarle el pelo con los dedos mansamente. Todo ello demasiado entrañable para la relación que acepté tener.

Es él el que me las retira de allí y las lleva a su pecho, abrazándome luego con fuerza. Yo entierro la cara en su cuello y...

—¿Y cómo de mejorada está Aída?

«Sin comentarios, Laura». Por Dios..., ¿cómo se me ocurre? Soy tonta, soy...

Chema suelta una carcajada tremenda y me aprieta más contra él.

—¿Celosilla, Laura?

Me aparto un poco, cosa que él consiente, aunque no me suelta del todo y quedamos los dos acostados de lado con las caras muy cerca.

—Nah... —respondo burlona, lo que me hace sentir orgullosísima de mí. Porque sí, estoy muerta de celos, joder—. Es solo curiosidad...

—¿Segura? Yo creo que sí lo estás —me espeta, la mar de divertido.

—Pues no, presumido. No lo estoy. Si quieres algo con ella, adelante. De hecho, que sepas que yo también tengo posibilidades con Selmo, ¿sabes? Se me insinuó en varias ocasiones. ¿Te imaginas? Seguiríamos siendo cuñados.

Y entonces sí que me suelta y se gira un poco. Me muerdo el labio inferior y luego la lengua. Es que debería cortármela... He hecho lo peor que podía hacer, meter a Clara en la cama en la que acabamos de follar. Joder...

Chema enciende la lamparilla de la mesilla de noche y se queda boca arriba, con los brazos estirados a los costados y la mirada clavada en el techo. Abre la boca y la cierra, como si no supiera qué decir o lo que se le ocurriera le pareciese muy mala idea. Y cuando estoy a punto de disculparme, habla por fin, dejándome perpleja al saber qué es lo que lo ha alterado tanto.

—¿Se te insinuó? ¿Cuándo?

—Eh... No tiene importancia, Chema. Estaba bromeando. Nunca le hago caso cuando se pone en ese plan.

—¿En ese plan? A saber... ¿Cómo se pone, Laura? —Y ahora sí me mira de nuevo.

—Por Dios..., ¿quién es ahora el celoso? —le suelto, aunque en el fondo no me moleste su actitud como debiera.

—No son celos, joder... Es solo que... Cuando te hablé del respeto dentro de esta... relación, me refería a fidelidad, Laura. Si alguna vez vas a aceptar alguna proposición de otro, pues...

—Estás de coña, ¿verdad? Estoy contigo. De la manera que sea, pero contigo.

Él parece respirar aliviado. Y yo no lo entiendo. De verdad que no. Era virgen la primera vez que me acosté con él, con veinticinco putos años. ¿Qué le hace suponer que voy a acostarme con otros ahora que...?

—Yo también te voy a ser fiel —expone como si tal cosa.

—Hombre, lo daba por hecho —respondo un tanto ofendida. Y alucinada.

Debe de notarme el tono, porque sonrío travieso.

—Ingenua... ¿Ves?

—¿Qué? —grito, pero él sonrío todavía más y comienza a reírse, haciendo que yo lo imite al darme cuenta de que se cachondeaba de mí con ese último comentario.

Lo empujo, le doy un par de golpes en el pecho y luego le muerdo una tetilla al notarlas duras al tacto. Pero termino lamiéndosela, porque lo que empezó como una pelea tonta pues... me ha puesto tontorrón.

—Mmm... —gime él—. ¿Te he dicho que también me encanta esa lengua que tienes?

Sonríó y, apoyando la barbilla en su pecho, lo miro a la cara.

—Guarradas no me has dicho muchas, no.

—¿Así que quieres oír guarradas? —me pregunta entre risas.

—No sé... Sí, creo que me gustarían.

—Estoy seguro. —Sigue riéndose él.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué estás tan seguro, a ver, listillo?

Él captura mis mejillas entre sus manos y tira un poco de mí, mientras también se acerca, nos encontramos a medio camino y me besa en la boca.

—Porque creo que, sexualmente hablando, somos demasiado parecidos —susurra, haciendo que me venga algo a la cabeza. Algo un tanto atrevido, pero... qué carajo.

—Seremos parecidos, pero yo aún no la he visto.

—¿Qué? —Entrecierra los ojos, confuso—. ¿De qué hablas?

—De ella. —Miro hacia abajo, a su entrepierna, donde la sábana sigue envolviéndolo. Es que es cierto, lo hemos hecho en varias ocasiones, pero verla, lo que es verla... pues no.

Chema empieza a carcajearse tan fuerte que me hace rebotar sobre él.

—Adelante —consigue decir, haciéndome señas también con los ojos—. Toda tuya.

Levanto la sábana y la miro, ya en todo su esplendor. Y entonces bajo poco a poco por su cuerpo, acercándome más a su erección. Y al llegar a ella, no me basta con solo mirarla.

—Yo también quiero que pruebes tu sabor en mi boca —me encuentro diciéndole, guiada solo por la excitación que siento ahora mismo. Y que crece todavía más cuando lo escucho jadear.

—Pues toda tuya. Toda tuya, joder.

CAPITULO 10

Chema

—¡Va a venir Ana! ¡Dios, qué ganas de verla! ¡Viene Ana! —exclama Teresa en cuanto cuelga el teléfono.

—¿Hace mucho que no la ves? —pregunta Laura con una sonrisa.

—Muchísimo. De hecho, no conoce ni a Sofi. ¡Dios mío, Julián, viene Ana!

—Sí, cariño, ya te hemos oído. ¿Pero viene para quedarse o...?

—No lo tiene claro. En el fondo creo que quiere hacerlo, pero como allí tiene trabajo fijo y tal... En principio viene dos semanas en agosto. Y pienso pasar con ella todo el tiempo que pueda. ¿A vosotros nos os hace ilusión verla?

—Sí, claro. Pero, desde luego, no tanta como a ti —se burla su marido, pues ella hasta se ha puesto de pie y pasea nerviosa alrededor de la toalla.

Sonreímos sin querer ofenderla con nuestra risa y me intereso un poco por esa amiga de mi mujer que siempre me cayó bien.

—¿Se acerca con su novio? —pregunto lo primero que me viene a la mente.

—No. Lo han dejado hace unos meses. Las cosas llevaban tiempo mal entre ellos y...

—Bueno, entonces no me extraña que le apetezca volver en un futuro para quedarse. Al fin y al cabo, se fue por él y ahora se encontrará bastante sola —opino.

—Sí. A ver, ha hecho amistades, claro... Pero sí. No está atravesando el mejor momento de su vida.

—Entonces habrá que hacerle disfrutar las vacaciones, ¿no? —interviene Laura—. Tendremos que hacer una salida de chicas, Tere. Y hasta podríamos irnos a Luarca o a Cudillero y pasar el día de compras, haciéndonos la manicura o incluso ir a darnos un masaje.

—Joder, Laura, tienes siempre unas ideas increíbles. Me apunto. Organizamos el tema niñas y nos largamos a algún sitio solas.

—Si es un sábado, están aquí sus padres para hacer de niños —continúa la pelirroja, mirándonos a Julián y a mí con ojos retadores. A ver quién le dice lo contrario...

—Por mí, vale —comenta Julián—. Aunque eso del masaje... No sé, no lo veo yo muy claro. ¿Quién lo da? ¿Un tío o una tía?

—A ver... Habrá de los dos. Pero yo casi prefiero un hombre, eh, que tienen más fuerza en las manos y...

Julián carraspea en alto y Laura se interrumpe rompiendo a reír a carcajadas.

—No lo veo, no —repite Julián, echándole una mirada fugaz a su mujer.

—¡Por Dios, no seas neandertal! —protesta Laura—. Ellos están más que acostumbrados a tocar a mujeres semidesnudas. No lo ven como algo...

—¡No me vengas con chorradas! —se exaspera Julián, haciendo que tenga que disimular la risa. Pues sí que es celoso el chico—. Una mujer casi desnuda delante de un tío es una mujer casi desnuda, y punto. Y ellos estarán acostumbrados, ¡pero yo no, joder!

—¿Tú no estás acostumbrado a ver a una mujer casi desnuda? —cuestiono yo, sin poder evitar burlarme un poco de él—. ¿En serio? Teresa, por Dios...

—Vete a cagar, Rubio. Sabes a qué me refiero —me suelta él, tan cabreado que está todo rojo.

—Bueno, bueno, tranqui, cari. Será una mujer o no habrá masaje —lo tranquiliza Teresa, aunque entre risas.

—Ah, no, de eso nada. Ahora ya me he hecho ilusiones —se queja Laura poniéndose de rodillas sobre la toalla y llevando las manos a sus caderas—. Hay que ir.

—Joder, pero ¿tú no tienes quién te dé uno gratis, mujer? —le dice Julián, intentando convencerla de no hacer lo que a él le causa tanto recelo—. Mira, pídeselo a Rubio, seguro que no se niega. Te lo daría yo, pero...

—¡Eso sería tener mucho morro, macho! —le grita Teresa, dándole un manotazo.

—Pero eso mismo —reconoce el moreno, sonriendo ahora. Y entonces me mira, insistiendo sobre lo anterior—. Así que, Rubio, ya sabes... Dale un masajito y a ver si le quitamos esa idea de la cabeza.

Sonrí de medio lado y meneo la cabeza, dando por finalizado el puto temita. Pero cuando, un poco después, mis amigos se ponen cariñosos, pues tantos celos parecen haberlos puesto cachondos, miro hacia Laura, que también tiene los ojos sobre mí. Sonreímos cómplices y con disimulo, pero yo incluso me atrevo a levantar el pulgar en señal de OK. De que puede contar con ese masaje siempre que quiera.

Ella ahoga una risita escondiendo la cara entre los brazos, de nuevo acostada en su toalla, y yo me recoloco el paquete antes de acomodarme en la mía, de manera que pueda controlar a las niñas y, a la vez, esconder lo alterado que me acaba de poner imaginarme usando ese aceite que compré y que no hemos estrenado.

Sé que me comporto como un jovencito descubriendo el sexo por primera vez, pero con Laura todo es tan... tan increíble. Es inocente, pícara y atrevida en la cama. Una mezcla tan cautivadora que me tiene como un adolescente, siempre a punto.

Y lo de ayer... Jesús. No recordaba la última vez que me habían hecho eso. No recordaba ya las sensaciones, el morbo... No recordaba el calor de una boca en mi polla, joder.

Con Clara pues... se lo pedí una vez y se puso tan colorada y nerviosa... tanto que desistí. Y nunca volví ni a insinuárselo, esperando que saliera de ella. Y quizá ella estaba aguardando a que volviese a pedírselo. Así, los dos como dos tontos. Porque con ella... Con ella yo... No sé qué me pasaba. Me sentía como si intentara corromperla y, aunque el sexo era genial, nunca salíamos de lo de siempre.

Cierro los ojos y los aprieto con fuerza, así como mis puños, cuando me doy cuenta de lo que estoy pensando. ¿Qué mierdas estoy haciendo? ¿Comparándolas? ¿En qué coño me estoy convirtiendo? No hay ni punto de comparación. Ellas son distintas, nuestras relaciones son distintas, mis sentimientos son distintos. Tratar de equipararlas es un insulto hacia el amor que Clara y yo nos profesamos. Es un insulto hacia ella, joder.

Con mi mujer no solo era sexo... No voy a decir que era lo de menos, porque mentiría, pero sí que simplemente era algo más que nos unía. Algo mágico, dulce... Algo como la propia Clara.

—Rubio... —oigo a Laura demasiado cerca. Levanto la cabeza y la miro, todavía cabreado conmigo mismo y con mis estúpidos pensamientos—. ¿Puedes echarme un poquito de crema justo en medio de la espalda? No llego y me estoy quemando.

Pestañeo y no puedo creerme que me esté pidiendo eso, justo ahora, en este preciso momento. Ni siquiera ha hablado con segundas intenciones, sino que hasta parece algo tensa por tener que recurrir a mí. Miro hacia Teresa y Julián, que están muy entretenidos el uno con el otro, prodigándose caricias despistadas y hablando en susurros. Y vuelvo la vista hacia Laura, que seguro que no entiende por qué no cojo la crema que me alarga.

—Si te quemas, será mejor que te pongas la camiseta, ¿no? —digo sin pensar. Solo evitando tocarla en estos instantes en los que me siento tan mal conmigo mismo.

Ella se queda tan perpleja que incluso echa el cuerpo hacia atrás. Tiene los ojos como platos y abre y cierra la boca, sin saber qué contestarme a eso. Y yo me siento un puñetero miserable por hacerle pasar este mal trago, joder. Ella no tiene la culpa de mis putos traumas, problemas o pajas

mentales. Ella no tiene la culpa de no ser Clara. De hacérmelo pasar mejor en la cama y que por ello me sienta culpable.

—Lo siento —suelto de prisa, moviendo ya la mano para coger el protector.

Pero ella lo pone fuera de mi alcance y entrecierra los ojos.

—Háztelo mirar, eh. Háztelo mirar, que comienza a ser grave —sisea en voz baja.

—Perdona, Laura. Es que...

—¡Queremos merendar! —gritan las tres niñas, una detrás de otra, llegando corriendo desde la orilla.

—¡Bocadillo de Nocilla, mamá! —exige Sofi, haciendo que sus padres se separen a la de ya —. ¡Primero el bocadillo!

—¿Nosotras también tenemos Nocilla, papi? —pregunta Llara, sentándose a horcajadas sobre mi espalda.

—Pues no sé... —contesto todavía un poco aturdido por lo sucedido antes—. La madrina se encargó de la merienda.

—Sí, también tenéis —le dice Laura, sacándola de dudas—. Y uvas.

—¡Uvas! ¡Me gustan mucho las uvas! —chilla mi pequeña.

—A mí también —comenta Marta, acomodándose entre Laura y yo—. Además, son buenísimas para hidratarse y con este calor... Y contienen antioxidantes que...

—A mí lo único que me importa es que están muy ricas —la interrumpe Llara, mirándola con los ojos muy abiertos, como cada vez que mi hija mayor se pone en modo Wikipedia. Y eso, a pesar del momento tenso y casi violento de hace unos minutos, me hace sonreír.

—Pues venga, a merendar —dice Laura mientras comienza a sacar la comida de una pequeña nevera portátil.

—Vale, Mina. —Y entonces Llara salta de mi espalda a sus brazos, por lo que las dos acaban tumbadas sobre la arena—. ¡Eres la mejor mami del mundo!

Juro que mi corazón se mueve al oír esa exclamación que la niña cree haber susurrado en el oído de su madrina. Da una voltereta y luego duele, como cada vez que sucede esto. Joder, quizá tendría que empezar a acostumbrarme, pero... no puedo. No quiero.

Cierro los ojos durante unos segundos, en los que respiro hondo y no quiero darle más importancia al asunto volviendo a corregirla. Y, cuando los abro, me encuentro con Marta mirándome con atención. Con demasiada atención.

Laura

—Papá, ¿puedo hacerte una pregunta?

Hace unos minutos que Llara y Sofi han vuelto a la orilla, esta vez empeñadas en hacer una montaña de arena que el agua acabará por arrasar. Los mismos minutos que Marta parece llevar reuniendo coraje para hablar con su padre. O, al menos, que lleve un rato de pie, mirándolo de reojo, mientras cambia su peso de un pie a otro, es lo que me hace suponer eso.

Chema sonrío levemente y la hace sentar en su toalla. Yo todavía sigo a su lado, pero me he apartado un pelín y no he vuelto a dirigirle la palabra. Estoy más que harta de sus frases bordes y sus cambios de humor. Y después hablan de nosotras y la regla... Por favor.

—Dime, cariño.

—Pero no te enfades, ¿vale?

—No, no me enfado —suspira él—. A ver, dime.

Yo presto atención a la conversación, porque es más que probable que esta tenga un trasfondo importante. Sobre todo al ver como la niña parece pensarse mucho la pregunta que hacer a continuación.

—¿A ti te parece mal que llamemos abuela a Lidia? —prosigue en apenas un susurro. Observo de reojo a Teresa y Julián, que también están atentos a padre e hija, y vuelvo de nuevo mi atención a ellos, tan pendiente de la respuesta de Chema como la propia Marta.

—No, para nada —contesta él, quizá demasiado rápido. Lo digo por...

—Entonces... ¿por qué te molesta tanto cuando Llara llama mamá a la tía?

¡Bingo! Si me la esperaba, joder. Es que esta niña no da puntada sin hilo... Aunque el haber imaginado de qué iba el tema no impide que retenga el aliento igualmente. Y ahora sí que no quiero perderme palabra, porque creo que sé los motivos de Chema, y una parte de mí hasta lo entiende, pero la mala pécora que llevo dentro quiere ver cómo sale de esta.

Él traga saliva y... traga de nuevo. Sopla con suavidad y mira hacia arriba, como si buscara algún tipo de inspiración divina.

—Mira, papá... Yo sé que Llara es pequeña y la sale esa palabra porque la tía... Pues es la que ahora nos cuida, ¿no? Pero quiero decirte que... que a mí también me gustaría poder llamarla así, aunque no se me escapa porque ya sabes que yo pienso mucho más y mejor que ella y... Bueno, y eso.

—Marta... —logra articular Chema cuando su hija deja de hablar—. A ver...

—Yo sé que te enfadas cuando la oyes, por eso yo no voy a hacerlo. Aunque quiera. Es solo que quiero saber por qué. Si con la abuela Lidia no te importa... Yo no entiendo.

Y entonces Chema me mira. A mí. Implorándome con los ojos ayuda. Con unos ojos tan tristes que, a pesar de lo molesta que sigo con él, no puedo evitar concedérsela. Además, en este caso también hay una niña que se merece una explicación. Una que me incumbe tanto que se me ha puesto el estómago del revés.

—Marta, cariño, ven aquí —le pido abriendo los brazos—. Quiero decirte algo.

Ella mira a su padre, no sé si esperando que sea él el que hable de una vez o pidiéndole permiso, pero Chema asiente con la cabeza varias veces, así que acaba por levantarse y sentarse entre mis piernas. Paso mis brazos por debajo de los suyos y le cojo las manos.

—Tú sabes que mi mamá también murió cuando yo era pequeña, ¿verdad? —le digo, sin saber muy bien aún qué va a salir de aquí. Solo me dejo guiar por el corazón y por el amor, en este caso a mi hermana y a sus hijas—. Pues yo no me acuerdo de ella. Cuando se fue, era mayor que tú,

pero no tengo ningún recuerdo suyo.

—¿Cuántos años tenías, tía?

—Seis, cariño. Tenía seis años.

—Ah. ¿Y no la recuerdas nada de nada?

—No. Tanto como tú.

—¡Tía! Yo es imposible que lo haga. Cuando nació ya...

—Sí, ya no estaba. Por eso, que llames abuela a Lidia no es malo, sino maravilloso. Porque es la única que conociste como tal.

La niña voltea la cara para mirarme y entrecierra los ojos. Juraría que comienza a saber a dónde quiero llegar. Mi niña lista...

—Pero... a mamá la recuerdas, ¿verdad? —prosigo con dulzura.

—Sí. A mamá sí. Recuerdo cosas... Cómo nos cantaba cuando nos acostaba. Lo suave que tenía el pelo. ¡Recuerdo sus galletas, calentitas cuando las sacaba del horno! A veces me dejaba ponerme una manopla y ayudarla...

Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para que las lágrimas se mantengan dentro de los ojos. Pero empiezan a rebosar y, por mucho que pestañeo, creo que no voy a lograrlo. Es que hay que verla... No es solo lo que dice, sino el cómo. Está con la vista fija en un punto indeterminado, y baja mucho la voz o la eleva, como si los recuerdos le fuesen llegando a cuentagotas y se emocionara al recuperarlos.

Oigo un suave sollozo tras de mí, pero no hago por mirar a Teresa. Bastante tengo yo... Sobre todo porque frente a mí está Chema, que parece a punto de romperse.

—Y nos medía... —continúa la niña, ajena al dolor que está causando a su alrededor—. Nos medía mucho para hacernos ropa. ¡Y siempre se alegraba porque veía que crecíamos! Claro que crecemos, somos niñas, ¿no? No sé por qué se ponía tan contenta, pero a mí me gustaba verla así. —Entonces hace una pausa y vuelve a buscar mis ojos, pensativa.

Chema aprovecha ese momento para levantarse y acercarse a la orilla. Como si no soportase oír ni un comentario más. Lo veo pasarse la mano por el pelo una y otra vez y comprendo perfectamente cómo se siente. Demasiada emoción, difícil de asimilar. Recuerdos bonitos impregnados de tristeza. Esa contradicción dañina que siempre acarrea la muerte.

Tengo que reconocer que, cuando regresa sobre sus pasos y se sienta de nuevo, posa una mano en el cabello de Marta y se lo acaricia, incluso me sorprende. Pero también me gusta. Mucho. Y me hace estar orgullosísima de él, de que sea capaz de empezar a dar estos pequeños pasos cuando antes huía siempre ante una escena de estas características. Aunque sea duro, no puede permitirse escapar de ellas. Son sus hijas y lo necesitan. Me alegra una barbaridad que comience a darse cuenta y a ponerlas por delante de sus propias necesidades.

—Pero... ¿sabéis una cosa? —sigue mi sobrina, implicándonos a los dos en la conversación, tras mirar a su padre ahora casi con vergüenza—. A veces no recuerdo su cara. Y entonces corro a mirar una de las fotos que hay por casa, y ya me acuerdo. Llara está segura de que mamá nos está mirando desde el cielo... No se enfadará conmigo por eso, ¿verdad?

—No, cariño. No. Eso que te pasa nos pasa a todos —improviso, intentando quitarle hierro al asunto—. Mira, ahora, por ejemplo, no me acuerdo de la cara de... de Pedro.

—Pero tía... Si lo viste ayer.

—Lo sé, y tan pronto lo vuelva a ver me parecerá absurdo haberme olvidado de ella. Eso se llama lapsus —medio me invento—. Cuando el cerebro tiene demasiada información, pues alguna la deja por ahí, un poquito de lado.

Ella frunce el ceño, atenta a cada una de mis palabras.

—Y, claro, como yo soy tan lista y tengo tantos datos en mi cabeza... —dice al cabo de unos segundos, dando por buena mi explicación—. ¿A ti también te pasa, papá?

—Sí, princesa, a mí también —le responde él con ternura—. Y tu cabecita trabaja el doble que la de cualquiera, así que no te preocupes si te hace esas jugarretas alguna vez.

—Lo importante es que tú tienes recuerdos preciosos de mamá, cariño. Preciosos de verdad. Y son esos los que se guardan en el corazón y no se olvidan jamás —prosigo yo. Porque considero que recordar las emociones y los sentimientos que nos inspiraba la gente que ya no está es mucho mejor que cualquier imagen grabada en el cerebro.

—Sí. Ella era muy buena. Nos daba tantos besos... Y sonreía mucho. ¿Tú también la echas de menos, tía?

—Todos los días, cariño —contesto con sinceridad. Y algo dentro de mí comienza a doler, porque es cierto lo que digo, pero me hace sentir hipócrita. ¿Cómo pueden convivir dentro de mí la añoranza por mi hermana con el amor y el deseo hacia su marido? Es que la echo muchísimo de menos y, al mismo tiempo, sé que no podría estar con Chema si ella aún estuviera. Y a él lo quiero con locura... Pero a ella también, y sé que, si fuese posible su regreso, volvería a alejarme. Aunque una parte de mí lo llorase por siempre.

Mis reflexiones me llevan a mirarlo y lo encuentro con la vista fija en su hija, el ceño fruncido y tanto dolor en sus ojos como probablemente hay en los míos.

Marta baja la cabeza y piensa en mis palabras, sin darse cuenta del caos que ha sembrado en mi mente y, seguro, en la de su padre. Sacudo mis pensamientos, tan repetitivos y sin solución, centrándome de nuevo en la pequeña. Y cuando creo que ya lo tiene todo más o menos claro y que he hecho un gran trabajo...

—Papá, ¿somos malas hijas por pensar en llamar a la tía así? —suelta sin mirarnos.

—¡No, joder! Mierda, perdón. Ay... Olvida los tacos, ¿vale? —hablo muy deprisa, sin darle tiempo a Chema ni a contestar. El pobre solo ha negado una vez con la cabeza antes de que yo interviniese. Carajo, es que no he podido evitarlo.

—Vale. —Se ríe ella, aunque es una risa triste, huidiza, que desaparece así como llega.

—No sois malas hijas por eso; en todo caso, unas sobrinas maravillosas. Porque yo me sentiría muy halagada, Marta, estoy muy orgullosa de vosotras y os quiero muchísimo. Pero... No es que papá se enfade por ello, cariño, es que se pone triste. Al darle ese nombre a otra que no sea vuestra madre... —Clavo mis ojos de nuevo en él, que traga saliva compulsivamente.

—Cree que la olvidaremos. O que ya lo hemos hecho —acaba ella la frase por mí.

—Sí, cariño —suspiro aliviada. Pero aliviada de verdad. E incluso no me importa que alguna lágrima rebelde moje mis mejillas.

—Marta... —llama su atención Chema, carraspeando para aclararse la voz, tomada por la emoción—. Ven aquí, mi vida.

La niña se refugia en sus brazos de un pequeño salto y le acaricia el mentón.

—Ahora entiendo por qué te pones así, papi. Porque tú tampoco quieres olvidarla, ¿verdad?

—No, cariño. Ninguno de nosotros va a olvidarla nunca.

Y tiene razón. Lo sé. Ninguno lo haremos. Lo tengo tan claro que, una vez más, la esperanza que surge cada vez que estoy en sus brazos se hace añicos.

Acaricio la foto con las yemas de mis dedos. Le doy la vuelta y leo una vez más las palabras escritas en ella. Y me convengo a mí misma de que estoy haciendo lo correcto. Disfrutando el

presente, dejándome llevar por él, aferrándome a lo que Chema puede ofrecerme. Y sí, quizá esté usando esta foto y estas líneas como excusa para ello, pero siendo honesta... Aun sintiéndome a veces mal por ello, ahora mismo tampoco sería capaz de renunciar a lo que estoy viviendo con él.

Es que es tanto lo que me hace sentir... Y no me refiero solo a lo físico. Un ejemplo evidente es que, después de lo sucedido en la playa, se me pasó de todo el enfado. Lo único que experimenté fueron unas ganas inmensas de verlo sonreír de nuevo. Hacerlo feliz se ha convertido en mi misión, aunque sea bajo sus condiciones.

—Laura...

Alzo la vista y coloco una mano abierta sobre mi muslo, escondiendo la foto. Estoy sentada en mi cuarto, donde me he recluido mientras él acostaba a las niñas, lo que le ha llevado más tiempo de lo normal.

Todavía lleva el pelo húmedo, pues ha sido el último en ducharse, justo después de cenar. Le cae un poco sobre la frente y se lo aparta con un ademán casi brusco antes de intentar meterse las manos en unos bolsillos que, en ese pantalón de pijama, no tiene. Cuando se da cuenta, se palmea los costados y deja caer los brazos, resoplando.

—Siento mi comentario sobre la crema. Fui bastante borde —dice muy rápido, sin ser apenas capaz de mirarme a la cara.

—No pasa nada. Está olvidado.

—Ya, pero es que...

—¿Las niñas, qué? No querían dormirse, ¿eh? —pregunto casual, intentando cambiar de tema mientras, con disimulo, meto la foto entre unos papeles sobre mi escritorio.

Él sonríe de medio lado y se rasca la nuca.

—Llora ha caído como un tronco en cuanto ha tocado la almohada, pero Marta... Hoy tiene el día —explica encogiéndose de hombros, sabiendo que entiendo de qué habla.

—¿Ha vuelto sobre lo mismo? Creí que...

—No. Era... otra cosa. Y gracias por eso, por cierto. Yo no hubiera sido capaz de enfrentarme solo a esa conversación. Soy pésimo para ello. Soy un desastre como padre, joder. Me...

Meneo la cabeza, no queriendo que continúe. No. Más no, por favor. Por hoy ya he tenido más que suficiente. Me incorporo deprisa y pongo dos dedos sobre su boca.

—No quiero volver a oírte decir eso. Lo haces lo mejor que puedes y eres un buen padre. Así que deja de decir burradas y dime, ¿qué te apetece hacer? —acabo preguntando sin pensar. Y, cuando caigo en que eso puede tomarse de muchas formas y no es el momento, continuo casi acelerada—. ¿Vamos al salón? Podemos ver una serie, una peli o... O algo.

Él asiente, cediéndome el paso, y uno tras el otro nos encaminamos allí. Voy directa al sofá y me siento recogiendo las piernas y tapándolas con la amplia camiseta que uso para dormir, mientras él se acerca primero a la nevera y después se aproxima con dos cervezas y un cigarrillo para cada uno.

Ni siquiera llegamos a encender la tele, solo acierto a recostarme un poco más cuando coge mis pies, los pone sobre su regazo y me los masajea con una sola mano al tiempo que disfruto de largas caladas.

—Esto es lo mejor del mundo —suspiro minutos después ante el placer de su tacto, el silencio y la paz que nos rodea—. Adoro a las niñas y lo sabes, pero... Dios, qué bien se está.

—Joder, mira que has pisoteado veces mi ego, pero ahora acabas de aplastarlo.

Lo miro un instante con extrañeza, hasta que su mirada maliciosa me aclara el comentario.

—¡Oh, cuááááááá lo sieento! —canturreo con burla. Luego me echo a reír cuando él se lleva una mano al pecho y hace una mueca de dolor.

Y, de repente, deja de hacer el tonto y me mira con atención.

—¡Qué bien sienta oírte reír después de un día como el de hoy, joder! —exclama. Y luego hasta parece sorprendido de haber dicho eso. De hecho, resopla y se pasa las manos por la cara—. Quiero decir que...

—Ha sido un día duro —lo corto yo, sentándome derecha y obligándome a no ser egoísta por segunda vez. Chema pocas veces habla de sus sentimientos y hacerlo es bueno. No solo eso, sino incluso necesario. Ojalá yo pudiera seguir su ejemplo.

—Sí —continúa él después de un breve silencio—. No estoy preparado para contestar ciertas preguntas. Y sé que con una niña como Marta esta no va a ser la única vez en que sude la gota gorda. Menos mal que estás tú, que siempre parece saber qué decir. Yo, en cambio... —Inhala profundamente de su cigarrillo y suelta el aire casi de golpe—. Ahora, en su cuarto, acabo de mentirle, porque no sabía...

—¿Qué te preguntó? —cuestiono con dulzura, aunque me da casi miedo oírlo.

—El porqué de que sus abuelos no hayan ido a su cumpleaños.

—Bueno... —Entrecierro los ojos, pensativa—. No han ido a ninguno desde...

—Desde que Clara no está. Mi madre opina que no debería celebrar nada tan pronto. Y, como le sienta mal que lo haga, me castiga no asistiendo. —Suspira con fuerza y añade—. A la niña no le he dicho nada de esto, claro.

—Joder para tu madre —suelto en un susurro, sorprendida y enfadada.

—El otro día tuvimos una discusión horrible. Mi padre tuvo que sacar a las niñas de casa, incluso, porque aquello se nos fue de las manos. Acabé por decirle que, ya que estaba tan mal visto que festejara algo, no contara conmigo en su aniversario de bodas. Puso el grito en el cielo. —Resopla de nuevo, apagando su colilla con rabia, destrozándola dentro del cenicero.

—Pero irás —digo, esperando que no cumpla su amenaza. Sé que su madre es más difícil que comer con los pies, pero no puede hacerle eso a su padre—. Además, viene tu hermana y...

—Iremos —espeta él, mirándome a los ojos y apoyando la espalda contra el sofá. Y por si no me ha quedado claro...—. Los cuatro.

Yo suspiro. Y termino por bufar.

—No creo que yo deba hacerlo. Yo... Tu madre y yo...

—Pero lo harás. También irán tus padres. Bueno, tu padre y Lidia...

—Te he entendido —digo con una sonrisa ante su desliz y apago ahora yo también mi pitillo.

—Vale. Pues eso, irán ellos y se hará de lo más raro que tú faltes, ¿no te parece? Además, joder, te quiero allí.

—¿Me quieres allí? —Y, de verdad, he intentado no sonar como una adolescente enamorada.

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Tan extraño es?

—No... Es que creo que ha sido lo más romántico que me has dicho nunca.

Dios, no he sonado ni sarcástica. Mierda. «Pensar, hablar, Laura. Ese es el putito orden».

—No voy a decirte nada romántico —masculla él, ahora con la vista al frente, sin mirarme—. Quedamos en que...

Chema

No acabo la maldita frase. Ha hablado otra vez esa parte borde que se despierta ante la mínima alusión a algún tipo de sentimiento entre nosotros. Y ella no se merece eso. Y menos después de lo de hoy.

Que haya inhalado aire demasiado rápido al oírme también ha ayudado a que mi lengua se frenara en seco, gracias a Dios. La miro y está ruborizada, acalorada, con los labios entreabiertos, parecida a cuando...

Comienzo a sonreír con picardía antes incluso de darme cuenta de que lo estoy haciendo. Y, por una vez, una frase de lo más oportuna viene a mi mente sin que tenga que esforzarme.

—Quedamos en que te gustaban las guarradas.

Ella suelta el aire que todavía tenía retenido y se atraganta cuando este se mezcla con la carcajada que trata de evitar soltar. Comienza a toser como una loca mientras me empuja una y otra vez. Y yo sonrío, porque he salvado la situación y... Y me encanta verla reír.

Porque esto es lo que ahora quiero. Estar con Laura. Justo lo que tengo con ella.

Quiero cumplir con lo que me prometí a mí mismo en los minutos que me tomé al salir del cuarto de las niñas. Allí, apoyado todavía en la puerta de su dormitorio, observándolas. Tengo que seguir adelante. Como sea. Contentarme con lo que la vida ha puesto en mi camino y no torturarme sintiéndome mal por ello. Bastante me ha quitado ya. Además, que las niñas me vean animado es bueno para ellas. Y sí, esto puede sonar a disculpa barata para seguir tirándome a Laura, pero es lo que hay. Voy a ser egoísta y a aprovechar al máximo lo único que ahora me satisface. Si yo estoy bien, las niñas también. Y Laura... Pues no la he oído quejarse.

—Eres un idiota —me dice, mientras hunde un dedo en mi costado.

—Vale, pero al final... ¿te gustan o no te gustan?

Sorprendiéndome gratamente, sonrío traviesa y, al momento, la tengo sentada sobre mí a horcajadas.

—Un día de estos, vas a cabrearme tanto... tanto... que te clavaré mis garras —susurra contra mis labios, sin llegar a besarme—. Esas que tanto te gustan a ti.

—Y a mí me da que estaré encantado de que lo hagas. Aunque, bueno..., quiero que sepas que mi espalda ya tiene alguna marca de cuando...

Me tapa la boca con una mano mientras se ríe casi avergonzada, lo que en ella es tan raro que me fascina saber que soy yo el que lo provoca. Y sus movimientos al reírse encima de mí, pues... Vamos, que despiertan del todo a la bestia.

—Vaya... —murmura ella notándolo y haciendo más fricción. Comienza a acariciarme los labios con los dedos que tenía sobre mi boca, de una manera que parece que me besa con ellos. Yo acerco mi cara a ella, buscando los suyos, y Laura me corresponde, pero no retira uno de los dedos, metiéndolo dentro de mí, así como su lengua... Gime en mi boca cuando succiono las dos cosas y agradezco muchísimo que el pijama sea flojo porque...

—Papá, no puedo dormir...

Nunca en mi vida me he levantado tan rápido. De pronto estoy de pie, mirando a una somnolienta Marta, que se frota los dos ojos con las manos y atraviesa la puerta que da a la cocina.

—Ay, joder. Dios...

Y entonces oigo a Laura, que... que no sé qué he hecho con ella, porque hace nada estaba sobre mis piernas y ahora...

—¿Estás bien? —pregunto ofuscado al verla tirada en el suelo, con la espalda mitad en la alfombra y mitad apoyada en la mesa baja de centro, y frotándose un lado de la cabeza.

—Tía... —Vuelvo a mirar a Marta, que ya está a mi lado y que, a su vez, observa a Laura. Y me giro de nuevo hacia ella, viendo como sus ojos, abiertos como platos, están clavados en mi ingle. Así que yo también dirijo la vista hacia allí, claro, y contemplo ojiplático como mi erección apunta, aún dentro de los pantalones, hacia la niña, que por suerte sigue pendiente de su tía.

Todo esto ha sucedido en unos segundos, por lo que mi cuerpo no ha tenido tiempo a enfriarse, a pesar del susto. Pero lo hace ahora, al instante, ante lo grotesco y absurdo de la situación.

—Tía... —repite Marta con la voz algo empalagosa—. Estás... Tienes sangre.

—¿Qué? —casi gritamos Laura y yo a la vez. Me arrodillo en el suelo y observo con horror como una línea roja baja desde debajo de su mano, la que todavía no ha sacado de la cabeza, hacia su oreja. Soy yo el que se la aparta, para mirar el daño que se ha hecho. O que le he hecho, joder. Que una cosa es tirármela y otra tirarla, Dios.

—Tienes... —Trago saliva y le pido a mi hija que me acerque una servilleta—. Has debido de darte con el canto.

—Me he dado fijo. Eso te lo aseguro yo —confirma ella con un mohín.

—Solo espero que no necesites puntos —susurro mientras la niña va a por el encargo.

—Bueno... Ahora los colecciono, genial. Al final voy a tener más cicatrices que la novia de Frankenstein —resopla, haciéndome sonreír muy a mi pesar.

—Lo siento, yo... —murmuro todavía más bajo, al ver acercarse ya a Marta.

—Calla, calla... —dice, poniendo los ojos en blanco. Cuando vuelve a mirarme, los achica, maliciosa. Y, de repente, se pone a reír como una desquiciada. Tanto que no puedo limpiarla porque se mueve demasiado. Espero paciente con el papel en la mano a que deje de llorar de la risa, literalmente.

—Parece que no le duele —comenta mi pequeña mirándome de reojo.

—No mucho, por lo visto —digo yo, disimulando también la risa—. Y tú a la cama, señorita. Que es tardísimo. Venga, cuando cure a la tía, voy a arroparte.

—Es que no soy capaz de dormir, papá...

—Haz el intento, Marta. Por favor... A la cama.

Ella me obedece a regañadientes y camina despacio hacia su habitación. Me echa un vistazo rápido antes de salir de la estancia y yo la insto a que se acueste con un gesto que hago con la cabeza.

—Vale, vale —protesta ella, pero desaparece pronto de mi vista.

—¿Y tú qué? —Sonriendo, vuelco mi atención en Laura y coloco la servilleta en la herida a pesar de que todavía sigue riéndose, pero con más suavidad.

—Ay... Es que... Tenías que verte. ¡Ay, Dios!

—Oye, que aquí la que se ha llevado el batacazo has sido tú.

—Ay, sí, pero... Joder, Chema. Si Marta se te acerca un poco más... le sacas un ojo. —Y de nuevo se descojona. Yo me contagio, claro.

Y, sí, esto es lo que quiero en mi vida. Risas. Las necesito tanto como a Clara. Y ya que ella no puede regresar...

Conformarme con la alegría que me brinda Laura y con su cuerpo no es tan horrible, ¿verdad? Es mi manera de sobrevivir al infierno en el que me ha dejado el abandono de mi mujer. Mi corazón sigue siendo suyo, para siempre. Solo es cuestión de supervivencia, de suplir necesidades tan básicas como el respirar.

Únicamente espero que esto que nos traemos entre manos no nos acabe matando. Porque lo

cierto es que, desde que esta atracción entre nosotros comenzó, no ganamos para sobresaltos.

**«La lujuria merece tratarse con piedad y disculpa, cuando se ejerce para aprender a amar»
Dante Alighieri.**

CAPITULO 11

Chema

No, muerto todavía no estoy. Contento, satisfecho, deseando llegar a casa... Eso sí. Estas últimas semanas han sido... increíbles. Intento disimular cuanto puedo que mis noches son lo suficiente gloriosas para estar de buen humor todo el día, pero, a veces, es imposible.

Como ahora, por ejemplo, aunque en esta ocasión hay una razón más de peso para que la sonrisa que luzco en la boca sea incluso exagerada.

Todavía estoy mirando el móvil, que acabo de colgar, cuando oigo a Julián a mi lado.

—¿Y esa sonrisa, tío? ¿Estás ensayando para algún anuncio?

—Sí, para uno de una clínica dental. La que te va a hacer falta a ti cuando te...

—Joder, si estás serio mejor no hablarte y ahora que sonrías... pues tampoco. Lo tuyo ya es de manual.

—Es que deberías dejar de analizar cada uno de mis estados de ánimo. Es de lo más molesto

—protesto, porque sí, eso es lo que hacen, casi todos, y no se cortan en machacarme a preguntas, como si necesitaran saber cómo me siento en cada momento. Sé que lo hacen por bien, pero me ponen de los nervios, más que nada por lo que puedan adivinar.

—Solo nos preocupamos por ti —contesta él en plural. A esto me refiero. Me conocen quizá demasiado y eso es contraproducente, sobre todo ahora.

—Pues dejad de hacerlo. Estoy bien.

—Eso ya lo vemos. De unas semanas para acá, pues...

—Joder... Otra vez preguntitas absurdas, no, ¿eh? Si quieres saber por qué sonreía ahora te lo diré, hombre. Era Miriam. Quiere ampliar la pastelería, achicando un poco el almacén. Dice que lo tiene prácticamente vacío y que, así, aprovecharía ese sitio a mayores para poner unas mesas y ofrecer allí mismo desayunos y meriendas. Es una buena idea y...

—¿Y por eso te has puesto tan contento? No es que te falte trabajo, tampoco. ¿O es que ya estás pensando en ser cliente habitual en esas mesas? Lo dicho, tío, estás más...

—Tú eres gilipollas, ¿no? No he acabado de explicarme, coño. Lo que me ha hecho sonreír es que quiere que Laura se encargue de la nueva decoración del local. Hace mucho que no le sale nada de lo suyo y seguro que esto le hace mucha ilusión.

—Sí, seguro que se alegra un huevo.

—Pues eso. De hecho, voy a ir a buscarla y vamos ahora mismo allí para...

—¿Ahora?

—Sí, ahora, ¿qué pasa?

—Nada, hombre. Pero tú siempre dejas los presupuestos para la tarde y...

—Pues esta vez quiero ir ahora. ¿Algún problema? —Y de verdad, estoy comenzando a cabrearme. Pero qué le importa a él si quiero ir en este momento o en otro. Es que en todo tiene que meterse.

—No. Ninguno. —Pero sigue observándome, casi con extrañeza. Recorriendo toda mi cara, como si allí fuese a encontrar la respuesta a una pregunta que no se atreve a hacerme—. Venga, vete. Que realmente lo estás deseando, joder.

Y me da la espalda para volver al curro. Así, sin ver como lo fulmino con la mirada tras espetarme eso. Pero ¿de qué va? ¿Es que tanto se me nota?

Meneo la cabeza porque no quiero ni saber la respuesta a eso. Creo que disimulo lo mejor posible que entre Laura y yo hay algo más que una inocente convivencia. Mejor dicho, lo hacemos, los dos. Nadie sabe nada ni pueden saberlo. No quiero dar explicaciones, ni mucho menos que nos

juzguen. Porque seamos sinceros, es lo que harán si se enteran. Y yo tengo unas hijas a las que proteger. Una mujer a la que respetar, aunque ya no esté entre nosotros. Unos padres y unos suegros a los que no defraudar. Y todo empeorará luego, cuando esto acabe, porque acabará... Otra razón más, quizá la de más peso, para que esto que tenemos quede entre nosotros.

Ya en el coche, enciendo el motor y pongo rumbo a casa, conduciendo más por inercia que porque me fije hacia dónde voy. Solo estoy deseando llegar y verla, contarle las novedades y... Bueno, y lo que surja. Porque hoy es el primer día de campamento de las niñas y Laura estará sola. He quedado con Miriam sobre las doce y... Y en una hora se pueden hacer muchas cosas. Sobre todo después de llevar tres días sin disfrutar de ella como quiero.

Joder... Es que todavía no me he saciado ni un poco de Laura. Esta atracción que a estas alturas creí que estaría más que controlada todavía es un torbellino de sensaciones que hacen bullir mi sangre como la primera vez que la besé.

Encuentro sitio para aparcar casi frente al edificio y subo las escaleras de dos en dos. Abro la puerta y estoy tirando las llaves sobre el mueble del recibidor, cuando ya comienzo a hablar bastante alto.

—Laura. Te traigo una muy buena noticia. ¿Lo celebramos prime...?

La última pregunta se me atraganta. Y no es una metáfora. La siento atravesada en la garganta hasta el punto de no poder respirar bien. Porque, al entrar en el salón, con esa inmensa sonrisa con la que pronuncié mi frase, me encuentro con Laura, sí, sentada a la mesa de la cocina con un café delante... Pero acompañada de Lidia y Teresa, que me miran fijamente. Sorprendidas, mudas y muy muy pensativas.

Mierda. Mierda y más mierda.

—Hola, Rubio —me saluda Laura con los ojos muy abiertos, en un claro gesto de advertencia. Tarde, cariño...

—Hola —consigo decir sin toser, ni gemir, ni nada por el estilo—. A todas.

—Lidia se empeñó en venir para acompañar también a las niñas al bus... Toda una novedad en sí, ya sabes —prosigue Laura con naturalidad. Por suerte, tiene una facilidad envidiable para recuperar el aplomo—. Y ya que coincidimos las tres en la parada, aquí estamos, de café. Pero dime, ¿cuál es la buena noticia?

Carraspeo y voy hacia la nevera. Agua. Necesito agua. Tengo la boca seca de cojones. Yo es que todavía tengo el susto en el cuerpo. Menos mal que no comencé a desnudarme por el camino o entré diciendo una barbaridad sexual. Joder...

Acabo el vaso de agua en cuatro tragos y lo pongo despacio encima de la encimera, concediéndome dos segundos más para enfrentarlas.

—Lo siento, es que me moría de sed —comento como al descuido—. Y... verás, venía a buscarte para que me acompañaras a la pastelería. Miriam quiere hacer una reforma en ella y... que seas tú la que la decore.

—¡Oh, qué bien! —Laura salta de la silla con una sonrisa enorme y da un paso hacia mí. Pero se frena de golpe. Menos mal... Ya es lo que nos faltaba. Que se echara a mis brazos como seguramente querría hacer—. ¿Pero tengo que ir ahora? ¿No será mejor primero saber...?

—Es que tengo que poner una columna, como mínimo, para sujetar la estructura al quitar la pared del almacén, y los dos creemos que estaría bien que tú dieras tu opinión de dónde puede quedar mejor. Bueno, siempre decidiendo entre los lugares que yo te diga, ¿eh? Que te embalas y...

Ella suelta una carcajada y yo sonrío abiertamente.

—¿Así que Miriam amplía el local? —pregunta Lidia en ese momento. Y yo, Jesús... Yo caigo

en la cuenta de que durante los últimos segundos hasta me había olvidado de su presencia.

—Ajá —contesto después de tragar saliva—. Quiere poner unas mesas para...

—¿Y cómo querías celebrarlo, Rubio? —cuestiona Teresa con recochineo. ¿O son imaginaciones mías? Pero no. Tiene los codos sobre la mesa, la barbilla en sus manos y me mira de una forma... demasiado parecida a como me ha mirado su marido no hace tanto. Joder...

¿Sería muy mala idea hacerle un nudo en la lengua? ¿O pegarle un antifaz ciego con Loctite? Sí, supongo que lo sería. Mi mejor amigo se enfadaría bastante conmigo por ello, ¿no? Pero es que la muy bruja incluso se atreve a arquear las cejas, impacientándose ante mi silencio.

Y ahí está Laura, riéndose por lo bajo y dándose la vuelta para enfrentar a Teresa y sacarme de este atolladero, espero. Como siempre.

—Es que cada vez que nos sale un trabajo, pues... lo celebramos —explica, acabando la frase con un encogimiento de hombros sutil.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo? —insiste la morena.

Es que la mato, mejor. Yo creo que es más rápido y hasta menos cruel para ella. Pero ¿qué demonios pretende? ¿Y si en realidad Laura y yo nouviésemos nada que esconder y solo le estuviese diciendo la verdad? Podría ser, ¿no?

«En ese caso, no estarías tan cabreado. Y contestarías a la pregunta con sinceridad, quitándote esa cara de lerdito que tienes, tío».

Sí, debería responder. Inventarme algo. Solo que no se me ocurre nada. Es que esto es absurdo, joder.

Observo como Laura hace tiempo sirviéndose otra taza de café, mientras sonrío con ironía, como si estuviese haciendo sufrir adrede a Teresa. Y Lidia... pues ella reparte la mirada entre los tres, sumamente divertida o, al menos, lo parece.

Y cuando la tensión está alcanzado dimensiones exageradas, Laura acaba por dejarme perplejo del todo.

—A ver, ¿tú cómo lo celebrarías? —le pregunta a Teresa, haciendo que esta abra los ojos como platos.

—Yo... Yo pues... —Vaya, de repente hasta parece algo incómoda—. Pues... Ya sabes. Con mi marido.

—¿Follando, quieres decir? —le espeta sin vergüenza alguna, haciendo que Teresa flipe un poco y Lidia disimule una carcajada tosiendo. Y a mí... A mí me va a dar algo, de verdad. Pero ¿a dónde quiere llegar, por Dios bendito?

—Bueno, pues me alegro por ti —continúa Laura como si nada—. Pero como yo marido no tengo... ni novio, y Rubio... pues tampoco... —se encoge de hombros como si eso ya tuviera que ser más que evidente y continúa con una risita—, pues ¿cómo vamos a celebrarlo? Comprando algo, gastándonos lo que aún no hemos cobrado. Normalmente por internet. Un caprichito. Lo último fue un jersey para mí y para él... —Y entonces se dirige a mí—. Oye, no me acuerdo. ¿Qué compraste?

La miro con orgullo y contesto lo primero que me viene a la mente.

—Unas botas de seguridad.

Laura abre mucho los ojos y se echa a reír.

—No me extraña que no lo recordara. Vaya mierda de capricho. Unas botas para trabajar, ¿en serio? —Y de nuevo mira hacia ellas—. Ya veis, es un poco aburrido.

—Ya te digo —dice Teresa con énfasis, creyéndose todo, o eso creo.

—Me hacían falta —comento, sintiendo que tengo que defenderme. Y eso solo corrobora un poco más el engaño de Laura.

Es que es un portento, joder.

Aunque no sé yo si que tenga tanta facilidad para mentir es bueno. Ya puede estar ocultándome alguna verdad importante o mintiéndome a la cara que ni me enteraría.

—¿Cómo lo haces? —le pregunto ya de camino a casa de Miriam; vamos andando, pues se ha negado a coger el coche para unos metros que la separan del piso.

—¿El qué?

—Inventarte algo tan rápido. Es alucinante.

—Bueno... —Laura se ríe y se lleva el índice a la barbilla—. Esta vez me ha costado un poco, ¿eh? He ido improvisando sobre la marcha. No encontraba ninguna manera de celebrarlo más que la que tú traías en mente. —Me dedica la sonrisa más pícara del mundo y luego suspira—. Pero luego recordé lo que me gusta comprarme cosas y... ¡tachán!

—Pues has estado genial. ¿Crees que habrá colado?

—Eso espero. Pero... tampoco sería el fin del mundo, ¿no? Quizá deberíamos...

—No, Laura, por favor, ni lo menciones —me apresuro a decir. Sé que a ella el qué dirán le importa una mierda... Y en realidad a mí debería importarme otra tanta, pero no solo es por la gente en sí... Es por todo. Es por mí mismo.

—Vale, vale... Tienes razón, ya lo hemos hablado. Perdona, no sé qué...

—Olvidalo. Una última cosa... Tú eres sincera conmigo, ¿verdad?

Ella me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué me preguntas eso?

—No sé... Podrías mentirme como una bellaca y seguro que no me percataría. No lo haces, ¿verdad?

—Todos los días —susurra ella.

—¿Qué? ¡Estás de coña!

—No... Finjo cada uno de mis org...

Le doy un empellón con mi cuerpo y comienza a reírse, pero ahí dejamos el tema, pues ya estamos delante de la pastelería.

El local se encuentra en la planta baja de una casa de piedra antigua, estrecha y de dos pisos. La fachada se compone de dos puertas y una ventana no muy grande entre ellas, y dos alargadas y estrechas con sus balcones de forja en la planta de arriba. Al entrar, sin embargo, el sitio es mucho más grande de lo que parece desde fuera. Y cuando se retire hacia atrás la pared del fondo que divide el almacén, auguro que las dimensiones no serán mucho menores que las del bar de Paco.

—Hola, chicos —nos saluda Miriam con una sonrisa, mientras le entrega una bolsa a una señora a través del mostrador.

—Hola. Aquí estamos. Tú dirás —le contesta Laura con entusiasmo, haciendo que mi saludo, mucho más parco, pase casi desapercibido.

—Sí, ahora mismo estoy con vosotros —dice ella antes de despedirse de la señora con cuatro preguntas sobre su marido y sus hijos. Marido e hijos a los que, evidentemente, también conocemos Laura y yo.

Tan pronto nos quedamos los tres solos en la tienda, Miriam se explaya con ilusión en sus explicaciones sobre la idea que baraja, mientras Laura se pasea por todo el lugar, mirando el mostrador, los expositores y las estanterías como si las viera por primera vez.

Quince minutos después, ya sabemos más o menos lo que quiere y yo me pongo a lo mío.

Midiendo las paredes, fijándome en cómo hacer para no derrumbar la casa al retirar el muro de carga y todas esas cosas que a las mujeres parecen aburrirlas, porque ellas siguen hablando de papeles pintados, colores, texturas, muebles restaurados y demás.

—¿Puedo entrar en el almacén? —pregunta en un momento dado Laura.

—Claro. Es más, creo que debes —se chancea Miriam—. Y tú también, ¿no, Rubio?

—Sí, ahora voy —digo cuando acabo de medir una de las paredes, la que hemos hablado de dejar con la piedra a la vista.

Laura se dirige ya a él, colándose por la cortina de madera que cubre la entrada y que hace las veces de puerta. Pero entonces aparece de nuevo, sacando medio cuerpo entre esas borlas de madera de lo más coloridas.

—De esto podemos desprendernos, ¿verdad? —le pregunta a Miriam, mirando la cortina con verdadero horror.

—Sí, claro. —Se ríe la pastelera ante su cara—. Está todo tal cual lo dejó mi abuela. A mí tampoco me gusta.

—Uff, menos mal —resopla aliviada ella—. Ah, y guárdame esas cuatro *casadielles* que te quedan, ¿vale? Que desde que las he visto no me las puedo sacar de la cabeza. Se me está haciendo la boca agua, por Dios.

—Hecho —dice Miriam riéndose y cogiendo ya una bandeja, mientras Laura vuelve a desaparecer dentro.

Y yo casi no me fijo demasiado en lo que marca el metro, porque de repente me han entrado unas ganas locas de meterme con ella ahí. Así que, jugando con unos centímetros arriba o abajo, apunto los datos en mi libreta y me escabullo al almacén.

Laura está justo en el medio, girando sobre sí misma en completo silencio y con una sonrisa enigmática en la cara, supongo que viendo en su mente como quedará el local una vez listo. El vestido azul marino ceñido que lleva muestra cada una de sus curvas, pero esas botas macarras en los pies y su pelo en un moño mal hecho, porque aún lo tiene bastante corto, la hacen parecer una adolescente más que otra cosa. Me acerco a ella sin pensar, cautivado por ese cuello desnudo. Me encanta con el pelo suelto, pero hoy, con ese escote que también deja sus hombros a la vista... Jesús, a mí también se me está haciendo la boca agua.

—Eh... ¿Qué haces? —jadea ella en cuanto mi boca abarca una buena cantidad de carne y mi lengua hace círculos en su piel.

—¿Tú qué crees? —susurro sin dejar de saborearla.

—Para. Estamos tra... trabajando. —Me empuja un poco y me echa una mirada de reproche, que en ella me pone más a cien.

—Vale, dejo tu cuello por un beso. —Porque, de verdad, necesito besarla desde que llegué a casa. Y todavía no lo he hecho. Lidia y Teresa bajaron con nosotros y...—. Venga, solo uno.

—Eres como un niño pequeño. —Se ríe. Y luego rueda los ojos—. No, espera, eres un perverso.

—La culpa es tuya. Anda, ven aquí.

La sujeto por la cintura y la acerco a mí hasta que sus pechos se hunden en mi estómago. Y, sin darle opción a ninguna otra protesta, atrapo su boca, metiéndole la lengua, a lo que ella responde saliéndome al encuentro con la suya.

—Ya —gime un ratito después. Se abanica con las manos, haciéndome reír, y se encamina hacia la otra esquina—. Tú ahí, quietecito. Joder, te va el peligro, ¿eh?

—La culpa es...

—Es mía, ya. Perverso —repite, pero sus ojos están brillantes y llenos de picardía.

—No tanto... —Me cruzo de brazos y me hago el ofendido, observándola de arriba abajo. Pero mi siguiente comentario, dicho sin pensar, me hace quedar como tal—. Por cierto, ¿cuándo vas a ponerte tacones de aguja para mí?

Laura me mira con los ojos como platos, ahogando una carcajada casi horrorizada, o eso parece. Y yo trato de disimular mi propia sorpresa, porque todavía no me creo que le haya dicho eso.

—Yo... Me... —intento disculparme, porque a lo mejor me he pasado de la raya—. Lo...

—¿De qué color? —pregunta ella, interrumpiéndome. Y dejándome tan atónito como cachondo.

—Negros —consigo responder después de tragar saliva—. O rojos. Rojos, como tu pelo.

Ella se echa a reír y sacude la cabeza.

—Deberíamos tomar notas.

—¿Sobre nuestros gustos sexua...?

—No. No, por Dios —niega con énfasis, divertida y flipada a partes iguales—. Me refiero a trabajar, Chema.

Y yo asiento, porque tiene razón. Pero... Joder.

En dos segundos la tengo arrinconada contra la pared, con mis manos sobre su cabeza, comiéndole de nuevo la boca. Y ella a mí. Es que parecemos sufrir los dos algún tipo de adicción, la misma, la del uno por el otro. Incluso cuando no nos tocamos, esa energía está en el ambiente. A veces no sé cómo no lo perciben los demás. Es tirante, espesa, caliente.

Esta vez no es ella la que rompe el momento, sino una voz que nos llega tan clara como si se hubiese metido aquí con nosotros. Ambos la reconocemos y nos apartamos, creo que más sorprendidos por no haber oído entrar a nadie en la tienda que por otra cosa.

—La tarta que te encargamos para el sábado que esté recién hecha, ¿vale, Miriam?

—Claro, como siempre, Flora. ¿O alguna vez habéis tenido alguna queja?

—No, desde luego que no —interviene Angelines, hija de la señora que ha dudado sobre la profesionalidad de la pastelera—. Mamá no quería ofenderte, era solo una forma de hablar, mujer.

—Uy... Hoy en día todo el mundo se ofende por nada —continúa la madre, logrando con esa frase que Laura ponga los ojos en blanco y suelte un bufido, y que yo sonría como un bobo al verla—. Bueno, ¿me pones, por favor, esas *casadielles* que tienes en la bandeja?

—Lo siento, pero no puedo. Están vendidas.

—¿Vendidas? Si las tienes ahí mismo —insiste Flora.

—Bueno, sí. Pero es un encargo, no puedo...

—Será una broma... Somos unas de tus mejores clientas. No me digas que...

—Mamá, por favor —interviene Angelines—. Si están vendidas, pues lo están. No seas pesada.

—Pero, Lines, cariño, son las favoritas de tu padre. Y no ha debido dejarlas ahí expuestas. Quiero llevárselas.

Ahora soy yo el que pone los ojos en blanco y resopla. Pero, por favor, será caprichosa la señora esa. No me extraña que, a veces, Angelines se comporte de esa forma. Aunque hoy está demostrando que es mucho mejor que su madre. Incluso más adulta.

—Pues mañana habrá más —contesta Miriam y, por su tono, muy contenta no está—. Esas son de Laura y...

—¿De Laura? ¿La Menéndez? —Angelines casi chilla las preguntas. Y la aludida se lleva una mano a la boca para no dejar escapar la risa mientras me mira con los ojos muy abiertos.

—Sí, de esa misma —la pastelera carraspea. Supongo que se la ha escapado quién es la culpable de no poder venderle los dichos pasteles.

—Pues si son para ella, ahora yo también los quiero. Así que ¿qué vas a hacer, Miriam?

Abro la boca, flipando. Pero flipando de verdad. Había oído lo venenosa que era con Laura, pero esto... Esto es incluso surrealista.

—No voy a hacer nada, Angelines. Voy a dárselas a Laura, tal como he quedado en hacer.

—Claro... Ella en su línea. Haciéndose con todo. No solo se cree que ahora sus sobrinas son de su propiedad, sino que...

—Angelines, por favor... —tercia una voz que no había hablado antes. Petra, juraría que es. La madre de Nieves, íntima de Flora y Lucía, unas de las mayores cotillas del pueblo. Que ya es decir.

—No digo más que la verdad. ¿A que sí, mamá? Todo el pueblo lo comenta. Hasta Adela está ofendida por cómo se ha implicado con su hijo y nietas. Si no es normal... Viviendo juntos los dos...

Miriam vuelve a carraspear, esta vez muy alto. Si su intención es que no oigamos nada, puede dejar de joderse la garganta. Yo aprieto los puños a los costados, muy molesto, sobre todo porque hasta mi propia madre coopera en este circo que han montado alrededor de Laura. Y ella no deja de mirarme, entrecerrando sus más que tormentosos ojos.

—La madre que la... —comienza a decir, pero ni siquiera acaba la frase.

—Bueno, ahí la niña lleva razón —se oye a Flora—. Casi dos años compartiendo casa. Ahí se cuece algo fijo.

—Al final, ¿os vais a llevar ahora algo o no? Las *casadielles* no están a la venta, pero tengo otras muchas cosas —las corta Miriam, consiguiendo que, por fin, comiencen a hablar de bollos y esas cosas.

Laura suspira y deja caer la cabeza contra la pared con la mirada perdida en el techo, pero, cuando vuelve su vista hacia mí, su cara es de absoluta indignación.

—Deberíamos salir ahí fuera y follar encima del mostrador, joder —sisea.

Me tomo unos instantes para pensar. No en lo de salir y hacer... eso, Dios. No es que el espectáculo fuese algo que no se merecieran, pero todavía no he perdido del todo la razón. Simplemente pienso en qué decir en un momento como este. Algo que no me haga sentir hipócrita, porque alguna razón también tienen, ¿no? Algo que...

Lo que siento. Tengo que ser sincero, eso debería valer.

Llevo una mano a su sien izquierda, esa en la que le ha quedado una pequeña marca del día que la lancé de mi regazo al suelo. Por suerte, no necesitó puntos, pero tendrá el recuerdo de aquello en la piel durante un tiempo. Se la acaricio con un dedo, bajando hasta su mejilla, donde uso mis nudillos para acariciarla mientras hablo.

—Te juro que si pudiera ofrecerte un futuro a mi lado..., yo mismo te arrastraría ahí afuera.

Laura

Cierro los ojos. Es lo único que puedo hacer para que Chema no lea en ellos el dolor que me han provocado sus palabras. Y ni siquiera puedo enfadarme con él... Solo conmigo misma.

Él simplemente está siendo coherente con lo que acordamos que habría entre nosotros. La que parece vivir en una fantasía soy yo. Pero... ¿de verdad me lo imagino? ¿Acaso él no lo ve? Esta caricia afectuosa en mi mejilla, la ternura en su voz... Esto no es solo sexo. No lo es.

Estas semanas me he sentido su pareja, su mujer, en todos los aspectos salvo de cara a la galería. Charlamos de cualquier cosa, nos preocupamos el uno por el otro, nos ponemos de acuerdo en cosas como la educación de las niñas, las comidas, los pagos... Y todo mientras nos robamos besos, caricias y susurros. Y risas, hay tantas risas ahora en casa... ¿De verdad él no aprecia que algo ha cambiado? Parece que no...

¡Qué estúpida soy a veces, joder! Por supuesto que no. Chema no siente lo mismo que yo. O no quiere sentirlo... Que no sé qué es peor. Ni siquiera se plantea ir un poco más allá en esta relación, como bien claro me dejó antes de entrar. Pero, sea como sea, está siendo sincero. Mucho más congruente que yo, que acepté algo que solo me hace soñar con más. Tengo que dejar de hacer eso, por mi propio bien. Y voy a hacerlo. Voy a darle justo lo que quiere.

—Laura...

Abro los ojos y lo miro forzándome a sonreír, mientras las mujeres que siguen en la tienda tienen ahora a otros pobres incautos en sus bocas.

—Laura, ¿he dicho algo que...?

—No, no, claro que no. Está todo bien, Rubio.

Él me observa con seriedad, pero acaba sonriendo cuando mi faceta de actriz del mismísimo Hollywood lo convence de que no miento. ¡Dios mío, pero lo hago! ¡Lo hago más de lo que me gustaría! ¡Y me callo tantas cosas...! Aunque creo que si él pudiera elegir entre saber o no la verdad, preferiría sin dudas seguir en la ignorancia para así poder continuar con esta aventura fácil y sin sentimientos que aparenta hacerlo feliz.

—Bueno, hasta luego. Y gracias —oímos a Miriam despidiéndose, y me saca a la vez de ese lugar silencioso a donde me habían llevado mis pensamientos.

—Hasta luego, Miriam —la imita Angelines—. Pero hazme un favor, anda. Cuando Laura venga a por los pasteles, dale un recado de mi parte. Dile que tanto dulce no es bueno para esas tetas y ese culo que se gasta. Que a los tíos quizá les parezca atractivo, pero...

Una mano agarrando mi brazo, un «Laura» susurrado y las borlas de la horrible cortina haciéndome cosquillas en el cuerpo. Eso es lo que percibo, casi todo a la vez, antes de ser consciente de que me he plantado delante de la estúpida esa, con la ira hormigueándome a flor de piel.

—¿Por qué no me lo dices mejor tú a la cara? —le espeto a una Angelines ahora sorprendida y un tanto aturdida.

—Eh... ¡Laura! ¿De dónde sales?

—De una de tus putas pesadillas, en las que te dejo calva y luego sin dientes. Y esto último se te va a notar un huevo, ¡pero un huevo! —grito, perdiendo del todo las formas. Es que estoy harta. De todo. Y esta niñata me viene como anillo al dedo para pagar con ella todas mis frustraciones, toda esa rabia de la que realmente nadie tiene la culpa. O sí. Yo. Chema. Ella. Todo el puto pueblo, joder.

Angelines da un paso atrás. Y luego otro.

—Estás loca —susurra espantada, temiéndose que en cualquier momento lleve a cabo cada una de mis palabras—. No se te ocurra tocarme. Tú... Tú no eres más que...

—¡Chicas, ya está bien! —exclama Miriam saliendo tras el mostrador—. Por favor...

—La próxima vez... —prosigo sin apartar los ojos de la bruja esa—. Escúchame bien, Angelines, pero que muy bien. La próxima vez que me nombres, voy a pasearte por todo el pueblo de los pelos y luego...

—Laura, ya.

Me callo cuando, junto a esas palabras, Chema interpone su cuerpo entre las dos. Y entonces también me doy cuenta de que Flora y Petra me miran con reprobación, pero, aún más, intimidadas. Con las manos en las mejillas una y la otra en su cuello, los ojos casi saliendo de sus órbitas y las caras desencajadas. Como si yo fuera el mismísimo diablo. Bueno... Ahora estoy muy cerca de serlo, la verdad. Creo que no hay ni una sola emoción positiva en todo mi cuerpo. Estoy muy furiosa, con instintos homicidas cociéndose a fuego lento dentro de mí y, para rematar, resentida por que Chema se haya metido en medio.

—Apártate... Aún no he acabado con...

—Por favor, Laura. Ya —me pide con cautela. Pero también hay comprensión. Y sus ojos me miran con cariño, así que resoplo e intento calmarme, comenzando por abrir las manos, que hasta me duelen de haberlas tenido apretadas en puños.

—Por Dios, niña... —se dirige a mí Flora, alargando un brazo con el que pretende tocarme y del que me aparto con rapidez.

—Cállese, señora —le suelto—. Y dele educación a su hija, si es que usted tiene de eso.

La mujer se aleja de mí espantada y yo vuelvo a resoplar. Vale, estoy tratando de tranquilizarme, pero aún no lo he logrado, así que es mejor que me dejen en paz. Porque no respondo... No respondo, coño.

Me apoyo en uno de los expositores y cruzo los brazos para no usarlos y cumplir mi amenaza. Observo como Petra se va del local casi sin despedirse de nadie, muy apurada. Miriam baja la cabeza, la ladea y se rasca la frente, lanzándome una mirada de reojo mientras procura contener la risa.

—Angelines, vámonos —le dice Flora a su hija, con un pie ya fuera de la tienda.

—Sí, mamá. Vámonos.

Pero cuando la señora ya ha salido y Angelines está atravesando la puerta, Chema, para mi estupor, la coge de un brazo y le susurra algo. No puedo ver la reacción de ella, pues él entorpece mi visión. Y eso acaba por crisparme del todo. ¿Qué coño...?

—No les hagas ni caso, Laura —me dice Miriam tendiéndome una taza con algo caliente dentro.

—Siento el cristo, Miriam, pero me pides un imposible. Traté de ignorar sus malintencionados comentarios del principio, aunque me escocieron como llagas, pero...

—Pero tú no eres de las que aguantan y callan. Lo sé. Y no tienes nada por lo que pedir perdón.

—Bueno... —carraspea a nuestro lado Chema—. ¿Seguimos trabajando?

—¿Qué le has dicho? —le pregunto por décima vez mientras entramos ya en el piso—. No te habrás disculpado en mi nombre o algo parecido, ¿verdad?

—Que no, joder —suspira él mientras esconde una sonrisa.

—Entonces... ¿por qué no me lo cuentas?

—Porque no quiero.

—Porque sabes que me voy a cabrear —adivino.

—No. No es por eso. Además, dudo que puedas cabrearte más de lo que ya estás.

Bufo y me arranco, literalmente, las botas de los pies. Sí, aún sigo de muy mal humor. Y que él no suelte prenda no ayuda nada. De hecho, al final no tardamos mucho en abandonar la pastelería, pues no era capaz de concentrarme en nada que no fuese lo sucedido con la tía esa.

—¡La odio! —chillo. Y aunque me siento un tanto ridícula ante mi comportamiento casi infantil, lo vuelvo a hacer porque parece aliviarme un poco—. ¡Ajjj, es que la odio!

Chema se ríe entre dientes y se deja caer en el sofá.

—No se te nota nada, cariño, tú tranquila —ironiza mirándome de soslayo.

—Lo que no sé es por qué tú te lo tomas tan bien. Esas hijas de... Esas arpías nos han...

—Bueno... Reconozcamos que algo de verdad tenían sus palabras. Y que...

—¿¿Qué?! —exclamo horrorizada, pero entonces...—. Vale, pero solo de hace unas semanas para acá. Y ellas...

—Sí, ellas alimentan lo que se dice en el pueblo desde que vives aquí. Si es que el primer rumor no salió de sus bocas, que tampoco me extrañaría. Pero ¿y qué? Lo único que podemos es ignorarlas, Laura. Ya se cansarán.

—Si eso lo sé. Los rumores me resbalan, Chema. Pero... Pero Angelines... —me interrumpo yo sola. Sí, me faltó al respeto. Me insultó, pero, si mis sentimientos no estuvieran tan revueltos en ese momento, hasta yo misma habría podido tomármelo a risa. Bueno... A risa tampoco, pero... —. Pero lo de Angelines no es normal. Esa rabia al oír mi nombre, esa ira...

—No, ya, he sido testigo. Sabía que te tenía cierta inquina, pero esto...

—¿Inquina? Ella me odia.

—Pues entonces estáis en paz, ¿no? —Sonríe.

—¡No! Porque yo la odio porque ella me odia, ¿entiendes? Y porque se porta como una perra conmigo. Si no yo...

De repente noto las manos de Chema en mi cintura y alzo la cabeza. Ni siquiera me he percatado de que había abandonado el sofá.

—A ver, Laura... No voy a disculpar su actitud ni mucho menos, ¿vale? Porque ahora sois adultas, han pasado años desde aquello y ella te está faltando al respeto en cuanto tiene ocasión, pero... Pero tú sabes el motivo de su ojeriza hacia ti, ¿verdad?

Se me descuelga la mandíbula de la sorpresa. ¿Qué tengo yo que saber? ¿Y que han pasado años? ¿De qué narices habla?

—¿Qué?

—Oh, joder, no lo sabes —murmura él.

—No. Yo a esa tía nunca le he hecho nada. Yo...

—Tú, siendo una niña, un día la hiciste caer como venganza porque se había burlado de tu hermana por no tener madre, ¿no lo recuerdas?

Abro muchísimo los ojos. Pero mucho. Tanto que se me secan. Así que pestañeo muy rápido.

—¿Que qué?

—Tú tendrías unos siete años y nosotros estábamos en sexto. No me acuerdo con exactitud qué fue lo que pasó, pero sí sé que Angelines le hizo un comentario bastante feo a Clara durante un recreo. La viste llorar y te acabaste enterando de lo sucedido. No creo que te lo contara ella, la verdad. Supongo que lo harían Teresa o Ana. Ya entonces eran inseparables.

Entrecierro los ojos intentando evocar algo de todo eso, pero me es imposible. Así que lo

apremio a continuar.

—¿Y? ¿Fui a por ella o qué?

—Sí. Justo eso. —Sonríe él con ternura—. Tú, ni corta ni perezosa y sin importarte la diferencia de tamaño o edad, le metiste la zancadilla y ella se cayó al suelo. Con tan mala suerte que lo hizo en un charco de barro y a lo bestia. Hasta acabó escupiéndolo.

—¿En serio? —pregunto sorprendida—. Yo... Yo no recuerdo nada. —Aunque lo cierto es que tampoco me extraña, porque el año siguiente a la muerte de mi madre también lo tengo bastante olvidado. Como en una nebulosa gigante.

—Pues sí, pelirroja. Eso fue lo que hiciste. Las risas fueron generalizadas, como puedes imaginar. Y las burlas sobre aquello la siguieron hasta el instituto y durante bastante tiempo. Supongo que para una preadolescente presumida y orgullosa, como lo era Angelines, aquello no fue fácil. Aún años después, en esa temporada en que la veía más por... Pues, por...

—Porque salías con Aída.

—Bueno, sí, por eso. Aún entonces si alguien te nombraba se la llevaban los demonios. Pero vamos, que eso no la exime de su comportamiento, vuelvo a repetirte. Tú no eras más que una niña, por Dios. Ambas lo erais.

—Joder, pero la dejé traumada. Y ni siquiera lo recuerdo —pienso en voz alta, más alucinada que otra cosa. Porque arrepentirme de algo que hice con siete años y por defender a Clara, pues... tampoco valdría de mucho, y me temo, siendo sincera, que, aunque tuviese más edad, habría actuado igual.

Pero saberlo sí me sirve para comprender un poco mejor su actitud y...

—Y ahora olvídale, por favor —me pide Chema—. Y lo ocurrido en la pastelería, también. Además, creo que las acojonaste para que en un par de meses, al menos, no vuelvan a abrir la boca —bromea al final, y consigue que una sonrisa tímida se instale en la mía.

—Me he pasado un poco, ¿no?

—Bah, nada a lo que no me tengas acostumbrado —continúa burlándose—. A ver, conmigo ya has roto un frutero, me has lanzado todo tipo de fruta y mi cuerpo ya se ha acostumbrado a sentir ese dedito tuyo clavado en alguna parte a modo de advertencia, así que...

—Oh, cállate. Contigo he sido siempre demasiado suave —digo, siguiéndole el juego.

—¿Suave? —Él abre mucho lo ojos y luego me sonrío travieso—. Pues no traspases esa línea, ¿vale? Lo siento, pero el sado no me va demasiado y...

—Idiota. —Le doy un manotazo y él vuelve a reírse.

—Aunque tengo que decirte, otra vez, que cuando sacas ese genio... —Restriega su pelvis contra mí y busca mi boca, la que le ofrezco sin rechistar.

Después de un beso húmedo y muy caliente, lo aparto sin demasiadas ganas.

—Venga, vete. Tienes que volver al trabajo y yo...

—¿Y tú qué? ¿Tienes planes?

—En realidad no, pero tú...

—Pues ahora los tienes. Pasar todo el día conmigo. No pienso volver al curro.

—Pero... Pero tienes que volver. Recuerda... La gente, los rumores... Tu furgoneta aparcada frente al piso toda la mañana y las niñas en...

Corta mis protestas con otro beso, esta vez algo más corto, y luego me mira a los ojos.

—La furgoneta está ahí aparcada muchas veces. Las niñas no están a todas horas con nosotros. Y ahora mismo no creo que, por quedarme en mi casa una mañana, vayamos a dar mucho más que hablar. Así que ¿podemos irnos ya a la cama? Dime, por favor, que ya no tienes la regla —suelta de corrido, sorprendiéndome y agitándome a partes iguales.

—Yo... Eh... Esto...

—¿Te he dejado sin palabras, Laura? —se cachondea él—. Eso sí que es un milagro, un...

—Mira que eres idiota —protesto, junto con otro manotazo. Pero esta vez él no se ríe, sino que se inclina para meter su cara en el hueco de mi cuello.

—Por favor... Dime que ya podemos...

—¿Por eso no has venido estas noches? —pregunto, porque era algo que me tenía un tanto mosqueada. No preocupada, pues él de día estaba tan cariñoso y pícaro como siempre, pero sí me resultaba de lo más desconcertante que no se pasase por mi cuarto antes de irse después al suyo. Una rutina a la que no había faltado nunca desde que comenzamos a acostarnos.

—Claro. —Me mira sorprendido—. Me dijiste que... Que tenías la reg...

—¿Y? —Entrecierro los ojos mientras alargo ese monosílabo. Como me diga que le da asco o...

—Y vosotras pues... —Sin soltarme del todo, se pasa una mano por el pelo y me observa reflexivo—. Estáis incómodas, se os baja la libido, no queréis ni que os toquen y...

—¿Quiénes somos nosotras? —cuestiono, forzándome a guardar la calma y no gritarle que no me compare con nadie, joder. Que me pregunte lo que quiero, directamente.

—Pues... —se interrumpe y ladea un poco la cabeza—. ¿A ti no te pasa eso?

—No. Debo de ser muy rara, porque no. Incómoda estoy un poco, sí, pero de lo otro... Es más... Creo que es justo lo contrario.

Ahora no es que esté sorprendido, es que me mira boquiabierto.

—Estás de coña... —susurra.

—No. No lo estoy. A ver... Quizá el primer día, o el segundo, sea bastante molesto llegar... al final. Pero no me jodas, Chema, que seguro que se te ocurren un par de cosas que hacer para...

—Mierda. —Cabecea y se separa un pelín—. ¿Un par? ¡Decenas, coño! —Se acerca de nuevo y, abarcando mi cintura, me pega contra él. Pasa el pulgar muy despacio por mis labios, mientras se lame los suyos—. Eres única, joder. Pero... —Frunce el ceño—. ¿Por qué no me pediste tú que acudiera a tu habitación, Laura?

Me encojo de hombros, sin saber qué contestar a eso. Tiene razón. ¿Por qué siempre espero que sea él el que lo haga?

—No lo sé... Supongo que... que pensé que eras tú el que no quería.

Él se ríe por lo bajo con incredulidad, mientras sigue moviendo ese dedo, internándose incluso en mi boca, donde mi lengua sale encantada a degustar su salado y característico sabor.

—Vaya dos idiotas —dice con la voz enronquecida. Está tan excitado como yo, puedo notarlo, casi olerlo—. Para una vez que podía haberme cobrado el que me debes.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —Confusa, aparto un poco la cara y busco sus ojos.

—¿No lo sabes? —cuestiona él a su vez con una sonrisa de lo más maliciosa—. De eso sí tienes que acordarte.

—No, yo no... —Y entonces abro mucho los ojos. ¡Oh, Dios, habla de...!

—Aquel día te corriste en mi mano, con mis dedos. Lo estás recordando, ¿verdad?

A pesar de todo lo que ya hemos hecho los dos, sexualmente hablando, escondo la cara en su pecho y gimo de vergüenza, causándole un ataque de risa.

—Iba a jurar y perjurar que lo habías soñado —admito con los ojos cerrados, todavía oculta en su camiseta.

—Yo también —me confiesa él, muy divertido—. De hecho, no supe que eras...

—¿Qué? —insisto cuando no sigue y cesan sus risas, y alzo la cara para mirarlo.

—Nada. —Niega también con la cabeza—. Nada. Por favor... —ruega ante mi obstinado

alzamiento de cejas. Y yo creo adivinar qué ha estado a punto de decir, así que opto por hacerle caso. Buscar sufrir a sabiendas es de tontos, joder.

—¡Y no te debo nada! —bromeo, dándole un suave empujón, intentando traer de vuelta el buen ambiente de antes—. Yo no te lo pedí, así que...

—Oh, sí. Sí me lo debes. Y me lo voy a cobrar ahora.

Y antes de que pueda dar un paso en dirección contraria a él, ya me ha cogido en volandas, echado al hombro y, así, como un saco de patatas, me lleva hasta mi dormitorio, donde me tira en la cama de cualquier manera, para comenzar a sacarse la ropa justo a continuación. Y todo con mis carcajadas de fondo.

CAPITULO 12

Chema

Con el mayor disimulo, miro el reloj. Otra vez.

—Tienes hambre, ¿eh? —predice Julián desde el otro lado de la uralita que estamos colocando en el tejado, los dos en precario equilibrio sobre él.

Resoplo por no mandarlo a la mierda. Cuando digo que me estudian y me vigilan como si fuese un bicho raro, no ando muy desencaminado. Y va a peor.

—¿Quieres una lista de mis pedos, eructos y...?

—Vete a la mierda, gilipollas. Solo era un comentario. Llevas media hora mirando el reloj cada poco.

Genial. Él no tiene reparos en hacer lo que yo quería. Y encima me hace sentir justo lo que me ha llamado. ¿Será que estoy demasiado susceptible o asustado con que se enteren de lo mío con Laura y por eso me parece que están siempre al acecho? Jesús, menuda peli de espías me estoy montando.

Pero la verdad es que tampoco estoy muy centrado. Me desperté esta noche por culpa de ese sueño de nuevo y, de vez en cuando, aún me viene a la mente. ¿Qué clase de tortura es esta, joder? Soñar con la casa que construí para Clara, con el piano que deseaba para el salón, con mi mujer acercándose... y desapareciendo. Eso más bien es una pesadilla, Dios. Una pesadilla repetitiva y enfermiza.

Suspiro sonoramente e intento no pagar con Julián el hecho de que sea un buen amigo. Pesadito, sí, pero el mejor de los amigos.

—Pues sí. Me muero de hambre. Me quedé dormido y no me dio tiempo ni a tomarme un simple café.

—Mira que eres idiota. Si eres el jefe... El otro día no tuviste tantos reparos en tomarte media jornada libre y no pasó nada.

—Porque el otro día estaba trabajando, aunque tú no me vieras —miento. ¿Qué le voy a decir? Y, bueno, ocupado estuve un rato, así que...—. Además, hoy no se podía perder el tiempo con tonterías. El tejado tiene que quedar listo sí o sí.

—Vale, vale —dice ya sin mirarme, pendiente de encajar los tornillos en las vigas.

—¡Hola! ¡Hola, chicos!

Giro mi rostro hacia esa voz. Y veo a Laura ahí abajo, como todas las mañanas desde hace casi dos semanas, desde aquel día en que no salimos de la cama hasta la hora de ir a buscar a las niñas al autobús. Joder, qué día...

Ella levanta la bolsa con los bocadillos que solemos comer sobre esta hora y ya me encuentro a todos los demás rodeándola cuando Julián y yo llegamos a su lado.

La observo repartir los bocatas envueltos y se me abre el apetito. Varios apetitos. Trago saliva y me quedo algo rezagado del grupo, admirando su cuerpo, apenas cubierto por un pantaloncito negro y una camiseta de tirantes gris. La que, si no recuerdo mal, llevaba la primera vez que hicimos el amor. Bueno... que follamos, porque nosotros no...

Sacudo la cabeza ante ese pensamiento, porque no quiero analizarlo ni nada por el estilo. Solo alargo la mano, como un autómatas, para alcanzar el bocadillo que ahora me tiende.

—De escalopines con pimientos. Tu preferido —susurra. Aunque no era ni necesario. Los otros se han alejado hasta el muro que delimita la finca y se han sentado sobre unos tablones que hay allí para disfrutar tranquilos de su descanso y comida.

—Gracias. Pero... ¿y esto? —pregunto sorprendido, pues lo normal es que sean fríos, de un

embutido que solemos variar para no aburrirnos.

—Es que... hoy a las siete tienes que ir a buscar a tu hermana al aeropuerto —explica casi con timidez.

—Sí, ya sé... ¿Y?

—Y he pensado que... —Se muerde el labio inferior con intención. Menos mal que está de espaldas a los chicos, porque esa es clarísima—. Que podíamos aprovechar la hora de la comida para... dormir la siesta —acaba por decir, de una forma extraña y demasiado rápida, como si lo pensase en el último momento.

Arqueo las cejas y la miro burlón.

—¿Dormir la siesta?

—Esto... sí —me dice con una vacilación que en ella no deja de ser asombrosa—. Hoy es el último día de campamento de las niñas... Y llega tu hermana. A saber cuándo podremos dormir otra tarde, ¿no?

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echarme a reír. Porque ahora parece avergonzada y eso es todavía más increíble. Mi ego echa de menos esa primera impresión lujuriosa, pero, joder, está tan adorable... Lo que me escama es qué la ha hecho retraerse de esa manera.

—¿Y cómo prefieres la siesta, juntos o por separado? —susurro con soltura, ignorando a conciencia su repentina incomodidad.

—Ehh... Pues... —Como si mi cuestión hubiese reactivado su coquetería, vuelve a pinzarse el labio y baja la cabeza para mirarme entre sus pestañas, tentadora—. Por mí juntos, aunque... Entonces supongo que no dormiremos mucho, ¿no?

Esta actitud atrevida, dulce y mimosa actúa como un afrodisíaco. Me pone malísimo a una velocidad de vértigo.

—Me encanta cómo piensas, pelirroja —le digo con una sonrisa torcida. Pero mis ojos vuelan a los chicos, que ya han comenzado a comer y miran hacia nosotros—. Pero ahora vamos con ellos, anda, que...

—Ve tú. Yo tengo que hacer un par de compras e ir a Correos antes de que cierre. Pasado mañana es el gran día —comenta. Se refiere al aniversario de mis padres y pone los ojos en blanco mientras comienza a andar hacia atrás, en dirección hacia los demás, por donde tiene que pasar para irse.

—Vale, nos vemos, entonces —digo yo, siguiendo sus pasos.

—Laura, ¿te vas? —se interesa Tobías cuando ve que ella no hace el amago de acercarse, sino que levanta la mano para despedirse. Lo cierto es que nos tiene mal acostumbrados a todos, creo yo, acompañándonos estos quince minutos y haciéndonos los más agradables.

—Sí, hoy no puedo quedarme. Lo siento —explica ella con una sonrisa.

—Pues deberías —prosigue él—. Cuando tú estás, la comida sabe muchísimo mejor.

Joder para el chaval. Para el trabajo muy espabilado no es, pero, con sus escasos veinte años, parece que sí lo es con las tías.

—Vaya, estás hecho todo un galán —contesta ella—. Pero, en serio, tengo que irme, así que mil disculpas a tus papilas gustativas.

Tobías se ríe y se levanta. Y yo me siento para observar con atención el espectáculo.

—Vale, pero solo te perdonarán si bailas conmigo la próxima vez que nos veamos en el Pantera. Y luego podemos tomarnos algo y conocernos un poco mejor, ¿no?

—Eh... No tan rápido, vaquero —le dice ella sin perder la sonrisa, pero señalándolo con un dedo—. ¿Tú no estabas saliendo con la hija de...?

—Lo hemos dejado. Era demasiado cría —le espeta él, haciendo que ahora el que más y el que menos nos echemos a reír. Lo cierto es que él también lo es, pero tiene un don con las chicas espectacular. Pasa de una novia a otra con más frecuencia de la que yo pago el IVA. Si labia no le falta...—. Así que ahora estoy libre, Laura. Cuando quieras...

Ella se echa a reír, pero sin ninguna pretensión, sino de una manera casi dulce. Da dos pasos hacia él y le habla en voz más baja, aunque, quizá porque estamos superatentos, la oímos todos.

—No es que no me sienta halagada, Tobías, pero ¿sabes qué pasa? Que seguramente a mí me pasaría lo mismo que a ti con esa chica. ¡Hasta luego, chicos! —acaba diciendo y nos guiña un ojo antes de darse la vuelta y marcharse del lugar.

Yo escondo la sonrisa dándole un tremendo mordisco al bocadillo mientras las burlas hacia el chaval no tardan en llegar.

—¡Vaya! Así que te pasas a las maduritas, ¿eh? —le dice Julián.

—Si Laura es muy joven... —se defiende él, acomodándose de nuevo en las maderas.

—Pero aun así... te saca unos años. Y mentalmente, muchos más, tío —comenta Colás, a lo que Tobías hace una mueca antes de beber de su refresco.

—Yo admiro tu coraje, eh, de verdad, pero vaya palo, ¿no? —Se ríe Luis, un chaval que contraté hace apenas unos meses y que es amigo de pandilla del otro.

—Había qué intentarlo, tío —le dice este convencido—. Laura está tremenda... Y hay que ver cómo se mueve en la pista. ¿Os la imagináis en...?

Lo interrumpo yo. Tosiendo. Porque, maldita sea, se me ha ido el Kas por donde no debía. Y como vuelva a decir algo así, el que se va a ir es él. Al quinto pino de una buena patada en el culo. A ver, que no es la primera vez que comenta que está buena y ese tipo de cosas, de ella y de otras tantas, pero esto... Esto ya es pasarse.

—Perdona, jefe, ya sé que es tu cuñada y eso... —prosigue él mirándome—. Pero, joder, con un pibón como ese en casa, ¿de verdad que nunca has intentado tirártela?

—¡Tobías! —gritan Colás y Julián casi a la vez. Y yo se lo agradezco, porque me he quedado mudo ante tanto descaro. Que la sangre se me haya subido de golpe a la cabeza tampoco ayuda a que mi cerebro consiga llevar a la boca las palabras correctas.

Pero nada, que él insiste. Son ya años trabajando juntos, donde todos bromeamos sobre sexo y soltamos burradas algunas veces, y claro... la confianza da asco.

—A ver, que yo no soy chismoso y, si me dices que los rumores no son ciertos, me lo creo, pero... ¿ni siquiera lo has pensado? ¿Ni una sola vez? Joder, Laura es como tener a la Scarlett Johansson en pelirrojo en casa, y eso y no estar todo el día empalmado es imposible. Es...

—Tú quieres morir joven, ¿verdad? —le suelto de repente, cuando mi mandíbula ha vuelto a su lugar y mis ojos han comenzado a doler de tan abiertos que estaban.

—Vale, vale, me callo —dice, adquiriendo un color rojizo.

—¡A trabajar! ¡Ya! —grito, porque quiero que desaparezca de mi vista a la de ya. Su coqueteo con Laura no me molestó en absoluto, incluso me divirtió, pero esto... Saber que, por lo visto, lo pone tan cachondo como a mí... Esto me da ganas de enterrarlo bajo la próxima cimentación que hagamos, joder.

El chaval se levanta sin acabar tan siquiera de comer y se escabulle dentro del cobertizo. Y, aunque hasta siento una punzada de lástima hacia él al ver allí el inacabado bocadillo, no me desdigo. Necesito quitármelo de delante, a ver si así soy capaz de olvidar lo que ha dicho. Jesús...

Unos minutos después, cuando ya todos hemos terminado, cojo aquel resto y se lo paso a Luis.

—Anda, dáselo y que lo acabe. Pero donde yo no lo vea.

El chico lo coge con una sonrisa y, después de hacerse también con la bebida de Tobías, se encamina hacia su amigo.

—No es mal tío —comenta—, pero a veces no controla mucho lo que dice.

—Lo sé. Anda, ve.

Cojo un cigarrillo que hoy preciso más que nunca y lo enciendo en una larga calada. Miro de reojo a Julián y Colás, el primero imitándome y el segundo con la vista perdida al frente. Por favor, que se mantengan así, calladitos. Por favor.

Voy por la mitad del pitillo cuando Julián rompe el silencio.

—¿Nunca, Chema? ¿Ni una sola vez? —me pregunta con auténtica curiosidad, sin ningún tipo de burla en la voz.

Colás se ríe entre dientes, aunque lo disimula lo mejor que puede, tapándose incluso la boca con la mano.

Y yo... Yo...

—¡Iros todos a la puta mierda, joder! —grito levantándome y comenzando a alejarme de allí.

—Pero... ¿por qué te pones así? —pregunta Julián a mi espalda. Y hasta parece preocupado.

—Porque si no lo ha pensado, ahora fijo que lo hará —le contesta su hermano, en voz lo suficientemente alta para que yo lo oiga.

Y ahora el que se ríe es Julián.

Serán cabrones, joder.

Laura

He descubierto que me gusta llevar el control. Casi tanto como no hacerlo. Con Chema el sexo siempre es alucinante, pero es fascinante saber que soy yo la causante de hacerlo jadear así. Incluso depende de mí que esté cerca de correrse o se desespere por no hacerlo.

—Por Dios, muévete, Laura —gime él debajo de mí.

Me mezo con suavidad, solamente por fastidiar y bueno... porque a mí me encanta. Mi clítoris se frota contra su pelvis y a mí no me hace falta nada más para...

—Me vas a volver loco, joder —protesta clavándome los dedos en las caderas y elevándome sobre su cuerpo, marcando durante unos instantes un movimiento ascendente y descendente con el que aprieta los dientes y parece disfrutar demasiado.

Cuando ahoga un jadeo, me anclo a su cuerpo, echándome encima de su torso e imposibilitándole que pueda seguir levantándose... o casi. Porque cuando es su pelvis la que sale a mi encuentro en una embestida bestial, soy yo la que jadea como si me hubiese cortado el aliento.

—Joder...

—¿Te gusta, pelirroja? Entonces, ¿por qué me lo pones difícil, eh? —me provoca él.

—Porque se supone que, si estoy arriba, es a mi manera, ¿no? ¡Dios, no hagas eso! —gimo cuando me aprieta muchísimo contra él, abarcando con sus manos casi todas mis nalgas, y comienza con embestidas profundas mientras me mueve adelante y atrás, consiguiendo que vaya a correrme en cualquier momento.

—¿Aún no te has dado cuenta de que nunca es a tu manera? —se burla él un poco más. Y, entonces, sintiéndome retada, me incorporo un poco y llevo sus manos hacia la almohada, se las sujeto sobre ella y hago fuerza con mis muslos para que no le resulte tan fácil moverse.

Él levanta las cejas divertido y abarca con los dientes su labio inferior. Pero me deja hacer, por lo que disfruto un buen rato lamiéndole el cuello y mordisqueándole la nuez, deleitándome al ver cómo se desplaza al tragar saliva con fuerza, gozando de mis besos y mi suave pero rítmico baile de cadera.

—Ahora soy yo la que mando. La que tiene el control... —susurro de nuevo sobre sus labios.

—¡Ja! Ya te gustaría. —Chema sonrío perversamente y me voltea en un movimiento rapidísimo que no me espero, para ser él el que acaba encima de mí. Solo hay un problema... Uno en el que no ha pensado. Que la cama es bastante pequeña y que, al girarnos, nos caemos de ella.

Gracias a Dios, los reflejos que parecen escasearle con las palabras los tiene con el resto del cuerpo. Coloca las manos rodeándome la espalda para que el impacto contra la alfombra no me lo lleve todo yo y él termina encima de mí, sí, pero sin demasiada rudeza. Y, claro, al no salir lastimados, las risas están servidas.

Me carcajeo de tal forma que sacudo todo el cuerpo, y él me imita, pero escondiendo la cabeza en mi cuello y apoyando la frente en la alfombra.

—Ay, Dios... —balbuceo entre risas—. Menudo control que derrochas, eh...

—Serás bruja...

—Lo único que no has controlado es el tamaño de la cama...

Y de nuevo, unas carcajadas profundas me agitan entera.

—Tenemos que cambiarla. Comprar una más grande, joder —protesta Chema, mirándome ahora a la cara, pero con una sonrisa enorme bailándole en la boca.

—O dejarme mandar a mí... Si lo hubieses hecho...

Las risas y el cachondeo se me cortan de golpe cuando se cuele en mi interior de un empujón. Aspiro y me muerdo el labio para ahogar el grito, simplemente por no darle esa satisfacción, pues, tal como me mira, era lo que quería provocar.

—Dámelo —suplica él, capturando mis labios uno a uno y comenzando a moverse de una manera lenta pero contundente—. No me niegues oírte mientras te follo. Es algo que me encanta, que...

Y se lo doy. Ese y otros más. Jadeo y clavo los dientes en su hombro, mientras yo misma llevo una mano a mi clítoris para que el placer sea mayor.

Él baja la cabeza y se esmera en mis pechos, haciendo que uno de esos mordiscos enloquecedores que me prodiga se confunda con el orgasmo que se concentra en mi vientre, desencadenándolo de forma casi demencial.

—¡Dios! ¡Por Dios! No pares, por Dios...

—Ni loco... —gime él, soplando su aliento en mi durísimo pezón.

Sin ser apenas consciente, levanto la pelvis ante tanto placer, y eso parece acabar con el escaso dominio que Chema tenía sobre el suyo, porque me embiste un par de veces más y gruñe al tiempo que se queda casi rígido.

—Jesús... Laura...

Unos instantes después sale de mí, pero permanece ahí tumbado, exactamente donde estaba. Con su cabeza sobre mi pecho y una de sus manos ahora en mi pelo. Nos mantenemos en silencio, recuperando el aliento y despertando poco a poco a la realidad. A la de verdad. No a esa maravillosa que logramos crear juntos, cuando estamos desnudos, fundidos el uno en el otro, solo pendientes de este deseo abrumador que nos consume, sino a esa en la que todavía no me siento del todo cómoda acostándome con el marido de mi hermana.

Él se remueve un momento para deshacerse del condón y vuelve a acomodarse sobre mí, pero cuando, un rato después, oigo su respiración acompasada, le acaricio el pelo para llamar su atención.

—Chema...

—Mmm... ¿Te peso?

—No. No es eso. —Sonrío. Y realmente no es eso. Pesa un poco, sí, pero es tan agradable tenerlo así... Es un peso reconfortante, que me hace sentir incluso querida. ¡Qué tontería, ¿verdad?!

—Eh... No te quedes dormido. Tienes que ir a buscar a tu hermana.

—Mmm...

—Chema... Al final vas a llegar tarde, ya verás.

—Aún hay tiempo —protesta él en bajito, zalamero.

—Pero tienes que ducharte y... Y estaría bien levantarnos del suelo. —Río.

Él levanta la cabeza y clava sus ojos en los míos.

—Ven conmigo —me pide con una sonrisa ladeada. Ay, joder, esa puñetera sonrisa...

—¿Qué? ¡No! Es tu hermana... No la conozco... Yo ahí no pinto nada.

—Venga, ven conmigo. Te la presentaré y... Yo también hace muchos años que no la veo...

—No, Chema. No voy a ir. Olvídalo. Y venga, levántate, que...

—Por favor. Quiero que vengas conmigo —dice ahora más serio. Y parece tan sincero... Me quiere con él. Pero no como yo quisiera.

—No, lo siento, pero no voy. Lo nuestro es lo que es, Chema. ¿Me llevarías si no acabásemos de follar? —pregunto sin mucha delicadeza.

Él da un respingo, se separa de mí y se incorpora del suelo. Rodea la cama y se sienta en ella

dándome la espalda.

—Joder, Laura...

—¿Lo harías? —repito yo, levantándome también y observándolo.

Se mesa el cabello varias veces y suspira con fuerza.

—No... No lo sé —admite.

—Pues eso. —Y así, desnuda como estoy, me planto frente a él. Fuerzo la sonrisa más falsa de la historia y le toqueteo el flequillo—. Anda, ve a ducharte. No es plan de que espere ella.

Pero soy yo la primera que sale del cuarto para hacer eso que le he propuesto a él. Meterme bajo la ducha, donde las lágrimas que caen de mis ojos puedo ignorarlas, poniendo tanto empeño que consigo imaginar que solo son parte del agua que cae de la alcachofa.

Chema

Hace más de veinticuatro horas que no veía a Laura y... la echaba de menos, joder. De hecho, tanto que parece que no soy capaz de quitarle los ojos de encima.

Es absurdo. Una auténtica memez. Pero mis ojos no opinan como yo, porque en cuanto los desví un segundo, vuelven a buscarla.

Ayer, después de recoger a Adela en el aeropuerto, con un retraso en el vuelo de casi dos horas, la llevé directamente a casa de mis padres. Las niñas ya estaban dormidas, tal como supe a través del WhatsApp por Laura, así que era una tontería que fuese a conocerlas en esas condiciones.

Cuando llegué al piso, tardísimo, después de cenar con ellos y ponernos al día, Laura también dormía. Sin ninguna intención de despertarla, me encontré metiéndome en su cama y abrazándola por detrás. Ella se acurrucó contra mí aún sin ser consciente y eso me hizo sonreír. Y que un detalle como ese consiguiera sacarme con tanta facilidad una sonrisa fue lo que me llevó a salir de la cama como si a esta le hubieran crecido pinchos. Sobre todo después de nuestra última conversación... Sobre todo porque no quiero confundirme. O confundirla. Así que volví a mi cuarto, donde me costó una barbaridad quedarme dormido y cuando lo conseguí... fue para volver a tener ese sueño perturbador y dañino. Ese en el que toco para Clara y ella se sienta en mi regazo. Hasta que desaparece. Puede que al principio fuera una especie de señal, una premonición de lo que iba a ocurrir. Que ella me abandonaría demasiado pronto. Pero ¿ahora? Ahora no tiene ningún sentido, joder.

Hoy, sábado, cuando me he levantado, Laura ya no estaba. Me había dejado una nota diciéndome que tenía hora en la peluquería y que había quedado para comer con Lidia, sabiendo que yo querría llevar las niñas junto a su tía y pasar tiempo con ella.

Y eso fue lo que hice. De hecho, todo el santo día. Que no es que no estuviese a gusto con mi hermana, por Dios, pero con mi madre... eso ya es otra cosa. Lo único que tengo que agradecerle es que parecía encantada de que sus dos hijos saliesen a tomarse algo juntos, por lo que se ofreció a que las niñas pasasen la noche allí.

Mañana toca madrugar para llevarles la ropa y prepararlas para la ocasión, pero, al menos, sé que he conseguido una noche a solas con Laura. Una que incluso me sorprende la ilusión con la que la espero.

—Dios mío, qué grandes estáis todos, ¿no? —comenta mi hermana con una sonrisa cuando ve entrar a Julián, acompañado por Teresa. A él y a Álvaro los recuerda de cuando ambos frecuentaban mi casa siendo todavía unos canijos. Al que no conocía es a Pedro, pero, en los diez minutos que llevamos sentados en las mesas que hemos juntado, ya parecen grandes amigos. Es lo que tiene el poli... Una simpatía y un don de gentes brutales. Y mi hermana parece disfrutar mucho de la compañía.

—¡Adela! —Julián le da dos besos y le presenta a su mujer. Y ya estamos todos, pues Laura ha llegado junto con Nela hace un rato y Pedro con Colás—. Estás guapísima. ¿Cuántos años decías que tenías?

Teresa le da un codazo a su marido y mira a Adela negando con la cabeza con resignación, pero esta se ríe con ganas.

—Estos hombres... —susurra la morena mientras se sienta frente a Laura y al lado de su marido, que, como suele ser habitual, lo ha hecho en la cabecera contraria a la que ocupó yo.

—No pasa nada, no soy de las que los oculta. Tengo cuarenta y siete. O sea, que cuando me fui

del pueblo, con veinticinco y recién casada, ellos —nos señala a Julián y a mí— tenían ocho. Ocho añitos, madre mía. ¡Míralos ahora! Pedro, tú ni siquiera vivías todavía en el pueblo.

—No, nos mudamos a El Pilar cuando tenía diez. —Una sombra amarga parece cruzarle la cara, pero pronto compone una sonrisa burlona para proseguir—. Y debes de estar en *shock*, ¿eh, Adela? Aquellos niños están hechos unos vejstorios.

—Cállate, mamonazo, que eres un año mayor que nosotros.

—Pero a mí no se me notan, tío. Por ahora, me siguen creyendo cuando les digo que tengo veinticinco.

—Joder, será porque están borrachas... O porque estará muy oscuro. Claro, tú siempre jugando con ventaja —continúa Julián.

—No, idiota, nada de eso. ¡Chicas, decídselo! Que aparento mucho menos.

Pero, por desgracia para él, solo se oyen carraspeos de parte de ellas y alguna que otra risita. Nosotros, directamente, nos carcajamos. Aunque, si somos justos, veinticinco quizá no, pero el poli no aparenta muchos más. Se conserva bien el tío. Entonces observo a mi hermana y se me ocurre pensar que ella también. Tiene la complexión delgada y menuda de mi madre, el pelo trigueño como el mío, sin una sola cana, aunque eso ya no sé si es producto del tinte o no, y una sonrisa preciosa que dulcifica sus rasgos. Y, por si eso fuera poco, viste como cualquier chica de mi edad o menor. No sé por qué, me la imaginaba casi como una señora, al menos físicamente, pero lo cierto es que parece todo lo contrario. Una más de nosotros, incluso.

—Laura, tía, tú no me falles —se queja el poli, tocado por que nadie haya salido en su defensa—. Mira que yo siempre digo que tú estás buenorra de narices.

Laura se ríe, pero no da su brazo a torcer.

—Se agradece —dice entre risas.

—No va a mentir porque le des coba, Pedro. Sobra quien lo haga y todavía más quien lo piense, ¿verdad, Rubio? —suelta Julián, dejándome un instante a cuadros.

Un instante que se me hace eterno hasta que Colás lo rompe.

—A Tobías lo tienes loquito, Laura. Aquí, los tres fuimos testigos.

Suelto el aliento retenido. Vale... Julián estaba hablando de eso y quería que lo corroborara. Joder, al final va a tener razón Laura y soy desconfiado por naturaleza.

Y ella sigue riéndose.

—Pobre... —susurra—. Hasta me dio pena darle calabazas.

—Pues nada... Sal con él —digo sin pensar. Y hasta molesto. Pero ¿qué coño me pasa ahora?

Por suerte, ella no parece ofendida ante mi salida de tono, sino incluso divertida.

—Bueno... Lo haría, pero creo que no estaría a mi altura. He descubierto que la experiencia en un hombre es muy importante. —Entonces mira al resto y sonrío pícaro—. Pero no os preocupéis, ¿eh? Que los abuelos son intocables.

Todos le ríen la gracia y comienzan a bromear sobre ello. Y yo me muerdo el labio inferior, por no mordérselo a ella.

—En fin, ya sabes lo que dicen, la experiencia es la madre de la ciencia —refranea Nela.

—Uff... —protesta Colás, demasiado serio—. No lo dirás por la tuya.

Nela lo fulmina con la mirada.

—No veo que hayas mejorado tú mucho después de adquirir tanta como dicen —le espeta ella sin paños calientes, haciendo que Julián escupa la caña que acaban de servirle y de la que ya bebía. Adela abre los ojos como platos un tanto perdida, y Teresa y Laura lucen unas sonrisas mordaces y contenidas. Pedro y yo nos dedicamos a mirarnos entre los dos, esperando que esto no termine mucho peor.

—Ni yo que te quejaras —suelta él con los dientes tan apretados que va a partirse alguno como siga así.

—Quizá ahora sí pueda hacerlo —sigue ella, cogiendo su cerveza de la mesa con calma, como si estuviese hablando de algo tan normal como el tiempo. Ante esa frase, Laura le aprieta el muslo, pero creo que solo yo he visto el gesto, al estar en ángulo recto con Nela. Quizá también Pedro, que está al lado de Laura, pero Colás, que está frente a ellas, pues va a ser que no. Además, creo que ahora solo ve rojo. El mismo color del que se le ha puesto el rostro.

—¿Qué coño tratas de decirme? —dice, furioso—. ¿Que te has...?

—Creo que ya vale, chicos —interviene Teresa—. A nadie le interesa demasiado vuestra vida sexual, en serio.

—Bueno, a mí sí —suelta el idiota de Pedro, con una sonrisa torcida y la vista clavada en Colás, casi provocándolo.

—Será porque tú no tienes —le dice este, volviendo su rabia a él.

Y, contra todo pronóstico, el poli se queda callado, pensativo y después... Después le da un ataque de risa. Pero en toda regla. Incluso tiene que limpiarse las lágrimas que se le escurren por las comisuras.

—¿Se ha vuelto loco o qué? —pregunta Julián a nadie en particular, mirándolo sorprendido. Como todos, vaya.

—Creo que se parte de algún chiste muy suyo —opina Laura, aunque ella no puede evitar contagiarse un poco de Pedro y también se está riendo.

—Joder, pues que lo comparta —pido yo. Después de la violenta escena anterior nos vendría genial—. ¡Pedro, oye! ¿Qué? Cuenta, ¿no?

—Ni de coña... —consigue decir, o balbucear, más bien—. Ni de coña, tío...

—Vosotros nunca os aburrís, ¿verdad? —interviene ahora mi hermana, paseando su vista por todos nosotros, más divertida que alucinada, lo que ya es un punto importante más a su favor. Sobre todo, porque logra que nos volvamos a reír todos, incluso Nela y Colás. Bueno... Este último esboza una sonrisa de medio lado, que ya es algo.

—Ha sido un placer conocerte —le dice Adela a Laura en la puerta, cuando ya todos se han ido, menos Pedro, que se ha acercado a la barra a pagar la última ronda.

—Lo mismo digo, Adela —responde la pelirroja con una sonrisa.

—Bueno, espero que nos veamos mucho estos días. No es que me queden muchas amigas en el pueblo —continúa mi hermana—. Y tampoco se trata de saturar a mi hermano con mi compañía.

—No será el caso. —Sonríe yo—. Creo que se nos van a hacer muy cortas tus vacaciones. A los dos.

Ella me sonrío y aprieta mi mano emocionada. Supongo que todo esto es demasiado para ella. Su vuelta al pueblo después de tantos años, descubrir que yo no tengo nada que ver con aquel crío que dejó, encontrar a nuestros padres tan mayores...

—¿Qué? ¿Nos vamos? —pregunta Pedro, acercándose—. Vaya, no me extrañaría que se pusiese a llover. Tengo ahí el coche, ¿os acerco, chicos?

—No, qué va —se apresura Laura a contestar—. Tú vas en dirección contraria y estamos solo a un paseo.

—¿De verdad? No me importa, eh.

—Ya, pero no es necesario, Pedro —digo yo—. Lo que sí podrías es llevar a Adela, ya que

vives cerca de mis padres, ¿te parece?

Ante la afirmación de Pedro, miro a mi hermana esperando que apruebe mi idea.

—Por mí, genial. Lo cierto es que estoy cansada, a pesar de que aún es temprano.

—No me extraña. El viaje y las emociones. —Sonríe Laura comprensiva, a lo que Adela asiente imitándola.

—Pues nada, entonces vamos, Adela. Hasta luego, chicos —se despide Pedro, dándole un beso a Laura en una mejilla.

Laura y yo nos quedamos mirando como desaparecen por una esquina antes de girarnos y comenzar a andar nosotros también.

—Tu hermana es un encanto.

—Sí, lo es. —Sonríe—. Pareces sorprendida y todo.

—Lo estoy —dice girando su cara hacia mí—. Se parece tanto físicamente a tu madre que me resulta raro que sea tan simpática.

Ahogo una carcajada y meneo la cabeza ante su franqueza.

—Pues ya ves... —continúo cuando creo ser capaz de hablar sin reírme. Entonces cuatro gotas bastante gordas caen sobre mi cara y apresuro el paso—. Comienza a llover.

—Pero qué listo eres. —Se ríe ella intentando seguir mis zancadas—. Pero tranquilo, que no encogemos.

Yo la miro y sonrío, pero, cuando las cuatro gotas se convierten de pronto en una lluvia tenaz y ruidosa, no puedo evitar apurar más y vacilarla un poco.

—Menos mal, porque entonces solo te faltaba ser azul.

Ella frunce el ceño y me da un empujón.

—Serás...

Interrumpo el insulto que me merecía empezando a correr y, sin pensar, la cojo de la mano para tirar de ella y llegar lo antes posible a casa. Lo de acabar empapados ya es inevitable, pero verla así, con las gotas de agua recorriéndole la cara y colándose entre las comisuras de sus labios, me da otro motivo para querer estar entre cuatro paredes. Sobre todo, solos...

La oigo reírse cuando tropieza a causa de mis prisas, pero yo sigo corriendo con el portal del edificio ya a la vista.

—Venga... —la apremio, mirando un momento hacia atrás cuando ya casi alcanzamos la puerta.

—Vale, va...

—¡Eh, cuidado! —grita una voz frente a mí, enmudeciendo a Laura.

Yo vuelvo la vista al frente y veo a las dos hermanas que viven en el segundo también accediendo al portal. Freno en seco y me aparto el agua que chorrea sobre mi frente. Dios, por poco me las llevo por delante.

—Es que tendríamos que haber regresado antes a casa. Se nos ha caído la noche encima y ya te dije que se iba a poner a llover —le dice una a la otra.

—Ya, ya... Tú, que lo sabes siempre todo —refunfuña la segunda, aunque no la mira al hablar. Y yo tardo un pelín en darme cuenta de que no lo hace porque tiene los ojos clavados en nuestras manos. En esas que Laura y yo todavía tenemos entrelazadas.

Se la suelto con rapidez, llevándome una a la cabeza y retirándome el pelo mojado hacia atrás. De reojo veo la extraña mueca que hace Laura, pero la ignoro, sonriendo como un idiota en dirección a las señoras, esperando que no le den ninguna importancia a lo que han visto. Aunque supongo que eso es mucho pedir.

Estas dos mujeres son dos cotorras un tanto excéntricas, pero cotorras al fin y al cabo.

Hermanas, solteras y viviendo juntas desde siempre, en el pueblo las apodan «las viejas Pili y Mili». Y lo más raro del asunto es que incluso ellas responden a esos nombres. Bueno, a lo de viejas no, que nadie se atreve a decírselo a la cara.

—Buenas noches, señoras —saludo forzando otra sonrisa.

—Lo eran, joven, lo eran —me responde creo que Pili, ya abriendo la puerta.

—En fin... —Y eso lo dice la que nos ha pillado tras un carraspeo, observándonos a mí y a Laura con los ojos entrecerrados y entrando justo a continuación tras su hermana.

Yo tengo que dar un paso largo y estirar la mano para que no nos dejen fuera, dedicándoles una sonrisa más estúpida que las anteriores cuando ellas se vuelven a mirarnos.

—Subís, ¿no? —oigo la pregunta, aunque solo niego con la cabeza viendo a Laura adelantarme y comenzar a subir las escaleras.

—Eh, espera... —la llamo cuando le doy alcance—. ¿Qué pasa?

—Nada —contesta con la vista al frente—. ¿Qué va a pasar?

La miro sintiéndome incómodo, porque no hay que ser un lince para saber qué le ha molestado. Pero, como no sé qué decirle que no le haya dicho ya y también quiero olvidar lo que han visto mis vecinas, me la cargo al hombro al llegar al último rellano.

—¡Ey! —protesta y me da un cachete en el culo—. ¡Bájame!

—Oh, no. No quiero que te canses.

Ella ahoga una carcajada y un resoplido, todo a la vez.

—Das demasiadas cosas por hechas —masculla.

—¿Tú crees? —Sonrío al acceder al piso. La dejo resbalar por mi cuerpo hasta ponerla en el suelo y entrecierro los ojos con malicia—. ¿De verdad lo crees?

Y Laura me imita. Achica los suyos y, de repente, se echa a reír.

—Ay, Dios. No puedo... No puedo con esa pose de creído que te gastas a veces. Estás ridículo, no te pega, no...

La callo de la única manera que me apetece. Sin delicadezas, voy a por su boca y le meto la lengua sin más preámbulos. Y la suya sale a mi encuentro al instante, para después succionar, lamer e incluso morder, convirtiendo este beso en uno de los más calientes de mi vida.

Solo cuando ya jadeamos uno en la boca del otro, con nuestros cuerpos rozándose y moviéndose en busca de mucho más, me aparto un poco, lo justo para inhalar una bocanada de aire y apartarle el pelo mojado de las mejillas.

—Me encanta hacerte callar —murmuro con una voz tan ronca que no reconozco como mía.

—Y a mí cómo lo haces —gime ella mordisqueándose el labio inferior.

—Joder, Laura... —prácticamente gruño, capturando ese mismo labio ahora entre mis dientes.

Volvemos a besarnos como locos, desquiciados, como si ayer mismo no hubiésemos disfrutado de nuestras bocas. Es como una adicción. Laura, sexo, placer, olvido... son para mí lo mismo.

La cargo alzándola por el trasero y me encamino hacia su habitación. Solo quiero tirarla sobre la cama y enterrarme en ella para siempre.

Ella se ríe sobre mi boca, abarcando con sus manos mi cabeza, metiendo sus dedos entre mi pelo y revolviéndomelo a conciencia.

—Solo una cosa... —dice cuando recorremos el pasillo, con sus dientes arañando mi cuello.

—¿Sí?

—Estás ridículo, pero... me pone. —Y reafirma esas palabras mordiendo con ganas.

—Dios... —La lanzo sobre la cama, para acto seguido saltar a lo bestia sobre ella haciendo que se parta de la risa.

Aunque pronto, casi enseguida, esas risas se convierten en sonidos que me gustan todavía más.

Lo que ya es decir.

CAPITULO 13

Laura

Llego a la iglesia rezando para que no se haya acabado la ceremonia. Sería algo no solo de muy mala educación, sino que a Adela incluso le parecería un pecado capital.

Por suerte, al entrar intentando no hacer ningún ruido con mis tacones, suspiro aliviada cuando veo la cola que ha formado la gente para comulgar. Me apoyo en la pared junto a la puerta y espero a que termine la misa como si en realidad hubiese asistido a ella. Mentirosa... Y dentro de la casa de Dios. Lo mío ya no tiene remedio.

Aunque no lo he hecho a propósito, si eso sirve para excusar mi mala conducta. Me quedé dormida. La noche fue de lo más movidita, sí... Pero, además, Chema se quedó en mi cama toda ella... No se escapó a su cuarto como suele hacer. Me abrazó encajando mi espalda en su pecho y durmió conmigo las pocas horas que pudo hacerlo antes de madrugar para ir a atender a las niñas. Y, cuando sonó su despertador y se despidió de mí con un beso, me estiré en las sábanas con una sonrisa boba y cerré los ojos sintiéndome estúpidamente feliz por ese simple detalle, despertar con él. Y así volví a dormirme, con la tranquilidad que da la felicidad.

Si en el fondo soy una ñoña de narices...

Muevo los pies para cambiar el peso de uno a otro y sonrío mientras me miro los zapatos que llevo puestos. Me muero por observar su reacción cuando los vea... Por suerte, tras recogerlos en Correos y probármelos, el número me venía perfecto. La incomodidad que producen casi doce centímetros de tacón de aguja va a valer la pena, seguro.

Lo dicho. Ñoña del todo, comportándome como la idiota enamorada que también soy. Solo espero que él se tome esto como un juego o una pequeña broma y no como lo que es. Unas ganas inmensas de sorprenderlo, de cumplir cada una de sus fantasías, de intentar hacerlo un poco más dichoso.

—Hola, cariño. ¿Has estado aquí de pie todo el rato? —me pregunta mi padre al acercarse.

Pestañeo muy rápido y me percató de que la ceremonia ya ha concluido y compongo una sonrisa mientras me encojo de hombros.

—Ya sabes que no soy mucho de sermones.

Él hace una mueca y se atusa el bigote antes de darme un beso en la mejilla e indicarme con la mano que salga delante de él.

Una vez ya en el atrio, espero un poco separada a que salga toda la gente, que comienza a formar corrillos para hablar. Clavo la vista en la puerta, esperando ver como la atraviesa Chema, o sus padres, a los que sin duda tengo que felicitar por renovar sus votos de casados después de cincuenta años. Algo absurdo, en mi opinión. Pero claro, yo tampoco le doy demasiada importancia a un papel que registre el amor entre dos personas. Soy más de hechos, y los formulismos se los dejo a quien los necesite.

Los tres se hacen los remolones en salir, pero a quienes sí veo es a mis sobrinas, de la mano de la hermana de Chema. Entrecierro los ojos perpleja, sorprendida y completamente horrorizada ante sus vestidos, pero acabo abriéndolos hasta la exageración al caer en que van igualitas a las niñas de *El resplandor*. Joder, si hasta dan miedo...

—¡La Virgen! ¿Han invitado también a Jack Nicholson? —pregunta Nela a mi lado, haciendo que dé un respingo.

—Calla, por Dios... —gimo, mientras me fijo con atención en esos vestidos celestes con puntillas, mangas abullonadas y lazos rosas. Aparto la mirada y observo a mi amiga, que las mira con fascinado horror—. Son igualitas, ¿verdad?

Nela suspira y pestañea, pero parece no poder apartar los ojos de ellas.

—Hasta las ha peinado igual, joder. ¿Lo habrá hecho a propósito?

Ahogo una carcajada tapándome la boca con la mano ante la ocurrencia. Y ante la grotesca imagen que ofrecen mis sobrinas vestidas de esa manera tan horrible.

—Pobres... —murmuro aún conteniendo la risa, porque es eso o echarme a llorar de pura pena —. Pero juro que romperé cada una de las fotos que caiga en mi poder. Por nada del mundo dejaré que sufran el ridículo de verse así dentro de unos años.

—Tarde —dice Nela, mirándome ahora y señalando con la barbilla hacia donde están—. Esa no vas a poder romperla.

Contemplo como un fotógrafo contratado para la ocasión está haciéndoles unas fotos a las niñas con sus abuelos, a las que luego se unen Chema y Adela hija. Ay, es que no han desperdiciado en gastos para la ocasión, solo en mal gusto. Supongo que romperle la cámara al pobre hombre no es una opción, ¿no? Aunque se me pase por la cabeza. Puedo hacer que tropiezo con él y...

—Bueno, las niñas están terroríficas pero tú... Leches, Laura. Estás increíble —me piropea Nela y consigue que mis planes delictivos queden en el olvido.

—¿Te gusta? —Sonrío y me doy una vuelta para lucir mi nuevo vestido negro. En realidad no tiene nada en especial, es de escote redondo, a la altura de las rodillas y de manga sisa. Tampoco se ajusta demasiado, solo lo preciso sin resultar vulgar. Claro que la cremallera que lo recorre de arriba abajo, que yo llevo concienzudamente abierta para que resulte provocativo sin perder la elegancia, junto con los zapatos de tacón de aguja rojos que lo acompañan, sé que lo convierten en *sexy* a rabiar.

Pensando en ello, mis ojos buscan a Chema y se encuentran con los suyos, que me observan en este momento. Me guiña un ojo desde la distancia y luego baja de mi cara hacia abajo muy despacio, acariciándome con ellos hasta llegar a mis zapatos. Veo como los abre sorprendido al verlos y se mueve su nuez al tragar, para luego buscar deprisa mi cara; me dedica una mirada tan caliente y hambrienta que consigue ruborizarme. Y, para disimular, o quizá para rematarme, se coloca las gafas de sol. Oh, mamá...

Le doy la espalda para evitar hacer el ridículo desintegrándome allí mismo y presto atención a Nela que, por suerte, está demasiado entretenida fijándose en cada uno de los detalles de mi *look*.

—Y el pelo así... te queda genial, tía —continúa, tocándome unos rizos que he dejado sueltos del moño que llevo a la altura de la nuca.

—Sí, al final he seguido el consejo de Teresa y me he recogido el pelo.

—Estás fantástica.

—Gracias. Y, por cierto, ¿qué haces aquí? Tú no eres demasiado de misas, ¿has venido a cotillear?

—Bueno... A eso y a... hablar con Don Julio —contesta un pelín nerviosa, lo que me hace suponer que seguro que a su madre se le ha ocurrido hacer una misa en honor de su hermano. Así que no insisto más.

—Pues venga, ve, antes de que se te escape —la apremio, lo que parece aliviarse sobremanera y, tras darme un beso en la mejilla y pedirme que me lo pase bien, se mete dentro de la iglesia.

Entonces cojo mucho aire antes de girarme y dirigirme hacia el resto, pues creo que ya he evitado demasiado tiempo mis deberes como invitada. Me acerco con la mejor de las sonrisas hacia los homenajeados y abrazo con cariño a José María, tras besar sus mejillas. Espero que eso sirva como felicitación, porque me niego a vocalizar algo que no siento. Darle la enhorabuena por aguantar durante tantísimos años a esa arpía iría en contra de mi propia ética. Como abrazarla y

besarla cuando toca, aunque ella parece opinar como yo, por lo que todo transcurre lo más rápido y frío posible.

Ya al lado de mi padre y Lidia, me dedico a hablar con ellos unos minutos, en los que, cómo no, el vestuario de mis sobrinas sale a colación. Supongo que es casi obligatorio, aunque también que todos nos lo tomemos con buen humor.

La hermana de Chema no tarda en aproximarse, por lo que cambiamos de tema y pasamos un buen rato charlando sobre su vida en Estados Unidos y cómo se siente ante este viaje.

En ningún momento vuelvo a buscar a Chema con la mirada, aunque me muero por hacerlo. Me obligo a ignorar que se encuentra a escasos metros, o quizá solo a pasos, intentando comportarme con naturalidad. Lo que consigo, por otra parte. Pero es inevitable que, al final, al ser además muy pocos invitados al convite, todos acabemos juntos, formando un círculo en el que me encuentre prácticamente frente a él.

Teresa y Julián también tienen el honor de asistir a la comida, al ser los padrinos de Marta. A estos lazos la suegra de mi hermana les da mucha importancia. Por lo tanto, Colás también va, en la misma coyuntura. Tampoco podían faltar la hermana de Adela y su marido, junto con su hijo Fernando, su mujer y el niño de ambos, de unos ocho años. La tía de Chema es igualita a su madre, por Dios, aunque al menos sabe sonreír. Y su primo, pues... como siga mirándome el canalillo tan a lo bestia, a lo mejor se lleva una colleja, mía o de su pareja.

Tras las presentaciones, besos y frases de rigor, me enfrasco en una conversación superficial con Teresa, situada a mi lado.

—Como siga así, va a acabar metiéndose en tu escote —masculla ella de repente, haciendo el amago de taparse un poco el suyo, como acto reflejo.

—No va a tener esa suerte. Así que... que disfrute de las vistas —digo con un poco de chulería. Y solo por fastidiar, me bajo unos milímetros más la cremallera.

—Laura... —Teresa rebosa reproche en su voz, pero no puede disimular la sonrisa que se le escapa justo a continuación.

—Joder, pareces la de aquel anuncio —comenta Julián abrazando a su mujer por detrás y apoyando la cabeza en su hombro—. ¿Cómo era...?

—Busco a Jacq's —contesta Colás con una fugaz sonrisa y poniéndose a mi lado.

—No seáis exagerados. Aquel vestido era mucho más ceñido y más escotado...

—Y aquí al único que puedes encontrar es a Fernandito. —Ríe Julián, aunque, supongo que al pensarlo bien, acaba poniendo una mueca de asco.

—Bueno... —Su hermano ríe entre dientes y mira hacia mi izquierda. Lo oigo antes de verlo, lo que casi agradezco, porque así interrumpe lo que quiera que fuese a decir Colás.

—Hola, Laura.

Giro la cara y me encuentro con Chema enfrente. No había reparado en lo bien que le sienta el traje oscuro que lleva. Ni la camisa blanquísima con dos botones desabrochados. Ni el estudiado afeitado, como si luciese una cuidada barba de dos días. Ni el pelo repeinado hacia atrás, aunque con esos mechones rebeldes que siempre se abren sobre su frente. Mierda... Está demasiado guapo, joder. Y yo demasiado tonta. Vivo con él, como con él, incluso me acuesto con él. ¿Qué me pasa? ¿Acaso me ha dejado lerda el haber dormido a su lado toda una noche entera?

Por suerte, parece que mi falta de respuesta pasa desapercibida, porque los oigo hablar entre ellos con normalidad, como si yo no estuviese sufriendo un ataque de *enamoaditis* agudo junto con uno de lujuria elevado al máximo exponente. Lo que viene siendo una crisis de gilipollez total.

Observo como Chema mira el reloj y vuelve a girarse hacia mí.

—Venga, tú y yo tenemos que irnos.

—¿Eh? ¿Qué? —A ver, que me voy con él al fin del mundo, pero me acaba de dejar completamente descolocada.

—Ya sabes —me dice con una sonrisa—, los del *catering*...

—¿Los del *catering*? —Ni puñetera idea. ¿Pero de qué me habla este hombre? Por suerte, parezco despertar de este trance, porque sacudo la cabeza y me escucho exclamar—. ¡Ah, sí, claro, los del *catering*!

—Pues eso, chicos. Creo que tenéis pagadas unas consumiciones en el bar de Paco mientras nosotros organizamos un poco todo en casa de mis padres. Nos vemos en una hora o así, ¿vale? —continúa él y, poniéndome una mano en la espalda, me empuja con delicadeza hacia el coche.

Lo miro asombrada durante los primeros pasos, pero pronto me contagio de la diversión que brilla en su sonrisa.

—¿Qué pasa, Laura? —pregunta con picardía.

—¿En serio tenemos que organizar a los del *catering*? —consigo al fin hablar como una persona normal.

—Sí, claro. —Se levanta un instante las gafas de sol, me guiña un ojo y rodea el coche para meterse en él, lo que imito con rapidez—. Es nuestro regalo de aniversario. Solo espero que la comida sea del agrado de mi madre.

—Y el cómo la sirvan —azuzo mientras me abrocho el cinturón, consiguiendo que él amplíe la sonrisa. Y a mí me encanta. Podría pasarme la vida entera viéndolo sonreír. De hecho, voy a hacer todo lo necesario para que no pueda dejar de hacerlo.

Arranca el coche y coge el camino a casa de sus padres sin ningún comentario más, por lo que yo vuelvo la vista a la ventanilla y me muerdo el labio inferior, un tanto eufórica.

—Oye, ¿y qué se supone que tenemos que hacer? —pregunto un poco después, al pensar en ello.

—Tú, desnudarte y quedarte solo con esos zapatos que me están volviendo loco —dice sin girarse hacia mí. Sus palabras consiguen excitarme al momento, pero también que una risa, mitad horrorizada y mitad divertida, se me escape entre los labios.

—¡Estás loco! —chillo, pero acto seguido entorno los ojos y decido jugar a su mismo juego—. ¿Y eso con los camareros delante o a solas?

Chema gruñe en respuesta y pone una mano sobre mi muslo, desplazando la falda hasta mi ropa interior, aunque en ningún momento aparta la vista de la carretera.

—Me has puesto tan duro que no puedo ni mirarte. Si lo hago, juro que te follaré aquí mismo —sisea casi sorprendido, como si él mismo no se creyese que acaba de decir eso.

—¡Madre mía! —Me río quitando su mano de mi pierna—. Tú conduce, conduce.

Él también se ríe por lo bajo y lleva las dos manos al volante, acelerando todo lo que puede en esta estrecha carretera.

—Por cierto —habla de nuevo mientras busca un lugar para aparcar, ya al lado de la ferretería —, tenemos que hacer algo con tu cama.

—¿Eh? ¿Con mi cama?

—Sí, es demasiado pequeña. Me he levantado agarrotado por no poder moverme como quería. Se me escapa una carcajada llena de sorna.

—Pues yo diría que te movías de maravilla.

Él apaga el motor, se quita las gafas, abandonándolas entre los asientos, y me mira con ardor. De hecho, tiene las pupilas incluso un poco dilatadas, lo que solo le ocurre cuando está extremadamente cabreado o muy excitado.

—Durmiendo, cariño. Me refería a durmiendo —susurra, acariciando con su dedo pulgar mi labio inferior y mordiéndose el suyo, lo que me hace gemir sin querer—. Joder, Laura, no hagas eso.

—¿El qué? —pregunto, aunque lo cierto es que las palabras me salen como otro gemido.

—Mierda. Vamos, corre —me apremia y sale del coche con una rapidez pasmosa mientras se coloca bien la chaqueta sobre su entrepierna una vez está fuera, lo que me hace reír con ganas—. Sí, tú riéte, que en nada estarás jadeando —me suelta casi empujándome hasta la puerta.

Y eso hago. Jadeo, pero ante su frase.

—Serás prepotente... —me obligo a decir—. Y además, vete quitándote esa idea de la cabeza. No pienso...

Pero me quedo hablando sola cuando él se dirige a grandes zancadas por el pasillo hacia la parte de atrás, donde una chica prepara aperitivos en unas bandejas sobre la mesa de la cocina. Observo a través de la ventana como tres camareros, uniformados para la ocasión, se afanan en colocar cubiertos y vajilla sobre la mesa ya vestida con un mantel blanco.

—¿Todo bien, Aurora? —pregunta Chema en voz alta en cuanto pone un pie en la estancia.

—Sí, Rubio, todo controlado. Ya hablamos de cómo querías cada cosa. No debiste adelantarte a los demás —le dice la chica con una sonrisa mientras mira el reloj.

—Ya, pero tenía que venir de todas formas.

—Vale, pero de verdad espero que no lo hayas hecho por nosotros, no era necesario que...

—Sí, créeme, era necesario —la interrumpe él dando un paso atrás y tirando de mí, para llevarme de vuelta al pasillo. Una vez fuera de la cocina, parece recordar algo, porque se frena y mete la cabeza por la puerta—. Por cierto, cualquier cosa pega un grito, ¿vale? Tengo que hacer unas cosas arriba.

—Vale, sin problema —contesta ella, pero nosotros ya estamos subiendo las escaleras. O más bien, él las sube y a mí me arrastra, literalmente.

—Me gustaría a mí verte correr con estos tacones puestos —termino quejándome a tres escaleras del final.

Él se detiene un instante y me mira con la sonrisa más perversa de su repertorio.

—Eso es justo lo que voy a hacer. Verte correrte con esos tacones puestos.

Le doy un cachete en el abdomen, que es lo que más a mano tengo.

—Serás... Ni se te ocurra. No sé qué coño te ha poseído, pero no voy a...

—Esos zapatos. Han sido esos zapatos —asegura, acorralándome ya contra una puerta y con sus labios sobre los míos—. ¿Qué creías que iba a pasar cuando te los viera, Laura?

—No sé... Esto, supongo. Pero también que esperarías a la noche, o al menos a estar en un lugar más...

—Uf, hablas demasiado —protesta justo antes de besarme. Y cómo me besa, joder. Que parece que quiera comerme enterita. Su lengua parece no saciarse de mi boca e incluso entran en juego sus dientes, tirando de mis labios y bebiendo los pequeños gemidos que soy incapaz de reprimir. Sus manos tampoco están quietas; me suben el vestido a la altura de la cintura y me agarran luego el trasero, apretando y soltando mis nalgas desnudas. Es lo que tienen los tangas, que mucho no tapan—. Joder, Laura —sisea, apartando un momento una mano para llevarla al picaporte tras mi espalda y, después de girarlo, me empuja dentro de la estancia.

A pesar de la excitación, miro a mi alrededor y descubro que estamos en el baño. Me encuentro pensando que ojalá fuese su antiguo cuarto, ya que tengo mucha curiosidad por saber cómo era Chema antes de casarse. Claro que eso se me olvida en el instante en que él me sienta sobre el mueble del lavabo y comienza a abrir la cremallera de mi vestido con la boca, parándose

unos segundos para depositar besos húmedos y calientes en cada trozo de carne que va desnudando.

Enrosco las piernas en sus caderas y apoyo la cabeza contra el espejo, mientras mis manos vuelan a su pelo, destrozando el peinado que lucía para la ocasión.

Cuando llega al ombligo, hace el camino a la inversa hasta que vuelve a mi cuello, abarcando ahora todo lo que puede de él en su boca, mordisqueándolo y aspirándome de una manera que me vuelve loca. Tanto que es cuando estoy desabrochando el último botón de su camisa que me doy cuenta de lo que hago y, sonriendo como una tonta, me recreo metiendo las manos dentro de ella y acariciando todo lo que encuentro a mi paso. Sus pectorales, su estómago, sus costados. Hasta pellizco un poco sus pezones causándole un respingo y que se deshaga de su chaqueta más que rápido. Me río ante sus ademanes apurados, pero la risa se me corta en seco cuando se agacha y, apartando el tanga a un lado, empieza a trazar con su lengua cada uno de mis ya encharcados pliegues. Cuando rodea con sus dientes mi clítoris y lo azota con la lengua, tengo que morder una de mis manos para no soltar un grito de puro placer.

—Para, por Dios, para —le suplico sin saber muy bien lo que digo, porque, cuando lo hace, más deprisa de lo que me gustaría, suelto un quejido de protesta que lo hace sonreír.

—¿Paro o no paro, preciosa? —susurra, apropiándose de mi boca y dándole un tirón a mi cremallera con el que me abre el vestido del todo. Después lo aparta a ambos lados de mi cuerpo, deja de besarme y se recrea mirándome de arriba abajo—. Jesús, Laura, eres perfecta.

Con un jadeo, vuelve a besar todo lo que tiene a su alcance, como si nunca se diera por satisfecho. Mis pezones, desplazando de cualquier manera el sujetador, mi estómago, mi vientre, mis caderas. Sigue bajando por mi cuerpo, estirando una de mis piernas hasta que su boca llega al empeine de mi pie, desde donde me lanza una mirada abrasadora antes de deshacer su camino de nuevo. Una parada demasiado corta en mi entrepierna me hace ahogar un sonoro gemido, para luego regresar a mi boca y darme el beso más lascivo que he recibido nunca. Y con él ya llevo unos cuantos con los que comparar.

—Joder, pelirroja, qué bien sabes. Es que no sé qué prefiero besarte.

Sonrí en su boca y voy directa a por su cinturón, que desabrocho en segundos. El botón y la cremallera corren la misma suerte y, sin esperar ni a bajarle el pantalón, meto la mano bajo su bóxer y acaricio su erección, más dura, caliente y gruesa que nunca.

—Dios, Chema, ¿cómo puedes estar así? Hace solo cuestión de horas que...

—¿Y eso me lo preguntas tú? —me interrumpe con la voz enronquecida por la excitación y metiendo dos dedos de golpe dentro de mi sexo que, empapado, los acepta sin un ápice de dolor. Solo hay placer, placer que traduzco en un jadeo que me sale de lo más hondo, mientras aprieto su miembro con una mano y con la otra trato de bajarle toda la ropa para tener mejor acceso.

Él me ayuda con la que no tiene ocupada en mí y, en cuanto siente su erección libre de ataduras, retira los dedos, se enfunda un condón y se introduce en mi interior de una forma tan demencial que acabo casi empotrada contra el espejo.

—¡Joder! —exclamo, amortiguando mi grito en su hombro, mientras él gruñe algo ininteligible entre dientes. Y sale casi del todo, para volver a meterse del mismo modo.

Esta vez no emito ningún sonido, ha sido tan brutal que me he quedado sin palabras. Solo acierto a morderle el cuello y a menearme contra él, intentando no sé qué. Porque no quiero que afloje el ritmo, ni que se retire. No sé lo que quiero, solo sé que tengo una necesidad enfermiza de moverme.

Pero Chema parece malinterpretar mis movimientos porque se retira y me levanta la cara, sujetando mi barbilla.

—¿Estás bien? —pregunta con el ceño fruncido por la preocupación.

—Sí, Dios, sí. No pares, por favor.

Él, en una exhalación, suelta el aliento sobre mis labios y se mueve muy despacio para introducirse de nuevo. Toca fondo y vuelve a retirarse, esta vez solo un poco, abarcando con las dos manos mis mejillas.

—Esto va a ser rápido, pelirroja —me avisa, o me asegura. Tampoco lo sé.

—No me importa, pero hazlo. Muévete, joder.

Y con una sonrisa maliciosa y maravillosa, entra en mí una vez más como si le fuese la vida en ello. Yo me retuerzo contra él y, de nuevo, repite el movimiento. Y yo sigo buscando esa fricción, desesperada. Ahora ya sé lo que quiero y lo quiero ya. Agarro con mis manos sus nalgas para acercarlo más, aunque creo que eso ya es inviable, pero así gano unas milésimas de segundo retozándome contra su cuerpo antes de que vuelva a sacarla. Él parece leerme el pensamiento porque, en cuanto lo hace, coge una de mis manos y la lleva a mi clítoris.

—Tócate —me pide con la vista clavada en mis ojos—. Me encanta cuando lo haces.

—Oh, Dios —susurro por el latigazo de puro deseo que ha cruzado mi vientre al oírlo. Y lo obedezco encantada, acariciándome justo sobre ese punto que puede llevarme al orgasmo en cuestión de segundos.

—Venga, pelirroja, justo así. Córrete conmigo —casi gruñe, ahora con la vista puesta donde se unen nuestros cuerpos, lo que me parece tan erótico como lo que me dice. Me contempla durante unos instantes en los que yo no puedo quitar la vista de su cara, observando como unas pequeñas gotas de sudor cubren su frente, como se muerde el labio inferior y deja caer los párpados sin cerrarlos del todo; leyendo en ella todo el placer que siente.

—Por Dios, Chema, necesito... Necesito que te muevas. Por favor —acabo por rogarle, rotando mis caderas.

Y él no necesita más. Vuelve a retomar esos movimientos salvajes, casi bruscos pero que hoy los dos necesitamos. Me colma para luego dejarme casi vacía, a la maravillosa espera de que me llene otra vez de esa manera gloriosa y bestial.

No precisamos de mucho tiempo para acabar los dos casi al unísono. Una maldición ahogada de Chema es lo que desencadena que yo suba muy alto para luego caer entre espasmos, tan desmadejada y satisfecha que sigo gimiendo bajito aun cuando él se queda muy quieto dentro de mí. Una última convulsión del orgasmo brutal que he tenido me hace apretar las piernas, todavía cruzadas en la cintura de Chema, apretándolo contra mí y robándole un pequeño jadeo. Apoya su frente contra la mía y me regala una sonrisa un tanto avergonzada.

—Lo siento, Laura. No sé qué es lo que me haces, pero creo que he olvidado la delicadeza por ahí.

Sonrío y le aparto los mechones de la frente, jugueteando con su pelo, pero, salvo un suspiro, nada más sale de mi boca.

—Joder... —continúa él—. Es que soy incapaz de controlarme contigo. Podría estar haciendo esto el resto de mi vida y...

Se calla en medio de la frase y percibo como se le ensombrece el rostro, como si se diese cuenta de lo que está diciendo o, más bien, de lo que implican sus palabras. Se separa de mí bajando la mirada y da dos pasos hacia el papel higiénico, coge un trozo enorme y me lo tiende antes de ocuparse de sí mismo.

—Chema... —lo llamo cuando comienza a vestirse intentado no mirarme.

Clava sus ojos en mí y, como si supiera exactamente qué pienso, se encoge de hombros.

—Lo siento, Laura —dice, serio—. Era una forma de hablar... Yo no quiero que creas... Yo...

Lanzo el papel de cualquier manera al váter y me acerco a él. Mis manos, sin que pueda evitarlo, vuelan a su rostro, lo acarician, son más honestas que mi boca, que no sé cómo no se atraganta al pronunciar las siguientes palabras.

—Tranquilo. No pasa nada. Sé lo que somos, Chema. Lo que tenemos. No te he pedido nada más.

—Es que... Joder. A veces me siento como un puto capullo, tú no te mereces esto, tú...

—Sé lo que me merezco —susurro sin pararme a pensar—. Merezco un chico que me quiera, que pasee conmigo de la mano y que no me esconda.

Él da un respingo y yo maldigo mi puta boca, pero esta solo ha pecado de sincera. Compongo una sonrisa encantadora para que vea que no he pretendido ser hiriente y continuo, utilizando esta vez mi cerebro.

—Pero no es eso lo que ahora quiero, ¿vale? Ahora quiero divertirme, follar todo lo que no he follado nunca, ¿te parece? Vamos, hacer exactamente lo que estamos haciendo.

Él menea la cabeza, pero al rato acaba por sonreír de medio lado al tiempo que besa mis labios.

—Anda, adecéntate un poco —dice mientras me da un pequeño azote en el trasero—. Te espero abajo.

Y en cuanto desaparece tras la puerta, yo exhalo un enorme suspiro. Sí, he logrado que vuelva a sonreír y le he quitado hierro al asunto, entonces... ¿por qué narices me duele tanto el pecho?

Chema

—En serio, teníais que haberle visto la cara a mi jefa cuando se quedó con el peluquín en la mano —se explaya Teresa con la anécdota ante nuestras risas.

—Hombre, tú imagínate en su lugar... —Ríe Lidia.

—Y, encima, el que lo llevaba era un tío de buen ver. Vamos, que eso no se lo esperaba en la vida —añade Laura con los ojos brillantes a causa de las carcajadas.

—Desde luego, ¡eso fue lo mejor! —continúa Teresa—. Ella, que corrió a atender a aquel tío bueno que acababa de entrar por la puerta... ¡Dios! Sus cuñadas, las artífices de la broma, casi se mean de la risa.

—Pero, a todo esto, ¿por qué le hicieron eso a la pobre mujer? Hoy en día la gente no sabe qué hacer para llamar la atención, por Dios —comenta mi madre antes de llevarse la taza de café a la boca.

—Es que verás, Adela, a Paula le gusta vacilar como a la que más... Todavía recuerdo el día que tiñó a una de ellas y le dejó el pelo verde solo por ver su cara de horror. Hacía tiempo que se buscaba la revancha.

—Eso, más que un trabajo, parece el instituto, nena —mete baza Julián, tirándole un trocito de pan a su mujer.

—Pues sí, la verdad. Nos lo pasamos pipa —reconoce ella, devolviéndole lo que le ha lanzado—. Pero no creo que vosotros os lo paséis peor. A saber qué hacéis tantas horas juntos aparte de levantar paredes, que a mí no me engañáis, que os gusta cotillear como a cualquiera.

—Piensa el ladrón que todos son de su condición —deja caer Colás sin tan siquiera mirarla, ganándose un manotazo por su parte que le hace esbozar una sonrisa.

—Oye, con mi mujer solo me puedo meter yo —protesta Julián, tirándole a su hermano la tapa de una botella.

—Joder, a ella miguitas, ¿no? Que yo soy de tu sangre, hombre.

—Ay, sí, pero es con ella con quien duerme —interviene Laura, riéndose divertida ante la tonta discusión de los de siempre.

Yo también me estoy divirtiendo, la verdad. La comida ha estado genial y, ahora que ya se han ido mis tíos y mi primo con su familia, un poco después de que lo hiciesen los del *catering* tras recoger casi todo, los que quedamos parece que no tengamos muchas ganas de ponerle fin a la sobremesa. A este paso, vamos a tener que servir las sobras para cenar.

Pongo una mano delante de mi gran sonrisa y le guiño un ojo a Laura, que también me mira justo en ese momento. Aunque, a continuación, no puedo evitar mirar a mi alrededor por si alguien ha percibido mi gesto. Tranquilo, después de comprobar que todos están pendientes de mis amigos, observo a la pelirroja, que se está sirviendo un chupito de licor café.

Está preciosa. Espectacular. Aunque ya no queda nada del carmín rojo en sus labios y del moño se le escapan más mechones que al principio, yo juraría que ahora está incluso más guapa que en la iglesia. Y eso que allí casi me da un pasmo al verla. Es que ese vestido... Y esos jodidos zapatos... Me puso frenético. Como una moto. No pude evitar tocarla en cuanto tuve ocasión.

No sé qué me pasa con ella. Tiene el poder de freírme literalmente el cerebro, dejándome solo funcionando con una parte de mi anatomía y, claro, luego pasa lo que pasa. Que acabamos echando un polvo alucinante y de mi boca salen palabras que ni he pensado antes. Palabras que, aunque sinceras durante ese segundo en el que las decía, no puedo ni tan siquiera considerar como ciertas.

Es verdad que me tiene loco, pero esto es solo sexo, lujuria. Deseo. ¿No?

—Papi, papi... —Me zarandea Llara mientras me coge de un brazo para llamar mi atención, cosa que ahora mismo agradezco mucho. Ya estaba mi mente elucubrando idioteces—. Dile a Marta que ahora me toca a mí ser la profe. Ella ya lleva siéndolo mucho rato... Mucho.

Me giro hacia la aludida, que se acerca a nosotros con mala cara.

—Marta... —la reprendo cabeceando.

—Es que soy la mayor —explica cruzándose de brazos—. Y sé más que ellas.

—Pero estamos jugando... —sigue protestando la pequeña—. Y yo soy la segunda más mayor.

Me toca ser la profe.

—Bah, eres mayor que Sofi por muy poco, tampoco te pases —replica su hermana.

—Pero lo soy. Tú también eres por poco. Tienes seis.

—Sí, pero soy mucho más lista. Así que...

—A mí ya no me va a tocar nunca serlo, ¿no? —interviene Sofi, dirigiéndose a mis dos hijas y haciendo que yo tenga que reprimir la risa.

Marta y Llara la miran y, como supongo que no saben qué contestarle, se callan y suspiran casi a la vez.

—Da igual —dice Llara después de unos segundos—, ya no quiero jugar más. Ahora quiero un pastel.

Antes de que a mí me dé tiempo a coger uno y ofrecérselo, ella corre junto a su madrina, frente a mí, y se sienta en su regazo.

—El de nata y chocolate, Mina. Ese, ese... —le pide aún acomodándose.

—Vale. ¿Este? —Laura se incorpora un poco para llegar al centro de la mesa, donde hay dos enormes bandejas con los postres. Coge dos, le pasa uno a Llara y el otro se lo da a Sofi, que también ha corrido a los brazos de su madre, sentada a su lado. En cuanto la niña lo toma, le acerca su mejilla para recibir un beso—. Mi premio, ¿no?

Sofía obedece con una sonrisa y un sonoro beso, para luego darle un buen mordisco al dulce con el que se mancha toda la boca. Me fijo en que Laura la mira con extrañeza antes de acercarse de nuevo al cuello de la pequeña y olerla con exageración.

—¡Madre mía, qué bien hueles! —exclama—. A fresas, Sofi. Dan ganas de comerte.

—No, es a cerezas. —Se ríe la niña.

—Calla, calla —dice su madre—. Que menudo problemón. Maldita la hora en que compré esa esencia para echársela a un postre... Se empeña en usarla como perfume. Y como su padre tiene exactamente su misma edad mental, pues siempre me la juegan.

Teresa mira al frente y le lanza a Julián una mirada admonitoria que, al ir acompañada de una sonrisa, pierde parte de su fuerza. Luego también mete su cara en el cuello de su hija e inhala muy fuerte, causándole la risa.

—Pero lo cierto es que hay que reconocer que oler, huele bien, eh...

—Entonces... —Esa es Llara, aunque no la miro porque Marta acaba de tocarme y señalarme uno de los dulces, pidiéndomelo sin emitir ni una palabra, por lo que estoy ocupado en ello—. Entonces... —repite.

—¿Entonces, qué? —le pregunta Laura.

—¿De eso hablaba mami? ¿De mi colonia? —cuestiona mi hija menor, consiguiendo con una simple palabra, «mami», tener toda mi atención. Bueno, la mía y la de toda la mesa, que el que más y el que menos ha dejado a un lado lo que fuese que estaba haciendo para observarla.

—¿Cómo, cariño? No te entiendo. —Su madrina arruga la nariz y la contempla, confusa.

Llara la imita, frunciendo su nariz y también la frente, pero repartiendo su mirada entre su

hermana y yo durante unos segundos, seguramente pensándose si explicarse o no.

—Llara... —la anima Laura—. ¿De qué estás hablando, princesa?

—La esencia... ¿es la colonia que usamos? —le responde la niña con otra pregunta, desconcertándonos un poco más a todos, a juzgar por las caras que estamos poniendo.

—Bueno, sí. En este caso sí, pero cuéntame qué es lo que estás pensando.

—Es que... Es que... —Llara parece indecisa, pero, al final, como si así solo pudiese escucharla Laura, le coge la cara entre sus manitas y dice en lo que pretende ser un susurro—. Es que mami me dijo que no perdiera nunca mi esencia. ¿Quería que no cambiase nunca de colonia? —pregunta con extrañeza.

Laura sonríe con dulzura y le acaricia una mejilla.

—No, cariño, seguro que no se refería a eso. Creo que pretendía decirte que nunca cambiases tú. ¿Lo entiendes?

La niña vuelve a arrugar mucho su carita y la gira buscándome a mí.

—Pero yo... Yo voy a cambiar, porque tendré que crecer, ¿no, papi?

No sé si reírme con su salida o llorar de la emoción, así que compongo una mueca rara antes de forzarle a sonreír.

—Claro que tienes que crecer, cariño —respondo, aunque tengo que carraspear para continuar—. Se trata de que no cambies por dentro, que siempre seas así de adorable y buena.

—Ah... —Mi pequeña abre mucho los ojos y se queda pensativa unos minutos. Minutos en los que todos guardamos un silencio casi solemne—. Vale, eso creo que puedo hacerlo.

Ahora sí que prácticamente escupo una especie de risa, mezcla de alivio, amor por esa criatura y diversión. Y quizá también haya algo de lástima en medio que intento por todos los medios disimular.

—Una cosa —interviene Marta con los ojos entrecerrados y clavados en su hermana, lo que me produce un poco de pavor—, ¿y cuándo te dijo eso mamá, si puede saberse?

Llara se pone muy nerviosa ante la pregunta. Se encoge de hombros y abre y cierra varias veces la boca, hasta que acaba escondiendo la cabeza entre sus hombros.

—¿Cuándo, Llara? —repite Marta.

—Basta, Marta —le exijo yo en apenas un susurro—. No tiene la más mínima importancia cuándo...

—Claro que la tiene. Era muy pequeña cuando mamá... cuando mamá... No puede recordar algo así, ¿no?

—Bueno, ¿por qué no? —intercede Lidia intentando aplacar a la niña—. A veces recordamos...

—Llara, dímelo. ¿Cuándo? —insiste Marta obstinada, ignorando a Lidia y centrándose solo en su hermana.

—Por el amor de Dios... —masculla mi madre.

—Marta, ya... —Y mi tono, aunque sigue siendo bajo, ya es no es nada calmado. Pero mi hija pequeña parece ni oírme, porque es entonces cuando contesta a Marta.

—Cuando se despidió de mí —explica, bajando la vista al mantel.

—¿Qué? No entiendo. ¿Cómo iba a...? —Marta se interrumpe a sí misma y pone sus brazos en jarras—. ¡Llara, no! ¡No empieces con eso de que mamá habla contigo! ¡No! ¡Eres una tonta! Siempre con lo mismo...

—Ya no lo hace. Ella ahora sí se fue —se defiende mi niña intentando parecer serena, pero con su labio inferior ya tembloroso.

—Pero... ¿qué están diciendo estas niñas, Chema? ¿A qué se refieren? —se exaspera mi

madre.

—¡Claro que se fue! ¡Está muerta! —grita Marta ajena a todos—. Y tú... Tú...

—Marta, para. —Incluso la cojo del brazo y hago un pelín de presión para que deje de chillar, pero ella no aparta los ojos de su hermana.

—¿Es para llamar la atención? —le reclama mientras Llara comienza a llorar—. ¿Es para eso? Como si tú fueses su favorita y los demás no le importásemos, ¿no?

—¡Marta, cállate! —acabo por gritarle, total para nada.

—¡De haber podido despedirse lo habría hecho de todos! ¡No eres tan especial! ¡No eres...!

Acabo por cogerla en volandas y sacarla de allí, mientras escucho como mi madre comienza a nombrar a todos sus santos favoritos, pero, al contrario que yo, no para maldecirlos, sino para rezarles algo. Joder, justo lo que faltaba para el flipante espectáculo que se acaba de montar.

Para cuando llego con Marta al sofá, ella ya está llorando a lágrima viva. Se aferra a mi cuello e intenta decirme algo, pero entre tanto sollozo soy incapaz de entenderle nada. Le acaricio la espalda y me siento con ella en el regazo. Sé que debería enfadarme con ella y reprocharle su actitud, pero también entiendo su frustración, su dolor, por lo que ahora mismo no puedo hacer otra cosa más que besarle el pelo y estrecharla entre mis brazos mientras emito sonidos tranquilizadores, esperando que se calme cuanto antes.

—Papi, yo... Yo... —balbucea unos minutos después.

—Tranquila, cariño. Shhh...

—Yo... Lo... Lo siento mucho, pero...

—Ya está, ¿vale? No pasa nada, de verdad.

Le cuesta todavía otro buen rato ser capaz de decir una frase entera.

—No me he portado bien con Llara, pero...

—Eso se arregla con una disculpa, princesa. Sabes que ella te perdonará enseguida.

—Ya, pero... Pero en el fondo, en el fondo...

—Ya sé. Ya sé. Creerla duele, ¿verdad? —pregunto, apartándola un poco de mí y mirándola a la cara. Quizá la estoy tratando con demasiada madurez para su edad, pero es Marta y con ella los años se miden de una manera distinta.

Ella me observa sorprendida. Más bien, desconcertada ante mi pregunta, como si por primera vez se plantease la posibilidad de que su hermana pueda estar diciendo la verdad.

—¿Tú la crees?

—A ver... Yo creo que realmente Llara piensa que habló con ella, eso sí —digo, intentando ser todo lo diplomático que puedo. E ignorando a propósito mi propia experiencia en el cementerio—. No sé si lo ha hecho de verdad o si tiene unos sueños muy vívidos, pero lo que sí sé es que no lo dice por nada de lo que la has acusado.

Marta baja la cabeza y se sorbe los mocos mientras se limpia la cara con el dorso de sus manos, cosa en la que la ayudo ofreciéndole una sonrisa cómplice. Un segundo después aparta su mirada hacia ningún sitio en especial y yo sé que está dándole mil vueltas a mis palabras.

—Vale. Puede que sea como dices. Pero, papá...

—¿Sí? —la apremio cuando se interrumpe y comienza a restregar sus manos en su regazo.

—¿Tú crees que lo hizo de verdad? Hablar con ella, digo. Es imposible, ¿no? Mamá está muerta y... Y eso. Yo... Yo no puedo creerlo. No puedo, en serio.

—Bien, no tienes por qué hacerlo, nadie te lo pide. Solo que respetes que ella sí lo cree, ¿de acuerdo? Eso es ser tolerante. ¿Recuerdas que no hace mucho me preguntaste el significado de esa palabra? Pues ahora es un buen ejemplo para que la uses.

—Pero tú... ¿qué piensas sobre eso? ¿Tú la crees? Nunca me contestas a esa pregunta.

Suspiro y miro al techo durante unos segundos sin saber muy bien qué responder. Antes de Clara, mi respuesta habría sido un no rotundo. Ahora... no sé si en realidad se podía comunicar con Llara de una forma tan clara como dice la niña, pero que han pasado cosas extrañas sí tengo que reconocerlo. Yo olí su perfume. Yo...

Sacudo esos pensamientos y acaricio el pelo de mi hija deseando acertar con mis palabras.

—Yo solo quiero creer que tu madre era tan especial que encontró la manera de llegar a alguien para decirnos adiós, cariño. Y que ese alguien fuese tu hermana no debería parecernos mal, sino todo lo contrario.

Marta me mira con fijeza durante mucho tiempo después de lo que le he dicho. Tanto que acaba por ponerme un tanto nervioso. Espero estoicamente a que su cabecita emita un veredicto sobre la cuestión sin apurarla lo más mínimo. Lo único que quiero es no tener que volver a revivir una escena como la de hoy nunca más. Ya han sido demasiadas y en todas ambas niñas sufren muchísimo. De hecho, todos a su alrededor lo hacemos.

—Vale. No voy a volver a enfadarme con Llara por esto nunca más. —Se baja de mis piernas y se sienta a mi lado en el sofá—. Ya puedes volver con los demás, yo voy a quedarme aquí un ratito.

La miro enarcando las cejas, buscando un porqué a su última afirmación.

—Ahora mismo me da un poco de vergüenza salir, papá. ¿Podrías decirles tú a Llara y a Sofi que entren a ver la tele conmigo? Así le pido perdón a mi hermana sin demasiados testigos.

Me muerdo el labio inferior para no sonreír, pues seguro que la ofendería. Pero es que habla utilizando palabras tan adultas y con tanta seriedad dentro de ese cuerpo tan pequeño...

—Está bien, princesa. Se lo diré. —Me muevo para acucillarme a su lado—. ¿Pero seguro que no quieres que me quede un ratito más contigo?

—No, papá. Vete a charlar con los mayores. Solo diles a ellas que vengan.

Asiento con la cabeza y le acaricio una mejilla con inmensa ternura.

—Sabes que te quiero muchísimo, ¿verdad?

—Sí, papá. —Me dedica una sonrisa tímida, que rápidamente convierte en pícaro—. A pesar de que soy una listilla la mayor parte del tiempo.

Suelto una carcajada y le doy un abrazo en el que la apretujo hasta hacerle reír.

—¿Te cuento un secreto? La mayor parte del tiempo me encanta que seas una listilla.

—Lo sé —dice ella muy resuelta. Y yo vuelvo a reírme mientras me levanto. Es cuando estoy justo en la puerta que vuelve a llamarme—. Papá.

—¿Sí?

—Yo también te quiero. Muchísimo.

Una hora después y con la crisis resuelta, aunque no olvidada, seguimos sentados a la mesa charlando, mientras las niñas continúan dentro entretenidas con la tele. He de decir que a mi vuelta el ambiente estaba un tanto tenso, pero, como nadie sacó el tema y a mí lo que menos me apetecía era hablar de él, pronto todos pusieron un poco de su parte para volver a la normalidad. Todos menos mi madre, claro, que sigue echándome miradas reprobatorias como si yo hubiese sido culpable de algo de lo sucedido. Sé que no tardará mucho en pillarme a solas y hacerme un interrogatorio de los suyos; solo espero que, por Dios, no sea hoy.

—Chicos, es Pedro —comenta Colás atendiendo a un mensaje de su móvil—. Si nos apetece tomarnos algo en el bar de Paco. Acaba de llegar a casa desde el trabajo.

—Santo cielo, es que ya son casi las nueve de la noche —dice Lidia mirando el reloj que lleva en su muñeca—. Lo cierto es que todos tendríamos que pensar en irnos a cualquier otra parte, ¿no?

—A mí solo me apetece irme a casa y tirarme en el sofá —expone mi suegro con naturalidad, pero luego parece pensárselo un segundo y se dirige a mis padres—. Aunque lo he pasado realmente bien. Muchas gracias por la invitación, Adela, José María...

—De nada, hombre. Nadie de los que están a esta mesa podía faltar hoy. El gusto es todo nuestro —dice mi padre con un ademán.

—Bueno, y nosotros, ¿al final qué hacemos? —pregunta Colás—. ¿Alguien se apunta?

—Nosotros, no. Sofía debe de estar cansadísima y nos iremos también a casa.

Mientras Teresa dice eso, Laura y yo nos miramos casi a la vez. Juraría que preguntándonos las mismas cosas. ¿A alguno de los dos le apetece? ¿A alguno de nosotros le importa quedarse con las niñas y que vaya el otro? Mejor nos vamos los dos para casita y acostamos a las niñas para después volver a repetir lo del baño, aunque no sea en un baño. Bueno... Tal vez me haya envalentonado un poco y esto último únicamente lo pienso yo, pero vamos... Que sin duda elijo la opción C.

—¿Rubio, Laura, Adela? Yo ya he quedado con él, pero vosotros, ¿qué?

—Pues... No sé —responde Laura todavía mirándome, cosa que soluciona al instante apartando con rapidez sus ojos de los míos.

—Ve si te apetece, Laura —le digo, aunque ojalá no acepte mi sugerencia.

—O ve tú —me responde ella al momento—. Me quedo con las niñas sin problema. Al fin y al cabo, hoy es más tu día que el mío.

—Nosotros podemos... —comienza a ofrecerse Lidia, pero mi madre la corta en seco.

—Pero qué tontería —replica dirigiéndose a Laura—. ¿Por qué va a ser más su día que el tuyo?

—Pues... —intenta decir Laura, pero mi padre la interrumpe con una risa socarrona.

—En realidad, Adela, la chica tiene razón. Si nosotros no nos hubiésemos casado un día como hoy hace cincuenta años, es probable que Chema no existiese, ¿no?

—Tú siempre tan ocurrente —masculla mi madre—. De todas formas, Laura, la que debería salir eres tú, que eres la que no tiene ningún tipo de ataduras. A ver si, con un poco de suerte, encuentras un hombre con el que estar que no sea el de tu hermana.

Abro la boca, estupefacto ante lo que acabo de oír. Como todos, vaya. Creo que hoy estamos demasiado sincronizados porque parecemos marionetas actuando igual cada vez que pasa algo inesperado. Pero es que esto... Joder. Fulmino a mi madre con la mirada al ver a Laura completamente roja, a punto de estallar, pero conteniéndose a duras penas.

—Joder, mamá... —me escucho decir sin pensar—. ¿Qué carajo estás...?

—¡Adela, por Dios! —me apoya mi padre, observándola con la cara desencajada.

—A ver, a ver... Tranquilizaos los dos, que no era mi intención ofender a nadie. Simplemente, que sigáis viviendo juntos no me parece ni mucho menos adecuado y eso no es un secreto para nadie, ¿no? Así que si Laura encuentra a...

—Laura está perfectamente como está, pero gracias por tu interés, Adela —contesta la propia Laura, cruzando los brazos sobre la mesa.

—Por Dios, niña, ¿cómo puedes decir eso? Estás en una casa que no es tuya, criando a unas hijas que no son tuyas y conviviendo con un hombre que...

—Que no es mío —acaba Laura la frase con retintín—. Si le sirve de consuelo, las niñas son mis sobrinas, tampoco es como si me hubiesen encontrado en la calle.

—Laura... —Ese es Abel, que la conoce bien.

—Bueno, yo... —dice Colás levantándose, en una clara muestra de intentar desviar el tema.

—Y nosotros... —lo secunda Teresa, haciendo lo mismo.

—¿Pero es que no hay nadie aquí que vea anormal esta situación, por el amor de Dios? — prosigue mi madre, levantando los brazos y luego dejándolos caer sobre la mesa.

—Adela, cállate ya —susurra mi padre.

—Pero es que no puedo callarme, porque...

—Mamá, por favor... —le pide mi hermana, apretándole una mano—. No es el momento ni el lugar.

—Lo dicho, yo me voy. Si alguien se quiere acercar, vamos a estar en el bar de Paco —repite Colás y, obviando la cara de mala leche que se gasta mi madre, se dirige a ella—. Gracias por todo, Adela.

—Chicos, ¿por qué no vais los dos a tomar algo con ellos? —nos anima mi hermana mirándonos a Laura y a mí, con lo que se gana una mirada asesina de mi madre de la que no se da ni cuenta—. Las niñas pueden quedarse aquí conmigo. Estoy agotada para salir a ninguna parte, pero no para pasar un poquito de tiempo con ellas.

—Pero estás cansada, tú lo has dicho, no me parece...

—Venga, Rubio, sabes que se van a quedar dormidas en un santiamén después del día que llevan —interviene Lidia—. Y es normal que tu hermana quiere aprovechar todo el tiempo que pueda para estar con ellas.

—En eso lleva razón Lidia, chicos. Salid y pasadlo bien, aprovechad que vosotros podéis — dice Julián.

—Por mí también se puede quedar Sofia, no tengo ningún inconveniente —amplía la oferta mi hermana.

—Oh, gracias, Adela, pero Sofi tiene un pequeño problema para dormir en casas que no conoce demasiado y mejor no tentamos a la suerte. Pero gracias, de verdad.

—Bueno, entonces, ¿qué? ¿Os venís ya o no? —Colás vuelve sobre lo mismo de nuevo, y lo cierto es que el pobre parece bastante apurado por salir de aquí.

Laura y yo nos volvemos a mirar una vez más, sin saber qué decir. O más bien sin saber qué está pensando el otro.

—Venga, por Dios, id a dar una vuelta y aireaos —suelta mi suegro poniéndose en pie y atusándose el bigote—. Yo, a vuestra edad...

—Era lo que me faltaba, Abel. Realmente, esto de ti no me lo esperaba —lo increpa mi madre, mientras se pone en pie y se lleva una mano al cuello como si mi suegro hubiese cometido una falta gravísima—. No basta con que convivan como... como...

—¡Mamá! —la freno enfadado, porque, como acabe la puñetera frase, arde Troya.

Pero ella va a lo suyo, porque ni caso, oye.

—Que ahora los animas a que salgan por ahí juntos, como si fuesen una pareja, como si... ¡Dios mío! Para que los vea todo el pueblo, como si no fuera suficiente con que...

—¡Ya está bien, joder! ¡Mamá!

—Y tú —continúa ahora dirigiéndose a Laura e ignorando mi cabreo—. Todo esto te va a pesar, no habrá ningún hombre decente que...

Laura también se levanta y, muy indignada, abre la boca para interrumpirla, pero es la serena pero fuerte voz de su padre la que lo hace.

—¡Pues nada, Adela! Si tú prefieres que se vayan a casa solos los dos para no dar que hablar, quizás es lo que deberían hacer. No sé por qué narices eso te deja más tranquila, pero, vamos, que allá tú.

—¿Por qué...? ¿Qué quieres decir con eso? —le pregunta mi madre con los ojos entrecerrados.

—No sé, mujer. Imagínatelo. Tienes dos hijos, al menos dos veces tuviste que saber lo que puede ocurrir entre un hombre y una mujer cuando están a solas. Muy buenas noches a todos. —Y sin más, le da un beso en la mejilla a su hija y se mete dentro de casa, supongo que camino de la puerta.

Lidia se queda un par de segundos muy quieta en el sitio, tan perpleja como todos, pero luego disimula una sonrisa de lo más traviesa y, tras despedirse apresuradamente, sale tras su pareja.

Miro a Laura, que está ruborizada hasta la raíz del pelo, aunque en sus ojos puedo ver el orgullo que siente en estos momentos hacia su padre.

—¡Chema! —grita mi madre, haciendo que vuelva la vista hacia ella al instante. La Virgen, está todavía más roja que Laura, parece que la cara le va a explotar en cualquier momento. Aunque, la verdad, no creo que yo esté de un color diferente. Creo que en mi vida he pasado mayor bochorno—. Dime... Dime... ahora mismo que... que ella y tú... no cometéis actos impuros. Que no...

—Mamá, tranquilízate, por favor —le ruega mi hermana, frotándole un brazo.

—Adela... —Ahí está mi padre, sujetándole el otro y dándole aire con la mano que tiene libre.

—¡Soltadme los dos! —los increpa y los aleja a base de manotazos. Y de nuevo a la carga—. ¡Dímelo, Chema! ¡Ahora!

—Por Dios, mamá... —protesto, a la vez que trato de calmarla, pero Laura me acalla echándose a reír.

—¡Joder, esto es de locos! ¿Dónde cojones está la cámara oculta?

—Niña, no te permito...

—Discúlpeme usted, Adela, pero la que no permite que esto siga soy yo. No voy a quedarme aquí ni un segundo más oyendo cómo se me insulta. Colás, me voy contigo.

Y en cuanto se da la vuelta, yo solo quiero irme tras ella.

—Adela —le digo a mi hermana—, si de verdad no te importa, entonces...

—Claro que no, vete, anda, vete —me apura, utilizando incluso las manos.

Y sin siquiera despedirme, me dirijo al salón, donde sí lo hago de mis hijas.

CAPITULO 14

Laura

«¿Estás cometiendo algún acto impuro o es un buen momento para recordarte que te encargas tú de traer las bebidas mañana?».

Leo el wasap que acaba de enviarme Teresa y, muy a mi pesar, me entra la risa.

El cachondeíto que se traen nuestros amigos desde la comida en casa de Adela es de órdago. Es que no se cansan... El que me mandó el lunes Nela iba en la misma línea.

«¿Así que pasándote por el forro el sexto mandamiento, eh? Joder, ¿sabes que he tenido que buscarlos en internet para saber exactamente cuál era ese? Jajaja».

Y eso que ella ni siquiera estaba allí. Tiempo le faltó a Teresa para irle con el cuento. Bueno, los chicos de cotillas también tienen lo suyo, que no se dejaron nada por contarle a Pedro. Joder, y ese sí que no se corta un pelo a la hora de vacilar. Si un día de estos Chema no le da una hostia, es que tiene un ángel de la guarda de lo más diligente. Aunque hay que reconocerles un mérito, a pesar de todo, y es que ninguno me preguntó directamente si eso era cierto o no. Cosa que es de agradecer, porque habría tenido que mentirles a la cara, claro. Supongo que, si nunca se creyeron los rumores, lo sucedido no es más que otra anécdota más. Y si se los creen... pues se lo callan. Genial.

En eso Chema y yo tenemos un máster. En callarnos, digo. ¿Un máster? ¡Un jodido doctorado! Entre nosotros no hemos hablado de lo que pasó el domingo. Yo intenté en un par de ocasiones sacar el tema, pero él me corta quitándole importancia y, al final, yo opto por no dársela tampoco. Es lo más fácil. Al fin y al cabo, ¿qué más da? Si los dos sabíamos ya lo que piensa su madre del hecho de que yo siga en esta casa... Y sobre la actuación de mi padre, con la única que lo comenté fue con Lidia, que solo se parte de la risa cuando lo recuerda. Según ella, mi padre se cansó de oír tonterías y es un *crack* cuando se propone cortarlas de cuajo. Y vaya si lo hizo. Aunque ni siquiera se lo agradecí en condiciones. Lo cierto es que me da un poco de vergüenza hacerlo cuando me siento culpable ante su defensa. Pero también sé que ahora ya no puedo pararlo. No estoy preparada para renunciar a Chema, sea esto que tenemos lo que sea. Aunque, a veces, incluso me haga daño.

Me froto las sienes y me centro en la página de internet que tengo abierta en el ordenador. Debería dejar de divagar y ponerme a trabajar. Solo me falta encontrar el mueble perfecto para terminar el local de Miriam. Ya hemos empapelado y pintado las paredes, e incluso he logrado encontrar y encargar las mesas con sus sillas y todo lo demás. Me falta ese mueble, tal cual como lo tengo en mente, colocado en el sitio justo para que todo quede zanjado. Hoy es miércoles. Si lograra comprarlo esta tarde, la semana que viene podría abrir de nuevo la pastelería.

—Tía, ¿te duele la cabeza? —pregunta Marta acercándose a la mesa, donde, desde que hemos acabado de comer, intento dar con él.

—No, cariño. Es que no me concentro.

—Eso es porque no estás a lo que estás —dice muy seria, haciéndome reír y preguntarme cuántas veces habrá oído esa frase a su profesora. Claro que nunca dirigida a ella, eso sí que no.

—Sí, supongo que es eso —reconozco con una sonrisa.

—¡Papi! ¡Ya llegó papi! —Salta Llara del sofá corriendo hacia el vestíbulo en cuanto oye abrirse la puerta principal, como si hiciese días que no lo ve.

—Hola, princesa —oigo como la saluda antes de que entren en el salón.

—Hola, papi. Hoy de comer hay pasta, aunque creo que a la tía se le pasó un poco porque estaba así como pegajosa, ¿sabes? Pero tú dile que está muy rica, ¿vale? Que si no se pone

triste...

Sonríó al oírlo y meneó la cabeza, resignada. Si lo estoy a que esa niña siempre piense que susurra cuando casi chilla, o a que la comida no me salga como se supone que tiene que salir... no lo sé muy bien. Supongo que a estas alturas ya lo estaré a todo.

—Sí, se me ha pasado un poco —le confieso a Chema a modo de saludo, ya levantándome.

Pero él solo me sonríe y me guiña un ojo mientras recibe un beso de Marta. Es cuando las manda con sendas palmadas en el trasero de vuelta al sofá, que se acerca a mí guasón.

—Qué raro, ¿no? ¿Cómo ha podido salirte mal la pasta? ¡Con lo bien que tú cocinas!

—¡Oye! Que hay un par de restaurantes en el pueblo y Paco hace unos bocadillos de escándalo, así que...

—No te me sulfures... —susurra pegándose a mí y colocando su manaza en mi trasero—. Era una broma.

Me muevo, intentando que deje de hacer eso, pues tengo las manos ocupadas con un vaso y los cubiertos.

—Ehh... Las niñas... —protesto bajito para que ellas no me oigan.

Él las mira de reojo, pero sigue con la caricia, empujándome contra la encimera.

—Ni se enteran.

—Pero yo sí, para.

—Joder, yo también, por eso lo hago. Es que tienes un culo... Joder, cómo me pone.

—Chema, por Dios, esto...

Yo creo que se toma mis protestas como un reto, porque lo siguiente que hace es restregar su pelvis contra mí.

—¿Estás loco? —Y ahora sí que me revuelvo, tratando de escapar de él.

—Si sigues moviéndote así, sí que se van a enterar —murmura, provocador, pero da un paso atrás para dejarme pasar. Lo miro con los ojos entrecerrados de camino a la mesa. ¡Vaya, hoy está juguetón! Pues si quiere jugar...

—¿Me prefieres quietecita? —susurro mordiéndome el labio inferior con coquetería—. ¿Así, en plan sumisa?

Chema abre los ojos como platos y se pasa una mano por el pelo.

—Joder, Laura... —Mira hacia los lados y resopla—. Me voy a la ducha.

Suelto una carcajada ante su apurada salida de la cocina y luego, sin perder la sonrisa, me ocupo de que todo esté dispuesto para que pueda comer en cuanto vuelva.

—Papi, ¿vamos a ir al parque? —le pregunta Llara en cuanto él se sienta a la mesa, recién duchadito, con el cabello mojado cayéndole por la frente y oliendo como los ángeles. ¡Dios! Lo cierto es que está para comérselo.

—¿Eh? No, hoy os tengo una sorpresa —contesta él mientras parte un trozo de pan. Desvía los ojos hacia mí y esconde una sonrisa cuando se lleva un trozo a la boca. Es ahí cuando me doy cuenta de que estoy mirándolo embobada, con los codos sobre la mesa y las manos sosteniendo mi cara entre ellas—. Y tú espera y verás.

Me incorporo muy rápido, intentando recuperar algo de dignidad, pero no puedo evitar que me dé la risa. La pequeña nos mira a ambos sin entender el último comentario que su padre me ha lanzado, ni mucho menos mi hilaridad, pero acaba por encogerse de hombros y seguir con lo que le importa de verdad.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Después os la digo, ¿vale? Primero voy a comer, que estoy hambriento —y esto último lo dice mirándome a mí de nuevo, lo que me hace morderme el labio inferior con lascivia después de

girar un poco la cara para que solo me vea él.

—Vale, pero come rápido —contesta la niña antes de darle la espalda y regresar al sofá.

—Qué más quisiera —rumia él, haciendo que a mí se me escape una carcajada.

—Deja de reírte tanto, que ya estoy planeando cómo castigarte —me advierte malicioso con el tenedor a milímetros de su boca.

—Qué más quisieras —repito yo sus palabras, consiguiendo que él trague con fuerza.

—Ya verás, ya.

—A ver, papá, ¿cuál es la sorpresa? —pregunta ahora Marta, sentándose a su lado mientras él mastica el último bocado.

Chema sonríe, traga y se toma su tiempo para limpiarse la boca.

—Papá... Dínoslo ya —protesta la pequeña.

—Eso, papá, que ya estás más que limpio.

Él sonríe con más ganas y, cuando sus niñas abren de nuevo la boca para protestar, suena el timbre.

—Ah, ahí está —dice él—. Venga, corred, id a abrir.

Levanto las cejas en una pregunta muda que él, claro, para hacerse el interesante, no me contesta.

—¡Hola, tía Adela!

—¡Hola, tía! —oigo a las niñas saludar.

Me giro para saludarla con una sonrisa enorme en la cara. Qué bien me cae la tía esta, joder. ¡Me encanta! A veces me pregunto cómo Adela ha podido tener dos hijos tan maravillosos, pero entonces recuerdo a José María y... ahí está la respuesta.

—¡Hola! ¿Y tú por aquí tan temprano? —me intereso—. Bueno, da igual por lo que sea, es genial. ¿Un café?

—No, no, gracias. De hecho, ya me voy.

—¿Cómo? Pero si...

—Es que he quedado con Teresa para irnos hasta Luarca. —Mira hacia las niñas y abre mucho los brazos—. ¡Con vosotras! ¡Nos vamos al cine y luego a un sitio superchulo donde hay una piscina enorme llena de bolas! ¡Os apuntáis?

—¡Sí! ¡Sí!

—¡Sí, sí, sí!

Sonríe ante la emoción de mis sobrinas y el detalle de Adela. Me giro hacia Chema y me lo encuentro con la misma expresión. Al verme, me guiña un ojo y yo, como siempre, me derrito un poquito más. Ay, Dios, que no se puede estar más agilipollada...

—Ya decía yo que ibais a estar encantadas —opina mirando a sus hijas.

—Es que el día de chicas promete. —Sonríe su hermana.

—Tía, nos cambiamos de ropa, ¿no? —me pregunta Marta, mirándose la ropa que lleva puesta.

—Sí, claro, vamos...

—Deja, ya me ocupo yo —interviene Chema mientras se levanta y se dirigen al cuarto de las niñas—. ¿Vaqueros y camiseta, niñas? Así estaréis cómodas y...

—Sí, papi. Pero esas camisetas tan chulis que nos compró Mina. Esas que tienen corazones —le pide Llara, persiguiéndolo a saltos.

—¿Así que tarde de chicas? —Sonríe volviendo mi atención a Adela.

—Sí. Lo decidimos esta misma mañana cuando me encontré con Teresa y nos tomamos un café en el bar de Paco. Me hubiera encantado que nos acompañaras....

Pues ahora que lo dice, a mí también me hubiese gustado ir, sí.

—Pero ya nos dijo Chema que te era imposible. Que teníais varios presupuestos entre manos y todos los muebles de Miriam por encargar. Lo siento mucho, otro día será.

Asiento como una autómatas y me giro para esconder la sonrisa irónica y sorprendida que me causa esa información. Tendrá morro el tío... No existen tales presupuestos y con lo de la pastelería ha exagerado una barbaridad. Pero, aunque debería, lo cierto es que ni me molesto un pelín. Joder, de hecho, estoy encantada. Quedarme una tarde con él a solas me parece un plan muchísimo mejor que irme a Luarca o a cualquier otro sitio, ya puestos.

—Al final te va a dar tiempo a tomarte un café. Está hecho, ¿te apetece? —me obligo a decir al pensar que Adela puede malinterpretar mi silencio.

—Vale, venga. Uno rápido —acepta, mientras se acerca al mueble de la tele y coge un marco que contiene una foto de Clara y las niñas posando con la iglesia al fondo—. Era muy guapa.

—Sí, lo era. —Asiento mientras le lleno la taza—. Era estupenda... Te habría caído genial.

—Estoy segura. —Lo pone en su lugar y camina hacia la estantería donde hay más fotos de ella. Fotos que parecen formar parte de la casa como las mismas paredes—. Todo el mundo parece adorarla. Debió de ser una chica muy especial.

Me encojo de hombros mientras me aproximo a ella y le tiendo su café.

—Se hacía querer —le explico con una sonrisa algo triste—. Es imposible no echarla de menos.

Y lo digo totalmente en serio, aunque ese pellizco tan característico y habitual se agudice en medio de mi estómago. Supongo que es inevitable pensar que echarla de menos y acostarme con su marido, del que estoy enamorada, es del todo incoherente. Es hasta hipócrita, pero eso no quita que ambos sentimientos estén ahí, muy adentro, en una lucha constante entre mi mente, mi cuerpo y mi corazón.

—¡Vaya! Judith McNaught, Sandra Brown, Lisa Kleypas... —recita Adela los nombres de las escritoras de algunos de los libros que también hay en las repisas—. ¿Son tuyos?

—No, no... No soy mucho de novela romántica. Bueno, no soy mucho de libros, para serte sincera. Son todos de Clara.

—Ah... Pues indudablemente me hubiese caído muy bien. Parece que teníamos mucho en común, también son mis escritoras favoritas. Unas de ellas... —Se echa a reír y ojea varios de los títulos—. Lo cierto es que me encanta leer. Sobre todo si son románticas.

—A ella también le gustaba. Y escribir... Aunque esto último le daba un poco de vergüenza reconocerlo —le confieso, nostálgica—. Era muy buena, ¿sabes? Y nunca se lo dije. Nunca le dije tantas cosas...

Adela me mira con cariño y un poco de lástima. Ladea la cabeza y se toma unos segundos para volver a hablar.

—Solemos pecar de eso, ¿sabes? De no honrar con palabras las virtudes de los demás. De guardarnos los «te quiero», como si nos avergonzáramos, y en cambio discutimos por chorradas que no suelen tener la más mínima importancia.

—Sí, es verdad —reconozco ante una verdad tan aplastante—. Buff, nos estamos poniendo muy profundas. Esta conversación comienza a darme cosa.

Ella se echa a reír, algo que imito y agradezco. Luego le da un par de sorbos a su café y vuelve su vista a las fotos.

—Sí, muy profundas —suspira—. Mira, yo no la conocí y a ti... apenas comienzo, pero... —No solo me mira de nuevo, sino que incluso me coge una mano antes de continuar—. Pero lo que sí tengo que decirte es que ninguna hermana haría lo que tú estás haciendo por sus hijas. Y eso perdona cada una de las palabras que te pudieron haber quedado por decirle.

—Yo... No es para tanto. Yo, en realidad...

—Tú estás haciendo algo muy grande por ellas, Laura. Y por mi hermano. —Hace una mueca con la boca al tiempo que rueda los ojos en sus cuencas—. Por mucho que diga mi madre al respecto...

—Por Dios, no entremos en ese tema. Lo mío y lo de tu madre ya no tiene remedio.

Adela suelta una carcajada.

—Dirás más bien que mi madre no tiene remedio. ¡Ni se lo tengas en cuenta! Ella concibe el mundo de una manera diferente a cualquier otro ser humano. Tenerla como madre no es fácil, créeme. Y eso que yo vivo en la otra punta del mundo.

Asiento con una sonrisa, pero en ese momento ella pierde la suya y me aprieta la mano que todavía no me ha soltado.

—Y con respecto a mi hermano, yo...

—¡Ya estamos listas! —exclaman las niñas a coro, mientras entran en el salón.

Yo doy un paso atrás y corto el contacto con Adela, mientras contengo el suspiro de alivio ante la interrupción. No tengo ni idea de qué quería decirme, si bueno o malo, pero lo cierto es que prefiero no hablar de él con ella ni con nadie. Siempre me acojono viva, pendiente de que no se me note nada de lo que ese hombre me hace sentir.

—Ah, muy bien. Pues venga. —Adela se acaba el café y me tiende la taza, guiñándome un ojo antes de acercarse a ellas—. Vamos a buscar a Teresa y a Sofi a su casa, ¿vale?

—Vale. *Ciao*, papi, *ciao*, Mina —se despide Llara corriendo a besarnos y encaminándose a la puerta en un tiempo récord. Su hermana y Adela lo hacen un poco más despacio, pero, en menos de un par de minutos, Chema y yo nos encontramos solos en medio del salón.

Él me sonrío de medio lado y se apoya en una esquina de la mesa con los brazos cruzados.

— Toda la tarde para nosotros —comenta como al despiste—. ¿Qué crees que podríamos hacer?

—Uff, no sé —digo, haciéndome la tonta y llevando la taza al fregadero—. Tenemos tanto trabajo pendiente que será mejor ponernos cuanto antes a ello.

—Mira, en eso estamos de acuerdo. Tenemos mucho pendiente.

Y, antes de que pueda tan siquiera girarme, me encuentro acorralada contra el mármol, con él a mi espalda y sus brazos rodeándome. Sonrío feliz ante su abrazo. Tan reconfortada por su cuerpo que es el único lugar del mundo en el que me gustaría vivir para siempre.

—Eres un liante —suelto, en cambio, para disimular todas esas sensaciones maravillosas que su solo contacto me producen.

—Llevo dos días sin tenerte —susurra en mi cuello, besándolo después, lo que consigue que mil escalofríos me recorran enterita en todas direcciones.

—Porque no quisiste. —Me muerdo el labio inferior en cuanto acabo de hablar. Joder, es que no puedo caer más bajo. Incluso me ha salido un tono quejumbroso, como si lo hubiese echado mucho de menos. Cosa que así ha sido, pero vamos...

«Disimula un poco, mujer».

Chema se ríe por lo bajo y me aparta el pelo de la nuca para besar ahora esa zona. Oh, joder, y ya estoy cachonda perdida.

—No fue exactamente por eso —dice contra mi piel, haciéndome cosquillas con su aliento—. Querer... quería. Créeme.

—¿Entonces? —yo también susurro, sabedora, aún sin entender por qué, de que esta conversación no podemos tenerla en voz alta. Como si fuese un secreto a voces que ninguno se atreva a confesar.

Chema me apretuja más contra él, clavando su pelvis en mi trasero y abarcando con sus manos mi vientre, como si quisiese meterme dentro de él. O él dentro de mí, lo que yo comienzo a desear desesperadamente.

—No sé... Supongo que quería demostrarme y demostrarte que no estoy tan salido como parezco. Que no he vuelto a los dieciocho —suspira y mueve mi pelo hacia el otro lado, para seguir torturando mi cuello con pequeños besos y lametazos—. Que no te necesito cada noche. Y que también espero que de vez en cuando tú me busques a mí.

Me sabe raro que su actitud y sus palabras parezcan tan discordantes. Su cuerpo me adora y sus palabras tienen un deje a reproche que me desconcierta.

Abarco con mis manos las suyas y me aprieto más contra él, lo que ya es casi imposible.

—Sí eres un salido —digo con una sonrisa que él imita, ahora sobre mi hombro. Pero luego la pierdo con la misma rapidez con la que sigo hablando—. Yo también te quiero en mi cama cada noche y... Y lo otro... me da vergüenza.

Chema me gira en sus brazos con una velocidad sorprendente. Me levanta la cabeza sujetándome la barbilla y busca mis ojos con los suyos, que me miran asombrado.

—¿Vergüenza? ¿Tú? ¿Por qué?

No le contesto. Tampoco sé cómo hacerlo. Ni siquiera sé muy bien el motivo. Solo sé que dar el primer paso me hace sentir perturbadoramente vulnerable. Temerosa. Con un miedo apabullante al rechazo. O tal vez sea que, si es él quien me busca, mi sentido de la culpabilidad tiene una excusa para encerrarse en algún lugar remoto.

«Hipócrita. Eso es lo que eres, una hipócrita».

Cierro los ojos y suspiro. Eso es lo que soy. Porque solo tengo que estar un segundo en sus brazos para derretirme, para volverme solo instinto. Para disfrutar como una loca y deshacerme como mantequilla.

De repente, me siento en el aire. Chema me ha levantado del suelo y echado sobre un hombro como un saco de patatas.

—Ey... —protesto cabeza abajo, agarrando su camiseta en los puños.

—A ti te voy a dar yo vergüenza. —Acompaña sus palabras con un cachete en una nalga y comienza a andar hacia mi dormitorio—. No me lo puedo creer... Vergüenza.

Y yo no puedo más que reírme. Reírme y excitarme imaginándome lo que va a suceder a continuación.

Esto es mejor que follar, pienso observando dormir a Chema en mi cama. Bueno, no hace falta ser tan drástica. Mejor, no. Digamos que es diferente pero igual de maravilloso. Estamos cara a cara, los dos de perfil y aun así ocupamos toda la cama, por lo que no me muevo ni un ápice mientras lo contemplo con cara de tonta. Sus labios entreabiertos, esas enormes pestañas descansando sobre su piel, el pelo alborotado después de haberle pasado tantas veces las manos por él. Joder, creo que alguna de ellas incluso acabé dándole tirones. Sonríe con malicia y meto una mano bajo mi mejilla mientras suspiro embobada. Y ese gesto de enamorada pierde todo su encanto cuando él se mueve para ponerse boca abajo, colocando un brazo bajo la almohada y con las piernas estiradas, lo que casi me tira de la cama en el proceso. Suelto un taco y luego me tapo la boca con una mano para que no se oiga mi risa. Vuelvo a acomodarme como puedo y paso un dedo a lo largo de su espalda desnuda. Lo retiro de inmediato cuando él se remueve y emite una especie de gruñido que me resulta de lo más adorable. Debe de estar realmente agotado para haberse quedado dormido

tan rápido después de follar como descosidos. En cambio, yo soy incapaz de hacerlo. Me encuentro a rebosar de energía, tan pletórica que no puedo estarme quieta.

Un poco a disgusto, pero sabiendo que, de seguir en esta cama, voy a acabar por despertarlo y tampoco es algo que quiero, me levanto, me pongo solo las bragas y una camiseta y abandono el cuarto donde se encuentra mi mayor tentación.

Ya en la cocina, enciendo el ordenador justo después de abrirme una cerveza y darle un buen trago. A ver si logro dar con ese dichoso mueble de una vez. En los segundos que le lleva al aparato ponerse a funcionar, juego con mi móvil, para echar un vistazo a si alguien ha cambiado la foto de su WhatsApp. Es una tontería que hago muy a menudo, solo por el hecho de curiosear un poco y distraerme.

Sonrío ante la foto de María, en la que aparece acompañada de un tío superrubio que no he visto en mi vida. Le está dando un beso en la mejilla mientras él luce una sonrisa inmensa a la cámara y hace el gesto de la victoria con sus dedos. Vaya, tengo que llamarla un día de estos y preguntarle quién es. Ahora que lo pienso, ya hace mucho que no hablamos, cuando era rara la semana que no lo hacíamos al menos una vez.

Sigo bajando a lo largo de mis contactos hasta que me encuentro con el de Marcos. Inhalo aire al ver su nombre. Una mezcla de lástima ante la amistad perdida, buenos recuerdos y culpabilidad por nuestro último encuentro me embargan de repente. Su foto sigue siendo la misma. Él con un grupo de amigos en el puente de Brooklyn, de su época en Nueva York. Guiada por todos los sentimientos anteriores, pincho en su contacto para abrirlo y me muerdo el labio inferior al ver que está en línea.

No quiero ni pensarlo o no seré capaz de hacerlo. Mis dedos vuelan solos y le escriben.

«Hola».

Un tic. Dos tics. Y los dos azules. Lo ha leído. Vale.

Un segundo. Dos segundos. Tres... Mierda. ¿Por qué no está escribiendo? ¿Es que no piensa contestarme ni por educación? Y de todas formas, ¿a mí por qué me molesta? Fui yo la que no quiso saber más de él, ¿no? No. Eso tampoco fue así. Yo quería su amistad. Marcos es un chico muy especial. Es alguien al que me dolió renunciar. Sé que con él confundí las cosas, quizá quise encontrar a su lado lo que solo Chema puede darme, pero, a pesar de todo, lo que sí fue es un buen amigo. Uno que merecía mucho la pena y que yo no supe cuidar.

Escribiendo...

Oh, sí, joder. Por fin.

«Hola».

¡Hala! ¿Y ahora qué? Será capullo... Sonrío al insultarlo y casi puedo verlo al otro lado, toqueteándose el labio inferior con el dedo pulgar y sonriendo con malicia al devolverme ese insípido saludo. Con la misma con la que lo hago yo ahora.

Calculo el tiempo que le ha llevado escribirme y vuelvo a teclear.

«¿En serio? ¿Cuarenta y nueve segundos para escribirme un solo “hola”? Qué desperdicio de estudios...».

Esta vez es mucho más rápido.

«Veo que sigues tan graciosa como siempre».

Y justo a continuación.

«¿Qué tal te va, preciosa? Dime que no se te ha caído ninguna de tus pecas».

Sonrío con toda la cara y, cuando estoy escribiéndole de vuelta, borrando una y otra vez frases que me parecen insustanciales y típicas, me llega un nuevo wasap suyo.

«No te puedes ni imaginar lo que me alegra tenerte al otro lado. Demasiado tiempo. *Mea*

culpa. Demasiado orgullo».

Y entonces la sonrisa ya no me cabe en la cara.

—¡Vaya! ¿Y esa cara de felicidad? —pregunta Chema en mi oído, haciendo que pegue un salto en el asiento y un grito.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Qué susto, cojones! —chillo todavía con el corazón a cien.

Él se carcajea a gusto.

—Pues sí que estabas ensimismada.

—Pues sí, idiota. —Lo fulmino con la mirada, pero al instante estoy sonriendo de nuevo—. Deja de darme esos sustos. —Vuelvo mi atención al teléfono, porque Marcos se merece una contestación al menos. Y quiero hacerlo cuanto antes para disfrutar con Chema del resto de la tarde.

«Yo también me alegro. Un montón. Y la culpa es mía. Sé que te debo una explicación».

«No me debes nada, Laura. Aunque si lo que necesitas es el hombro de un amigo para confesarte, aquí me tienes».

Sonrío encantada ante sus palabras e incluso suspiro.

—¿Qué sucede? ¿Con quién hablas? —pregunta Chema sentado frente a mí y observándome con verdadero interés.

—Con Marcos —contesto, volviendo a bajar la mirada hacia el móvil y tecleando ya.

«Gracias. Te echaba de menos, Marcos».

«Yo también, preciosa. Pero ahora tengo que dejarte, que, aunque no te lo creas, algunos trabajamos y hace un rato que me reclaman. Hablamos, ¿vale?».

«OK. Cuando quieras. Un beso».

—¿Ese Marcos?

Dejo el teléfono sobre la mesa y miro a Chema con extrañeza ante su tono. ¿Y ahora a este qué bicho le ha picado?

—El único Marcos que conozco, sí.

—Tu ex —dice él cruzándose de brazos.

—No es mi ex. Es un amigo.

—Con el que casi follas.

—Bueno... ¿Qué te pasa a ti ahora? —pregunto parpadeando, más sorprendida que molesta. Y eso es raro, eh. Hace unos meses ya le hubiese puesto el teléfono de sombrero. Quizá mi promesa de hacerle la vida más fácil se me esté yendo de las manos. O tal vez es que estoy supercontenta por haber retomado el contacto con Marcos. No sé, el caso es que el cabreo no llega.

—A mí nada. —Se levanta a por una cerveza a la nevera y se apoya en la encimera a beberla—. Solo que parecías tremendamente ilusionada y feliz con la conversación.

Me acerco a él observándolo con atención. ¡Dios! ¿Está celoso? ¡Está celoso! Vaya...

—Lo estaba —confieso con una pequeña sonrisa—. Marcos es un encanto y...

—Vale, vale. Un encanto —repite rodando los ojos.

—Sí. Y muy guapo. Y...

—Y arquitecto. Vamos, un portento de tío.

Me muerdo los labios y sonrío con malicia. Joder, estoy disfrutando como una enana...

—Bueno... ¿Un portento? No sé. Ya sabes... No acabamos.

—Eh... ¿qué? —Chema abre mucho los ojos y luego resopla—. No me refería a eso, joder.

—¿Ah, no?

Ahora me mira entre sus pestañas, al darse cuenta del cachondeíto que me traigo.

—Serás cabrona... ¿En serio tratas de ponerme celoso? No voy a caer en eso, cariño, yo...

—No, no, no. —Me río—. Esa palabrita la has usado tú. Yo solo... No sé. Un poco molesto sí que estabas, ¿no?

—Yo no estaba molesto —gruñe—. Ni lo estoy, ni nada de eso.

Reprimo la risa y bajo un poco la cabeza para que no me lo note.

—Pues a mí me lo ha parecido.

—Pues no. Es solo que...

—¿Sí...? —lo apremio, levantando hacia él una mirada entre maliciosa y divertida.

—¿Te pesa?

—¿Si me qué? ¿De qué hablas?

—No haberte acostado con él. ¿Es una cosa que tienes pendiente o algo así?

Ahora la que abre los ojos desorbitadamente soy yo. Pero qué coño...

—¡No! ¡No, joder, no! Él... Él solo es un amigo. Siempre ha sido un amigo. Es cierto que me atraía lo suficiente para...

—Vale, ya, me hago cargo —me interrumpe muy serio, poniendo un dedo sobre mis labios y, entonces, sí que no puedo evitar reírme.

Él se me queda mirando un momento con el entrecejo fruncido y luego también sonrío, supongo que al darse cuenta de que esta parece, si no lo es, una escena de celos en toda regla.

—No es lo que estás pensando, listilla —dice entrecerrando los ojos.

—Ah... ¿y qué estoy pensando?

—Nada bueno, seguro —resopla, para, acto seguido y cogiéndome por sorpresa, hacerme girar y sentarme encima de la encimera. Se acopla entre mis piernas y comienza a deslizar su índice por mi escote, sin esconder lo satisfecho que se siente cuando nota todo mi vello erizarse ante el contacto.

—¿Como tú ahora?

—No, no, yo sí estoy pensando algo bueno. Buenísimo. —Me sonrío con picardía y se aproxima a mis labios—. De hecho, apuesto a que estarás gimiendo de gusto en menos de un minuto.

—Oh, vas tú muy sobrado, ¿no? —soy capaz de decir con entereza, a pesar de que el dichoso dedito está bajando mucho más al sur, haciendo estragos en mi cuerpo.

—Lo que estamos, los dos, es faltos de tiempo —me recuerda, tras echarle un fugaz vistazo al reloj de la cocina. Y en el momento en que sus ojos vuelven a estar sobre los míos...

—Joder. Joder, joder... —gimo al sentir dos de sus dedos en mi interior de una sola estocada, mientras su pulgar juguetea con mi clítoris.

—Pues eso... Ni un minuto.

Fanfarrón. Presuntuoso. Capullo. Sí, todo eso pienso, pero mis manos lo acercan más a mí por voluntad propia, mientras mi boca busca la suya en un beso húmedo y lleno de lujuria. Nos tragamos cada uno los gemidos del otro, mientras mis caderas se mueven al compás de esa mano que sabe muy bien lo que hace.

—Joder, ¿alguna vez me cansaré de ti? —masculla justo antes de dejar de acariciarme para llevar las dos manos a mi culo y levantarme en vilo. Echa a andar conmigo a cuestas en dirección al dormitorio, elevándome lo suficiente para que su boca alcance, sobre la tela, mis ya inhiestos pezones. Los besa, los chupa, tira de ellos.

—Dios... —gimoteo, aunque lo que en realidad quiero gritar es otra cosa.

«Joder, no. No te canses nunca de mí porque, que Dios me perdone, pero yo sé que nunca lo haré de ti».

Chema

—¡Laura, nos vamos!

—¡Ya, ya voy! —grita desde su habitación.

—¡Tía, que llegamos tarde! —la apura también Marta.

—¡Que ya voy, por Dios! —vuelve a decir, ya corriendo hacia nosotros—. Joder, aún es temprano.

—Tía, esa boca...

—Vale, vale, perdona, Marta, pero sigo diciendo que todavía es temprano, no sé a qué vienen estas prisas —protesta haciendo un mohín, mientras se recoloca con las manos los rizos todavía un poco húmedos.

—No tanto, que yo quedé en ayudar a Julián con la barbacoa —digo divertido por el apunte de Marta ante sus palabrotas—. Y, además, somos nosotros los que llevamos las bebidas, deberíamos llegar cuanto antes, ¿no crees?

Laura no dice nada. Solo pone los ojos en blanco antes de echar mano a dos de las cuatro bolsas con las que cargo.

—No, ya las llevo yo. Tú coge las sudaderas de las niñas y las llaves del coche, anda.

—Y las de casa, tía. No te olvides de las de casa.

—No me olvido, coño. Ya sé que soy un poco despistada, Marta, pero tú tampoco me das tregua, ¿eh?

—Esa boca... —repite la niña para espanto de Laura, que abre mucho los ojos y luego resopla como un toro enfurecido.

Suelto una carcajada ante la escena y luego salgo raudo de casa al ver que la pelirroja me fulmina con la mirada. Si al final las va a pagar conmigo, ya lo estoy viendo.

Ya en el coche y con los ánimos más calmados, la miro de arriba abajo. Sin pensar, llevo una mano a su muslo y lo aprieto un poquito, para retirarla con premura al caer en que mis dos hijas van atrás. Ella me mira y me guiña un ojo, a lo que correspondo con una sonrisa. Luego baja la visera parasol del coche, levanta un pelín el culo y se saca un lápiz del bolsillo, con el que se pone a hacerse la raya en los ojos usando el pequeño espejo. La observo alucinado. En serio... ¿quién demonios lleva una cosa de esas en los vaqueros?

Debe de notar mi mirada, porque me la devuelve y levanta los hombros.

—¿Qué?

—Nada, nada... —bufó, incrédulo—. Tú a lo tuyo.

—A eso estaba. —Otro guiño y sigue tan pancha. Joder, y ahora también se saca el rímel. Un día de estos se va a quitar un ojo. Pero es que me ha salido presumida la chiquilla, pienso con una sonrisa.

Ahora lleva puestos unos pantalones vaqueros con rotos en varios sitios y una camiseta holgada pero bastante corta en un negro... desteñido. Lo que me encanta de la prenda es que su amplio escote deja alguno de sus hombros desnudo, ahora uno, después el otro... Vamos, que ya podría tener lamparones de lejía, que la puñetera camiseta es de lo más *sexy*. Y ahí estoy yo, de vuelta en la adolescencia a mis treinta.

—Oye, ¿por qué te has cambiado? —pregunto, tratando de que mis pensamientos no acaben demasiado descontrolados—. Espera, no me lo digas. Te has dado cuenta de que no hacía falta que fueras de pesca. Que, conociendo a Teresa, sobraré comida.

Me echo a reír, volviendo la vista a la carretera, más que nada para evitar ver otra de sus

miradas asesinas.

—¡Ey! ¡Eso ha dolido! —me quejo cuando me cae una colleja en la nuca que no he visto venir.

—Eso te pasa por meterte con mis medias —dice, refiriéndose a esa especie de red que tenía puesta cuando llegué a casa. Que, por cierto, junto con el cinturón ancho que pretendía pasar por minifalda, era otro conjuntito digno de ver—. Y si me he cambiado es porque temía tener frío más tarde, cotilla.

—¿Ves? A eso me refiero. Unas medias que no tapan nada... no tiene sentido.

—¿Y tú por qué te pones un cinturón si no se te caen los pantalones?

—¿Cómo? —La miro un segundo y frunzo el ceño—. ¿Qué tiene que ver...?

—Lo tiene. Piénsalo.

Meneo la cabeza y me río entre dientes.

—Ni lo sueñes. No tengo la más mínima intención de pensar sobre ello.

Ahora es ella la que se echa a reír con ganas. Pero luego, tras guardarse su arsenal en los vaqueros, vuelve su cabeza hacia la ventanilla y apoya la cabeza en ella, pensativa.

—Tienes razón —susurra un minuto después, descolocándose un poco.

—¿Razón? ¿En qué?

—En que esas medias te parezcan raras de cojones. En este pueblo casi todos opinan lo mismo. ¿Crees que no me doy cuenta de cómo me miran cuando las llevo puestas? Bueno, eso y otras muchas cosas. Al final creo que vale la pena meter todo en un cajón y dejar de llamar tanto la atención.

Apago el motor delante ya de la casa de Julián y observo a Laura durante unos segundos, confuso. Me encojo de hombros, sencillamente porque no sé qué otra cosa hacer o decir. La Laura que conozco nunca, pero nunca, le ha dado la mínima importancia al qué dirán. A veces creo que justo parecía buscar eso: llamar la atención. Y no sé si el cambio me gusta o no. Quizá esté madurando, pero...

—¡Papi! ¡Papi! ¡Queremos bajar! ¡Ábrenos, *porfa!*

Es Laura la que les hace caso, les abre la puerta y después el maletero para sacar las bolsas. Reacciono a tiempo para llegar a ayudarla y, en silencio, al menos nosotros dos, nos encaminamos a la parte trasera de la casa. Las niñas van corriendo y gritando delante de nosotros, acompañadas de una Sofía ansiosa que parece haber estado pendiente de nuestra llegada.

—¡Oh, genial! ¡Ya llegaron las cervezas! Estarán frías, ¿no? —exclama Julián tan pronto nos ve, rebuscando ya en la bolsa y sacando una lata.

—Joder, cada día eres más tacaño. ¿No tenías ni una sola cerveza en tu nevera o qué?

—Sí, tenía —dice al acabar de beber de ella. Señala con la cabeza hacia atrás, donde su mujer, Ana, Pedro y Colás están sentados y sí, parecen haber dado buena cuenta de la bebida que tenía en su casa, vistos los envases vacíos sobre la mesa.

Sonrío ante la imagen y corro tras Laura, que, después de un rápido beso en la mejilla a Julián, ya se ha dirigido hacia allí.

—¡Hola, Ana! ¡Bienvenida! —le dice, junto con un par de besos y un breve abrazo—. ¡Dios mío, estás igualita que siempre!

—¡Vaya, gracias, Laura! Tú también, la verdad. Y eso que ha pasado mucho mucho tiempo.

—Uff... Años. ¿Seis? ¿Siete?

—O más. Espera, la última vez que nos vimos fue en la boda de tu... —Ana se queda muda y clavada en el sitio sin acabar su frase. Aunque no hace falta, todos somos más que conscientes de cómo terminaba. Que entonces dirija la mirada hacia mí y parezca no saber cómo comportarse, que incluso se le humedezcan los ojos, hace todavía más evidente lo que está pensando. Que

hablaba de nuestra boda y que Clara ya no está—. Rubio... hola.

Respondo a su titubeante saludo de la manera más normal posible, intentando romper este momento. Compongo mi mejor sonrisa y me acerco a abrazarla.

—Hola, Ana. La verdad es que tiene razón Laura, estás tal cual. —Morena, menuda, con el pelo recogido en su eterna cola de caballo y unas cuantas pecas sobre su nariz—. Bueno, más morenita, eso sí...

—Es lo que tienen las islas. —Se ríe ella y parece muy aliviada ante mi actitud. O tal vez de haber sido capaz de cambiar la suya. Supongo que, para alguien que no ha vivido estos últimos años la ausencia de Clara, esto debe de ser raro de narices. Y triste. Intento que esos pensamientos no me afecten. Ahuyento cualquier emoción negativa como vengo haciendo y solo me centro en disfrutar de esta reunión de amigos. Y de un buen asado, ya que estamos.

—¿Y qué tal te va por allá? —me intereso—. ¿No echas un poquito de menos esto?

—A veces —responde bajando un segundo su mirada.

—¡Pues vuelve, leches! Es lo que te llevo diciendo toda la tarde —espeta Teresa en tono enérgico.

—No es tan fácil. Es cierto que... En fin, supongo que ya todos sabéis que no estoy pasando mi mejor racha —explica mirándonos a Laura y a mí un instante, para incluirnos en la conversación que deben de haber mantenido—, pero me encanta mi trabajo. Adoro el clima y a la gente. Todavía no quiero abandonarlo todo y volver. Además, tampoco lo doy todo perdido con él y venirme sería...

—Vale, vale. Pues entonces coge a ese tonto por banda y...

—Teresa, por Dios —interviene Pedro mientras se acerca a Ana y le pasa un brazo por la cintura—. Frena un poco, anda, que me estás atosigando a la criatura.

—Creo que eso lo estás haciendo tú. —Se ríe Laura señalando su brazo—. Ten cuidado, Ana, sigue siendo el mismo Don Juan de siempre.

Ana suelta una risita divertida y menea la cabeza, supongo que pensando que por aquí las cosas siguen prácticamente como siempre, sí, a pesar de todo.

—¿Estás celosa, pelirroja? —se cachondea el poli.

—Muchísimo, cielo. ¡Oh, joder, se me nota, ¿verdad?! —exagera ella abriendo mucho los ojos y comenzando a abanicarse con las manos, lo que causa que todos nos echemos a reír.

—Bueno, ¿qué? —pregunto yo minutos después, buscando a Julián con la mirada—. Ya tendrás las ascuas hechas por lo menos, ¿no? Estoy muerto de hambre.

—Joder, qué novedad. Ni que estuvieses creciendo, tío, últimamente no hay comida que te llegue.

Me echo a reír al acercarme a él, que se encuentra apenas a un par de metros, delante de una barbacoa de obra que yo mismo lo ayudé a construir; así como a restaurar el cobertizo de piedra antigua, que, después de tirarle una pared, cambiarle el tejado y limpiar y encintar la piedra, convertimos en un espacio ideal para comer al aire libre.

—Esto ha quedado chulísimo, tío —comento observando todo a mi alrededor, no solo nuestras obras sino también el cuidado césped y el pequeño jardín en una esquina del que sé que Teresa está muy orgullosa. De hecho, hasta tienen un par de columpios y un tobogán de madera, hechos por Colás y que están ahora mismo disfrutando las niñas.

—Sí, no nos ha quedado nada mal. —Me guiña un ojo al tiempo que coloca sobre la parrilla la costilla y un par de chuletas—. Creo que Teresa te estará eternamente agradecida por echarnos una mano y no cobrarnos un duro, tío.

—¿Solo Teresa? —lo vacilo, aunque sé que él es el primero en hacerlo. Pero ¿qué carajos?

¿Cómo le iba a cobrar? Él no solo es un amigo, es un hermano, joder. Y sé con absoluta seguridad que él hubiese hecho lo mismo por mí.

—Yo aún estoy por cobrarte todas las horas que me debes tú a mí, so mamón —me devuelve el tonito, dándome un pequeño manotazo en el pecho y luego echándome una mano por el hombro—. Joder, Rubio, se te ve bien. Muy bien. No sabes cómo me alegro.

Carraspeo para bajar el nudo de emoción que, de repente, me atraviesa la garganta y únicamente acierto a asentir ante sus palabras mientras me desprendo de su abrazo con sutileza.

—Estoy bien —acabo por susurrar apoyándome sobre el trozo de piedra que utiliza como encimera, sabiendo que él se merece una contestación—. Estoy...

—Toma, una cerveza —nos interrumpe Laura acercándose y tendiéndome la bebida, cosa que agradezco de verdad. Las dos cosas.

—Gracias.

—De nada. Julián, tú ya estás servido, ¿no?

—Sí, Laura, por ahora sí. Y dile a mi mujer que...

—Tu mujer ya sabe lo que tiene que hacer —contesta la aludida levantándose y comenzando a dar órdenes, como no podía ser de otra manera—. Laura, ayuda a Ana a poner la mesa, que yo voy adentro a cortar pan y a hacer las ensaladas. Y vosotros dos —les dice a Colás y a Pedro—, podríais coger unos barreños e ir a por hielo al bar de Paco, ¿no?

Los chicos se miran entre ellos un segundo, pero luego se encogen de hombros casi al mismo tiempo y obedecen sin rechistar. Yo me río entre dientes.

—Joder, pensé que estaría un poco más relajada con la visita de Ana y eso —le comento a Julián.

—¿Qué dices? Yo creo que está peor que nunca. Lleva dándome órdenes desde que llegué de trabajar. Que si ve limpiando lechuga, que si vigila a la niña, que si no desordenes la casa... Y, mientras, ella se ha limitado a cotillear con Anita desde que esta ha llegado. Creo que sus padres la deben de haber visto escasos cinco minutos.

—Bueno, es normal. Son íntimas desde siempre y hace mucho que no se ven. Es el primer día, hombre...

—Sí, sí, será eso. Anda, ve a la cocina y pídele unas pinzas, que hay que darle la vuelta a esto.

Hago lo que me pide y unos diez minutos después me encargo yo de poner los choricillos a asar junto con unas cuantas patatas que me han pedido las chicas. Julián se encuentra metiendo las bebidas en los barreños llenos ya de hielo y Pedro se ríe a carcajadas de algo que le ha dicho Laura o Ana, con las que habla desde que ha regresado del encargo. Colás, en cambio, a pesar de estar sentado también a la mesa, no parece prestar atención a nada, con la vista clavada en el hule que hace las veces de mantel.

—Bueno, esto ya está —comenta Teresa, saliendo de la cocina cargada con dos fuentes de ensalada en sus manos—. Colás, hombre, despierta y échame una mano. Rubio, ¿le falta mucho a eso?

—No demasiado.

—Vale, genial, porque Nela y Adela también deben de estar al llegar y...

—¿Viene Nela? —Colás se ha quedado parado a medio camino, después de haberse hecho con una de las fuentes que traía su cuñada.

Esta se gira un segundo, pero luego da los pasos que le faltan, pone la fuente sobre la mesa y es entonces cuando enfrenta a Colás con los brazos en jarras.

—Sí, viene Nela. Y ya te lo dije cuando te comenté lo de la barbacoa. Mira, cielo, yo te adoro, pero Nela antes de ser tu ex era mi amiga y sigue siéndolo, así que, por favor, compórtate como un

hombre y, o vuelve con ella de una vez, o no nos hagas elegir entre los dos, ¿vale? Estoy un poco hasta el moño de tener que hacerlo. De hecho, creo que hablo en nombre de todos.

—Teresa... —Julián intenta aplacar a su mujer, mirando alternativamente hacia ella y su hermano, que tiene toda la pinta de querer largarse en cualquier momento. Ajusta una y otra vez sus gafas sobre su cara con la mano que tiene libre y mira a todos lados y a ningún sitio en concreto.

Teresa ignora a su marido después de lanzarle una fugaz mirada y se acerca a Colás.

—Por favor... —le pide buscando sus ojos—. Por favor, Colás... Creo que es hora de asumirlo o solucionarlo, ¿no crees? Por favor, no te vayas. Tampoco quiero ponerla a ella por encima de ti. En el fondo sabes que nunca lo haría, no te...

—No, no, no. Tranquila. No me voy —reacciona él por fin—. Esto... No pasa nada. Está asumido, de verdad.

Menos mal que no es consciente de las miradas que le lanzamos todos, de infinita incredulidad. Hasta Ana lo mira con estupor y eso que acaba de llegar, aunque apuesto mis andamios a que Teresa, pese a la distancia, le ha ido narrando capítulo tras capítulo como si de una puñetera telenovela se tratase. Y no los pierdo, eso seguro.

—¡Papi! ¡Papi! ¡Ya huele a choricillo! ¿Puedo probar? ¿Puedo?

—Sí, en un momentito, cariño.

—Tengo hambre, papi.

—Ya, cielito, como todos —le dice Laura poniéndose a mi lado—. Joder, es que huele que alimenta, ¿eh? Venga, ve a jugar un ratito de nada y ya te llamo para que seas la primera en comerlos, ¿vale?

—Vale, Mina.

Y en cuanto la niña se da media vuelta, ella me mira y pone los ojos en blanco.

—¿Asumido? —susurra—. Esto va a ser tan violento como siempre. Joder, vaya dos.

Yo sobre eso tampoco hago apuestas. Por desgracia, tiene toda la razón.

Rechazo el segundo chupito que me ofrece Teresa, pues ya me he pasado con la cerveza y pretendo llevarme el coche de vuelta. Lo que sí hago es encenderme un cigarrillo y reírme de un chiste que está contando Pedro, que comparte una de las cabeceras con mi hermana, mientras la otra la ocupan los dueños de la casa. Pienso por enésima vez en lo mucho que estoy disfrutando de la cena y de la compañía. De esta intimidad y confianza que, durante meses, yo mismo aparté. Le doy una larga calada al pitillo y sonrío de medio lado cuando Adela se queja de lo fuerte que está el licor café, después de darle un buen trago y hacer una mueca supercómica con la lengua fuera. Sí, me lo estoy pasando genial, como todos, aunque...

—Laura, puedes decirle a Nela que te pase la cubitera y me la das, *porfa*. —Sí, ese es Colás, sentado a mi izquierda y alargando la mano. Como cada una de las veces que se ha encaprichado con algo que Nela tenía a su lado, pidiéndoselo a la pelirroja solo por fastidiar.

Laura suspira y se levanta para cogerla ella misma y alcanzársela a él, mientras Nela solo hace rodar los ojos en sus cuencas y compone una extraña sonrisa. Luego se bebe de un solo trago el chupito que tiene delante y, joder, ya lleva unos cuantos.

—Oye, cuñadita, deja de beber a ese ritmo, que mañana trabajas —le dice Julián en tono divertido, enmascarando creo yo una verdadera preocupación.

—Ya, no te preocupes, apenas son unas horas por...

—No la llames así, joder. Ella no es nada tuyo —interrumpe Colás a su exnovia, lanzándole una mirada asesina a su hermano.

Y si hasta ahora no había puesto mucho de su parte para que la cena no se hiciese violenta, en este momento acaba de darlo todo.

—Bueno, aún puede serlo —interviene Teresa con una sonrisa tan dulce que da miedo—. Nela, cariño, mi hermano está soltero y sin compromiso. Y siempre me pregunta por ti.

—¿Tu hermano? —Colás mira a su cuñada como si le hubiesen salido cuernos. Y yo me llevo la mano a la boca para no soltar una risotada, pero parece que no he sido lo suficientemente rápido, porque me gana un codazo del que dice tenerlo asumido. Me froto la zona con disimulo y él ni me mira, con la vista todavía clavada en Teresa. Ay, colega, estás fatal. Y, mal que me pese, te entiendo a la perfección.

—Sí, mi hermano. ¿Qué sucede? Los yogurines están de moda, Colás.

Este resopla, varios nos reímos por lo bajo, pero Pedro, directamente, lo hace a carcajadas, por no variar, lo que hace que Colás le enseñe el dedo corazón. Claro que eso todavía lo hace reír más fuerte y yo solo puedo alegrarme de que las niñas hayan caído rendidas hace una media hora, lo que significa que no se despertarán con facilidad, porque barrullo hacemos, sobre todo el poli.

—La verdad es que Raúl está muy, pero que muy bien. —Asiente Laura, haciéndolo también con la cabeza que sujeta entre sus manos y sonriendo casi soñadora—. ¿Cuántos años tiene? ¿Dieciséis? ¿Dieciocho?

—Veintiuno, Laura. A ver si te crees que solo pasan los años por mí —le aclara Teresa.

—¡Veintiuno! Joder, ya es todo un hombre —exclama Laura mitad en serio, mitad en broma—. Ahora no me siento tan mal por haber pensado que está bueno.

—Ehh, pecadora. —Nela, sentada a su lado, le da un empujoncito con el hombro, guasona—. No se te ocurra echarle el ojo al chaval mientras cometes actos impuros con otro, ¿eh?

Cierro los ojos un segundo y suspiro ante el repetitivo pitoreo, pero los demás parecen encontrarlo muy divertido porque se parten de la risa. Hasta veo a Colás sonriendo con ganas, lo que ya es decir. O tal vez solo esté devolviéndome el favor.

—Pero qué graciosa... —le dice Laura haciendo una mueca.

—Eh, Rubio. ¿A ti tampoco te ha hecho gracia? —Nela mira al frente y me clava los ojos, risueña.

Yo lo que creo es que está un pelín borracha, pero aun así hago un gesto de fastidio y saco otro cigarrillo de la cajetilla.

—Vamos, es que me desternillo...

—¡Bah, estáis perdiendo el sentido del humor! ¡Qué pena, por Dios! —protesta ella echándose hacia atrás en la silla y cruzándose de brazos.

—Venga, Nela, no seas mala. Deja en paz a la parejita —se cachondea mi hermana también. Joder, ¡mi hermana! Esto va de mal en peor.

Pedro se troncha. Es que se parte. Ojalá se mee en el pantalón, coño. Le pasa un brazo por el hombro a Adela y la felicita con un beso en la mejilla.

—Así me gusta, jodiendo con sutileza —le dice.

—Bueno, sí, pero, si no queremos acabar muertos, será mejor que paremos —decide ella sin perder la sonrisa, señalándome con la cabeza al percatarse de que estoy asesinándolos con la mirada, aunque eso al poli le importa un santo camino, la verdad. Yo creo que hasta lo divierte más.

—¿Sois...? ¿Sois...? —Ana, a mi derecha, pasea la mirada entre Laura y yo con los ojos como platos. Mira un instante a Teresa, que sonrío, y vuelve a intentarlo—. Vosotros... ¿Estáis juntos?

Laura suspira, le sonríe y niega suavemente con la cabeza.

—¡No, joder! ¿Con Laura, Ana? ¡Por Dios, no! —Y sí, ese soy yo, el primer sorprendido ante mi enérgica negativa. Demasiado pronto caigo en la cuenta de que no ha sido muy acertada. No solo porque parezco más culpable que con la suave y discreta respuesta de Laura, sino porque esta me mira dolida un instante, para luego ponerse a la defensiva.

—Bueno, tranquilito, eh... Que tampoco soy Fiona y me vuelvo verde de noche, guapo. Que sepas que, aquí donde me ves, yo también levanto pasiones.

Pedro rompe a reír a carcajadas, si al final le va a dar algo. Los demás lo imitan con más o menos disimulo y yo... Yo debo de ser gilipollas, porque soy el primero en saber que Laura levanta mucho más que pasiones. A mí, de hecho, me tiene erguido la mayor parte del tiempo, joder. ¿Por qué no podré estar me calladito y dejar de ofenderla aunque sea de modo inconsciente?

Respiro hondo e intento disculparme como mejor se me ocurre. Bromeando.

—Vale, vale, lo siento. Me he pasado. Puedes llamarme Shrek lo que resta de noche.

—No. Tú no le llegas a Shrek ni a la suela de los zapatos. Eres más bien Asno.

Ahora sí que la carcajada que suelta Pedro es tan exagerada que hasta se queda sin aire. Lástima, joder, a ver si se ahoga con sus risas... Yo me ofrezco voluntario para llamar a la ambulancia. Claro que tendría que llamar a muchas ambulancias, porque ahora mismo no hay ni uno serio. Bueno, sí, Laura, aunque no tarda en mostrar una sonrisilla maliciosa con esa boca de bruja que tiene. De bruja y de provocadora, Jesús. Cuando me doy cuenta, mi mirada enfadada ante las risas se dulcifica mezclándose con una sonrisa idéntica a la suya, porque ya estoy pensando en la venganza... A solas.

—¡Ah, qué bueno! —Se troncha Nela dirigiéndose a Laura—. ¡Eres mi heroína, cariño! Mira, Asno Uno —me señala con la cabeza y luego mueve su índice hacia Colás— y Asno Dos.

—¡Nela! —Laura escupe una risa ahogada y mira a Colás encogiéndose de hombros.

—¡Está loca! ¡Y borracha! ¡Joder con la combinación! —Al segundo Asno parece que no le ha sentado muy bien la chanza ahora que va dirigida a él. Y yo me temo que aquí se va a armar la de Dios.

—¡Está loca! ¡Y borracha! ¡Joder para el puntilloso de las narices! —lo imita Nela, burlándose y agravando la voz.

—¿Puntilloso? ¡Puntilloso! —se ofende Colás, tanto que hasta se ha puesto rojo—. Pero... ¿qué coño...?

—Sí, puntilloso. Cerrado, inflexible, escrupuloso...

—La madre que te... Mejor ser eso que alguien que no sabe ni...

—¡Ya! ¡Basta! ¡Los dos! —se exaspera Teresa levantando las manos en el aire—. Por favor, chicos, parad. Por favor... Esto ya es más incómodo que perder la virginidad, joder.

Silencio. La frasecita de Teresa ha logrado unos segundos de un silencio maravilloso. Hasta que Julián, que la lleva mirando medio perplejo durante ese rato, suelta lo que le pasa por la mente.

—Dios, Teresa... Sé que la perdiste con un idiota, pero no que te resultara tan incómodo, mujer. ¿Tan malo fue?

Nos da la risa, claro, mientras ella menea la cabeza sin creerse la pregunta.

—Joder, Teresa, vaya metáfora. ¡Tremenda! Pero ¿dónde la perdiste? ¿Encima de un cactus? —le pregunta Pedro entre risas.

—¡Oh, mira tú, qué chistoso el poli! Que sepas que perder la virginidad es incómodo y punto. —Ante la manera en que los chicos la observamos, busca el apoyo en las chicas—. ¿A que sí?

Ana asiente con la cabeza con timidez y Adela lo afirma, rotunda. Laura se limita a rellenarse

el vaso con una sonrisa y Nela, simplemente, se muere de la risa, al parecer olvidada la discusión anterior con Colás. Esta chica está más borracha de lo que creía.

—Sí, es incómodo —acaba por decir, la mar de jovial después de haberse metido otro chupito entre pecho y espalda—. Normalmente duele, estás un pelín avergonzada, te sientes rara y... Sí, es incómodo, qué coño.

—Palabra final muy acertada, Nela. —Se parte el poli.

—Ja, ja, ja —se burla ella—. Y para que lo sepas, Pedrito, lo mío no fue por culpa de ningún cactus. Yo la perdí en una cama.

—Ah, bueno, eso es infinitamente más cómodo, sí —asegura él.

—Y aun así fue incómodo, ya veis —interviene de nuevo Teresa—. Por cierto, eres toda una privilegiada, ¿eh? Una cama en tu primera vez... Eso no suele ser muy común, al menos en este pueblo, claro.

Nela se echa a reír y mira al matrimonio con picardía.

—Fue ahí. —Señala la casa y esconde el labio inferior con sus dientes—. En vuestra casa.

—Eh... ¿Qué? —pregunta Julián flipando—. Joder, Colás, ahora entiendo ese empeño en hacer de canguro.

El aludido lo mira con una cara extraña mientras los demás nos tronchamos. Vale, ahora yo también me merezco una ambulancia.

—Salid, chicos, salid, que ya nos quedamos nosotros con Sofi —lo imita Teresa conteniendo la risa.

—Dime al menos que no fue en mi cama, capullo —le pide Julián—. Ni en la de la niña, por Dios.

Ahora las carcajadas ya son bestiales. Hasta Colás suelta una que frena por pura fuerza de voluntad.

—No, fue en la de invitados. Joder, y luego el puntilloso soy yo.

—Ay, tu hermano también lo hace bien —mete baza Nela, ganándose en este caso una mirada airada del propio.

—Yo también la perdí en una cama —confiesa Ana de repente. Vaya, la tímida Ana, menuda sorpresa—. Aprovechamos que mis padres se iban de boda y... —Suelta una risita y mira a Colás y luego a Julián—. Al menos fue mi cama la profanada.

—Yo en la playa —se anima el dueño de la casa. Y señala hacia mí riéndose—. A unos metros de este. ¡Qué noche, eh, Rubio! ¡Con las madrileñas!

No puedo evitar reírme con él, y con todos, vamos. Lo cierto es que fue una buena noche. Yo, la verdad, no estaba nada incómodo. Quizá sí acabé con arena en lugares insospechados, pero entonces lo único que me importaba era que estaba cachondo como un mono y deseando vivir la experiencia más esperada y más alucinante hasta aquel momento. Tal vez fue un poco corta, eso sí, recuerdo con un poco de vergüenza pero buen humor.

—La mía se llamaba Silvia, ¿y la tuya? —continúa Julián, sirviéndose un chupito.

—Cariño, en serio, podías comenzar a cortarte un poco, ¿no? —masculla Teresa removiendo con vigor la infusión que tiene delante.

—Se llamaba Virginia —contesta Pedro sin darme chanza—. Yo os las presenté, ¿no lo recordáis?

—Joder, sí. Pero vaya memoria la tuya —suelto admirado de verdad. Yo sí me acuerdo de Virginia, claro, pero que lo haga él...

—Uy, sí, no preguntes por qué. —Ignora mis ojos abiertos en una pregunta muda y continua dirigiéndose a Teresa—. Y tú no te pongas celosa, mujer, y dale de su propia medicina. Cuenta,

cuenta, al final, en tu caso, ¿había o no cactus?

—No, maruja. No había cactus. Como mucho poco espacio. Fue en un coche. En el mirador, ¡cómo no! ¡Pilarica hasta la médula!

—Oh, sí, el famoso mirador... —rumia Laura con los codos en la mesa y la cabeza apoyada en sus manos.

—Dios mío, ¿cuántas generaciones se habrán estrenado ahí? —pregunta mi hermana, pensativa.

—¿Qué pasa, Adela? ¿Tú también?

—Sí, Pedro, yo también. —Se ríe ella.

—Genial, lo que demuestra que al final sois todos un tanto típicos y previsibles, ¿no? —ataca el poli con una sonrisa arrogante—. Yo, por supuesto, triunfo en originalidad. Una vieja pero enorme silla de esas tapizadas que mi madre guardaba en el garaje. Allí, entre herramientas y un sinfín de cajas, encontré el perfecto nido de amor.

—¿De amor? ¡Serás capullo! ¡Tú lo único que querías era follar! —me encuentro diciendo ante su parrafada.

—Joder, claro, como todos. —Se ríe él—. Así que me llevo el premio, ¿no? Ah, no, espera, ¿Laura?

Me tenso. Es imposible que no lo haga. Sobre todo cuando veo como ella bebe lo primero que pilla por banda, ríe nerviosa y hace lo imposible para que sus ojos no me miren. Y entonces me encuentro con que yo no puedo apartar los míos de su cara, sorprendiéndome de pronto lo ansioso e intrigado que me siento esperando su respuesta.

—¿Laura? —salta Nela con la vista clavada en el poli—. Ella... Ella...

—En una mesa —la interrumpe Laura mirando también a Pedro, pero con malicia—. Creo que te he ganado, Don Original. ¿O no?

—Eh, eh, espera —se interesa Teresa—. Pero en una mesa tipo escritorio, así como en el despacho de ese jefecito tuyo o...

—No, no... —Se ríe Laura con desparpajo, aunque le da un poco el hipo y eso, no sé por qué, me hace sonreír como un tonto. Otra que también tiene un puntito guapo—. En una cocina, para ser más exactos.

—¡Hostias! —se sorprende Julián—. Pues sí que ibais apurados, seguro que teníais un sofá o una cama a escasos metros.

«¿Apurados, dices? Ni te lo imaginas, tío».

—Jo, pues a mí me daba mucho más morbo lo del despacho. Sin lugar a dudas.

«Casi que a mí no, Teresita». De hecho, todavía no comprendo lo mucho que me molestó encontrármela ayer, con aquella espléndida sonrisa, wasapeando con el nominado a acabar con ella sobre ese escritorio.

—Sí, demasiada novela rosa, creo —confirma Ana entre risas.

—¿Y también fue muy incómodo, Laura?

Joder. «Calladito, Chema, ¿es que no te enteras?».

La Virgen, todavía no me creo que acabe de hacerle esa pregunta, y Laura seguro que opina lo mismo que yo, porque parece que no sabe si echarse a llorar o a reír. En principio, ya se ha puesto como un tomate y abierto los ojos como platos. Tarda un pelín más en contestarme y, cuando lo hace, Dios de mi vida, su sonrisa podría derretir un glaciar.

—Fue bonito. Incómodo, sí, un poco. Pero la verdad es que quitando *ese momento*, fue... increíble.

Juro que, por un instante, solo uno pero intenso, es como si ella y yo estuviésemos solos a la mesa. Claro que eso dura un suspiro, sobre todo conociendo a mis amigos.

—Lo que yo decía. Ibais apurados de cojones —apunta Julián causando otro ataque de risas.

—Sí, parece que alguien lo deseaba con ganas, sí —digo, porque sí, joder, porque me sale de los huevos. Porque ella ha sido brutalmente humilde y maravillosa al obviar el final de nuestro primer polvo, así que se merece un reconocimiento, aunque sea vago, de mi parte. Porque sé, por la sonrisa que ahora ilumina su cara, que se ha dado cuenta de que me refería a mí mismo.

—Vale, nena, tú ganas —acepta Pedro cuando la cosa se calma, aplaudiendo a cámara lenta—. Joder, no hay nada que hagas normal, ¿eh?

Laura vuelve a reírse, junto con todos los demás. Bueno, no. Por alguna extraña razón, Nela no lo hace, sino que mira a la pelirroja como si resultase ser Fiona y se hubiera vuelto verde. ¿Tanto le extraña lo de la mesa, Jesús? Es verdad que yo mismo reconozco que de haberlo sabido habría intentado buscar otro lugar, pero... tampoco es para tanto, ¿no?

CAPITULO 15

Chema

—Mmmm... Mmmm...

Sonríó ante el gemido de puro placer de Laura, mientras le recorro la espalda de arriba abajo con mis manos.

—Mmm...

Mi boca ha buscado su nuca después de apartarle el pelo, y se la lleno de besos húmedos, cosa que sé que le encanta. De hecho, aún dormida, su cuerpo bajo el mío se arquea hacia mí de una forma torturadora.

Tortura la de ayer, cuando me obligué, después de acostarla en su cama, a irme a la mía. Después de quitarle el pantalón y tapparla con la sábana, mantuve una discusión absurda y estúpida sobre lo que quería y lo que debía hacer. Por lo visto, ganó la razón, porque dormí en mi cuarto, sí, aunque no todo lo que quisiera. Me desperté aturdido después de volver a tener ese sueño en el que toco el piano mientras mi mujer me mira desde los ventanales. Solo que, esta vez, no desapareció de mi regazo, como siempre, sino que me echó los brazos al cuello y me abrazó muy fuerte. Sin embargo, cuando se echó hacia atrás y estaba a punto de verla, me encontré con los ojos abiertos clavados en el armario de mi habitación.

Intento no recordar lo frustrado que me sentí y, ahora, tras dos cafés, un sándwich y una buena ducha, lo único que pretendo es despertar a esta bella durmiente y perderme en ella.

Sigo acariciándola, bajando ahora por sus piernas, besando las corvas de sus rodillas y, tras llegar a los tobillos, hago el recorrido a la inversa, enganchando sus bragas en mis manos y sacándoselas casi a cámara lenta.

—Mmmm...

Me río por lo bajo mientras le hago cosquillas en la espalda. Lo sé porque se le ha erizado el vello mientras, casi inconscientemente, se contonea hacia arriba, buscándome. Sigo la línea de su columna vertebral a base de besos, mis manos acariciando sus costados y luego enroscándose alrededor de esa pequeña cintura a la que no tardo en llegar también con mi boca. Bajo un pelín más para adorar ese espléndido trasero a la vez que mis dedos se clavan en sus curvilíneas caderas; es algo inevitable. Mezclo besos con mordisquitos, dándole el mismo trato a cada una de sus nalgas respingonas.

—¿Mmmm? —Laura mueve solo un poco la cabeza, lo justo para mirarme con solo un ojo abierto, sorprendida y soñolienta—. ¿Qué haces?

—Por fin. Intento despertarte —susurro contra su piel.

—Ah... ¿Besándome el culo?

Me echo a reír. Así de bruta es mi chica. Pero, joder, me encanta.

—No, solo tus nalgas —le contesto con una sonrisa ladeada y mirándola con malicia—. Pero a todo llegaremos.

—¡Oh! —Se tensa ella al momento, enrojando casi entera. Repto por su cuerpo riéndome entre dientes y busco su boca para lamer sus labios.

—Ayer te quedaste dormida en el coche, pelirroja. Suerte que decidimos no traernos a las niñas y que pasasen la noche allí, o habría tenido que acarrear con las tres en brazos hasta aquí.

—¿En serio? ¿Me trajiste en brazos? —me pregunta, llevando una de sus manos a mi mejilla.

—Bueno, casi. —Sonríó pícaro y le clavo un poco más fuerte los dientes en el cuello. Tampoco quiero confesarle que me la eché al hombro, eso no suena demasiado bonito—. Lo importante es que llegaste sana, salva y... completamente dormida. Tienes que compensarme,

cariño.

—Ummm... Pues creo que aquí la que estaba recibéndolo todo soy yo. Que no me queje, eh...

Como única respuesta, tiro de su camiseta, que había enroscado bajo sus axilas, y, con su ayuda al incorporar un poco el torso, acabo de quitársela. Con presteza, me ocupo de su sujetador y lo lanzo de cualquier modo al suelo.

—Así mejor —digo antes de cogerle la cara con una sola mano, girársela un poco hacia atrás y darle el beso de buenos días más húmedo del mundo. Su sabor no es tan fresco como siempre, después de una noche llena de excesos, pero, contra todo pronóstico, me pone todavía más cachondo. Me sabe a decadencia, a perversión... Joder, a todo eso prohibido que quiero hacer con ella—. Todavía sabes a licor café —pienso en voz alta, consiguiendo que se ruborice enterita.

—Joder, qué asco. Debe de apestar me la boca, ¿no? Déjame al menos lavarme los dientes y...

—De aquí no te mueves. Me ha costado un huevo despertarte y tú nunca sabes mal. Nunca. —Y no encuentro mejor demostración que el beso que le vuelvo a dar, al que su cuerpo responde arqueándose y restregándose contra mí. La que más lo nota es mi erección, que, colocada en medio de sus nalgas, soporta una fricción tan dulcemente dolorosa que lo único que me impide quitarme de una puta vez el bóxer es que se acabe.

Ella gime en mi boca y yo emito un jadeo ahogado ante tanta presión. Joder, podría terminar aquí y ahora, así me pone esta mujer.

Laura hace el amago de girarse, pero no se lo permito. Mi pelvis también comienza a moverse contra su trasero, al tiempo que mis manos se meten bajo su cuerpo buscando esos pezones que me encuentro ya tan duros como lo estoy yo. Los muevo entre dos dedos mientras me ocupo de lamer su cuello, volviendo a bajar por su espalda hasta llegar a esa parte de su cuerpo que me enloquece. Amaso de nuevo su culo, viendo como mis dedos enrojecen sus blancas nalgas durante segundos para luego ir recuperando su color natural. No evito la tentación de clavar los dientes en una, para justo a continuación lamer la zona con ternura, consolándola. El largo gemido de Laura me anima a hacer lo mismo en la otra, pero esta vez también suelo dos dedos traviosos entre sus piernas, jugueteando con sus pliegues, que me reciben tan húmedos como siempre. Estoy tan caliente que mi erección lucha contra la tela de mis calzoncillos, pretendiendo escapar de ellos por sí sola, así que me separo un momento para quitármelos con una mano y sigo acariciando con la otra esas redondeces divinas.

—Joder, Laura, tu culo me vuelve loco. Se merece un monumento.

Ella levanta un poco la cabeza y me mira de reojo, sorprendida.

—De eso nada —dice muy seria, sin usar esas artimañas de mujer para que la siga elogiando—. Es demasiado grande para mi cuerpo.

—No, no lo es. Es perfecto.

—Eso es porque estás caliente —se burla, para después esconder el rostro en la almohada y añadir con una timidez adorable—. Es desproporcionado, como mis tetas. Y por encima tengo todo lleno de pecas.

Me estiro para poner mi cara a su altura y me dejo caer a su lado, consiguiendo que me mire de nuevo. Aparto los rizos de su frente y mejillas, y ahora el que la observa serio soy yo.

—Eres preciosa —comienzo a hablar sin pensar—. Perfecta. *Sexy*. Eres el sueño de cualquier hombre. Eres... perfecta.

—Te estás repitiendo —susurra muy bajito y con inmensa ternura, lo que me hace sonreír.

—Y esas pecas... son... comestibles. No podría imaginarte sin ellas. Y como me encantas, así, tal cual, tampoco quiero hacerlo. Adoro cada una, me gustaría pasarme la vida dibujando un camino entre ellas —murmuro al tiempo que hago justo eso, deslizar mi dedo entre las pecas de su

escote. Y entonces, me escucho y cierro con fuerza los ojos. ¿Por qué diablos habré dicho eso último? ¿Qué mierdas me está pasando?

Agradezco inmensamente que la respuesta de Laura sea besarme con ganas, para centrarme solo en su boca y no tener que buscar justificaciones a mis últimas palabras. El beso se hace demasiado corto, pero la sonrisa que me espera al acabar consigue que yo la imite sin dudar.

—¿Así que te gusta mucho mi trasero, eh? —me pregunta con pillería.

—Ajá —acuerdo a decir sin saber por dónde me va a salir, pero mis manos ya han volado a él y lo aprietan, acercándola más a mí.

—Ya veo, ya.

—Es el centro de mis fantasías —confieso, perverso—. Quisiera...

—¿Sacarle una foto y ponerla como fondo de pantalla? ¿Mejor como foto de perfil en WhatsApp?

Abro mucho los ojos, me lo imagino por un segundo y... exploto en carcajadas. Sí, así me tiene esta chica. Pasando de la calentura más absoluta a un estado tierno que me confunde, para acabar riéndome a carcajadas.

Ella se me une escondiendo la cara en mi cuello. Y, en cuanto parece que las risas remiten, solo retornan con más fuerza. Nos reímos hasta que casi jadeamos, pero, cuando se separa, creo que para coger aire, nuestros ojos se cruzan. Y las risas, como por ensalmo, se extinguen. Mi miembro, semierecto, vuelve a la vida de repente en cuanto las pupilas dilatadas de Laura se clavan en las mías. Nuestras bocas se buscan, nuestros cuerpos se acoplan y acabamos luchando por estar uno encima del otro, intentando llevar el control que, por otro lado, se nos escapa.

No tengo manos para todo lo que quiero acariciar, no tengo boca para todo lo que quiero besar. Todo me sabe a poco... Quiero más. Con ella siempre quiero más.

Sin saber muy bien cómo lo he conseguido, acabamos en la misma posición que al principio. Yo sobre su espalda, agarrando en un puño su pelo y besando su boca como un poseso. Me trago cada uno de sus jadeos mientras muevo las piernas para separar las suyas y colarme en medio. Estoy tan tan duro que encuentro el camino a su interior con una facilidad increíble. Ella se ajusta a mí como un guante, resbaladiza, caliente, dolorosamente perfecta. Es incluso mejor que nunca. Es... Mierda. Me retiro en cuanto mi cerebro se da cuenta de que lo estamos haciendo a pelo y estiro la mano hacia la mesilla de noche.

—No hace falta si no quieres —susurra ella al percatarse de mi movimiento—. He comenzado a tomarme...

La beso. La beso con hambre y vuelvo a metérsela feliz de la vida. Porque lo habíamos hablado por encima, pero ahora mismo acaba de facilitarme una fantasía en la que llevo pensando desde que decidí despertarla. Correrme sobre ese maravilloso culo. Una imagen tan erótica que permanezco quieto un instante para no hacerlo ya.

—Dios, Chema, muévete —casi grita ella cuando recupero el dominio, ganándose una sonrisa arrogante de mi parte y que obedezca de inmediato porque es algo que yo también necesito con urgencia.

Comienzo con embestidas lentas pero profundas, apretando los dientes y mordiéndome los labios para no jactarse como un perverso, pero oír a Laura, que no se corta nada, me está poniendo todavía más a cien.

—Así, Dios, sí. Justo así.

Pero, aunque sus palabras dicen una cosa, separa su pelvis del colchón y me sale al encuentro en cada movimiento, haciéndolo más duro, más tórrido, más rápido. Pidiéndome más sin palabras. Y, oh, sí, joder, se lo doy. Se lo doy todo. A la mierda el control. Ahora soy un animal buscando el

máximo placer. O, más bien, somos dos.

Chocamos, sudamos, gruñimos... Nos movemos a lo bestia. Como dementes. Y cuando su perversa y pequeña mano se cuela entre sus piernas y me acaricia los testículos, estoy a punto de ebullición.

—Jesús, Laura, ve a por él. Por lo que más quieras, ve a por él —casi gimoteo.

Gracias a Dios, solo necesita acariciarse un poco el clítoris para lograrlo, porque es sentirla tensarse, apretarse incluso más a mi alrededor, notar ese primer espasmo, para que yo esté más que listo. Solo alcanzo a frotarme un par de veces contra su trasero, después de sacarla deprisa, para hacerlo. Y, joder, sí que debo de ser un animal, porque cómo me gusta contemplarla marcada con mi semen.

La veo desplomarse sobre el colchón y yo, agotado, satisfecho y todavía con la respiración entrecortada, lo hago a su lado, retirando uno a uno los rizos húmedos de sudor de su cara y cuello.

Laura me sonrío y cierra los ojos unos segundos, casi ronroneando ante las sutiles caricias de mis dedos.

—¿Todo bien? —pregunto, solo por el hecho de oír de su boca que ha sido tan bueno para ella como para mí. Cuestión de ego, supongo. O quizá porque, en realidad, me importa demasiado. Coño, otra cosa en la que no pensar, aunque por otro lado, claro que quiero que ella disfrute de esto tanto como yo.

—Más que bien —susurra antes de morderse el labio inferior—. Ahora... ¿un masajito?

—¿Quién a quién? —Me río, pues acaba de volver a romper estas reflexiones tan fuera de lugar que suelen colarse en mi mente. Dios, la adoro por ello.

—Tú a mí, claro. No se me hubiese ocurrido ofrecerte, guapo. Estoy demasiado saciada y exhausta para moverme.

—Y eso que he hecho yo todo el trabajo.

—Engreído —me espeta, pero la palma de su mano sube a mi mejilla y me acaricia los labios con el pulgar—. Tan creído, tú...

Muevo la cara para besarle esa palma y sonrío canalla.

—Me adoras —la provoco, justo antes de meterme en la boca ese dedo juguetón y succionarlo con lascivia.

Y juro que me esperaba cualquier cosa. Una réplica de las tuyas, un segundo polvo o una risa sarcástica, pero no que cerrara los ojos, frunciera el ceño, tragara saliva con fuerza y se separara de mí tan rápido que me desconcierta. De estar entre mis brazos a escabulléndose hacia la puerta no habrá pasado más que medio segundo.

—Tengo que... Tengo que ir al baño —murmura antes de salir del cuarto.

Me quedo allí tumbado un tanto confuso. Y sorprendido. ¿Qué cojones...?

Minutos después, sin molestarme en vestirme, salgo tras ella. Abro la puerta del baño sin llamar y me apoyo en el marco.

Laura tira de la cisterna en ese momento, me mira, compone una fugaz sonrisa y abre los grifos de la ducha, tomándose un tiempo estúpidamente largo en ajustar la temperatura del agua.

—Laura... —acabo por hablar, a la vista de que ella parece ignorarme—. ¿Qué pasa?

—Eh... Nada. —Me dedica, ahora sí, una sonrisa de las tuyas y se acerca a mí—. Absolutamente nada.

—¿Y qué ha pasado hace un momento? —insisto, desconfiado.

Ella se echa a reír.

—Que me meaba, joder —me suelta con su habitual franqueza—. Y comenzabas a ponerme de

nuevo tontorrón.

—Ah... —Aliviado, me cruzo de brazos y mi sonrisa no puede ser más sugestiva—. ¿Así que tontorrón, eh? ¿Quieres que te enseñe todo lo tontorrón que te puedo poner mientras te enjabono?

—Vaya, tienes alma de maestro, quién lo iba a decir —se guasea ella.

—Ajá. —Doy un paso al frente y, sin despegar mis ojos de los suyos, busco uno de sus pezones con mi pulgar, convirtiéndolo en un bomboncito duro con apenas un par de toques—. Es mi cometido en la vida. Enseñarte, pelirroja.

—Joder, ¿y a qué estás esperando?

Mi carcajada acaba en su boca, cuando nuestras lenguas se encuentran una vez más.

Laura

Chema acaba de aclararme el champú y yo gimo encantada mientras me giro para verlo de frente. No sabía lo mucho que podría gustarme que un tío me lavase el pelo, en serio. Lo veo de reojo echarse gel en sus manos y frotárselas con una sonrisa más que engreída. El muy capullo sabe lo que me producen sus caricias, lo muy deprisa que me derrito, lo cachonda que ya me tiene. Y lo disfruta, vaya si lo disfruta. Claro que yo también sé que eso es recíproco. Por nada su polla lleva apuntándome desde el momento en que nos metimos en la ducha.

—Date la vuelta de nuevo —me pide después de enjabonarme a conciencia por delante.

—Oh, no. Ahora me toca a mí.

—Venga, que todavía no he acabado. Date la vuelta.

—Quiero tocarte —le exijo casi, pellizcándole los pezones con suavidad.

Él da un paso atrás y se ríe.

—Vamos, insaciable. Solo pretendo lavarte.

—Ya —replico, incrédula, clavando mis ojos en su erección—. Si se te nota que esto, bah, no te pone nadita.

—Vale, pillado. Solo pretendo lavarte... Por ahora. ¿Satisfecha? —Con esa sonrisa por la que yo vendería mi alma, me gira en un ágil movimiento y comienza a frotarme la espalda. Cierro los ojos encantada, meciéndome ante el gustirrinín que me provoca. Y...—. Mierda. Ahora no, mierda.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunto casi asustada, saliendo de este trance hipnótico que me provocaban sus manos.

—El timbre —anuncia, pasándose una mano por el pelo. Mira el reloj y resopla—. ¿Quién coño será a esta hora?

Me pongo de puntillas para mirar también la hora en su reloj y abro mucho los ojos.

—Son las doce. ¡Las doce!

—Ajá —comenta como si nada, poniéndose en jarras y mirando hacia abajo, juraría que divertido—. Ve tú. Yo así no puedo salir.

No hace falta que me lo repita.

—¿Será Julián? ¿O Teresa? ¿O los dos? Joder... ¿En qué quedasteis? ¿Nos acercaban ellos a las niñas? ¡Ay, Dios! Y nosotros aquí... No sabía que era tan tarde. Yo... ¿Y si es tu hermana? ¿O tu madre? —despotrico sin parar, a la misma velocidad que salgo de la ducha, me seco más o menos y me pongo lo primero que pillo, un albornoz que apenas se usa colgado tras la puerta.

—Eh, eh... Tranquila, respira. A las niñas quedé en recogerlas yo antes de ir a comer a casa de mis padres. No te extrañe que sean los testigos de Jehová, al ser el día que es —dice él con calma.

Lo miro sin entender mientras, con ademanes bruscos, me seco el pelo con una toalla. Pero al instante caigo en la cuenta y entonces sí respiro. Hoy es quince de agosto, Santa María, y claro, como todos los festivos, Chema y las niñas por regla general comen con sus padres. Así que es muy poco probable que sea alguien de su familia.

Con un último vistazo a Chema, que comienza a ducharse la mar de tranquilo, resoplo y me encamino a la puerta, haciéndole un nudo al cinturón, pues mucho me temo que a la persona que está al otro lado se le ha pegado el dedo al dichoso botoncito, coño.

Apurada y molesta con el puñetero ruido, abro sin tan siquiera mirar por la mirilla. Flipo en colores cuando Nela entra como un tornado, prácticamente empujándome con sus prisas.

—Ey... ¿Qué sucede? —pregunto cerrando a mi espalda, pero apoyándome en la madera, más sorprendida que preocupada.

—¿Que qué sucede? Eso tendrás que decírmelo tú a mí.

—¿Yo a ti? —Mierda. En cuanto pronuncio la última palabra sé, con tremenda seguridad, a qué se refiere. Ayer, envalentonada por los chupitos y decidida a bajarle los humos a Pedro y su afán de superación, no calculé las consecuencias de mi confesión. No caí en que Nela era la única que sabía a ciencia cierta que yo era virgen hace apenas unos meses. Joder...

—Se supone que somos amigas. Yo te lo cuento todo, joder. Todo, todo. —Hace una pausa en la que duda y luego sigue como una metralleta—. Bueno, casi todo. Pero lo que aún no sabes lo sabrás la primera, así que no cuenta. Coño, Laura, no espero un parte diario, pero... tampoco enterarme a la vez que todos de que hay alguien en tu vida, que ya no eres...

Le tapo la boca con una mano, porque no es solo lo que iba a decir, sino que está elevando el tono en cada palabra y resulta que Chema está en casa. Desnudo y en la ducha, sí, pero no por mucho tiempo.

—Vale, vale, pero baja la voz, por Dios.

Ella me hace caso. Se libra de mi mano y no emite palabra, pero se echa a andar hacia el salón y se deja caer en el sofá. Voy tras ella pensando en qué contarle que no sea la verdad, pero no se me ocurre nada. Nada verosímil. Nada que ella vaya a creerse. En este pueblo no hay un candidato que se me pueda ocurrir para meterlo en mi cama aunque sea de manera ficticia, al menos ninguno que no me pueda dejar en evidencia. Si no es muy conocido, no va a ser creíble, y si lo es... todavía peor. ¡Menudo lío! Y conociendo a Nela, no se va a conformar con una explicación llena de evasivas.

Tengo otra opción. Mandarla a paseo y espetarle que no tengo por qué darle ninguna, pero... eso no quiero hacerlo. Ella no se lo merece, solo se preocupa por mí. De hecho, estoy segura de que si está aquí, sentada frente a mí y mirándome de esa extraña manera en la que lo hace, no es por simple cotilleo, sino porque su cabecita seguro que ya está buscando algo que pueda ir mal.

—Para empezar, primero una cosa, ¿tú estás bien? —pregunta.

Genial. Esto es justo a lo que me refería.

—Yo estoy bien. ¿Y tú? Ayer con Colás, pues...

—Bueno... Ese es un tema del que ahora no quiero hablar. Quizá después. Por Dios, cuéntame, ¿quién es él, Laura? Y creo que esta pregunta ya te la hice no hace mucho, ¿verdad?

Carraspeo y me siento en el borde de una de las preciosas pero incómodas sillas del salón, esas que apenas usamos.

—Sí, no hace mucho —suelto una risita nerviosa e, intentando salirme por la tangente y hacer tiempo, aunque no sé muy bien para qué, improviso—. Qué temprano has salido de trabajar, ¿no?

Nela eleva tanto las cejas que su frente me recuerda un acordeón. Me mira perpleja y, en el mismo segundo, algo enfadada.

—La misa es a las doce. Vengo de peinar a las niñas que hacen hoy la comunión, junto con sus madres, abuelas y demás. Y todas ellas, como comprenderás, tienen que estar a esta hora en la dichosa misa. No es temprano, de hecho es bastante tarde, pero a mi jefa se le ha ocurrido que, ya que estábamos, podía ponerla mona a ella también. Y, ahora, ¿vas a dejarte de gilipollices y contarme algo, o prefieres que haga como que ayer no oí nada? O mejor, que enfrente el hecho de que mi mejor amiga me ocultó a conciencia que...

—¡Vale, vale! ¡Pero no comiences a chillar de nuevo, joder! ¡Baja la voz! —le pido en susurros enérgicos, si es que esos existen. Me cambio de asiento casi de un salto para ponerme a su lado y jugueteo con los dedos deseando un cigarrillo—. Yo... Es que yo... No sé ni por dónde

empezar.

—¿Me mentiste aquel día? —Y ante mi cara, se explica—. Cuando me dijiste que aún eras virgen... No sé, no tenías ningún motivo para hacerlo, pero tal vez...

—No, no te mentí aquel día —le aseguro, aunque mentirle hubiese sido mucho más fácil. Solo que no puedo. Estoy tan cansada de ocultarlo todo... De no poder confiarle a nadie lo que me pasa. De vivir una mentira—. Y quiero decirte la verdad, en serio. Pero no ahora mismo. Porque... Porque... Ay, Dios, es complicado. ¿Qué te parece si quedamos por la tarde o mañana y...?

—Laura, cariño... ¿Seguro que va todo bien?

—Sí, bien. —Bajo un segundo la mirada—. Bueno, más o menos.

—Laura...

—Ahora no, por favor, Nela. Ahora...

—¿Comemos juntas? —se apresura ella a buscar la ocasión de hablar—. Mi madre se ha ido a pasar estos días a casa de su hermana y no tengo planes. ¿Los tienes tú?

—No, ninguno. —Ni siquiera tengo que pensármelo demasiado—. Genial, te invito a comer aquí. De hecho, iba a hacerlo yo sola. Además, así estaremos más cómodas y no habrá oídos ajenos y chismosos a nuestro alrededor.

Nela sonríe por primera vez desde que ha llegado.

—Vale. Pero voy un momento a casa y ya traigo yo unas pizzas de El italiano, que, en serio, la resaca me da hambre y ya sabemos que lo tuyo no es la cocina —bromea, supongo que intentando restar la tensión de hace unos minutos.

—Ahí tienes toda la razón —nos sorprende Chema, entrando en la cocina y yendo hacia la nevera sin apenas mirarnos—. Aunque bueno, para compensar, se le dan bien... otras cosas.

Nela sonríe, gira la cara hacia él, mueve los labios para decir algo y entonces... Entonces se queda así, con la boca abierta, observando a Chema de arriba abajo. Lleva puestos unos vaqueros y una camiseta gris por fuera que permite entrever que no se ha molestado ni en abrocharse el pantalón. Va descalzo, algo normal en él cuando está por casa, aunque eso ella no lo sabe, claro, y su pelo, mojado y despeinado, no deja lugar a dudas de que acaba de salir de la ducha. Él, ahora de espaldas sirviéndose el zumo en un vaso, no es consciente del escaneo al que está siendo sometido, por suerte. Porque eso no termina ahí. Con la misma cara de estupefacción, Nela vuelve sus ojos a mí y también me recorre enterita. Desde mi pelo empapado goteando sobre el albornoz hasta mis pies también desnudos. No tendría por qué pensar lo que sé fijo que está pensando. Podríamos habernos duchado por separado y al mismo tiempo; al fin y al cabo, este piso dispone de dos baños, pero... ¿demasiada casualidad? Y la frase que Chema acaba de soltar tampoco es que ayude mucho, ¿no? ¿O soy solo yo la que ha leído entre líneas un trasfondo del todo sexual?

Va a ser que no. O al menos la cara de Nela me da a entender que, de repente, comprende demasiadas cosas.

—Joder... —susurra parpadeando—. Es tan obvio...

Yo cierro una milésima de segundo los ojos y luego los abro mucho en una súplica penosa. Pero ella parece ni verme.

—¿Que hace bien otras cosas? —Se ríe Chema volviéndose y apoyándose en la encimera justo antes de llevarse el vaso a la boca.

La Virgen, qué oído tiene el tío. Para una vez que un hombre debería no enterarse de nada...

—Claro... No sé cómo no lo vi —sigue Nela hablando consigo misma, pero con la vista fija en mí.

Ahora comienzo a mover las cejas exageradamente, poniéndome de espaldas a Chema. Al

mismo tiempo, aprovecho para vocalizar sin emitir ningún sonido. «Por favor, cállate. Cállate».

—Bueno... —Noto la confusión de Chema en esa sola palabra, lo que quiere decir que el pobre está más perdido que Wally. Y no me extraña, la verdad.

—Pero... no entiendo. —Niega Nela moviendo también la cabeza—. No entiendo por qué...

Cuando estoy a punto de interrumpir esa frase, saltándole encima si hace falta, él se me adelanta poniéndose entre las dos y dirigiéndose a Nela con preocupación.

—El que no entiende nada soy yo, Nela. ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? ¿Estamos al menos hablando de lo mismo?

Mi amiga lo mira por fin, despertando de ese estado casi catatónico en el que se encontraba. Y, gracias a Dios, también mira por encima de su hombro buscándome, lo que agradezco un montón, porque a estas alturas estoy haciendo el más espantoso de los ridículos, saltando sobre las puntas de los pies y hasta abriendo los brazos como si imitara las putas aspas de un molino, intentando por todos los medios llamar su atención.

Creo que mi mímica es lo suficientemente exagerada para hacerme entender, porque Nela compone una especie de sonrisa mientras recoge apresurada el bolso de encima del sofá.

—Eh... Estoy bien. Y no, creo que no hablábamos de lo mismo. En fin... Yo ya me iba. Nos vemos en un par de horas, Laura. *Ciao*.

Casi tengo que correr tras ella para acompañarla a la salida, pero creo que ni es consciente de ello, pues me cierra la puerta en las narices sin echar la mínima ojeada atrás.

—¿Qué ha sido eso? —cuestiona Chema con las cejas alzadas en cuanto regreso al salón.

Estoy por echarme a reír, histérica, pero, como me temo que aún me queda mucho día para ello, me encojo de hombros y opto por decir lo primero que me viene a la mente.

—Colás.

Y así, con esa única palabra, Chema parece darse por satisfecho y, tras una sonrisa del todo circunstancial, se termina el zumo en dos tragos.

Voy a desgastar el suelo como siga paseándome de esta manera. Pero, por otra parte, eso sería casi una bendición, ¿no? Si este se desploma y acabo en el piso de abajo con un traumatismo craneal, me evitaré la charla que me espera.

Suelto una risita nerviosa y me acomodo en el sofá, en el que aguanto sentada aproximadamente... dos segundos. Joder, no puedo estarme quieta. Desde que Chema se ha ido hace cuestión de una hora, he hecho mi cama, limpiado toda mi habitación, el baño e incluso fregado el pasillo. Hasta me ha dado tiempo a poner una lavadora. Y, aun así, creo que ya llevo varios kilómetros recorridos entre el salón y la cocina, lo que quiere decir que, aparte de cansada, voy a terminar por marearme.

Parezco una mala copia de Speedy González, coño.

Pero es que no puedo evitar estar atacada de los nervios. Y eso que el día comenzó cojonudo. Casi demasiado, diría yo. Hoy Chema ha hecho algo más que follarme y me niego a creer que hayan sido imaginaciones mías. Lo que me dijo... Ay, Dios, lo que me dijo. No sé si él fue consciente, pero se parecía demasiado a una declaración de amor. Mi corazoncito no puede con ello, no puede oír semejantes cosas y no latir más deprisa, no enamorarse un poquito más, no llorar por él. De hecho, si salí de la cama casi a la carrera, fue para no cometer una gran estupidez. Como decirle que no es que lo adore, es que estoy enamorada de él. Las palabras «te quiero» se posaban en la punta de mi lengua, deseando saltar de ella a sus oídos. Tuve que

tragármelas, literalmente, recordando que él no siente lo mismo, aunque, a veces, actúe como si así fuera. Claro que también es cierto que otras incluso parece avergonzarse de la simple idea de tener una relación conmigo. Ayer, por ejemplo. Me dolió tanto su respuesta a Ana... Tal cual si le hubiesen empaquetado como pareja a Vaquerizo, coño.

La mayoría de las veces me resulta del todo imprevisible. Nunca sé qué piensa en realidad sobre lo nuestro. Es frustrante, jodidamente frustrante.

El timbre de la puerta me hace dar tal salto que por poco acabo colgada de la lámpara. Ay, mi madre, tengo que relajarme un poco.

«Nela es tu amiga. Tu amiga. Ha sido tu mejor amiga desde parvulario. Ella te comprenderá. No te juzgará. Es tu amiga».

Y, de esta manera, hablando conmigo misma como una auténtica lunática, me acerco a la puerta para abrir.

—Hola —saludo con tiento en cuanto la veo al otro lado con una enorme caja de *pizza* en las manos.

Ella me mira. Me mira. Me mira durante lo que me parece muchísimo tiempo.

—Está bueno. No me había fijado nunca en lo bueno que está —suelta después de un par de minutos en que me he puesto tan tensa que he temido romperme. Abro la boca perpleja y un pelín escandalizada ante sus palabras y, al instante, rompo a reír como una histérica.

Si lo que yo decía. Y eso que todavía no hemos comenzado a hablar.

Nela pasa por mi lado ignorando mi ataque y, cuando la alcanzo, todavía luciendo una sonrisa incrédula, ya ha puesto la *pizza* sobre la mesa y está sacando vasos de un armario. Gira la cara al sentir mis pasos y me sonrío con dulzura.

—He pensado que necesitabas un toque de humor para romper el hielo. Y no me equivoqué, ¿verdad? Estás tan agitada que puedo oler a tus nervios haciéndose caca desde aquí —dice poniendo la mesa tan tranquila—. Aunque también hay algo de verdad en lo que te dije. Rubio tiene un polvo o dos. O unos cuantos. Lo que pasa que siempre ha sido ese amigo en el que nunca te fijas como hombre. El mejor amigo de mi cuñado. El jefe de mi novio. El...

—El cuñado de tu mejor amiga. El marido de Clara —termino yo por ella, haciéndola callar al momento. No sé si ha sido por mi tono, resignado y lleno de culpa, porque me he dejado caer en una silla de una forma un tanto dramática clavando la vista en la mesa o porque, sin querer y mucho menos pretenderlo, se me han encharcado los ojos de lágrimas. No es que no agradezca su manera de tomarse esta situación, de hecho estoy por besarle los pies, pero también es cierto que el hecho de que tenga que hacerlo me permite ver lo grave que, en el fondo, le parece el asunto.

—Laura...

Levanto la mirada y busco la suya, esperando ver ahora reproche o cualquier cosa similar. Incluso lástima... Pero Nela vuelve a dejarme pasmada, pues la tía está enfadada. Muy cabreada.

—¿Por eso lo escondéis? ¿Por ser quien es? Mejor dicho, ¿por ser quien fue? —me espeta antes de comenzar a trocear la *pizza* con saña—. Ahora empiezo a entender por qué habéis convertido vuestra relación en un secreto de estado, pero...

—No, no, espera...

—¿No es por eso? —insiste ella, dejando de atacar la comida y tomando asiento—. Entonces...

—A ver, sí, pero...

—Ay, por Dios, ¿quieres explicarte de una vez?

—Eres tú la que está continuamente interrumpiéndome, coño. ¿Has comido lengua o qué?

Como respuesta, Nela le da un buen mordisco a un trozo de *pizza* y, todavía con la boca llena,

me hace un ademán de disculpa.

—Tienes razón. Lo siento. Venga, habla. Y come —ordena al final, poniéndome encima de una servilleta un triángulo que, ahora mismo, soy incapaz de tocar. Me siento demasiado violenta, angustiada, incluso.

—Es que... Joder, no sé ni por dónde empezar. No... No es lo que parece.

Ella arquea las cejas y traga con fuerza su segundo bocado.

—¡Dios, Laura! No soy tu pareja para que me vengas con esas, mujer. Centrémonos, ¿folláis o no folláis?

—Sí, pero... —Ante su resoplido por el repetitivo «pero», continúo muy rápido—. No tenemos una relación. Solo... Solo...

—A ver, a ver, a ver... ¿Me estás diciendo que tanto drama es por un solo polvo en una sola ocasión en la que, por los motivos que fuesen, surgió y punto?

—¡La Virgen, Nela! ¿Desde cuándo eres tú tan moderna para estos temas? Y aunque así fuera...

—Que no lo es... —adivina ella con una sonrisa pillina.

Y yo vuelvo a resoplar mientras me llevo las manos a la cara y me la froto. Con un poco de suerte, cuando las retire, esta escena no estará teniendo lugar, porque creo que hace rato que la charla se me ha ido de las manos y no va de ninguna de las maneras que imaginé. Y fueron muchas.

Ella creo que nota mi desesperación, porque coge mis manos con las suyas para apartarlas ella misma y mirarme a los ojos.

—Lo siento. Quizá crees que me estoy tomando esto a cachondeo y no es así. En absoluto. Simplemente todavía... No sé, creo que no lo asimilo.

—No me extraña —digo con sinceridad—. A veces no lo hago ni yo. No te preocupes, te entiendo. Supongo que es muy difícil comprender que yo haya acabado liada con el marido de mi hermana. Es mezquino, es retorcido... Es una locura, una doble traición, un...

—¡Eh, eh, eh! ¡Frena ahí! ¿Qué coño estás diciendo? ¡No, no, no! —exclama moviendo las palmas en el aire para luego dejarlas caer con fuerza sobre la mesa—. Nada... Nada de eso. Ni por un segundo yo he pensado semejantes cosas ni nada remotamente parecido, aunque por lo que veo tú sí que le has dado al coco, eh...

—Es difícil no hacerlo —le confieso—. Tú... Tú ¿no lo ves mal? ¿No lo consideras casi una...?

—¡No! —suspira con ganas y se toma un segundo para seguir—. Yo no tengo nada que considerar, Laura. Yo solo quiero que seas feliz. Y si lo sois los dos, más contenta todavía. ¿Cómo puedes pensar que...? —Otra pausa y otro suspiro—. Es eso, ¿verdad? No iba muy desencaminada. Sois vosotros los que pensáis que estáis cometiendo un crimen al estar juntos y por eso os escondéis. No tiene sentido. No...

—¿No te das cuenta de que ya todo el pueblo murmura?

—¡Bah, tonterías! ¿Desde cuándo te importa a ti eso? Además, seamos sinceras, aquí es a lo que se dedican. Lo critican todo, y más si se sale un poco de lo común, como que viváis juntos sin mantener una relación. En cuanto se la deís, se callarán. O no. ¿Qué más da? —dice casi sin respirar y me frena poniendo una mano delante al ver que yo abro la boca—. Siempre encontrarán un motivo para cotillear. Siempre. Lo harán independientemente de que él haya estado casado con tu hermana o no. Y lo sabes.

Sigo con la boca abierta cuando acaba. Por su pasión al hablar. Por su apoyo. Y porque este pueblo funciona tal como dice, joder.

—Tienes razón —digo un momento después—, no sé ni por qué he nombrado los rumores. En

el fondo es verdad que me importan una mierda. Supongo que... Supongo que estoy...

—Enrollándote como un yo-yo.

—Sí, eso. Quizá para obviar que fue el propio Chema el que me pidió que esto quedara entre nosotros. Porque nosotros, Nela, a pesar de acostarnos juntos, no tenemos ninguna relación. No es más que sexo. Él... sigue enamorado de Clara —explico, dejándola tan alucinada que su cara me haría gracia si el asunto tuviese alguna.

—¿Qué? ¿Por qué dices...?

—Me lo dijo. Así, tal cual. —Y asiento también con la cabeza para darle más veracidad a mis palabras.

—Pero... ¿qué coño...? ¿Cómo? No, no, eso no puede ser... Vale que solo os acostéis si estáis los dos de acuerdo, pero él no ha podido...

Mi cabeza sigue moviéndose arriba y abajo sin parar, mientras estoy dejando casi en carne viva el labio inferior para no echarme a llorar.

—Ay... Y, en realidad, tú ni siquiera estás de acuerdo, ¿verdad? Tú quieres más —susurra transformando con rapidez el asombro en absoluto entendimiento.

No le contesto; bajo la vista para no tener que ver cómo me mira. Esta parte de la conversación era, sin duda, la que más temía, cuando tuviese que desenterrar sentimientos tantos años soterrados. Ojalá esto se tratase únicamente de sexo. Seguro que sería todo más fácil, no me sentiría tan humillada, tan poquita cosa al reconocer delante de alguien que me he convertido en un ser patético, uno que se conforma con lo mínimo con tal de tenerlo un poco.

—Laura, cariño... —Siento los brazos de Nela rodeándome y apretujándome contra ella, y ahí sí. Ahí me derrumbo.

No rompo a llorar, ni a gritar, pero sí dejo salir todo. Le cuento toda mi historia con Chema, desde sus comienzos, desde aquella tarde que entré en la ferretería y me sentí distinta al verlo, hasta esta última mañana. Admito con el corazón en la mano cada sentimiento que ese hombre despierta en mí, cada pecado que cargo a costas, cada una de mis inseguridades. Lo único que me guardo, que no me atrevo ni a nombrar, es que durante mucho tiempo creo que Clara estuvo entre nosotros. Ni su despedida, ni su mensaje. Demasiadas cosas para un día.

Y, cuando acabo, no me siento mejor persona, todo duele igual y sigue en el mismo sitio, pero la comprensión que observo en los ojos de Nela me sienta bien, me hace ver que solo soy humana, una chica enamorada de un chico.

—Y eso es todo —suspiro al ver que mi amiga parece haberse quedado muda, clavando la vista en el trozo de *pizza* que debería haberme comido y que, ahora, no es más que comida para pájaros. Ni siquiera me he dado cuenta de que lo he deshecho con los dedos hasta reducirlo a trocitos.

—¡Eso es una auténtica mierda! —grita ella haciendo que dé un respingo—. ¡Una mierda! ¡Con mayúsculas, joder!

—Sí, supongo —digo con pesar, pero incluso esbozo una sonrisa, porque sé que Nela está furiosa, pero no contra mí, sino por mí.

—¿Supones? —repite, entrecerrando los ojos—. Mira, para empezar... Y, joder, ahora yo tampoco sé por dónde hacerlo, porque, si tengo que opinar sobre todo lo que me has contado, podemos estar aquí hasta el día en que os caséis.

Abro la boca flipada y ella me la cierra usando dos dedos sin mucha delicadeza.

—¡A callar! Que voy a intentar resumir. —Saca su mano de mi boca y la usa para estirar el dedo meñique de la otra, cerrada en un puño—. Tú no tienes que sentirte culpable por enamorarte, no elegiste hacerlo; no estás haciendo nada malo, salvo quererlo más que a ti misma y Rubio...

Rubio es un capullo. Ya está.

Me la quedo mirando un rato y luego... tengo que reírme. Vaya, en qué instante ha acabado.

—No es un capullo —le aseguro un ratito después—; simplemente, no siente lo mismo que yo. No se puede obligar a nadie...

—¡Es bobo, joder! ¡Que te lo digo yo! Y está confundido. Muy confundido. Ay, cómo me va a gustar verlo caer, coño.

—No, Nela, eso no va a pasar.

Ella me hace un gesto con la mano para silenciarme y, al mismo tiempo, para descartar ese tema como si lo diese por finiquitado.

—Y tú... No quiero que vuelvas a pensar que estás traicionando a Clara, ¿me oyes? Por el amor de Dios, Laura, ¿cómo coño se le pueden poner los cuernos a una muerta, joder?

Atónita. No hay otra palabra para describirme al oír semejante bestialidad. Hasta me cuesta creer que me acabe de decir eso. Pero ¿qué...?

—Perdona mi poca finura, cariño, pero es la puta verdad. Rubio es libre, y tú también. Es más, apostaría lo que fuera a que tu hermana aprobaría lo vuestro. Bueno, no, seguro que primero le pondría una maceta por sombrero al estúpido ese, por no valorarte como mereces y estar más ciego que el pedo de un monje.

—Joder, Nela, y tú eres más basta que unas bragas de esparto.

—Bah, esa está muy oída. No vale.

La miro un segundo, sin entender, y luego me echo a reír. Dios, había olvidado las horas que, en nuestra adolescencia, dedicamos a esto, a inventar comparaciones cada vez más brutas y absurdas. Era una manera divertida de pasar las tardes de invierno y reírnos un montón. Aunque ella me ganara la mayoría de las veces.

—Y que sepas —continúa con una sonrisa— que, cuando quiero, puedo ser más fina que el dedo meñique de un inglés bebiendo té.

—Ay, sí. Y más dulce que Heidi comiendo gominolas —le replico con sarcasmo.

—¡Anda, esa es buena! Pero, mmm... —se sacude como si sufriera un escalofrío—, demasiado empalagosa.

Las dos nos echamos a reír, aflojando el ambiente. Es que lo que no consigan unas risas... Incluso me siento de nuevo yo, y no la debilucha y atacada de hace un rato.

Todavía con la sonrisa en la cara, aunque ahora de puro agradecimiento por tener una amiga como ella, me llevo la lata de Coca-Cola a la boca, mientras Nela me imita mirándome por encima del refresco sin rastro del buen humor de hace un rato.

—Y ahora en serio... —dice buscando el contacto entre nuestras manos—. Tienes todo mi apoyo en esto. Absolutamente todo. Y estoy por apostar que el de cualquiera de nuestros amigos también. Quizá les caiga un poco de sorpresa después de negarlo tanto, pero ellos lo entenderán. Es más, se alegrarán. Así como tu padre y Lidia. Y...

Casi me atraganto con el líquido que tengo en la boca. Nela se interrumpe cuando comienzo a toser para poder inhalar aire de nuevo y, cuando lo consigo, la miro con pánico.

—Eso nunca lo sabremos —le aseguro—. Porque tú no vas a decir nada. A nadie.

Y ni siquiera es una pregunta, lo estoy afirmando, porque no espero menos de ella.

—No, claro, yo soy una tumba, pero...

—Pero nada. Rubio no me lo perdonaría en la vida y, tarde o temprano, esto que tenemos terminará y...

—¿Y por qué, si puede saberse? ¡Ah, sí, claro, porque sigue enamorado de tu hermana! ¡Ja! Como mucho, sigue enamorado de la idea de estarlo, si es que eso tiene algún sentido.

Cierro los ojos y niego con la cabeza, no como respuesta a su comentario, sino a la situación en sí. Mira que había hombres en el mundo y he tenido que enamorarme del más complicado, coño.

—Tú lo quieres, Laura. ¿Piensas sentarte a esperar un desenlace que temes, pero que te empeñas en dar por hecho solo para sufrir menos? ¿Es eso? ¿O vas a hacer todo lo que esté en tus manos para conseguir estar a su lado?

La miro y tengo que reconocer que lo ha vuelto a clavar. Eso es justo lo que hago, disfrutar de lo que tengo para que me sirva de recuerdo más adelante, porque en el fondo solo espero el final. Y no, no quiero eso. No quiero ser así. Yo nunca he sido así.

—Quiero que me quiera —me encuentro diciendo y acabo por soltar una risa irónica y triste—. ¡Vaya dos, eh, Nela! Eso todo que me has dicho... Parece que tú también has estado pensando mucho, ¿no? ¿Te lo vas a aplicar?

—Uff... Si yo te contara —resopla rodando los ojos.

—Tenemos tiempo —le confirmo tras mirar la hora—. Rubio y su hermana iban a pasar la tarde por ahí con las niñas, así que... Tu turno. Además, cariño, tú juegas con mucha ventaja. A ti Colás sí te quiere. Y eso lo sabemos las dos.

Ella se muerde el labio inferior, nerviosa. Se toma unos segundos para pensar y asiente con la cabeza.

—Y espero que no nos equivoquemos, porque si no... —suspira y endereza los hombros—. Que conste que esto que te voy a contar no iba a tardar en decírtelo, pero era algo que tenía que hacer por mí misma. No quería consejos —sonríe sarcástica—; bueno, más bien, no quería que nadie me quitase de la cabeza la locura que se me ha ocurrido.

—Madre mía. Pero ¿qué vas a hacer?

—Pues verás...

Empieza contándome que, después de la discusión de la que fui testigo accidental con la puerta del baño por medio, ella y Colás terminaron en la cama. Y otras muchas veces. Pero en todas ellas acabaron discutiendo siempre por lo mismo. Y no es que Nela no le haya dicho por activa y por pasiva que quiere estar con él, pero Colás se siente tan inseguro al respecto que es incapaz de dar un paso al frente. Así que Nela también sabe mucho de frustración últimamente. Están en esa fase absurda de «ni contigo ni sin ti». Y lo peor es que teme que puedan quedarse ahí para siempre. O lo que es peor, que esa situación termine por hacerles tanto daño que destruya ese amor que ni la ruptura pudo atenuar.

Por lo que, con dos ovarios, ha elaborado un plan que... que mis ojos ya me pican del tiempo que llevan abiertos de par y par y la boca la tengo seca por imitar a sus compañeros de cara. Es que... hasta a mí, que no suelo escandalizarme por nada y mucho menos echarme atrás ante las locuras, me cuesta imaginarme haciendo algo tan descabellado. Descabellado, sí, pero taaan bonito...

—Joder, Nela, voy a echarme a llorar —le digo cuando termina de hablar con un suspiro exagerado—. ¡Eres la mujer más valiente del mundo! Eso que vas a hacer es... ¡Es la hostia!

Ella se ríe con una mezcla de nervios, ilusión y miedo.

—Sí, la hostia que me puedo llevar.

—Joder, eso también. —Y al darme cuenta de la cara que ha puesto, me apresuro a seguir—. Pero eso no va a pasar. Ya verás, todo va a salir bien, estoy completamente segura.

—Ojalá. Yo sé que me quiere, Laura, tanto como yo a él. Si esto último tengo que demostrárselo, lo voy a hacer a lo grande.

—Eso sin duda —susurro.

Esboza una sonrisa triste al oírme y se enciende un cigarrillo con bastante trabajo, dado lo mucho que le tiemblan las manos.

—Y, mira —continúa tras darle la primera calada—, si esto no funciona, yo al menos sabré que he hecho todo lo posible por nosotros.

Me acerco a ella y aprieto una de sus manos.

—Va a funcionar —repito—. Y si me necesitas para algo, para lo que sea, tú solo pide por esa boquita.

—Bueno, ahora que lo dices... No me vendría mal una ayuda en dos cositas. —Aparta la vista y mira a su alrededor, pensativa—. ¿Podrías organizar una reunión aquí? Solo para los íntimos, ya sabes. Pedro, Chema, Julián, Teresa... Y Colás y nosotras, por supuesto.

—¿Aquí?

—Sí, lo he estado pensando mucho y... no puedo hacerlo en un sitio público.

—Eh, no, nada de sitios públicos —digo abriendo de nuevo mucho los ojos al pensar en la que se puede montar.

—Habría con Teresa, pero, no sé, es la casa de su hermano y... no me parece demasiado neutral. No me malinterpretes. Julián y Teresa siempre me han tratado de maravilla, pero, si algo sale mal, tomarían partido por Colás, lo que es natural. Aquí, aquí yo...

—No se hable más. A ver cómo lo organizo, pero dalo por hecho. —Entonces se me ilumina una bombilla—. Mi cumpleaños. Es en poco más de quince días, ¿cómo lo ves?

—Perfecto. Tu cumpleaños.

—Vale, ¿y el otro favor?

—Pues... —Sonríe exaltada—. Nos vamos de compras, nena.

Tardo un segundo en comprender a qué se refiere y, al hacerlo, mi cara se ilumina como un árbol de Navidad.

—Joder, sí, cuenta conmigo.

—Gracias, Laura. Por todo. Sobre todo por no tacharme de pirada.

—No podría, ya sabes que somos tal para cual. —Me río.

—Lo que me lleva a insistir sobre una cosita. No te rindas con Rubio, cariño. No lo hagas.

—¿Sabes? Tampoco podría. Llegado el momento, sé que no podría renunciar a él sin antes dar la pelea. Supongo que, cuando se trata de amor, el orgullo está sobrevalorado, ¿no?

—Esa es mi chica. Además, no puede ser tan difícil, ya tienes mucho camino andado. —Pone delante de mí un gran trozo de *pizza*, a estas alturas ya frío y tieso, y sonrío traviesa—. A ver, dicen que a los hombres se les conquista por el estómago o con sexo. —Entonces, arruga mucho la frente—. Uy, come, come. Tú necesitas cargar fuerzas, que tienes que follar el doble.

Abro muchísimo la boca.

—Serás pendón.

CAPITULO 16

Laura

Este sábado no está resultando como esperábamos. Nuestros planes de pasarlo con los demás, comiendo en cualquier lado para luego acercarnos a la playa para aprovechar los últimos días de verano, se han visto del todo frustrados.

Cuando ayer Chema regresó con las niñas, Llara no se encontraba demasiado bien. Tenía un poco de fiebre y se quejaba, aunque no sabía precisar de qué. Hoy la cosa ha empeorado. Se ha pasado parte de la mañana tirada en el sofá aquejada de un cansancio exagerado. Chema se subía por las paredes. Creo que su cabeza ya estaba barajando la posibilidad de una meningitis como mínimo. Lo tranquilicé diciéndole que esa fatiga seguro que era debida a los picos de fiebre y que se trataría de cualquier virus de estos tontos que suelen coger los niños. A mediodía, el diagnóstico podría haberlo dado yo, al desnudarla y verla cubierta con esos granitos tan característicos. Varicela. Aun así, él tuvo que llevarla a urgencias, claro, y, en efecto, está atravesando la popular enfermedad infantil. Molesta y cansina, pero de la que, inexplicablemente, luego de mayor guardas el recuerdo con cariño. O, al menos, así es en mi caso, ya que Clara y yo la atravesamos a la vez y aquello se convirtió en una fiesta de pijamas que duró días.

Por eso mismo no me extraña para nada que, ahora, a las ocho de la tarde, sea Marta, sentada a mi lado, la que tenga los ojos vidriosos y las manos heladas.

—Uy, princesa, creo que tienes fiebre —comento mientras me levanto a por el termómetro que mantenemos cerca desde ayer.

—¿Tú crees, tía? Solo me duele un poco la cabeza.

—Ay, Dios, a pares —masculla Chema desde la otra punta del sofá. Tiene en el regazo a Llara, a la que está aplicándole Talquistina en la cantidad que usarían algo así como tres niñas.

Me da la risa, no lo puedo evitar. Y más con la cara de susto que ha puesto mirando a su hija mayor.

—Venga, que esto no es nada —digo, aunque no sé si para Marta o para él, que parece necesitar más palabras de ánimo que las propias enfermas.

—Ya lo sé, tía —contesta mi sobrina apretando mucho el brazo contra su costado para que no se le caiga el termómetro—. Esto es solo una infección causada por el virus que lleva el mismo nombre. Solo puede presentar alguna gravedad en adultos o adolescentes, en los niños el único gran problema es que es muy contagiosa, nada más. ¿Vosotros ya la tuvisteis? —acaba su exposición repartiendo la mirada entre su padre y yo.

Tardamos un rato en contestar, porque creo que ambos nos hemos quedado un poco a cuadros. Joder con la enciclopedia andante.

—Yo la tuve de pequeño, sí —le asegura su padre, luciendo una expresión de asombro para immortalizar—. Y tú ¿cómo sabes todo eso?

—Ah, ¿eso? Lo he mirado en internet en cuanto has llegado del médico con Llara.

—Jesús... —susurra Chema, y luego se dirige a mí—. Habrá que tener cuidadito con ella y el ordenador. Ahí sale de todo.

Asiento, mordiéndome el labio para no volver a reírme. Que tiene razón, vamos, pero es que él está tan trastornado...

—¿Y qué, tía? ¿Tú la tuviste? Si no es así, ya puedes empezar a...

—Sí, sí, yo la tuve.

—Ah, vale, entonces no hay problema. —Se quita ella misma el termómetro en cuanto empieza a pitar y lo mira—. Treinta y siete y medio. En cuanto note el primer grano os aviso, ¿vale?

Escupo una carcajada ante su desparpajo y Chema, casi al mismo tiempo, resopla.

—A lo mejor no es ni eso, Marta. Quizá hayas cogido un resfriado o cualquier otro virus.

—¿En serio, papá? ¿Tú crees? —replica ella muy digna, cruzándose de brazos y mirándolo como si no lo considerara muy listo—. ¿Qué probabilidades hay de que...?

—¡Bueno! ¿Y qué os apetece cenar? —pregunto mientras me pongo en pie y doy una sonora palmada, más que nada para salvar a Marta de un buen sermón, pues su padre la está fulminando con la mirada. A ella y a su dichosa inteligencia. Parece ser que también se ha dado cuenta de lo sobrada que iba la niña—. ¡Venga, niñas! ¡Podéis elegir entre todo lo que hay en casa!

—A mí me apetece galletas de chocolate. Y leche con mucho cacao —pide Llara—. ¿Puedo?

—Claro, cariño —le responde su padre enterneciendo el gesto al mirar a la pequeña—. De hecho, es una buena opción para todos. Pero ¿qué os parece si mejor preparo tortitas? Hace siglos que no las comemos.

—Sí, papá. ¡Qué ricas! Hazlas con pepitas de chocolate —dice Marta con extrema dulzura, quizá para compensar su comentario anterior—. Recuerdo que antes las hacías todos los domingos.

—Ya sabes, eran mi especialidad —le dice al tiempo que le dedica una sonrisa triste.

—Pues nos las harás otro día. Hoy podéis escoger galletas, niñas —intervengo yo—. Papá ha quedado y...

—¿Yo? No, no voy a ir. Los llamaré y...

—No. Tienes que ir. Ya lo hemos hablado —insisto—. Todos cuentan contigo para cenar y salir a tomarse algo por ahí. No les harás ese feo, ¿no? Sobre todo a Ana y a tu hermana, que van a irse en nada.

—Ve tú. En serio. A mí no me importa. Yo prefiero quedarme y...

—No, vas tú. —Me levanto e incluso pongo los brazos en jarras—. ¡Por favor! Sabes a la perfección que, por muy bien que yo me lleve con Ana y Adela, eres tú el que tiene que ir.

Y sin más, sin esperar a oír otra protesta, me encamino a la cocina y abro la nevera para sacar la leche. Es que esta discusión es absurda. Por un lado, sé que son sus hijas, pero también que es él el que debe salir esta noche al no poder hacerlo los dos, tal como teníamos pensado en un principio.

—¡Vaya, pelirroja, eres de armas tomar, eh! —exclama Chema prácticamente en mi oído, casi acorralándome contra la encimera. Es que este chico tiene fijación con empotrarme contra ella, de verdad.

—Tienes que ir, Chema. Y no se hable más. Aquí los dos no hacemos nada y...

—Bueno, eso lo dirás tú. A mí se me están ocurriendo un par de ideas para cuando las niñas estén dormidas.

Suelto una risita tonta y me aparto de él.

—¿Tanto te gustó el juego de mímica? ¿Quieres volver a perder? ¿O tal vez prefieras el desquite en el parchís? ¡Ah, no, seguro que quieres ver la segunda parte de *Shrek*! —lo vacilo, nombrando todo lo que hemos hecho esta tarde con las niñas. Y que hemos disfrutado como ellas, por cierto. Nos hemos reído tanto... Sobre todo cuando Chema parecía un chiquillo enfurruñado al perder.

—Ay, qué listilla —susurra—. Al final nunca llegué a castigarte en condiciones, ¿verdad?

Me echo a reír con ganas mientras abro el armario para alcanzar el Colacao.

—Anda, sigue soñando mientras te duchas y te cambias —sugiero guasona—. Y ponte guapo, a ver si ligas.

—No creo que eso te gustara mucho —masculla, cruzándose de brazos, todo engreído él.

—¡Ah, sí, me encantaría! Soy un poco mala, ¿sabes? —murmuro acercándome todo lo que puedo a él sin llegar a tocarlo—. Me encanta que otras deseen lo que solo yo puedo tener.

Él sonríe arrogante, pero soy plenamente consciente del momento en que se tensa y la sonrisa se convierte en una mueca extraña. Supongo que les ha dado una vuelta a mis palabras. Y vale, quizá me lo merezca. Tal vez he forzado de más las cosas, queriendo saber hasta dónde puedo llegar, pero también es cierto que necesito saberlo. Andar siempre sobre huevos es un auténtico coñazo.

Por suerte, algo vuelve a pasar dentro de esa cabecita que luce sobre los hombros porque, antes de que me dé tiempo a intentar arreglar de alguna forma lo dicho, él suspira, sonríe pícaro y, con una excusa que ni entiendo, me arrastra al pasillo, lejos de los ojos y oídos de sus hijas. De repente, solo siento una pared a mi espalda y sus labios sobre mi boca en un beso abrasador. Su lengua no conquista, sino que ataca, como si este fuese nuestro primer beso... O el último.

«Oh, no, por favor, el último no», gimo. Y es un gemido real el que sale de mi garganta, haciendo que él frene un poco sus ansias y sonría sobre mi boca.

—Esto es solo un adelanto —me espeta dando un paso atrás y, tan pancho, comienza a andar hacia su cuarto.

Y yo me quedo allí apoyada unos segundos más antes de regresar al salón. Porque, joder, podrá sonar a novela rosa fucsia, pero me ha dejado tan excitada que mis piernas apenas responden.

No es demasiado tarde, pero estoy barajando la posibilidad de meterme en la cama y recuperar esas horas de sueño que, con satisfacción, llevo semanas perdiendo por culpa de Chema. O con Chema, mejor dicho. Sin embargo, no me decido a levantar el culo del sofá, así que pulso el botón del mando de la tele para cambiar de canal por enésima vez. ¿No podían echar algo decente un sábado por la noche? No todo el mundo tiene la posibilidad de salir por ahí. Algunos nos quedamos en casita y agradeceríamos tener algo que ver.

«Venga, me fumo un último cigarrillo y me voy a la cama», pienso un segundo antes de oír como se abre la puerta principal.

—Hola —saluda Chema mientras entra en el salón.

—Hola. ¿Qué...? ¿Qué haces en casa tan temprano? No son ni las...

—Me aburría —explica encogiéndose de hombros mientras se quita la cazadora y la deja de cualquier manera encima del sofá.

—¿Te aburrías? ¿Tan mala era la conversación? —bromeo.

Él vuelve a encogerse de hombros y, por un pequeñísimo instante, hasta parece avergonzado.

—No es eso, es que... He cenado algo con ellos en el bar de Paco, pero... lo cierto es que no me apetecía seguir por ahí, así que les he dado una excusa y me he venido.

—Te estás haciendo viejo, cielo. —Me río con sorna.

—Puede. —Entonces, sonríe de medio lado y me mira con malicia. Adiós, vergüenza—. O puede que estuviese seguro de que en casa podría pasármelo mucho mejor.

Abro la boca y frunzo el ceño, pero entonces recuerdo su promesa contra aquella pared y... ¡Madre mía! Solo que tampoco se trata de ponerle todo tan fácil, ¿no? Eso sí que es aburrido.

—Eso es un tanto arrogante por tu parte, ¿no?

—¿Las niñas se despertaron en algún momento? —pregunta él, ignorando mi comentario.

—No, todo bien. De hecho, hace un rato que he ido a echarles un vistazo y estaban durmiendo a placer. Por si acaso, les di el Dalsy cuando les tocaba y...

—Genial. Ven —dice después de apagar la tele, se gira y comienza a andar, sin dejarme terminar siquiera.

—Espera, ¿adónde?

—Tú ven.

Me levanto y lo sigo, más sorprendida que otra cosa ante su comportamiento. Cuando lo veo entrar en mi dormitorio, resoplo ante su descaro, aunque una sonrisa evidencia lo que, en realidad, me gusta su actitud.

—¿Ahí es donde piensas divertirte?

Él no me contesta, únicamente sonrío insolente mientras sujeta la puerta esperando que entre. Paso por su lado poniendo los ojos en blanco y me giro para ver como la entrecierra tras él.

—Vienes tú un poco mandón, ¿no?

—Pues ni siquiera he empezado —suelta mientras se cruza de brazos, lo que hace que yo eleve las cejas y lo mire un poco desconcertada.

—¿Qué? ¿Qué te p...?

—Es que llevo toda la noche pensando... —comienza a hablar entornando los ojos y, tras una pequeña pausa, me mira con fijeza—. Laura, de rodillas.

—¿Cómo?! —exclamo estupefacta. Y más me quedo cuando él resopla y luego se ríe abochornado mientras baja los brazos a sus costados.

—Joder... Siempre he querido decir eso —confiesa y se muerde el labio inferior.

—¿En serio? ¿Siempre has querido...? —Meneo la cabeza alucinada, pero lo cierto es que no puedo obviar que toda esta escena surrealista me ha puesto un pelín. Valeee... un montón. Así que doy el paso que nos separa para hacer lo que me ha pedido. U ordenado, vamos.

Ahora es él el que me mira con los ojos como platos, atento a cada uno de mis movimientos, perversamente lentos, hasta que acabo arrodillada a sus pies.

—¿Y ahora? —susurro. Y, joder, estoy convencida de que incluso me he puesto colorada. Porque, sí, es verdad que él y yo hemos hecho casi de todo, pero nunca, nunca me he sentido así de expuesta. Ni tampoco tan ansiosa. Será debido a la expectación, a verlo en esta faceta de hombre puramente sexual y, sobre todo, a que quiera que sea yo la que cumpla cada una de sus fantasías.

Chema ahoga un jadeo al verme en esa posición, tan dispuesta, y eso, Dios, acaba por ponerme a mil. Pero, pese a lo excitados que estamos los dos, él solo acierta a mover las cejas arriba y abajo, paseando sus ojos desde mi boca a su entrepierna. Yo me hago de rogar, como si no entendiese lo que desea, mirándolo con toda la inocencia que puedo fingir... Hasta que los dos rompemos a reír, medio avergonzados y divertidos ante lo absurdo de la situación.

Todavía conservamos ambos sendas sonrisas estúpidas cuando él se inclina, sujeta mi pelo entre sus dedos, me lo retira hacia atrás y, tras una mirada cargada de ternura, me besa con extrema dulzura. Lame mis labios y juega con ellos, pero, para cuando su lengua busca la mía, ya estamos los dos de nuevo tan encendidos, tan excitados, que acabamos devorándonos. Aprovecho ese eterno beso para desabrocharle el cinturón y el pantalón, lo que hace que él gimie en mi boca un segundo antes de apartarse, enderezarse y llevar su vista hacia mis manos, ahora entretenidas en bajarle la cremallera para desprenderme de toda su ropa en un mismo movimiento. Con su erección desnuda y a una altura ideal, no puedo sino cumplir ese capricho en el que parece haber pensado tanto. Me paso la lengua por el labio inferior, indecisa, pero solo porque no sé por dónde comenzar. Quiero que sea perfecto. Quiero hacerlo enloquecer.

Comienzo acercando mi aliento caliente a la punta y, con la mayor suavidad, abro un poco mis labios para darle un pequeño beso en el glande. Lo hago mirándolo a los ojos, provocadora,

haciendo partícipe a mi lengua en él, que ha salido a saborearlo casi con timidez. Rodeo con una de mis manos su base, mientras la otra acaricia su abdomen y, cuando este se tensa, dejo que mi boca se abra con lentitud, abarcando más carne.

Otro jadeo sofocado de su parte me dice que voy bien, así que mis labios lo rodean hasta la mitad, succionando, volviendo a subir, a la vez que mi mano, casi por voluntad propia, la mece arriba y abajo, intentando darle más placer. No sé en qué momento he movido la otra, pero ahora me encuentro aferrada a una de sus nalgas, atrayéndolo más hacia mí para así volver a deslizarlo dentro de mi boca. Noto como Chema se tensa enterito a la vez que resopla y de nuevo levanto la vista para observarlo mirarme de esa forma lujuriosa que me quema, al tiempo que busca apoyo en la pared con una de sus manos.

—Jesús, Laura... —susurra cuando mi boca lo abarca todo lo que puede, jugueteando con lengua y dientes en el proceso—. Me vas a matar...

Alentada por sus palabras, me muevo con más rapidez y seguridad, cogiendo un ritmo que, por sus roncos gemidos, parece gustarle bastante. Que su mano libre se aferre a mis rizos me hace ir todavía un paso más allá, acariciando sus testículos y empujándolo aún más contra mí. De vez en cuando no puedo evitar alzar los ojos hacia su rostro, me fascina ver el placer que le provoco, sus gestos contenidos y masculinos. Y, Dios, juraría que, cuando lo hago, él lo disfruta tanto como yo. Me dedica una mirada casi animal, o se muerde el labio inferior con todos sus dientes superiores... Joder, me pone cardíaca y me hace sentir tan satisfecha... Y deseada, infinitamente deseada.

—¡Dios! No se te ocurra parar —suplica crispando sus dedos en mi cuero cabelludo. Aunque no mucho después parece cambiar de opinión—. O sí, mejor para. Para porque... Joder, Laura.

Sé lo que pretende decirme, pero no le hago ni caso. Mis manos, ansiosas, lo empujan contra mí y, animada por ese jadeo que se le escapa cuando adivina mis intenciones, mi boca, voraz, introduce más de él en ella. Succiono, lamo, disfruto...

—Laura, por... La hostia...

Y soy hiperconsciente del instante en que Chema pierde el control. Tras una sola embestida que no espero, se deja ir, haciéndome sentir cada una de sus pequeñas palpitations. Trago sin pensar, retirándome poco a poco sin despegar mis labios de él, regalándole un último beso al final, ahora más cohibida que nunca. Quizá sea raro, pero tan cierto que, en principio, ni siquiera me atrevo a levantar la cabeza y mirarlo.

Es él el que cae delante de mí también de rodillas, cogiéndome la barbilla y logrando que nuestros ojos se encuentren. Me regala la mirada más dulce del mundo junto con una sonrisa casi sorprendida, como si no se creyera lo que acabo de hacer, pero le pareciese lo mejor del mundo.

—Dios, Laura... —susurra acariciándome los labios con el pulgar—. Eres... Eres...

—Bésame —me escucho decir.

Él se acerca, pero, cuando prácticamente tiene sus labios sobre los míos, se queda muy quieto, como dudando. Lo miro a los ojos con una pregunta muda y entonces... caigo. Me ruborizo entera, lo sé, lo noto, pero eso no quita que mi boca actúe por su cuenta.

—Bésame, Chema. Y no me jodas —digo sin filtrar mis palabras—. Todo eso antes era tuyo, coño.

Y él no lo hace, pero porque comienza a reírse a carcajadas. Una sonrisa tonta se instala en mi cara al verlo; es inevitable. Creo que me gusta tanto hacerlo reír como lo que le he hecho hace unos minutos. Su risa es maravillosa. Profunda, ronca, tan sincera. Además, esas arruguitas que se le forman en las comisuras de los ojos son tan adorables...

—¿Has acabado? —pregunto con suavidad cuando sus labios solo se curvan en un gesto

divertido.

—Sí —dice mirándome ahora con una sonrisa canalla. Sí, justo esa sonrisa que me desarma—. Joder, Laura, me matas... En serio, me matas.

Pero su última frase, en realidad, ya la dice dentro de mi boca. En un movimiento rápido e inesperado, me ha cogido de la nuca y me ha arrastrado hacia él, dándome no solo ese beso que le pedí, sino uno de esos cargados de promesas sensuales.

—Vamos a la cama, Laura —murmura cuando nuestros labios se separan buscando aire—. No te puedes ni imaginar lo mucho que tengo que compensarte.

Se levanta y me ayuda a incorporarme mientras yo me río por su último comentario. No solo porque me ha hecho gracia, sino porque estoy totalmente de acuerdo con la idea.

—¿Y qué tienes en mente? —Sonrío con malicia.

—Ummm... Tantas cosas...

Se me escapa una carcajada cuando me empuja sobre la cama y reboto en ella. Chema no tarda en unírseme, colocándose encima de mí con su peso apoyado en sus antebrazos.

—¿Alguna preferencia, peli...?

—¡Papi! ¡Mina! ¡Me pica! ¡Me pica mucho!

—Mierda, joder —masculla él ahogando un suspiro y dejando caer su frente sobre la mía.

Pero, a pesar de la interrupción y de sentir su misma frustración, a mí lo único que se me ocurre es echarme a reír.

Chema

Aparco la camioneta en el sitio en el que acostumbro y, tras recoger de la guantera las llaves de casa y la cartera, me dirijo a casa de muy buen humor. Como casi siempre de un tiempo a esta parte.

Joder, me comería una vaca, pienso al oír mis tripas protestando, lo que me lleva a imaginar el menú que me tendrá hoy preparado Laura. Seguro que estará un poco quemado, pasado, soso o salado. O tal vez me asombre, como algunas veces, y la suerte haya estado de su parte. Subo una mano a la boca al darme cuenta de que estoy sonriendo como un tonto. En realidad, da igual lo que haya hecho, porque su simple compañía acaba por mejorar la peor de las comidas. Seguro que comeré entre risas o me sorprenderá con alguna de sus salidas. En el peor de los casos, puede que discutamos por cualquier tontería, pero hasta eso con ella se ha vuelto divertido. Sobre todo ahora que los enfados nos duran unos cinco minutos antes de buscar la ocasión de comernos a besos.

—Hola, ya estoy en casa —digo al entrar en el piso y ver que las niñas no corren a recibirme, como suele ser habitual.

—¡Hola! —escucho a Laura aún sin verla—. ¿Qué tal el día? ¡Ay, yo estoy nerviosísima!

Me echo a reír porque sé que lo que dice es verdad. Hoy es jueves, y esta tarde Miriam inaugura la pastelería, y ni que lo hiciera ella, oye. Aunque también es cierto que hoy su trabajo va a ser criticado, para bien o para mal, y eso es muy importante para Laura.

—Ha quedado genial y lo sabes —le aseguro ya atravesando el salón y mirando a todas partes menos a ella—. ¿Y las niñas?

—Encima de mi cama, jugando a maquillar modelos en el ordenador —contesta, aunque no es eso lo que me deja patidifuso, casi clavado en el sitio.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo? —Y sí, he sonado tan asombrado como estoy. Pero es que ver a Laura cocinando algo que no sea absolutamente imprescindible es del todo insólito.

Y mira que me la he encontrado en situaciones sorprendentes, que me han dejado pasmado o me han emocionado. A veces, incluso las dos cosas a la vez. Como aquella en que hallé a las tres sobre la alfombra, delante de un álbum de fotos de cuando Clara y Laura eran niñas, y a la segunda inmersa en el relato de una de sus muchas anécdotas. O la vez que quiso mover la tele aún no sé muy bien para qué y llegué justo para verla caerse hacia atrás con ella encima. O mi favorita, esa otra en la que acompañaba cantando a voz en grito a una Marisol jovencísima en la tele, pues, tras haberles confesado a las niñas que a su madre le encantaban sus películas cuando era pequeña, ellas le rogaron que se las consiguiese. Menudo maratón de Marisol se metieron aquella temporada. Y alguna también me tocó a mí. Parecíamos haber regresado a los setenta.

—Un pastel —me contesta sin apenas mirarme, sacándome de mi estupor y concentrada en lo que sea eso a lo que no deja de dar vueltas—. Hoy es la inauguración, ¿recuerdas? Pues...

Río por lo bajo acercándome a ella.

—¿Pretendes regalarle a Miriam un pastel por la inauguración de su pastelería? ¿En serio?

—¡No! ¿Eres tonto? —Ella también se ríe y vuelve su cara hacia mí. Tengo que apretar muy fuerte los labios para no soltar una carcajada. ¡Vaya pintas! Más que preparando un postre, parece que se haya peleado con él. Lleva el pelo recogido en un moño mal hecho, pero tan lleno de harina que me resulta difícil imaginar cómo ha podido hacerlo. Su nariz y una de sus mejillas tampoco se salvan, manchadas de chocolate. Y ahora, al llevar una de sus manos a la cara para retirar un rizo suelto, acaba de pringarse la frente—. ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Es que estás... Tienes... —Llevo un dedo a su mejilla, retiro el chocolate, se lo enseño y,

sin pensar, me lo meto en la boca, degustándolo.

—Ay, ¿por qué has hecho eso? —gimotea, haciéndome sonreír con arrogancia. He captado a la primera su tono sorprendido y excitado, pero me hago el inocente y comienzo a señalar sus manchas por partes.

—Chocolate, harina y no sé, ¿la mezcla?

—¡Ay, Dios, me he puesto toda perdida! —se queja bajando la mirada a sus manos. Y cuando yo también la imito, entonces sí que no disimulo mi risa.

—Joder, sabes que hay cosas que se usan para remover, ¿no?

—Sí, y las he usado —informa con un mohín, señalando una gran espátula que tiene en la mano y varios artículos también usados que están sobre la mesa. Vamos, creo que todos los que tenemos para estos menesteres—. Pero siguen quedándome grumos.

—¿Has probado con la batidora?

—Claro. ¿Por qué crees que estoy así? Ese chisme salpica un huevo.

Trago saliva para no echarme a reír de nuevo, no vaya a ser que la ofenda. La pobre está haciendo un esfuerzo sobrehumano, lo sé.

—A ver, ¿qué te parece si como y luego pruebo yo?

—No. Esto tiene que estar en el horno en diez minutos, donde tiene que cocinarse durante cuarenta. Los que yo voy a usar para prepararme, así que...

A medida que habla, va bajando el tono, abatida, lo que me hace interrumpirla de la única forma que se me ocurre. Besándola.

—Mmmm... —ronronea ella cuando me separo—. Besas muy bien, pero eso ahora mismo no me sirve de mucho, ¿no crees?

—¿Y qué te serviría? —pregunto provocador, aunque esta vez no entra en mi juego.

—Pues que el pastel estuviera hecho y riquísimo para cuando Teresa llegue con Sofi para quedarse con las niñas. Las pobres llevan toda la mañana hablándome de este puñetero pastel de chocolate que les hace su abuela, y Marta incluso me ha buscado la receta que estaba apuntada por ahí. Ya que no pueden salir por el tema ese de que no les dé el sol, pues yo quise hacérselo y...

—Tranquila, ¿vale? —Coloco mis manos en sus mejillas sin que me importe ensuciarme y acerco nuestras caras, tratando de calmarla—. Todo va a salir bien. El local va a encantar y el pastel va a estar para chuparse los dedos.

—No sé yo...

—Venga, déjame acabar a mí aquí. Date un baño relajante y ponte guapa. —La suelto solo para darle una palmadita en el culo y apurarla—. Venga, hazme caso.

—Pero tú... ni siquiera has comido y...

—No te preocupes por eso, me da tiempo a todo. Anda, ve.

Ella suelta un suspiro a la vez que la espátula, no sé si resignada o aliviada por obedecerme. Cuando vuelve a clavar sus ojos en los míos, sonrío con dulzura.

—Eres una maravilla, ¿sabes?

—Lo sé. —Yo también sonrío, canalla—. Se me rifan por ahí. Soy maravilloso, guapo, simpático, increíble en la cama...

Laura da el paso que nos separa, melosa. Se acerca mucho y yo acorto todavía más las distancias para ese beso. Pero la muy bruja, justo antes de dar un salto hacia atrás, me pasa sus pringosas manos por la cara, embadurnándomela toda.

—Serás... —Voy a por ella y la empujo contra la encimera, respirando el aliento que suelta entre sus carcajadas.

—No te enfades, que por lo menos está rica, mira —dice entre risas, metiéndome ella ahora

uno de sus dedos en mi boca entreabierta.

Agarro su mano y se lo chupeteo con fuerza, componiendo muecas raras, vacilándola, aunque la verdad es que sí, increíblemente tiene buen sabor. Solo que cuando vuelvo mi vista a su cara y veo su expresión, paso de la broma a estar como una moto tan rápido que hasta me coge de sorpresa. La diversión ha dado paso a una tensión sexual tan fuerte que parece que no nos tenemos desde hace meses, joder. Mi actitud cambia radicalmente. Ahora le succiono el dedo con calma, jugueteando con mi lengua, lascivo, consiguiendo que se le escape un pequeño gemido y sus ojos se oscurezcan más.

Por mi parte, ya estoy perdido. Esto me recuerda tanto a lo que me hizo el sábado que estoy por ponerme yo de rodillas. Joder... Es que es recordarlo y... Le clavo mi pelvis en su vientre y luego bajo restregando mi dureza hasta su entrepierna, donde en realidad quiero que la note.

—Chema... El pastel... —susurra ella con la voz entrecortada y la respiración alterada.

—Ajá. —Pero ni me planteo parar. Solo un poco más. Solo un poco. Necesito que me sienta, sentirla, necesito...

—¡Ah, papi, ya estás aquí! ¡Deja a Mina y ven, ven! ¡Mira qué juego más chuli! —chilla mi hija pequeña detrás de mí.

Me aparto de Laura casi trastabillando. Jesús... Me giro y la observo cargando de una manera bastante precaria con el ordenador.

—Hola, cariño. ¿Te gusta mucho, sí? —digo soltando lo primero que se me ocurre, con una mueca que intento pasar por una sonrisa.

—Sí, muchísimo. Pero Marta está en el baño y yo me he atascado y no puedo seguir, mira. —Entonces nos mira a mí y a su madrina y arruga la frente, pensativa—. Vosotros... ¿a qué estabais jugando?

—A nada, cariño. Solo nos ayudábamos a limpiarnos, que nos hemos manchado mucho —le explica Laura, un poco titubeante, mientras se lava las manos.

Llara se fija en mi cara y sonrío divertida.

—Sí, tú tienes la cara muy sucia. —Y, de repente, parece olvidarse del tema y comienza a hablar como una locomotora del dichoso juego mientras yo le quito el portátil de las manos y lo dejo sobre la mesa.

Cuando el agua deja de correr, no tardo en oír el susurro de Laura en mi oído.

—Me voy a la ducha, donde estaré allí, toda mojadita... y sola.

No es una invitación, lo sé; ahora mismo, más bien, un imposible. Y ella también lo sabe. Cierro los ojos y suspiro.

La madre que la parió.

—¡Dios! ¡No me lo puedo creer! ¡Joder!

Laura se pasea por la pastelería al borde de un ataque de nervios. Refunfuña, maldice, se lleva las uñas a la boca, se frota las manos en los muslos, se aparta los rizos de la cara y de vuelta a restregarse las piernas. Como siga así va a desgastarse los vaqueros.

—¿Seguro que no puedo fumarme un pitillo aquí dentro? Esto ni siquiera ha abierto todavía al público —le pregunta por tercera vez a Miriam, que la observa con infinita paciencia apoyada en el mostrador.

—Venga, fúmatelo. Mejor eso que acabar sin suelo. Pero solo uno, ¿eh? Y a poder ser sentada.

Ella extiende la mano hacia mí, pidiéndomelo. Parece ser que con las prisas por venir se le

olvidó hasta el tabaco. Se lo doy junto con el mechero y una sonrisa tranquilizadora.

—Van a venir, seguro.

—Es que, si no, los mato —amenaza ya con el cigarrillo en la boca—. Los mato, te lo juro.

—Bueno, tampoco es para tanto —le dice Miriam—. Puedo abrir igual. No...

—¡No! ¡No es igual! ¡Tiene que venir hoy! ¡Tiene que venir! Me lo confirmaron incluso por la mañana, joder —exclama, dándole dos caladas muy seguidas al pitillo y metiéndose también tras el mostrador, usando el fregadero como cenicero. Aunque no se ha sentado, al menos está quieta.

Yo miro a través del cristal de la puerta, esperando ver aparecer el camión de una vez por todas y darle la buena noticia. Lo cierto es que entiendo perfectamente su nerviosismo y su mala leche. Le aseguraron que hoy sobre las cinco y media le traerían el mueble que tanto le costó conseguir y ya llevan una hora de retraso.

—Ha quedado preciosa, ¿verdad? —comenta Miriam echándole un vistazo a todo el local, supongo que para agasajar a Laura y que se calme un poco—. En serio, Laura, no puede estar más bonita. Nadie va a notar que...

—¡Yo lo voy a notar! Eso sin contar que no tienes dónde exponer esas cajas de bombones que has tardado horas en empaquetar de una manera tan exquisita. Además, ¿no veis que falta él? —nos pregunta señalando la pared frente a la puerta principal, hacia el espacio que queda entre la puerta del ahora pequeño almacén y la del diminuto baño, ambas en los extremos y pintadas en decapado blanco—. Falta él, robusto, grande, práctico, hermoso... Tan perfecto.

Cuando acaba con un suspiro, a mí se me escapa la risa y Miriam la mira entre fascinada y sorprendida.

—¿Me has comprado un hombre? —le pregunta—. A ver, que yo con mi marido iba tirando...

Suelto una carcajada en toda regla y, por suerte, esta vez Laura también me acompaña. Solo que, una vez que las risas se apagan, así como su cigarrillo, vuelve a las andadas... Y nunca mejor dicho. Otra vez se mueve a través del local de aquí para allá, aunque ahora, en vez de protestar, parece estar cerciorándose de que su obra esté tal como debe estar.

Por eso no tiene que preocuparse, la verdad. Ha quedado increíble. Quizá demasiado femenina para mi gusto, pero esa fue justo la palabra que usó Miriam cuando Laura le pidió que describiera cómo quería la pastelería, así que supongo que logró su cometido.

Pierdo unos minutos mirando lo mismo que ahora hacen las dos. La pared de la derecha, con la piedra a la vista y decorada con cuadros sin marco que muestran diferentes magdalenas de esas decoradas; la del frente, donde falta el famoso mueble, de color hueso, a conjunto con la que está tras el mostrador, solo que esta la cruzan en vertical unas gruesas rayas en rosa pastel. Las cuatro mesas, de forja envejecida blanca, tienen tres sillas a juego cada una. Aunque se hizo por una cuestión de espacio, lo cierto es que ese hecho le da un toque excéntrico y original al lugar. De la misma manera que los cojines que las cubren le dan el aire acogedor y hogareño. Su estampado, de tazas de té y palabras en inglés, luce los mismos tonos que el resto, blanco roto, rosa y un extraño verde. Color hoja seca, lo llamó Laura. El mismo color que tiene el mueble que esperamos que llegue de una buena vez. Y, claro, cabe destacar lo que más me gusta de todo. El parqué, de un color caramelo con innumerables vetas y nudos, a juego con las falsas vigas del techo, algo que rompe con lo luminoso del lugar, aportándole calidez y rusticidad.

Vuelvo a mirar hacia fuera y... por fin.

—Ya están aquí. —Sonrío, aunque Laura llega hasta mí y abre la puerta casi antes de que acabe la corta frase.

—¡Joder! ¡Menos mal! ¡Os lo habéis tomado con calma, eh! —les espeta a los dos sorprendidos repartidores que ni siquiera han puesto los pies sobre el suelo.

—Bueno, es que... —comienza a explicar uno, pero ella lo frena al instante.

—¡Nada de excusas! ¡No sé si lo sabéis, pero he pagado un pastón de portes para que llegarais cuando os necesitaba! ¡Y eso era hace hora y media!

Carraspeo intentando captar su atención y lograr darle a entender que tiene que tranquilizarse, pero ella me ignora encaminándose a la parte de atrás del camión, donde espera con los brazos en jarras a que ellos hagan su trabajo.

—Nos tiene carácter, la niña —susurra una divertida Miriam a mi lado.

—Ni te lo imaginas...

La pastelera se ríe por lo bajo y sigue observando la escena, donde ahora Laura les da indicaciones a los chicos como si lo que trasladasen fuese un recién nacido y no un mueble de madera maciza.

—Con cuidado. Así... Poco a poco. Sin movimientos bruscos, por favor.

—No puede ser de otra manera, señora —protesta uno por lo bajo—. Esto pesa un quintal.

Meneando la cabeza divertido ante la protesta, me aproximo para echarles una mano que aceptan sin rechistar. Y, joder, eso no pesa un quintal, pesa una puta barbaridad.

—Así, muy bien... —sigue dirigiéndonos ella andando hacia atrás cuando atravesamos la puerta—. Ahora despacito... Despacito... Cuidado con la parte de arriba, que no toque... ¡Por Dios, con cuidado, coño, que lo vais a descalabrar!

Un rato después, uno eterno a mi entender, después de moverlo a la derecha y a la izquierda infinidad de veces para que quede a gusto de la señorita, ambos hombres suspiran y se secan las manos en los pantalones antes de volver a subirse al vehículo, creo que más aliviados por perder de vista a Laura que por que el mueble esté ya colocado en su lugar, sano y salvo. Y no me extraña, es que incluso los comprendo. Hasta yo tengo ganas de estrangularla. Solo que, cuando la miro con cara de mala leche, es imposible que mis labios no comiencen a sonreír, pues está quitándole el poco embalaje que trae con una sonrisa tan inmensa... tan radiante que es imposible que no resulte contagiosa.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es precioso! ¡Divino! —exclama Miriam abriendo sus puertas y observando también su interior—. Es... Tenías razón, Laura, es perfecto.

—Lo es —dice ella con esa maravillosa sonrisa—. Ahora, a llenarlo.

Pero Miriam parece haber pensado lo mismo, porque ya corre al almacén a por los paquetes que lo esperaban.

—Bueno... ¡Ya está todo! ¡Por fin! —suspira Laura mirándome a mí.

—Sí, gracias a Dios. Pensé que te daría un ataquito... O que nos matarías a alguno de los tres... —digo refiriéndome al momento de cargar con él, pero lo cierto es que ella ya no me está haciendo ni caso, con la vista clavada en la puerta de entrada. Y yo me giro justo a tiempo para ver entrar a Pedro en el local.

—¡Hola! —Sonríe ella acercándose a él—. ¿Y tú por aquí?

—Iba hacia la comisaría y os he visto. ¡Vaya! Esto está muy cambiado, eh. Ha quedado genial, chicos.

—Gracias. —Laura lo mira de arriba abajo y menea la cabeza divertida—. Tú tampoco estás mal. Qué tendrán los uniformes, ¿verdad?

Pedro suelta una carcajada y yo resoplo ante la frasecita manida de las narices. En realidad, Pedro vestido de poli a mí me recuerda a un muñeco que tuve de pequeño, nada más. Pero también sé que debe de ser porque soy tío, pues he visto con mis propios ojos a más de una suspirando tras él. Y que lo haga Laura... Joder. Me molesta. Respiro hondo disgustado conmigo mismo. Yo nunca he sido celoso; es más, siempre creí que los celos solo eran un argumento absurdo para expresar

la inseguridad de una persona. Eso no es querer más, sino demostrar poca confianza en uno mismo y en tu pareja. Lo que llevo discutido sobre ello con Julián...

Y ahora... ¿Y ahora qué hago filosofando de esta manera? Estoy tonto, otra cosa no se explica. Y esto no son celos, desde luego que no. Y menos tratándose de Laura.

—Vas a triunfar, Miriam —le dice en ese momento Pedro a la pastelera, después de darse una vuelta por el local acompañado de la risueña decoradora.

—¿A que sí? Es que me ha quedado muy chula. Una mezcla entre lo rústico y lo *vintage* que enamora —comenta Laura.

—Sí, señora, has hecho un gran trabajo —la elogia Pedro.

—Bueno... Algún mérito también tendremos nosotros, ¿no? —pregunto solo por fastidiar, la verdad. Aunque, bueno, nuestras horitas echamos aquí para que todo se vea perfecto.

—Uy... Ese ego, Rubio —se burla la pelirroja—. Venga, Pedro, piropéalo. Dile que tiene unas manos prodigiosas.

—Pues ahora que lo dices... Las tengo, sí —continúo mientras le guiño un ojo. Y, para mi asombro, se muerde el labio inferior un instante antes de ponerse colorada. Vaya. Prometo que no iba con segundas.

Laura lo disimula girándose un poco y ocultando la cara tras su mata de pelo, y ahí sí puedo asegurar que entra en juego mi ego. Joder, creo que lo he oído rebotar en el techo. Lo raro es que, más que deseo, lo que siento en estos momentos al verla es orgullo. Orgullo por ser yo a quien quiere en su cama, ternura por su reacción y... recelo. Una inquietud en forma de nudo en el estómago.

—Hombre, pues nada, ya lo has dicho tú todo. —Se ríe el poli, ahuyentando mis pensamientos, lo cual agradezco de veras.

Y entonces es Miriam la que se acerca carraspeando.

—A ver, a ver... ¿Qué pasa aquí? Que la que paga no cuenta, ¿no? Pues qué queréis que os diga, lo habéis hecho genial, chicos, pero es mi bolsillo el que más lo ha notado.

Y entre las risas de los cuatro, vuelve a deshacerse de nuevo esa sensación extraña que me embarga a veces. Esa pregunta que no quiero contestarme. Esa punzada de aprensión de la que no identifico el motivo exacto.

Laura

Salgo del baño con una sonrisa. La misma que creo que luzco desde que volvimos de la pastelería. Que tu trabajo sea valorado gusta un montón. Que sean los tuyos quienes lo hagan te llena el pecho. Y que incluso lo confiesen esos que te critican por todo lo demás, pues... Eso le pone la autoestima a una a bailar reguetón.

Me peleo por segunda vez con el nudo de la toalla que llevo a la altura del pecho y me doy cuenta de lo silencioso que está todo. Supongo que las niñas ya se habrán quedado dormidas y Chema... pues ni se le escucha.

Bostezo antes de entrar en mi dormitorio. Estoy cansada. Ha sido una semana bastante ajetreada y no es que esté durmiendo las horas que realmente necesito. Y confirmo mi agotamiento cuando, al ver a Chema sobre mi cama, pueden más las ganas de echarme en la segunda que sobre él.

Está acostado sobre el edredón solo con el pantalón de pijama puesto y la vista perdida en el techo, pero al oírme se incorpora un poco, apoyándose en un codo, y sonrío. Y amplía la sonrisa cuando se me escapa otro bostezo.

—¿Molida, eh? —me dice palmeando el colchón para que me acueste a su lado.

—Buff... Sí. Llevo unos días que son un no parar —contesto mientras me acerco a él y, tirando la toalla al suelo, me dejo caer de cualquier manera sobre la cama.

Chema se ríe y me hace poner boca abajo. Comienza acariciándome la espalda, pero, a los pocos segundos, se sienta a horcajadas sobre mis muslos.

—¿Ves? Hoy sí toca masajito —susurra en mi oído antes de proceder a hacer justo eso. Ay, Dios... Y cómo mola. Tanto que en nada estoy ronroneando o algo muy similar.

—Como sigas, es muy probable que me quede dormida —informo minutos después. No sé ni cuantos. Estoy tan a gusto...

—Ajá. Creo que es justo lo que necesitas —dice él moviendo los pulgares sobre un punto bajo mis omóplatos que me hace gemir de placer.

Y, vamos, no voy a ser yo la que le discuta su frase. Me pesan los párpados y noto los músculos tan relajados que podrían estar tranquilamente desparramados sobre la cama.

—Esto es el cielo... —susurro cuando desplaza dos dedos a lo largo de mi columna vertebral.

—Pues mira, ¿qué mejor final para un día redondo? —Se ríe—. Porque hoy piropos te has llevado alguno, ¿eh? Espero que no se te suban a la cabeza.

—Qué va. Ya sabía que soy buena.

Chema suelta una carcajada, se mueve acomodándose contra el cabecero y me arrastra hacia él, colocando mi cabeza sobre su regazo. Mete las manos entre mi pelo y masajea ahora mi cuero cabelludo, algo que sabe que me encanta.

—Y la modestia es lo tuyo, sin duda.

—Bah, la modestia está sobrevalorada. Es solo una fórmula para buscar elogios. ¡Y mira quien fue a hablar! El que le dijo a Teresa, cuando me felicitó por lo rico que estaba el pastel, que tú habías tenido mucho que ver.

—Bueno... Es que lo tuve.

—Bah... Le quitaste cuatro grumos a...

—¿Cuatro? —Se carcajea—. Venga, reconóceme un tercio de la participación, al menos.

Resoplo haciéndome la ofendida y pongo los ojos en blanco.

—Nunca, pero nunca, voy a reconocer eso —digo con énfasis, sin mirarlo, aunque lo escucho

reír por lo bajo.

—¿Y cuándo reconoces tú que no tienes razón? Eres la reina de las cabezotas.

—Genial. Entonces hacemos...

—Un buen equipo —termina él por mí. Cosa que agradezco porque a mí casi se me escapan las palabras «buena pareja» y eso, por desgracia, tenía muchas posibilidades de arruinar este momento.

—Sí, como Bonnie y Clyde, Thelma y Louise o...

—Joder, para. ¿No había otros ejemplos en los que no fuésemos delincuentes o, al menos, sobreviviéramos? —masculla resoplando, lo que logra que a mí me salga un bufido que pretendía ser una carcajada—. No, si aún te reirás, sádica.

—Uy, qué sensible. —Sonríe maliciosa girando la cara hacia él y le doy un pequeño mordisco en el estómago.

—Mucho. Y ya que te veo con tantas ganas de usar la boca... Úsala un poco más abajo y verás lo sensible que soy.

Juro que hasta me lo pienso, a pesar del cansancio. Estoy algo más despejada después de esta charla y... Y otro bostezo hace que Chema sonría con dulzura y niegue con la cabeza.

—No me extraña que estés agotada, no has parado en toda la semana. Entre las niñas malitas, el trabajo, los nervios por el local de Miriam y tu tarde de compras con Nela... Por cierto, ¿cómo es que tú no compraste nada?

Sonríe con picardía, pero, como no puedo ni quiero soltar prenda, me encojo de hombros y cierro los ojos para disfrutar de sus caricias.

—Y hablando de ropa —prosigue él—, creo que habrá que comprarles a las niñas unas parkas nuevas ahora que comienza el cole. Las del año pasado ya les quedaban pequeñas a finales de invierno.

—Ajá. Déjalo en mis manos —respondo sin despegar los párpados—. Me encanta comprarles ropa a las niñas.

—Lo sé.

—Aunque no te prometo que consiga algo a gusto de tu madre. Los abrigos de los personajes de terror son difíciles de encontrar.

Él se echa a reír con ganas, haciéndome rebotar sobre su cuerpo y que gire la cara para mirarlo. Ay... cómo me gusta verlo reír.

—¡Dios! Tú también lo pensaste, cómo no... —dice—. Iban igualitas a las de...

—¡*El resplandor!* —soltamos los dos a la vez, entre carcajadas.

Y cuando se apagan las risas, un cómodo silencio se instala entre nosotros. Él se dedica a seguir acariciando mis rizos y mi cabeza se debate entre dos pensamientos del todo incoherentes. Por una parte pienso en si él no se da cuenta de la complicidad que compartimos, aquí, sin ni siquiera la excusa del sexo para disfrutar de nuestra compañía, hablando de lo sucedido a lo largo de la semana, de la ropa de sus hijas, acabando nuestras frases y riéndonos como una pareja normal. Y, por otra, también espero con desasosiego ese momento que cada día tarda más en llegar, pero que... llega. Ese en el que se levanta y abandona mi cama para irse a la suya. Ese en que lo de la pareja normal se convierte en una puñetera utopía.

A pesar de ser pensamientos que podrían quitarle el sueño a cualquiera, estoy tan acostumbrada a llevarlos a cuestras día tras día que casi me estoy quedando dormida cuando lo noto moverse debajo de mí. Para volver al cuarto que sigue compartiendo con Clara, cómo no. Se lo pongo fácil volviendo a mi sitio en la cama, aunque no abro los ojos. No soporto ver como se va. Solo siento ese beso en la frente con el que siempre se despide, antes de oír sus pasos

amortiguados sobre la alfombra en dirección a la puerta.

CAPITULO 17

Laura

Me despierto a la vez que me incorporo en la cama. Estoy sudando, con la respiración agitada y el corazón retumbando tan fuerte en mi pecho que temo que acabe sobre la colcha.

Llevo una de mis manos a la boca mientras mis ojos se mueven sin mirar a ningún sitio en concreto. Las persianas están bajadas, por lo que todo es penumbra a mi alrededor. De todas formas, es posible que ni mil bombillas me hicieran ver otra cosa que las imágenes que se pasean por mi mente, esas que siguen reproduciendo el sueño que me ha dejado en este estado.

Me levanto de la cama casi escapando de ella. Necesito un pitillo. Esto es una emergencia. Y que esté sola en casa me permite la libertad de fumármelo tranquila.

Lo consumo en caladas largas y profundas mientras se hace el café. Se me hace raro no esperar que alguna de las niñas se levante de un momento a otro, y este silencio que a veces me calma hoy solo logra inquietarme más. Pongo la tele para oír ruido de fondo y me sirvo una taza en cuanto la cafetera acaba de preparar el brebaje. Con otro cigarrillo en la mano, me niego a pensar en el motivo por el que me he despertado tan alterada, al menos mientras mi corazón no vuelva a ser el de siempre.

Ayer por la noche, Chema y las niñas fueron a cenar con sus padres y Adela para despedirse de esta última. Yo lo hice por la tarde, sin querer entrometerme en su última cena sabe Dios en cuánto tiempo. Ya durmieron allí, supongo que Chema no supo poner ninguna excusa para no hacerlo cuando las niñas se quedaban y él y Adela tenían que madrugar muchísimo para desplazarse hasta el aeropuerto. Ahora, a pesar de ser sábado, tampoco cuento con él como mínimo hasta mediodía, pues, junto con Colás, iba a aprovechar la mañana para hacer una pequeña chapuza en la carnicería. Por lo visto, ayer por la mañana le cayeron los azulejos de una pared y a la mujer le corría prisa. Normal.

Normal. Apoyo los codos encima de la mesa y dejo caer la cabeza entre mis manos. Lo que se ha salido de lo normal es el sueño de hoy. Y ni siquiera puedo decir que se tratase de una pesadilla. Más bien lo contrario; en cambio... fue raro. Quizá esclarecedor, pero de estos que te ponen los vellos de punta. Fue el de siempre, pero tan distinto... Joder.

Comenzó como acostumbra. Yo, delante de unos ventanales mirando el mar al fondo, alguien tocando detrás de mí y yo girándome en su busca. Y, allí, en aquel salón desconocido, un hombre sin cara frente a un piano, al que me aproximé hasta sentarme sobre sus piernas. Para variar, esta vez lo abracé, escondiendo la cara en su cuello y notando incluso la textura de su suave pelo. Pero cuando me separé... No sé por qué, mi cara estaba de nuevo buscando la estampa tras los cristales, pero lo que vi... ¡Dios mío! Vi a Clara, de pie, mirándonos con una sonrisa inmensa. Asentía con la cabeza lentamente, convirtiendo su enorme sonrisa en una más leve pero llena de ternura. Y entonces lanzaba una fugaz mirada por detrás de su hombro, vocalizaba un «adiós», al tiempo que usaba también su mano para despedirse y... desaparecía. Así como todo a mi alrededor, dejándome de nuevo en una estancia vacía.

¡Oh, Dios! Me froto los brazos porque vuelvo a tener todos los pelos de punta. Respiro hondo y jugueteo con el tercer cigarrillo tras sacarlo de la cajetilla. Le doy golpecitos en uno y otro lado sobre la mesa, mientras mi mente gira cual torbellino.

Vale, es otra señal. Positiva. Alentadora. Quiero creer en ellas. Necesito hacerlo, por más que suene surrealista pensar que Clara desde el más allá apoya que esté con Chema, que ame a su marido. Su marido... ¿Es Chema el que toca el piano? No tiene demasiado sentido, pero, si es así, entonces... Ay, mi madre... Eso quiere decir que... Ahora que lo pienso, empecé a tener ese

sueño al poco de que se despertaran mis sentimientos por él, sino antes. ¿Ya entonces era un presagio? ¿En verdad hace años ya estaba predestinado para mí? ¿Puede ser el destino tan puñetero y retorcido para primero casarlo con mi hermana?

Joder. Pues sí, parece que sí.

Esa culpa, esa constante en mi vida aunque yo trate de ignorarla u ocultarla, se hace de repente pequeñita. Se achica, merma... Aunque del todo no se atreve a desaparecer. Al fin y al cabo, lleva tanto tiempo conmigo que entiendo que le cueste.

Niego con la cabeza y suelto un taco en alto. Estoy como una regadera. Imaginando mi culpa casi como si de un ente aparte se tratara. Buscando respuestas en sueños que puedo estar malinterpretando. Claro que eso tampoco es nuevo, ¿verdad? Creo que enloquecí el día que me enamoré de Chema. Y cada día empeoro, dejando crecer esta esperanza que me grita que, tal vez, solo tal vez, él comience a sentir por mí algo más que deseo.

Tal como quedé con él, voy a por las niñas cerca del mediodía para traerlas a casa. Al ser fin de semana, no me siento demasiado mal por encargarme unas *pizzas* en El italiano a la ida y recogerlas a la vuelta. Qué carajo, a las niñas les encantan, a mí también y Chema... Él seguro que agradece comer algo bien hecho.

—¡Hola, tía Laura! —exclama una sonriente Marta en cuanto llego a casa de Adela.

—¡Oh, Mina, qué bien! Ya estás aquí. —Se cuelga Llara a mi cintura, tal como hace con su padre cuando llega del trabajo.

Yo sonrío, agradecida y contentísima ante esas muestras de afecto que devuelvo con abrazos y besos sonoros, pero no por ello me pasa desapercibida la mirada que les dirige Adela a las niñas, la que luego clava en mí, cabeceando. Aunque en realidad no parece disgustada, ni enfadada... Está, más bien, rara. Esa es la palabra: rara.

—Hola, Laura. No sé qué les das, pero te adoran —me dice, en un tono tan neutro que no sé cómo interpretar.

—Pues... Es recíproco, supongo que con eso les basta.

—Ya. —Me tiende la bolsa de las pequeñas, que ya tenía preparada antes de colocarse un delantal que reposaba sobre una silla—. Supongo que mañana sí iréis a oír una misa, ¿no?

—Esto... no. No creo —respondo, frunciendo el ceño.

Ella me mira muy seria de repente. Luego se encoge de hombros y meneala cabeza.

—Haced lo que queráis, para no variar. Ya rezaré yo por todos.

—Vale, perfecto —atino a decir un tanto desconcertada—. Nos vamos. Gracias y...

—¡Por Dios! Era lo que me faltaba. No me des las gracias por quedarme con mis nietas, haz el favor.

—Vale, lo siento. No volveré a hacerlo. Princesas, ¿nos vamos a casa? —me dirijo a mis sobrinas, pero mirando por encima del hombro a su abuela, que compone una mueca extraña antes de despedirse regalando besos en las mejillas. A las tres. Sí, incluso a mí. Lo dicho, está rara de narices.

De vuelta en el piso, acabamos comiéndonos la *pizza* sin esperar a Chema, por lo mucho que se retrasa. Intuyo que habrán comido algo rápido por ahí para seguir con la obra, que, como todas, al final nunca son tan pequeñas como aparentan.

Sobre las seis de la tarde comienzo a preocuparme. Quiero suponer que sigue trabajando, o que tal vez se haya ido a tomar unas cervezas con los chicos, pero... Ni una llamada, ni un

mensaje... Eso es lo extraño. Chema no suele ser de los que no avisan, y mucho menos cuando sabe que sus hijas cuentan con él para pasar la tarde.

Al final, decido llevarlas yo un rato al parque, después de que me hayan pedido en varias ocasiones salir de casa tras una semana en la que han estado clausuradas en ella.

Pero en cuanto me pongo con la cena, ya no encuentro excusas para su ausencia. Y llamar a Colás preguntando por él me da un poco de apuro. Quizá si no me estuviese acostando con él lo haría sin dudar, pero tal como están las cosas entre los dos, pues... No sé, esas cosas ilógicas que piensa una cuando sabe que oculta algo.

Es justo cuando estoy llevándome el primer bocado a la boca que, por fin, a mi teléfono llega el esperado mensaje, a falta de otra cosa mejor.

«Por favor, encárgate de las niñas. No me esperes».

Mucho no es que se explique, pero al menos sé que está bien. No tardo ni medio minuto en recibir otro.

«Lo siento».

¿Qué? ¿Qué coño siente? ¿Qué quiere decir?

Vuelvo a leer el primero con el corazón en un puño. Ese «no me esperes», de pronto, lo veo con otros ojos. ¡Ay, Dios! No será como aquel que se fue a por tabaco y no volvió, ¿no?

Angustiada, levanto la vista del móvil y la clavo en ningún sitio en particular. No, él nunca haría eso. Sea lo que sea a lo que se refiere, él nunca...

—¿Tía? ¿Qué te pasa? —se interesa una Marta preocupada, mirándome con muchísima atención.

Fuerzo una sonrisa y niego con la cabeza.

—Nada, cariño. Nada.

—¿Y papi? —pregunta entonces la pequeña, como si poseyese el don de la clarividencia. Aunque supongo que, en realidad, no es más que una simple casualidad. De hecho, llevan toda la tarde tratando de averiguar cuándo volvería.

—Papi aún va a tardar, princesa. Le ha surgido algo. Pero ya veréis como mañana vais a poder pasar todo el día con él.

Y, en cuanto lo digo, rezo para que sea cierto. Yo, que no creo que eso ayude demasiado. Entonces, observo a mis pequeñas, tan tranquilas tras confiar ciegamente en mis palabras, degustando un enorme triángulo de *pizza*, demasiado grande para sus manitas. Y en mi fuero interno, sé que Chema jamás sería capaz de abandonarlas. No tengo ni idea de qué es lo que ha pasado, ni sé a qué se debe ese «lo siento», pero sí sé con absoluta seguridad que él adora a sus hijas por encima de todas las cosas.

Solo que, a la mañana siguiente, después de una noche casi en vela, esa certeza se ve empañada por su continuada ausencia. Son las doce de la mañana y sigue sin dar señales de vida, joder.

Agobiada, pero fingiendo una alegría y serenidad escalofrantes de cara a las niñas, salgo con ellas de casa de camino a la de Julián y Teresa. Tengo que moverme, indagar, conversar con alguien mayor de seis años sobre el tema o, si no, acabaré revolcándome en la desesperación.

—Anda, Laura, qué sorpresa. Entrad, entrad... Niñas, Sofí está en la parte de atrás —nos dice Teresa con una agradable sonrisa en cuanto nos abre la puerta.

Mis sobrinas no quieren oír más y corren hacia el jardín atravesando la cocina, mientras yo me dejo caer en una silla frente a Julián, que, con el móvil en la mano, se bebe con calma una cerveza. Al verme, levanta un segundo la cabeza y me sonrío a modo de saludo.

—Coge algo de beber de la nevera, Laura —me invita ella, echando unos trozos de carne en

una olla.

—No, gracias, no me apetece nada. Yo venía... Venía...

Mi balbuceo capta su atención inmediata. Teresa abre el grifo y se lava apresurada las manos sin quitarme la vista de encima, mientras su marido deja el teléfono sobre la mesa y apoya los antebrazos en ella.

—¿Sucede algo? —me pregunta él, frunciendo el ceño ante mi nerviosismo ahora del todo evidente.

—Es... Che... Rubio.

—¿Qué pasa con él? —Esa es una preocupadísima Teresa, sentándose a mi lado y frotándose las manos en un paño.

—Pues... No sé. No ha venido. Él no... Ayer fue a trabajar y no... No sé nada desde...

—Espera. Respira —me pide Julián proyectando el cuerpo hacia mí—. Sé que ayer él y Colás tenían faena en la carnicería. ¿Qué quieres decir? ¿Que no ha vuelto a casa desde entonces?

—Sí, eso mismo —confirmo también con la cabeza, para dejárselo claro. Y entonces hablo casi de carrerilla—. No ha vuelto. No sé dónde puede estar. Y tampoco quiero preguntarles a sus padres para no preocuparlos. De todas formas, no creo que esté allí. Pensé... Pensé que a lo mejor habríais salido todos juntos, pero...

—No, yo no lo he visto desde el viernes. Y de haber salido con los demás... Sabes que habría avisado. —Julián se levanta y se echa las manos a la nuca, aunque parece más frustrado que angustiado—. Joder, con lo bien que parecía estar... —masculla entre dientes, paseando por la cocina.

Teresa suspira observando a su marido y yo, aunque no quiero, me siento en la obligación de hablarles de los mensajes.

—Ayer sobre las nueve me mandó un wasap diciendo que me ocupara de las niñas. —Obvio a conciencia las restantes frases y continuó dirigiéndome a Julián—. Yo también lo veía bien. No noté nada raro. Estaba contento, estaba...

—Estaba como antes de lo de Clara. Era el de siempre. Después de aquella horrible temporada en la que daba lástima, había recuperado las ganas de reír. De hecho, de un tiempo a esta parte, hasta parecía ilusionado de nuevo, feliz —dice Teresa con la vista fija en su regazo, como si hablase consigo misma.

—Sí, se suponía que ya había pasado todos los putos estados, joder. —Se impacienta Julián—. Tuvo su época jodida, la insoportable y ahora... ahora esto. Creí que este año su aniversario no traería cola, supongo que pequé de ingenuo.

Abro los ojos como platos. Entreabro la boca cuando noto que se me seca de repente y... quiero morirme. ¿Cómo he podido olvidarme? Joder, el aniversario de la muerte de Clara. Estamos a... ¿a qué día se supone que estamos? Como una loca busco un calendario por toda la cocina, hasta que encuentro uno muy pequeño pegado con un imán a la nevera. Aun así, veo con claridad que hoy es veinticuatro. Hoy hace dos años. Mierda, joder. ¿Qué clase de hermana soy?

Y ahí vuelve la culpa. De nuevo crece, me asola, extendiéndose por cada partícula de mi ser y ciñéndolas hasta hacer daño. Cierro los ojos y no logro evitar que se me escape un gemido de puro dolor.

—No pasa nada, cielo. A veces no sabemos ni en qué día vivimos. Yo me di cuenta apenas ayer, y solo porque me acerqué a mirar en qué día de la semana me coincidía la cita con el pediatra —me dice Teresa con cariño, mientras me aprieta una mano y adivina con increíble exactitud lo que acaba de ocurrir.

—Pero... Pero... No tengo disculpa, yo...

—Tú nada, Laura. Por Dios, con uno que se fustigue hoy es más que suficiente —me frena Julián dándole un manotazo al aire—. A ver, ¿dónde coño puede estar metido?

Trago saliva y me centro en su pregunta. Ahora Chema es lo más importante. Lo mío... No voy a considerarlo solo un despiste, pero ya no hay nada que pueda hacer.

Los tres permanecemos en silencio unos minutos, tratando de ponernos en su piel y descubrir dónde puede estar, pero a mí me resulta sumamente difícil. El jueves estuvimos tan bien... No entiendo nada. Puedo comprender que el día de hoy se encerrara un poco en sí mismo, que fuese diferente, pero esto... Esto no. Nadie puede fingir durante mucho tiempo un entusiasmo que no siente, y él estaba bien conmigo. Estaba bien. Conmigo. Joder.

No me da tiempo a desarrollar esos pensamientos, porque Teresa se levanta y alterna su mirada entre los dos con los ojos muy abiertos.

—En la casa. Seguro que está en la casa.

Julián se queda quieto, con la vista fija en ella.

—¿La casa? No la pisa desde... Joder, puede ser. ¿Quién sabe lo que se le ha pasado por la cabeza a este tío? ¡Vamos, no perdemos nada si al final no está allí!

Me incorporo como un resorte para acompañarlo. Tengo que encontrarlo. Verlo. Necesito verlo y saber cómo está.

Mientras Julián busca las llaves del coche y se cambia las zapatillas por unas deportivas, Teresa se acerca mucho a mí.

—Va a estar allí. Ya veréis. Y no te preocupes por las niñas, yo me hago cargo. Cógete el tiempo que necesites. O que necesite él, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, Teresa. De verdad. Por todo.

Ella me sonrío con ternura, sabiendo bien a qué me refiero.

—Nunca he conocido a dos hermanas que se quisiesen tanto como vosotras, Laura. Y no solo era amor. Era respeto, devoción... Era orgullo la una por la otra. Olvidar una fecha cuando respetas a sus hijas día tras día de la manera que lo haces... Eso es una estupidez. No te tortures por ello, por favor. Que nos conocemos.

—¿Tanto? —digo, intentado bromear y quitarle hierro al asunto. Era eso o perder del todo el norte. «¿También te parece que respeto a su marido acostándome con él, Teresa? ¿También?».

—Tanto —responde ella esbozando una sonrisa—. Todavía hay algo que se me escapa, estoy segura, pero sé que no eres tan dura como quieres aparentar. Sobre todo en lo referente a Clara.

Me la quedo mirando sin saber qué decir, porque tiene toda la santa razón. Pero, por suerte, Julián escoge ese momento para que nos vayamos.

Chema

Todo se ha ido a la mierda. Todo. En un instante. Con una puñetera frase.

Esa sensación pletórica en la que parecía vivir. Esa falsa realidad, esa lujuria desenfrenada, esa nueva vida inventada... Todo, un espejismo. Un puñado de vivencias divertidas y desatadas que dejé que me confundieran. Un mundo de sexo, de risas, de proyectos... Un mundo que no me pertenece.

¿En qué puto momento perdí la perspectiva, joder? ¿En qué puto instante creí que podría olvidarla? Y lo peor, lo peor y más jodido, es que por ese camino parecía buscar hacerlo. Cada día que pasaba constaba de más horas en las que no pensaba en ella, canjeando sus recuerdos por otras emociones que no debí permitirme. Recreándome en el cuerpo de otra mujer. Distrayéndome con las conversaciones de otra mujer. Jugando, riéndome, desahogándome, viviendo con otra mujer, joder. Cediéndole su lugar. Uno que prometí ante su tumba no darle a ninguna otra.

¿Y cuánto he tardado? ¿Cuánto? ¿Meses? ¿Semanas? Y ya no hablo del sexo, eso ahora incluso es lo de menos. Si me hubiese dedicado solo a follármela no habría sido para tanto. Pero es que Laura se está colando por cada hueco, está tocando más fibras que la sexual. Laura... Ella puede llegar a lograr que olvide a la mujer de mi vida. Y solo ese pensamiento es inconcebible. Desleal, tortuoso. Porque sé que jamás podré amar a nadie como quise a Clara. El trozo de corazón dedicado a ello se fue con ella. Yace en su tumba, envuelto en madera y cemento. Y así tiene que seguir.

Es que solo han pasado dos años... ¡Dos años! No sé en qué puñetero momento pensé que era buena idea dejarme llevar, seguir adelante aun sin ella. Es obsceno. Absurdo. Imposible. Ella está muerta. ¡Muerta! Y yo ni siquiera la lloré lo suficiente. ¿Qué clase de hombre se comporta así? Uno horrible y deshonesto. Yo, que me llenaba la boca declarándole amor eterno, que hubiese dado mi vida por ella... ¿En qué demonios me convierte el haber estado a punto de traicionar ese amor?

Clara era... única. Especial. Un ángel. Lo mejor que me ha pasado nunca. Algo que apenas me merecía. Y yo no soy capaz ni de guardarle el luto apropiado, joder.

La quería tanto... Tantísimo.

«Sí, la querías, pero no está, Chema, hace tiempo que no está. ¿De verdad ese amor es tan fuerte ahora?».

No. La respuesta me llega por sorpresa, sin haber considerado siquiera las palabras con las que mi mente me tortura. Apoyo la espalda en la pared y entrelazo mis manos en la nuca. Supongo que, si soy del todo honesto conmigo mismo, ese sentimiento imperioso se ha ido degradando con el tiempo, dando paso a uno más sosegado, más manso... Pero eso no significa que la haya olvidado lo más mínimo.

¡No, no, no! Claro que no la he olvidado. Claro que no. ¡No quiero olvidarla!

Con dedos temblorosos, me saco la cartera del bolsillo y clavo mi vista en la foto que guardo ahí desde hace años, suspirando aliviado cuando su imagen impregna mis retinas. Incluso desde el papel, su sonrisa hace desaparecer el miedo a perderla del todo, y sus preciosos ojos azules me miran trayendo consigo recuerdos largo tiempo reprimidos, como *flashes* llenos de vida que me hacen traerla de vuelta, aunque solo sea a través de mi imaginación.

Aquel día en que le pedí matrimonio. Fue verla de espaldas, tarareando inconscientemente una canción, observar su pelo rubio meciéndose y aquel perfecto lazo en su delantal... y supe que la quería así cada día de mi vida en mi cocina. En mi casa. Conmigo.

O cuando nació Llara y le dio por reírse a carcajadas entre lágrimas al descubrir que era pelirroja. Cómo la meció contra su pecho mientras me confesaba, avergonzada, que había temido no sentir por ella lo mismo que por Marta, al ser esta la primera; pero que sentía exactamente lo mismo. Un amor tan grande que el corazón se le quedaba pequeño. Me cayó una traviesa lágrima al oírla. Era imposible no emocionarse, ¿verdad?

O aquel mediodía, en el que me la encontré tirada en el suelo de la cocina, con el horno abierto, por el que salía un montón de humo. Estaba embarazada de Marta y, por lo visto, era la primera vez que se le quemaba la comida. Lloraba a moco tendido, hipando, con un disgusto tan exagerado que hasta resultaba cómico. No pude evitar reírme al tiempo que la consolaba, bromeando sobre sus alteradas hormonas hasta que acabé por arrancarle una sonrisa. Ni siquiera me acuerdo si comimos al final, pero sí que me pasé el mediodía haciéndole el amor muy despacio, repitiéndole una y otra vez que por mí podía quemarlo todo si después me dejaba aliviar así su congoja.

Alargo la mano hacia la botella, pero, en cuanto la cojo, la lanzo lejos. No solo está vacía, sino que no hay ron que consiga llenar este agujero que tengo asentado en el pecho.

Y pensar que el día comenzó como cualquier otro. Que hasta parecía un buen día.

Hasta que todo se fue a la mierda. Todo.

Volví de llevar a Adela al aeropuerto, escuchando música en el coche mientras calculaba cuánto nos llevaría colocar aquella pared de azulejos. También es verdad que en aquel momento creí que únicamente sería eso, y no que, ya que estábamos, también tuviésemos que levantar un murete de obra a modo de armario bajo.

A conciencia, y ahora me doy cuenta, ignoré el comentario de mi hermana sobre cuidar de Laura, que era una buena chica y que no la dejase ir. Lo interpreté como quise, como todo de un tiempo a estar parte, parece ser. Obviando que me hizo pensar demasiado en mi relación con ella y en que estoy viviendo de una manera del todo irreflexiva el presente.

Una vez en la carnicería, con esta cerrada al público y rodeados del olor habitual que desprende la carne cruda y sus restos, Colás y yo nos repartimos el trabajo y, muy cerca uno del otro, nos pusimos a ello sin hablar demasiado. Yo deseando acabar cuanto antes para irme a casa y él... Pues él, porque no es muy hablador. Solo que la cosa cambió cuando mi amigo, sin venir a cuento, con un ladrillo en la mano y la paleta llena de masa en la otra, se quedó mirándome con fijeza.

—¿Sabes? Nunca creí que diría esto, pero Laura te hace bien.

Tragué saliva y carraspeé sin saber qué otra cosa hacer. Pero cuando el silencio comenzó a resultar molesto entre nosotros, opté por eso de que una defensa es el mejor ataque. Y mentí, de nuevo mentí.

—No sé qué cojones crees que sabes, pero entre Laura y yo...

—Eh, eh... Yo no he dicho nada. Olvídalo. En todo caso, me alegro por ti.

—¿Que te alegras...? Joder, Colás, para ser tan reservado y tener que sacarte las palabras con sacacorchos, cuando quieres, eres un auténtico pelmazo —le solté, cabreado, lo que consiguió que esbozara una sonrisa torcida y resignada, y me diera la respuesta que menos me esperaba.

—Tienes razón. Venga, pregunta. ¿Qué quieres saber?

Y yo me quedé en blanco. Después de cuestionarme cientos de veces qué pasaría por su mente, de comentarlo con los demás incluso, en ese momento tardé lo mío en dar con la pregunta correcta. Tanto que él se me adelantó.

—Es por miedo, Rubio. Por inseguridad. Trato de evitar volver a pasar por lo mismo... Aunque con ello lo único que logre es no tenerla. —Y ante mi mirada estupefacta, prosiguió,

burlándose de sí mismo—. Sí, tío, así de penoso soy.

—Bueno... Seguro que tienes tus razones para sentirte así. Y no eres penoso, solo...

—Solo doy pena. —Se rio él—. Puedes decirlo, ¿eh? Nela, de hecho, no se cortó un pelo.

—¿Ella...? ¿Ella lo sabe?

—Sí. Quizá no se lo expliqué con esas palabras, con ella no fui capaz de ser tan sincero, pero sí, ella sabe o se imagina de qué va la cosa.

—Y te dijo que dabas pena... —repetí asombrado ante su falta de empatía.

—Sí, eso y muchas más cosas. Aunque he de decir a su favor que con ella misma tampoco fue muy agradable. Si, en el fondo, somos más parecidos de lo que todo el mundo piensa.

—Entonces... Joder, Colás, no me lo explico. Si ella se equivocó por miedo y tú lo estás haciendo ahora..., poned algo de vuestra parte para remediarlo, ¿no? Se ve a las claras que os queréis, coño. No malgastéis vuestro...

—No es tan fácil, Rubio. Ojalá lo fuera. Nos hemos dicho demasiadas cosas... Quizá nos hemos hecho demasiado daño.

—Pero tú la quieres. Y ella a ti.

—Eso lo sé. Aunque he aprendido que quererse no lo es todo. —Cabeceó, colocó un ladrillo más y, todavía de rodillas, siguió hablando sin mirarme—. Estuve años tras ella, enamorado hasta las cejas sin atreverme a decírselo. Y ella igual. Te confieso, aunque parezca muy moñas, que el día que comenzamos a salir yo ya sabía que Nela era la mujer de mi vida. Que sería para siempre. La conocía, la quería... Y, por fin, estábamos juntos. Para mí estaba todo muy claro. Estábamos tan bien... Solo que, con el paso del tiempo, quise más.

—Ya. Y ella te dijo que no y mandó a la mierda todo, pero...

—Eso no fue lo peor —continuó, sentándose sobre sus talones y volviendo la vista hacia mí—. Habría entendido una negativa al principio, si se hubiese molestado en justificarla. Al fin y al cabo, todos conocemos algo de su pasado, ¿no?

Asentí con la cabeza. Lo cierto es que Nela no lo tuvo fácil con su padre. Era un auténtico desgraciado. Y estuve a punto de hacer un comentario al respecto, pero Colás siguió, embalado.

—No te voy a mentir. Habría dolido, mucho, pero creo que hubiese acabado convenciéndola. Joder, si incluso iba mentalizado con que me pidiese algo de tiempo antes de la boda, para hacerse a la idea y luchar contra sus fantasmas... Me lo repetí durante toda aquella cena, con la caja de la joyería quemándome en el bolsillo. —Meneó la cabeza y una mueca de dolor y rencor descompuso su cara—. Lo que no puedo perdonarle es que me echase de su vida de un plumazo, así, sin una puñetera explicación. Fue ver el anillo y salir huyendo, joder. No me cogía el teléfono, no salía a hablar conmigo cuando iba a su casa, me ignoraba en cuanto pisaba el súper... Dios, me sentí tan humillado... Llegué a pensar seriamente que todo lo vivido había sido una mentira, que no me quería como yo a ella, que...

—Ya, te entiendo. Y... Joder. Supongo que, cuando reaccionó, tu orgullo había crecido hasta hacerse descomunal, igual que tu cabreo.

—Sí, algo de eso hubo, no lo puedo negar —reconoció mientras asentía con la cabeza.

—Así que te propusiste hacérselo pagar liándote con todas esas tías, ¿no? —pregunté utilizando un tono ligero, intentando traer algo de humor sobre el tema.

—No hubo tías —me soltó mientras me miraba a los ojos, dejándome pasmado—. Bueno, sí, hubo una, pero me la follé sin sacarme a Nela de la cabeza ni un segundo, así que repetir la experiencia no me hacía demasiada ilusión.

—Pero... ¿Qué dices? Si...

—Ya sé, ya sé. Es que, en realidad, besé a muchas, coqueteé con más y, si te soy sincero, hasta

disfruté, por primera vez en mi vida, de poder acercarme a las mujeres sin sentirme torpe o tímido. Supongo que el que no me importara mucho si me hacían caso o no es la clave, colega, porque éxito sí que tuve —expuso, acabando con un resoplido que me hizo reír por lo bajo.

—Increíble —mascullé mientras meneaba la cabeza, sin acabar de creermelo que me contaba. Bueno, eso no, que realmente lo creía, pero, joder con Colás...

—Ya ves. No todo es lo que parece.

—Y que lo digas —comenté flipando. Pero también con ganas de saberlo todo, ya que estábamos—. Ahora es cuando llega la parte en que la que te acuestas con ella, me imagino.

—Pues sí. Un día decidí dejar de pelearme conmigo mismo y acercarme de nuevo a la que sí me importaba. Joder, me moría por ella, tío. A pesar de mi fama, era demasiado tiempo en dique seco.

Se me escapó una carcajada.

—Ya te vale —le reproché entre risas—. Y oye... ¿desde cuándo hablas tú tanto?

—Ya ves —repitió, torciendo sus labios en otra sonrisa de las suyas—. A veces viene bien soltarlo todo. Y creo que yo estoy en ese punto. Así que ya sabes, cuando te llegue el tuyo...

Volví a reírme ante su desfachatez y le lancé un ladrillo a las manos, que cogió a la primera y comenzó a extender la masa por un lado.

—¿Y bien? Follasteis, vale. Y después te dedicaste a darle de su propia medicina, ¿no? A lanzarle pullitas en público y...

—¿De qué hablas? Yo no hice nada de eso. Después de acostarnos le dejé muy clarito que solo habría sexo entre nosotros.

Lo miré con las cejas arqueadas, creyendo que ahora sí estaba faltando a la verdad. Pero él se apresuró a explicarse.

—A ver... Quizá no fue justo a continuación, pero no tardé demasiado. Todo o solo sexo. Se lo dije en perfecto castellano.

—Pero no entiendo... Si en la playa ella te gritó delante de todos que sí a todo, ¿no lo recuerdas?

—Oh, sí, lo hago. La que lo olvidó fue ella, que, cuando nos liamos y vio que yo no la presionaba con eso, me pidió seguir donde lo habíamos dejado. Y eso sí que no. De hecho, desde entonces, cada vez que sale el tema, la corto en seco.

—Pues a lo mejor deberías dejarla hablar. Tal vez haya cam...

—Y con respecto a las pullitas... —continuó él, ignorando mi comentario y apretando mucho la mandíbula—. Ella tampoco se queda atrás.

—Hombre, no, pero a veces se te va la mano. Todavía recuerdo aquel día en el bar de Paco. No sé qué coño pretendías echándole en cara su experiencia...

—Joder, se lo tomó por donde no era. Y luego dicen que los tíos solo pensamos en sexo. Yo me refería a su experiencia ante nuestra ruptura. Que no había aprendido nada de ella porque seguía en las mismas, coño.

Llegados ahí, me saqué un cigarrillo del bolsillo y me lo encendí con parsimonia, más sorprendido que otra cosa. Nunca me había imaginado tener una conversación de tal calibre con ningún tío, y mucho menos con Colás.

—Y ahora, ¿cómo estáis? —acabé por preguntar, a la vista de su ceño fruncido y su cara pensativa.

—Ya te lo he dicho. Yo, acojonado. No sé si con más miedo a perderla, o a que lo intentemos de nuevo y sea ella la que vuelva a acobardarse en cuanto la cosa se ponga más seria. Y tenemos una edad, ¿sabes? No soy ningún niño, joder. Estoy cansado de no tener un hogar que considere

mío. Con mis padres ya sabes que la convivencia no es muy fácil, son tan de la vieja escuela que me siento enjaulado. Y esta vida de soltero compartiendo piso con dos pasotas como Pedro y Gerardo no es lo mío. Soy un hombre que quiere una familia, joder. Y ella lo sabía desde el principio. Que soy de los que se casan. Mil veces le dije que odiaba no poder dormir con ella todas las noches. Quiero vivir con ella, conocer cada una de sus pequeñas manías, discutir por chorradas y reconciliarnos después. E hijos. Pequeños Colás y Nelas correteando a nuestro alrededor. Dios, ¿es tanto pedir? Quiero lo que tenías tú, Rubio. ¿Tan difícil es de entender?

Lo que tenía yo... Durante un instante, solo uno, me pregunté por qué me hablaba en pasado. Yo tengo eso en casa, me dije. Y entonces... Entonces perdí la sonrisa que mi boca había dibujado durante todo su monólogo, una llena de comprensión. Cerré los ojos y el mundo se me vino encima en forma de culpa.

Noté mis manos temblar, al tiempo que mi corazón no sé si multiplicaba o ralentizaba sus latidos. Solo sé que no iba bien, porque, por un segundo, hasta creo que olvidé cómo respirar. Y, en medio de todo ese caos, me atreví a ir un paso más allá. A acabar de revolcarme en la miseria. Me obligué a pensar sobre eso que llevaba todo el mes queriendo ignorar, relegándolo a esa parte del cerebro en que se guarda lo que no gusta, hierde o elegimos rehuir. Que al día siguiente hacía dos años de la muerte de Clara. Algo que odiaba, me hacía daño y tampoco podía evitar. Pero que había hecho lo posible por negar. Como si tratase de olvidarla a ella, joder.

—Rubio... ¿qué...? Joder, tío, perdona. No pretendía...

—Estoy bien. Estoy bien —repetí en trance, subiéndome a la escalera con uno de los últimos azulejos en la mano. Cogí mucho aire y no sé muy bien cómo pude acabar de colocarlos en su sitio.

Solo recuerdo responder a las siguientes palabras de Colás con monosílabos y, en cuanto terminé con la puñetera pared, mascullar algo sobre que acabara él o lo dejase para el lunes, antes de salir de allí escopetado.

Dudé de adónde dirigirme, sin encontrar, de pronto, un sitio en el que poder rumiar a gusto el odio hacia mí mismo que me consumía. Pero, tras una parada rápida en una gasolinera en la que el ron me pareció el mejor amigo con el que compartir esa situación de mierda, me encontré deteniendo el coche frente a la casa que un día construí para Clara. Para esa mujer que últimamente parecía empeñado en querer borrar de mi vida. Para ese ángel al que no supe cumplir las promesas que le hice. Tanto durante su vida, como mucho menos en su muerte.

CAPITULO 18

Laura

—Aquí está su coche —dice Julián. Pero yo ni le contesto, con los ojos puestos sobre el vehículo, justo delante de donde hemos aparcado.

Abro la puerta y pongo los pies en el suelo, nerviosa y aliviada a partes iguales. Sí, aquí está su coche y seguramente él esté dentro, pero no sé con qué me voy a encontrar. Respiro hondo y miro hacia la casa temiéndome encontrarla descuidada, echada a perder después de tanto tiempo abandonada. Pero no. Todo lo contrario. Supongo que el hecho de que la hubiesen terminado por fuera antes del accidente influyó bastante en que eso no sucediera, disminuyendo las posibilidades de que cualquiera se colara dentro.

Aunque es la primera vez que la veo, al menos sin ser en planos, me la he imaginado tantas veces a través de las descripciones de Clara que hasta me resulta familiar. Y realmente preciosa.

Es una vivienda construida en piedra color arena y de dos pisos, con sus ventanas largas y balconadas en el superior, mientras un pequeño porche cubre la puerta principal. Esta, así como las ventanas, son de color marrón, a juego con las tejas de la cubierta. Sin embargo, a pesar de su sobriedad y de su altura, se muestra acogedora y sencilla, rodeada por una buena extensión de terreno con la hierba cortada a pocos centímetros del suelo.

Y, entonces, al darme cuenta de ese hecho, me giro en redondo y clavo la vista en Julián, que, con una sonrisa triste, también mira hacia la casa.

—La hierba... —susurro—. ¿Quién...? Vosotros, ¿verdad?

—Bueno... —Se encoge de hombros tras buscar mis ojos y apoya los antebrazos en el techo del coche—. Nos turnamos... Colás, tu padre y yo.

—Oh, Dios mío —murmuro emocionada. Y tan orgullosa de ellos... Estas son las personas que de verdad importan, las que no necesitan que pidas, sino que dan sin esperar nada a cambio—. Eso... es tan bonito...

Julián amplía la sonrisa durante un segundo, pero luego vuelve a componer esa mueca triste mientras se frota la frente.

—No podíamos permitir que... Joder, Laura. Tú no sabes la ilusión que le hacía esta casa a Rubio. Desde bien pequeños, cogíamos las bicis y nos veníamos a este lugar para sentarnos al filo del acantilado. Y cada vez que lo hacíamos me repetía que algún día construiría aquí su casa. Yo hasta me burlaba de él y de su obsesión con este sitio, pero...

—Lo hizo. Construyó la casa —susurro, apretando en mi mano la copia de la llave que la abre, una que Julián tenía en su poder y que me entregó al subir al coche.

—Sí, bueno... Aunque no sé qué piensa ahora al respecto. Esta debe de ser la primera vez que la pisa desde...

No acaba la frase. No hace falta. De nuevo, cojo todo el aire que me cabe en los pulmones y me dirijo a la puerta.

—Espera, voy contigo.

—No. —Ante su asombro por mi negativa, cambio el tono y trato de explicarme—. Prefiero hacerlo sola, Julián. Créeme, seguramente lo he visto en peores circunstancias durante aquellos primeros meses. Además, se va a sentir peor cuantos más entremos...

—Pero... quizá me necesites. O él. No sabemos cómo está.

—Por favor... —Cierro los ojos y dejo escapar un suspiro—. Espera aquí cinco minutos, ¿vale? Si no salgo a por ayuda, vete a casa. Yo volveré con él. —Y a la vista de que no parece muy convencido, insisto—. Por favor, Julián...

—Vale, vale. Pero, a la mínima duda, avísame.

—Lo hare, de verdad. Y gracias. Muchas gracias.

—Es mi amigo, Laura. Casi un hermano. Haría cualquier cosa por él.

Mis ojos recorren otra vez la gran extensión de terreno y asiento segura de ello.

—Lo sé. —Y, sin más, recorro los metros que me faltan para llegar a Chema. Es tanta mi impaciencia por verlo como mi recelo, pero me aferro a la primera y me cubro de determinación. No puedo dejar que estos metros se conviertan en un abismo entre los dos, aunque mucho me temo que eso es justo lo que ha hecho él escondiéndose aquí.

Más nerviosa a cada paso que doy, ni siquiera soy consciente de que utilizo la llave para entrar sin llamar hasta que estoy ya dentro.

Me recibe un vestíbulo amplio con un par de puertas a mano izquierda, una más ancha a la derecha y las escaleras al fondo. Todo es cemento, las paredes, el suelo y el techo. Lo único que rompe el gris seco y sin vida son los marcos de madera que dan paso a las estancias. Cojo mucho aire y, por empezar por algún lado, atravieso la de mi derecha, la que me lleva al salón, o al que lo será algún día. Y ya no necesito buscar más.

Chema está ahí, justo frente a mí, sentado en el suelo contra la pared contraria, con las rodillas hacia su pecho, la cabeza sobre ellas y las manos en su pelo. A su costado, un arsenal de colillas tan consumidas como parece estarlo él.

Suspiro hondamente y, de pronto acobardada, sin saber cómo proceder, recorro el cuarto con la mirada. Es enorme, todo lo largo de la casa, con ventanas en ambos extremos y una chimenea de obra a medio hacer justo a mi izquierda. Una mesa de plástico y un par de sillas como único mobiliario, sucias y abandonadas de cualquier manera, hacen del escenario un lugar lúgubre a pesar de la claridad que entra por los cristales. O quizá solo sea mi percepción, que anda pareja con esa impresión porque, ahora que lo he encontrado, lo veo todo un poco más negro. Sobre todo, lo nuestro.

Preocupada y muerta de pena, observo que Chema no se ha movido ni un ápice, ni mucho menos ha reparado en mi presencia. Freno las ganas de echar a correr para abrazarlo y camino muy despacio hacia él, pero tropiezo con una botella, que se desplaza por el suelo, y eso consigue llamar su atención. Levanta la cabeza y, un tanto confuso, clava sus ojos en mí.

No dice nada. Me mira sin parpadear apenas durante lo que me parece una eternidad, hasta que, mesándose el pelo, aparta su vista y la fija en los grandes ventanales que dan a la parte de atrás.

Sin saber muy bien cómo actuar, porque por una vez estoy siendo todo lo prudente que no suelo ser, recojo la botella vacía y la coloco sobre la mesa. No me sorprende que sea de ron, ya me esperaba lo peor, pero no puedo evitar ahogar un suspiro mientras me acerco un poco más a él, logrando que vuelva a reparar en mí.

Contemplo con un nudo en el pecho sus ojos enrojecidos, su pelo casi en punta de tan despeinado, sus ropas arrugadas y sucias... Y, sin pretenderlo, siento tal coraje al verlo así que incluso supera la lástima. Aprieto los puños y resoplo, tratando de que él no lo note. Supongo que lo último que necesita es justamente eso.

—Chema... —digo con tiento, aunque su nombre me sale casi en un gemido de tantas emociones que aprietan mi garganta.

Él no me contesta. Solo me mira y, maldita sea, no soy capaz de leer nada en esa mirada. Parece vacía, o quizá tan dolida que haya perdido su brillo.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás así? —insisto, acuclillándome delante de él.

Silencio. Es lo único que hay entre los dos durante minutos enteros en los que me mantengo

entera por pura fuerza de voluntad.

—¿No vas a decirme nada? —susurro cuando él baja la vista, notando como el nudo encoge ahora también mi estómago. Y la cabeza me arde, las manos me sudan y mi corazón galopa tan furioso que es posible que hasta lo escuche.

Otro minuto en el que lo único que oigo es mi descompasada respiración y después...

—Sí. —Al fin, Dios mío—. ¿Qué haces aquí?

Cierro un instante los ojos y me muerdo el labio inferior, pero me obligo a contestarle con calma.

—Estaba preocupada. Todos estamos preocupados por ti. Y tus hijas...

Él ahoga una especie de risa sarcástica, se lleva las manos a la nuca y deja caer la cabeza hacia atrás.

—¿Te das cuenta de que cada vez que te cabreas te refieres a ellas como mis hijas? Si no, son las niñas o...

—Por favor, Chema. No quiero discutir. Ni estoy cabreada. —Bueno, sí, comienzo a estarlo, pero sigo usando ese tono tranquilizador y pausado—. Vámonos a casa.

—No. Aún no. Vete tú. Tú... no deberías haber venido. —Descansa su frente sobre sus rodillas y continúa sin mirarme—. Deberías haberte quedado en Oviedo. Lejos. Lejos de mí.

Y ahora lo que siento en el estómago ha sido exactamente igual que una patada. Sabía que no iba a ser fácil, que incluso iba a doler; apostaba por que se pusiese a la defensiva o se enfadara, pero joder... esto no. Esto ni me lo había imaginado.

—¿Por qué...? ¿Por qué dices... eso? ¿Es lo que... quieres, Chema? ¿Que me...? —balbuceo, incorporándome, sin tan siquiera ser capaz de acabar la última pregunta.

Él niega con la cabeza, todavía en la misma postura.

—Yo... Yo... Vete de aquí, Laura. Sal de esta casa.

Le agradezco en el alma la última aclaración, pero sigo tan dolida por sus anteriores palabras, tanto... que eso en mí se traduce en ira, en frustración, en algo que, al menos, no hace tanto daño.

—Era esto a lo que te referías, ¿verdad? ¿Tu «lo siento» era por esto?

—¿De qué hablas? —Endereza la espalda y me mira confundido—. ¿De qué coño hablas ahora?

—De tu wasap. De tu puto wasap. Dímelo a la cara, joder. Dime que te arrepientes de...

—Los wasaps... —susurra meneando la cabeza y, entonces, endurece el tono sin llegar a gritar—. Laura, por Dios, vete. No me hagas decir algo que... Vete.

—No. He venido por ti y voy a llevarte a casa. Luego...

—¡Que te vayas de aquí, joder! No quiero verte. No ahora. No puedo verte. ¿Es que no lo entiendes? —se exaspera, dejando caer los brazos a los costados y apretando los dientes.

—No, no entiendo nada. Nada. ¿Qué diablos ha sucedido? Dímelo. ¿Es porque es el aniversario de Clara? No puedes...

—Joder, joder, joder... —Golpea su cabeza contra la pared en cada maldición, cerrando los ojos con fuerza—. Lárgate. Tú... Tú no me dejas pensar, no me dejas... Vete, vete, vete... —Y de nuevo cada palabra es merecedora de un nuevo golpe, lo que produce un sonido hueco, de campana sonando a muerte.

Por un instante, estoy tentada a hacerle caso e irme. No soy de las que se quedan donde no se las quiere. Pero, esta vez..., no puedo. Soy incapaz de marcharme y dejarlo así. Me mantengo anclada al suelo sufriendo por mí, por él... Impotente.

—No voy a irme, Chema —aseguro con rotundidad, intentando que cese de repetirlo a cada momento—. Dios, Chema... Por favor... ¿Qué te pasa? ¿Qué piensas?

Se incorpora tan rápido que se tambalea. Por inercia, doy un paso en su dirección para sujetarlo, pero él me aparta con un manotazo al aire y se aleja de mí.

—No... me... toques. Ahora... no. No lo... soportaría.

Vale, esto comienza a superarme. El daño que me hace con cada una de sus palabras no puedo compararlo con nada anterior. Porque me siento rechazada, humillada, abandonada por la persona a la que se lo he dado todo. Y sí, lo he deseado, anhelado y amado en silencio, pero una cosa es que me ignorara como mujer y otra que, después de lo vivido estos últimos meses, me aparte así de él.

—¿Estás borracho? —pregunto buscando una excusa a su menosprecio, por muy vacía que esta sea.

—Ojalá. Hoy necesitaba estarlo. Pero no. Ni eso duró demasiado...

No hay que ser una lumbrera para no coger el segundo significado de esa frase. O quizá es que estoy un poco susceptible. Como para no estarlo...

—No puedes permitir que esto te afecte tanto. Es solo un día más, Chema. Un día más de muchos. Habla conmigo, por favor. Dime... Seguro que te hace bien, todos necesitamos...

—¡Joder, no! ¡No quiero hablar! Y lo que necesito... ¡Necesito a Clara! ¿Puedes traerla de vuelta? ¿Puedes volver atrás y hacer que no coja el maldito coche? ¿Que ese hijo de puta no se quede dormido al volante? ¿Puedes? No, ¿verdad? ¡Pues cállate de una puta vez!

Se tira del pelo en cuanto acaba de hablar y, tras pasearse como un poseso por el cuarto mientras yo, inconscientemente, pongo distancia entre nosotros andando hacia atrás, termina por sentarse en una de las sillas que encuentra a su paso.

Y, joder, acabo de descubrir que todavía tiene el poder de hacerme más daño. Más chiquitita, más poca cosa.

—Tú no lo entiendes... —susurra, con los codos apoyados en sus muslos y la cabeza entre sus manos—. No lo entiendes...

—Sí lo hago. Yo también la quería. Yo también la echo de menos.

—¿Lo haces? ¿De verdad? —pregunta clavándome los ojos sin variar su posición.

—¡Claro que lo hago! ¿Qué insinúas?

—Nada —responde con una tranquilidad pasmosa después de su arrebato—. Nada. Es solo que... ¿Qué estamos haciendo, Laura? Tú y yo... ¿Sabes qué estamos haciendo? —Me callo, porque no sé qué contestar. Yo lo estoy queriendo, regalándole en cada beso un poco de ese amor, pero él... Él no sé qué piensa sobre nosotros.

—¿Por qué...? ¿A qué viene eso? ¿Tiene algo que ver con...?

—¡Tiene todo que ver, joder! Yo casi... Casi... —Se frena, frotándose las sienas—. Joder, olvídale. No sé ni lo que digo.

Quiero y temo en la misma medida saber qué ha estado a punto de decir, así que, queriendo distanciarme emocionalmente un poco de toda esta tensa y dolorosa situación, me giro quedando de espaldas a él, con la vista perdida en lo que me muestran los grandes ventanales hasta el suelo que dan a la parte trasera.

Hierba, una extensa superficie verde que acaba en un acantilado. El mar al fondo, las montañas recortándolo, el cielo... ¡Oh, Dios! Es exactamente la misma estampa que en mi sueño. Son estas ventanas, es esta casa... No estaba equivocada. Es Chema. Siempre ha sido Chema. Es tanta la impresión que incluso me mareo. Y, de repente, el alivio galopando en mis venas, recorriendo mi sistema, no ayuda demasiado. Pero la frustración, el dolor y la incapacidad de borrar lo sucedido en la última hora parecen, al mismo tiempo, ganar la batalla. Porque puede que él sea el amor de mi vida, pero eso no significa que yo sea el suyo, ¿verdad?

—Laura. Tú no tienes la culpa, tú...

Ay, no. No quiero oír el típico «no eres tú, soy yo». Me niego a vivir algo tan trillado y estúpido. No con él.

—¿Tocas el piano? —lo interrumpo preguntando lo primero que me viene a la mente. No permitiendo que rompa esto que tenemos. Y, de paso, deseando aclarar cada pequeña cuestión de ese sueño que comienza a mezclarse con la realidad.

—¿Qué? —Y, en serio, no puede abrir más los ojos.

«¿En serio esperabas que lo tocara, Laura? Es solo un sueño. Puede que extraño, recurrente y cada vez más esclarecedor, pero un sueño».

—¿Quién coño te lo ha dicho? —demanda él entrecerrando los ojos y, aunque parezca cabreado, al menos a este Chema lo conozco, no es ese fantasma enfermizo y confuso que me he encontrado a mi llegada.

Pero... Espera, espera. A todo esto, eso es un sí, ¿no?

—Lo tocas —confirmo, para no darle opción a desdecirse.

Él resopla agobiado y luego suspira resignado. Se despeina un poco más a tirones y, cuando habla, lo hace casi entre dientes.

—No es algo que suela contar, joder. Solo lo saben mis padres, mi hermana y... Clara. Ella... Ella también lo sabía.

Oh, Dios mío... Madre mía...

—¿Te da vergüenza? —susurro con temor a que no se digne a contestar. Y también porque algo inmenso oprime mis cuerdas vocales y me impide hablar de otra manera. Ay, mi Dios...

—No. Bueno, algo... Es que... me encanta tocar. Y eso me da apuro, sí. Soy albañil, por el amor de Dios. Siempre he querido serlo —explica a regañadientes.

—¿Qué tiene que ver... una cosa con la otra?

Él niega con la cabeza y luego la sostiene entre sus manos.

—Mi madre se empeñó. Desde los cuatro años me llevaba hasta Luarca tres días a la semana para que aprendiese, pero... a mis amigos les decía que iba a clases de artes marciales. ¡Es que era ridículo! Y más lo fue cuando a los siete comenzó a gustarme. Con trece me planté y me negué a ir más, cuando otras cosas pasaron a parecerme más importantes. Pero nunca dejé de practicar en casa. Me relaja, me... —Se calla y me mira con los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada antes de terminar susurrando—. Estos dos últimos años apenas he podido hacerlo... No podía.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntar.

—¿Por qué? —suelta una brevísima risa sarcástica y entrelaza sus manos entre sus rodillas—. Bueno, esto te va a parecer estúpido. Es estúpido. Pero, Jesús... —Se frota los muslos, nervioso, y vuelve a unir sus dedos—. Tengo un sueño... No. A ver... Quiero decir que... que muy a menudo sueño algo... Siempre lo mismo. Yo aquí, en este salón, tocando... Y Clara, justo ahí, donde estás tú. ¡Qué irónico, joder!

Me quedo de una pieza. Absorta. Perpleja. Asustada. Emocionada. Ilusionada, joder. ¿Cómo...? ¿Cómo es posible?

¡Ay, Dios! ¡Mamá! ¿Qué leches significa esto?

—Camina hacia mí... —continúa él ajeno a mi estupor—. Se sienta en mi regazo y luego... desaparece. Nunca puedo alcanzarla. Se evapora. Se va...

—¿Desde...? ¿Desde... cuándo?

—¿Qué?

—¿Desde cuándo sueñas... con eso?

—No sé. Hace mucho. Pero... Pero ahora... Ella ya no está, se ha ido, y para siempre. ¿Por

qué sigo soñando que toco para ella aquí, en esta casa? Es una especie de tortura... de engaño. Y va a más. Es repetitivo y agotador, es...

—¿Cómo...? ¿Cómo sabes que es... Clara? —tartamudeo, esperanzada y aterrada a partes iguales, si eso es posible.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Lo sé. Es ella.

—¿Estás... seguro?

—Sí. Es ella. Tiene que ser ella. —Se enfada, enderezándose en la silla—. ¿Por qué lo dudas? Que fuese otra no tendría sentido.

—No, no lo tendría. ¿Verdad?

—Desde luego que no. No necesito verle la cara para saber que se trata de ella, joder. ¡Era mi mujer, la reconocería donde fuera! Construí esta casa para ella, ¿quién coño va a ser?

Y ahí está. La confirmación de que no es ella. Soy yo. Es el mismo sueño, por el amor de Dios, claro que soy yo. La ilusión y la sorpresa ante esta confesión no impiden que la ira comience a hervir a fuego lento. Por engañarse, por no ver más allá de lo que quiere ver, por no aceptar esto que ya hay entre nosotros, esto tan maravilloso que podríamos tener si no se obcecara en el pasado. Y no es que no comprenda su punto de vista, hasta hace nada yo pensaba igual, empeñada en vivir en él, considerando que mis actos perjudicaban a Clara como si aún estuviese viva. Pero no lo está, esa es la diferencia. Y nosotros sí. Tan vivos... Joder.

—¡Claro! ¿Quién coño va a ser? —me escucho decir, dándole a mi tono el justo sarcasmo para que le pase desapercibido—. Pero te equivocas en una cosa, Chema. No construiste esta casa para ella, sino para ti. Era tu ilusión, tu sueño, tu proyecto... Como tú quieras llamarlo.

Él me mira espantado. Casi horrorizado. Y, al momento, ofendido.

—¿Qué cojones estás diciendo? Yo la hice para ella. Tuve en cuenta sus gustos, sus...

—Sí, sabías que le gustaba la piedra y el aluminio en marrón. Enhorabuena. —Bajo un poco el tono, a sabiendas de que lo próximo no va a gustarle nada—. Lo que no sabías era lo mucho que le disgustaba vivir a casi dos kilómetros del pueblo. El miedo atroz que le tenía a sacarse el carnet de conducir. Lo mucho que disfrutaba viviendo a dos calles del supermercado y a tres de la casa de su padre.

Él me mira más atónito y enfadado a cada palabra dicha. Incluso se pone de pie y se tensa entero, pero no estoy mintiendo y ya no hay quién me frene. Quiero abrirle los ojos, quiero que, por una vez, contemple una verdad que no es la misma que la que él ve. Quiero que se encuentre a sí mismo, a ese Chema de antes de Clara.

—Lo hiciste por ti, Chema. Reconócelo, no es nada malo. De la misma manera que ella habría venido a vivir aquí con la mejor de sus sonrisas, encantada de compartir contigo tu mayor deseo. Eso tampoco es malo. Es una de las muchas cosas que se hacen por amor.

—Pero... ¿quién coño te crees que eres? ¿Cómo te atreves a decirme algo así? ¿Y qué cojones sabrás tú lo que se puede llegar a hacer por amor? ¡Si no has amado en tu puta vida, tú misma me lo dijiste, joder! No sé si tan siquiera sabrás hacerlo.

Sus palabras me golpean con tal fuerza que doy un paso atrás, pero estoy demasiado pegada al cristal y solo se queda en un intento. Y, entonces, llevada por la inercia y por la ira que también ha despertado, comienzo a andar hacia él.

—Es la puta verdad. Asúmela, joder. Y comienza a asumir otras que no tienes los cojones para hacer.

—¿Te has vuelto loca o qué? —me suelta después de casi el minuto entero que le lleva asimilar mis palabras—. ¡Yo conocía a Clara! Era mi mujer, yo sabía...

—Yo también conocía a Clara. Era su hermana. Con la que se sinceraba. Y también te conozco

a ti, Chema, aunque ahora mismo no sé ni lo que somos. ¡Qué pena que tú no me conozcas a mí en lo más mínimo, joder!

No le doy opción a réplica. Salgo de la casa con un portazo y tengo que reconocer que los dos kilómetros a pie me dan para mucho. Para demasiado. Para arrepentirme de mi arrebato; para secar a manotazos las lágrimas de dolor y rabia que desprenden mis ojos sin pedir permiso; pero, sobre todo, para darme cuenta de que tiene que ser él el que luche contra sus fantasmas. Yo solo puedo ofrecerle espacio cuando lo necesite y seguir escondiendo lo que siento. Este amor desagradecido, silencioso, aunque tan inmenso como los kilómetros de bosque que se extienden a cada lado de esta carretera, a veces tan oscuro como la sombra que proyectan, pero, increíblemente, cada día con la esperanza brillando con más fuerza, como ese rayo de sol que se cuela entre las copas de los árboles.

No va a ser sencillo, ni parece que mañana, pero tal vez lo logremos. Tengo que ser fuerte y aferrarme a lo que vivimos estos meses, porque no puedo creer que para Chema no hayan sido igual de maravillosos. Y a ese sueño compartido. Ese sueño... Dios mío. Me niego a creer que sea una ilógica coincidencia.

Un presagio, otro indicio, otra señal... Eso suena infinitamente mejor.

Chema

La cerveza me sabe agria, avinagrada. Frunzo el ceño, la dejo sobre la mesa y le miro la etiqueta. Es la misma de siempre, pero... no lo es. Aunque, ahora que lo pienso, nada parece lo mismo desde hace unos días. Todo me sabe peor, nada me satisface... Al final no es la cerveza. Soy yo. Yo y mi mierda de vida.

Apoyo la espalda en el respaldo del sofá y cruzo los tobillos al tiempo que me rasco la barba. Me pica, está demasiado larga, en ese punto en que ya me resulta incómoda. Pero no me apetece afeitarme; a duras penas quiero salir de la cama como para ponerme con rituales que no son absolutamente necesarios.

Eso es lo que hago, lo absolutamente necesario. Comer, dormir, trabajar y estar con mis hijas. Y no es una depresión lo que atravieso, no, eso lo sé con seguridad. Es más bien un castigo impuesto. Sí, podríamos llamarlo así. No pensar demasiado, no vivir demasiado, no disfrutar nada. O nada que no sea absolutamente necesario.

Una sonrisa irónica curva mis labios sin pensar. Soy la imagen perfecta del patético más grande que haya visto Asturias... O España, ya puestos. Quiero pensar que por ahí, en todo el mundo, habrá alguien igual o peor que yo, solo por consolar un poco mi ego.

—Sí, tienes que afeitarte —oigo que me dice Laura desde la cocina. Levanto la vista y la miro, percibiendo que todavía sigo frotándome la mandíbula.

Retiro la mano y frunzo el ceño. Eso ha sonado tan a... esposa. ¡A esposa, joder! Con ese tono dulce que esconde un justo y merecido reproche. Y, por encima, vistiendo una de esas camisetas que en ella son mejor que la lencería fina.

La observo abrir la nevera y sacar una botella de agua, de la que bebe a morro. ¿Y por qué también tiene que hacer eso, a ver? Pero la cosa empeora cuando el líquido se le escurre por las comisuras y ella se limpia acariciándose el cuello, metiendo incluso las manos bajo su escote con una risita tonta. Jesús...

Desvío la mirada y la clavo en la puerta de la nevera, como si lo que hay allí pegado con imanes fuese, de pronto, superinteresante. Además, ¿desde cuándo está tan llena de cosas? Lo cuelga todo ahí, desde la lista de la compra hasta el último dibujo de las niñas. ¿Es que no tenemos cajones? Clara odiaba usar la nevera como el corcho de notas del instituto. La tenía impoluta, y ahora... Ahora, de repente, me molesta una barbaridad cada papel allí colocado. Me irrita que Laura no use un vaso, que se pasee a medio vestir y que... no pueda tocarla. Mierda, eso es lo que más me cabrea. Así que, como el hombre inteligente que soy, me levanto y comienzo a retirar de esa puerta todo lo adherido a ella, relegándolo a continuación al cajón inferior, donde solemos guardar todo lo que parece no tener un sitio concreto.

—¿Qué...? ¿Qué haces? —pregunta sorprendida.

Gruño mentalmente y Laura enarca una ceja. Vaya, por lo visto no ha sido solo en mi mente. Es que estoy enfadado. Conmigo mismo, con la vida... Y un poco con ella, sí. Aunque no tenga sentido y, todavía menos, motivos. Porque se supone que la sinceridad es una virtud, pero las verdades que me dijo... dolieron. Y volvieron a escocer cuando Teresa me las corroboró. Es que necesité preguntárselo. Era algo que me corroía. ¿Cómo pude yo no verlo? Clara era mi mujer... ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué?

«Quizá porque ya le enseñaste la casa hecha, idiota. ¿Acaso le preguntaste lo que quería en algún momento?».

No. Bueno, siendo justos, sí se lo comenté, pero no llegué a preguntarle si la quería. Di por

hecho que algo que a mí me hacía tanta ilusión... se la haría a ella de igual manera. Lo que quiere decir que no solo soy un arrogante estúpido, sino que no la conocía tanto como creía. Y eso quizá es lo que me carcome. Eso, junto con todo lo demás, me convierte en el marido de mierda que hace tiempo creo ser.

Mi parte lúcida y espabilada, y aquí no uso la ironía, sabe que no es para tanto. Un malentendido, un no hablar demasiado las cosas, ambos, Clara y yo... Pero, claro, cuando una gota cae en un vaso ya colmado, pues... se derrama.

—Chema... ¿estás bien? ¿A qué viene esto? —insiste Laura, mirándome con tanta fijeza que hasta temo que adivine lo que mi torturada mente piensa.

—Quiero la puerta vacía, si no es mucho pedir.

—Vale, me parece bien. Solo tenías que decirlo y no hubiese colocado nada en ella.

—Te lo estoy diciendo ahora.

—De acuerdo. La puerta de la nevera es un punto limpio. ¿Algo más? —Y la muy puñetera no está ni un poco molesta. Su tono es casi divertido, como si le hiciese gracia este ataque de pulcritud que me ha dado.

—No sé. Si se me ocurre algo, ya te avisaré.

—Claro, claro, no te cortes —dice con una sonrisa que oculta mordiendo sus labios. Algo que, muy a mi pesar, me resulta adorable.

«Ay, no, ni lo pienses. Aléjate de ella. Ahora».

Ya de nuevo en el sofá, cambio de un canal a otro, esperando que se vaya para poder dejar de hacer el ganso con el mando, porque lo que de verdad me apetece es seguir rumiando a solas un buen rato. Pero Laura no se mueve. Puedo verla por el rabillo del ojo, quieta como una estatua en el mismo sitio en el que la he dejado, observándome.

Me está poniendo nervioso con su inmovilidad y escrutinio, en serio, pero eso no es nada comparado a cómo me galopa el corazón en el pecho cuando veo que comienza a andar. Hacía mí. Porque sí, reconozco que la he estado evitando como el cobarde que soy, pero era lo menos complicado, que no lo más fácil. No, Dios sabe que mantenerme lejos de ella es de todo menos fácil.

—Oye, Chema...

—Dime, Laura —contesto inhalando mucho aire mientras apago la tele—. ¿Pasa algo?

—Pasan muchas cosas —suspira ella—. Pero vamos a empezar por una, ¿te parece?

—¿Qué? ¿De qué...?

—Mira, el otro día... En fin, quiero pedirte perdón. Porque el otro día no quería decir lo que te dije, ¿vale? —Hace una pausa mirando un punto fijo tras de mí y menea la cabeza volviendo a buscar mis ojos—. Bueno, la verdad, sí quería, pero no de la manera que te lo solté. O también, pero... Vamos, que... Vamos, que, aunque quería decírtelo, no debí hacerlo. O tú opinas que no debía y eso me basta para pedirte que me perdones, porque...

—Alto. Para. No tienes que...

—Déjame acabar ahora que me he lanzado —me pide, sentándose a mi lado y poniéndome dos dedos sobre la boca—. Si te lo dije fue... porque me jode un montón que no sigas adelante con un proyecto que te hacía tanta ilusión. Quizá es lo que necesitas para darte cuenta de que tienes una vida que vivir después de Clara, de que...

—Ya sé que tengo una vida —la interrumpo apartando su mano—. Lo sé, Laura.

—¿Lo sabes? Entonces... ¿por qué no lo haces? Justo cuando empezabas a hacerlo, es el aniversario de su muerte y vuelves a...

—¿Empezaba a hacerlo? —repito sintiendo demasiado calor en cada una de mis venas—. ¿Lo

dices porque follábamos?

Laura abre mucho los ojos y ahoga un gemido al tiempo que empalidece. Y yo siento más calor, pero de puro remordimiento. Porque eso ha sido cruel. Una gilipollez de las grandes. Pero vuelve a tener razón, vuelve a tenerla y eso parece anular mi empatía y mi consideración. Porque esa razón me quema, rompe mis esquemas, anula mis defensas, reduce a cenizas cada una de las promesas que le hice a Clara. Esa razón me convierte en un hijo de puta y eso no es lo peor. Lo más horrible es que lo soy con las dos. Con mi esposa y con ella. Con la que he estado a punto de olvidarme de la primera, confundiendo lujuria con amor. Sexo con sentimientos.

Cierro un instante los ojos para no ver los de Laura, que no los aparta de mí aunque parezcan dos ascuas ardientes. Ira y dolor. Las mismas emociones que llevan torturándome desde aquel maldito día.

Mascullo un taco y agarro sus manos sin pensar, aborreciéndome por hacerle daño. No puedo comportarme así con ella. Con ella, no. No puedo obviar el hecho de que Laura solo me ha dado cosas buenas. Y aunque quizá sí sea ella la causa de que esté tan jodido, también sé que no es la culpable y no se merece que descargue con ella mis frustraciones. Ya lo hice antes y en muchas ocasiones. No más, y menos después de la intimidad que compartimos. Aunque eso sea algo que tenga que zanjar. Algo a lo que me obligo, aunque una parte de mí grite desquiciada ante la idea. Pero es la única manera que encuentro de respetarlas. A las dos.

—Lo siento —digo en voz baja, más que nada para que no sea tan evidente lo difícil y duro que es tener que renunciar a lo que teníamos—. Perdóname, por favor. Sabes que... que, cuando algo me supera, me vuelvo gilipollas. Lo siento. Eso que he dicho... ha estado totalmente fuera de lugar.

Ella mueve su boca en una pequeña sonrisa y rescata una de sus manos de entre las mías para acariciar mi mejilla.

—En realidad, el que parece fuera de lugar eres tú desde hace unos días, Chema. Desde... Bueno, desde aquel día. ¿Quieres hablarlo? Puedes hacerlo conmigo, ¿sabes? Sé que...

Deja de hablar cuando suspiro con fuerza y niego con rotundidad.

—No quiero hablar, Laura. Yo... nunca he sido muy bueno para eso. Yo...

—No, tú prefieres guardártelo todo. Pero eso no es sano.

Cabeceo y trago con fuerza antes de continuar. Porque es el momento. Ahora o nunca. Aunque, en realidad, no quiera hacerlo. Pero cuando el deber y el tener están involucrados, el deseo es el que tiene las de perder.

—Lo que no es sano es... lo que hacíamos.

Entrecierra los ojos y su cuerpo se mueve unos milímetros hacia atrás, por lo que prosigo muy deprisa, al tiempo que mis manos aprietan las suyas manteniéndola a mi lado.

—Sé que soy un hipócrita al decirte esto cuando yo fui el que lo propuso. Y no voy a negar que... —«Que te sigo deseando como el primer día». Carraspeo y omito esa frase que únicamente empeoraría la situación—. Laura... No quiero perderte, por eso...

—No vas a perderme —dice muy rápido.

—Por eso, porque no quiero hacerlo, es que tenemos que terminar con... con... Dios, no soy capaz ni de ponerle un nombre.

—Pero... —Ella se muerde el labio inferior y abre varias veces la boca sin emitir sonido alguno antes de volver a hablar—. Pero... ¿por qué vas a perderme por seguir acostándote conmigo?

—Por favor... Por favor. No me lo pongas más difícil —ruego mientras la suelto y entrelazo mis manos entre mis rodillas.

—No quiero ponértelo difícil, Chema, solo entenderlo. Nosotros... nos lo pasábamos bien, ¿no?

—Sí, demasiado... —mascullo por lo bajo, tragando con fuerza con la vista fija en el suelo. Pero meuerzo a mirarla a los ojos antes de proseguir—. Tenemos que parar, Laura. Porque no quiero hacerte daño... No es por ti, de verdad, es...

—Oh, por Dios, no lo digas. Y ¿qué es eso de hacerme daño? Tú no...

—Sí, ya sé lo que vas a decir. Solo era... sexo. Pero... No sé, Laura, se nos estaba yendo de las manos, ¿no crees?

—¿Sí? ¿Lo crees tú? —me pregunta tras un par de segundos en los que me ha observado pensativa, de una forma que no quiero ni interpretar.

—Mira... No sé —contesto apresurado, precisando terminar con esto de una vez—. Lo único que sé es que... no puedo continuar. No puedo, Laura. Se acabó.

Mis palabras, más tajantes de lo que pretendía, le hacen dar un respingo y separarse de mí. Se retuerce las manos en su regazo y mueve los ojos hacia todas partes, como si no fuese capaz de aguantarme la mirada. O quizá se encuentre perdida. Tanto como yo.

—¿No puedes o no quieres? —susurra un poco después, mientras yo no he sabido hacer otra cosa que esperar a que hablara, temiendo a la vez el momento en que lo hiciera. Y joder si tenía que temerlo. Porque ha dado con la pregunta justa. Esa con la que yo mismo me peleo desde aquel puñetero día. Pero no puedo explicarle lo que sucede dentro de mi cabeza. No sabría ni por dónde empezar y es más que posible que ni me entendiese, porque a veces no lo hago ni yo.

—Laura, de verdad que lo siento. Mucho. Pero es lo mejor. Nunca debimos. Lo nuestro... Lo nuestro no... —«No tiene futuro». Y esa es otra frase que soy incapaz de pronunciar.

Pero ella parece comprenderme. Supongo que tampoco era muy complicado hacerlo, ¿no? Las bases estaban claras desde el principio, quizá aquí el único que no ha contado con las consecuencias he sido yo.

Me sonrío con tristeza y asiente lenta y suavemente con la cabeza mientras se muerde el labio inferior con ganas. Y no sé si es que mi cerebro está medio frito o qué, pero de repente me veo tirando de él con mis dedos, rescatándolo para que no se lastime.

Y ahí es cuando ella reacciona como me esperaba desde un principio. Se incorpora presurosa y camina hacia la puerta que lleva a los dormitorios. Yo respiro hondo viéndola marcharse, pensando que he hecho lo que tenía que hacer, lo mejor para los dos; aunque ahora mismo, en realidad, no esté muy seguro de ello y me sienta como una mierda.

Pero, cuando creo que lo peor ya ha pasado, ella se gira antes de atravesar el umbral y me mira muy seria.

—Termina esa casa, Rubio. Hazlo por ti. Solo por ti —subraya—. En serio, te vendrá bien. Porque no estás viviendo, solo sobreviviendo. Y lo más jodido es que creo que, en realidad, te obligas a ello.

—¿Qué...? —Me levanto tan sorprendido como molesto.

—Créeme. Sé muy bien de lo que hablo —sostiene, con esa sonrisa triste y una ternura infinita que me desarma.

Cuando me doy cuenta de que sigo de pie como un pasmarote pese a que ella ya se ha ido, inhalo mucho aire y me dejo caer en el sofá masajeándome las sienes. Eso de la locura, ¿cómo va? Porque al final voy a acabar por volverme loco. Es que... puta vida. ¿Cómo es posible que Laura parezca saberlo todo, leerme como un libro abierto? Lo ha vuelto a clavar. Palabra tras palabra. Aunque... ¿qué es eso de que sabe de lo que habla? Eso no lo comprendo, me descoloca, porque Laura es la mujer más fuerte que conozco. La más alegre, la más valiente, realista y tenaz.

Escondida tras su deslenguada franqueza y su impulsiva locura, Laura fue la que tiró de todos nosotros tras la muerte de Clara. A pesar de su dolor, siempre estuvo ahí, regalándonos su enorme sonrisa, desplegando tozudez y mala leche cuando era necesario, pero siempre, siempre ahí, en pie, sin desfallecer. Entonces... ¿qué ocultas, Laura?

«Alguien está sentado a la sombra hoy porque alguien plantó un árbol hace mucho tiempo».
Warren Buffett.

CAPITULO 19

Chema

—Papi, papi, van a llegar todos y tú estás durmiendo.

—Mmm... —murmuro saliendo de mi inconsciencia pero totalmente contrario a la idea.

—¡Papi! ¡Despierta, ya! Jo, estás dormido como un árbol.

—Se dice como un tronco, Llara.

—Vale, Marta. Pero es lo mismo.

—No, los troncos suelen estar tirados en el suelo, en horizontal, por eso se dice «como un tronco». ¿Alguna vez has visto dormir a alguien de pie? ¿Y cómo están los árboles, eh? Pues en pie, en vertical...

—¿Emmm? —Abro un ojo y lo fijo en Marta, a menos de medio metro de mí—. Vale, vale, lo he captado. Yo soy el tronco, supongo.

—El mismo —dice mi pequeña, pegada a su hermana y soltando una risita—. Venga, arriba, tienes que ir al baño y...

—¿A la ducha? —Me rasco la barba, un poco más larga que la semana anterior, y a la vez levanto un brazo para olerme el sobaco—. Dios, ¿tan mal huelo?

Marta hace una mueca de asco al ver mi gesto, o eso creo, porque oler, huelo, pero a desodorante. Ahora que me despejo del todo, recuerdo que me duché antes de comer, al venir del trabajo. Por cierto...

—Hoy es viernes, ¿no? —pienso en alto.

—Claro que es viernes —corroborra Llara con otra risita—. Venga, papi, al ba...

—Espera, espera. Ya estoy duchado y... —El ruido de unos platos me hace incorporar la cabeza y mirar hacia la mesa, donde Laura está afanada en colocar un montón de ellos—. ¿Qué...?

—Tienes que afeitarte. Cuando hay fiesta, tú siempre te afeitas —sigue mi hija menor explicando algo que se escapa a mi lógica.

—¿Qué...?

—Papá... Hoy celebramos el cumple de la tía, ¿te has olvidado? —Esa es Marta, con los brazos en jarras. Igualita a Laura cuando se enfada, oye.

Miro de nuevo hacia la cocina y veo que la aludida me devuelve la mirada con las cejas arqueadas. Pues sí, mierda, lo había olvidado por completo. Últimamente parezco ido; supongo que esto de no querer pensar demasiado es lo que tiene.

El lunes fue su cumpleaños y ya habíamos hablado unas semanas atrás, antes del dichoso día en que todo se complicó, que haríamos una cena en casa para nuestros amigos. Así también participarían las niñas, junto con Sofía, lo que les haría mucha ilusión. Y por sus caras y sus prisas, pues va a ser que sí se la hace.

Me levanto y, bastante incómodo por mi despiste, me froto las manos en los muslos.

—Debiste despertarme para que te ayudara. —Y esa es mi patética disculpa.

—Nah, todo controlado. Puedes ir a arreglarte, si quieres. Teresa va a traer la comida y Nela el postre, así que...

—Oh, vaya, eso sí que son amigos...

—Sí. Y, además, creo que querían cenar bien —dice con una sonrisa, consiguiendo que yo esboce otra involuntaria ya de camino al baño.

Me toco la barba delante del espejo y considero solo recortármela. Acabaré mucho antes y tampoco es que tenga que impresionar a nadie. En todo caso, a Laura siempre le gustó más de esa manera que rasurada, así que...

Espera, espera... ¿Qué coño estoy pensando? Si por algo me fuerzo a no hacerlo, porque, en cuanto me despisto, a mi cabeza se le ocurren insensateces. Lo de Laura se ha terminado. Es a la que menos quiero gustar. Es más, lo que me encantaría es que ella dejase de gustarme a mí. Un poquito. Solo un poquito. Me conformaría con desearla como al principio, y no con esta hambre desmesurada y desquiciante con la que lo hago ahora, después de haberla tenido.

Ay, no. Por ahí vamos mal. Muy mal. Cojo la máquina y me estiro la piel de la mandíbula para comenzar a pasarla. Pero como lo de no pensar en nada es una utopía, mi mente vuelve a las andadas.

Además del sexo, la echo de menos. A ella. Y eso es triste de cojones viviendo juntos como lo hacemos, pero así es. No es que no nos hablemos ni mucho menos. De hecho, nuestra convivencia es tan cordial y agradable que a veces asusta. Somos como los protagonistas de esa película que vi hace años, *Las mujeres perfectas*, creo que se titulaba; pero aquí los dos parecemos convertidos en robots o lo que fuera que les hacían a las víctimas de la conspiración esa. Yo la trato con guantes de seda, en un intento de compensarla por mi rechazo, sintiéndome culpable sin saber muy bien por qué.

Y ella... Pues no sé. Pero parece haberse hecho con toda la paciencia del El Pilar, porque tampoco protesta por nada, sale menos que nunca y está de un amable que espanta. Y, Dios, yo añoro incluso nuestras discusiones, por muy absurdas que fueran; y las conversaciones durante horas, las peleas por el mando de la tele, las bromas, las risas... Pero no puedo retomar eso. Tampoco eso. Una cosa sé que llevaría a la otra en un santiamén. Y esa también es una pregunta que me hago a diario: cuál es la peor traición. ¿El sexo o la complicidad? ¿Follar o ese apego que crecía día a día? Es difícil dar con las respuestas, tanto como evitar hacerme las preguntas.

Y de esas tengo hasta para regalar. Mi cabeza parece un hervidero de ellas, pero hay una a la que le he dado muchas vueltas. Muchas. ¿Por qué no termino la casa y la convierto en un hogar para mis hijas? ¿Por qué no? Le hiciera más o menos ilusión a Clara, ella querría que yo disfrutara de esa vivienda. Y mis hijas también lo harán, crecerán en un paraje único, corretearán por el jardín, se divertirán en los columpios que les construiré y, en verano, invitarán a Sofi a casa para bañarse en la piscina que colocaré. Y, mientras sueño con todo esto y lo llevo a cabo, mi mente permanecerá ocupada, un tanto alejada de la tentación que supone Laura. Todo son ventajas. Todo...

—Papi, papi, ya están aquí todos. ¿Te falta mucho?

—No, no, ya voy. —Repaso la zona del bigote, lo único que me queda, y me lavo la cara antes de salir del baño, secándome las manos en el pelo ya en el pasillo.

Al entrar en la cocina, veo a Teresa y Laura meter algo en el horno, mientras Julián, Pedro y Colás se han acomodado en el salón. Las niñas, entusiasmadas, se encaraman a la mesa y cotillean sobre quién se sentará en qué lugar. Miro el reloj y confirmo que Nela llegará en apenas veinte minutos, lo que me hace volver a pensar una vez más en que invitar a los dos es tensión asegurada. Claro que no hacerlo tampoco procede. ¿A quién dejar fuera?

—Hola, Rubio. —Se acerca el poli a mí—. Vaya anfitrión estás hecho, acicalándote en vez de estar ya listo para invitarnos a unas cervezas en cuanto llegáramos.

—Uno que ha dormido la siesta a pierna suelta —contesto mientras abro la nevera.

—Sí, como un árbol. Perdón, como un tronco —interviene Llara, corrigiéndose al instante al notar como su hermana le da un codazo.

Sonreímos. Al menos todos los que hemos sido testigos de lo sucedido.

—Esta niña tuya... Pobre del hombre que se la lleve —se guasea Julián, al levantarse a por la botella que le alcanzo y soltando, justo a continuación, una carcajada ante la mueca que hago.

—Uy, creo que Chema va a llevar fatal ese tema —se burla Pedro—. Que nadie toque a sus niñas, por Dios. Ellas no van a poder disfrutar de un buen...

—¡Pedro! ¡Están delante! —chilla Laura para frenarlo, pero sin poder evitar una sonrisa pícaro.

—Uy, perdón. Nunca caigo en que entienden el castellano a la perfección.

—¿Y qué piensas que hablan? ¿Élfico? —Se ríe la pelirroja.

—Bueno... Por su tamaño, podrían. —Achica los ojos y le da un buen repaso de arriba abajo—. Oye, tú también.

—Ja, ja, ja. Me parto, en serio —se queja ella, fingiéndose ofendida. Aunque los demás sí que nos reímos. Y creo que son mis primeras carcajadas desde hace un par de semanas.

—Teresa... ¿qué hay de menú? —pregunta Colás un poco después, mientras se frota el estómago—. Que aquí tu marido no suelta prenda y huele que alimenta.

—Es que es algo que te encanta, cariño —le dice ella mirando a su cuñado con afecto—. Lasaña de carne y setas. Y también he hecho otra de atún para las niñas, que sé que les gusta más, así que quien prefiera de esa...

—No, no, no, yo soy carnívoro —interviene Pedro con demasiado énfasis—. Carne roja, pechugas, muslos... Cualquiera...

—Joder, tú lo que estás es salido —suelta Julián interrumpiéndolo con un manotazo en el hombro.

Abro mucho los ojos al tiempo que lo aviso.

—¡Las ni...!

—Papi, ¿qué es estar salido? —Mierda, he llegado tarde. Pero, al menos, ha sido Sofi la de la pregunta, por lo tanto, que se las apañe él.

Julián mira a su hija, pestañea y luego pide socorro a su mujer con los ojos. Esta, con los brazos en jarras, parece más divertida que enfadada, pero niega con la cabeza y señala con el mentón a la niña. Laura, simplemente, está a punto de meterse el puño en la boca para no estallar en carcajadas.

—¿Qué es, papi? —repite la pequeña y, como si eso no fuese suficiente, gira la cara hacia Marta e insiste—. ¿Tú lo sabes, Marta? Como siempre lo sabes todo...

¡Oh, no, por Dios!

—Julián, contéstale a tu hija —digo entre dientes, para no dar opción a la mía a intervenir en esta surrealista conversación.

—Pues... Pues... —Mí amigo, tan rojo que parece que va explotar, nos mira entonces a nosotros, buscando una ayuda que no llega. Colás y Pedro miran hacia el techo, conteniendo la risa, aunque en el caso de este último mucho no es que lo consiga.

—¡Papá! ¿Por qué estás tan rojo? ¿Tú también estás sali...?

Él, en un acto reflejo, la silencia tapándole la boca con una mano.

—No, no, no... —susurra sacudiendo la cabeza, abochornado y perplejo.

—Bueno, yo diría que sí —comenta Teresa por lo bajo, para luego seguir hablando con Laura como si no estuviésemos presentes—. Nunca se da por satisfecho, de verdad... Lo suyo no es normal.

Ahora hasta yo tengo que retener la risa. Joder, ¿es que aquí nadie es normal?

—¡Teresa! —se exaspera Julián, pero su exclamación queda camuflada entre las carcajadas de Pedro y el timbre de la puerta, a la que acudo dejando atrás la absurda escena.

Me encuentro a Nela al otro lado cargando con varias bolsas en una mano y una tarta en la otra. Entra casi antes de que le haga sitio y me entrega el postre estampándomelo en el pecho.

—Toma, esto a la nevera. Y esto —pone sobre el cartón de la pastelería una bolsita de papel pequeña que no pesa nada—, lo que me has encargado. El regalo de Laura. Espero que te guste.

—Con que le guste a ella...

—De eso estoy casi segura. Y de nada, eh.

Frunzo el ceño ante su tono, pero me apresuro a contestarle. Lo cierto es que, al fin y al cabo, me ha hecho un gran favor. El lunes se me olvidó por completo que era su cumpleaños. Si lo que yo digo, estoy tonto. Me lo recordó Marta por la noche y solo acerté a felicitarla improvisando que había decidido darle el regalo en la cena, como los demás.

—Bueno... Perdona. Gracias.

Pero ella ni me mira, sino que camina delante de mí hacia el salón.

Meneo la cabeza ante su actitud y vuelvo a hacerlo mientras meto la tarta en la nevera, haciendo sitio en ella sacando refrescos y cervezas que, de todas formas, vamos a necesitar. Y es porque no puedo evitar fijarme en cómo reparte saludos y sonrisas, besa a las mujeres y a las niñas y, salvo una mirada, ignora a Colás.

—¡Venga, a comer! Que esto frío no vale para nada —nos dice Teresa después de que las niñas estén servidas y sentadas en cojines alrededor de la mesa baja del salón, donde Laura les ha puesto platos y vasos de algún muñeco de Disney.

Yo ocupo mi lugar de siempre, en la cabecera, dando la espalda al fregadero. Y los demás se van acomodando donde cuadra, aunque Julián se ha apresurado en acaparar el otro extremo con su mujer a su derecha. A su lado, Nela y al mío, Laura. Qué bien, ¿no?, ironiza mi mente mientras Pedro y Colás se sientan frente a ellas.

Durante la cena, amena entre conversaciones entrecruzadas y las pullas acostumbradas, observo con verdadero pesar que este último no hace contacto visual en ningún momento con Nela. De hecho, está demasiado callado, más de lo normal en él, quiero decir. Sin embargo, ella... Ella habla mucho y muy rápido, del tema que sea, y no para de moverse. Le da vueltas a la comida, se lleva el vaso a la boca en innumerables ocasiones, dobla y desdobla la servilleta y se levanta unas cuatro veces en lo que nos dura un trozo de lasaña. Dos en el caso de algunos.

En una de esas ocasiones en las que se levanta para acercarse a las niñas y pasar allí unos segundos, Laura la contempla con cariño y menea la cabeza antes de mirarme a mí, encontrándose con mis ojos puestos en ella. Arqueo las cejas, pero me llevo la botella a la boca aguantándome las ganas de preguntarle qué demonios le pasa a su amiga. Porque está frenética y, por cómo Pedro se ha girado hacia ella, por el modo en que Teresa arruga la frente siguiéndola también con la vista y por la cara de Colás, parece que no soy el único que lo piensa.

—Venga, pide un deseo —le dice Nela a Laura ya con la tarta delante y veintiséis pequeñas velas encendidas clavadas en ella. Las niñas han corrido hasta aquí y se reparten en nuestros regazos y, para no variar, Llara está en el de su madrina, aparentemente fascinada con tanta vela.

—Eso, Mina, pide un deseo. Uno muy grande.

—Vale, va. —Cierra los ojos y se toma un par de segundos en los que supongo que eso es lo que hace. Y yo frunzo el ceño cuando me sorprendo pensando en que me encantaría saber cuál es —. Vamos, Llara, ayúdame a soplarlas. Son muchas.

La niña suelta una risita asintiendo con la cabeza, pero comienza a soplar a la vez que ella.

—Y ahora los regalos. —Se apresura Marta a ir por la bolsa que le he dado yo antes de cenar —. Toma, tía Laura, primero el nuestro, *porfa*.

—Claro, cariño. ¡Ay, qué ilusión!

Con prisas, rompe el papel en pedazos y deja a la vista una pequeña caja que parece de una joyería. La abre con una sonrisa inmensa y ahoga un grito al ver su contenido.

—Ay, Dios... ¡Es precioso! O mejor dicho, preciosa. Tan original...

Entrecierro los ojos cuando saca de ella una especie de... ¿rosario? ¿Qué carajos es eso? Está hecho de piedras negras encastradas en plata y tal como lo tiene ahora colgado de los dedos... solo le falta ponerse a rezar. Echo una mirada a Nela, pero ella está muy concentrada en la reacción de Laura, así que vuelvo mi vista a ella.

Se levanta todavía con eso en sus manos y lo despliega alrededor de su cuello. Ah, es una gargantilla. Rodea la base de su cuello a la perfección y, justo en el medio, un tramo de esas piedras pende unos centímetros hacia abajo, para acabar en una discreta medalla de plata en la que han grabado su inicial.

—Pónmela —me pide, a lo que tardo en obedecer—. Venga, Rubio, levántate y abróchamela. Quiero vérmela puesta.

Vale, soy el que más cerca estoy de ella. Nela, que ocupa el asiento a su lado, se encuentra ahora cerca del sofá y... joder, solo es abrocharle una estúpida gargantilla. Me incorporo aparentando naturalidad. No tengo por qué rozarla siquiera... pero lo hago. No hay mucho espacio entre la joya y su piel y... solo su olor... Dios, se cuele dentro de mí en cuanto me inclino para manipular ese diminuto cierre. Intento ser lo más rápido posible, pero eso no parece ayudar, porque se me escurre de entre los dedos y, al recogerlo de nuevo, el roce se hace todavía mayor. Mierda... Me viene a la mente la explicación que al final les dieron a las niñas sobre la palabra «salido». Medio loco, les dijeron. Pues sí... Estoy totalmente de acuerdo. Aunque en mi caso, «medio» se queda corto. Esta mujer me vuelve loco. Del todo.

Ahogo un suspiro en cuanto encajo las dos puñeteras piezas y me aparto de ella lo más deprisa posible. Mataría por un cigarrillo, pero, como aún están las niñas presentes, me consuelo con otra cerveza, bebiendo más de la mitad de una sola vez.

Laura sigue abriendo regalos. Un CD de un grupo que ni conozco, pero que a ella parece encantarle, un jersey, unas pantuflas horribles de los Simpson y, de parte de Nela, un pintalabios que la hace saltar literalmente y una camiseta plateada y... minúscula. Bueno... Si es que eso es una camiseta.

—Oh, me encanta, me encanta. Voy a probármela. —Y sin cortarse un pelo, se gira y se quita el jersey que tiene puesto quedándose en sujetador. Que sí, que está de espaldas, pero... podía cortarse un poco, ¿no?

—Es precioso, Laura. ¡Quién pudiera! —dice Teresa al verla con esa cosa puesta.

—¿Y por qué no vas a poder? —le responde ella mientras corre a verse en el espejo del vestíbulo y regresando de nuevo a la cocina, todo en menos de un minuto—. Ay, me chifla. De hecho... quítame la etiqueta, anda, que me la dejo puesta.

Menos mal que esta vez no se ha dirigido a mí. Porque eso... Eso que viste... Es la prenda más escueta y *sexy* de todas las que le he visto puestas. Y han sido bastantes. Ni siquiera los vaqueros le restan sensualidad a la dichosa camiseta; es más, creo que la acentúan... Eso, o yo estoy enfermo. Aunque quizá sí lo esté, porque Laura seguro que me pone hasta con un mandilón de esos de cuadros que usa mi madre.

Pedro, otro que no se corta, utiliza sus dientes para romper el plástico que une la etiqueta con la tela, le da un buen repaso a Laura y se pone a silbar.

—Joder, Laurita. Estás de muerte.

—Pues ten cuidado y no te me mueras, eh. —Le sonrío ella pícara, antes de ponerse de puntillas y darle un sonoro beso en la mejilla, que el poli no duda en corresponder.

—Has vuelto a adelgazar, ¿verdad? —le pregunta Nela, mirándola con atención pero sin poder evitar moverse sobre un pie y luego sobre el otro. Lo dicho, no para quieta.

—Bah, solo un poco. —Le quita ella importancia haciendo un ademán. Y ahora que yo también me fijo... Sí, ha adelgazado bastante en estos últimos quince días. Lo cierto es que es verdad que apenas la he visto comer, pero suponía que lo hacía.

Un nudo de preocupación y rabia se instala en mi estómago. ¿Por qué no está comiendo, joder? Ya lo está volviendo a hacer. Como en todas las otras ocasiones en que tenía un disgusto y del que, casi siempre, yo era el culpable. Nunca le dije nada sobre el tema, pero... Mierda, no soporto cargar con otra culpa. Ya tengo suficientes.

De pronto, necesito salir de aquí un rato. Preciso estar solo. Así que convengo a las niñas, que ya han devorado su postre, para irse a su cuarto y jugar un poco allí antes de dormir. Las acompaño, les pongo los pijamas, les abro la cama y, cuando salgo, me meto en el baño, donde me mojo la cara y la nuca. Tengo que relajarme. No puedo estar continuamente tan tenso, agobiado... Irascible. Enfadándome a la mínima y sabiendo que no tengo ninguna razón de peso para ello. Es agotador, en serio. Porque por mi vida que nadie va a pagar mis frustraciones esta vez.

De nuevo en la cocina, donde todos me han esperado para degustar la tarta, ni siquiera me doy cuenta de que tengo un trozo en el plato hasta que Julián, metiendo una cucharada del suyo en la boca, me lo hace saber.

—Rubio, ¿qué? ¿No piensas ni probarla?

—Ah, sí, claro —contesto como un autómatas, cogiendo la cuchara y partiendo un pedazo.

—¿Qué te pasa, tío? Estás un poco raro, ¿no? —se interesa Pedro, por una vez sin burla en su voz.

—No, estoy como siempre.

—¿Seguro?

—Sí, joder. Claro que estoy seguro.

—Pues... No sé. No serás tú, entonces. Pero yo noto el ambiente cargado. ¿No lo notáis? —pregunta a nadie en particular—. Es como una especie de tensión, como secretos flotando o...

Nela suelta una risita nerviosa, Laura suspira y yo aprieto los dientes. ¿Esa indirecta va por mí?

—¡Oh, Jesús! ¿Ahora eres poeta? —me cachondeo, aunque así solo confiese lo aludido que me siento.

—Bueno... Soy un romántico, ¿qué le voy a hacer?

—¿Tú? ¿Un romántico? —se guasea Julián—. ¿A cuántas les has colado el cuento ese?

Pedro lo mira durante un buen rato, cierra un segundo los ojos y suspira resignado.

—Ahora mismo espero que a una. Quizá a la definitiva, no sé —dice al fin, bastante serio.

Todos lo miramos pasmados, menos Laura, que lo hace con una sonrisa.

—¿Estás con ella? ¿Sí? ¿Juntos? —cuestiona, juraría que hasta emocionada.

—Espera, espera... ¿Quién es ella? —Teresa se involucra apoyándose sobre la mesa y echando el cuerpo hacia delante—. ¡Oh, Dios! ¿Te has enamorado, Pedro?

—Bueno... No sé. Al principio solo quería conocerla. Conocerla de verdad. Luego quise... Ya sabéis... Estar con ella, pero...

—¿Te refieres a follar con ella? ¡Qué novedad! —Sí, ya sé, no he estado muy fino.

«Controla, Chema, joder. No arruines la fiesta de Laura».

—Oye... Que no creo que sea el único al que le gusta follar —me responde Pedro con una sonrisa sesgada que pierde en cuanto continúa—. Pero vamos, sí, claro, quería eso con ella, pero ahora no estoy seguro de que únicamente haya deseo. Yo...

—Pues entonces es lo que sigues sintiendo, créeme.

—¿Qué? —me pregunta algo confuso.

—Joder, Rubio... ¿Por qué le dices eso? —me reclama Teresa.

—Porque sí —respondo preguntándome lo mismo que ella. ¿Por qué no me callo de una santa vez? ¿Qué bicho me ha picado ahora?

—Eso no es una razón —insiste ahora Nela destrozando una servilleta—. ¿Qué te pasa?

—¡A mí no me pasa nada, joder! —exclamo sin seguir mi propio consejo—. Es solo que, si no está seguro de si siente algo por ella, es que no está enamorado. Eso se sabe. Sin dudas. Y un consejo —continúo dirigiéndome a Pedro en particular—. No confundas el sexo con amor, tío. Eso es un error.

Me muerdo el labio inferior hasta el dolor en cuanto me escucho, arrepentido. Pero... ¿qué coño me pasa? ¿Por qué estoy de repente tan cabreado? ¿Y cómo se me ha ocurrido soltar algo así con Laura delante, joder? Ya sé que lo nuestro solo era sexo y que lo dejamos muy claro, pero... siento que acabo de faltarle al respeto.

—¿Hablas desde la experiencia?

—¿Qué? —La palabra me sale sola, mientras miro a Laura tan confuso como sorprendido. ¿En serio? ¿Justo ella me ha hecho esa pregunta? Y, además, ha utilizado un tono manso, interesado, casi preocupado. Que me mata.

—Pues sí —contesta Julián por mí en tono jocosos, haciendo que, por suerte, deje de mirarla pasmado y me centre en él—. Este ya estaba encoñado hasta las cejas de tu hermana antes de tocarle un pelo. Te lo digo yo. Lo contrario que con las demás, que yo creo que cuanto más follaban...

Una colleja de parte de Teresa hace que se calle. Menos mal. Ya sé que he comenzado yo con este estúpido debate, pero estaba por lanzarle algo y apuntar a su boca. Dios, esto ya no puede ir a peor, ¿no?, me pregunto mientras le echo un vistazo de reojo a Laura, que observa muy seria al bocazas de mi amigo.

—¿Qué...?! —protesta él mirando a su mujer con sorpresa.

—Eso último podías habértelo ahorrado —explica ella haciendo una mueca como de asco.

—Pero... ¿por qué? —se defiende él—. Si es la verdad...

—Pues ¿por respeto, por ejemplo? —le exige ella.

—Joder, pues sí que estamos sensibles. Ahora hay que estar colgado de alguien para follar, por lo visto, si no... es una falta de respeto. Lo que hay que oír. ¿A quién se supone que se lo he faltado?

—No es a quién, son las formas y...

Nela se inclina sobre ella interrumpiéndola y para hablarle más de cerca a Julián.

—Y que sepas, ya que pareces saber tanto, que encoñado no es lo mismo que enamorado —afirma tajante.

—¿Ah, no? —Él pasea la vista por todos nosotros, pero, como nadie le contesta, Pedro incluso reprimiendo la risa ante su apuro y yo deseando estrangularlo, prosigue—. Bueno... Yo qué sé. Es una forma de hablar. Todos me habéis entendido, ¿no? Laura... ¿a que lo has hecho?

Sin ser capaz de mirarla ahora mismo, ocupo mi atención en sacarme un cigarrillo de la cajetilla, que enciendo al momento. Joder, es que no estoy solo rabioso, sino avergonzado.

—Sí, sí, claro que te he entendido. Y tampoco lo pongo en duda —le responde en voz baja. Y luego se apresura en añadir—. Lo primero. Me refiero a lo primero que has dicho.

—Menos mal. Una que no se enfada conmigo. Joder, estáis picajosas, ¿eh? —les dice la última frase a Nela y a su mujer, que resoplan y lo miran mal.

—Es que tu comentario... Pues... —interviene Colás con la mirada puesta en su hermano, pero paseándola hasta mí, donde la deja fija hasta incomodarme. Más, quiero decir.

Bebo de mi botella, solo por alejar la vista de él, que va a acabar por hacerme un agujero en el pecho con sus ojos. Pero cuando los míos, con voluntad propia, buscan a Laura... el agujero ya está ahí. Profundo, lacerante... inmenso. Porque no sé si está molesta, decepcionada o me tiene lástima, pero su postura, sus ojos... dicen demasiadas cosas y todas me duelen.

—Ahora sí que me cago en todo —se exaspera Julián—. ¿En serio, Colás? ¿Cuánto de amor implicas cada vez que...?

—Eres un jodido capullo —lo frena este cabreado.

—A ver, a ver... Haya paz —media Pedro—. Y volviendo a lo mío... No sé cómo tomarme lo que habéis dicho. Primero, porque sabéis que yo siempre he separado muy bien el sexo de lo otro; y después porque... yo aún no... Vamos, que ha habido algo, pero... todavía no me he acostado con ella.

—Ah. ¿Y cuánto tiempo dices que llevas con ella? —cuestiona Julián.

—Pues... no sé. Entre unas cosas y otras... meses.

Y con semejante confesión rompe del todo el tenso momento anterior y nos deja perplejos. Porque, vamos... es Pedro. Y se ha creado una fama. El poli jamás ha mantenido una relación con nadie, ni formal ni no formal. Como él bien ha dicho, hasta ahora solo tonteaba y tenía ligues de una noche. Dos como mucho. Así que oírle decir eso... que lleva meses con ella y en ese plan... Sí, hasta yo estoy por decirle que realmente debe de ser la definitiva.

—¡Ay, Dios! ¡Sí que estás pillado, joder! —exclama un estupefacto Julián.

—Ya os lo estaba diciendo —comenta Pedro con voz cansina.

—¿Y de verdad aún no te la has follado? —insiste el pesado de Julián, abriendo muchísimo los ojos, alucinado. Y ganándose otra mirada asesina de su mujer.

El poli se encoge de hombros y sonríe tímido. ¡Tímido! Esto es como presenciar el final de un mito, en serio.

—Bueno... Es que... es complicado. Digamos que no tenemos una relación muy normal.

—¡Y que lo digas! —grita Teresa—. Y no por no follar, eh. Pero... ¿dónde os veis? ¿Por qué os escondéis? ¡¿Y quién es, por el amor de Dios?!

—Eso... ¿quién es? —repite Nela, aunque ella, más que sorprendida, parece fascinada.

—Ya lo sabréis, ¿vale? Aún es pronto. Quiero... Necesito algo más de tiempo para...

—Pero... ¿qué es esto? No entiendo nada —flipa todavía más Julián.

—Solo os lo he dicho para que más adelante no os coja de sorpresa. Solo eso.

—¿La conocemos? —vuelve a la carga Teresa.

—Sí, la conocéis —contesta Pedro después de un minuto entero, abarcando con su vista a todos y dejándola fija en mí—. Y ahora, por favor, ¿podríamos cambiar de tema?

—Pero... —protestan Julián y Teresa a la vez.

—Venga, dadle un poco de margen, so cotillas —les pide Colás mientras se levanta y va hacia la nevera, para ofrecer alguna bebida de ella a todos los demás.

—No, ahora no, gracias —la rechaza Laura con una sonrisa—. Yo... voy primero al baño.

Ansioso, la observo salir de la cocina y tengo que hacer verdaderos esfuerzos por no ir tras ella y cerciorarme de que está bien. De que mis palabras no la han ofendido. De que las de Julián no la han lastimado.

Aunque, un segundo después, también me siento estúpido. Yo nunca le prometí amor. Ni ella me lo pidió u ofreció. Eso era lo único que no estaba permitido entre nosotros. ¿Por qué se iba a sentir mal por oír una verdad que nunca le he negado?

Entonces abro otra cerveza. Y he perdido la cuenta de las que llevo.

Laura

Es que soy tonta. No aprendo. Me las busco solita, joder.

Me apoyo en la puerta del baño, cierro los ojos y trago saliva con fuerza, concentrándome en bajar las lágrimas que tengo atoradas en la garganta. También me llevo la mano al torso mientras inhalo y exhalo despacio, intentando quebrar ese nudo que oprime mi pecho.

Me tomo unos minutos para tranquilizarme. Los necesito. Y, cuando estoy segura de que no voy a romper en llanto, cosa en la que cada día tengo más práctica, me acerco a la pila y abro el grifo. Me mojo las muñecas y las llevo a la nuca, clavando la mirada en la imagen que me regala el espejo.

Parece mentira que no se vea en él lo rota que estoy. La lucha constante que se debate en mi cabeza. Solo soy yo, la de siempre, quizá un poco más pálida de lo normal y vestida con... Joder, ahora hasta me veo ridícula. He sido demasiado rápida quitándole la etiqueta a una prenda que, en estos instantes, hasta me resulta inadecuada. A mi mente acuden todas esas ocasiones en las que Chema, levantando las cejas, me preguntaba, socarrón, dónde estaba la tela que faltaba. Me lo decía cuando me veía con un *top*, o con unos de esos cinturones anchos, como llama a mis faldas. Y sé que bromeaba, en serio. Ni le molestaba ni le importaba, eso lo aseguro, creo que hasta le divertía mi descaro, pero... Pero ahora me incomoda a mí vestir como una quinceañera, joder. Increíble. Y no quiero ni pensar la razón... No quiero porque es penosa. Pensar que quiero conquistarlo vistiendo como creo que le gustan a él las mujeres es... una tontería, ¿verdad?

Así que, razonando como una mujer adulta, aunque vista como cuando era adolescente, me obligo a no ir a mi cuarto a cambiarme. Además, lo de enamorarlo lo veo tan lejos que ahora me conformo con seducirlo de nuevo. Y, desde luego, si esta camiseta no ayuda... no sé qué puede hacerlo.

Resoplo. Y lo hago con fuerza, porque, si soy sincera, sé que tampoco tengo muchas posibilidades de lograr eso. Y no es que no lo intente... O que él no me desee.

Porque, oh, sí... aún me desea, lo sé. Noto como se tensa ante el mínimo roce que yo, disimuladamente, le dispenso. Estoy atenta a ese imperceptible cambio de respiración cuando aparezco de improviso sin demasiada ropa encima, o a cómo contiene el aliento si lo pillo con la guardia baja acercándome demasiado. Pero, joder, el tío debe de tener más fuerza de voluntad que un misionero.

Dejo escapar otro suspiro y salgo del baño dispuesta a seguir con esta fiesta. Tengo toda la vida por delante para comerme el tarro y hoy no puedo permitírmelo. Aunque solo sea por Nela, que tiene planes importantes para esta noche.

Paso por la habitación de las niñas y me las encuentro dormidas. Llara lo hace sobre la alfombra, abrazada a su peluche favorito, esa rana verde que yo misma elegí. Sonrío con ternura y la meto en la cama al lado de Sofi. Después de besarlas a las tres con cuidado de no despertarlas, salgo del cuarto para regresar al salón. Pero aún hago una última parada en medio del pasillo, con los puños apretados a mis costados y buscando el valor del que tan orgullosa solía estar.

Vale, él no está enamorado de mí. Ese discurso sobre no confundir sexo con amor me lo dejó cristalino. Pero no va a frenarme. No. Porque a pesar de todo lo oído en la última media hora, es inevitable que me aferre desesperada a aquella frase que me dijo la noche que acabó con lo nuestro. «Se nos está yendo de las manos...». Eso solo puede significar una cosa, ¿no? Que comenzaba a sentir algo por mí. Y si, en realidad, no es así, es lo que quiero creer. Después de haber llegado a este punto, lucharé hasta el final. Solo tengo que pelear contra sus fantasmas,

contra su pasado, contra el amor que todavía siente por mi hermana y que le hace sentirse tan culpable. Vamos, poquita cosa. Nada de nada.

Esbozando una sonrisa irónica pero que me llena de fuerzas, recorro, ahora sí, la distancia que me queda.

—Ya estoy de vuelta y las niñas duermen. ¿Comenzamos con los chupitos? —Y esa es mi entrada triunfal, a la que todos asienten encantados. Hasta él, que me mira con una sincera sonrisa.

Un par de rondas después, Nela, a mi lado, se levanta de repente y se baja un tercer chupito de un trago, para después coger un cubierto y golpear el vasito con él.

Me contengo para no suspirar. Por fin. Juro que ya no era capaz de soportar tanta tensión. Entre la mía propia y la que ella me transmitía... Dios, podría resistir el cableado de todo el pueblo.

—Un poquito de atención, por favor. Tengo algo que deciros... O que daros.

—Vaya, hoy es el día de las sorpresas —comenta Julián mirándola atento—. Será buena, al menos, ¿no?

—Pues no sé... —Nela suelta una risita más nerviosa que divertida y se encoge de hombros—. Eso espero.

Apoyo un codo en la mesa y sujeto mi cabeza en una mano sin quitarle los ojos de encima. Lo cierto es que yo estoy que también me muerdo las uñas, aunque intento no demostrárselo para no contagiarla. Ya bastante tiene ella.

—No nos digas que te has echado novio... —bromea Pedro, sin saber lo cerca que está de la verdad con esas palabras, y sin contar con la reacción de Colás. O tal vez sí.

—No digas chorradas, joder. No siempre son graciosas, ¿sabes? Es lo que me faltaba, que...

—Bueno... —lo interrumpe Nela con otra de esas risitas y sirviéndose otro chupito. Que no digo que no le haga falta un poco de coraje, pero se está pasando—. De novios va la cosa, sí.

—¡¿Qué?! —grita él y se pone en pie.

—Siéntate, Colás —le pide Teresa—. Nela, por favor, no empecemos, eh.

—No. De hecho, vamos a acabar —dice ella muy decidida de pronto, dejando al que más y al que menos con la boca abierta. Creo que al pobre Colás va a darle un ataque, porque supongo que lo ha cogido todo al revés. Vamos, por sus caras, como al resto.

—Nela, a ver, esto... ¿Por qué no habláis a solas y...?

Teresa deja de hablar al ver que ella sale de la cocina y se pierde en el pasillo. En realidad, va a mi cuarto a buscar algo que ha guardado allí hace días. Pero como nadie lo sabe, la morena me mira a mí buscando respuestas a lo que está sucediendo.

—¿Qué pasa?

—Espera...

—¿Tú lo sabes? —me pregunta un perplejo y cabreado Colás, apretando sus manos en dos puños rígidos.

Me encojo de hombros y, cuando es Julián el que abre la boca para decir algo, Nela regresa portando en sus manos una bolsa de papel. Saca unos sobres de ella y comienza a repartirlos, dejando solo a su exnovio sin él. Todos los abrimos casi a la vez, y puedo leer la sorpresa e intriga en cada rostro, mientras yo me muerdo el labio inferior sabiendo qué voy a encontrarme, pero sin querer revelar nada con mi expresión.

—No. A ti ni se te ocurra mirar —le dice mi amiga a Colás cuando él se inclina sobre Pedro para ver de qué se trata.

—Pero...

—No, por favor. —Y ese ruego queda eclipsado por las exclamaciones que recorren la mesa.

—¡La hostia! —Ese es Pedro, que hasta se levanta y se lleva el papel más cerca de su cara,

como si no se lo creyera. Y, de esa manera, también lo pone fuera del alcance de Colás.

—Jesús... —susurra Chema después de leer apenas dos líneas, paseando su mirada entre la pareja protagonista.

—¡Ay, Virgencita del Pilar! —chilla Teresa tan asustada como emocionada, clavando su mirada en Nela.

—Pero... Pero... ¿qué cojones? —Julián no puede abrir más los ojos, atónito, aunque aún acierta a mover el papel y alejarlo de su hermano cuando este vuelve a hacer el intento de enterarse de algo—. No, no, no... Ahora te esperas, porque esto... esto... —Levanta su mirada hacia Nela y la observa de arriba abajo—. ¡Ole tus huevos! Bueno... tus ovarios.

—¡Joder! ¿Alguien va a decirme qué coño pasa? ¿Qué mierda has hecho, Nela? —pierde la paciencia Colás.

Entonces ella sonrío con tristeza, aunque sus ojos brillan con tanta esperanza que se humedecen los míos. Abre la bolsa que aún conserva en su mano y saca una caja. Con ella en la mano, pasa por detrás de Julián y, muy despacio, se acerca a Colás mientras destroza su labio inferior con los dientes. Él la espera tieso y pasmado, con la vista clavada en esa pequeña cajita que no deja mucho a la imaginación. Lo veo contener el aliento y luego respirar acelerado cuando ella, ya ante él, planta una rodilla en el suelo y se la ofrece después de abrirla, mostrándole dos alianzas de oro blanco sobre terciopelo negro.

—¿Qué...? ¿Qué...?

—¿Quieres casarte conmigo, Colás?

Él no contesta. Ni mucho menos coge los anillos. La mira alucinado y solo se sube las gafas en un tic nervioso que, de pronto, se ha agudizado. Nela traga saliva y vuelve a repetir con la voz casi rota.

—¿Te casas conmigo, Colás? Por favor...

—Pero... Pe... ro... —balbucea él, convirtiendo la mano que no tiene ocupada en alzar sus gafas en una garra sobre su muslo.

Y yo no aguanto ni un segundo más verla así, de rodillas, con los ojos encharcados en lágrimas y comenzando a temblar. Me levanto y, con el tono de voz más neutro posible, intervengo.

—El veintisiete de septiembre, Colás. Ya tenéis fecha.

Él se gira para mirarme con los ojos como platos, pero, como si aquello se tratase de una obra de teatro ensayada al milímetro, Teresa capta su atención poniéndose también en pie.

—En la iglesia de Nuestra Señora del Pilar —especifica señalando el papel que aún tiene en sus manos.

—¿Qué? —pregunta Colás con una voz que no parece la suya.

—A la una en punto de la tarde, colega —le dice Pedro imitándonos, mientras hace el amago de tocarle el hombro, aunque rectifica a última hora. Supongo que tendrá miedo de que se rompa en mil pedazos, y no me extraña. El pobre no puede estar más tenso.

—Bueno... El convite... La celebración será en... —Julián, bastante afectado, baja su vista a la invitación de boda y busca la información de nuevo—. En La casona, ya sabes, ese restaurante nuevo que abrieron en el pueblo de al lado. En Bellota. Ese que...

—Y yo también estoy invitado —lo interrumpe Chema moviendo el papel en el aire, supongo que ayudando a su amigo a detener el embolado en el que se estaba metiendo.

—Pero es algo muy íntimo. Solo familia directa y amigos —me atrevo a explicar yo varios minutos después, en los que el silencio empezaba a ser opresivo. Nela sigue de rodillas esperando una respuesta y Colás... Colás parece una puñetera estatua de sal, moviendo solo los ojos de unos a otros, ignorando, no sé si a conciencia, a la única a la que debería prestar su atención.

—¡Por el amor de Dios, hombre! ¡Haz algo! —Ahora Pedro sí que lo toca, sacándolo por fin de su trance. El novio, sin llegar a dar el sí, coge mucho aire y se vuelve hacia Nela, meneando la cabeza con una expresión que no logro adivinar.

«Que no sea un no, por favor. Que no sea un no».

Cuando, casi a cámara lenta, le tiende una mano, que ella coge al instante, y la ayuda a incorporarse, creo que todos estamos conteniendo la respiración. Sin decir una palabra, la arrastra con él hacia los dormitorios, llevándose tras ellos cinco pares de ojos hasta que los perdemos de vista.

—Joder, joder, joder... —masculla Julián mientras suelta un resoplido y se deja caer en la silla.

—Le va a decir que sí. ¡Tiene que decirle que sí! —exclama Teresa, sentándose también—. Es que si no... lo mato. Dios mío, Dios mío...

—La que ha montado —flipa Pedro, que se lleva las manos a la nuca para luego alzarlas al aire—. ¡Esa tía es la hostia!

—¿El veintisiete de septiembre? —pregunta medio ausente Teresa, muy ocupada leyendo de nuevo la invitación—. Ay, no queda ni un mes. No nos da tiempo a nada, pero... ¿en qué estaba pensando?

—En que lo quiere —intervengo yo—. Y en demostrárselo. Si esto no lo hace...

—Joder, y tanto que sí —dice Pedro mientras se sirve un chupito—. No os preocupéis, chicas, que, si se niega, yo mismo le presto las esposas a Nela y la ayudo con el secuestro.

—Dios... Tú todo te lo tienes que tomar a chiste... —protesta Chema mesándose el pelo.

—No estaba bromeando, Rubio. Te juro que lo hago aunque me cueste el puesto.

—Joder... Vaya casa de locos. Esperemos que no tengamos que recurrir a eso.

—O sea que... ¿te apuntas? —le pregunta el poli con una sonrisa enorme.

Y entonces Chema lo imita, haciendo que esas arruguitas maravillosas rodeen sus ojos, que brillan divertidos.

—Pues claro. Pero va a decir que sí. Estoy convencido.

—Desde luego que va a decir que sí —afirma Teresa—. Y todo por comprar. Las flores, la ropa... ¡El vestido de novia! Dios mío... El vestido de novia.

—Respira, cariño... —le pide Julián acariciándole el dorso de la mano con el pulgar—. No empieces la casa por el tejado.

—No, que ya sobra quien lo haya hecho —bromeo yo, intentando proyectar solo buenas vibraciones y que le lleguen a Colás, por favor—. Nela ya se ha encargado de las flores. Y del vestido.

—Oh... ¿Lo tiene? Pero... ¿cuándo? ¿Con quién fue? No iría sola, ¿verdad? Dime que no fue sola, por favor.

—No, yo fui con ella. —Noto las miradas de todos sobre mí, unas más sorprendidas que otras. De hecho, Chema creo que está rebobinando para adivinar el momento exacto en que lo hice. Por eso, lo miro y sonrío con complicidad—. Sí, ese día.

—Ah... —me dice apartando la cara y tragando saliva. Supongo que recordando lo que sucedió justo cuando llegué, tan tarde que las niñas ya estaban dormidas. Me arrinconó contra la puerta principal y lo hicimos allí mismo, a medio vestir y con la prisa propia de dos adolescentes.

—Y ¿cómo es? Dime, dime. —A Teresa le sale la vena cotilla y comienza a atosigarme con mil preguntas, mientras yo intento desviar casi todas para no traicionar la confianza de Nela.

Y así nos pasamos la siguiente hora. Hablando de una boda que aún no sabemos si se va a celebrar e impacientándonos un poco más a cada minuto que pasa.

—¡La puta! ¿Es que no van a salir nunca de ahí? —pregunta Julián en un momento dado, levantando la silla sobre las dos patas traseras y estirando la cabeza para mirar a través de la puerta que da al pasillo.

—Estarán ocupados con el polvo de reconciliación —comenta el poli, divertido—. Cuando tardan tanto es bueno, hombre.

—¿Tú crees? —pregunta Teresa con ansia.

—Desde luego. Estos están follando fijo, que te lo digo yo. —Y entonces me señala y se echa a reír—. Yo de ti cambiaría las sábanas.

—¿Y por qué das por hecho que están en mi cuarto, listo?

—No jodas... —interviene Chema mirándome pasmado y, aunque los demás se ríen con ganas, yo sé bien por qué lo dice. Su cuarto es una especie de mausoleo dedicado a Clara. De hecho, desde que empezamos a acostarnos, yo ni me atrevo a entrar allí. Es mi hermana y la adoraba, pero hasta a mí me da repelús, joder. Así que entiendo que no se tome muy a bien que ellos dos...

—Hola... —nos saluda un tímido Colás entrando en el salón. Ajusta sus gafas sobre el puente de la nariz y carraspea—. Ya estamos aquí.

—¿Ya estáis? Yo solo te veo a ti —le dice su hermano arrugando el ceño al no ver a Nela por ningún sitio.

—¿Cómo? —Colás se da la vuelta y desaparece por donde ha llegado. Pero, por suerte para nuestra consumida paciencia, los dos regresan de nuevo al cabo de segundos.

Claro que nos alegraríamos más si Nela no viniese llorando como una magdalena. Y por lo visto, parece llevar bastante en ese estado, porque tiene los ojos hinchados y la nariz tan roja como sus mejillas.

—Nela, cariño... —susurro poniéndome en pie y dando un paso hacia ella. Dios mío, no ha podido decirle que no. No ha podido, ¿verdad?

—Estoy bien, Laura, estoy bien —dice entre hipidos, frenándose con su mano.

—Joder, Colás, ¿qué coño has hecho? —le pregunta un Julián crispado.

—Follar seguro que no —susurra Pedro, pero no tan bajo como seguramente pretendía, porque, cuando todos lo fulminamos con la mirada, levanta las manos en el aire y se ruboriza—. Perdón, se me ha escapado sin querer.

Pero, para nuestra sorpresa, Colás y Nela empiezan a reírse. Él, comedido, en su línea, y ella entre sollozos, lo que es raro, pero es reír al fin y al cabo.

—Hemos estado hablando... mucho —nos explica él con una sonrisa vergonzosa—. Y...

—¿Y?! —Teresa parece al borde de un ataque de nervios, le falta echarle las manos al cuello a Colás y zarandearlo hasta que suelte prenda.

—Y... cuñada, tienes que venir conmigo a comprar el traje de novio.

—Oh, Dios mío... Dios mío...

—Pero, entonces... ¿por qué lloras, Nela? —cuestiona Julián, ahora confundido.

—Porque... Porque estoy muy feliz. Muy feliz.

—¡Mujeres! ¡Quién coño las entiende! —Pero ni Teresa ni yo respondemos a esa manida frase, y ahogamos un suspiro casi a la vez cuando Colás atrae a Nela hacia él, cogiéndola por los hombros, y la cobija en su pecho mientras le besa el cabello.

Menos de un minuto después, nos encontramos felicitándolos con besos y abrazos, casi tan dichosas como ellos. Los chicos nos imitan justo a continuación, entre bromas y enhorabuenas que nos emocionan un poco a todos, aunque algunos traten de disimularlo.

—Bueno... Y ahora nos vamos —nos dice Colás aferrado a la mano de su futura mujer—. Tenemos que... Tenemos que...

—¡Follar! Si lo entendemos, chicos... —Y ahí está de nuevo el poli, llamando la atención—. ¿Qué? Ahora puedo decirlo, ¿no?

Y las carcajadas son un final precioso para este día. Endulzan un poco la amargura que escondo dentro. Miro a los dos con inmenso cariño y acabo esbozando una sonrisa llena de esperanza. Si ellos pudieron, ¿por qué yo no?

—Gracias por ayudarme a recoger —le digo a Chema poco más de una hora después, mientras paso el paño a la mesa, lo último que queda por hacer.

—No me las des. Es mi casa, ¿no? —contesta y guarda el último plato; a continuación, se apoya en el fregadero.

—Ya.

—Y tu fiesta —continúa apresurado, como si se hubiese percatado de que su frase no ha sonado del todo bien—. Hoy no deberías haber hecho nada, es tu día.

Le sonrío agradecida y, con alevosía, me acerco a él y lo rozo a conciencia mientras me inclino en sus morros para guardar el trapo en el armario que casi oculta con su cuerpo.

Se aparta un poco, siseando algo que no entiendo, y, de reojo, veo su mirada clavada en mi escote. Solo que soy incapaz de alegrarme al conseguir lo que pretendía. Esto, al final, no me sirve ni siquiera de consuelo. Pero, obligándome a dar la pelea y eufórica por lo sucedido con Nela y Colás, me coloco a su lado y acaricio la gargantilla con las yemas de los dedos.

—Es preciosa, Chema. Muchas gracias.

—¿Te gusta? —Él carraspea al notarse la voz rara, ronca, y vuelve a hablar—. ¿De verdad te gusta? Pensé que era un rosario cuando lo sacaste de la caja. Joder, qué susto.

Me echo a reír con ganas, ahogados mis intentos de seducción tras mis carcajadas.

—¿Un rosario? Ay, por Dios... Qué gracia.

—Ya te digo. Con lo que a ti te pega... —Me sonrío con franqueza y luego ríe abiertamente, sentándose a horcajadas sobre la silla más cercana y, apoyando sus manos en el respaldo, deja caer ahí su barbilla. Ladea la cabeza y me mira de arriba abajo y vuelta a empezar.

—¿Qué miras? —susurro.

—¿Yo? ¿Te miro? ¡Qué va! ¡No seas creída, mujer! —Y es ahí cuando me doy cuenta de que no está borracho, pero sí un pelín contento de más. Ahora que lo pienso, ha bebido bastante y, aunque los dos nos dedicamos a limpiar la cocina sin hablar demasiado, sí que, de vez en cuando, él parecía reír o murmurar por lo bajo.

Ignoro su último comentario e intento alargar la noche. Quizá en este estado se sienta más abierto a ello y recuperemos algo de esa complicidad tan nuestra.

—Así que doy por hecho que no lo has comprado tú.

—¿Qué? —me pregunta pestañeando, confuso.

—El regalo. Si no sabías lo que había dentro...

—Ah... No, lo cierto es que no. Se lo encargué a Nela. Soy un puto desastre para...

—Bueno, lo hiciste genial. Ella acertó de pleno, así que... —Me siento a su lado, o más bien en ángulo recto con él, lo más cerca que puedo sin resultar pegajosa.

—Ella acertó de pleno con todo. Joder, cada vez que lo pienso... —Menea la cabeza con una sonrisa y se lleva una mano al pelo, para retirárselo de la frente, que luego deja sobre su coronilla —. Qué fuerte.

—Esa es Nela. Una chica valiente.

—Y tú, una cómplice de primera. Por eso te empeñaste en celebrar aquí el cumpleaños, ¿eh? Lo teníais todo planeado.

Me muerdo el labio inferior sonriendo con malicia.

—Alguien tenía que ayudarla un poquito. Pero, en realidad, lo hizo ella todo. Cuando me lo contó, ya estaba todo atado. ¡Aluciné! —Me río e improviso una coleta en lo alto de mi cabeza usando las manos, para después dejar caer el pelo de nuevo. Es algo inconsciente, que hago mucho cuando estoy nerviosa, jugar con él.

No me pasa desapercibido que él se queda prendado en el gesto, callado, solo observándome durante lo que me resulta una eternidad.

—Chema... —susurro en un gemido. Dios... Es que no puede mirarme así y que yo no me muera por él. No puede...

Él carraspea y se endereza en el asiento, quebrando el momento.

—Bueno... Pues... Me alegro de que te guste el regalo de cumpleaños. Y... Y espero que lo hayas pasado bien y... —Entonces mira a un punto situado detrás de mí y frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Joder... Se me había olvidado que... —Se pone en pie y se rasca la nuca con la vista clavada en el suelo—. Oye... Lo de antes... Lo que dije, lo...

Ahogo un suspiro porque sé de qué habla, pero espero paciente a que busque las palabras que parece no encontrar.

—Laura... No era nada personal, ¿vale? —continúa sin mirarme—. Y Julián fue bastante... indiscreto.

—Bueno, dijo la verdad, ¿no? Y yo no me ofendo por oírla.

La mirada que me lanza me hace ver que no solo está sorprendido ante mi frase, sino que también la ha cogido como un reproche cuando ni de lejos era mi intención.

—No quiero decir que... —Me levanto e intento explicarme, pero él me corta de cuajo, muy serio.

—No, si tienes razón. Yo sí me ofendo al oírla, ¿verdad?

Lo contemplo durante un largo rato, mientras la franqueza y la cautela luchan su propia batalla en mi interior. Pero yo tengo otra que ganar y no es callando como voy a hacerlo.

—Yo creo que no es que te ofenda, sino que te duele. Te duele y no sabes cómo manejar eso.

Ahora el que me observa es él a mí, indescifrable y sin apenas moverse, durante tanto tiempo que comienzo a inquietarme. Ojalá tuviese el don de leer la mente...

—Chema... ¿qué sucedió ese día que se cumplían dos años de la muerte de Clara aparte de lo evidente? —suelto sin pararme a pensar si es lo correcto o no—. ¿Qué...?

—No... No, por favor —me ruega volviendo de dónde fuera que estuviese y negando con la cabeza—. No quiero hablar de eso. No...

—Yo sé cuánto la querías. Yo y cualquiera que te conozca. Pero algo más...

—Pero nada, Laura. No... No quiero hablar de ello. No lo entenderías. ¡No lo entiendes, joder!

—Pues explícamelo —le pido con calma, tratando de no desatar la tormenta que parece gestarse en él.

Chema suspira con fuerza y se frota la cara en una sola pasada mientras aprieta mucho la mandíbula. Sin embargo, cuando prosigue, lo hace con tiento, conteniendo toda esa rabia que aparenta.

—Lo siento. No debí hablarte así. Yo... Yo lo siento. Todo, Laura. Si pudiera volver atrás... Si pudiera...

Habla deprisa, sin mirarme, como si fuese algo doloroso que quisiera soltar de una vez. Solo que no me llega. Eso no me dice nada.

—¿Qué sientes, Chema? ¿A qué te refieres con «todo»? —cuestiono bajando la voz y acercándome a él.

—A todo. A tenerte. A dejarte. A no poder estar contigo —resopla mientras se gira, como si tuviera intención de irse—. Dios... Parezco idiota.

—No, no eres idiota. Solo estás confundido. Y triste. Y enfadado. ¿Por qué? ¿Por qué estás así? —insisto yo, agarrándolo de un brazo y reclamando su atención.

—¿Que por qué estoy triste? ¿Y enfadado? —Me clava la mirada y se queda callado mucho rato. Tiene los ojos muy brillantes y sé que mucho es por lo que ha bebido. Pero hay algo más en ellos. Mucho más, de hecho.

—¿Qué? Dime, Chema. Por favor, habla conmigo, por lo que más quieras...

—¿Por lo que más quiero? —Se ríe con amargura—. Ese es exactamente el problema, ¿es que no lo ves? Yo... Yo ya no puedo ofrecerte nada, Laura. ¡Nada! No tengo nada que darte, todo se lo...

—Yo nunca te he pedido nada —lo interrumpo—. Nada.

Él me mira taciturno, como si quisiera encontrar la verdad en mis palabras. Reacio a creerme, pero queriendo hacerlo. Y lo sé porque así me siento yo. Me encantaría creerme mis propias palabras, joder. Así que sigo fingiendo, porque, si una mentira más me lo devuelve un poco, las doy por bien empleadas.

—No necesito ni quiero más que lo que teníamos, Chema. Era... divertido. —«Falsa, falsa, falsa...»—. Pero, claro, si tú ya no quieres... Si has cambiado de opinión...

Él se aparta de mí y mira a todas partes antes de enfrentarme de nuevo, acercándose en una zancada. Hace el ademán de tocarme, pero, en el último momento, deja caer los brazos a los costados y aprieta los puños.

—Es que no es justo. ¡Para nadie! No es justo para ti, ni para mí... Ni para Clara. Dios... Sobre todo...

Yo no tengo tantos reparos como él. Es oírlo, creer comprenderlo y echar mis manos a sus mejillas. Busco sus ojos y le hablo con firmeza, pero con toda la serenidad que puedo forzar.

—A ella no puedes hacerle daño, Chema. Ya nadie puede.

Y entonces lo beso. Me lo pide el alma. Me pongo de puntillas y mis labios se posan sobre los suyos, en un beso dulce, inocente, solo abarcando primero su labio inferior, despacio, para luego dedicarle el mismo trato al superior. Sedosidad contra suavidad, aliento contra aliento. Él no me lo devuelve, pero tampoco hace nada por evitarlo. Se queda ahí, estático, dejándose hacer.

Pasado el arrebató, me separo con lentitud, esperando cualquier reacción por su parte. Nuestros ojos se encuentran a escasos centímetros. Los de él, abrasadores; los míos, tormentosos. O, al menos, así me siento. Decidida a todo y acobardada como nunca.

—Laura...

Y ese tierno susurro que escapa de su boca es totalmente contradictorio con la respuesta de su cuerpo. De pronto, una mano sobre mi nuca y otra en mi cintura me empujan contra él, en un beso hambriento, húmedo y voraz. Me aferro a su camisa, me arqueo contra él y me ofrezco completa. Sin medida.

Cuando le pone fin, desplaza sus manos a mis mejillas y sus ojos recorren toda mi cara. Me estudia, me observa... mientras su rostro atraviesa tantas expresiones a la vez que me es imposible captar ninguna de ellas.

—No voy a mentirte. Sería hasta estúpido hacerlo —murmura dejando caer su frente contra la

mía—. Te deseo. Más de lo que me gustaría. Más de lo conveniente. Podría pasarme horas besándote y me está matando no arrastrarte al dormitorio para enterrarme en ti.

—Pues hazlo —gimo ante el latigazo de puro anhelo que ha recorrido mi vientre.

—No. —Menea suavemente su cabeza contra la mía—. No voy a hacerlo. No, Laura. Porque tú te mereces a un hombre que, llegado el caso, sí pueda dártelo todo.

«¡¿Qué?!». Tengo ganas de gritar, en serio. Pero él prosigue, ignorando el dolor que me producen cada una de sus palabras.

—A uno entero, que no sienta remordimientos por estar contigo. A uno para el que seas la única, no solo en su cama, sino en su cabeza. Porque tú eres muy especial, Laura. Mucho. Y sé que, tarde o temprano, querrás y te querrán como se debe. Pero no seré yo. Ya te lo dije una vez. Yo no puedo ser ese hombre —suspira con fuerza y las siguientes frases son tan apresuradas y rápidas que casi las tengo que adivinar—. Ojalá nos hubiésemos conocido antes... En otra vida... Antes de... de ella.

—Chema... Escucha. A Clara...

—Sí, ya sé que a ella ya no puedo hacerle daño. Por desgracia, lo sé muy bien. Pero sí puedo hacértelo a ti. Sin querer, quizá... pero terminaré haciéndotelo y... Y antes me corto un brazo, Laura.

—Chema, no. Tú no me...

Se aparta lo justo para mirarme a los ojos y continúa en voz muy baja.

—Busca a alguien que te merezca, por favor. Busca el amor, la felicidad... O solo sexo, si eso es lo que quieres. Pero búscalo lejos de mí, porque prefiero matar este deseo que siento por ti antes de que me odies. Y lo harás si seguimos con esto, Laura. Créeme.

Y viéndolo todo borroso por las lágrimas acumuladas en mis ojos que me niego a derramar, pierdo primero su tacto cuando retira las manos de mi cara. Y demasiado rápido, también su presencia, cuando, sin más, se encamina deprisa hacia la puerta.

CAPITULO 20

Chema

Arrodillado en el suelo, acabo de cortar la tercera plaqueta de varias que necesito para rematar las esquinas. Echo un vistazo a lo que ya tengo hecho y, aunque no es mucho, me hace sentir orgulloso. Estoy robándole horas a los días y eso comienza a notarse. El pasillo está prácticamente emplaquetado y hoy mismo me pondré con el salón.

Ahora que me he decidido por fin, la ilusión que me hacía vivir aquí parece haberse multiplicado por mil. Y lo cierto es que me hace bien. Este es un lugar como cualquier otro para empezar a ordenar mi vida. O tal vez, el indicado.

Desde la famosa cena en la que Colás y Nela se prometieron, y de eso hace dos semanas, me encuentro un poco más centrado. Al menos ya no siento esa vergüenza enorme que me embargó los días siguientes a mi conversación con Laura. Es que, joder... Cada vez que lo recuerdo todavía me da corte. No sé qué fue lo que me pasó para convertirme en esa especie de Romeo cutre y soltarle todas aquellas cursiladas. Que eran todas verdad, vamos, pero... yo no soy así. Ni siquiera con Clara era muy dado al romanticismo, solo lo justo y necesario y porque a su lado incluso me salía solo. Pero... ¿con Laura? Supongo que, como suele pasarme con ella, me dejé llevar... otra vez más.

Por suerte, todo parece olvidado, la situación en casa es tranquila y casi podría decirse que cómoda. Quizá hasta demasiado... A veces me encuentro pensando que, más que personas, parecemos dos androides tratando de hacer de nuestra convivencia algo perfecto. Y eso, que debería causarme únicamente alivio..., joder, a ratos me molesta. En ocasiones, siento que toda la situación me produce una inquina difícil de asimilar. Es como si dentro de mí existiera una parte descontenta conmigo y que me apremia a actuar de otra forma. Una que no acepta la vida que me tocó vivir, en la que, por ahora, ejercer de padre es lo más importante y el recuerdo de mi mujer, el único que llena mi cama.

Sin embargo, así es como tiene que ser.

Sé que Laura se sintió desconcertada ante mi decisión de romper lo que teníamos. Aún de vez en cuando soy consciente de las preguntas mudas con las que me miran sus ojos. Y puedo entenderla. Pero todo cuanto le dije es lo que pienso, lo que siento. Es también por su bien. Para que no tenga que enfrentarse, tarde o temprano, a las dudas que a mí me acosaron y acabar arrepintiéndose, como yo, de haber llegado tan lejos. Porque quizá no por los mismos motivos, pero lo haría... En algún momento, cuando quisiese ese algo más que la mayoría de nosotros queremos o necesitamos, se daría cuenta de que lo único que hacía conmigo era perder su tiempo.

«¿Tú te arrepientes, Chema? ¿De verdad?».

Cierro los ojos y me dejo caer sobre los talones. No, joder, yo no me arrepiento de nada. Lo que tuvimos fue increíble. Y en eso no puedo mentirme a mí mismo cuando mi deseo por ella sigue intacto. Pero sé que tengo que lograr extirpármelo. No va a volver a pillarme desprevenido como aquella última vez que la besé, en la que su actitud, el alcohol y el entusiasmo por lo sucedido entre Colás y Nela me hicieron bajar la guardia. En la que me costó Dios y ayuda no acostarme con ella. Sobre todo, cuando estaba tan dispuesta, cuando me pidió que hiciese aquello que mi cuerpo pedía a gritos. Pero no, se acabó. Con Laura volvería a confundirme, con ella es demasiado fácil implicarse. Y eso solo puede traer complicaciones, porque yo todavía estoy enamorado de Clara y...

—¿Trabajando o pensando en las musarañas?

—¡¿Qué?! —Sobresaltado, me giro en redondo y descubro a Colás y Julián detrás de mí. Los

dos traen puestas las ropas de trabajo y unas sonrisas inmensas mientras miran a su alrededor.

—¿Pensabas que podrías tenernos mucho más tiempo en la inopia? —pregunta Colás, acercándose a mí y cogiendo una plaqueta para observarla con atención.

—No, no es eso —respondo, aún aturdido por verlos aquí—. Pero... ¿cómo os habéis enterado?

—Bueno... Tobías —dice Julián encogiéndose de hombros.

Claro, Tobías. Me traje al chaval un día de esta semana para que me ayudara a subir el material que voy a usar en la planta superior, y era mucho pedir que no se fuera de la lengua, supongo.

—En fin, tampoco era un secreto —pienso en alto—. Y os lo agradezco, chicos, pero hoy es sábado y no tenéis por qué estar aquí. Disfrutad del día libre, anda.

—De eso nada. Venimos a currar —declara Colás mientras acaricia la textura de la plaqueta—. ¡Qué chula! Una imitación cojonuda.

—Sí, lo es. Y cara de narices.

Riéndose, Julián también se acerca a mirarla.

—Cuando hablabas de colocar madera en el suelo, pensé que te referías a la de verdad.

—Y lo hacía —explico—, pero luego pensé que esto sería más resistente y... lo cierto es que me gustó. Me gustó mucho.

—Está genial. Y si a las niñas les da por patinar dentro de casa, no la estropearán.

—Joder, ¿patinar?

—Sí. —Julián pone los ojos en blanco y adopta un tono resignado—. Maldita sea la hora en que se los compramos. Por mucho que le digamos que no lo haga en casa..., al menor despiste, ahí está, recorriendo el pasillo.

—Vaya... Pues va a ser que sí, que al final hice una buena elección —comento yo, imaginándome el percal.

—Sí, no lo dudes. Y ahora —continúa mientras se restriega las manos en los pantalones—, ¿qué prefieres que hagamos?

—Y no discutas —me corta Colás la protesta que no llega a salir de mi boca.

—Vale. No discuto. El baño. Están allí los azulejos. ¿Os ponéis a ello?

—Desde luego.

Y sin más, se dirigen allí tras palmearme la espalda, dejándome con una sonrisa boba y agradecida en los labios. Joder, no los merezco. Y no solo por esto. También por lo de no dejar que la finca se convirtiera en una jungla, cosa de la que me di cuenta a pesar de no estar en mi mejor momento. Pero al ver que las malas hierbas no trepaban por las paredes, tal y como me esperaba, no tardé mucho en imaginarme a quiénes se debía. Lo que sí me sorprendió, si soy sincero, fue descubrir la implicación de mi suegro, aunque eso solo hizo aumentar mi gratitud hacia él.

—Rubio...

—¿Sí? —pregunto bastante tiempo después, concentrado en colocar una pequeña tira de plaqueta que ya he tenido que recortar en dos ocasiones.

—Es la una. Prometemos ayudarte el próximo sábado si te vienes ahora a tomar una cerveza con nosotros, ¿qué dices?

Miro el reloj y me sorprende al ver que, en efecto, llevamos cuatro horas trabajando sin parar. Me levanto y froto mis doloridas rodillas, sacudiéndoles el polvo, de paso.

—Claro, vamos. Pero invito yo. Y lo del sábado siguiente... ya veremos.

—Aprovecha, tío, que en mis quince días libres después de la boda no me ves el pelo —

comenta Colás con una sonrisa.

—Y lo dice literalmente, Rubio —interviene Julián mientras saca de una bolsa ropa limpia—. Me da que van a encerrarse en algún lugar y no van a salir ni para que les dé el aire.

—Pues es un buen plan —digo con sinceridad. Y un pelín de envidia, aunque esta sea de la buena—. Pero no te canses mucho, que luego tienes que rendir, eh.

Y, así, entre miradas cómplices, nos apresuramos a cambiarnos.

—Pon otras cuando puedas, Paco —le pide Julián cuando ve que acaba de servir unos vinos en la otra punta de la barra—. Y saca unos pinchitos de cualquier cosa que tengas por ahí, anda.

—¿Para los tres?

—Para mí no, gracias —los rechaza Colás tocándose el estómago—. El traje me queda justo, justo. Mejor no tentar a la suerte.

Julián suelta una carcajada y mira a su hermano de arriba abajo, seguro que pensando lo mismo que yo. Que hace años, pero bastantes, que este tío está exactamente igual. Parece hecho de algún otro material diferente al resto, porque, que yo recuerde, nunca ha engordado ni adelgazado un gramo.

—Estarás de coña, ¿no? —le dice Julián, y golpea su estómago con el reverso de su mano—. Y de todas formas... ¿por qué cojones lo compraste tan justo? ¿Así, en plan metrosexual o qué?

Me río por lo bajo ante lo insultante que ha sonado esa palabra en su boca y Colás no tarda en acompañarme, para después encogerse de hombros y devolverle el golpe.

—En todo caso, échale la culpa a tu mujer. Entre ella y Laura no me dejaron mucha opción.

—Bah... Estás hecho un calzonazos —se burla Julián antes de llevarse la botella a la boca.

—Ya... Y a ti, ¿quién te ha elegido la ropa, hermanito? Tú mismo, ¿no? ¿Recuerdas al menos de qué color es el traje?

Julián tose con fuerza al querer hablar mientras traga. O eso supongo, porque lo cierto es que, por cómo mira a Colás, el motivo podría ser otro.

—¡Claro que lo sé! Negro. O azul marino... Bueno, uno de esos dos, hijo.

Y claro, que nos dé la risa no es de sorprender. Desde luego, lo es más observar a este nuevo Colás, al que nunca he visto tan abierto, tan contento, tan risueño. Es como si nos los hubieran cambiado y, a veces, no para mejor.

—Y tú ¿qué? Has cambiado de opinión sobre venir esta noche al Pantera, ¿verdad? Es nuestra última salida como solteros, no puedes faltar, tío.

—Pues lo siento, pero no, Colás. No voy. No me apetece nada, estoy reventado y...

—Amargado. Eso es lo que estás, joder. A saber cuándo podremos volver a salir todos juntos. ¿Acaso has olvidado lo que es pasárselo bien? —Y a esto me refería con que no siempre para mejor. Ahora es una mezcla entre nuestro avisgado Colás, el brutalmente franco Julián y el tocapelotas de Pedro. Vamos, lo mejorcito de cada casa.

—Oye, que te vas a casar, no a mudar de país. Ya saldremos otro día —digo de no muy buen humor y un poco a la defensiva.

Él resopla y le da dos buenos tragos a la cerveza mientras Julián me mira de reojo y, para variar, no suelta eso que le bulle en la cabeza. Menos mal.

—Nosotros sí vamos a ir —confirma Julián al cabo de unos minutos en los que nuestras botellas nos parecían a los tres de lo más fascinantes—. Pero, la verdad, hubiese preferido una despedida como Dios manda. Solo de tíos, coño. Te hubiésemos contratado una *stripper* y...

—Pues justo por eso —replica Colás con una sonrisa sesgada. Y ante el arqueado de cejas de su hermano, continúa socarrón—. Las chicas estaban pensando en hacer lo mismo por su cuenta y... creí conveniente que no te diese un ataque antes de mi boda. Porque tendría que retrasarla y eso...

—¿Qué? —Al moreno parece costarle un poco comprender de qué habla, pero, en cuanto lo hace, se pone de un rojo subido y abre la boca como un pez durante unos segundos, antes de rascarse la nuca entre susurros no muy bien sonantes—. Joder, la hostia...

—Pues eso. —Sonríe con ganas Colás.

Y yo reprimo la risa con un nuevo sorbo. Ya bastante tiene él con sus descomunales celos para que yo eche más leña al fuego. Aunque Colás no opina igual, divertido ante su reacción.

—¿Qué decías que preferías, hermanito? Lo tuyo no es normal, eh. Tus celos empiezan a ser enfermizos.

—Vete a la mierda, Colás.

—No, joder, ahora que acabo de salir de ella, no pienso volver —contesta al insulto con guasa—. Y... ¿Laura?

—¿Eh? —Apoyado con los antebrazos en la barra, me quedo atontado durante un instante. ¿Laura? ¿Y por qué la nombra ahora?

—Hola, chicos. ¿Qué tal? —saluda la misma.

—Hola, papi. Hola a todos. —La voz de Llara me hace darme la vuelta y mirarlas un tanto sorprendido.

—¿Qué...? ¿Qué hacéis aquí?

Laura me hace una señal con la mano para que espere, mientras ya se dirige a Paco.

—*Porfa*, me pones también tres cafés con leche y dos cortados para llevar. Los recojo en diez minutos con los bocatas, ¿vale?

Pero, entretanto, Llara ya ha corrido a mi lado y, alargando las manos para que la alce y la siente en uno de los taburetes, comienza a explicarme que vienen de la peluquería, donde a Nela le están haciendo muchos peinados chulísimos para el día de su boda. Y que le gustan todos. Y que, con algunos, parece una princesa de las de verdad. Y que le hace mucha ilusión ir a la boda. Porque nunca ha ido a una y...

—No, si mudas no salieron, no —oigo murmurar a Julián cuando, sin apartar los ojos de ella, sí dejo de prestar atención al monólogo de la niña.

—Venga, Llara, que nos tenemos que ir —la interrumpe Laura.

—Vale. —La pequeña baja de un salto en el que le echo una mano y continúa eufórica—. Es que, ¿sabes, papi? Ahora Mina y yo vamos a los chinos. A comprar la ropa para el festival, porque, si no, podemos quedarnos sin ella.

—Ajá, me parece genial. ¿Y tu hermana?

—Ella no tiene que disfrazarse —me explica Laura—. Y ha preferido quedarse esperándonos en la peluquería. Así que nos vamos, antes de que cierren.

—Son chinos... ¿Esos cierran? —pregunta Julián entrecerrando los ojos y totalmente en serio.

—Claro que lo hacen, bobo. Ya te vale —le reprocha Laura con un mohín... delicioso. No, no, no. Con un mohín, nada más. Un mohín normal y corriente, joder.

—Beso, papi. Nos vamos —me pide mi hija después de haber besado ya a un risueño Colás y a un Julián no del todo convencido, y lo digo por el ceño fruncido que luce. Este aún está dándole vueltas a lo de los chinos, fijo.

Laura también debe de pensarlo, porque lo observa sonriendo y pone los ojos en blanco antes de mirarme a mí.

—Por cierto, Rubio, no esperes por nosotras para comer, la cosa parece que va para largo y

hemos encargado unos bocadillos. Julián, supongo que ya te avisará Tere, pero no cuentes con ella tampoco. ¡Ah! —De nuevo se dirige a mí—. Si llegas tú primero a casa, recoge la ropa que he dejado tendida fuera, *porfa*. El día se está poniendo un poco feo.

Sin querer, mi cara se contrae en un gesto raro, lo sé. Pero es que me resulta inevitable. Porque esa manera de hablarme, tan doméstica, tan... Joder, como una esposa otra vez. ¿Y por qué carajos me molesta tanto ahora? Llevamos manteniendo este tipo de conversaciones desde que Clara no está, por Dios.

Ella debe de malinterpretarlo, porque arquea las cejas y prosigue.

—No tienes ni que doblarla, hombre. Solo métela dentro.

Me distraigo un momento al ver que entra alguien en el bar. Joder...

—Pero, Laura, mujer, contrólate un poco.

Y joder otra vez. No habrá personas en el pueblo...

Laura se da la vuelta con rapidez al oír esa frase que una Angelines tuneada como nunca ha dicho a sus espaldas. Está todavía en la puerta, pero, como la pelirroja salía y no hablaba precisamente en susurros, la otra ha oído sus palabras con demasiada claridad.

—¿De qué co...? —Una mirada rápida a la niña y Laura reformula la pregunta—. ¿Qué narices dices?

—*Solo métela dentro* —se burla la otra—. Eso es vulgar hasta para ti.

Cierro los ojos un instante y ahogo un suspiro. Joder... Por tercera vez.

—Angelines, por favor... —Oímos a Aída desde fuera, dejándose ver y acaparando su atención.

Yo es que estoy demasiado tenso; si no, hubiese imitado las risotadas disimuladas de Colás y Julián. Y, por suerte, esta vez Laura no entra al trapo, imagino que en deferencia a Llara. Sonriendo, coge de la mano a la niña y da un paso hacia la puerta.

—¿Nos permites pasar? —le dice a Angelines, que todavía sigue plantada delante de la salida.

Esta, fulminándola con la mirada, compone una sonrisa siniestra y da un pasito a su izquierda, pero muy despacio, repasándola de arriba abajo con desprecio. Para mi sorpresa, en cuanto acaba con su recorrido visual, Laura suelta un momento a la niña y se da la vuelta, invitándola a que prosiga con su escaneo en la parte de atrás. Y es solo cuando ve que Angelines capta la burla que suelta una risita, vuelve a hacerse cargo de la niña y sale muy digna por la puerta.

—Hasta luego, Aída —se despide de la Alonso con simpatía, lo que hasta me sorprende.

—Hasta luego, Laura —contesta esta en el mismo tono, mientras entra en el local. Y al pasar por al lado de Angelines, suspira—. En serio, no lo entiendo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no entiendes? —Y acaba la pregunta un poco más alto de lo normal, porque Aída ya camina con paso enérgico delante de ella hacia la mesa del fondo que suelen ocupar—. Oye... ¿por qué estás enfadada?

—Tú con tu cuñada nunca te aburres, ¿no? —me pregunta Julián entre risas, un instante antes de pedir otra ronda.

Y ese estúpido comentario, que ni necesita contestación, me sienta fatal. Fatal. Tan mal que ni siquiera me siento con fuerzas para darle vueltas y buscarle el motivo concreto. Beber dos cervezas más me parece algo mucho más fácil, pero mucho más. Y además logran acallar a ese *demonio* interno que me hace hervir la sangre.

No por primera vez considero la opción de ir a un psicólogo, porque pensar en posesiones muy normal no es, pero es ese un pensamiento que desecho de nuevo al instante. Solo estoy confuso y, ante eso, no hay nada como el tiempo, ¿no?

Cuando llego a casa, ya es media tarde. Me he dejado liar y hemos acabado comiendo los tres en El italiano, donde se unió Pedro al café. Lo cierto es que compartir ese tiempo con ellos me vino genial, porque me encuentro de buen humor y con mis neurias bajo control. Me imagino que es inevitable contagiarse un poco de toda esa alegría que desprende Colás.

Me pregunto al atravesar la puerta si ya habrán regresado ellas también, pero la respuesta me llega a través de sus voces entonando más alto que el cantante, mientras un olor característico inunda mi nariz. A pintura.

Intrigado, me dirijo al salón, donde me encuentro todo recogido y limpio, pero ni rastro de mis hijas ni de Laura. Solo una bolsa en una de las sillas que supongo que contendrá el famoso disfraz de mariposa. No puedo evitar que mis ojos se paseen por la cocina, escrupulosamente impecable, tal como solía tenerla Clara.

Y no, no es que a Laura la haya abducido Don Limpio, sino la consecuencia de uno de esos arrebatos que sufro de vez en cuando. Esa vez se me dio por mantener la encimera a juego con la puerta de la nevera. Es que desde que vive aquí Laura... ahí había de todo. Las bolsas de la merienda de las niñas durante todo el curso, cartas sin abrir, los medicamentos más comunes en un rincón... Vamos, un caos.

Caos como el que seguramente esté montando ahora, aunque, en realidad, esto lo piense con una sonrisa.

Siguiendo la música y el olor que se acentúa, llego a la puerta de su dormitorio, donde no puedo hacer otra cosa que apoyarme en el marco y quedarme mirando como un tonto el espectáculo que tengo delante.

Las tres, vestidas con ropas viejas y manchadas de ese azul turquesa que están usando, bailan entre risas esa canción de moda que estoy harto de oír en todas partes, *Bailando*, de Enrique Iglesias.

Laura ha apartado su cama hacia un lado y, ahora, esa pared luce a medio pintar un color vistoso que resalta el blanco de las demás. Múltiples papeles de periódico cubren el suelo y un plástico enorme protege el colchón que usa Lara a modo de escenario, saltando encima al ritmo del estribillo que cantan en estos momentos.

(Bailando, Bailando, Bailando, Bailando)
Tu cuerpo y el mío llenando el vacío
Subiendo y bajando (subiendo y bajando)
Bailando, bailando, bailando, bailando.

Se me escapa una sonrisa al ver como Laura hace girar a Marta con una mano mientras en la otra sostiene una brocha a modo de micrófono.

Con tu física y tu química, también tu anatomía
La cerveza y el tequila, y tu boca con la mía
Ya no puedo más. Ya no puedo más.

Da un giro, luego un salto y sigue moviéndose por el cuarto, cantando a voz en grito... Hasta que me encuentra de frente. Entonces se queda muy quieta, pero no deja de cantar, como si lo hiciese por inercia.

*Yo quiero estar contigo, vivir contigo
Bailar contigo, tener contigo
Una noche loca (una noche loca)
Ay, besar tu boca...*

Mierda. ¿En serio?

Me enderezo un poco y trato de ignorar el color de las mejillas de Laura, el significado de la letra de la canción y el pinchazo de ternura y deseo que he sentido en las entrañas.

—¡Papi! ¡Papi! Ya estás aquí. Mira qué chula está quedando la habitación de Mina. Me encanta este color —chilla Llara, que consigue espantar mis pensamientos mientras corre hacia mí.

—¡Eh! —La freno dando un paso atrás, aunque lo hago sonriendo, porque menuda pinta—. Me vas a poner perdido. Tienes pintura hasta en el pelo.

Ella se ríe y se lo toquetea.

—No importa. Mina dice que sale bien en la ducha. Y pintar es guay.

—No, si me lo imagino —le digo mientras dirijo mi vista hacia Marta, que está algo menos sucia, y luego fijándola en Laura, que me mira con la cabeza ladeada y una tímida sonrisa en los labios—. ¿Y esto?

—Pues...

—Es que mira, papá... —Es Marta la que corre hacia un extremo del cuarto y quita el embalaje de un cuadro enorme apoyado contra el armario. En blanco y negro, la lámina representa una ciudad con rascacielos al fondo y, en primer plano, un coche. Un Mini en el mismo color turquesa en el que se han rebozado mis hijas.

—Es que me encantó —explica Laura, encogiéndose de hombros—. No pude resistirme a comprarlo. Y cuando vi que también tenían la pintura, pues... ya ves la que he liado.

—Ya. —Sonrío. Por la ilusión con la que habla. Porque esto es muy típico de ella. Y porque me hace gracia que no haya esperado nada ya para ponerse a pintar. Es tan impaciente siempre... Y sin embargo, posee una paciencia infinita cuando se trata de las niñas, porque reconozco que meterse en estos berenjenales con ellas... es casi el doble de trabajo—. Que no se enteren mis padres de que la has comprado en la competencia.

Ella amplía la sonrisa ante mi broma y Marta se me acerca señalando la pared recién pintada con un pincel bastante grande que trae en la mano.

—Papá... Mina va a usar el cuadro como cabecero de la cama. Yo ya le dije que eso era raro y que se comprara uno normal.

Ahora directamente me río por lo bajo, porque sí... Ella es así, un tanto rara. Pero joder... Carraspeo ahuyentando lo que estaba a punto de colarse en mi mente mientras es la propia Laura la que le contesta a mi hija.

—Y yo ya te expliqué que quiero el cuadro. Que ya quería algo así desde el principio, pero no había encontrado nada que me gustara.

—Vale. Pero es raro —insiste Marta, haciendo que Laura voltee los ojos.

—¿Y qué? ¿Estabais haciendo un descanso? —me intereso al tiempo que observo su trabajo, donde al zócalo le ha colocado una cinta anchísima y que, aun así, está toda pintada. No me es muy difícil suponer que ha sido alguna de mis hijas, o las dos, las que han pintado esa parte de la pared.

—Bueno... Más o menos. Vamos a darle otra mano. ¿Te apuntas? —me reta la pelirroja enarcando las cejas.

—Eso, papi... Ayúdanos.

—Vale... —acepto más entusiasmado de lo que debiera, pero fingiendo que le hago un gran favor—. Me cambio y...

No acabo la frase, porque Laura, en un movimiento muy rápido y totalmente inesperado, me pasa la brocha que seguía sujetando a lo largo de mi camiseta, haciendo que la mire alucinado.

—Hala, ya no es necesario. Toma. —Y me tiende como si nada a la culpable de que ahora luzca como un cuadro. Bueno, no, que la culpable es ella.

—Qué coño... —susurro sin poder creérmelo—. ¿Acabas de...?

—Bah... Esa camiseta que llevas ya tiene un par de agujeros, ¿lo sabías?

—Pero...

La risa de Marta, acompañada al instante por la de Llara, me hacen callar la protesta, pero una parte de mí busca venganza, porque, no sé muy bien cómo, mi mano va sola hacia la cara de Laura y, cuando me doy cuenta, ya le he pintado una mejilla y parte del mentón.

—¡Ahhh! —chilla ella y da un salto hacia atrás. Me mira con la boca abierta un segundo, pero no tarda en sonreír con malicia entrecerrando los ojos—. Niñas, esto es la guerra.

Como suele ser habitual ante un reclamo así, mis hijas no se hacen de rogar y, en menos que canta un gallo, estamos manchándonos los unos a los otros, con los bandos formados por costumbre. Marta y yo contra Laura y Llara.

Las risas y las carreras se hacen con el dormitorio y es inevitable disfrutar el momento. No recordaba ya la última vez que hice el ganso de esta manera, pero en estos minutos no pienso en nada más que en permanecer lo más limpio posible mientras Laura y Llara se llevan la peor parte. O, por sus carcajadas cada vez que las alcanzamos, la mejor. Ni siquiera me planteo que después habrá que recoger todo este cristo, solo me entrego a la diversión como el que más.

—Papá, papá, que se nos escapa... —me avisa Marta cuando Laura da la vuelta a la cama en busca de más pintura y huye de nosotros.

Y yo voy a por ella, claro. Inmerso en el juego y sin pensar en los límites que me he impuesto.

—¡Mánchala, mánchala! Y hazle cosquillas. ¿Sabes dónde tiene muchas?

Sí, lo sé. En los costados. Es solo rozárselos y... Y entonces soy endemoniadamente consciente de que la tengo debajo de mí sobre el colchón. Nuestros ojos se encuentran y mi cerebro capta sus piernas entre las mías, mientras una de mis manos sujeta las suyas por encima de su cabeza y la otra toca su piel, suave y caliente, bajo la camiseta.

Y, de repente, pensar se hace necesario. Pensar es fundamental. Y apartarse... apartarse también. Tan rápido que hasta tropiezo con mis propios pies, patoso perdido.

Carraspeo incómodo y, buscando un rodillo con premura, acabo con la fiesta.

—Venga, ya. Vamos a terminar de pintar esto y a adecentar este cuarto o se te hará tarde.

—¿Tarde? —pregunta ella mientras se incorpora despacio y algo descolocada.

—Sí. La despedida de Colás y Nela... Vas a ir, ¿no?

—Eh... Sí, sí, claro.

Laura

Me acerco la cazadora al cuerpo y paso mis dedos por la gargantilla *rosario*. Esbozo una sonrisa triste y levanto el rostro para aspirar con fuerza ese olor a mar que me trae la brisa. Miro a mi alrededor, hacia este pueblo que apenas ha cambiado desde que yo era una cría. Quizá algún edificio tenga la fachada más cuidada después de una reparación, o algún local haya sufrido alguna reforma, pero es el mismo... Las mismas aceras adoquinadas, las mismas farolas de hierro fundido, las mismas casas, las mismas caras... El mismo. Aquí la única que parece cambiar soy yo. Y por amor. ¡Qué ridículo!

Si me lo hubiesen contado hace unos años, a pesar de estar ya enamorada, me habría reído en los morros de quien hubiese dicho semejante burrada. Y ahora... Ahora estoy atravesando una fase tan extraña y tan incierta que, a veces, no me reconozco. Supongo que una cosa lleva a la otra. Que caminar sobre arenas movedizas te vuelve así, precavida, asustada, pero confiada en atravesarlas.

Porque, increíblemente, a pesar de que Chema parece muy seguro de la decisión que ha tomado sobre lo nuestro y yo aparente haberla aceptado, soy optimista y creo que este no es el final. Me siento triste y frustrada, sí, pero también serena, tranquila... Como a la espera. Sí, así es justo como me siento, a la espera de un desenlace que me niego a creer que sea malo.

Así que ahí sigo, aguardando callada, paciente... Cumpliendo con todos sus caprichos, aunque algunos sean un tanto ridículos, como ese afán que le ha dado por el orden. Intentando sonsacarle una sonrisa, haciéndole la vida fácil... Para que me tenga en cuenta.

Tal vez me esté engañando a mí misma, a lo mejor estoy aferrándome demasiado a ese sueño, considerándolo un presagio. A esa foto que, como por encanto, apareció en mi mochila y que observo cada noche hasta dormirme, deseando creer que hasta Clara parece estar de mi parte. O a aquella declaración la noche en que Colás y Nela se prometieron, porque nadie le habla así a alguien que le es indiferente, ¿verdad?

Así que, sí, quizás esté equivocada, queriendo ver verde esperanza donde solo hay grises y marrones, pero no, no puede ser. Chema carga con sus razones para no querer estar conmigo, equivocadas o no, tuyas al fin y al cabo, pero algún día... Algún día tendrá que dejar de fingir que le basta con lo que tiene. Algún día ese dolor, esa culpa, esos fantasmas... cicatrizarán, desaparecerán y volverá a ser el de antes.

Como esta tarde... Dios, verlo reírse así, jugar, sentirlo sobre mí... Ese es el verdadero Chema, el de antes de la muerte de Clara, el que me permitió conocer durante esos meses en los que se dejó llevar. El que no se reprime, el que vive... El que se esconde bajo un deber que no procede, ya no.

Sin embargo, lo comprendo. Sé lo que siente. Entiendo sus dudas y ese regusto amargo que deja el creerse desleal a Clara. Lo sé porque lo viví. Porque ya yo luché contra ello también. Y en esa guerra no puedo hacer más de lo que hago. Es él el que tiene que pelearla y ganarla. Yo solo puedo seguir a su lado, ansiando el momento en que reconozca ante sí mismo que la vida merece la pena vivirla al máximo. Ahí estaré, sí, como su pilar. Me río, irónica. Un pilar en El Pilar. ¡Qué oportuna!

—¡Eh! ¡Eh, Laura! —Miro hacia atrás, donde Pedro se acerca a mí corriendo—. ¡Hola! ¿En qué pensabas? Llevo un buen rato llamándote.

Mis ojos siguen su dedo, que señala hacia su coche, aparcado más abajo. Supongo que pasaba por ese lugar cuando él comenzaba con la maniobra.

—Oh, perdona. Estaba en Babia, la verdad.

—Ya, ya he visto. —Se ríe él, mientras rodea con un brazo mis hombros—. ¿Y qué? No ha habido manera de convencer a Rubio, ¿no?

—Ni lo he intentado. —Y la frase me sale como un bufido, sin querer.

—Oye, ¿va todo bien?

—Sí, sí...

—Repito la pregunta. —Y hasta se para en medio de la acera, mirándome con preocupación—. ¿Va todo bien por casa?

—Sí. Todo bien, como siempre. ¿Por qué no va a estarlo?

—No sé... Te noto rara.

—Todo está bien, Pedro. En serio. ¿Y tú? —Abarco con mis dedos su mano, esa que cuelga sobre mi hombro izquierdo, empujándolo a seguir andando—. ¿Algo que contarme, así, más en privado?

—No. —Sonríe él—. Sabes todo lo que tienes que saber.

—No me creo nada. —Entrecierro los ojos y lo escruto intentando descubrir si miente. Pero nada, él sigue con esa sonrisa torcida tan suya. Esa que esconde lo bueno y... lo malo. Aunque tampoco insisto. No quiero presionarlo a que se sincere, sobre todo cuando yo no lo hago.

—Lo cierto es que entonces estamos igual. Porque yo tampoco me creo que todo esté tan bien como aseguras. Estás muy pensativa últimamente, Laura.

—Quizá... A lo mejor me ha dado por la reflexión —bromeo para quitarle trascendencia a sus palabras—. Hace unos minutos, por ejemplo, pensaba en este pueblo. En que hace trescientos años que se puso la primera piedra y...

—No, no, no. Eso no fue así. El día del Pilar hará trescientos años que se abrió por primera vez la puerta de su iglesia, nada de primera piedra. Ya entonces los obreros habían construido sus casas para estar cerca de la gran obra.

—¡Vaya! ¿Te sabes la leyenda?

—Claro que me la sé. De hecho, desciendo del mismísimo capitán que mandó construir la iglesia —asegura muy serio y con mucho garbo.

—¿Qué? —Divertida, me echo a reír con ganas—. Pero si tú ni siquiera eres de aquí. Tú y tus padres nacisteis en Gijón, tonto.

—Ah... Joder, tienes razón. ¡Pues sí que me he implicado con el pueblo este, ¿no?!

Los dos estallamos en carcajadas como dos lunáticos. Y me temo que no solo por el chiste, sino porque somos bárbaros escondiendo los problemas cuando queremos.

—Cuéntamela —le pido, ya a las puertas del pub.

—¿Qué quieres que te cuente? —pregunta frunciendo el ceño, confuso.

—La leyenda. Cuéntamela.

—¿No te la sabes? ¿En serio?

—Sí, sí me la sé, pero quiero que me la cuentes tú —ruego con una sonrisa dulce—. Por favor...

—¿Ves como estás rara? —me dice mientras se rasca una mejilla, pero, a continuación, sonrío enigmático, suspira y se apoya contra una pared, donde yo hago lo mismo a su lado—. A ver... Cuenta la leyenda que fue un capitán de barco, rico y bien situado, el que financió la construcción de la iglesia, lo que dio lugar al pueblo. Aquí no había nada, salvo monte a pie de la montaña. Según dicen, llegó a la playa medio moribundo, arrastrado por las olas después de una tormenta que hundió su embarcación. Sin fuerzas, malherido, ese zaragozano de pura cepa hizo una promesa sobre esa arena en la que se moría. Le prometió a su Virgen, la del Pilar, que le construiría una

iglesia a orillas de esa playa si vivía lo suficiente para volver a ver a su mujer y a sus tres hijos.

—Oh... Qué bonito. Te ganarías la vida como cuentacuentos.

—Lo sé. Pero no me interrumpas. —Me guiña un ojo y mira hacia arriba, pensativo—. ¿Por dónde iba? Ah, sí... Cuatro días después del naufragio, uno que consta registrado en papeles, y sin que dicho capitán recuerde cómo, se encontró llamando a la puerta de su casa en Zaragoza. Herido, hambriento y demacrado. Pero vivo. Evidentemente, cumplió su promesa, aunque él no vivió para verla terminada. Murió en otro de sus viajes, unos diez años después. Aunque cuenta esa misma leyenda que sus hijos sí, y no solo eso, sino que se establecieron aquí para siempre, alguno de ellos llegando a casarse con alguien de la zona. Así que míos, no, tal y como dijiste, pero que no te extrañe que alguno de ellos sea tu tatarabuelo o así.

Sonríe y mueve las manos en el aire.

—Sigue, sigue.

—Colorín, colorado, este cuento se ha acabado. —Sonríe él—. Lo cierto es que no se sabe más. Pero si quieres más datos, te diré que el baile del doce de octubre se celebra desde hace tanto que nadie lo sabe a ciencia cierta, y que no se perdió la tradición de hacerlo vestidos de época, en recordatorio a tres siglos atrás y a ese capitán.

Me quedo reflexionando durante un momento y entonces caigo en algo que nunca había considerado.

—No fue por devoción.

—¿Cómo?

—Siempre se da por hecho que este pueblo existe por devoción a la Virgen. Pero no. Fue por su mujer y sus hijos, ¿te das cuenta? Fue por amor.

—Ehh... Sí. En realidad, ahora que lo dices... ellos tuvieron mucho que ver, sí. ¡Dios, Laura! ¡Cuánta intensidad para un sábado por la noche!

Suelto una risita y le doy un manotazo.

—Lo que quieras, pero... fue por amor.

—Sí, sí, vale. Fue por amor. Y lo que yo te diga, estás rara de narices.

—Bah, eso se me pasa con unos chupitos —bromeo, de repente muy contenta. Este suelo, este que piso, es producto de un amor tan grande como una iglesia, y nunca mejor dicho—. ¿Entramos?

—Amén, pelirroja. —Y, pasándome el brazo de nuevo por encima, nos metemos en el local.

Localizamos a las dos parejitas al fondo, alrededor de una mesa en la que también se encuentra Tania. Nos acercamos y nos acomodamos en las sillas que ya habían robado de alguna otra para nosotros. Pero solo me da tiempo a saludar en general, porque, de pronto, Nela se levanta y me veo arrastrada hasta el baño, donde nos mete a las dos y pasa el pestillo con un ímpetu que asusta.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —pregunto ante su conducta.

—Sí, yo sí. Mejor que nunca. ¿Y vosotros? ¿Alguna novedad?

Ay, por Dios. Ya empieza de nuevo, acribillándome a preguntas como cada vez que me pilla a solas. No es que me moleste; de hecho, es un alivio inmenso poder compartir con alguien tamaño secreto y tremendo problemón, pero es que la tía no tiene límite.

—No, ninguna —le digo, porque no quiero hablar de lo de esta tarde. Porque, al fin y al cabo, terminó por alejarse de mí como si quemase.

—Jo...

—Es lo que hay. —Me encojo de hombros y luego la miro con una sonrisa—. ¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, el que quieras.

—Esta noche no, ¿vale? Esta noche no quiero hablar de él, ni siquiera pensar en él. Quiero

estar con vosotros, divertirme... Quiero olvidar por un rato toda esta locura. ¿Te parece?

Ella me observa detenidamente, muy seria, pero acaba sonriendo con toda la boca.

—Me parece. Esta noche es para pasárselo bien. Pues vamos allá.

—Genial. Gracias. —Y en cuanto echo la mano al pestillo...

—Pero, espera, que sigo queriendo mear.

Me echo a reír. Perfecto, es una buena manera de comenzar.

—¿Cómo llevas lo del disfraz? —me pregunta Teresa un buen rato después, cuando acabo de volver a la mesa con mi segundo cubata.

—Bueno... regular. Las alas... va a costar lo suyo hacerlas.

—Y que lo digas —suspira ella, ya que Sofi también va de mariposa en el festival que la escuela está preparando para el día del Pilar. Este año, el colegio también se implicó en hacer de este día uno muy especial. Supongo que no todos los días el pueblo cumple su tercer centenario.

Profesores y alumnos se han volcado al completo. Ya han comenzado los ensayos, al mismo tiempo que el curso, y han pedido nuestra ayuda para que el espectáculo resulte inmejorable. Que cuadrarse en domingo no pareció suponer un problema para nadie; es más, se espera que todo el pueblo se nos una para ver a los niños disfrutando como lo que son, enanos, y entreteniéndonos al resto con sus actuaciones. De ahí el disfraz de mariposa. Y mi sobrina va a ser la más bonita de todas y, si no, al tiempo.

—A ver, vosotras dos, ¿podéis dejar durante unas horas de tener conversaciones de mamás? —nos pregunta Nela acercándose mucho a nosotras—. Me aburro.

—¿Te aburres, cariño? —me burlo yo—. Saca a bailar a tu amor.

Colás hace una mueca un poco rara, pero, para nuestra sorpresa, es el primero en levantarse y tirar de ella hacia la pista. Todos lo seguimos con la mirada y más de una sonrisa tierna, aunque los chicos después lo nieguen.

Se quedan en uno de los extremos más cercanos a nosotros y se abrazan, meciéndose más que bailando, ella con las manos en torno a su cuello y él en su cintura. Se dan un pequeño beso, se acarician mutuamente con la nariz y apoyan sus frentes, solo para volver a besarse con delicadeza al cabo de un segundo. Dios, me siento casi violenta y abochornada al verlos, pero es imposible dejar de mirarlos. Se les ve tan bien. Tan enamorados. Tan tiernos.

—Joder, estoy sintiendo vergüenza ajena —dice Pedro en mi oído.

—Pues no mires.

—Lo intento, pero... ¡Dios! Creo que me sentiría incluso más cómodo si hubiese lenguas y saliva por medio. Incluso algún magreo —comenta ahora en alto, haciendo también partícipes de sus palabras a los demás.

—¡Cómo no! —exclama Tania poniendo los ojos en blanco.

Yo me río a carcajadas y Julián menea la cabeza, resignado y divertido. Luego señala con la cabeza a la parejita, que sigue en las mismas, y se mete dos dedos en la boca, imitando arcadas. Se gana una colleja de su mujer, aunque ella ahora también esté compartiendo las risas a las que acaban por unirse todos.

—Definitivamente —vuelve a decir Pedro, más calmado—, me voy a por ese chupito. ¿Quién quiere?

Miro mi vaso todavía lleno, pero... ¡qué carajo! Me levanto y lo acompaño a la barra, donde Jorge sonrío levantando en el aire una botella de tequila que, por coincidencias de la vida, ya

tenía en la mano.

—Sí, eso es perfecto —me animo y ocupo un taburete que acaba de quedar libre. Una vez acomodada, grito moviendo mucho las manos—. ¡Al más rápido de tres!

—¿Te gusta perder, eh?

Pero, para su disgusto, gano. Me los bebo tan rápido como luego me suben, claro. Y ahí comienza la verdadera juerga.

Me contoneo cuando toca, bailo como una loca cuando la música se ajusta y me río. Me río muchísimo. De lo que tiene gracia y de lo que no la tiene tanto. Salgo con Nela unas cuantas veces afuera, para fumarnos un cigarrillo rápido y de nuevo correr a la pista. Vale, y a la barra también, que otro par de chupitos han caído fijo.

Pero estoy pasándomelo tan bien... Me siento liberada, alegre, casi eufórica, como si, por una noche, estuviese viviendo una vida paralela en la que no tengo ningún problema, ninguna necesidad... Solo soy Laura, aquella de diecisiete años que con salir de marcha y tener ropa cañera era feliz. Y es una sensación maravilloooooosssaa...

Cierro los ojos y me dejo llevar. Es que es una sensación increíble que... Que se rompe de repente. En el momento en que noto una lengua en mi boca y una mano sobre mi trasero.

«¿Qué? ¿Qué es esto?», pienso ya poniendo fin al beso.

Abro los ojos para encontrarme de frente a un chico al que conozco, sí, pero no sé de qué. Será el hijo o el hermano de alguien... Bueno, eso seguro. Con una risa casi histérica, lo aparto más de mí con un ligero empujón mientras doy un paso atrás. «¿De dónde ha salido?», me pregunto estúpidamente. «Ah, sí, llevamos un buen rato bailando juntos», me respondo al instante.

—Mal, mal, mal... Muy mal —me encuentro diciendo, más sorprendida que enfadada, la verdad. Y supongo que la culpa de esto es del alcohol, o al tío ya le habría caído un guantazo del revés.

—En fin... tenía que intentarlo —dice él con una sonrisa traviesa y encogiéndose de hombros.

—Pues... Prueba a... a preguntar primero, tío —le exijo, moviendo el dedo índice a modo de reprimenda.

Pero él me malinterpreta y acorta la pequeña distancia entre los dos.

—Ah, vale. Como quieras. ¿Puedo besar...?

—No, no, no, no. —Y también niego meneando el mismo dedo en su cara. Cara de lerdo que se le ha quedado, todo hay que decirlo. Y que me causa una gracia inmensa. Uff... Estoy muy borracha, creo.

—¿Qué? Ahora he preguntado —comenta él, confuso.

—No. Lo siento, ay, lo siento. —Y no es por no enrollarme con él, sino por no poder parar de carcajearme ante su última frase. Ay, Dios, ahora aseguro que estoy bastante perjudicada.

—¿Un poco de aire fresco? —oigo a Pedro justo en mi cuello—. Buena falta te hace.

—¿Mmmm? Sí, sí, y... agua. Creo... que quiero... agua. Y pis. Pis también —balbuceo aún entre risas.

—Pues vamos, pelirroja, antes de que Jorge se vea en la necesidad de poner duchas frías en el local. —Sonriendo, menea la cabeza y se despide del chico con un cabeceo, mientras yo lo hago con otro encogimiento de hombros y una risita.

Me dejo llevar hasta el baño, donde, como todo un caballero, Pedro me espera fuera ya con un botellín del preciado líquido en la mano cuando salgo. Es que este es mi amigo, el poli, el mejor del mundo.

Y bueno, entre dos botellines de agua que me acabo bebiendo y un poco de aire, no es que se me haya pasado del todo la borrachera, pero, cuando una hora más tarde me acompaña a casa,

puedo andar perfectamente en línea recta y llevarme el dedo a la nariz. Sí, perfectamente, lo he comprobado. Tres veces.

Cuelgo el bolso en el perchero, coloco las llaves sobre el recibidor y mis zapatos, que ya me he quitado en el ascensor, los lanzo allí mismo en el vestíbulo, donde caigan. A oscuras, me dirijo al pasillo para irme a mi cuarto. Suelto una risita tonta cuando tropiezo con la puerta y, después, me pongo todo lo recta que puedo.

«A ver, Laura, que estás bien. Lo peor ya ha pasado. Derecha y andando».

Ya, pero... ¿quién ha sido el listo que ha colocado una puerta dividiendo el pasillo del *hall*? Es absurda. Y un gasto innecesario.

Además, estoy bien. Claro que sí. Demasiado contenta y todavía demasiado risueña, pero estoy bien. Quizá un pelín cansada. Ay, me duelen los pies. Y los tobillos. Y...

Me detengo en medio del pasillo al oír algo que no espero. El agua de la ducha del baño principal. Pero... ¿quién? ¿Y a estas horas? No miro el reloj, porque no se ve tres en un burro, pero es tarde. Muy tarde. Las niñas no pueden ser y Chema... Él nunca usa este baño para ducharse. O casi nunca.

De puntillas, me acerco exagerando la postura y empujo la puerta al descubrir que solo está entornada. Y ahí me quedo, pasmada, admirando tras la empañada y pequeña mampara a un Chema completamente desnudo y empapado. Está de espaldas a mí, con las manos apoyadas en el lateral del fondo y el agua cayéndole sobre los hombros. Y está para comérselo. Enterito. A mordiscos o a lametazos.

Joder... Paso de estar pasmada a cachonda perdida en un instante. Aprieto las piernas para calmar un poco la desazón, pero... Ay, eso todavía me pone peor. O mejor. Más, me pone más, esa es la verdad.

Y entonces mi escasa sensatez y mi poca vergüenza eligen ese momento para darse la mano y volver al bar a tomarse una copa. Mi cordura permanece ahogada por los chupitos, junto a la prudencia. Y solo quedo yo. Un cúmulo de carne excitada y un corazón enamorado. No pienso, no estoy mucho por la labor. Antes de que me dé cuenta, mi vestido termina en el suelo y la ropa interior lo sigue con rapidez. Ahora mismo todo me importa un pimiento, salvo meterme en esa ducha con él, rodearle con mis manos la cintura y besar cada centímetro de su piel.

Y eso es lo que hago, sin que él se entere de mi presencia hasta ese mismo instante en que mis dedos hacen contacto con su estómago. Lo noto tensarse, pero eso no impide que, ya que estoy, pegue mi mejilla a su espalda y lo apriete contra mí. O yo contra él.

Él no hace ni dice nada, se queda así, quieto y callado, durante mucho tiempo. Tiempo en el que me conformo con abrazarlo muy fuerte, inspirar su olor y reconfortarme con su calor. Pero mi cuerpo, desobediente y caliente, comienza a restregarse sutilmente, mientras mi boca deposita pequeños besos ahí donde alcanza. Alentada por su pasividad, mis uñas arañan muy despacio su abdomen, bajando poco a poco hasta alcanzar eso que ya sale a mi encuentro, duro y erecto. Pero solo he rozado su glande, cuando posa sus manos sobre las mías para detenerme. Retengo el aliento y espero... Espero unos segundos que se me hacen eternos, maravillosos y horribles a la vez. Rogándole sin palabras que no me aparte, mi pelvis vuelve a sus sinuosos meneos, mientras intento mover mis manos bajo las suyas.

—Laura. —Y ahí está. Su voz. Tan tensa como él. Pero susurrante. Vulnerable y cortante, si es posible que un tono suene de las dos formas. Y que yo interpreto como lo que quiero, como esa

llamada de ayuda para que tome yo las riendas.

Cogiéndolo desprevenido, me desprendo de su agarre y envuelvo con mis dedos su erección. La que sí está cien por cien de acuerdo conmigo. Se endurece todavía más ante mi sujeción, late en mis manos, que, con destreza, la recorren entera.

—Laura. No. Por favor.

Cierro los ojos y los aprieto muy fuerte. Ya no se trata de amor, ni de orgullo, sino de necesidad. Lo necesito aquí y ahora. Y soy incapaz de considerar otra opción. No cuando él me desea tanto como yo a él, joder. ¿Por qué no? ¿Por qué no podemos follar?

—Solo es follar, Chema. Solo quiero follar. Y tú también —digo, en bajito pero resuelta, casi desafiante, comportándome como la perra en celo que en estos momentos soy.

Si antes él estaba en tensión, ahora sus músculos se agarrotan, mientras sus manos se convierten en puños apretados a sus costados. Se da la vuelta muy despacio y clava los ojos en los míos. Esos ojos... Dios mío. Dos óculos oscurecidos de deseo, dos círculos negros rodeados del fulgor del fuego. Rabia, pasión, dolor... Me queman con su escrutinio, me enciende todavía más.

—Así que solo es follar. —Y no, no es una pregunta. Es una afirmación que escupe entre dientes, con la mandíbula marcada como nunca. Entonces traga saliva, quitándole un poco de rotundidad a sus palabras, haciendo que, fascinada, mi mirada vuele a su nuez y se quede ahí un segundo... El único que me da antes de girarme en un movimiento brusco, ponerse tras de mí y empotrarme contra la pared. Joder, tan rápido y tan por sorpresa que tengo que afianzarme en el grifo para no dejar los dientes en los azulejos.

—La Virgen... —susurro, no sé si como protesta o expectante ante lo siguiente que haga.

Y lo que sigue... Es él, dentro de mí, con una urgencia y velocidad acojonantes.

Chillo ante la impresión, ante el pequeño latigazo de dolor, ante la plenitud que, de pronto, me llena. Me muerdo el labio inferior con fuerza ante la segunda embestida, más fácil, más placentera. Y no consigo ahogar un jadeo en la tercera, cuando él no solo empuja como un demente, sino que eleva sus caderas clavándose tan al fondo que hasta me pongo de puntillas.

—¡Dios! Dios... Joder —se me escapa entre ahogos, sin diferenciar dónde acaba la incomodidad y comienza el placer. Porque, madre mía, me gusta, me encanta... Pero también me molesta un poco su proceder, la postura y, por muy contradictorio que resulte, que sea capaz de disfrutarlo.

Con el agua cayendo sobre mí y el alcohol evaporándose de mis venas, embestida tras embestida, empiezo a sentirme usada. Es bien cierto que me está dando lo que yo misma le he pedido, casi exigido, pero él está siendo brusco a conciencia, está yendo a lo suyo, convirtiendo esto en un acto sucio que... mierda, me excita muchísimo. Me encanta. ¿Estaré enferma? ¿El amor puede llegar a trastornarte tanto?

—Por favor, Chema... —acabo por rogarle desesperada. Porque en esta posición soy incapaz de correrme aunque me sienta al borde del orgasmo y sus embistes, casi desmesurados, no me permiten soltarme para procurarme algo de ese alivio que mi clítoris pide a gritos.

—¿No era esto lo que querías, Laura? ¿No era esto? —exhala, separando las palabras, con la voz enronquecida y jadeante, tan cabreado como excitado.

—Sí, era justo esto —le aseguro, provocándolo—. Pero sabes hacerlo mejor.

Él se detiene un instante, resopla en mi oído y, tras otra embestida que me hace jadear, me da una nalgada que envía latigazos de dolor y lujuria líquida a cada rincón de mi cuerpo. Me hace sentir más mala, pero no por el azote en sí, sino porque me enardece como nunca.

—Más, más... Más, por favor.

Otra palmada, otro grito y otro estallido de placer que me deja temblorosa, deseando alcanzar

ese clímax que se me resiste.

Pero, aun así, a pesar de mis palabras y de estar más caliente que en toda mi vida, o tal vez por eso, los sentimientos y sensaciones consiguen desbordarme, traduciéndose en lágrimas inesperadas que escapan de mis ojos sin control, al tiempo que mi cuerpo responde a cada uno de sus empujes y me acerca más a él, acompañando cada movimiento con gemidos y ruegos tan escandalosos que hasta a mí me sorprenden por su tono. Dos instintos, dos emociones, y los dos luchando entre sí y contra sí. Porque ahora esto sí me parece solo sexo y la ira contra mí misma se mezcla con el placer.

—Chema... Chema... —susurro aturullada.

Y no sé si han sido mis gritos anteriores o mi susurro, pero algo cambia en él. Se queda muy quieto dentro de mí, alojado en lo más profundo, y acaricia mis nalgas, demorándose más en las zonas enrojecidas por su mano. Después, en un arranque, sus dedos se pierden en mi pelo, sujeta la mayor cantidad posible en un puño y me levanta la cabeza, girando mi cara y buscando mi boca en un beso delirante y desesperado en el que se traga mis lágrimas. Las saboreo yo también, saladas, mezcladas con su saliva fresca, aunque con un deje a licor amaderado. Posa su otra mano en mi vientre y me ayuda a incorporarme más, subiendo luego hasta mis pechos, donde sus dedos encuentran mis pezones anhelantes, a los que dedica caricias delicadas contrarrestadas con apretones un poco más intensos, que hacen que gima en su boca y me arquee contra él.

Sin despegar nuestras bocas salvo esos mínimos instantes en los que inhalamos un poco de aire, su mano vuelve a descender y llega a ese punto que palpita deseoso, falto de atención. No necesito mucho, la verdad. Unas cuantas caricias calculadas a la perfección y el orgasmo me sacude entera. Gimiendo, temblando, entre espasmos que lo hacen jadear a él y acabar en un gruñido cuando sale de mí, y su semen, caliente y a borbotones, baña mi espalda.

Con nuestros labios a escasos centímetros, nos miramos. Supongo que intentando leer en el otro qué ha significado esto. Si es un punto y seguido o un punto final. Para mí es una coma, una minúscula e insignificante coma, porque tengo tanto aún que vivir con él... Pero, como siempre, es Chema el que toma la decisión.

Se aparta y baja la mirada al suelo, se frota un segundo la mandíbula y se pasa esa misma mano por el pelo, echándose hacia atrás mientras suspira con fuerza. Y cuando me mira de nuevo, contemplo absorta el segundo ese que se toma para cerrar los ojos e inhalar muy hondo antes de hablar, al parecer tan sobrepasado como yo.

—Laura, no vuelvas a hacer esto —murmura en una súplica que me duele más que si me lo hubiese gritado enfadado. Y acaba de rematarme apartando con delicadeza un mechón de pelo que me cruza la cara—. Por favor. Prométemelo.

Me es imposible hacerlo. Únicamente permanezco observándolo, queriendo sentirme todo lo arrepentida que me merezco sentir, pero... no puedo. Y ahora ni siquiera estoy tan bebida para echarle la culpa a eso. El alcohol se ha evaporado como por ensalmo, pero tampoco puedo lamentarme por provocar lo que deseaba más que respirar. Lo que sí hago es bajar la mirada, incapaz de seguir viendo en él esa desazón fruto del remordimiento. Y cuando me atrevo a levantar la vista otra vez, Chema ya no está.

Se ha ido. Sin una última palabra, sin un último beso. Ni siquiera ha dejado el eco de sus pisadas al marcharse, silenciadas por el agua que aún sigue cayendo y por el exagerado retumbar de mi corazón.

¡Dios mío! ¿Cómo puede latir así si yo lo siento muriéndose?

CAPITULO 21

Chema

—Venga, tío, sonríe al menos para la foto.

Hago una mueca ante el codazo de Pedro, una que intento pasar por una sonrisa, y aguanto estoico a que la cámara resuene unas cuantas veces.

Eso sí, cuando nos separamos de los novios para que otros ocupen nuestro lugar, voy directo hacia la mesa donde sirven los aperitivos y me sirvo una copa de vino que acabo en dos tragos. Es la boda de Colás y Nela, lo mínimo que puedo hacer es aparentar estar feliz y no joderles el día, pero si para ello necesito una ayudita, pues... me la facilitaré.

—Eh... Que eso baja solo, pero luego sube que no veas.

—Tengo un padre, Julián. No necesito otro —gruño. Va a ser que el alcohol aún no ha hecho el efecto esperado y no ha mejorado mi humor.

Aunque en mi defensa diré que me da la impresión de que siempre tengo a uno de mis amigos pegado, joder. Dándome consejos que nadie les ha pedido, estudiándome y... preocupados. Sí, sé que eso es lo que en realidad los mueve, porque esta semana... Esta semana ha sido de las más horribles del año y se me nota, pero eso no quita que no resulte molesto tener a alguien vigilándote como si fueses a cometer una locura.

Como romper tres cajas de azulejos, las que al día siguiente de aquel polvo en la ducha lancé por una de las ventanas de la casa nueva en un ataque de ira como no recuerdo otro igual. Es que... Jesús... A veces no me soporto a mí mismo. Me comporté con Laura como un puto miserable... Como un auténtico malnacido. Y lo más imperdonable es que aún no me he disculpado. La mezcla justa de orgullo, rabia y vergüenza me incapacitaron para hacerlo al principio, y que ella apenas estuviese en casa esta semana tampoco me lo puso fácil.

No sé si lo de dedicar tanto tiempo a ayudar a Nela con los últimos preparativos de la boda no sería más que una excusa para no tener que verme, pero, aunque así fuese, lo cierto es que funcionó. Enfrió los ánimos y destensó un poco el ambiente. Casi podría decirse que es como si no hubiese sucedido... Casi. Porque también sé que tendremos que hablarlo en algún momento. Porque a mí aún me enferma recordar sus miradas cautelosas y sus respingos los días posteriores a aquello; o ese proceder digno de una santa con el que se movía por el piso, como ganándose un perdón que yo estoy muy lejos de merecer conceder.

Porque soy yo el que tengo que disculparme. Otra vez.

Sí, soy consciente de que fue ella la que lo provocó, pero también de que yo no es que me hiciera mucho de rogar. Caí en la tentación a la primera de cambio y me amparé en la excusa de que ella lo había buscado para soltarme como nunca. Fui a por mi propio placer sin consideración ninguna... Si hasta le di un par de cachetes, joder. Y no es que fuera la primera vez que jugábamos a eso, que con Laura el sexo siempre fue acojonante, puro instinto; pero digamos que las situaciones eran bastantes diferentes. Menos mal que recapacité, a tiempo para percatarme de que estaba llorando. ¡Llorando! Es para matarme, de veras. Y luego está lo otro... Que vaya dos irresponsables, Jesús. Solo espero haber reaccionado a tiempo, porque ni siquiera sé si sigue tomándose la píldora.

He estado tanto tiempo sumido en mis pensamientos que, cuando enfoco de nuevo mi atención en lo que me rodea, no me sorprende ver a Julián observándome con tanto detenimiento que hasta ha entrecerrado los ojos.

—A ti te pasa algo, joder, por mucho que lo niegues. Estás insufrible, como antes.

—¿Como antes de qué?

—Y yo qué sé. Como antes de que estuvieras bien y vuelta a empezar. ¿Quieres contármelo? Sabes que puedes hacerlo, ¿verdad? Sea lo que sea.

—¡Dios! Cada día te pareces más a tu mujer. ¿Por qué no vas con ella y me dejas un poco en paz?

—A mandar, tío —dice tras un minuto tenso, en el que supongo que duda entre partirme la cara o dejarme a mi aire. Ojalá hubiese hecho lo primero; me lo merezco, joder. Aunque, claro, así sí que le hubiese jodido el día a la parejita feliz.

«Y ahora además eres un cínico, Rubio. Son tus amigos. Deberías alegrarte por ellos».

Lo hago, de corazón, además. Y si mi actitud no lo demuestra es porque siento como si llevase una armadura de una tonelada encima todo el rato, ocultándome... Intentando que mis hijas y la propia Laura no noten lo que bulle en mi interior. Y ojalá yo pudiera identificar con exactitud qué es, pero no... Es un desasosiego sordo, una inquietud ciega. Una madeja de emociones de la que no encuentro el principio para comenzar a desenredar.

Es una sensación confusa que se mezcla muy a menudo con una ira que no entiendo, con la frustración que sí comprendo y con el dolor que yo mismo me ocasiono trayendo a Clara de vuelta de la única manera que está en mis manos. Con pequeños detalles, como la nevera o la encimera, o con otros más elocuentes, como el día que me dio por rociar su lado de la cama con su colonia para tenerla más presente. Sé que es un intento desesperado de aferrarme a ella, pero es el único que conozco. Necesito hacerlo. Ganarme de nuevo su respeto, aunque no esté para verlo. Ese que ni Laura ni yo le tuvimos, aunque no follar en nuestro dormitorio fuese una manera capciosa de guardárselo.

Sin embargo, a veces... Cuando todo parece desbordarme y no encuentro alivio en nada de lo que hago, admito que la idea de acudir a un profesional se pasea por mi mente. Quizá hablar con alguien ajeno a Clara me ayudaría. Tal vez tenga un serio problema y no quiera verlo. Pero, también entonces y con la misma rapidez, vuelvo a descartarlo. Porque en el fondo sé que no hay terapia para lo mío, solo soy un desgraciado enamorado de la mujer que perdió y que desea con locura a su cuñada. Algo que me abochorna tanto confesar, aunque sea a un extraño, que opto por callarlo.

—¡Vivan los novios! —gritan todos a mi alrededor cuando estos entran en el local. Y por una vez, doy gracias al bullicio. Así no puedo seguir oyéndome a mí mismo.

—¡Que se besen! ¡Que se besen! —chilla Pedro cuando todavía no se han sentado, con Julián y las chicas haciéndoles el coro, a los que se va uniendo más gente cuanto más se hacen de rogar los novios—. ¡Venga, chicos, un besito!

—¡Un besito! ¡Un besito! —cantan los demás, haciendo que Nela se parta de la risa y sea ella la que coja la cara de Colás entre sus manos y le plante un húmedo beso en la boca, causando la algarabía general y que a mí se me escape una sonrisa.

—Dios mío, Nela está preciosa —comenta Lidia en la mesa, ya por el tercer plato, y repitiendo un comentario que ya he oído, al menos, una docena de veces.

—Sí, preciosa. Ese vestido parece hecho para ella —la secunda Teresa con una sonrisa que no le cabe en la cara—. Están tan monos los dos... Oh, y yo estoy tan feliz por ellos.

Miro hacia ellos y sí, están guapos. Como todos los novios, supongo. Nela lleva un vestido beis sin mucho vuelo, cortado bajo sus pechos y una corona de flores en la cabeza. Me recuerda a una griega... No, más bien a una película de esas antiguas, tipo *Orgullo y prejuicio* o alguna similar. Películas que hace tanto que no veo que ya no me acuerdo muy bien, la verdad. Desde que no está Clara, yo... Pues bueno, no soy muy fan de ellas.

Bebo de mi copa de vino y pienso en que me gustaría pedirme una cerveza. ¿Será mucho

descaro? ¿Estará demasiado fuera de lugar?

—Me muero por una cerveza —dice Laura frente a mí, un poco a la derecha—. Voy a pedirme una. ¿Alguien quiere?

Levanto la mano en el acto, junto con Julián y Pedro, lo que hace reír al resto de la mesa.

—De cobardes está el mundo lleno —susurra ella por lo bajo, jocosa, y haciendo ya señas para llamar la atención del camarero. Uno, por cierto, demasiado servicial para mi gusto, que se planta a su lado con una sonrisa en un santiamén.

—Dime, ¿necesitas algo?

—Por favor, cuatro cervezas. ¿Puedes?

—Claro, todo lo que tú quieras —le responde guiñándole un ojo antes de retirarse. Pero bueno... eso sí que está fuera de lugar, coño.

Aunque al menos es rápido, porque las bebidas no tardan nada. Nos las bebemos entre los típicos comentarios chorras que se hacen en una boda. Que si la comida está muy bien, el restaurante es una pasada, la misa ha sido bastante amena... Yo la verdad es que me evado un poco observando a mi alrededor, pensando en todo y en nada a la vez. Como, por ejemplo, en que nunca he visto a la madre de Nela sonreír como lo hace hoy, en su papel de madrina. Porque sí, no sé cómo lo habrá arreglado la novia, pero ha conseguido tenerla junto a ella en el altar, delegando en su suegro el papel de padrino. En la mesa de los novios también está la abuela materna de Nela, no tan mayor como me la había imaginado, por cierto. Otra que sonríe ahora cotilleando con su nieta. Y esta... bueno... Colás y ella llevan enseñando los dientes desde que llegaron a la iglesia, pletóricos y tan ansiosos que resultaban entrañables.

—Por favor, ¿nos traes otras? —oigo a Laura hablar de nuevo con el de la pajarita.

—Será un placer —le dice él con esa sonrisa Profidén que se gasta. Dios, qué típico... Ligando con las invitadas...

—Chicos, bebed lo que queráis, pero no mezcléis demasiado —nos pide Abel apoyando los codos sobre la mesa y atusándose el bigote—. Y por favor, pedid un taxi a la vuelta.

Lo ha dicho con una sonrisa sesgada, supongo que imaginándose cómo podremos terminar la fiesta, pero a mí... A mí su comentario me ha sentado como una patada en los huevos. De hecho, un fuego líquido ha comenzado a formarse en mi vientre y ha subido hasta mi esófago, recordándome emociones que sí prefiero olvidar. Echo la mano al bolsillo de mi pantalón para cerciorarme de que tengo allí la cajetilla de tabaco, y me levanto mascullando una disculpa tonta antes de dirigirme a la terraza.

Me apoyo en la balastrada y trato de sosegarme. Calada tras calada, con los músculos tan tensos que me duelen, me esfuerzo en no pensar. Inhalar humo, expulsar humo, dejar caer la ceniza... Pierdo la vista hacia el fondo del jardín, donde diviso a mis hijas y a Sofi saltando en los hinchables puestos para la ocasión. Varias monitoras las vigilan de cerca, las mismas que se han encargado de ellas durante la comida, dejándonos a los mayores la libertad para divertirnos, para interactuar entre nosotros. Para hacer todo eso que yo hoy no consigo.

Después de mi tercer pitillo y de recorrer en varias ocasiones la terraza de un lado a otro, algo más tranquilo ya, respiro hondo y me encamino a la puerta. Por respeto a mis amigos, sé que debo entrar. Pero aún no he dado ni dos pasos cuando veo salir a Laura, paseando la vista por el recinto hasta dar conmigo.

—Hola —me saluda con una sonrisa tímida cuando llega junto a mí. Porque sí, por alguna razón, yo ni me he movido del sitio—. No van a tardar en cortar la tarta. ¿No entras?

—Sí, sí. Ahora mismo iba a hacerlo.

—Vale. —Pero no se mueve. Se muerde el labio inferior y me observa pensativa.

Y cuando suspira y cierra los ojos un segundo largo... Vale. Supongo que ha llegado el momento. Ese para el que hemos tenido que reunir coraje.

—Yo quiero...

—Necesito... —decimos los dos a la vez.

Nos miramos un instante, en el que yo cabeceo y ella suspira de nuevo.

—Perdona por lo del sábado...

—Con respecto a lo del sábado... —Y otra vez hablamos al unísono. Así que sonreímos como dos bobos, lo que aligera un poco la cosa.

Aunque pronto nos ponemos serios, porque el tema se las trae e imagino que los dos somos conscientes.

—Había bebido bastante y... —comienza ella sin mirarme—. Sé que no es excusa, pero...

—No las necesito, Laura. Pasó y punto —la atajo—. Yo tampoco puse mucho de mi parte para que no sucediera y... no estaba borracho.

—Vale. Pues eso. No tengo mucho más que decir, entonces. —Se ríe nerviosa—. Solo siento si te hice pasar un mal rato y...

Ahora el que se ríe soy yo, aunque maldita gracia la que me hace el asunto.

—Por favor, Laura, sabes que ese no fue el caso. Ojalá lo fuera, joder... —termino por mascullar.

—¿Qué?

—Nada —resoplo—. Mira, aquí el único que tiene que disculparse soy yo —carraspeo y me obligo a proseguir—. Sé que fui muy brusco y...

—No, no... Me gustó —dice muy rápido. Y se ruboriza tanto que entonces sí sonrío con sinceridad, porque el brote de ternura que me produce es más bestial que el puñetero polvo del que hablamos.

Y eso me acojona. Y me descoloca. Y vuelve a sumirme en ese estado confuso y lleno de frustración del que parezco no ser capaz de salir. Joder.

—Bien... A mí también. Así que estamos en paz, pero también sabemos que no va a repetirse de nuevo, ¿verdad? —comento con un poco más de rudeza de la necesaria debido a mis anteriores pensamientos.

—No, no te preocupes. Me ha quedado claro. Si es lo que quieres... no volveré a tocarte —asegura muy despacio, aguantándome la mirada y frunciendo más el ceño en cada una de sus frases.

Rotunda y desafiante a la vez. Provocadora y orgullosa. Vulnerable y decidida a cumplirlo. Jodidamente maravillosa.

Tengo que hacerme con toda la fuerza de voluntad del mundo para seguir en mis trece. Para no besarla hasta emborracharme de ella.

Porque, además, hoy está preciosa, tanto que roza la perfección. Es ese puñetero vestido, hecho con una tela tan fina y delicada que marca con sutileza cada una de sus curvas. Es su pelo, semirrecogido en un moño tan desarreglado a conciencia que parece que acaba de follar. Son esos zapatos de tacón de aguja, que afectan directamente a mi entrepierna. Es toda ella. La tentación personificada. Tan sensual que me pican las manos por las ansias de tocarla.

Pero, como eso me lo he prohibido, intento alejarla un poco más.

—Es lo que tiene que ser, Laura. A partir de ahora, lo mejor es que busquemos en otro lado lo que necesitamos, ¿de acuerdo? —Y juro que no sé cómo no me atraganto con semejante barbaridad.

Ella me devuelve una mirada extraña, como si tampoco se creyera mis palabras, pero rápido se

recompone y asiente con la cabeza esbozando una leve sonrisa.

—La tarta... Nos la vamos a perder.

Mientras nos dirigimos a la mesa, veo a la feliz pareja en el centro de la pista, abrazados, meciéndose más que bailando, pero arrancando miradas y sonrisas embelesadas de medio restaurante. Y sí, nos hemos perdido el momento de cortar la tarta, que ya reposa en nuestros platos esperándonos.

—¡Oh, pero qué bonito es el amor! —exclama Pedro en cuanto tomo asiento a su lado, con los ojos puestos en los novios. Y joder, parece de los embelesados.

Arqueo las cejas y lo miro con incredulidad. ¿Pero a este qué le han dado...? ¿Polvo de hadas?

—Qué pena que Nieves no haya venido, ¿verdad? —comenta Teresa sin venir a cuento y sin apartar los ojos de los novios—. A Nela le habría hecho ilusión tenerla aquí.

—Sí, pero... hay que entenderla. Acudió a la iglesia, pero... venir sola le parecía un desaire hacia Hugo, y traerlo... pues... Sabía que muy cómodo no se sentiría aquí, ¿no? —explica Laura.

Y salvo Teresa, que asiente con un resoplido, nadie dice nada porque tiene toda la razón. Es una boda pequeña y, de haber venido, lo normal es que los ubicara en nuestra mesa, la de los amigos. Y... mejor no, gracias. Aunque sea egoísta pensar así, pues hoy es indiscutiblemente el día de Nela y Colás y es normal que quieran sentirse arropados por la gente que les importa. De hecho, a quien también echamos de menos, y todos, es a Álvaro, porque, dada la rapidez del asunto, no ha podido venir. Él y Carolina están en Tailandia, un viaje que no pudieron cambiar y para el que llevaban meses ahorrando.

—Vale, veo que os calláis —continúa Teresa con una sonrisa de suficiencia—. Ya sabéis lo que dicen. Quien calla... otorga.

Julián y yo compartimos una mirada de entendimiento, porque a ambos nos cuesta olvidar las putadas que ese tío, junto con Selmo, nos hicieron. Y justo cuando aparto mis ojos de él, me encuentro a Pedro observándonos a los dos, pensativo.

—¿Qué sucede? —le pregunto con verdadero interés.

—Nada... Solo pensaba.

—¿Y en qué, si puede saberse? —interviene Julián.

—Pues en que tenéis vuestra parte de razón, pero... en el fondo es una lástima, ¿no?

—Uy, hoy estás hecho un sentimental, colega —se cachondea el moreno, arrancando alguna que otra risa y que Pedro levante su dedo medio.

—No te preocupes, Pedro, las bodas también tienen ese efecto en mí —lo defiende Lidia con ternura.

—¿Y en qué mujer no? —la provoca mi suegro.

—Bueno... A mí no me ponen tontita, si os digo la verdad. Me agobio solo de pensar en pasar por algo así —dice Laura, haciendo que su padre menee la cabeza.

—Vale, rectifico. Pero tú eres rara, hija. Muy rara.

—¿No quieres casarte, Laura? ¿Nunca? —cuestiona Teresa, asombrada.

—No necesariamente. Se puede estar con alguien sin tanta... parafernalia. ¿No?

—Ay, sí, pero las bodas son tan bonitas y tan...

—¿Caras? —acaba la pelirroja con recochineo—. ¿Largas? ¿Cansinas?

Después del violento momento vivido en la terraza, me sorprendo sonriendo ante su comentario y las risas que sus palabras causan en todos los presentes, menos en Teresa, que la mira como si fuese un bicho raro.

—¡Vaya! Veo que os lo pasáis genial —se alegra la novia, acercándose con una silla que ha robado en algún lado y haciéndose hueco entre sus amigas.

—No preguntes sobre la última conversación, por favor. No preguntes —le pide Teresa con un suspiro.

—¿Cuál era? —Y como era de esperar, esa es la respuesta de Nela, causando otra carcajada general.

Por suerte, la llegada de Colás hace que olvide la pregunta de marras, ocupada en cederle su sitio a su marido y sentándose en su regazo.

—¿Qué tal todo, chicos? —pregunta este último rodeando la cintura de su mujer.

Nos dedicamos a elogiarlo todo y comentamos durante un buen rato las anécdotas del día. O más bien lo hacen ellos. Yo... Bueno, yo sigo dándole mil vueltas a mi comportamiento con Laura. Preguntándome si habría otra manera de hacer las cosas. Y sintiéndome un poco idiota, porque ella se ve genial, risueña y habladora, como si en el fondo, y después de todo lo sucedido entre los dos, nada le afectase demasiado.

Idiota. Claro que soy idiota. ¿Qué esperaba? ¿Que se portara como una mujer despechada? ¿Que se deprimiera? Era solo sexo, joder. Lo suficientemente bueno para que le molestara perderlo, supongo, pero nada que otro no pueda darle.

Me incorporo a la vez que mis suegros, ellos hacia la pista de baile y yo para escabullirme de nuevo, aunque esta vez tenía pensado hacerlo acompañado de algo más fuerte que una cerveza. Pero entonces Nela, con un entusiasmo casi desorbitado, se inclina sobre Laura, conspiradora.

—Ah, por cierto, tengo algo que contarte, Laura. ¿Sabes ese camarero guapetón que os ha tocado en esta mesa? Se llama Alberto y es el hermano de Karina. ¿La recuerdas? Son de aquí, de Bellota, pero estudió contigo en Bachillerato, una morenita...

—Sí, sí, la recuerdo. Lo que no entiendo es por qué lo haces tú.

—Pues porque son sobrinos de Paula, mi jefa.

—¡Leches, pues sí! Ahora que lo dices, alguna vez los he visto en la peluquería, sí. Y Paula me ha hablado de ellos —menciona Teresa, muy atenta ella a la conversación. Como todos, por cierto. Que yo ha sido oír nombrar al camarero y me he tensado entero, joder. Seré gilipollas...

—Bueno, vale —continúa Laura un poco asombrada—, es su hermano... ¿Y?

—Y me ha pedido tu teléfono después de preguntarme si tenías pareja o algo parecido.

—¿No se lo habrás dado?

—No, quería comentártelo primero. Pero es un chico supermajo, Laura. Tiene treinta y tres años, es comercial y los fines de semana echa una mano aquí, en el restaurante de su tío. Está divorciado...

—Por algo será —me escucho murmurar ya sentado, incapaz de dejar de torturarme con esta conversación. Y de paso, consiguiendo que Pedro se ría por lo bajo, Julián y Colás me miren asombrados y las chicas me fulminen con la mirada.

—Oh, cállate, Rubio. Se casó muy joven y... esas cosas pasan.

—Estoy contigo, Tere —asegura Nela—. Y a lo que íbamos... No tiene hijos, vive solo en un piso que heredó de sus padres y...

—¡Joder! Pero... ¿le has hecho una entrevista o qué? —alza la voz Laura, alucinada.

—Bueno... Solo unas cuantas preguntillas de nada. Es muy abierto y...

—Dios, y eso que apenas te he dejado sola —comenta Colás como al descuido.

—Ay, cariño... No te me pongas ahora celosillo, eh.

—No, no son celos. Es admiración, preciosa, de verdad.

—Ya te digo —dice Pedro entre risas—. ¿Has pensado en hacerte detective?

—Bah... ¡Hombres! Que sepáis que, de no conocer todas estas cosas y no estar casi segura de que es un buen chico, no estaría aquí ahora haciendo de celestina.

—Y lo haces genial, eh —ironiza Laura mientras pone los ojos en blanco—. Pero...

—Mira, habla con él y acepta una cita —insiste la novia—. ¿Cuánto hace que no tienes una? ¿Te acuerdas de cómo son, tan siquiera?

—Qué se va a acordar, si lleva dos años como monja de clausura —declara Teresa muy segura de sí misma, lo que, Dios, me hace tener que apretar muy fuerte los labios para no soltar una carcajada, tan llena de sarcasmo que daría pie a un montón de preguntas. ¿Laura, monja de clausura? Joder para las monjitas... Y casi apuesto a que ella está pensando lo mismo, o algo parecido, o quizá solo esté avergonzada hasta la médula, porque se tapa la cara con las manos y apoya la frente en la mesa, negando con la cabeza.

—Venga, no seas teatrera. —La sacude Nela por los hombros—. Y sal con ese chico, por Dios.

—Por Dios no, por ella. —Se ríe Teresa mirando hacia atrás, al susodicho—. Que está bien bueno... No me había fijado yo.

—Ni te tienes que fijar —masculla Julián.

—Por favor, Julián, Pedro Picapiedra a tu lado se queda corto —lo vacila Pedro entre risas—. El chaval es guapo... Desde un punto objetivo, claro. Laura, mujer, dale una alegría al cuerpo.

—En serio, ¿tú también? —le pregunto sorprendido. Y cabreado. Y tan atontado que no me doy cuenta de cómo ha sonado eso hasta que lo he dicho en alto.

—Yo solo quiero que lo pase bien. ¿Qué tiene de malo?

—Eso... ¿Qué tiene de malo? —Y es la misma Laura la que repite eso, cambiando su actitud de repente—. De hecho, puede que acepte esa cita.

Y justo en ese momento, la música cambia, de pronto, a un redoble de tambores que nos coge a todos por sorpresa. A mí quizá al que menos, porque hace juego con los latidos de mi corazón, que hasta los siento en las sienes, joder.

Va a salir con ese chico. Genial. Va a tener una cita. Bien. Es lo que yo quería, ¿no? Cada uno por su lado. Mil veces perfecto. Como tiene que ser.

Pues no, joder, no me hace ni puta gracia.

Observo, intentando olvidarme de lo impropio de mis pensamientos, como Nela se levanta ante ese sonido, corre a su mesa y regresa con el ramo de novia en sus manos. Se lo entrega a Laura con una inmensa sonrisa, y deja a esta última perpleja, con la boca abierta en una «o» perfecta y los ojos como platos.

—Pero... No, Nela. Yo...

—¿Tú qué? —le pregunta la novia con curiosidad.

—Ella no quiere casarse. ¿No lo sabías? —contesta Teresa con un resoplido. Pero Nela solo se echa a reír.

—Bueno... Pues no te cases. Pero seguro que serás la próxima en encontrar al hombre de tu vida. —Le guiña un ojo y compone una sonrisa del todo traviesa—. Lo que hagas con él después... Pues es cosa tuya.

Y entonces se oye el carraspeo de mi suegro, que parece divertido cuando Nela se vuelve hacia él, toda colorada, y comienza a balbucear.

—Uy, perdón, Abel. Me refería a... Vamos, que...

—Nada, Nela, nada. Yo, mientras no haga nada ilegal, ya estoy contento.

—¡Papá! —se queja Laura tras ese comentario—. Por favor...

—Oye, que soy perro viejo y sé que todos hacemos lo que podemos...

El que más y el que menos se ríe ante eso, pero yo solo puedo hacer una mueca extraña que no llega ni a ser un amago de sonrisa. Joder, si él supiera...

Pero aún no acaba ahí la cosa, porque, un par de minutos después, Nela nos sorprende de

nuevo rodeando la mesa y acercándose a nosotros con Colás a la zaga. Con un gesto, le pide a Pedro que se separe un poco de la mesa y luego le planta un pie en un muslo, mientras se recoge el vestido hacia arriba. Creo que los dos estamos igual de sorprendidos, pero es que además el poli no sabe qué hacer con sus manos y las mantiene en alto como si lo estuviesen arrestando. Es solo cuando la liga queda a la vista que Nela cesa en su movimiento y sonrío pícaro.

—Venga, sácala. Es para ti. Te dará suerte con esa chica misteriosa, ya verás.

—¿Qué? —le pregunta Pedro, pasmado. Y, en serio, no puedo sino sonreír porque nunca lo he visto en esta tesitura.

—Quítamela, anda. No seas remilgado ahora, hombre.

Y él, volviendo a ser el que todos conocemos, sonrío canalla y comienza a obedecerla, deslizándola lentamente por su pierna hasta sacársela por el pie.

—Suerte, Pedro. Joder, nunca pensé que te diría esto en cuestión de mujeres, tío —se chancea Colás, haciéndole justicia a ese buen humor que se gasta desde que volvió con Nela.

—Bueno... —El poli arquea una ceja y sonrío socarrón—. Suerte no sé si me dará, pero en principio ya le he acariciado la pierna a tu mujer, así que...

La colleja de Colás le cae justo en la nuca y logra que Pedro se queje en alto y se frote la zona, mientras todos los demás nos reímos con ganas. Sí, hasta yo.

Pero, casi dos horas después, de lo único que tengo ganas es de largarme. Olvidado ese buen rato y otra vez en la terraza con un cigarrillo a medio consumir, solo quiero irme a casa y beber en soledad hasta dormir del tirón, sin pensar en nada.

Laura ha bailado con todo aquel que se le ha puesto por delante, pero ahora mismo, hace cinco minutos, estaba en una esquina, coqueteando con ese dichoso camarero. Y él se la comía con los ojos, Jesús.

Y yo... Yo estoy muerto de celos, joder. Sí, de celos. Unos celos desconcertantes y completamente inapropiados, pero tan intensos que no puedo ignorarlos. Y que no comprendo. Porque yo solo la deseo, ¿no? Y los celos, esa enfermedad que yo nunca padecí, en todo caso siempre los vinculé a un sentimiento más profundo. Y no, no, no. Lo mío por Laura no es amor. Lo sé bien. El amor no se duda, se sabe. Es tranquilo, fácil. No se parece en nada a esta confusión con la que cargo ni a ese cúmulo de emociones contradictorias que me sacuden en su presencia. Esto es lujuria. Y rabia por sentirla. Únicamente eso.

Me arrepiento por enésima vez de no haberme ido con mis suegros cuando se marcharon con las niñas, de haberme dejado convencer por todos para quedarme hasta el final. De haberla empujado a otros brazos.

Aunque una parte de mí sepa que es lo correcto. Lo que quizá me cure de esto que siento por ella.

Laura

—Así que nada de cenar. Y de comer juntos, tampoco. ¿Quizás eres más de desayunos? Preparo un café de muerte, por si te interesa.

Suelto una carcajada ante la desfachatez de Alberto, pero no se lo tomo a mal. Sé que está intentando llevar con humor mi negativa a quedar con él, y la verdad es que hasta me hace gracia.

—No lo dudo. Pero no, lo siento, tampoco puedo aceptar.

Él sonrío resignado y continúa llenando de vasos la bandeja que carga. Lo cierto es que en las dos ocasiones en que se acercó a mí fue tan simpático, tan correcto, que no fui capaz de dejarlo con la palabra en la boca y lo acompañé mientras proseguía con su trabajo.

—Nela me dijo que no tenías pareja. ¿Tan mal te caigo? —pregunta alzando una ceja.

—No, para nada. Es solo que... no es buen momento.

—Entiendo. Acabas de salir de una relación —afirma, con una seguridad que me deja perpleja.

—Bueno... Algo así, sí.

—Entonces no insisto. Sé que no es fácil volver a confiar. U olvidar.

Asiento con una sonrisa cómplice, concedora de que lo suyo tampoco resultó, pero sin tocar el tema. No existe tal confianza, ni creo que la haya nunca.

—De todas formas, me ha encantado conocerte, Alberto.

—Lo mismo digo, Laura. Y ¿quién sabe? Un día quizá podamos seguir haciéndolo un poco más.

—Sí, quizá...

Nos separamos casi a la vez, él en dirección hacia donde sea que se lleva la cristalería a lavar, y yo hacia la mesa que ocupábamos, buscando con la mirada a alguien por allí. Localizo a Pedro, a Nela y a Colás sentados en ella, disfrutando de unas copas y hablando entre ellos. Chema estará perdido por ahí, fumando en la terraza acompañado de sus pensamientos. Ni lo busco ni lo pretendo. Aún estoy un pelín avergonzada por cómo lo abordé en la ducha. Conmovida por que cargara con parte de la culpa cuando ambos sabemos que no la tiene y... muy dolida por sus últimas palabras. Aunque esté siendo del todo coherente consigo mismo.

«Tiempo, Laura. Solo necesita tiempo. Y eso puedes dárselo a puñados».

Sacudo la cabeza y me prohíbo pensar en él. Hoy no quiero sentirme mal. Hoy es un día alegre, el día más feliz en la vida de mi mejor amiga. Y de Colás, al que se le nota a la legua. Ahí está, acariciándole el brazo a su mujer de arriba abajo y con la sonrisa más grande que le he visto jamás.

—¿Qué? ¿Habéis quedado? —ese es el saludo de mi amiga en cuanto me ve acercarme—. Dime que sí, que...

—No. No, pesada, no.

—Pero...

—Pero nada. —Incluso abro mucho los ojos y elevo las cejas un par de veces, a ver si se da por enterada de que quiero que deje el temita de una buena vez. Pues sí que se ha metido en su papel de Celestina, sí—. ¿Y Julián y Teresa?

—Vuelven en unos minutos. Se han llevado a Sofi con sus abuelos. Se quedó dormida en el suelo, qué ricura —me explica Pedro, mientras retira la silla de su lado para que la ocupe.

—Pobre... —Sonrío con ternura al imaginarme la escena.

—No, espera, Laura. Acompáñame al baño, *porfa* —me pide Nela antes de que esté sentada del todo. Pero aún no nos hemos alejado un metro de los chicos cuando ya adivino que su

intención no es solo usar el váter, si es que llega a hacerlo—. ¿Por qué no le has dicho que sí? Una cena, joder. ¿Tanto te costaba aceptar?

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—No hay quien te entienda. Y qué neura te ha entrado con el Alberto ese, por Dios. No hace tanto me dijiste que no diera a Rubio por perdido y ahora...

—La que no entiende nada eres tú, lista. Y tampoco tienes idea del poder de los celos. Estos son los que mueven montañas, y no la fe.

—¿Qué? —pregunto un poco perdida, al tiempo que entro en el baño, que, por suerte, está vacío. Bueno, de hecho, quedamos solo un puñado de invitados en el restaurante—. ¿De qué hablas ahora?

—De celos. ¡Celos! Hay que usar la artillería pesada, cariño. Y créeme, los celos lo son.

—Oh... ¿Querías que saliera con Alberto para darle celos a Rubio?

—Joder... Lo que has tardado —susurra ella rodando sus ojos mientras se sube el vestido hasta la cintura. Tengo que aguantar la risa cuando la veo hacer malabarismos para sujetarlo ahí con las dos manos y conservar el equilibrio para mear sin tocar el retrete.

—A ver, que te ayudo —le digo divertida, echándole mano al traje para que ella pueda, al menos, apoyarse en una pared.

—Dios... ¡qué gusto! Llevo horas con ganas de hacer pis.

—¿Y por qué no has venido antes?

—¿Y yo qué sé? Creo que me daba pena perderme algo ahí fuera.

Ahora sí que me río. Con Nela es imposible permanecer mucho tiempo seria.

—Bueno... —retomo la conversación mientras se lava las manos—. ¿Así que querías usar al pobre Alberto? Eso es muy feo, Nela.

—Bah. Le iba a importar mucho a él pasar un rato contigo...

—No se trata de eso. Se trata de que no está bien salir con alguien para conseguir a otro. Joder, es que, si lo piensas bien, no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Y qué lo tiene aquí? ¿La actitud de Rubio? Que, de la noche a la mañana, se le haya dado por hacer el papel de viudo afligido. Por favor...

—Nela, no digas eso —susurro, pasmada ante su tono cínico, por no hablar de que lo que acaba de decir es hasta insultante—. ¿Desde cuándo eres tan cruel?

—¡Desde que sufres por él, joder! —chilla, y luego coge una bocanada de aire y la deja salir en un suspiro—. Lo siento, perdona. Sí, ha sido cruel. Y una gilipollez. Sé que Rubio adoraba a Clara, es solo que... no lo comprendo. ¿Tú lo haces?

Niego con la cabeza mientras me muerdo el labio inferior, aunque la verdad es que sí comprendo lo que le pasa. O me lo imagino, vamos. Solo que, con Nela, esto me lo guardo. Solo le dije que el día del aniversario de la muerte de Clara algo hizo clic en su cabeza. Lo que, de todas formas, también es cierto.

—Es imposible que un día estéis genial y al día siguiente... corte por lo sano —murmura ella, pensando en voz alta.

—Sí, supongo.

—Sin un motivo...

—No lo hay. Salvo...

—Sí, sí... La puñetera fecha. —Me mira y sonrío casi maléfica—. ¿Y estás segura de no querer ir a cenar con Alberto? ¿Ni una comidita rápida? ¿Un café?

Suelto un bufido casi divertido, muy a mi pesar.

—Joder, hasta os parecéis. —Pero ante su arqueo de cejas, ni me molesto en explicarme—. Y

ahora vamos a dejar el tema, ¿vale? Los dos. Hoy es el día de tu boda y me niego a seguir jodiéndolo con esto.

—Vale, no voy a ser yo la que te lleve la contraria. Porque ¿sabes qué, Laura?

—¿Qué, Nela?

—Que me he casado, tía. ¡Con Colás! ¡Aún estoy medio flipada!

—Lo que estás es chiflada, cariño. ¡Chiflada! —le digo entre risas.

Y aún seguimos riéndonos cuando llegamos de vuelta a la mesa, donde ya no hay nadie. Los encontramos en la terraza, a todos, Chema incluido.

—Ah, aquí estáis —dice Nela a mi lado, mientras camina ya hacia ellos.

Colás y Pedro, de espaldas mirando hacia el jardín, se giran al oírlos y nos sonríen. También lo hace Julián, que ya ha regresado y está apoyado en la barandilla, con su mujer entre sus piernas y un brazo alrededor de su espalda. Ella se apretuja contra él, descansando una de sus mejillas en su pecho y sus manos bajo su chaqueta, al parecer buscando más calor que afecto, porque tiene el chal sobre sus hombros a modo de manta.

A su lado, Chema, serio, mira hacia lo lejos con las manos en los bolsillos. Compongo mi mejor sonrisa y me dirijo a ella.

—Bébetelo algo, Teresa, ya verás como se te pasa enseguida el frío —le aconsejo por propia experiencia. Y tampoco he bebido tanto, eh, que algo he aprendido de la última vez.

—Ya. ¿De verdad tú no lo tienes? —me pregunta la morena, observando con asombro mis brazos desnudos.

—No, para nada. De hecho, estoy acalorada.

—Como para que no lo estés —se burla Pedro poniéndose a mi lado y pasándome un brazo sobre los hombros—. Has bailado más que John Travolta en sus mejores tiempos.

Suelto una carcajada y abro el bolso para sacar el tabaco.

—Exagerado. Y al final, chicos... —continúo, dirigiéndome ahora a los novios y haciendo una pequeña pausa para encender el pitillo—. ¿Os vais o no de luna de miel?

Porque, vamos, ese asunto parece el misterio del Santo Grial. No hay manera de sonsacarles nada.

—Pues no —responde Colás, mientras abraza a su mujer por detrás y apoya la mandíbula en su hombro.

—Jo, qué pena. Toda pareja necesita unos días a solas. Y vosotros, al ir a vivir con la madre de Nela, pues... —interviene Teresa.

—Es que ahí está la cuestión —explica Nela con un brillo especial en los ojos—. Mi madre nos dijo la semana pasada que se muda con la abuela y con mi tía. Esta misma noche. Me lo venía venir. Desde que su hermana se quedó viuda, las visitaba a menudo, pero no así, tan de repente... Ahora ha decidido cedernos la casa a modo de regalo de bodas. Lo cierto es que yo sé que esa casa no le traía demasiados buenos recuerdos y nos ha confesado que espera que nosotros podamos llenarla de niños y alegría.

—Joder, pero eso está genial. —Julián parece pensar sus palabras, porque comienza a desdecirse—. A ver, que tu madre se vaya a vivir a casi cincuenta kilómetros no, y lo de los malos recuerdos... tampoco, claro. Pero que os la haya regalado... Eso sí, ¿verdad?

Colás se ríe por lo bajo, pero Nela solo sonrío con cariño y se acerca a besarle la mejilla.

—Ay, eres un amor, cuñado, de verdad. Y sí, me va a costar no estar siempre pendiente de ella, pero también sé que es para bien y nosotros... pues nosotros...

—¡Estrenaréis en condiciones cada esquina de esa casa! ¡Como tiene que ser! —exclama Pedro antes de silbar con dos dedos—. ¡Vivan los novios!

—¡Vivan! —lo coreamos entre risas, aunque Chema ni se molesta en hacer el amago. De hecho, tiene el ceño fruncido y la vista clavada al frente en un punto fijo. En... ¡vaya! En la mano de Pedro que cuelga sobre mi clavícula. De repente, parece salir del trance y me mira un instante a los ojos para, acto seguido, bajar estos al suelo, superinteresado en la punta de sus zapatos.

Pero... ¿qué le sucede ahora? ¿En qué piensa? ¿Son imaginaciones mías o...?

—¡Ni de coña! —oigo protestar a Colás sin saber sobre qué. Me he perdido parte de la conversación hablando conmigo misma—. Como te atrevas a aparecer por allí en estos quince días, te juro que te mato, Pedro.

—Pero... ¿ni a un desayuno rápido? Venga, hombre, que cuando salgo de la guardia de noche...

—Pedro, por Dios, para, te vas a ganar un sopapo —le pide Teresa entre risas—. Y oye, si no queréis salir, mandáis un wasap y yo me encargo de haceros la compra y dejároslo en la puerta. Sin problema, eh. Os merecéis dos semanitas para vosotros... Desde luego que sí. Hasta os puedo preparar algo caliente. Sí, eso haré... Unos táperes de comida casera seguro que los agradeceréis.

Nela y Colás se miran entre ellos sonrientes y luego a su cuñada.

—No te imaginas el regalazo que sería eso, Teresa. Estaríamos tan agradecidos que...

—¿Que nos devolveríais la pasta que ya os hemos dado? —se cachondea Julián, haciendo que los pobres se quedan un poco a cuadros—. Era broma, era broma...

—Ya te vale —protesta su mujer y le da un cariñoso manotazo en el pecho—. Y contad con ello, chicos. Os cocinaré y me ocuparé de...

—¡Yo también! —exclamo saltando sobre mis pies, emocionada—. Yo también...

—Eh... Que se trata de que recuperemos fuerzas, no de que nos mates. Y tu fama en la cocina... —dice Colás arrugando la nariz, para luego soltar una carcajada ante la cara que se me ha quedado.

—Serás cabronazo... No hablaba de cocinaros, sino de las compras... Ahora os fastidiáis...

—Oye, que yo no he dicho nada —protesta Nela, aguantándose la risa—. Y no cocinas tan mal, mujer...

—¿No lo hace, Rubio? —le pregunta Colás, que sigue con la chanza.

—No, tan mal no. Peor —asegura el muy capullo con una sonrisa maliciosa, logrando que todos se rían. Menos yo, claro. Aunque lo cierto es que tengo que disimular una sonrisa que no puedo evitar.

—Otro más que lo va a pasar genial a base de bocadillos a partir de ahora —lo amenazo, siguiendo con la broma. Y él arquea las cejas desafiándome a que lo haga. Lo apunto con un dedo y... me echo a reír—. Joder, es que es verdad, cocino fatal. El otro día olvidé echarle el agua al arroz. ¿Puede hacerse algo más estúpido?

—Mujer, cualquier día puedes chamuscar el agua cuando la pongas a hervir. —Se ríe Colás, haciendo rebotar su cabeza contra el hombro de su mujer. Vamos, es que el tío se parte.

—Pero qué gracioso, por Dios. ¿Sabes, Colasito? —siseo fingiéndome ofendida—. Me gustabas más sin Nela, eh. Al menos entonces eras un hombre serio que nunca se metía con nadie.

Justo al acabar de hablar, caigo en la cuenta de que quizás me haya pasado. Aunque esa sensación, por suerte, no me dura mucho, pues ya está el tío tronchándose de nuevo.

—Habla por ti, Laura, habla por ti —dice su hermano rodando los ojos.

Nos reímos todos de nuevo hasta que la música, ya no demasiado moderna, cambia de forma radical.

—¡Hostias! —flipa Julián—. ¿Eso es un pasodoble?

—Pues sí —contesto yo mirando hacia dentro.

—Joder, nos quieren echar —prosigue el moreno y me hace reír—. Pero se van a enterar. Teresa, tú y yo vamos a bailar eso ahora mismo.

—Pero ¿sabes? —le pregunta su mujer con picardía.

Pero él solo bufa y la arrastra hacia dentro mientras ella se carcajea.

—Yo esto no me lo pierdo —comenta Colás, ya tirando de Nela.

—Hasta podemos apuntarnos —le dice ella—. Venga, *porfa*...

—Uff... Pero solo un rato, eh.

—Bueno... Pues ya tenemos espectáculo —bromea Pedro—. ¿Entramos? Así de paso pillo algo de beber.

—Sí, sí, ahora voy —contesto y le enseño el segundo cigarrillo recién encendido, ante lo que el poli meneaba la cabeza con reprobación antes de seguir a los demás.

—Anda, trae —me sorprende Chema robándomelo y encogiéndose de hombros a continuación—. Me he quedado sin tabaco.

Y yo enarco las cejas, pero sonrío al verle darle una calada con muchas ganas. Entonces pienso que debería volver adentro, pero mis pies no se mueven, esperando a que él me hable como siempre. Como si esta última horrible semana no hubiese existido. ¿Es mucho pedir?

—No se merecen menos, ¿verdad?

—¿Ehh? ¿Qué? —pregunto sorprendida de que mis deseos se hayan hecho realidad y sin entender muy bien su frase.

—Colás y Nela... Lo han conseguido. —Sonríe y me guiña un ojo.

Sonríe como una tonta. Y la definición es exacta. Debo de tener cara de pánfila, joder.

—Laura.

Me doy la vuelta intrigada al oír mi nombre y sonrío por educación al ver venir hacia mí a Alberto, luciendo ya la camisa un poco desabrochada y sin rastro de la pajarita.

—Yo ya he acabado por hoy —me dice al llegar a mi lado—. Pero no quería irme sin darte esto. Por si cambias de opinión.

Deja en mis manos una servilleta con un número apuntado y se despide con una sonrisa preciosa.

—Hasta luego, espero.

—Hasta luego, Alberto —le contesto yo, sin saber muy bien qué más decir, sobre todo con Chema como testigo.

Una parte de mí me insta a que acepte ya esa cita en sus morros, pero la otra... Esa de antes, la idiota, se calla y sabe a ciencia cierta que no podrá quedar con nadie mientras no dé lo nuestro por imposible.

—¿Vas a salir con él? —me pregunta Chema haciendo que lo mire, pues me había quedado con la vista perdida en el suelo. Lo observo morderse el labio con fuerza y apartar sus ojos de los míos, como si se arrepintiera de lo dicho.

—Pues... no sé. No creo —respondo sin pensar, pendiente de su expresión.

—Quizá deberías —susurra él apretando la mandíbula.

Lo observo sin pestañear hasta que lo veo sonreír de lado, tan brevemente que no sé si me lo he imaginado. Hasta que habla de nuevo.

—Aunque si sigues apretando así el papel, vas a acabar por perder el número.

Aflojo la mano que ni me había percatado de que estrujaba la servilleta. Es que odio que haga eso, que me lance a otros brazos. Y no es la primera vez. ¿De verdad no le molestaría? ¿Nada en absoluto? Me niego a creerlo.

—Parece buen tío... —comento y me encojo de hombros.

—Sí, eso dicen. Además, al final uno nunca sabe quién va a ser el amor de su vida, ¿no? —me suelta él de corrido, antes de rascarse la nuca y fijar su vista en un punto por detrás de mí.

—¿Ah, no? ¿No se sabe? —me escucho decir, dolida y enfadada, aunque escondiendo estos sentimientos como acostumbro—. Creí que tú sí lo sabías.

Su cara es todo un poema ante mi frase. Me mira con los ojos muy abiertos y pestañea medio aturdido. Incluso abre la boca para hablar, pero no le sale nada. Y cuando yo ya me he mordido la lengua por bocazas y él parece por fin capaz de emitir algún sonido, Pedro grita desde la puerta.

—¿Qué? ¿Vosotros entráis o no? Julián lo está dando todo, tenéis que verlo.

Y a Chema parece que le hayan presionado algún interruptor porque, casi acelerado, se encamina a la puerta.

Lo dicho. Soy idiota. ¿Qué coño pretendía?

CAPITULO 22

Laura

Me suena el despertador un poco antes de lo normal, pese a que es festivo. Hoy es el día. Ese para el que las niñas han estado ensayando durante el último mes, ese que les hace especial ilusión. Y no solo por la fiesta que habrá después, sino porque se mueren por subir al escenario y enseñarnos a todos lo que tienen de artistas. En el caso de Llara no me resulta extraño que así sea, pero lo que no deja de sorprenderme es que Marta se haya prestado a esto de tan buena gana. Ayer incluso le costó un montón quedarse dormida. Decía que estaba nerviosa por tener que cantar ante tanta gente, cuando a nosotros lo que nos resulta extraordinario de verdad es que tan siquiera quisiera hacerlo.

—¡Venga, arriba, dormilonas! ¡A desayunar! —les digo con voz cantarina, mientras abro la persiana de su habitación.

—Buenos días, tía —contesta Marta, ya sentándose en su cama.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien?

—Bueno... —Se frota los ojos y baja con rapidez de su litera para zarandear a su hermana, que sigue dormida—. Vamos, Llara, despierta. Tenemos mucho que hacer... Vestirnos, desayunar e ir a misa, a ver al abuelo. Y luego comemos con Lidia, para irnos luego al polideportivo y que la profe nos diga en qué puesto nos toca. ¡Llara, arriba!

La pequeña se hace un poco la remolona, pero, confiando en que Marta consiga levantarla, salgo del cuarto para ir a la cocina y calentarles la leche.

—Oh, perdón.

Es Chema el que se disculpa tras atropellarme en el pasillo. Me rodea un instante con sus brazos y luego me suelta deprisa, cuando cae en la cuenta de que es a mí a quien está abrazando. Nos miramos a los ojos un fugaz instante, me sonrío tímido y, con la misma prontitud, comienza a andar para alejarse de mí.

Vamos, la mismita actitud que desde hace unas semanas, acentuada a raíz de aquella inacabada conversación el día de la boda. Y de la que me arrepiento cada puñetero segundo, sobre todo porque siento que aquello fue una falta de respeto hacia mi hermana mucho más grande que enamorarme de su marido y acostarme con él. ¿Tiene algún sentido? Supongo que no, pero en los sentimientos nadie manda y yo he aprendido muy bien esa lección.

—Venga, que el desayuno ya está —les dice a las niñas apoyándose en su puerta—. Y he hecho tortitas.

—¿Con pepitas de chocolate, papi? —pregunta una Llara que parece haberse despejado de repente.

—*Nop*. Lo siento. La última vez fue a vuestro gusto, ¿recordáis? Pues hoy las he hecho sin chocolate, como las prefiere la tía.

Ay, mamá... Pero ¿cómo no voy a quererlo? A pesar de que aparenta mostrarse cada vez más distante y frío, cada día me enamora un poquito más. Porque, al mismo tiempo, creo que, sin siquiera advertirlo, tiene una serie de detalles que me mantienen enganchada a él, en los que quizá vea más de lo que hay, pero... En fin... La esperanza, esa pequeña arpía.

—Ufff... Pero nosotras somos dos, debería ganar la mayoría —protesta ahora Marta, haciéndome sonreír.

—Bueno... La próxima vez serán con pepitas. Prometido.

—Pero, papi... No entiendo. Si a la tía le gusta el chocolate...

—Sí, pero por separado, y eso también lo sabéis —les explica él con paciencia—. Y ahora

venga, a desayunar. Ya.

Los adelanto sonriendo como una tonta y le tiendo una taza de café a Chema en cuanto pone un pie en la cocina.

—Toma. Qué menos que servirte después de todo este despliegue —le digo, ya ocupada en coger una tortita de la fuente que hay sobre la mesa, donde también están las tazas con la leche de las niñas y mantequilla y mermelada para quien la quiera.

—Bah, no es nada. No podía dormir.

Lo miro, pero no comento nada sobre el tema, aun a sabiendas de que eso parece sucederle a menudo. Cuando no madruga un montón, lo siento andar por casa a las tantas de la madrugada. La de veces que he estado tentada a levantarme e ir en su busca, todas ellas imaginándome cómo seducirlo, aunque conformándome con poder mantener una de aquellas conversaciones que alargábamos durante horas.

Pero no he sido capaz. Y eso que ya no estoy tan segura de si rechazaría una de las dos posibilidades. Porque esa es otra... Chema se aparta, sí, pero más de una vez lo he pillado mirándome con una intensidad que asusta. En sus ojos puedo atisbar un deseo tan crudo que hasta me resulta violento, pero otras veces se queda mirando un punto fijo ensimismado, fulminándolo más bien. Miradas, todas ellas, que cambian de repente en cuanto se da cuenta y vuelve a actuar como siempre. O, más bien, como de una temporada a esta parte.

Está raro, sí. Muy raro. Por eso yo me mantengo quietecita... Esto que tenemos es una copia deslucida y vacía de lo que podemos ser, pero lo prefiero a nada, y me aterra forzar las cosas. Porque de hacerlo... después, ¿qué?

¿Se arrepentiría de nuevo? ¿Me rechazaría otra vez? ¿Volveríamos a esta amabilidad que comienza a resultarme empalagosa y artificial?

—Tía Laura... ¡Tía!

—Ah, perdona, Marta, ¿decías...?

—Te hablaba papá —explica ella y lo señala con la barbilla.

—¿Qué? Dime.

—Que a qué hora es el festival. ¿A las cinco o a las seis? —me pregunta él.

—Cinco y media. Por lo visto, se alargará algo más de dos horas y no querían terminar de noche. Después ponen algo de picar para los niños y...

—Uy... Pues no sé si lo conseguirán —comenta mirando por la ventana—. Va a llover y desde que se cambió la hora...

—Ya. —Cojo otra tortita y le doy un buen bocado—. Mmm... Están riquísimas.

Chema sonríe un tanto cohibido y Llara comienza a hablar con la boca llena.

—Rica estaba...

—Traga primero, Llara —la reprende su padre.

—Rica estaba la comida de ayer, Mina —me dice en cuanto obedece a Chema.

—Vaya, gracias. —Sonrío mientras observo como Chema vuelve su vista hacia la ventana, y algo me impulsa a buscar su aprobación—. ¿A ti también te gustó, Rubio?

—¿Eh? Sí, sí. Estaba buena —me contesta mirándome un instante y jugando luego con su taza de café—. Al final le vas a coger el gusto a cocinar y todo, ya verás.

—Ay, lo dudo. —Me río ahora un poco incómoda—. ¿Y qué, niñas? ¿Nerviosas?

Marta se encoge de hombros y Llara sonríe con toda la boca.

—¡Qué va! Voy a ser una mariposa superguay. Y no se me va a olvidar mi frase —comenta la pequeña antes de darle un sorbo a su leche.

—De eso estoy completamente seguro —la anima Chema—. Y Marta también va a hacerlo de

maravilla.

La aludida vuelve a encogerse de hombros y se dedica a remover el cacao que acaba de echar en su taza.

—Lo vas a hacer genial, en serio —la aliento yo mientras le acaricio un hombro.

Ella no me contesta y se lleva la taza a los labios, pero no deja de mirarnos a su padre y a mí, moviendo solo los ojos y frunciendo el ceño. Bebo de mi café para darle tiempo a que suelte eso que sé que quiere decirnos. Pero ella aún se come otra tortita antes de darnos el gusto.

—¿Y si no os gusta la canción? —nos suelta con la vista clavada en la mesa—. ¿Y si...?

—Nos va a encantar —la interrumpo. Y miro hacia Chema esperando que me imite y le dé esa confianza que la niña parece necesitar.

—¿Por qué no nos iba a gustar? —le pregunta él en cambio, entrecerrando los ojos.

Marta se encoge nuevamente de hombros. Y yo pienso en una respuesta a la pregunta de Chema, pero no se me ocurre ninguna. No hay ningún motivo para la duda de mi sobrina. Por muy horrorosa que pueda ser la canción, una que no ha querido desvelar en ningún momento, a nosotros nos va a parecer preciosa si es ella quien la canta. Además, en eso, por suerte, ha salido a su madre y tiene una voz preciosa.

—Marta... —comienza a decir su padre.

—Al final se nos va a hacer tarde como no os apuréis. Ya veréis —lo corta ella levantándose muy apurada y, tras beberse la leche con la misma prisa, camina hacia el pasillo—. Venga, vestíos rápido.

Intercambio una mirada significativa con Chema. Pero él acaba por quitarle importancia al asunto meneando la cabeza y terminándose su café.

Llevo la vista hacia las banderitas que cuelgan sobre mi cabeza, recorriendo el techo de lado a lado sin demasiado orden. De las paredes también penden infinidad de globos y, al fondo, dos enormes columnas, llenas de ellos y de flores de papel, enmarcan el improvisado escenario. Nosotros estamos sentados en la primera fila de la grada, aunque han colocado muchísimas sillas delante, que convierten la cancha de baloncesto en un auditorio en el que se ha congregado medio pueblo.

—Lo han dejado precioso —susurra Lidia a mi lado.

Mi padre, sentado junto a ella, se aproxima mucho a su cuerpo para escucharla y asiente con la cabeza. Se ha cambiado el uniforme que lucía por la mañana para asistir a la iglesia y a la comida con sus compañeros. ¡Qué guapo estaba! Porque sí, hasta yo fui a esa misa. O, al menos, a la que se celebró aquí, en el Pilar. Él ha hecho doblete, que en Luarca, donde tienen el cuartel, han acudido a otra, tal como acostumbra. Pero este año aquí todo es especial, el pueblo festeja sus tres siglos junto con el día de la Patrona. Por eso, la Guardia Civil no podía faltar al acto, claro, y fue muy bonito verlos formar a las órdenes de su Comandante de Puesto. Aunque, ahora, en vaqueros y polo, no desmerece tampoco. Parece más joven, más... accesible. Lo cierto es que desde que está con Lidia yo lo encuentro cada día más jovial. Rejuvenecido. Y más feliz. Eso se le nota hasta en la mirada. Y entonces una pregunta un tanto absurda me viene a la mente y, evidentemente, no me planteo no dejarla salir.

—Oye, Lidia, ¿papá te deja hablar en el coche?

Ella me mira extrañada y, por suerte, mi padre le comenta algo al señor que se sienta a su otro lado, porque no quiero ni imaginarme la cara que habría puesto al oírme.

—¿Hablar? ¿En el coche?

—Sí. Hablar... Ya sabes, charlar. Hacer comentarios...

—Pues claro. —Frunce el ceño y sonríe medio alucinada—. Solo faltaría.

—Vale, vale. —Pues genial, al menos con ella es más flexible. O quizá sea que...

—Aunque... Espera —vuelve a decirme ella, pensativa—. Ahora que lo pienso... Creo que no le gusta mucho que lo haga. Salvo algún gruñido, apenas me contesta. Vaya... Es más, estoy cayendo en la cuenta de que en el coche prácticamente he dejado de intentar mantener una conversación, porque...

Mi risa la interrumpe. A ver, que no es que me alegre de que ella siga cargando con sus manías, pero una parte de mí sí lo hace de que siga siendo el mismo, con sus excentricidades incluidas.

—Vale, ya lo entiendo. Una de sus rarezas, ¿no? Pues podía habérmelo dicho.

Asiento entre risas y ella se me une meneando la cabeza. Luego, sin más, se inclina hacia él y le da un sonoro beso en la mejilla.

—¿A qué viene esto? —cuestiona mi padre con los ojos entrecerrados.

—A que te quiero —le dice ella.

—Ajá. Yo también, cariño. Yo también.

Sonriendo como una boba tras oírlos, miro de nuevo hacia el escenario.

—La verdad es que está todo chulísimo —señalo, fijándome en la escenografía tras las tablas. Un enorme cóctel de frutas gigantes en colores chillones—. Comenzarán con los más pequeños, ¿no? —le pregunto a Chema, que creo que se ha sentado a mi lado solo para que no lo hiciera su madre, que ocupa el lugar siguiente.

—Supongo —contesta mirándome con las cejas levantadas y una mueca. Y luego gira la cara para comentarles algo a Julián y Teresa, una fila por encima de nosotros.

Me concedo unos segundos para contemplarlo. Otro que está más guapo cada día. Y más inalcanzable. En ocasiones, como ahora mismo, lo único que me tienta es darle una colleja y hacerlo reaccionar, pero luego, como también hago en este momento, aparto la vista y suspiro resignada. Contra todo pronóstico, he aprendido a reprimir mis impulsos, a morderme la lengua y a esperar... Siempre a esperar algo que no llega. El momento en que se decida a decirme que no me quiere de ninguna manera en su vida, algo que temo que ocurra aunque no quiera pensar en ello; o a que vea... A que me vea. Que se dé cuenta de todo lo que nos estamos perdiendo.

Se apagan las luces de repente y se encienden unos focos en el escenario. Y yo lo agradezco de corazón, para volcar mis cinco sentidos en disfrutar del espectáculo y dejar descansar mi angustiada mente.

Los niños de tres años son los primeros en salir, cantando a coro una canción sobre frutas y verduras, vestidos como ellas y causando risas con sus salidas de tono y su baile mal sincronizado.

En segundo lugar salen los de cuatro añitos, disfrazados de animales y escenificando una fábula popular. Ahora, tras ellos, nos muestran un cielo de un azul exagerado y hierba muy verde. Para ser tan pequeños, lo hacen realmente bien, y nos damos cuenta de todo el trabajo que hay detrás.

Al acabar, alguien deja caer otra tela pintada, donde se pueden ver cientos de flores de distintos tamaños en ella. Y sé que le toca a Llara actuar.

No se le olvida la frase en la pequeña obra de teatro que representan, y luego se dedica a aletear en una esquina tal como ha ensayado. La sonrisa que no borra en ningún segundo de su cara me hace sonreír a mí, porque sé que está disfrutando un montón de sus minutos de gloria. Ser el centro de atención nunca le ha supuesto ningún problema. Al final va a tener en común conmigo

algo más que su físico.

Miro hacia Chema y espero que se digne a hacer lo mismo, para poder compartir con él una mueca o sonrisa orgullosa, pero no tengo tanta suerte. Él solo parece pendiente de su niña y, cuando se gira para hacer un comentario, es a su madre a quien se lo hace.

Ignoro el pinchazo en el pecho y busco esa complicidad en Lidia, que está ahí al instante, como si hubiese estado esperando el momento. Me guiña un ojo y su enorme sonrisa llena de ternura es secundada por mí. No me olvido de Teresa, ya que su niña también ha bordado su papel. Las dos nos sonreímos contentas antes de mirar de nuevo al frente.

—Al final, las alas nos quedaron genial —insisto un segundo después, acercándome mucho a Chema para que me oiga.

—¿Eh? Sí. Trabajo nos dieron. —Sonríe él en mi dirección. Y aunque no tarda en volver su vista hacia delante, mira..., ya me ha contentado.

Cuando la clase de Llara abandona la escena, no es Marta quien la ocupa, tal como esperaba si el orden era por edad, aunque sí lo hacen el resto de niños de su clase, que comienzan a bailar al ritmo de Lady Gaga.

Más risas, más aplausos y el espectáculo continúa.

Tras un pequeño descanso en el que hemos salido a fumar un cigarrillo fuera, es Maribel, la profesora de Marta, la que accede al escenario. Con micrófono en mano y una sonrisa en la boca, nos agradece nuestra asistencia y nos anuncia lo que disfrutaremos a continuación.

—Después de que cada una de nuestras clases nos amenizara la velada con representaciones de lo más variopintas y excepcionales, ahora vamos a tener la maravillosa oportunidad de apreciar varios de los talentos de algunos de nuestros alumnos. Un gran aplauso para cada uno de ellos por su valentía de presentarse solos ante todos nosotros, y espero que lo disfruten. En primer lugar, oiremos una interpretación al violín por parte de Mateo. Espero que os ponga el vello de punta, como ha hecho con todos nosotros en cada uno de sus ensayos. Con él os dejo.

Un aplauso enorme y un niño con toda la pinta de ser el empollón de clase sale con un violín al hombro. Lo cierto es que toca como los ángeles y, aunque no soy mucho de música clásica, hasta yo puedo decir que me deja flipada su manera de sacar tal melodía de un instrumento al que nunca le he dado el valor que se merece. El silencio en el recinto es total, solo roto por las notas que el chaval saca de su violín de una forma magistral. Y entonces no puedo sino preguntarme cómo tocará Chema el piano. ¿Con la pasión e imaginación que derrocha en la cama? ¿Con la pasividad que parece forjar últimamente sus días? ¿O tal vez con la alegría y encanto que desprende cuando se permite ser él?

Sacudo la cabeza al caer en lo que estoy pensando y me centro en ese jovencísimo genio que continúa con su magia.

Cuando la última nota todavía vibra en el aire, rompemos en aplausos y la profesora vuelve a salir para felicitarlo y hacerle un par de preguntas que, al ser contestadas por el pequeño artista, hacen sonreír al público.

Y entonces presenta a Marta. Explicando algo sobre la canción a lo que no presto atención, pues mis ojos ya la han reconocido parada muy tiesa en una esquina de la tarima y solo puedo mirarla, apreciando su nerviosismo y mandándole mentalmente un montón de buenos deseos y gritos de ánimo, a la vez que una inmensa ternura me insta a que me levante y corra a abrazarla. Cosa que no hago, claro, porque algo así estoy por apostar que a Marta no le haría ninguna gracia.

Mi sobrina camina hacia el centro al oír de nuevo su nombre y recoge el micrófono que su profe le tiende junto con una sonrisa alentadora.

Comienza a sonar una música que, en principio, no identifico, y espero impaciente a oír su voz.

Me paso toda la primera estrofa con una sonrisa tonta en la cara, estupefacta ante lo bien que canta y maravillada por lo cómoda que parece haciéndolo. Noto a Chema tensarse a mi lado, pero no le doy importancia a ese hecho, concentrada en mi pequeña, que mira al frente mientras su chorro de voz se eleva y decae, se mece a sí misma y se hace dueña del escenario.

*La más bonita sin duda eres tú
La más auténtica de todas, tú
Si tú me abrazas no existe el dolor
Si tú me hablas yo entro en razón
(...)
Cantaré por una sola razón
Ver la luz que envuelve tu corazón
Cantaré al alba nuestra canción
Te diré que siempre serás
El alma de mi corazón, me basta tu amor*

*Que no soy fácil, lo sabes muy bien
Que me has cosido las alas también
Que sin tus manos no puedo vivir
Que con tu calma consigo seguir
Con solamente mirarme una vez
Guías mis pasos allá donde voy
Y es que el pilar de mi vida,
Tus ojos azules son mi religión
(...)
Tú la que me hace reír otra vez
Tu caballito desbocado, ves
Quiere decirte te quiero*

*Yo te prometo que todo irá bien
Que eres el ángel que guarda la fe
Que tengo en todos mis sueños
Que tengo en todos mis sueños.*

Es una canción de Amaia Montero, escrita y cantada para su madre. *Te voy a decir una cosa.* La información me llega de repente, en cuanto la letra pasea por mi cerebro y baja al corazón. El caer en ello hace que un escalofrío me recorra entera, pero, aun así, no percibo que estoy llorando hasta que la música cesa. ¡Dios! No solo es que sus palabras emocionen, sino que la ha cantado con tanto sentimiento, como si la viviera... Y es tan bonita... Mi sobrina, digo, no la canción. Que también lo es, a ver... Pero... Joder.

Me limpio las lágrimas a manotazos, deprisa, sin mirar a ningún sitio que no sea el escenario, donde entra de nuevo Maribel y le da un abrazo a Marta.

—Muy bien, cielo, muy bien—se le escucha decir entre los aplausos.

La niña sonríe tímida y baja la cabeza mientras le entrega el micrófono.

—Y dínos, Marta—prosigue la profesora cuando se hace el silencio—, esta canción con la que nos has maravillado está dedicada a alguien muy especial, ¿verdad?

Ahora soy yo la que se tensa, porque sé lo que supone para ella contestar a esa pregunta. Y Chema todavía lo hace más; aprieta los puños encima de sus rodillas y se echa un poco hacia delante, como si quisiese levantarse e ir a por su hija.

Pero, para mi sorpresa y para todos los que conocemos a Marta, esta esboza una leve sonrisa y se acerca con soltura al micrófono que le acerca su maestra.

—Bueno, es para mi madre, que está en el cielo. Pero también... —Ahí titubea y baja un momento la mirada al suelo, para luego dirigirla hacia la mujer que espera a su lado sonriendo con ternura.

—Puedes decir lo que quieras, cielo —la alienta la profesora, y luego sigue en un susurro que es oído por todos—. Eso que me dijiste ahí dentro es muy bonito.

Y entonces la pequeña se arma de valor y cuadra los hombros para hablar directamente hacia el público, buscándonos con la vista y localizándonos.

—También... También quería dedicársela a mi tía Laura. Porque... Porque ella ahora es como si fuese mi mamá. —Vuelve la mirada hacia su interlocutora y se encoge de hombros—. Es que hace las cosas que hace una mamá, ¿sabes? Así que es justo que se la dedique también a ella, ¿verdad?

—Claro que sí, cielo. Es muy justo —le dice Maribel con una dulzura desmesurada, mientras dirige una fugaz mirada al lugar donde estamos.

Yo cojo aire muy rápido y me doy cuenta de que llevaba sin respirar un buen rato. Lo exhalo en un suspiro inmenso y, mientras la esporádica presentadora despide a la niña, miro hacia Chema, pues está tan tieso a mi lado que parece que vaya a romperse de un momento a otro. Ni siquiera me molesto en limpiarme las lágrimas que siguen corriendo por mis mejillas, porque temo perderme el mínimo cambio en él. Siento la mano de Lidia apretando una de las mías, pero no me giro hacia ella, aguardando esa reacción que tiene que llegar. Que me mire un instante, o que resople, o que suelte un taco... Cualquier cosa menos esa pose inmóvil y ese silencio casi opresivo.

Solo que, cuando se recupera de lo sucedido y me la da, no me siento para nada mejor que antes. Chema vuelve lentamente la cabeza hacia mí y... parece desolado. Sus ojos son como dos pozos sin fondo, vacíos de vida. Porque el dolor lo ocupa todo. Entonces pestañea muy rápido, aturullado mira hacia todas partes y se levanta en un movimiento brusco.

—Yo... Yo... —balbucea mirándome de nuevo—. Tengo que... que...

Asiento en su dirección como una autómatas, porque sé lo que me está pidiendo aun sin palabras. Pero lo último que percibo en él antes de que eche a andar hacia la salida es una impotencia tan atroz que, junto con todo lo demás, me deja petrificada en mi sitio, confusa y angustiada.

Mis ojos van hasta Adela, buscando no sé qué, pero en ellos solo encuentro una altivez abrumadora, como si supiera algo que nadie más conoce. Casi como si ya se esperase que algo así sucediera. Sin esconder mi inquietud, me giro hacia los míos, a ver si pueden explicarme qué narices acaba de pasar. Pero no encuentro ninguna respuesta, solo rostros asombrados y llenos de lástima, dadas las circunstancias.

—Ve con él —me pide Lidia con una sonrisa triste.

Niego con la cabeza, aturdida, aunque una parte de mí se muere por hacer justo eso.

Con la esperanza de que alguien me aclare algo, miro hacia Julián y Teresa. El primero se pasa las manos por el pelo cuando repara en mí y resopla preocupado. Su mujer solo me pide calma con las manos y vocaliza la palabra «tiempo» sin emitir ningún sonido. Le hago caso y vuelvo mis ojos al escenario, intentando disfrutar de lo que queda de gala, aunque desde ese momento podrían

salir cerdos bailando *hip hop*, que ni me enteraría.

Solo pienso una y otra vez en esa mirada atormentada que me ha brindado. No soy tan boba como para no comprender que el recuerdo de Clara le ha jugado una muy mala pasada. Y también tengo en cuenta lo mucho que lo molesta cuando se le escapa un «mami» a Llara. Pero... ¿tanto le afecta?

Pues va a ser que sí. Y aunque sepa que no tengo la culpa, así me siento. Culpable del mal trago por el que está pasando.

Chema

Me cago en la puta. Joder, joder.

—Me cago en la puta —siseo furioso antes de darle el segundo sorbo a la cerveza. Me dejo caer en una silla y apoyo los codos en la mesa, llevando las manos a mis sienes—. Soy un inútil, un puñetero inútil.

Porque yo he provocado todo esto. Yo y solo yo. Y se me contraen las entrañas cada vez que pienso cómo me sentí cuando Marta le dedicó la misma canción a Clara y a su tía.

Sí, es egoísta. Lo sé. Si alguien aquí se merece esa canción es Laura, la que lleva más de dos años ejerciendo un papel que no eligió. Haciéndolo, además, con una sonrisa, con una paciencia infinita y con todo el amor del mundo.

Se merece no una canción, sino un jodido concierto entero, pero... no debería ser así.

Si yo no la hubiese necesitado tanto tras la muerte de mi mujer, si no me hubiese encerrado como un cobarde las primeras semanas, si fuera un hombre de verdad... yo me habría encargado de mis niñas, de la casa, del trabajo... Habría podido sacarlo todo adelante como hacen cientos de viudos o viudas, madres o padres solteros y... Y no habríamos llegado a esto. A que mis hijas, en su inocencia y porque, maldita sea, se lo pide el cuerpo y ese corazón que su tía se gana cada día, le den el lugar de su madre.

Es que... Joder. Es el único lugar que todavía le pertenecía a Clara al cien por cien. Metí a Laura en su casa, compartí con ella mi cuerpo, los problemas, las risas... Robarle también ese espacio... me enferma, me mata. Y ni siquiera puedo cabrearme con Laura por ello, sino solo conmigo. Yo lo permití, lo aboné incluso, delegando en ella más de lo que le pertenecía. Esperando que me sacara las castañas del fuego cuando no sabía qué responder a Marta, dejando que las consolase en momentos duros... Porque era más fácil. Porque soy un padre de mierda, un marido defectuoso y dejado.

Golpeo la mesa con la palma abierta y luego lo hago con el puño. Mierda, joder...

Dejo caer la frente sobre el mármol y resoplo frustrado.

Todas esas emociones que tenía anudadas muy adentro parecen haber explotado de repente. Demasiados sentimientos encontrados buscando una salida que yo no les concedía. Porque es ahora cuando me doy cuenta de lo mucho que he alejado a Clara de mí, aun aferrándome a ella.

Lo hice cuando comencé a desear a su hermana, cuando me acosté con ella y disfruté cada minuto. Lo hice con mi pasividad, con mi dejadez... Y acabé de hacerlo en el puñetero momento en que mis hijas vieron en Laura a una madre.

Y ya no son solo todas esas promesas incumplidas hechas en vida y delante de su tumba. Es que yo conducía aquel coche, joder.

Ese pensamiento me deja aturdido durante un momento. No, no, no. No puedo volver a torturarme con eso. Fue un accidente. Un maldito accidente. Pero ¿y si hubiese obrado de otra manera? ¿Frenado en seco o girado hacia el otro lado tratando de esquivar el otro vehículo?

No, por favor... Fue un puñetero accidente e hice lo que consideré acertado. No debo caer de nuevo en esto por lo que ya pasé y creí superado. No. No me lo puedo consentir, y hoy menos que nunca.

Golpeo esta vez la mesa con mi propia cabeza, como si así pudiera despachar ese asunto con mayor presteza y, de paso, ordenar todo en ella. Pero, sintiéndome ahora también estúpido, me incorporo en la silla para acabar de una sola vez el contenido de la botella, y luego la deposito sobre el mármol con tanta brusquedad que no sé cómo no rompo el vidrio.

La culpa no es buena consejera, lo sé. Pero el amor sí debería serlo y, sin embargo, qué mal lo he hecho todo.

¿Y cómo lo arreglo? ¿Qué se supone que le puedo decir a Laura para justificar mi actitud de esta tarde? ¿Cómo le explico todo esto que siento si ni yo a veces me entiendo?

Porque es indescriptible la manera en que sigo deseándola, y lo peor es que no solo hablo de sexo; pero, a veces, también me gustaría que se fuera bien lejos. Alejar la tentación, aunque eso sea todavía más de cobardes, de desagradecidos... Si algo me hacía acallar esas desafortunadas reflexiones, aparte del simple hecho de que me veía incapaz de sugerírselo a Laura o lastimarla de alguna manera, eran mis hijas. Son demasiado pequeñas para comprender la situación y para hacer frente a otra despedida aunque esta no sea definitiva. Además, parecen tan felices viviendo con ella, se han acostumbrado tanto a que... a que Laura sea el motor de esta casa... como una vez lo fue Clara.

Dios, voy a volverme loco. Desquiciado, suelto otro taco y me levanto para pasearme por la estancia con largas zancadas, cambiando continuamente de dirección dadas las dimensiones del lugar. Me paso las manos por el pelo innumerables veces y luego las dejo ahí, agarrando mechones hasta hacerme daño. ¿Qué hago? ¿Qué coño puedo hacer para devolverle a Clara su lugar sin ofender a Laura?

—Tengo que buscar la manera. Tengo que hacerlo —digo en voz alta, como el demente que soy. Y luego me lo repito mentalmente como un puto mantra, como una plegaria para conseguir una solución, mientras cojo otra cerveza de la nevera y me bebo media de una tacada.

Genial, si no acabo en el puñetero manicomio, lo haré en Alcohólicos Anónimos, joder.

Pero, una hora después, estoy abriendo la cuarta botella. Agobiado y muy cabreado, ahora por pensamientos que no quiero ni tener pero que se cruzan entre sí y no me dejan razonar, por esos que logro silenciar la mayoría de las veces y que hoy parecen gritar, cojo del paquete el enésimo cigarrillo.

Y es entonces cuando oigo abrirse la puerta principal.

Miro, como un idiota, el cenicero lleno de colillas y me apresuro a vaciarlo en la basura al pensar en que van a ser las niñas, junto con su tía, las que entren de un momento a otro en la cocina.

Las espero muy quieto apoyado en la encimera, de espaldas a la puerta, un poco encorvado y apretando tanto los dedos contra el borde del mármol que se me quedan blancos. Porque no quiero que mis hijas me vean así... Ellas no. No estoy nada orgulloso de este estado medio trastornado, furioso y desconcertado en el que me encuentro. Sin contar con que las cervezas comienzan a hacer su efecto.

—Hola... —oigo el susurro de Laura, pero ni me digno a mirarla. Trato de aplacarme todo lo que pueda antes de que me vean. Y tengo mucho que aplacar—. Las niñas se han ido a casa de mi padre. No sabía... Yo... No quería traerlas sin antes... —suspira con fuerza antes de continuar—. Chema...

Y es esa única palabra la que me hace clavarle la vista. Esa palabra la que me trae recuerdos que me descolocan del todo. Esa palabra la que me da ganas de abrazarla y de empujarla lo más lejos que pueda al mismo tiempo. Mierda. Estoy más jodido de lo que pensaba. Estoy jodido del todo.

Resoplo con fuerza. Me meso el cabello con desesperación y vuelvo a suspirar sin saber qué coño decirle.

—Chema... —repite ella en apenas un susurro—. ¿Qué sucede? ¿Por qué estás así?

—¿Que por qué...? —Ni siquiera acabo la frase—. Esto... Esto no debería haber pasado.

Esto... Me supera, joder.

—Pero... ¿qué? ¿Por qué? —Menea la cabeza haciendo oscilar sus rizos y me mira con los ojos como platos durante unos segundos, hasta que parece empezar a comprender, ya que asiente despacio y me mira con lástima. Oh, no, joder, eso sí que no lo soporto—. A ver... Entiendo que el hecho de que Clara no haya podido estar ahí contigo hoy, que Marta haya...

—¡No, no entiendes nada! No puedes entenderlo. ¿Sabes qué he hecho yo hoy? No, más bien... ¿sabes qué he estado haciendo hasta ahora para que Marta no te vea igual que a su madre? ¡Nada! ¡Me he acomodado a tu presencia, a que ocupes su lugar, a que...!

—Eh, espera. Frena —me pide con firmeza, pero sin elevar el tono, no como he hecho yo—. ¿Qué estás tratando de decirme? ¿Que lo que te tiene... así... es solo que me haya dedicado a mí también la canción? ¿Es eso?

—¡«Solo», dices! No te ha dedicado una canción, Laura. Lo ha hecho delante de todo el pueblo, otorgándote su lugar. El suyo...

Y aunque esta vez he sido capaz de acabar de hablar en voz baja, ella da un paso atrás y me observa estupefacta. No me extraña, la verdad. A ojos de los demás, lo que digo puede sonar hasta absurdo. Pero, joder, eso es lo que ha pasado, ¿no?

—Pero... tú has tenido que oír lo mismo que yo —explica con suavidad—. Era para su madre, para Clara, solo ha querido tener el detalle de...

Bufo. Y vuelvo a resoplar con ganas. Puede verlo como quiera, darle las vueltas que le dé la gana, la realidad es la que es.

Aprieto mis puños y trato de tranquilizarme, un poco desconcertado ante mi comportamiento. No debo pagarlo con ella, ella no tiene la culpa, ella...

—Chema, ya —me dice de pronto, tan cerca que sujeta mis mejillas entre sus manos y consigue que la mire—. Tienes que parar con esto. Entiendo que te resulte doloroso y hasta te moleste que me vean así, pero la niña solo ha sido sincera. Me ha tenido en cuenta porque yo estoy aquí, con ellas y...

—Pues a eso me refiero. Tú... Yo dejé...

—Son muy pequeñas... —Menea la cabeza suavemente y continúa como si yo no hubiese hablado—. No sé Marta, pero Llara es posible que ni la recuerde con el paso de los años. Eso es así, aunque no queramos. Solo tendrá unas imágenes en su cabeza que no sabrá si son o no reales, un montón de fotografías y...

—¿Qué dices? ¿Qué coño dices? —susurro con la voz enronquecida, fruto de la incredulidad y de la furia tan grande que me acaba de asolar. Porque... eso. ¿Qué cojones está contándome? ¿Que es normal que mis hijas olviden a su madre? ¿Que tengo que aceptarlo? ¿Y lo dice ella? ¿Ella, que presumía de adorarla?

Me libro de su sujeción y rodeo la mesa, para alejarme, pero me persigue y, mirándome con una dulzura que me resulta vomitiva por las palabras que la acompañan, prosigue.

—Sé que es duro, Chema, pero la vida es así. Y quizá sea yo u otra a la que vean como...

—¿Tú? ¿Otra? Pero... Pero... ¡No! ¡Cállate, joder! Ninguna va a ocupar su lugar mientras yo esté aquí para impedirlo. Tal vez no lo haya hecho hasta ahora, pero... Pero ellas sabrán quién es su verdadera madre... Ellas sabrán que no eres tú. Que tú... Tú no eres Clara —digo muy rápido, casi sin respirar, y, desde luego, sin filtrar nada de lo que sale de mi boca. Porque me oigo y... Dios... parezco un lunático. Hablo como un puto loco y sé que resulto hasta ofensivo.

Respiro hondo y me froto la cara. Tengo que mantener la calma, pero siento la cabeza arder, las manos me sudan y solo quiero golpear algo. O llorar. Romperme como el patético que soy.

—Eso ya lo saben —la oigo decir.

—¿Sí? No... No lo sé —mascullo, mirándola con los ojos entornados, aturullado y saturado por tantas y contradictorias emociones—. ¿No te das cuenta de que estamos sacándola de nuestras vidas? Joder, y las niñas son tuyas. Son sus hijas. No puedo concebir que tú también le robes ese puesto... Y sé... Sé que no es culpa tuya, tú no has hecho nada malo, soy yo... Yo... Yo, que lo he hecho todo mal.

—Chema. Ya. Para, por favor —me ruega mientras se frota los brazos—. Estás diciendo cosas sin sentido. Yo no quiero robarle nada y tú...

—No, no... Todo tiene mucho sentido en mi cabeza, lo que no lo tiene es lo demás. No debí permitir que te quedaras, que... que llenaras su vacío, porque ella era única y todo lo demás solo una mala copia que...

—Chema... —me interrumpe con algo muy parecido a un sollozo. Y cuando me fijo, veo que está haciendo verdaderos esfuerzos para no echarse a llorar—. Ahora estás faltándome al respeto. Yo no soy una mala copia de nadie y menos...

—¡Al respeto nos faltamos en el momento en que nos acostamos! ¡Y también se lo faltamos a ella! Y no contentos con eso... ahora... ¡Ahora, esto! —grito, me llevo las manos a la nuca y las dejo allí. No defiendo que haya interpretado mal mis anteriores palabras, porque no me refería a que ella fuera la mala copia de nadie, nunca podría serlo. Sé que no estoy siendo justo, ni siquiera honesto del todo, pero necesito chillarlo, a ver si así deja de torturarme. Y me desprecio por ello.

—No, no digas eso. Ella ya no está... Ella podría entender que... —Deja la frase en el aire y baja la cabeza, consiguiendo que me insulte mentalmente, porque soy gilipollas y, además, no quiero ni plantearme lo que intentaba decirme.

Juro que me pondría de rodillas y rezaría a un Dios que ya me ha fallado, si eso trajera consigo una respuesta a tanta confusión. Si se evaporara la culpa por desear lo que creo que no debo. O me concediera la resignación y las fuerzas para seguir viviendo de recuerdos. Pero como eso no es posible, respiro con profundidad y trato de explicarme.

—Mira... Sé que no estoy siendo justo, ¿vale? Que tú... De verdad, sé que tú no tienes la culpa de nada, pero... pero a veces tengo la sensación de que... de que te he regalado su sitio. Y me odio por ello. Porque tú... tú nunca podrás ser ella y eso me...

—¡Ni quiero serlo! —exclama cortándome, más sorprendida que enfadada—. ¿En qué momento has pensado que...?

—No es que lo haya pensado, joder —replico, frustrado y muy cabreado conmigo mismo por lo que he estado a punto de confesarle—. ¡Pero lo que está claro es que vives en su casa, crías a sus hijas y has follado con su marido! Eso... Eso es retorcido. Es de locos. ¡Es algo que no debí consentir! ¡Y tú tampoco! Pero disfrutamos con ello, ¿verdad? Joder si lo hicimos. ¡¿Eso también te parece normal?! ¡¿También, Laura?! —le espeto, deseando que me diga que sí. Que esto que siento por ella sí es normal. Que ponga fin a esta locura en la que se ha convertido mi mente. Me muero por que me haga ver que solo estoy confundido, que disipe mis dudas, que me aclare por qué cojones me siento así.

Además, me está desquiciando su paciencia. Ese temple que trata de mostrar. Esta Laura diferente que... no reconozco. Y que me enfurece. La mala hostia me consume de repente, agotado de aplacarla durante semanas. Desde que decidí no tocarla. Pues bien, casi es bienvenida. A ver si uno no puede cabrearse en su propia casa, joder. Y saber que estoy pagando con Laura mis frustraciones ya ni me frena, porque también quiero hacerla volver. Quiero a la Laura de antes y eso... eso todavía me hace sentir peor.

Inhalo hondo y el aire se me queda retenido dentro cuando Laura comienza a chillar, acercándose mucho a mí.

—¡Ya está bien! ¡Creo que ya vale, ¿no?! Ya una vez me dijiste esas palabras o unas muy parecidas y resultaron del todo insultantes. Y estoy cansada de callarme y de aguantar, Chema. ¡Harta!

—¡Pues muy bien! ¡Habla y quédate a gusto! Eso es lo que hacemos, ¿verdad? Buscar nuestra propia satisfacción sin pensar en ella pa...

—¡Oh, cállate y deja de meterla en todas las frases! De eso también estoy harta. Y no vuelvas a compararme con ella...

—¡Qué coño...! ¿Estás loca o qué? —Me llevo las manos a las sienes y cierro los ojos con fuerza mientras meneo la cabeza alucinado—. Ni tiñéndote de rubia podría comp...

—Pues mejor, porque no, yo no soy Clara, ni tampoco quiero serlo. ¡Mírame, joder! ¡La que hace más de dos años que vive aquí y la que folló contigo fui yo, no su puta sustituta! ¡Fui yo! ¡¿Me ves?! ¡Soy Laura!

La miro. Claro que lo hago, es imposible no hacerlo cuando me lo reclama de tal manera. Y ahí está otra vez ese brillo, aunque sea a base de la rabia que la hace temblar. Ahí está de nuevo ese fuego, así sea junto con sus gritos. Ha vuelto la Laura de siempre, aunque ahora mismo no pueda alegrarme de ello como quisiera.

—¡Ya te veo! ¿Y qué? ¿Qué mierda me quieres decir con eso? ¿Crees que no sé a quién me follo? ¿Crees que no sé que quieres seguir haciéndolo? ¿Tengo que recordarte que el que puso fin a eso fui yo?

—¡No! No tienes que hacerlo. Pero... ¿sabes al menos por qué lo hiciste? No fue por no desearme. ¿Quieres que te recuerde yo a ti exactamente lo que me dijiste?

—¡Joder, Laura! —Sobrepasado, doy dos pasos atrás y me pego a la encimera, mirándola con los ojos abiertos de par en par. No puedo creerme que hayamos llegado a esto, pero es como si ahora no pudiésemos parar. Ninguno de los dos—. De verdad, no sé qué me pasa contigo, pero me vuelves un puto crío inmaduro. Y estoy hasta los mismísimos, cansado de...

—No soy yo, Chema —me interrumpe—, es que eres un puto crío inmaduro. Porque ya que estamos, ¿sabes de qué estoy también harta? De verte revolcándote en tu pérdida, como si a los demás no nos importase que Clara haya muerto o todo lo que eso trajo consigo. Harta de que solo tú seas la víctima aquí, el único que siente cosas que no puede evitar ni comprender. Harta de que te escondas tras ella para todo. ¡Sé un hombre de una vez y sal de ese lugar que te debe de resultar tan cómodo y en el que te ocultas! ¡Eso es de masoquistas! ¡Eso que haces sí es retorcido y no acostarte con quien te salga de los cojones!

Abro la boca, pero la dejo así, sin saber qué decir ante eso. Porque cada palabra me ha dolido como si me hubiese golpeado con un hierro ardiente. Porque cada una de ellas solo demuestra lo egoísta que he sido y acrecienta mi ira. Porque encierran una verdad que no estoy preparado para admitir.

Quiero que se calle y me duele hasta mirarla. Porque, a pesar de todo, nada me gustaría más que hacerla callar con mi boca contra la suya. Necesito perderme en su cuerpo e ignorar durante un rato que ella es la única que podría hacerme olvidar a mi mujer, eso que he estado a punto de confesarle en varias ocasiones. Sí, es de lo más incongruente e irracional, lo sé. Por eso rescato al hombre sensato y opto por irme.

Cuando me desprendo de toda la ropa, ya estoy dentro de la ducha, con el agua todavía fría empapándome entero.

CAPITULO 23

Laura

Pero... ¿qué le pasa? Tanto pensar y guardarse cosas lo ha vuelto loco. Esa es la única explicación que se me ocurre para justificarlo. Porque ha dicho que yo no soy Clara, ¿no? Dos veces. Y que le he robado su lugar. Vale... Quizá no me haya culpado a mí de ello, sino solo expuesto un hecho, pero... Pero, joder, esas palabras se me han ensartado dentro y aún tengo la sensación de seguir escuchándolas en bucle.

Me siento en una silla y alcanzo un cigarrillo del paquete que hay sobre la mesa. Lo enciendo con manos temblorosas mientras, incrédula y muy enfadada, rumio sobre lo sucedido.

He intentado apaciguarlo. Tratar de comprenderlo. No discutir. Y, al principio, la sorpresa ante su actitud, junto como mi empeño en permanecer serena, me han mantenido bajo control. Pero, después..., ha sido superior a mí. Tantas burradas juntas me han hecho volver a gritarle, pero tampoco podía ser de otro modo. Todavía me queda sangre en las venas, y lo contrario sería lo único que podría haberme dejado indiferente a lo que he tenido que oír.

Lo cierto es que me he puesto furiosa de repente, sin preaviso. La rabia me ha poseído, he pasado de la incredulidad al más absoluto cabreo en menos de un segundo. Y ahora, que me haya dejado aquí como a una estúpida, mientras oigo el agua de la ducha al fondo, hace que incluso me rechinen los dientes.

¿Cómo ha podido parecer avergonzado del sexo que compartimos? ¿Echarme en cara que lo deseo? ¿Y esa puñetera manía de compararme con Clara? Eso ha sido lo peor. Ella era maravillosa y yo la adoraba, pero de ahí a querer ser ella hay un abismo. Porque a ella la quería, sí, pero a mí misma también, joder. ¡Un montón! Yo me quiero una barbaridad, siempre he tenido la autoestima muy alta hasta que... Oh, Dios.

Mi mirada se clava en algún punto de los azulejos y el pitillo se queda a medio camino hacia mi boca cuando una certeza se abre paso en mi mente.

Yo me quería mucho, sí, hasta que me he dejado arrastrar por este amor hacia Chema. Tanto que creo que me he perdido por el camino.

No soy como Clara, ni quiero acercarme a serlo, pero tengo que reconocer que últimamente tampoco era yo misma. En algún momento, en mi empeño por conquistarlo, me he ido anulando. Desapareciendo poco a poco, convirtiéndome en otra. No en Clara, pero sí en una versión muy diferente de lo que verdaderamente soy.

Cierro los ojos cuando comienzan a escocerme y me veo apuntando recetas, intentando hacer algo no solo comestible, sino que esté buenísimo, para que él me halague. Callándome esas tonterías que solían salirme solas y limpiando más que nunca. Compitiendo por una sonrisa o una mirada suya como si del mismo aire se tratase. Guardando mis medias de rejilla y mis faldas más cortas en un cajón para no dar más que hablar en el pueblo. Cambiando noches de fiesta en el Pantera con mis amigos por películas en el sofá, esperando que esa noche Chema se decidiera a estar conmigo. Y, muy pocas, pero a veces lo hacía. Se sentaba a mi lado y acabábamos manteniendo una charla que no me llegaba. Porque solo me recordaba la intimidad y complicidad que una vez tuvimos y que él rompió.

¿Cómo he podido equivocarme tanto? ¿Engañarme de esta manera? ¿Cómo pude perderme en pos de un amor que nunca va a ser correspondido? ¿En qué momento creí que él se merecía que yo dejase de ser quien soy para que así pudiese llegar a amarme? ¿De qué coño me vale que lo haga si no sería de mí de quien realmente se enamorara? Sería de una farsante. De una Laura sin carácter, sin metas, sin ilusiones. Solo la de tenerlo. ¿De veras vale la pena amar así? ¿Que te

quieran así?

—No —digo en voz alta mientras me levanto para apagar la colilla en el cenicero. Lo hago con ojeriza, con rabia, destrozándola contra el cristal hasta que el tabaco se desprende del filtro, como acaba de desatarse esa verdad que me escondía, que no quería ver.

¡A la mierda! Nadie merece tal sacrificio. Y mucho menos alguien que nunca ha aportado a esta cagada de relación lo más mínimo. Porque sus paranoias no cuentan. Y su semen tampoco, joder. Eso era algo que estaba más que encantado de entregarme cuando le picó.

Llevada por la ira y la decepción más grandes de mi vida, me encamino a su cuarto, donde él sigue en la ducha, ignorándome. Evitándome. O escondiéndose, el muy cobarde. Más que respirar, resoplo como un toro de miura. Y esta agitada respiración casi se corta en seco cuando me encuentro con la pared frente a la cama llena de fotos de Clara. Ahí está el mausoleo. Ahí está el amor de verdad. Ese que nunca podré alcanzar. Ese que ya no sé si quiero.

Paso mis dedos por una en concreto. «Mirada de amor». Ella en la playa, observando a Chema y fotografiada sin saberlo.

—Lo amabas tanto, Clara. Tanto... —vocalizo, más que hablo. Y no solo para que no me escuche su marido, sino porque aquí, delante de ella, aún puedo dejar entrever algo de esa vulnerabilidad que me rompe el alma.

Entonces recuerdo esa frase que ella misma escribió para mí. Esa que me sé de memoria.

«Si yo no estoy para hacerlo, consigue que sea feliz, Laura».

—No puedo, cariño. No se puede hacer feliz a quien no quiere serlo —susurro apenas—. Y ya no puedo más. No puedo más...

—¿¿Qué haces aquí?! ¿Es que no ha sido ya suficiente? ¡Aquí no, joder! ¡Aquí no, Laura!

—¡¡Ohhh, cállate!! —grito y me giro muy rápido, hastiada de sus gritos, aunque los pague con otros—. ¿Qué pasa? ¿También ofendo a Clara por estar aquí?

Medio desnudo, con solo una toalla atada a la cintura y todavía algo mojado, se cruza de brazos y me mira con una mezcla de prepotencia y cólera que me enciende al momento. Y, para variar, no sexualmente. Es que ardo de rabia, joder.

—Sal de aquí, no pienso repetirlo —me pide con aparente calma, pero apretando los dientes.

Y entonces exploto, echándole en cara una de las primeras cosas que se me ocurren, una que, por cierto, acabo de descubrir que me ha molestado incluso más de lo que creí en un principio.

—¿A la ducha? ¿En serio? —siseo—. ¿Has escogido justo el momento en medio de una discusión para ir a darte una puta ducha? Pero... ¿¿qué coño pasa contigo, tío?!

—Tenía que irme —me suelta sin el mínimo arrepentimiento—. Era eso o... O decir cosas de las que luego podría arrepentirme.

—¿Más, quieres decir?

—Mira, Laura, estoy muy cabreado. Mucho. No me jodas —dice, muy tenso. Como si a mí eso ahora me fuese a parar. No tiene ni puta idea de lo que es estar cabreado. Ni idea.

—¡Que no te joda! ¡Eres un gilipollas, joder! ¿Y qué crees que has hecho tú soltando por la boca toda esa mierda?

—¿Y qué he dicho que no tenga algo de verdad, eh? —me interrumpe él echando chispas por los ojos—. Que has ocupado el lugar de Clara. Que yo te lo permití. ¿Qué no es verdad, Laura? ¡¿Qué?!

—¡Pero es que eso es horrible! Das a entender que... Joder... Yo en ningún momento he querido hacer eso. Yo solo...

—¡Ya lo sé! ¡Si la culpa es mía! ¡Mía! Sé que tú no... —Levanta las manos en el aire y se aleja hacia la cómoda, poniendo distancia entre los dos—. Vete, Laura, por favor —me pide de

espaldas, dejando caer la toalla y poniéndose unos pantalones de pijama que ha sacado de un cajón—. Lárgate de aquí. Vamos a respetar al menos el dormitorio en el que tu hermana y yo...

—¡Serás...! ¿Cómo puedes decirme eso? ¿Cuándo cojones no lo he respetado, eh? ¡¿Cuándo?!

—¡Ahora! —grita, iracundo, girándose hacia mí—. ¡Estás aquí, ¿no?!

—¡Hablando, Rubio, hablando!

—Y puedes jurar que es lo único que vamos a hacer. Hoy no me vas a coger desprevenido como aquella noche —me espeta sin levantar la voz. Lo que, sin saber por qué, hace que sus palabras sean más dañinas. Un golpe bajo que no me esperaba, y menos después de haberlo hablado ya.

—¡Eres un hijo de la gran puta! ¡Eres...! Joder, creo que te odio. Te lo juro. ¡Creo que en estos momentos te odio!

—¡Fantástico, porque yo tampoco te soporto! ¡No soporto verte, no soporto oírte y no soporto las promesas que me haces incumplir, joder!

Lo miro boquiabierto un instante. Sé que nos estamos haciendo daño a propósito, como dos animales acorralados buscando herir donde más duele, pero esto... Esto me ha dejado descolocada. Tanto que le da tiempo a salir del cuarto antes de que reaccione y vaya tras él.

—¿Qué? ¿Qué promesas? ¿De qué coño hablas ahora?

—Clara... Ella... Ella era distinta. Ella... —balbucea, incoherente, frotándose la cara ya en medio de la cocina. Suspira con fuerza, no sé si intentando calmarse o porque no sabe cómo seguir. Pero, cuando se decide a hablar, lo hace mirándome con una intensidad que resulta abrumadora—. ¿Sabes aquella pregunta que me hiciste, Laura? Ella fue el amor de mi vida, sí. Y yo... Yo no podría dejar que... —se interrumpe y traga saliva, comenzando a pasearse de nuevo, exasperado y nervioso—. Es imposible que... Joder, nadie puede ser como ella. Ni siquiera tú, aunque hayas...

No lo dejo terminar. ¿Para qué? Pongo los brazos en jarras y grito como una descosida, dolida ante una nueva comparación. Y ante una realidad que ya me sabía, pero que me deja en carne viva.

—¡Porque no soy ella, hostias!

—¿Crees que no lo sé? —me pregunta en voz baja, meneando la cabeza con aparente disgusto—. Eso es lo que me mata. Que... Que tú...

—Chema, de verdad... No lo entiendo —digo cuando él no prosigue y, en un intento desesperado de buscarle algo de sentido a todo esto, aunque lo que plantee sea una locura, continúo—. ¿Eso te mata? Dime... ¿Qué es lo en verdad te molesta tanto? ¿Que yo no sea Clara?

—¡No! ¡No, joder! ¡¿Estás mal de la puta cabeza?! ¡¿Te estás escuchando?!

—¿Te escuchas tú? ¿Lo haces? —suspiro frustrada y muy muy agotada—. Ella no está. Ni va a volver. ¿Qué pretendes hacer? ¿Olvidarte de vivir? ¡¿Culparme por no haberme muerto yo en su lugar?! ¿Te alivia eso? ¡¿Culparme por seguir viva?! —acabo gritando, esperando que reaccione de una vez y deje de vivir en el pasado.

—¡Yo no te culpo de nada, joder! —Levanta las manos y las deja caer—. ¿Es que no puedes entenderlo? ¿Te puedes hacer una idea de cómo me siento? ¡No tienes ni jodida idea...!

—¡No! ¡No sé cómo te sientes o qué coño piensas! ¡Porque no me lo explicas! ¡No me hablas! ¡Solo me tienes en cuenta cuando te conviene! —resoplo con fuerza y suelto lo primero que me pasa por la cabeza, una duda que me corroe y que quizá no venga ahora a cuento, pero qué narices—. Joder, Chema... ¿fui algo para ti más que un puto recipiente en el que correrte cuando te apeteció?

Él abre la boca estupefacto, incluso da un paso atrás, pero, tras esa primera impresión, me mira más cabreado si cabe, golpeando la puerta de la nevera con una mano.

—¡Qué cojones...! ¡¿Qué cojones estás diciendo ahora?! ¿Estás insinuando que te utilicé para follar? ¿Qué...? ¡Mierda, no! —Me señala con un dedo que le tiembla con la rabia—. ¡No te lo consiento! No hemos hecho nada que no fuese de mutuo acuerdo. Y claro que te tengo en cuenta. ¡Siempre! ¡Más de lo que quisiera, joder! Si hemos dejado de acostarnos es también por eso. ¡Porque también pensé en ti!

—¡No necesito que nadie piense por mí! Soy mayorcita y...

—Es eso, ¿no? —me pregunta entornando los ojos—. Claro que es eso... Eres tan orgullosa que te ha jodido que fuera yo el que lo zanjara, ¿verdad?

—Vete a la mierda, Chema. Ni soy tan orgullosa ni tú eres para tanto... —me defiendo como puedo, arrepentida de haber sacado este puñetero tema y sabiendo que no tengo argumentos para salir de él indemne.

—¿Qué? Lo que tengo que oír... —Se ríe él sin rastro de humor, sarcástico y con malicia—. ¿Tengo que recordarte cómo te retorcías debajo de mí? ¿O encima? ¿O de cualquier puta manera en la que te follara? Joder... Si la última vez me buscaste tú, cachonda perdida. E insististe ante mi negativa. Y...

—¡Para! ¡Para, para! —chillo, tapándome los oídos, aturdida y humillada porque tiene toda la razón—. ¡Te busqué porque te quiero, maldito cabronazo! ¡¡Yo te quiero!! ¡Te quiero y por eso me acosté contigo cada una de las veces! Cada una de ellas...

Cierro los ojos tan pronto como esas palabras salen de mi boca. Dejo caer los brazos a mis costados y espero que el arrepentimiento ocupe el lugar del eco que han dejado en el ambiente. Que rompa ese silencio que se instala entre nosotros de una forma pesada, consistente. Pero, para mi asombro, no llega. Abro los párpados y lo miro, observo con absoluta fascinación y horror como él me contempla con los ojos muy abiertos, perplejo. Tiene los labios entreabiertos y ese mechón rebelde de siempre vuelve a caerle sobre un ojo, pero no hace nada por apartarlo. Solo se dedica a observarme como si me viese por primera vez. Y cuando comienza a mover los labios sin emitir ni un solo sonido, puedo leer en ellos como repite alguna de mis palabras. Como las asimila e incluso el momento exacto en el que se da cuenta de la profundidad de mi confesión. Y yo sigo sin sentir remordimiento alguno por haberme expuesto de esta manera, más bien alivio. Como si hubiese soltado un lastre que me pesaba demasiado y que no me dejaba avanzar, solo andar en círculos cortos, mareada y cansada, pero sin llegar a ningún lugar.

Al fin y al cabo, ¿qué puede pasar ahora? Nunca lo he tenido, no de verdad, no como realmente quería. ¿Qué más da perderlo del todo? Es como una muerte dulce, necesaria. Es como la del enfermo terminal que cuenta las horas para dejar este mundo, sabiendo que no queda esperanza para él. A veces es mejor un final digno que una vida llena de sufrimiento, falsa, solo basada en una estúpida ilusión, como nuestra relación.

—No, no, no... No, joder —susurra casi para sí mismo al cabo de lo que me parece una eternidad. Entonces sacude la cabeza, mira hacia los lados, suspira sonoramente y clava de nuevo sus ojos asombrados en mí—. Pero... ¿desde cuándo? ¿Desde cuándo tú... sientes... eso por mí?

—¿Desde cuándo te quiero? —le pregunto aclarando lo que a él parece costarle decir. Yo es que soy bastante kamikaze y de perdidos, al río.

—Sí, eso —sisea cuando ve que no continúo.

—No sé... ¿Desde siempre? —cuestiono con una risa irónica que no puedo evitar. Una amarga, casi histérica. Y él abre más los ojos, lo que ya es decir.

—Pero... Pero... Eso es imposible —me rebate casi un minuto después, en el que no hemos apartado la vista el uno del otro. Yo, casi desafiándolo y él... Él, totalmente patidifuso.

—¿Y por qué?

—Porque... Porque yo estaba con tu... hermana. Con Clara. Yo era...

—Sí, ya sé lo que eras. El marido de mi hermana. Y antes, el novio. Qué desfachatez la mía, ¿verdad? Enamorarme del mismo hombre que ella. Pues ya ves. ¡Pasó! ¡Lo hice! ¡Y, maldita sea, bien sabe Dios que no lo elegí! ¿Y sabes qué? Que aun así nunca quise ser ella, ni ocupar su lugar. Ni siquiera intentar luchar por ti. Me aparté. Sí, eso hice. Me fui a estudiar fuera, luego hice un máster en Madrid y luego busqué trabajo en Oviedo. Lejos de vosotros, espaciando las visitas, echando de menos a los míos por no verte, poniendo kilómetros en medio para que nunca lo sospecharais, desligándome cada vez un poquito más de esa relación maravillosa que teníamos ella y yo, intentando dejar de quererte gracias a la distancia. ¿Pero sabes qué más? ¡Que no funcionó! Porque nunca dejé de hacerlo. Porque lo único que logré alejándome fue no pasar más tiempo con ella, un tiempo que no sabía que se nos acabaría tan rápido. Y ella se murió y...

—Y tú viste tu oportunidad...

No me lo dice con rencor, ni con el mínimo reproche, solo poseedor de la razón, como si acabase de estamparse contra una verdad absoluta. Y quizá eso es lo que más me duele de su frase. Tengo que frenar mis piernas para no ir hacia él y darle el bofetón que se merece por su comentario, por lo que me quedo muy quieta, tiesa, fulminándolo con la mirada y cerrando las manos en puños hasta clavarle las uñas. Mi boca es otra cosa, esa actúa por su cuenta, desbordada como estoy por tantos sentimientos, algunos incluso contradiciendo a otros. Peleándose dentro de mí. Ni siquiera sé cuál es superior. Soy un cúmulo de ellos que, entrelazados, me ayudan a seguir adelante.

—¡No! ¡No vi nada! ¡Solo que no había pasado más tiempo a su lado por culpa de este maldito amor que siento por ti! ¡Eso sí lo vi! ¡Y me odié por ello! ¡Me odié tanto que hubiese cambiado mi vida por la de ella en ese mismo momento! ¡Porque yo no me merecía ver crecer a sus hijas mientras ella se pudría en una caja de madera! —me falla la voz en la última palabra porque las traicioneras lágrimas la entrecortan. Las noto calientes y húmedas sobre mis mejillas, pero no me molesto en limpiarlas, sino que ahora sí me acerco a él y lo empujo, resentida. Él parece tan turbado como yo, sorprendido, enfadado y dolido. Aprieta mucho la mandíbula y no aparta los ojos de mí, pero me deja proseguir—. Y con respecto a ti... ¡Es que ni me lo planteé! ¡Solo quería ayudar! ¡Solo ayudar y luego volver a mi lugar, a mi trabajo, a mi vida! ¡Pero no pude! ¡Fui incapaz de dejaros y tú...! ¡Tú tampoco es que me empujases a hacerlo, ¿verdad?!

—¡Porque te necesitaba, joder! ¡Y no sabes lo que, a veces, me pesa haberlo hecho! Pero yo no sabía... No sabía que...

—¡No, tú no sabías nada, y sigues sin saber nada, idiota! ¡Me quedé porque me necesitabas y acabamos follando porque me deseabas! Mi amor por ti, en esa ecuación, déjalo fuera. ¡Tú, tú y solo tú! Te hago falta, renuncio a todo y me quedo. ¿Que quieres metérmela? Me lo dices y acordamos un trato absurdo. ¿Que ya no te apetece? Pues también. ¿Quieres algo más de mí, Chema? ¿Tal vez que me arrastre suplicando que me quieras? ¡Ah, no, eso no, porque no valdría de nada, claro! ¡Qué olvido el mío! ¡Yo no soy Clara y ella es la única a la que puedes amar!

—No, no lo eres. No eres Clara, pero... —musita casi con lástima, levantando las manos y acercándolas a mi cara. No sé cuál es su intención, pero se las aparto de un manotazo antes de volver a gritarle y hacerlo callar.

—¡Ni tú eres el hombre del que me enamoré! ¡Solo eres un amargado y un cobarde que acaba de perder otra oportunidad para ser feliz!

Y sí, sé que eso ha sonado muy arrogante, prepotente, y que no me lo creo ni yo, pero me ha sentado de fábula soltarlo y ver la cara de lerdo que se le ha quedado. No voy a dejar que vuelva a pisar mi orgullo, no ahora que sabe lo que siento por él. Ni pienso tolerar su lástima... Eso

todavía menos. Me haría añicos... Y ya he caído lo bastante bajo. Aunque mi corazón le pertenezca y me lo haya roto, debo mantener intacto todo lo demás. Y lejos de él.

—¿Qué quieres...? ¿Qué quieres decir con eso?

—¡Que me voy! ¡Y bien lejos! ¡No voy a quedarme donde no me quieren! —Y sí, me voy. Estoy decidida, aunque me muera un poco al hacerlo.

Suspiro y dejo de mirarlo, porque el dolor que hay ahora en su cara es superior a mí. Y cuando pensar en las niñas debilita mi resolución, envuelvo ese pensamiento en indiferencia y me obligo a ser egoísta. A ellas tampoco les valgo de nada si acabo de perderme del todo. Me hace falta un tiempo. Sé que volveré, por ellas, exclusivamente por ellas, pero primero tengo que afianzar mi amor propio, no curarme de este amor porque eso incluso me parece imposible, pero sí esconderlo bajo capas y capas de dignidad y resurgir como la antigua Laura. Esa que estaba enamorada de Chema, pero que sabía vivir con ello sin soñar con un futuro a su lado. Porque eso lo he tenido desde siempre prohibido.

Suelto el último suspiro que me permitiré con él delante y me giro hacia la puerta.

—No es necesario que te vayas, Laura. En el fondo no quieres hacerlo —oigo a mi espalda—. Podemos...

—Sí es necesario. —En dos pasos me planto otra vez ante él. Me paso una mano por la cara y meneo la cabeza con disgusto—. Siempre pensé que necesitar y querer eran sinónimos, o algo demasiado parecido. Pero tú eres único para marcar la diferencia. Yo te quiero y llegue a creer que también te necesitaba. Pero no, yo no te necesito, Chema. Tenerte así, de esta manera, es peor que no hacerlo de ninguna. No necesito tus caricias o tus besos, he vivido años sin ellos. Ni siquiera necesito tu compañía. Era feliz sin ella. Siempre con esa pequeña punzada recordándome lo que sentía por ti, considerándome una mala hermana y peor persona por no poder pararlo, pero... En el fondo, feliz. Con mi trabajo, mis amigos, mi vida. Tú... Tú me has hecho sentir diminuta. Poca cosa. A veces, incluso sucia. Contigo tengo miedo a todas horas. De perderte, aunque nunca te tuve. De hablarte por si me malinterpretas. De ser demasiado cariñosa y que adivinaras mi secreto. Yo no, Chema, no necesito todo esto. Esto no. Solo quiero vivir sin dramas. Y ser simplemente yo.

Me vuelvo para irme de nuevo, pero él me sujeta de un brazo.

—No, Laura, espera. ¿Adónde vas?

—¿Acaso te importa?

—Escucha. Ambos estamos muy cabreados, pero piensa un segundo en las niñas.

Me río. ¿Cómo no hacerlo? Estoy cansada de llorar. Aunque esto, más que una risa, es un sonido histérico que intento pasar por carcajadas.

—Las niñas... Ellas tendrán a su tía, en ese papel que sí me corresponde. Una tía con la que contar siempre que quieran, pero sobre la que nunca tengan dudas de qué lugar ocupa. Volveré, Chema. Pero por ellas, solo por ellas. Al fin y al cabo, para ti no he sido más que un pasatiempo que te hacía la vida más fácil, ¿no?

Aún no he acabado mi última frase cuando me suelta.

—Yo siempre... —habla con los dientes tan apretados que hasta le cuesta hacerlo—. Siempre he sido sincero contigo, Laura. Pude pecar de ser un capullo, un capullo ciego y, en ocasiones, hasta borde, pero nunca te he mentado sobre lo que quería de ti. En todo caso, has sido tú la que me ha mantenido engañado, la que ha aparentado lo que no era.

Tengo que cerrar con fuerza los ojos para no verlo. O para que él no vea que acaba de romperme un poco más. Porque esto ha dolido. Muchísimo. Sobre todo, porque vuelve a tener razón. Claro que, ahora mismo, estoy también demasiado furiosa para dársela.

—Y te he dado justo lo que querías. A cada momento —escupo, indignada.

—¿A cambio de qué? ¿De una mentira? ¿Valió la pena? Hubiera sido mejor que me rechazaras desde un principio. Te dije que acabaría por hacerte daño... Joder, te lo dije y ya te lo estaba haciendo. Y tú... Tú no hiciste nada por remediarlo.

Joder, y ahora me ha rematado. No sé cómo soy capaz de seguir frente a él, en pie.

—No, pero quédate tranquilo —ironizo—. Sobreviviré.

—¿Tranquilo? ¿Cómo coño quieres que...? ¡Dios, Laura! ¿Acaso no viste que no me quedaba amor para dar? ¿Que todo el que se le puede dar a una mujer se lo ha llevado ella? —cuestiona muy deprisa.

Se separa de mí y comienza a pasearse como un enajenado por la estancia. Se lleva las manos a la nuca y las deja allí mientras mira al techo.

—Mira, haz lo que te dé la gana. Yo tampoco voy a arrastrarme para que te quedes. —Y justo ahí, baja las manos y me mira. Me clava esos ojos dorados llenos de frustración, de dolor, de rabia, unos ojos que me perseguirán toda la vida—. Porque me siento... Joder, me siento engañado. ¡Manipulado! Me siento...

—Oh, pobre Chema —me burlo, porque me siento tan herida que tengo que ocultarlo con algo. Envolver este lacerante dolor y cubrirlo del más puro sarcasmo. Hiriendo donde hieren, golpeando donde me golpean—. Qué pena... Qué mal lo pasaste follándote a tu cuñada.

Y sí, he conseguido mi objetivo. Aunque no esperaba que aún pudiese dolerme más. Es casi inhumano. Quiero dejarme caer y no levantarme jamás. Morirme. Quiero morirme. Porque el odio que ahora leo en su mirada es mucho peor que la muerte. Esa no duele. No te enteras de nada. Solo desapareces y dejas de sufrir.

—¡Lárgate! ¡Fuera! ¿No querías irte? ¡Lárgate, entonces!

Parezco salir del trance y me yergo muy derecha. Es el orgullo, esa antigua Laura tirando de mí, sujetándome con sus últimas fuerzas. No es él el que me echa, soy yo la que se va por propia voluntad. Harta, cansada de toda esta lucha para nada.

—¡Eso voy a hacer! ¡Puedes jurarlo! —chillo, entre esos sollozos que ni mi amor propio puede ya frenar.

—¡Pues genial!

—¡Sí, genial! —contesto ya corriendo a mi cuarto. Sabiendo que mi orgullo también está a punto de flaquear. Y eso no me lo puedo permitir. Aún no.

Chema

Me despierto desorientado, todavía sentado a la mesa de la cocina. Miro a mi alrededor, desubicado. El cenicero desborda colillas y hay un par de cervezas vacías sobre la mesa. No sé en qué momento me quedé dormido, pero latigazos en las sienes me dicen que demasiado tarde, demasiado cansado y seguramente un poco borracho.

Cuando vuelven a golpear la puerta de entrada, me doy cuenta de que eso es lo que me ha sacado del trance en el que he caído en algún momento de la noche, porque dormir... ni lo llamaría. He estado todo el tiempo reviviendo lo sucedido con Laura, una y otra vez, no sé hasta qué punto eran o no sueños. Más bien, putas pesadillas.

Me levanto pidiéndole permiso a cada músculo de mi cuerpo, haciéndolos reaccionar entre protestas, y adecento un poco la mesa antes de ir a abrir.

Lidia y las niñas están en la puerta, pero no hay ni la más mínima alegría en sus caras. Llara corre a colgarse de una de mis piernas mientras Marta me ignora deliberadamente y casi me empuja para entrar en casa. Lidia tampoco es que esté muy habladora. Me tiende una bolsa con un movimiento de cabeza y se da media vuelta para irse. Y ahí, por fin, parezco volver a recuperar un poco los sentidos.

—Lidia. Espera un segundo, por favor. —Me inclino hacia Llara y la animo a entrar en el salón para que me conceda un minuto a solas con ella y, cuando obedece a regañadientes, me enfrento a su mirada. No parece enfadada, pero sí angustiada y muy preocupada. Verla así me cae como un puñetazo en el estómago, pues es lo mismo que siento yo al pensar en lo ocurrido. No. Yo siento más. Y todo peor.

—Dime, Chema —me apremia ella, al ver que a mí parecen haberseme cerrado las cuerdas vocales.

—¿Laura? —Es lo único que se me ocurre decir, o más bien que me sale casi disparado atravesando ese nudo en mi pecho. Es miedo. Un miedo que no puedo confesarle. Un miedo extraño que no comprendo, pero que me corroe por dentro.

—Se fue. Pero eso tú ya lo sabes, ¿no?

—¿Qué...? ¿Qué os contó?

Lidia entrecierra los ojos y se lleva una mano al cuello.

—Que le había salido un trabajo que no podía rechazar. Que serían solo unas semanas, o un par de meses como mucho. Que habíais hablado y tú no solo lo comprendiste, sino que la animaste y la apoyaste. En fin... Lo que tú también ya sabes, ¿no? —explica, acabando en un tono tan desapegado que me pone los pelos de punta.

—Ah. Sí, claro —respondo como un imbécil.

—Sí, claro —repite ella, dando un paso hacia mí—. Mentiras vendidas a precio de verdades, si quieres mi opinión. Pero Abel pareció aceptarlas sin rechistar y por eso no puse en duda cada una de sus palabras.

Abro la boca para no sé qué, pero ella me frena con un ademán.

—No. No me importa qué ha sucedido entre vosotros, ni tú quieres contármelo. Pero los dos sabemos que ella no se hubiese ido ni para decorar El Escorial. No después de haberles prometido quedarse a las niñas, que son las que sí importan aquí. Si se ha marchado, es porque no está bien. —Me mira de arriba abajo un segundo—. Y ahora tengo claro que tú tampoco.

Ignoro su último comentario a conciencia y me centro en lo más importante, como ella bien dice.

—¿Cómo...? ¿Las niñas? ¿Cómo se lo han tomado?

—Mal. Muy mal. Y eso que Laura las ha convencido con un sinfín de cosas para hacer a su vuelta. Pero... Dios mío, Rubio, mal que te pese, ella era lo más parecido a una madre que tenían. Y es la segunda vez que pierden una.

Trago saliva ante sus palabras. Porque tiene razón, aunque ese haya sido precisamente el motivo de la discusión de anoche. El que hizo que se alejara de mí. Pero es que estaba demasiado cerca, peligrosamente cerca de todo lo que una vez fue Clara y yo... Yo no puedo. Aunque también es verdad que nunca creí que llegaríamos a esto. No sé en qué momento se nos fue de las manos, en qué instante perdimos el juicio y lo arruinamos todo. O sí. Quizá sí lo sepa, pero... Pero, joder...

—Se lo prometí... —susurro para mí mismo.

—¿Qué? ¿Qué prometiste? —pregunta ella, abriendo mucho los ojos, sorprendida ante esa frase que no viene a cuento de nada. Y algo me hace sincerarme, aunque sea la primera y última vez que lo haga.

—A Clara. Le prometí que nadie ocuparía su lugar.

Lidia deja caer los hombros y suspira sin apartar los ojos de mí. Ahora llenos de lástima. Joder, lo que me faltaba. Lo único que doy es puta pena. Y, como eso sí que no lo soporto, comienzo a tirar de la puerta hacia mí en una despedida silenciosa.

—Hablaré con las niñas —le digo—. Al final... todo se arreglará.

—Eso espero, Rubio —contesta ella ya de espaldas a mí.

Acabo de cerrar y suspiro con fuerza. Tengo que deshacerme de esta debilidad, física y psíquica, que arrastro. Dejarla también al otro lado de la puerta. Ahora no puedo permitírmela. Ahora, no.

Exhalo mucho aire mientras me dirijo al salón, consciente de que todavía me queda algo horrible por hacer. Tratar de explicarles a mis hijas esta puñetera situación.

Encuentro a Llara sentada muy derecha contra el respaldo del sofá, con los brazos cruzados y las piernecitas colgando solo un poco sobre el borde del asiento. Ha encendido la tele, que está puesta en un canal de dibujos, pero, a pesar de que tiene la mirada clavada en ella, ni siquiera le ha dado volumen, por lo que sé que su mente está muy lejos de ahí. A Marta ni la veo. Debe de haber ido directa a su habitación; estará tan enfadada, dolida y confusa como lo estoy yo, pero con la diferencia de que ella no sabe que la ausencia de su tía era algo a lo que tendríamos que enfrentarnos tarde o temprano.

Eso yo lo he tenido siempre muy claro. Su presencia era como un enorme y antiguo reloj de arena, marcando un final que no sabíamos muy bien en qué momento ocurriría. Pero que estaba ahí. Siempre supe que llegaría. Incluso antes de acostarnos. A Laura el pueblo siempre se le quedó pequeño y, tal vez, yo le di la excusa que necesitaba para irse.

«Dijo que volvería, Chema. A ti, a las niñas, a su padre y a Lidia».

Mintió. Estoy convencido. Ahora mismo quiero creer que esto nos viene bien a los dos. Tengo que hacerlo. O quizá es que mi mente está tan embotada que creerlo es lo más fácil. Sea como sea, me voy a agarrar a eso como a un clavo ardiendo.

—Hola. —La niña dirige la mirada hacia mí y, de repente, los ojos se le encharcan de lágrimas. Sus labios comienzan a temblar y entonces agacha la cabeza para esconderla entre sus brazos, comenzando a sollozar en silencio. Verla así es mucho peor que si sufriera una pataleta en toda regla. Es un llanto el suyo adulto, maduro, que me estruja el corazón y hace que mis piernas corran hacia ella y la siento en mi regazo.

—Cariño...

—Se fue, papi. Mina se fue. Se fue —repite entre sollozos e hipidos, con la carita escondida en mi hombro, empapándose la camiseta.

—Es solo un tiempo. Poco, ya verás —le miento, usando la promesa que Laura les hizo como disculpa. Porque yo pienso que no va a cumplirla, pero así me resulta más sencillo salir del paso. Y eso quizá sea egoísta o una pésima idea, pero estoy cansado de que todo sea tan sumamente difícil.

—Pero... ¿por qué? ¿Quién me va a peinar los rizos? ¿Y a hacerme las trenzas? ¿Y a cantarme esas canciones iguales a las de mami? Yo la quiero mucho. Y la quiero aquí, conmigo. ¿Por qué se ha ido?

—No sé, cariño. Es algo complicado. A veces los adultos tenemos que hacer cosas, aunque no nos gusten. Ella seguro que no quería irse, os va a echar mucho de menos, pero tenía que hacerlo por...

—Se va a olvidar de nosotras. Va a tener sus propios niños y no va a volver —dice, esta vez mirándome, suplicándome con los ojos que le desmienta esas palabras. Y yo corro a hacerlo, porque el peso en el estómago que he sentido al oírla no son los típicos celos, sino un dolor físico, pesado y desconcertante.

—No, no va hacer semejante cosa. Ni siquiera te vas a enterar de que no está, te lo prometo. El tiempo pasará muy rápido y... ¿Y quién te ha dicho a ti que va a pasar eso? —acabo por preguntarle, al darme cuenta de que esos pensamientos no pueden ser propios de ella.

—He sido yo —la que me contesta es Marta, que ha entrado en el salón tan sigilosa que ni me he enterado—. Y no hace falta que nos mientas. Eso es lo que va a ocurrir y cuanto antes lo...

—No, Marta, eso no va a ocurrir, porque vuestra tía nunca os olvidará. Ella os quiere muchísimo, ella...

—Ella prometió que nunca se iba a ir y mira... Lo ha hecho —me espeta, cruzándose de brazos, demostrándome una vez más que, a pesar de sus seis años, no es una niña. O sí lo es, pero su cerebro esconde una madurez increíble, una perspicacia asombrosa y, a veces, un cinismo que asusta.

—Porque... Porque no le ha quedado más remedio —trato de explicarle—. Pero volverá. —Y ahora hasta yo quiero creerlo, porque... Porque, joder, tiene que volver. Por ellas. Mis hijas ya han sufrido lo suyo.

—Fue por mi culpa, ¿verdad? —me pregunta de repente en un tono totalmente diferente y bajando la mirada al suelo.

—¡No! ¡Desde luego que no! ¿Por qué dices...?

—La abrumé —declara, volviendo a mirarme con esos ojos tan parecidos a los míos, ahora húmedos y brillantes—. Oí como se lo decía la abuela al abuelo camino de su casa. La hice sentirse mal y...

—No, Marta, de eso nada. —Tiendo una mano para que se acerque, porque no quiero soltar a Llara y, gracias a Dios, ella lo hace, sujetándose a mí como a un salvavidas. Respiro hondo, poniendo un poco de orden en mi abotargado cerebro y le hablo con el corazón—. A tía Laura le encantó que le dedicases esa canción. Estuviste fantástica. Sentirse abrumado no siempre es malo, es... es estar muy emocionado, ¿sabes? Fue una casualidad que le surgiera marcharse ahora, ¿vale?

Pero ella niega con la cabeza.

—No me porté nunca demasiado bien. Le contestaba y... siempre le recordaba que se olvidaba de nuestra merienda, o que no sometía bien las sábanas y se salían. No me extraña que se cansase de...

—Eso es una tontería. —Y es Llara la que sale en defensa de Marta.

—Sí, tiene razón tu hermana, cariño —sigo yo—. Tú eres como eres y ella te quiere así, tal cual.

—Sí, es verdad —está de acuerdo la pequeña. Entonces nos mira a los dos muy atenta y parece recordar algo, porque sonrío con timidez y se dirige a Marta—. Ahora sé a qué se refería mami cuando me dijo que no perdiera la esencia. ¡A esto! Tenemos que ser como somos y punto.

—Sí, cariño, tal como somos —susurro, meciéndolas, arropándolas en mis brazos. O quizá el que quiere sentirse arropado soy yo, porque mi mente decide, de nuevo, torturarme con el recuerdo de Laura saliendo por la puerta con su maleta.

Laura

Nunca nada me ha dolido tanto como despedirme de las niñas. Nunca. Bueno... Quizá enterrar a una hermana sí pueda compararse, aunque ahí, además del dolor, estaba la impotencia. No estaba en mis manos cambiar ese hecho, solo llorarla, aceptarlo y resignarme. La ira que acompañaba esas fases solo era una manera de enfrentar la tragedia, así como los «pude haber hecho» u «ojalás» con los que me torturé durante mucho tiempo, otra forma de comprender que la vida, al final, nunca es suficiente. Sobre todo cuando se pierde a alguien tan joven.

Pero con las niñas... Ellas estaban allí, frente a mí, llorando, rogándome que no me fuera. Llora aferrada a mi pantalón y Marta a un metro, casi rígida, herida, decepcionada, mirándome con lágrimas enormes corriendo por sus mejillas y negando con su cabecita.

—No, tía, por favor, lo prometiste... —murmuraba, luchando contra su dolor.

—¡Mina! ¡Quédate con nosotras! ¡No te vayas! ¡No, no, no, no quiero que te vayas!

«Y yo no pude quedarme, cariños míos. Mis princesas. No pude».

Ni siquiera pude ofrecerles una disculpa de peso, una mentira que, aunque no las contentara, pudieran entender. Porque a ellas la excusa de ese trabajo tan estupendo les resbalaba. No lo comprendían. Ya una vez había renunciado a él y no había pasado nada. Pero a mí la culpa por lo que les estaba haciendo me cegaba. Saber que seguiría adelante y las abandonaría, aunque fuese por un tiempo, me mataba. Mi cabeza no podía pensar; no, al menos, sin romperse del todo. Funcionaba por inercia.

Solo me permití derrumbarme cuando dejé atrás El Pilar. No sé el tiempo que pasé en el coche aparcada de mala manera en un arcén, queriendo expulsar todo aquel dolor a través del llanto, la rabia a golpes con el volante. Pero, aun proponiéndomelo, fui incapaz. Me sentía vacía. Fría dentro del dolor. Tan tensa y apática que me era imposible hasta desahogarme. Como si me hubiese convertido en piedra. Dura e insensible.

Sin embargo, ahora, de camino a Oviedo, mi aflicción parece hacerse cada vez más fuerte, buscando la salida que antes no pude concederle. Noto el picor de las lágrimas sobre mis mejillas, su calor húmedo, su peso, su sabor salado cuando se pierden entre mis labios. Pero en minutos se secan, cuando mi mente las ignora, así como todo lo que pasa por ella. Porque no es el momento. Debo conducir. Alejarme. Irme. Huir. Escapar del rechazo... Del amor.

Pero no es tan fácil. Es imposible que alguna de esas frases que se quedaron clavadas en lo más profundo no se reproduzcan en mi cerebro, como fognazos que vuelven a encharcar mis ojos.

«Tú no eres Clara». «Ella era el amor de mi vida». «Nadie podrá ser como ella».

«¡Mina, no! ¡No me dejes aquí! ¡Si te vas, llévame contigo!».

«Tía, ¿por qué? ¿Qué hemos hecho mal? Perdónanos y quédate, por favor».

«Yo me siento engañado. Me mentiste. Viste tu oportunidad...».

«Mina, *porfa*... No te vayas. Yo te quiero mucho. Por favor».

«Tía Laura, te prometo que nunca volveré a decir nada sobre tus palabrotas. Te prometo...».

Oh, Dios mío... No, por favor. Sácalas de mi cabeza. Hazme olvidarlas... Solo un poco más. Solo hasta llegar. Y luego tortúrame, acaba conmigo si quieres... Pero déjame llegar.

Y lo hago, aunque no sé muy bien cómo. Luces que voy dejando atrás, kilómetros de asfalto, de señales, de líneas dibujadas en la carretera. Más asfalto y más kilómetros. Todos ellos separándome inexorablemente de mis niñas. De él.

Joder, de los amores de mi vida, aunque en realidad no me pertenezcan. Nunca lo han hecho.

Ya frente al edificio donde sigue viviendo María, sitúo el coche en el primer sitio que

encuentro. Es un estacionamiento de carga y descarga, pero me da igual. Necesito parar. Ya. Algo dentro de mí ha dado el viaje por finalizado y no puedo seguir ni un solo metro más. Sé que es tarde. Muy tarde. Entre el tiempo que me tomé para tranquilizarme antes de ver a las niñas y el que pasé con ellas, ya hacía tiempo que era noche cerrada cuando estacioné el coche en aquella carretera secundaria que no me vio llorar.

Ahora tampoco lo hago, aunque hace ya mucho rato que las piernas han comenzado a temblarme sin control, un sudor frío se cuele hasta en mis huesos y cada vez me cuesta más respirar.

Es como si tuviese un bloque de piedras en mi pecho, y mi cuerpo se descompusiese al fin. Giro la llave en el contacto y me quito el cinturón con mucha dificultad. Echo la cabeza hacia atrás, apoyándome en el respaldo, sin ninguna intención de abandonar el coche. Tampoco me veo con fuerzas, ya bastante tengo con seguir inhalando y exhalando este aire que parece escasearme.

«Yo soy fuerte. Puedo con esto. Respira, Laura, coño», grita algo dentro de mí.

Pero me cuesta, joder, cómo me cuesta. Cierro los ojos y solo me concentro en eso. No puede ser tan difícil, Dios, llevo toda la vida haciéndolo.

«Coger aire, soltar aire, Laura».

Ya, ya. Pero este peso... Este peso es demasiado grande... Demasiado.

—¿Laura?

Me giro hacia la voz de María, que me habla a través de la ventanilla. Ni siquiera recuerdo haberla abierto, pero supongo que ese instinto de supervivencia que todos poseemos ha actuado por su cuenta.

—Mujer, cómo no avisas de que vas a venir. ¿Hace mucho que esperas? Ya es mala suerte... Para una vez que se me da por ir hasta el trabajo de Nico y esperar a que salga... Menos mal que tu coche no pasa desapercibido, ¿eh? Oye... ¿Laura? ¿¿Qué te pasa?! —Y esto último me lo grita rodeando el coche y metiéndose dentro, ocupando el asiento a mi lado. Me coge la cara entre sus manos y me mira con preocupación—. Respira, así, despacio...

—Estoy... bien. Mejor —consigo decir. Y lo cierto es que es verdad; algo mejor sí me encuentro. Al menos, mis pulmones han logrado ese ansiado oxígeno.

—Sí, de maravilla —rumia ella por lo bajo, llevando mi cara hacia su hombro y envolviéndome en un abrazo—. Dios mío... ¿Qué ha sucedido?

Pero no le contesto. Hasta creo que ella tampoco espera que lo haga.

No sé cuánto tiempo nos pasamos así, hasta que mi respiración ya es más o menos acompañada y, aunque mis temblores aún son evidentes, María decide separarse y buscar respuestas.

—¿De dónde vienes? —pregunta con calma, mirándome a los ojos.

—¿Qué?

—¿Desde dónde has venido conduciendo?

—Desde El Pilar —contesto con un encogimiento de hombros, de repente, muy muy cansada.

—¿Desde El Pilar? ¿En este estado? ¿Tú quieres matarte?

—Estaba... bien. Cuando cogí... el coche. Estaba bien.

Ella cierra los ojos un segundo. Y cuando vuelve a abrirlos, sé que ahora también está un poco enfadada. Vale, sé que no he sido del todo responsable conduciendo hasta aquí. Pero lo que ella no sabe, lo que no entiende, es que tenía que salir de allí. Poner distancia... Porque aunque estemos a menos de una hora en coche, Oviedo para mí es otro mundo. Ese en el que era fuerte. Feliz.

—Es que... fue... horrible —intento explicarle, hacérselo comprender—. Chema... Las niñas... Fue...

—Laura, me estás asustando. ¿Qué ha pasado? ¿Ellos están bien?

—Sí, sí. Él... Mejor sin mí. Y ellas... Ellas son fuertes... Y las... llamaré. Y... —Nombrarlos me hunde. Otra vez la losa sobre mi torso, de nuevo la falta de aliento. Pero esta vez ni siquiera tengo fuerzas ni ganas de seguir peleando por aire. Solo quiero dejar de luchar, darme por vencida. Que pare de doler.

Ella debe de notar algo raro en mí, porque, nerviosa, habla muy rápido.

—Ya. Para. Ya tendremos tiempo para hablar. Ahora nos vamos a casa, ¿vale?

—A... casa —repito como una tonta. Porque yo no tengo casa. Desde que salí de la de mi padre, nunca he sentido ninguna como tal, salvo... salvo la de Clara. Joder, no.

Y entonces, un pensamiento todavía más cruel me hace expulsar un quejido desgarrador, seco, casi animal. ¿Y si se fue por mi culpa? ¿Y si la envidiaba tanto que yo deseé, sin saberlo, que se muriera para ocupar su lugar?

Dios... Estoy muy mareada. Y veo borroso. Y esos sollozos tan horribles que oigo... ¿son míos?

—A casa, Laura. Ahora. Por favor, ayúdame.

Y como por arte de magia, un ángel rubio abre mi puerta y me coge en brazos.

Genial, han venido a buscarme. Porque esto es lo que quiero. Morirme.

«¿Y cómo deshacerme de ti, si no te tengo? ¿Cómo alejarme de ti, si estás tan lejos?».

Ricardo Arjona.

CAPITULO 24

Laura

Cierro la aplicación con una sonrisa en la cara. La misma que me obligo a mantener mientras hablo con mis niñas. La misma que voy perdiendo paulatinamente, en cuanto de nuevo soy consciente de lo lejos que están. De que nunca, nunca, aunque en algún momento me sienta preparada para volver, voy a estar con ellas como en estos últimos dos años.

Dejo caer los párpados y suspiro. Dios, es tan difícil... Mostrarse contenta cuando estoy rota. Aparentar entusiasmo cuando lo único que me siento es derrotada. Sonreír... El mismo acto de sonreír es agotador. Porque lo único que quiero hacer es meterme de nuevo bajo las sábanas y no salir jamás.

Levanto el ordenador de mi regazo y lo coloco sobre la alfombra, arrebujándome luego en la manta y escondiendo media cara en el cojín. Dormir, únicamente quiero dormir. Aunque supongo que hacerlo una media de diez horas al día al final acaba pasándote una factura que se traduce en tener que permanecer despierta. Y eso significa pensar. Y eso significa sufrir.

¿Es que nunca voy a dejar de hacerlo? Más de un mes. Ya ha pasado más de un mes y, aunque mi estado no puede compararse al del principio, sé que doy verdadera pena. Como siga sin peinarme en condiciones, voy a acabar por llevar rastas, y el pijama se ha convertido en mi uniforme oficial.

Y eso que estoy mejor. Mucho mejor. Lo que quiere decir que ya pasé por la fase de ser poco más que un despojo humano.

Todavía recuerdo con bastante vergüenza y aprensión el momento en que me desperté en una cama que en principio no reconocí, con la sensación de que un tren me había arrollado y, un segundo después, la acojonante seguridad de que seguía viva. Fue tras aquella crisis en mi coche, justo al llegar, en la que, realmente, pensé morirme. Y en la que, por primera vez en mi vida y con muchísimo pesar por reconocerlo, no me hubiese importado hacerlo.

El ángel que me sacó en brazos no era, en realidad, un ángel. Aunque María tenga sus argumentos para contradecirme. Es su novio, Nico, un chico majísimo al que, por desgracia, no conocí en el mejor momento de mi vida. Venían andando desde el restaurante en el que él trabaja cuando ella vio mi coche y lo siguiente... Bueno, fue encontrarme con un ataque de ansiedad en toda regla. O uno de dolor. O uno de pánico. Cualquier nombre me vale, porque todas esas emociones convivían entre sí.

—Hola, cariño. ¿Cómo te encuentras? —se preocupó María aquel día, unos minutos después, entrando en mi cuarto con precaución. Y yo me pregunté cuántas veces lo habría hecho antes, esperando a que abriera los ojos por fin.

—Mal. Muy mal —recuerdo decirle, ya con las lágrimas resbalando por mis mejillas. Era superior a mí. Un montón de imágenes, de voces, de frases se mezclaban en mi mente, recordándome continuamente lo sucedido con Chema. Y con las niñas.

Ella me acarició la cara y luego me acercó un vaso de agua y una pastilla.

—Tómatela, te sentirás mejor. Y dormirás un poquito más. Ahora es lo que debes hacer. Descansar, cariño.

Y dormí. Dormí mucho. Despertando solo el tiempo justo para llorar hasta agotarme y dormirme de nuevo. Días así. No sé ni cuántos. Sobreviviendo a base de pequeños mordiscos que le daba a la comida que ella me traía y bebiendo, forzosa, los zumos que sí me obligaba a terminarme.

—Tienes que hidratarte, cariño. Y así, de paso, también te alimentas un poco.

Y desde luego que tenía que hidratarme. Toda yo era lágrimas y mocos. Estaba a punto de quedarme más seca que la mojama. O, por el contrario, ahogarme con mi propio llanto. No sé cómo sería peor acabar... Ahogada o consumida, aunque... ¿qué más daba? Si justo era así como ya me sentía.

Los días se convirtieron en semanas. Una, dos... Dormir, llorar... Y volver a dormir. ¡Benditas pastillas! Que ni sabía ni me importaba qué eran, pero me procuraban un alivio inmenso, encubriendo mi dolor con horas de sueño que, si bien no era reparador, al menos en ellas no sufría. Eran horas muertas, vacías, en las que recobraba fuerzas para seguir llorando.

A veces, cuando María se cansaba de verme el mismo pijama puesto, me arrastraba a la ducha. Y era solo en esas ocasiones en las que intentaba que me abriera a ella, que le contase qué demonios había pasado para que estuviera así. No insistía demasiado, pero se mostraba interesada, preocupada, asegurándome que estaba allí para escucharme cuando estuviese preparada.

Lo cierto es que ya lo sabía. Me lo demostraba cada día. No todo el mundo hubiese sido lo que ella fue para mí esos días. Una enfermera, una madre, una amiga.

Pero, aun así, y a pesar de confiarle mi vida como estaba haciendo, de mi boca no salía nada que pudiera explicar mi estado. Era pensarlo y... me rompía un poco más. Como para hablarlo estaba yo.

Lloré. Lloré tanto que aún no sé cómo pueden quedarme lágrimas. Lloré por Clara, todo lo que no lo hice en su momento. Todo lo que aún guardaba dentro. Había leído en alguna parte que los duelos fuera de tiempo eran los peores. Sí, puedo corroborarlo. Sobre todo porque también se une la culpabilidad de no haberlo hecho antes. Esa sensación, absurda pero intensa, de no haberla querido lo suficiente quizá, cuando es justo al revés. A veces es tan grande el dolor que este se enquistaba o se disfraza para sobrevivir a él.

Lloré también por las niñas, por lo muchísimo que las extrañaba. Por haberlas dejado. Por cada uno de los sollozos que exhalaban por mi culpa.

Y por mí. Lloré mucho por mí. Porque dolía demasiado. Y daba igual en qué pensara. Si recordaba la última discusión, nuestras hirientes palabras, la rabia con las que nos las dijimos... Quería chillar hasta desgañitarme. Me sentía enfadada, estafada. Dañada, en carne viva. Y estúpida porque sabía que yo había tenido mi parte de culpa, hablando de más, atacándolo para aniquilar mi propia frustración. Pero todavía era peor cuando a mi mente acudían los momentos buenos... Ahí quería morirme, literalmente. La herida se abría y era como si un dedo invisible hurgase en ella. Veía su sonrisa como si la tuviese enfrente, esa tímida, que adoraba; esa torcida, canalla; esa enorme, en la que en los ojos se le formaban arruguitas. Oía sus risas... Todas. Las que dejaba salir entre dientes, las que disimulaba por lo bajo, las abiertas, a carcajadas. Repasaba una y otra vez nuestras conversaciones, nuestras bromas... La ternura con la que miraba a sus hijas, esa que, cuando dirigía a mí, me derretía. La pasión que derrochaba en su trabajo, así fuese construir una casa o arreglar una simple gotera. Y sus ojos... El recuerdo de sus ojos me asediaba continuamente... Cómo le brillaban cuando tramaba algo sexual, cómo se le dilataban cuando comenzaba a excitarse, cómo los entrecerraba en el instante en que se corría.

En ocasiones, las imágenes eran tan reales, tanto que alargaba la mano para retirarle ese mechón que siempre le cae sobre la frente, pero... Chema no estaba. Y nunca volvería a tenerlo de esa manera.

Así que también lloré por él. Por no darnos una oportunidad. Por no ver lo felices que éramos juntos. Puedo entender que no llegase a enamorarse de mí, eso sí, claro, no soy tan engreída, pero... Pero sé que, durante ese escaso tiempo en el que compartimos algo más que sexo, él

también era feliz. Nuestra complicidad no era fingida, el cariño que me demostraba, tampoco. Y, desde luego, yo no tengo mucha experiencia, pero me niego a creer que todas las parejas se lo pasen tan tan bien en la cama. Era química, atracción o como se quiera llamar, pero era real, arrolladora. Y era entre nosotros dos.

Oí también en algún sitio que la tristeza se alimenta de ella misma, creciendo sin parar si no haces nada por evitarlo, y es verdad. La mía se hacía inmensa y yo me dejé arrollar. Hasta el día en que María se cansó de mi actitud y me hizo ver que hundirme en la miseria estaba afectando a quienes más quería.

—Tienes que llamarlas —me dijo.

Me senté en la cama al oírla, sorprendida y muy aturdida.

—¿Qué? ¿A quién?

—A las niñas. Tu teléfono está lleno de mensajes. De tu padre, de Lidia, de todos tus amigos. Y todos dicen lo mismo, que te pongas en contacto con ellas. Te echan muchísimo de menos y comienzan a pensar que las has olvidado. Le preguntan por ti a todo aquel que se encuentran por delante y... no puede ser, Laura. Te he concedido tiempo, pero ahora tienes que lavarte esa cara, adecentarte un poco y hablar con ellas.

—Pero... Pero... —balbuceé, porque entendía lo que me decía, mas no sabía por qué tenía que aparentar estar bien. Solo hacer algunas gárgaras, quizá... Y carraspear bastante, ya que estaba segura de que mi voz sonaba igualita a la de Batman.

María no vio la insignificante e irónica sonrisa que movió mi boca. Pero yo la sentí como un rayo de sol abriéndose paso entre las brumas. Si era capaz de comenzar a burlarme de mí misma, estaba más cerca de recuperarme, ¿no?

—Acabo de hablar con Lidia por wasap, haciéndome pasar por ti, como viene siendo habitual. Están con ella y ya tienen instalado Skype. Así que... ¿qué me dices? —continuó ella.

Aunque aterrada y, de pronto, muy nerviosa, no pude decirle que no. Además, tenía razón, era hora de volver de entre los muertos. Ver y hablar con mis niñas. Y también con todos los demás.

Había resuelto la cuestión de no tener que hacerlo hasta ahora con un inventado viaje a la montaña, donde no había cobertura, y porque María había estado contestando a mis mensajes como si fuera yo, pero eso tenía que acabarse. No me extrañaría si empezaran a desconfiar de que no estuviera tan bien como decía. De hecho, yo ya lo hubiese hecho de estar al otro lado.

Así que tocaba volver. De verdad, sin nadie ocupando mi lugar. Aunque en aquel momento solo fuese durante unos minutos para tranquilizar a mis pequeñas.

Hablar con ellas fue... No existe la palabra para explicarlo. Una mezcla de euforia y tristeza que, aunque al acabar lloré hasta hartarme, me ayudó a salir un poco del pozo en el que me encontraba.

—Bueno, veo que has cambiado la cama por el sofá. Vamos mejorando.

Esas fueron las palabras de María al día siguiente, cuando, al volver del trabajo, me vio tirada sobre él. Y ese no fue el único cambio. Conseguía pasar horas sin llorar. Y despierta, eh. Lo que era todo un logro. Incluso contestaba algún que otro mensaje yo misma y la tele volvió a convertirse en una gran amiga. Y eso que no siempre me enteraba mucho de lo que ponían en ella.

Un día me encontré hablando por teléfono con Nela. A esa, siguió una llamada a mi padre, otra a Pedro y otra a Lidia. La mayoría eran conversaciones en las que me sentía una farsante, ocultando el dolor, la verdad, pero que, a fuerza de fingir que estaba bien, me hacían más fuerte.

Sí, lo peor ya ha pasado. Pese a que todavía sigo rota. Y triste. Dependiendo de las pastillas para dormir la noche del tirón. Y, ante todo, sin saber cómo salir de esta. Cómo hacer para pisar de nuevo el pueblo con la cabeza bien alta, sin sentirme atormentada ante el hecho de encontrarme

con Chema. Porque tendré que verlo. Es inevitable. Es el padre de esas mismas niñas por las que volveré. Ellas son los dos únicos motivos por los que me planteo regresar. ¿Plantear? No, eso no es correcto. Voy a hacerlo, no sé cuándo, ni cómo, ni para hacer qué, pero lo que sí sé con certeza es que tengo una promesa por cumplir. Y no habrá fuerza humana que me obligue a quebrantarla.

Me fuerzo a abandonar el sofá y me encamino a la cocina, donde me sirvo un vaso de agua que me llevo a mi cuarto. Abro el cajón de la mesilla y saco la caja de las pastillas, depositando una de sus tabletas en mi mano. Tengo que tomármela ya si quiero que me haga efecto en un par de horas y... me las quedo mirando.

Las observo con atención y... No. Esto también tiene que terminarse. Aún me siento horrible, sí. Sin ganas de nada y demasiado abatida. Pero estas cosas no son la solución. Realizaron su cometido. Me ayudaron cuando el dolor era mucho más fuerte que yo, pero no más. Las guardo con ímpetu, tirándolas dentro del cajón y cerrando este de un golpe y, por primera vez, una sonrisa verdadera me cruza la boca, porque me siento orgullosa de mí misma.

Los días se suceden uno tras otro de una forma alarmantemente rápida y, a la vez, tan lentos que resultan deprimentes. O quizá sea el hecho de que todos son iguales, cortados por un patrón que yo misma he cortado y cosido a un maniquí ajado y tambaleante. Porque es así como me siento la mayor parte del tiempo. Desmejorada, vieja y temblorosa.

Las Navidades han sido extrañas. Tristes, aún con la alegría que María y Nico dejan en el ambiente. Sintióndome sola, a pesar de que en realidad no lo estoy y de la visita sorpresa de mi padre y Lidia, en la que, por cierto, demostré que todavía sé sonreír de verdad. Nostálgicas, por todo lo que echo de menos, pero ahí está lo raro... Esperanzadoras, porque, tras superarlas sin volver a caer en la desesperación, me creí que saldría adelante.

Aunque parece ser que no va a ser de inmediato.

A mis niñas solo las he visto a través de Skype, pero hablamos mucho y con regularidad y me consuela que pronto las tendré aquí conmigo. Mi padre ha prometido traérmelas en breve y espero con ansia e ilusión ese día. Tengo tantas ganas de abrazarlas y achucharlas que me duele el alma. Y un temor absoluto a otra despedida, pero no quiero pensar en ello.

Clara siempre decía que hay que coger las cosas como vengan y... Y sé que aún es pronto para volver. Yo todavía no soy esa Laura que se hizo cargo de ellas, esa decidida y fuerte que mis princesas conocen. Y me niego a regresar en estas condiciones. Siendo franca, tampoco quiero. No voy a permitir bajo ningún concepto que Chema sepa el daño que me ha causado con sus palabras, con su rechazo... Mi orgullo, ese que no uso para nada últimamente, parece haberse centrado solo en ese hecho. En poder enfrentarlo con las heridas sanadas.

La pregunta es... ¿cuándo sanarán?

Porque estamos a mediados de enero y yo sigo casi en las mismas. Sí, ya no me medico. Y como mucho mejor. Y cada día lloro menos. Pero ahora... Ahora soy igual a esa mesa, o a esa silla, o a ese mueble de la tele. No, soy peor. Porque al menos ellos tienen una utilidad, una función y yo... Yo no. A no ser que haber conseguido que el sofá tenga la forma de mi culo se considere productivo.

Aparto la manta con la que me cubro. Y lo hago con saña. Con rabia, incluso. No apporto nada, joder, salvo una constante presencia en esta casa en la que soy poco más que una *okupa*. Haber conseguido que María me cogiese algo de dinero no me hace sentir mejor. Y tampoco es ella, que se desvive por mí. Ni Nico, su novio, que me trata con una deferencia y un respeto dignos de

mención. No. Soy yo, que me siento inútil.

Y estoy pensando todo esto, todavía agarrada a la manta y a pie de sofá, cuando la puerta principal se abre. Pestañeo incrédula cuando María entra en el salón, pero no es ella la culpable de mi aturdimiento, sino quien camina tras ella.

—Marcos... —susurro, asombrada al verlo. Pero, sobre todo, avergonzada.

Mi mirada vuela de él a María, buscando algún tipo de explicación a su presencia aquí. A ver, que es su casa y puede traer a quien quiera, pero... podía haber avisado. O mejor, podía haberlo disuadido de venir. Ella se encoge de hombros y vocaliza una disculpa. Y mis ojos se mueven de nuevo hacia él, que, con las piernas un pelín separadas y los brazos cruzados, me mira de arriba abajo con una expresión que no logro identificar.

Será repulsión. Porque las pintas que tengo... Con mi viejo pijama de franela gris con corazones rosas, dos tallas más grande de la que necesito y con más uso que cualquier pila de agua bendita. Y mis pelos... que no sé si estarán pegados a la cabeza, apelmazados y mugrientos, o a lo loco, como si me hubiese peleado con un enchufe. Y hubiese ganado él.

O será lástima. Porque mis ojos no han vuelto a ser los mismos. Lucen siempre hinchados, enrojecidos y con unas oscuras sombras debajo de ellos. Además, he adelgazado tanto que, más que sentarme bien, me hace ver demacrada y enfermiza.

O estará decepcionado. Y un poco enfadado. Porque esta Laura no es ni el reflejo de la que él conoció. Es una Laura exhausta, desdichada, sin ilusiones. Poco más que un parásito viendo como pasa la vida. Y lo que es peor, que todo esto me lo he hecho yo. Yo lo he permitido y hasta me he solazado en ello. A veces, creo que hasta me lo he buscado.

Porque Chema tiene su parte de culpa, vale. Pero la verdadera culpable soy yo. No debería haber consentido que el simple hecho de amar me redujera a esto. A un puto zombi que ahora se avergüenza de sí mismo.

Y como este razonamiento me cabrea, yo también me cruzo de brazos.

Marcos debe de notar mi cambio de actitud, porque eleva una ceja y habla por primera vez.

—Hola.

—Hola —respondo, bastante seca. Y, con las mismas, me doy la vuelta para irme a mi cuarto y escapar de su escrutinio—. Os dejo solos, supongo que...

—Laura, no. Estoy aquí por ti.

Sorprendida, solo giro la cabeza. ¿Por mí? ¿Por qué? ¿Para qué? Y de nuevo me siento humillada, amargada, poco digna... Porque este chico, guapísimo y maravilloso, al que abandoné y ocluté la verdad, ha venido en mi auxilio. Me está viendo así, hundida y asquerosa.

Y como yo, pues, bueno, ya se sabe, gestiono mal algunas emociones, la ira lo nubla todo.

—¿Por mí? —lo encaro—. No voy a ser tu buena obra del año, Marcos. Vete.

—No. —Se acerca todo lo que puede, aunque, por suerte, no me toca—. Ni me voy, ni eres esa estupidez que has dicho.

—Entonces... ¿Qué quieres?

—Hablar contigo. Así que... dúchate. Y vístete, por Dios. Estaré esperándote aquí mismo.

—¿Qué? Pero... ¿quién te crees...?

—A ver... —Se frota con dos dedos la mandíbula, en ese gesto tan suyo, y entrecierra los ojos—. ¿Cómo te lo digo? ¡Ah, sí! O te duchas y te quitas esa cosa horrorosa que llevas puesta, o te juro que, así como estás, te echo al hombro y te saco a la calle. Te lo juro, Laura. Ya está bien, ¿no?

Y no es lo que ha dicho, sino cómo lo ha hecho. Sin ni siquiera gritar. Claro que antes aún vuelvo a protestar.

—¿Y a ti qué te importa, joder? ¿Cómo estoy o qué llevo puesto? ¿Por qué te crees con el derecho a opinar cuando debo...?

—Laura. Tienes cinco putos segundos para cambiar esa actitud y hacerme caso. Quiero hablar con una persona, joder, no con la niña de *El exorcista*. Cinco, cuatro... —Y, hostias, yo ya estoy andando hacia mi cuarto, aunque, eso sí, despacio y hacia atrás.

Y, antes de que llegue al uno, siento la puerta tras mi espalda. Cabreada ahora por obedecerle, grito una última vez.

—¡Y la niña de *El exorcista* lleva camisón, no pijama, listo! —Y, sin más, abro la puerta y la cierro de un portazo.

Joder, qué bien me ha sentado. El portazo y el grito. Pero lo pienso ya abriendo el armario para coger ropa limpia, tal como me ha ordenado. Será mandón...

Cuando salgo de la ducha, la furia se ha ido por el desagüe. En realidad, si he accedido a su petición es porque sé que tiene razón. Ya está bien, ¿no? Así que, con la ira pisoteada por la sensatez, solo queda, de nuevo, la vergüenza. Me visto deprisa, con unos vaqueros y una sudadera enorme y, peinándome con los dedos, no alargo más el momento de volver y dar la cara.

Los encuentro en el salón, hablando tan tranquilos. Nico también está con ellos, cortando una *pizza* tan grande como la mesa en pequeñas porciones.

—Creo que es la primera vez que ha hablado tanto —le está diciendo María a los chicos—. Y, además, joder... estaba muy enfadada. —Y eso, por un motivo que se me escapa, parece hacerla feliz.

—Hola, Laura —me saluda Nico, al ser el primero en verme—. Espero que te guste, la he hecho yo.

—Entonces seguro que sí —susurro, sin saber muy bien cómo comportarme. Y sincera, que el chico cocina para chupetearse los dedos. No por nada es el chef de uno de los mejores restaurantes de Oviedo.

—Hola, cariño —me dice también María, abriendo las piernas y ocupando más sofá de lo normal. Pongo los ojos en blanco al reconocer su jugada. Ella y su novio están sentados en el de tres plazas y Marcos en el de dos. ¿En serio cree que soy tan cobarde como para no hacerlo a su lado? Bueno... Quizás sí tenga motivos para pensarlo, sí.

—Hola —murmuro yo, ocupando el lugar a la izquierda de nuestro invitado sorpresa. Y como es de bien nacida ser agradecida, y sé que él actuó de buena fe, lo suelto muy rápido—. Lo siento. No debí gritarte.

—Oh, no, no lo sientas —me pide María con una sonrisa—. Fue un placer verte así. Dios, cómo echaba de menos ese carácter peleón, Laura.

Hago rodar otra vez los ojos y esbozo una leve sonrisa al atreverme, por fin, a mirar a Marcos.

—Ya la oyes. No puedo pedirte disculpas.

Él se ríe.

—Me parece bien. —Se inclina un poco para acceder a una porción de *pizza* y me la pasa, junto con una servilleta.

Se la acepto, pero entonces recuerdo algo y, con la vista todavía sobre mi comida, frunzo el ceño.

—Esto... Me amenazaste con bajarme a la calle.

—Te mentí —dice más pancho que ancho, cogiendo ahora un trozo para él. Y, entonces, cuando vuelve a acomodarse sobre el sofá, me da un sonoro beso en la mejilla—. Por cierto, cuánto tiempo, ¿no?

En serio, no sé si echarme a reír o a llorar. Todo parece tan normal... Nosotros dos, tras más

de un año sin vernos, teniendo una discusión para luego cenar con unos amigos así, en plan parejitas. Es... absurdo. Y al mismo tiempo, él lo hace natural, como si no hubiese pasado el tiempo. Es que sí, contra todo pronóstico, me siento cómoda. Muy muy triste, también. Eso no se me va a pasar de la noche a la mañana. Pero mucho mejor que hace unas horas.

Le doy un mordisco a la *pizza* y me siento en el borde del sofá; al tragar, bebo del vaso de Coca-Cola que alguien me ha servido. Miro a María, que me observa. A Nico, que también lo hace, aunque con más diplomacia. Y de nuevo a Marcos, que contempla a la pareja con una mueca extraña en la cara.

—¿Qué pasa? —acabo preguntando yo ante el silencio y tanta miradita.

—Eh, nada, nada —se apresura a contestar María, compartiendo con su novio una sonrisa cómplice. Y este se encoge de hombros y le enseña la palma abierta de una mano.

—¿Qué pasa, Marcos? —le pregunto directamente a él, que sigue mirando a los otros con reproche.

—Pasa que estos no saben lo que es el disimulo.

—Ya. ¿Y aparte de eso?

Me mira un segundo y sonrío un pelín arrogante.

—Que no me creyeron cuando les dije que lograría que te sentases a cenar con nosotros. Pasa que María tiene que tragarse sus palabras y Nico, pues...

Algo ofendida al saber que casi han apostado sobre mí, me dirijo a María.

—Ya te vale. En primer lugar, no tenías ni por qué habérselo di...

—Fui yo —me interrumpe Nico—. Yo. Y en contra de lo que ella quería.

—Sí, algo que, por cierto, me parece fatal —continúa Marcos mirando a mi amiga.

—A ver... Ya te dije lo que había, Marcos. Tú eres mi amigo, pero ella lo es más.

—Pues eso, cariño —vuelve a intervenir su novio—. Ella es tu amiga, y él es mi mejor amigo.

—Ya, pero yo soy tu novia... —se queja ella.

—Y Laura su ex, ¿no? A la que sigue considerando una amiga, así que tenía derecho a saber de ella.

—Pero Laura no quería que él supiese que estaba aquí. Y... así —sigue protestando María.

—Otra cosa que me parece fatal —repite Marcos.

—Tienes que...

—Esperad, esperad —corto yo esa discusión sin sentido de la que comienzo a sentirme culpable y que, por otra parte, despierta mi curiosidad—. Vosotros ¿sois amigos? Quiero decir, antes de María...

—Sí, claro —contesta Nico metiéndose un bocado en la boca. Mastica y traga con fuerza antes de señalar a Marcos con un dedo—. Lo conozco desde que íbamos en pañales.

—Sí, tal cual —admite Marcos con una sonrisa—. Nuestros padres son íntimos y casi nos criamos juntos. De hecho, compartimos guardería y luego colegio.

—Uno de pago —los vacila María, sacándole la lengua a los chicos cuando estos la miran ceñudos.

—Ah, yo pensé que... —no acabo la frase, con la mirada puesta en la pareja. Creí que ellos eran amigos por ella y no...

—No, fue justo al revés —me explica Marcos, leyéndome el pensamiento—. Yo los presenté.

—Entiendo. De todas formas —le espeto al novio de mi amiga—, ya te vale.

Y sí, lo digo solo porque me apetece. Por fastidiar. Porque me quedo más a gusto. Ellos parecen entenderlo así también, porque se echan a reír. Pero aún no he acabado.

—Y tú, señorita, no te hagas tanto la ofendida con él —señalo a Nico—, que parecías

encantada de la vida cuando entré en el salón.

—Ummm. Culpable —reconoce con una sonrisa, que pierde al proseguir—. Es que, Laura, tiene razón Marcos. Ya está bien, ¿no?

Bajo la mirada, perdiendo, de pronto, mi recién recuperada audacia. Porque claro que tienen razón, los dos. Ya está bien. Ojalá mi corazón pensase lo mismo. Ojalá existiera una fórmula mágica, una máquina del tiempo o algo que borrara lo sucedido.

—Al final, ¿qué? —oigo a Nico—. ¿Te atreves con los *piercings* en los pezones?

Levanto la cabeza perpleja, y más me quedo cuando veo que la pregunta es para Marcos.

—¡Ni de coña, tío! Ya te dije que conmigo no contarás.

—Lo sabía. Por eso...

—No, por Dios... ¡Nico! —Pero la protesta de María se pierde en el aire cuando su novio, ya en pie, se sube la camiseta y enseña su torso. Y, joder, sí, tiene un aro diminuto en cada uno de sus pezones.

—¡Joder, tápate, hombre! No quiero ni verlo —se queja Marcos poniendo una mano delante y soltando una carcajada incrédula—. ¡La hostia! Y lo hiciste...

—Pues claro... Y son una pasada cuando...

—¡Nico! ¡Cállate! ¡No les interesa! —Lo pellizca mi amiga, a lo que él responde obedeciendo y sentándose entre risas.

—Estás como una cabra... —digo yo sin pensar, y con una sonrisa de oreja a oreja.

Y así transcurre el resto de la noche, entre anécdotas, chistes malos, y no tan malos. Acabando la *pizza*, aunque fui incapaz de ser de demasiada ayuda para ello; cambiando el refresco por unas cervezas y a eso sí que me presté solícita; y enterándome de cosas de mis amigos que, por mis propios problemas y dejadez, me había perdido.

Sin mucha comida en el organismo y, por poca costumbre últimamente, el terminar la segunda cerveza me produce ese calorcillo típico del alcohol. Ese puntito maravilloso en el que aún no estás borracha ni mucho menos, pero te sientes genial. Así que, al final, me implico de pleno en la conversación de la que ellos, la verdad, han llevado el peso.

—¿Eres Nico de Nicolás? —le pregunto en un momento determinado al chico.

—No, no. Soy Nico de Nico. Nada más. Solo Nico.

Lo miro algo extrañada, y ya del todo cuando Marcos y María comienzan a partirse de la risa. Pero no pienso más allá y digo lo primero que se me ocurre.

—Pues ¿sabes? Tengo un amigo que se llama Colás, solo Colás. ¡Qué casualidad, ¿no te parece?!

—Una increíble —masculla él haciendo una mueca y rodando los ojos.

—Uy, te has metido en terreno pantanoso —me dice Marcos, la mar de divertido, mientras se lleva la botella a la boca.

—Y tanto. —Se ríe María, que recibe una mirada asoladora de su novio.

—Pero ¿qué pasa? —acabo por preguntar, ya curiosa.

—Pues que...

—¡Marcos, ni se te ocurra! —grita Nico.

—Cariño, pero si hay confianza... Le has enseñado los pezones. ¿De verdad no puede saberlo? —apunta María, sonriendo con malicia.

—Oh, vale. Vale. —Él levanta las manos y luego las deja caer con resignación—. Soy Nico de Nícodemo. ¿Contentos todos?

Y los demás parecen estarlo, sí, porque se tronchan. Yo... Yo solo puedo pensar en qué demonios piensan unos padres para ponerle ese nombre a un hijo.

—¿Nicodemo? —repito, atónita.

—Sí, joder, Nicodemo. ¿Algún problema?

Y entonces, sin esperarlo, sin pretenderlo, sin siquiera pensarlo, me encuentro estallando en carcajadas. Y, joder, esto sí que sienta bien. Infinitamente mejor que un portazo.

Chema

—Papi... ¿Mina ya avisó?

Levanto los ojos y miro a Llara soltando un suspiro. No llevo la cuenta de las veces que me ha hecho la dichosa pregunta, pero han sido muchas. Muchas.

—No. Pero no creo que tarde —respondo, hastiado, echándole un vistazo al móvil, que, en breve, mostrará un wasap que no tengo ni la necesidad de leer.

«¿Puedo hablar con las niñas?», me preguntará ella. Siempre las mismas palabras. Siempre la misma cuestión.

«Sí, ahora mismo». «Dame cinco minutos». «OK». Y hasta ahí mis contestaciones. Al menos las varío, teniendo en cuenta lo lejos que esté del ordenador o el humor que me gaste en ese momento. Que nunca es bueno, pero, aun así, hay días y días.

Resoplo, dándole otra vuelta a la camiseta que tengo entre las manos. Joder... Cuando termino de planchar los volantes de la parte delantera, los de atrás están, de nuevo, hechos un Cristo. Entrecierro los ojos y la lanzo sobre la mesa. ¡Que le den! Lisas. A partir de ahora, las faldas, camisetas y blusas de las niñas serán lisas. Y si las encuentro de esas que ni se planchan, mejor. Tanto volantito y tanta tontería... Y, claro, también están los dibujitos esos de las narices, que se quedan pegados a la plancha al menor contacto. Que digo yo... ¿cómo cojones les quito las arrugas, entonces?

Llevo la mano al cesto para coger otra prenda y... ahí está. El mensaje de Laura. Puntual como un reloj. Incluso lo miro, asombrado de que siempre sea así. Siempre a las ocho en punto, antes de la ducha y cena de las niñas. Lunes, miércoles, viernes y domingo. Es tan extraño en ella que cumpla tan rigurosamente ese itinerario que se ha marcado que no sé ni qué pensar. ¿Es que ahora nunca tiene un despiste? ¿Se ha puesto una alarma o qué?

«¿Puedo hablar con las niñas?».

«OK». Hoy mi mal humor es más que evidente.

En menos de dos minutos, tengo Skype abierto y a las niñas delante de él, arrodilladas ante la mesa baja del salón. Le doy a llamar y espero a que suene el primer tono, asegurándome de haber ejecutado bien la operación. Y luego me separo, dejando a las tres compartiendo un montón de anécdotas, risas y tantos «te echo de menos», «os echo de menos» que he perdido la cuenta. También siempre lo mismo. A veces no sé cómo tienen tanto que contarse hablando tan a menudo, y otras me encuentro preguntándome por qué cojones no vuelve si tanto las extraña.

Hoy tengo un día de estos últimos, por lo que, más cabreado de lo razonable, desenchufó la plancha y me escabullo a mi cuarto en cuanto oigo su voz.

—¡Hola, mis princesas! Pero qué guapísimas estáis, por Dios.

Hago una mueca ante su frase y no puedo evitar echarles un vistazo antes de abandonar la cocina. Sí, guapísimas. Divinas, coño. Una mezcla entre el Joker y Sara Montiel con todo el maquillaje que llevan a cuestras. Maquillaje que ella les ha comprado por Reyes y que ha mandado por correo. Estuve tentado de no meterlo tan siquiera bajo el árbol, un pensamiento rastrero que descarté al instante, pero por el que hasta me sorprendí. ¿Tanto rencor le guardo aún? Sí. Parece que sí. Aunque lo que me asombra de verdad... No, lo que me jode un huevo es que mi regalo sigue ahí, dentro de la caja. Y eso que gritaron entusiasmadas al verlo. Que lo miraron y remiraron y jugaron con él... ¿diez minutos? Joder, que me costó un pastón. Casi cien euros entre la puta caravana de la puñetera Barbie esa y todos los complementos que, cómo no, vendían aparte.

Y Laura, con un par de barras de labios, unos cuantos lápices y muchas sombras, va y lo clava.

Claro, Laura es la supertía, pero soy yo el que tiene que frotar la bañera para quitar toda esa mierda colorida que le queda pegada, hostias.

Rechino los dientes al ser consciente de que estoy siendo algo más obtuso de lo normal. Vale que me moleste. Un poco. Pero tampoco puedo considerar todo lo que hace como una ofensa. Aunque... sí, ¿por qué no?

Más de tres meses. Ya han pasado más de tres meses desde que se fue. Y, desde entonces, salvo esos insípidos wasaps, no hemos hablado. Ni nos hemos visto. Hago por desaparecer de su campo de visión en cuanto aparece en pantalla y también me aseguro bien de que ella no entre en el mío. No quiero verla. Porque solo oírla me pone enfermo. Enfadado, frustrado, decepcionado. Joder, tan... tan rabioso.

Todas esas emociones entremezcladas de los primeros días, esas que hasta me costaba separar unas de otras —tristeza, miedo, furia, desilusión, dolor...— han unido fuerzas y ahora solo hay rabia. Una inmensa que no sé cómo manejar.

Al principio me encontraba trastornado, casi desorientado. Demasiados sentimientos luchando entre sí, supongo. Porque, joder, comencé a ser consciente de su marcha demasiado pronto. No tuve tiempo a prepararme para su ausencia, sino que, de repente, no estaba. El piso parecía más grande, más silencioso, ella no estaba a la vuelta de cada esquina, ni tampoco sus cosas en los lugares más insospechados. Vacío, así lo había dejado. El mismo vacío que sentían mis niñas y que yo disimulaba no padecer.

Luego, la realidad se impuso. Tenía muchas cosas que hacer, que organizar, que atender. Y mis emociones pasaron a no importar. Cada hora del día la asignaba a su tarea, no había detalle que dejar al azar. La casa, las niñas, el trabajo... Más que un hombre, me convertí en un puto robot. Porque sí, la manera más fácil de hacerme con las riendas era que nada se saliese de control. Todo en su sitio, ordenado, con horarios dignos del mismísimo ejército.

Y después... Con mis hijas siendo recogidas del colegio por sus abuelos, comiendo una semana en casa de cada uno de ellos, corriendo el horario laboral una hora hacia delante para ajustar mis necesidades, haciendo las compras solo los sábados y dedicando las tardes al parque, a las actividades extraescolares, a la limpieza y a los deberes, después... llegó de nuevo la furia.

Solo podía pensar en lo malo. En que me había manipulado, en que nos había engañado a mí y a su hermana. En que se había enamorado de mí, joder. ¿Quién coño lo hace de su cuñado? Eso es tentar al destino, a la suerte. Eso es estar mal de la puta cabeza.

Y me engañó a base de bien. Con su carácter alocado, con sus ideas modernas, con esa independencia que mostraba, con la palabra libertad y la desvergüenza saliendo por cada uno de sus poros. Yo la deseaba, vale, eso lo admito, pero fue ella la que me sedujo. Con sus modelitos ajustados y provocadores, con sus risas, con sus bromas, con esa forma de ser explosiva, que no escondía toda la ternura que tenía para dar. Dulce y agresiva. Divertida y confiable. Torpe y dispuesta. Inalcanzable y caliente. Joder... Me la jugó. Me llevó a su terreno y casi consiguió lo que yo nunca imaginé que pretendía. Porque supongo que el que está enamorado solo espera ser correspondido, ¿no? Y eso me enervó. La mentira. Sus intenciones. El saber que mientras yo fui de frente, siendo sincero hasta el punto de resultar incluso poco delicado, ella... fingía.

Llegué a odiarla. A odiarla de verdad. Sobre todo cuando pasaban los días y ni siquiera parecía acordarse de sus sobrinas. Y dos semanas después, aquel aviso de Lidia en el que me pedía que conectara a las niñas a Skype porque Laura quería hablarles. Y luego ya, los suyos, estableciendo una rutina que no parece que vaya a cambiar a largo plazo.

«Aún va a tardar en volver», me dicen las niñas cada vez que hablan con ella. Sí, siempre lo mismo. Sin que yo me moleste en preguntarles nada.

A veces me siento como viviendo el día ese de la marmota. Repitiendo las mismas cosas, oyendo frases idénticas. Esperando que suceda todo de igual manera dependiendo del día de la semana que sea. Es un bucle ansioso, pausado y eterno y, al mismo tiempo, que avanza de forma vertiginosa, convirtiendo las horas en meses antes de que me dé cuenta.

Y eso, el tiempo, junto con la distancia y ese pequeño interés que volvió a mostrar por mis hijas, hizo desaparecer ese odio visceral que me consumía. En realidad, no la odiaba, algo me lo impedía. Pero sí seguía furioso. Aún lo estoy.

—Papi, la tía aún va a tardar en volver. Pero ya falta menos —me comenta Llara desde la puerta, con una sonrisa que no sé si es alegre porque acaba de verla o triste por la repetitiva noticia.

Me levanto de la cama, donde permanecía sentado pensando, y me froto los muslos.

—Vale —le digo antes de entrar en el baño y meter mis sudadas manos bajo el grifo.

¿Va a tardar? ¡Pues genial!

—¿Cacique con naranja?

—Sí, por favor.

Observo detenidamente como Jorge me prepara el cubata y dejo sobre la barra un billete que no tarda en coger. Me guardo la vuelta en el bolsillo y me giro apoyando la espalda contra el mostrador mientras me llevo el vaso a la boca, degustando la bebida en pequeños sorbos.

Es la primera noche que salgo desde el día de la boda de Colás y Nela. Y antes de eso, tampoco es que lo hiciese mucho. Ni siquiera tuve la delicadeza de despedirme de Ana como Dios manda, con una cena o unas cañas de por medio. Pero es que aquella semana en la que ella se fue... mejor ni recordarla.

Las niñas están pasando el fin de semana en Oviedo con mis suegros. Y sí, también con Laura. El suspiro que dejo escapar me coge incluso por sorpresa. Le doy otro sorbo a mi bebida e intento sacarla de mi cabeza, algo por lo que también me decidí a salir, aprovechando la ausencia de las pequeñas y que... joder, es mi puto cumpleaños.

Observo el local a conciencia, tratando de encubrir pensamientos con imágenes y dejándome absorber por el ambiente. Todavía no hay mucha gente, aunque no tardará en llenarse. A diferencia de mí, la gente estará cenando, aquí mismo, en alguno de los otros locales del pueblo, o en sus casas, con sus familias o amigos. Yo es que ni lo he hecho. Pero hoy tenía una necesidad imperiosa de salir de esa casa vacía, de colarme entre la multitud, de oír ruido; a pesar de que tampoco me apetece demasiado implicarme en nada de lo que me rodea. Contradictorio y raro, sí, pero es lo que hay. Lo que sí he hecho ha sido mandarle un mensaje a Pedro avisándolo de que andaría por aquí. Solo espero que no tarde. Aunque lo cierto es que no sé ni el turno que tenía hoy y él ni tan siquiera me ha contestado. No lo culpo, he sido yo el primero en distanciarme un poco de todos. A Julián y a Colás los veo en el trabajo, claro, pero también sé que no soy nada sutil marcando distancias. Son mis amigos, sí, los mejores, pero ahora mismo no quiero a nadie demasiado cerca. Y todos parecen estar más o menos bien, así que tampoco me necesitan. Aparentan estar encantados con sus vidas, Julián volcado con su familia y Colás formando la suya. Porque sí, Nela está embarazada. Por lo visto, esos quince días de luna de miel en los que nadie les vio el pelo, dieron para mucho. Sonrío con ironía. Y les sobró tiempo. Por experiencia sé que para hacer un bebé solo hace falta una vez y un poco de puntería.

Dejo mis pensamientos a un lado cuando caigo en que mis ojos se han quedado clavados en una

chica que baila en medio de la pista. Lo hace sola, aunque la rodean decenas de personas. Se mece al compás de la música, con los ojos cerrados, en su mundo. Parece feliz. Disfrutando. Y me es imposible no pensar en Laura. Pese a que esa chica sea rubia, mucho más alta y en extremo delgada.

Así bailaba ella. O mejor. Era un placer para los sentidos observarla. Se movía de una manera... Joder, se movía jodidamente bien. En cualquier situación en la que tuviera que hacerlo.

Aprieto el vaso entre mis manos y esta vez le doy un buen trago. ¿Qué coño hago pensando otra vez en ella? ¿Y justo en eso?

Sexo. Necesito sexo. Con urgencia. Con quien sea.

«Bueno, bueno... No te pases. Con quien sea, tampoco».

De acuerdo. Solo pido que sea mujer, lo primero, y que me atraiga un mínimo.

«Vale, así ya estamos de acuerdo».

Apoyo un codo sobre la barra y me pinzo el puente de la nariz. Estoy desvariando. Manteniendo conmigo mismo una conversación del todo disparatada. Aunque en ella haya una verdad de fondo. Estaría genial follar. Y no solo a mi cuerpo le vendría bien; mi mente se sentiría infinitamente aliviada al saber que puedo encontrar en otra lo que tuve con Laura. Sexo en estado puro. Lo suficientemente guarro como para resultar morboso y tan increíble que nunca me dejaba saciado. Sexo. Tal cual.

Creo que hasta me conformaría con un par de besos y otras tantas caricias. Necesito sentirme hombre durante un rato. Estoy cansado de ser solo el padre, el constructor, el yerno, el hijo, el amigo. Porque, a pesar de toda esa gente que me rodea, yo, como esa chica que baila en medio de la pista, me siento solo. Tan solo...

Este sentimiento es demasiado parecido al que sentí al perder a Clara. Y no tiene sentido. Claro que sigo extrañando a mi mujer, que daría mi mano derecha por tenerla de vuelta, pero este dolor sordo, egoísta, esta sensación de absoluto abandono, se había desvanecido. Y ha vuelto ahora de nuevo, casi con más fuerza, a lo bestia. Eso es lo que carece de lógica.

Recordar estas Navidades... Fueron horribles. Y eso que creí que las primeras tras la muerte de Clara serían el punto de referencia para comparar todas las demás. Nunca pensé que algunas pudiesen ser igual de malas. Vale, quizá esté exagerando, aquellas fueron, sin duda, las peores de mi vida. Pero estas, joder..., no me las pasé en la cama, ni llorando por los rincones, pero sí estuve ausente, frustrado, rogando para que se acabasen de una vez. A ver si así esa carencia que me asolaba el pecho desaparecía con ellas.

Dicen que son fechas tristes de por sí, pero lo peor era no saber con exactitud el porqué de mi desasosiego. Porque la marcha de Laura no podía haberme dejado en ese estado. Era imposible, vamos.

Al menos, en las de hace dos años sabía qué me faltaba, reconocía quién había dejado ese hueco inmenso. Clara, mi mujer. Pero estaba ella, Laura, haciéndome sentir vivo con esas estúpidas discusiones que parecíamos tener a diario, regañándome cuando creía necesario, sentándose a mi lado durante la cena y haciéndome compañía, sacándome a las niñas de delante cuando necesitaba rumiar a solas mi dolor... Sí, estaba ella. Haciéndolo todo un poco más fácil. Arrancándome una sonrisa sincera la mañana de Reyes, cuando después de haberle prohibido poner el árbol de Navidad, las niñas me despertaron a base de saltos y gritos. Llevaban unos días preocupadas pensando que, al no haber árbol, no tendrían regalos, pero sí, estaban ahí, en el salón. Y los Reyes, como eran mágicos, se habían encargado de todo. No entendí la frase hasta que las acompañé a ver lo que tanta ilusión les hacía. Y, en un rincón, contemplé anonadado como una de las plantas de Clara, decorada con cintas de vivos colores y diminutas estrellas, servía de

apoyo a un montón de regalos. Sí, fue inevitable que una sonrisa curvase mis labios, agradecida ante la felicidad de mis niñas, asombrada ante su manera de salirse con la suya, pero, sobre todo, sincera.

Sacudo la cabeza y me acabo el cubata de golpe. Luego me froto los ojos, dispuesto a dejar de pensar en ella de una buena vez. Irse fue lo mejor que pudo hacer. Por los dos. Y ese es un mantra que me repito cada vez que mi mente me lleva a ella. Estoy mejor solo, acostumbrándome a este papel de viudo con el que la vida me ha puteado. De hecho, así debió de ser desde el principio.

Cuando vuelvo a enfocar la mirada, veo, de refilón, como alguien se me acerca por la izquierda. Es una chica, ahí llego, pero ni me fijo. Más bien miro detrás de ella, donde dos adolescentes que ni siquiera tienen edad para beber se empujan entre ellos y... Y uno trastabilla hacia atrás, empujándola con la espalda. Estiro las manos al verla venir contra mí, pero solo me da tiempo a sujetarla por los antebrazos después de que su cuerpo rebote sobre el mío.

—Oh, perdón...

—Nada, na... ¿Aída?

—Eh... Rubio. Lo siento, no...

—No ha sido culpa tuya —le digo mientras los dos nos separamos a la vez. No demasiado, que en la barra ahora hay gente de más, pero sí lo preciso para que nos encontremos más cómodos.

—Ya... —Ella me rehúye la mirada y la clava en el camarero, que está ocupado en la otra esquina. Parece nerviosa y, aunque a mi ego eso no le suponga ningún problema, a mí me extraña que lo esté. No es que seamos amigos, pero nuestra ruptura tampoco fue tan traumática para que la violente estar a mi lado. De hecho, yo la recuerdo pacífica, tranquila... Supongo que, al igual que yo, Aída tampoco llegó a enamorarse—. Esto...

—¿Te pido algo? —pregunto con naturalidad, a la vista de que ella hasta ha comenzado a frotarse una mano con la otra—. ¿Qué te apetece beber?

—Oh... No es necesario, gracias. Yo me encargo. —Echándome miradas de reojo, se acerca más al mostrador y levanta un brazo para que reparen en ella. Al instante, un camarero jovencísimo que es la primera vez que veo se acerca—. Un Martini blanco, por favor.

—Y cacique con Kas de naranja para mí —me apresuro a pedir yo también, antes de que desaparezca entre las botellas.

—Marchando.

—Vaya, veo que sigues bebiendo lo mismo —me escucho decirle a Aída sin haberlo pensado.

—Como tú —responde ella sin mirarme y encogiéndose de hombros—. Pero sí. Me gusta.

—Ya. Lo sé. —Esbozo una sonrisa torcida porque, contra todo pronóstico, su nerviosismo, que parece crecer por momentos, me resulta divertido—. De hecho, antes era la única bebida alcohólica que te gustaba.

—Sí, y así sigue siendo. —Ella también sonrío, tímida—. ¿Y sigue pareciéndote una bebida de pijas?

—No. —Me río—. Ahora hasta creo que tiene clase.

—Vaya, eso es que has madurado.

—Pues ya era hora —respondo, rápido y entretenido.

Y entonces es ella la que se echa a reír, apartándose el pelo de los ojos y metiéndoselo tras las orejas. Lo lleva larguísimo, casi hasta la cintura. Y ese vestido azul que viste... Jesús... Podría ir con él a una recepción en La Zarzuela y sentarse al lado del rey.

Pago las dos bebidas ante sus protestas, mientras una pregunta se cuele en mi cabeza sin permiso. Joder, ¿estamos coqueteando? No puede ser. Ella y yo ya tuvimos nuestra historia y... la verdad, ¿qué más da? Los dos somos mayorcitos y...

—Rubio, esto... ¿cómo te va? —me pregunta de pronto, ya con la copa en la mano y, por primera vez, mirándome a los ojos—. No... No me atreví a acercarme a ti cuando... Cuando sucedió lo de Clara. Pero que sepas... que lo sentí. Mucho. Por ella y por ti.

Y aquí se acaba el puto flirteo, si es que lo ha habido en algún momento.

—Gracias —mascullo, tenso, incómodo. Como siempre que sale ese tema.

—No te gusta hablar de ello, ¿verdad? —¡Coño! ¿En qué lo habrá notado?

—No, lo siento. No es... fácil. Es...

—Perdona, no pretendía hacerte sentir mal. —Baja un momento la vista al suelo y, cuando vuelve a mirarme, lo hace con una sonrisa cargada de dulzura—. Venga, cambio de tema. Felicidades.

—¿Cómo? —pregunto, descolocado.

—Hoy es treinta y uno de enero. Tu cumpleaños.

—Dios. Lo recuerdas —digo, asombrado.

Ella se encoge de hombros y le da un traguito a su bebida.

—Tengo buena memoria. Y esta es una fecha fácil.

—Claro. El tuyo es mañana —pienso en voz alta, al caer en la cuenta de que cumplía al día siguiente. Dos años menos, eso sí.

—Sí. ¿Ves? Es sencillo recordarlo —comenta, mirando hacia el fondo, donde supongo que la esperan en alguna mesa.

Sonrío y yo también me llevo el vaso a la boca. Y en el momento en que intento decir algo de nuevo, una mano la agarra por un antebrazo y la hace girarse un poco.

—¡Qué coño...! ¿Se puede saber qué haces hablando con este?

—¿Qué dices? —protesta ella ante los gritos de su hermano—. Suéltame.

Se desprende de su mano y da un paso atrás, ofreciéndome la vista completa de ese energúmeno. Sin saber por qué, le sonrío con suficiencia, ante lo que él aprieta la mandíbula. Genial. Provocarlo deberían declararlo deporte oficial, aunque también sé que no es muy maduro por mi parte. Además, tengo muy presente que terminamos en el hospital la última vez que se nos fue de las manos, sobre todo porque no hace mucho que me llegó una carta de los juzgados por si quería seguir adelante con la demanda hacia él. La ignoré, esperando que Selmo hiciese lo mismo, como creo que es el caso, porque no he vuelto a saber del tema.

—Regresemos a la mesa, Aída —le ordena él. Porque no se lo pide, no. Su gruñido es una orden en toda regla.

—Lo haré cuando me apetezca. ¿Qué demonios te pasa, Selmo? A ver si ahora no puedo hablar con quien me dé la gana.

—Pues genial, allá tú. Luego, ya sabes, no me vengas... —él se interrumpe de repente, menea la cabeza con disgusto y desaparece de nuestra vista.

—Bueno... —Aída, tan incrédula como ofendida, pone los ojos en blanco y le da un trago a su copa. Luego fija la vista en mí y me sorprende con su pregunta—. ¿Tú me consideras una adulta, Rubio?

—Claro. —Le sonrío—. Desde luego que lo eres.

—Pues me encantaría que mi familia también comenzase a verlo —confiesa en un suspiro.

Voy a contestarle cuando un carraspeo nos hace girar la cabeza a los dos hacia mi derecha. Pedro, con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido, nos observa con atención. Pasea su mirada entre nosotros y luego entrecierra los ojos, pensativo.

—Hola, Pedro —lo saluda ella—. Bueno... Yo ya me iba. Gracias por la copa, Rubio.

—De nada, Aída.

Pero no creo ni que me haya oído, porque se aleja hacia las mesas.

—Joder, qué prisa le ha entrado de repente —comento un tanto desconcertado.

Pedro solo se encoge de hombros y se coloca a mi lado, apoyando sus antebrazos en la barra.

—Hola. Y felicidades.

—Gracias. Y hola. —Adoptando su misma postura, observo como el camarero ya le alcanza una cerveza—. ¿Qué tal?

—Bien. Como siempre. ¿Y tú?

—También. Como siempre.

—Si tú lo dices —responde, contestón.

—Si lo dices tú también —se la devuelvo, no menos respondón.

Entonces me mira de arriba abajo y sonrío con guasa.

—No tienes muy buen aspecto, tío. —Y sé que tiene razón. Tengo ojeras, voy sin afeitarme, el pelo necesita ya un buen corte y mi ropa... Pues la he cogido directamente del tendedero.

—Para lo que me importa —replico, sin saber si reírme ante su extraña y pedante actitud o cabrearme. Opto por lo primero. Pedro no parece estar en su mejor momento, tampoco—. Y mira quién fue a hablar.

—Lo mío hasta me otorga un aire misterioso que a las tías les pone —dice, socarrón, tocándose el ojo que, ahora, muestra un amarillento horrible. Pero que ha estado negro, negro. Aunque no llegué a vérselo. Cuando Colás nos contó, dos semanas atrás, que Pedro se había metido en una pelea en una juerga por una de las ciudades vecinas, me costó creerlo. Y lo más raro es que el tío no suelta prenda de cómo llego a eso. Se muestra evasivo, incomprensiblemente reacio a decirnos el motivo.

Y no es que yo sea la persona más abierta del mundo; de hecho, me he vuelto bastante hermético. Es más, lo que sucedió entre Laura y yo estoy dispuesto a llevármelo a la tumba. Pero él es todo lo contrario. Extrovertido, gracioso, muy risueño y tan optimista que a veces peca de dejado. Pero va a ser que no es tan pasota como aparenta y que hay cosas que también se guarda muy dentro.

—Bueno... Tampoco estoy tan mal, eh —intento bromear—. Además, se supone que he quedado contigo para que me animes, no para que...

—¿Para que te anime? Joder, Rubio. ¿Acabas de confesarme que estás jodido? —Me echa una mano a la frente y hace como si me mirara la fiebre.

—Serás mamón... —digo, apartándolo—. Me refiero a que me apetecía tomarme algo, charlar un rato con...

—¿Con Aída? —Arquea las cejas y las deja ahí, arriba, esperando una contestación.

—Bah... Eso ha sido una coincidencia. La empujaron contra mí y...

—Entiendo. O sea que con quien quieres charlar es conmigo.

—Pues sí, pero...

—¿Cómo le va a nuestra Laura? —vuelve a interrumpirme, con la cerveza a milímetros de su boca, mirándome por encima de ella.

Joder... Paso de cero a cien tan rápido que ni un Lamborghini. Siento la sangre subírseme a la cabeza. Vale, al final sí me he cabreado. ¿Por qué ha tenido que nombrarla? ¿Y por qué cojones está tan raro?

—A ver... —siseo con los dientes apretados—. En primer lugar, ¿vas a dejar que acabe alguna puta frase? Porque ya está bien de hacer el gilipollas, ¿no?

—¿Y en segundo?

Jesús... Y ahora me vacila.

—En segundo, si quieres saber de ella, llámala tú mismo, joder.

—Eso hago. Muy a menudo.

—Pues genial. Entonces, ¿por qué me preguntas a mí?

Niega con la cabeza y acaba su bebida en varios tragos.

—¿Sabes? —me dice un momento después, colocando de malas maneras la botella sobre la barra y metiéndose las manos en los bolsillos—. Estoy cabreado.

—Joder... Pues ya somos dos. Pero yo no tengo la culpa de lo tuyo, joder.

—¿Estás seguro?

—¡¿Qué?! Claro que estoy seguro. Yo no te he hecho nada.

—Quizá... Pero tampoco has hecho nada por ti, joder. No sabes lo que me jode eso.

Y ahora la sangre se ha amontonado toda en el mismo lugar, sobre la coronilla, produciéndome un hormigueo que me hace apretar los puños.

—¿Se puede saber de qué cojones hablas? No, mejor. ¡¿Puedes de una puta vez hablar claro y decirme lo que tengas que decirme?!

Él resopla. Y resopla de nuevo. Se pasa las manos por el pelo y se rasca la nuca. Cuando sus ojos vuelven a entrar en contacto conmigo, hay en ellos un entendimiento que no comprendo.

—Lo cierto es que no soy nadie para... Lo cierto es que soy el menos indicado para echarte la bronca.

—¿La bronca? Pero... ¿qué?

—Vamos a dejarlo así, ¿vale? Tú, en realidad, no quieres oírlo y yo... Yo debería meterme en mis asuntos.

Respiro al oírlo. Aunque no por ello el alivio llega. Es más bien una sensación ambigua, despreocupación porque haya zanjado el tema y... una inquietud acojonante al imaginarme qué puede saber.

Pero... Laura no le habrá contado nada. No. No cuando ella es tan culpable como yo de todo lo sucedido. No cuando ella fue la que cometió el primer pecado sintiendo por mí algo que debería estar prohibido, la que disfrutó como la que más en mi cama y la que nos abandonó después.

—De acuerdo. Perfecto —contesto al convencerme de que no sabe tanto como cree, aunque aún sigo masticando mi enfado—. Y tú ¿quieres hablar de eso que te tiene así? Sea lo que sea.

Pedro niega con la cabeza y pide otra cerveza que yo me apresuro a pagar. Con la primera no me ha dado ni tiempo y es mi jodido cumpleaños. Así que invito yo, aunque me apetezca más darle con ella.

—Lo mío no es nada. Un encoñamiento estúpido que se me pasará.

—Ah. ¿Hablas de la misma chica que...?

Ahora asiente con un movimiento y luego hace un ademán para quitarle importancia.

—Por cierto, ¿tienes un pitillo? ¿Salimos a fumar?

—Pero... si tú no fumas. Lo dejaste hace...

—Sí, sí, ya sé. Pero hoy me apetece. ¿Me das tú uno o me lo consigo por ahí?

Joder, qué humor se gasta... Si lo sé, no vengo. O sí, pero no lo llamo. Aunque, mientras rumio todo esto, ya estoy rebuscando en mi bolsillo y sacando la cajetilla de tabaco. Caminamos hasta la puerta de atrás en silencio, los dos sin soltar nuestras bebidas. Y así continuamos mientras nos los fumamos, envueltos en el humo del tabaco y la noche, que me hacen pensar en sombras, y eso en los problemas con los que todos cargamos. Porque Pedro se nota que no está tan bien como quiere hacernos creer. Y yo... Yo estoy jodido. Pero muy jodido. Aunque la mayoría del tiempo no sepa muy bien cuál es el motivo. Quizá es que son muchos, demasiados.

—Me comentó Colás que se jubilan tus padres. ¿Es verdad? —me pregunta ya apagando la

colilla contra el suelo.

—Sí. Lo hacen. Imagino que ahora que los necesito para que me ayuden con las niñas... pues... se han decidido. En quince días más o menos cierran para siempre la ferretería.

—Y te da pena —afirma, supongo que ante mi tono de voz.

—No. En realidad, no. Pero... no sé. Es como... raro.

—Ya. Tú no la quieres, pero, en el fondo, te da cierta rabia saber que va a dejar de estar ahí —expone, ahora entrecerrando los ojos, reflexivo.

—Pues sí. —Suelto una risa sarcástica y no dejo de admirar su agudeza—. Es un sentimiento del todo infantil, pero es algo así, sí.

Pedro sigue observándome durante unos instantes y luego comienza a caminar hacia la puerta. Tiro el resto de mi cigarrillo y doy un paso para seguirlo, pero entonces se gira y permanece muy quieto unos segundos.

—Eso te pasa con todo, ¿no?

—Ehh... ¿Qué? —cuestiono, confuso.

Pero él se echa a reír, aunque alegre, lo que se dice alegre, no parece.

—Dime la verdad —habla, sin mirarme, dándole una patadita a una piedra—. ¿No la echas ni un poquito de menos?

—¿Qué coño...? —Pero no acabo la frase. Me lo quedo mirando. Mucho tiempo. Agobiado, perplejo, con unas tremendas ganas de estrangularlo.

Solo que, antes de que pueda volver a reaccionar, él se mete dentro del local y cierra la puerta a su espalda. Pero... ¿qué...?

No lo sigo. Desde ahí, decido irme directo a casa. Porque no quiero enfrentarlo estando tan furioso, tan desconcertado y porque... Joder, sí, la echo de menos. No un poquito. Mucho. La echo muchísimo de menos. Y eso es lo que más me cabrea.

El contenedor paga mi frustración y mi rabia cuando paso por su lado. Aunque es mi mano la que en verdad sufre las consecuencias de ese golpe. Y estoy hasta los cojones de ser siempre yo quien las pague. Hasta los mismísimos, joder.

CAPITULO 25

Laura

Estiro mis leotardos de camuflaje y me levanto para acabar de subírmelos hasta la cintura. Luego me pongo la cortísima falda negra y rescato de debajo de la cama mis Martens nuevas. Unas negras que María me regaló en mi último cumpleaños y que, en aquel momento, ni siquiera valoré como se merecen. Y son una pasada. Primero, porque son mis botas favoritas y, después, porque buena falta me hacían, que las mías granates ya estaban pidiendo un cambio a gritos.

Estoy atándome los cordones de la segunda cuando me llega un mensaje al móvil.

«En diez minutos estoy ahí».

Sonrío al leerlo y miro el reloj. Marcos, siempre tan puntual. Habíamos quedado a las cuatro y media, y son justo y veinte. Así que apresuro mi tarea y me levanto de la cama casi de un salto. Una última ojeada al espejo, en la que aprovecho para atusarme el pelo y difuminar un poco la raya oscura sobre mis párpados, y corro hacia el salón.

—¡Vaya! ¿Te vas de caza, Laura? —pregunta Nico, socarrón, mirándome de arriba abajo.

Me echo a reír y paso las manos por mi cuerpo, sintiéndome cómoda y *sexy* al mismo tiempo. Y es una sensación increíble esto de sentirme de nuevo así. Hubo días en los que pensé que nunca lo conseguiría, pero, sin embargo, aquí estoy. Luciendo un turbante a modo de diadema y a juego con mis medias; un jersey verde militar ajustado pero de lana bien gruesa, que hace todavía un frío del copón; y esa falda de licra que me encanta y que tenía abandonada en mis últimos tiempos. Incluso me sorprendió encontrármela en la pequeña maleta que aquella horrorosa tarde hice con prisas, sin casi fijarme en lo que metía dentro.

—Bueno... Podría decirse que sí —respondo con pillería—. Voy a la caza de mi futuro.

María sonríe con dulzura y asiente con la cabeza. Ella sabe a la perfección a qué me refiero. Ambos lo saben.

—Pues a ello, preciosa —me anima él—. Y déjate asesorar un poco por mi amigo, que ese, de negocios, algo sabe.

—Puedes contar con ello. —Sonrío, sincera—. Voy a abusar un poco más de él.

—Bah... Está encantado. —Nico le quita importancia elevando una mano en el aire y mira a su novia, que, cómo no, le da la vuelta a unas cartas arrodillada frente a la mesa baja del salón—. ¿Y tú, qué? ¿Tienes para mucho rato? ¿Qué se supone que estás tratando de averiguar ahora?

Frunzo el ceño cuando me lanza una mirada que lo dice todo antes de volver a prestar atención a su chico. Oh, no, por favor. Que esa lectura no sea para mí. Aunque mucho me temo que no voy a tener tanta suerte.

—Bueno... Un poco de todo —le explica ella a Nico en una mentira que los dos pillamos al vuelo.

—Por el amor de Dios, María... —protesto—. Te he pedido hasta el cansancio que dejes de hacer eso. Ya bastante tengo con mi presente, el futuro déjalo estar donde debe.

—Vale, si yo tu opinión la respeto y no te cuento nada, pero en ningún momento me dijiste que yo no pudiera saberlo.

—Ya... Pero eso es jugar sucio. Si sé que lo sabes, no puedo evitar querer saberlo. ¿Es que no lo entiendes? Y no quiero saber nada de nada. ¡Nada!

—¿Por qué no? A veces ayuda. En ellas vi que ibas a salir del pozo cuando ni tú misma lo creías, y lo has hecho, ¿no?

Pongo los ojos en blanco y miro a Nico, buscando algún apoyo en él. Pero el chaval solo levanta las manos en el aire en actitud neutral y suelta una risita.

—A mí ni me mires. Yo ni siquiera creo en estas chorradas, pero ya sabes cómo es...

—¿Que no crees? —se sulfura María fulminándolo con los ojos—. ¿Entonces por qué diablos quieres que te las eche de vez en cuando?

—Por ti, cariño. Te encanta, y ya sabes que yo hago todo lo que está en mis manos para hacerte un poquito más feliz.

—Serás capullo. Pero si incluso...

—¡Hasta luego, chicos! ¡Nos vemos por la noche! —grito ya desde la puerta del salón, interrumpiendo su absurda discusión.

—¿Te animas a salir con nosotros cuando regreses? —me pregunta Nico ignorando a su novia, que sigue rumiando en voz baja—. Marcos creo que esta noche tiene un compromiso con sus padres, pero mi hermano también se apunta.

—Sí, con Marcos no contéis, que me dijo que tiene cena familiar. Y conmigo, en principio, tampoco. Pero hablamos a la vuelta si aún andáis por aquí.

—OK. Como quieras.

—Hasta luego, Laura. Y, tranquila, las compras te van a ir bien —me dice una sonriente María.

La miro un segundo, tratando de descubrir si su frase es una forma de darme ánimos o si lo sabe con certeza, como cada vez que abre la boca. La sacudo al darme cuenta de mis estúpidos pensamientos y levanto la mano para dar por terminadas las despedidas.

Esperando el ascensor, me entretengo poniéndome la chaqueta de cuero y luego me cercioro de haber metido todo lo necesario en el bolso. Sobre todo las llaves, que, si cuando llegue ya no están, no me apetece demasiado esperarlos en el rellano. Y es probable que no estén. El polígono industrial al que Marcos me va a llevar está en la otra punta de la ciudad y sé que voy a tardar lo mío en decidirme entre tanto artículo. Además, hoy es jueves y Nico es de esos a los que les gusta empezar su noche de marcha bien temprano, con unas cañitas acompañadas de un ligero picoteo en algún local más tranquilo que en el que, seguramente, acaben la noche. Y lo sé porque ya he salido con ellos en un par de ocasiones y vaya tela, lo que le gusta la fiesta a ese chico. Nunca creí que María pudiese llevarle el ritmo a alguien así. Ella, de una época para acá, era más de cena y cine. Quizá alguna copa en un pub no demasiado ruidoso. Pero, en fin, va a ser verdad eso de que los polos opuestos se atraen porque, como pareja, se les ve genial, lo que me alegra una barbaridad y también me demuestra que el amor puede ser bonito, y no ese sentimiento cruel que te anula en cuanto te despistas.

Aunque también es cierto que no necesito verlos a ellos para saber que eso es así. Solo tengo que hablar con Nela en una de nuestras larguísimas conversaciones telefónicas para darme por enterada. O recordar la complicidad entre mi padre y Lidia. O a Julián y Teresa. Y aquella relación maravillosa que mi hermana tenía con su marido. Con Chema, sí.

Joder. ¿Por qué coño he dejado que se vuelva a colar en mi cabeza?, me pregunto, mientras pulso el botón de la planta baja con rabia. Porque siempre es así, cuando menos me lo espero, ahí está, empujando un poco más el puñal que todavía tengo clavado en el pecho. Solo que ya lo siento como algo tan mío que la mayor parte del tiempo ese dolor sordo con el que cargo pasa desapercibido. Cada día un poquito más, un poco más de tiempo. Esperando con ansia el momento en que consiga curar esa herida o, en el peor de los casos, cubrirla de hielo, pero que deje de sangrar.

—Ey, ¿qué pasa? —me pregunta Marcos en cuanto llego junto a él, que ya me espera apoyado en el coche.

Parpadeo sorprendida, pero al instante caigo en que mi cara debe de reflejar lo que mi tortuosa mente se empeña en recordar. Así que compongo mi mejor sonrisa y me alzo sobre las puntas de

mis pies para besarlo en la mejilla.

—Nada. Todo bien. ¿Nos vamos?

Él me observa un segundo más, pero debe de darse por satisfecho con mi actuación, porque sube al coche y enciende el motor en cuanto yo me acomodo a su lado.

—¿Has comido? —se interesa.

—Sí. Con ellos. Nico nos ha preparado una pasta a la carbonara que estaba de vicio.

—Te creo. Mmm... ¡Qué envidia!

—Sí, puedes tenerla, sí. —Me río. Pero, acto seguido, lo miro pensativa—. ¿Tú no has comido? Te entendí que lo hacías con el cliente ese con el que tenías una reunión.

—Sí, sí. Y, además, lo hemos hecho en Trespalacios —responde y me guiña un ojo, haciéndome reír, porque ese es el mismo restaurante donde trabaja Nico.

El propietario es su tío, el hermano de su padre, de quien él heredó esa pasión por los fogones. Y el mismo apellido que da nombre al local. Sí, el chico tiene nombre y apellidos de príncipe, ¿verdad? Aunque lo más importante es que también es el motivo por el que su horario no es tan esclavo como el de la mayoría de los cocineros, librando los miércoles y los jueves, mientras el dueño del local lo hace los lunes y los martes. Los fines de semana buena falta hacen los dos, por lo visto. Pero, contra todo pronóstico, a Nico eso no le supone ningún problema. Él prefiere sin duda los jueves, el día por excelencia de la marcha en Oviedo, cuando los universitarios llenan las calles de ambiente joven y festivo. Otra cosa será verlo luego dar el callo los viernes en su cocina, porque me consta que no es de los que se acuestan precisamente temprano y sereno.

—Ah... Entonces no sé qué envidias. Ahí se come genial.

—Ya, pero no es gratis. De hecho, es carísimo, leches.

Lo ha dicho tan serio y con esa palabrota tan cursi al final que no puedo hacer otra cosa que soltar una carcajada de esas que nacen de dentro, mientras le doy un manotazo cariñoso en el brazo que más a mano me queda.

—Ay, leches —me burlo.

Marcos vuelve a guiñarme un ojo y me sonrío con cariño. Y entonces no me queda ninguna duda de que haberme hecho reír era su único propósito. Dios, me conoce demasiado y parece ser que mis dotes de actriz no funcionan siempre con él. Sin poder ni querer evitarlo, estiro el cinturón de seguridad para acercarme mucho a su cara y plantarle un sonoro beso en la mejilla.

Joder, es que este chico es una maravilla. Le debo tanto... Prácticamente mi recuperación.

No quiero quitarles méritos a los cuidados y la comprensión de María, pero fue él el que trajo de vuelta a la Laura de antes. O a esta que se le parece bastante.

Todo comenzó aquella noche en la que compartimos *pizza* y cervezas. La noche en que me reí con sinceridad por primera vez desde lo sucedido con Chema. Sí, ese fue el principio, pero él fue mucho más allá, despertando una ilusión en mí que creía perdida. O dormida.

Unos días después, se plantó en el piso con una carpeta bajo el brazo. Yo, aquella mañana, había hecho alguna modificación en mi actitud por cuenta propia, cambiando el pijama por un chándal, limpiando un poco el piso mientras María estaba en el trabajo y hasta bajando al súper para hacer la compra. Pero todo aquello no me hizo sentir ni la milésima parte de útil que cuando él tiró la mencionada carpeta a mi lado, en el sofá.

—Aquí tienes. Un trabajito para ti. Se trata de un piso de ciento treinta metros cuadrados. Salón, cocina, terraza, tres dormitorios y dos cuartos de baño. Se casan en tres meses y no tienen niños. A él le gusta el color negro y lo minimalista. A ella le encanta el rojo y la luminosidad. Uno de los cuartos lo quieren como despacho para dos. Ambos son abogados. Me gustaría presentarles un par de ideas en dos semanas, ¿cómo lo ves?

Yo ni siquiera supe qué contestarle. Pero lo que él sí pudo ver fue mi inmensa sonrisa. Y tampoco escondí la emoción y las ansias tremendas que sentía por comenzar a trabajar en ello.

Sí, ese día me sentí útil de nuevo. Valiosa, en realidad. Aquel proyecto no solo me sacó de aquel sopor al que permanecía atada, sino que me permitió evadirme durante esos ratos en los que disfrutaba de mi profesión. Esa gran abandonada, que había alimentado con migajas durante los últimos años. Y no es una falta de respeto a mis trabajos en El Pilar, pues cada uno de ellos lo hice con el corazón, pero nada que ver con aquello. Ni por asomo.

Quizá ese fue el punto determinante para ponerme en pie, pero a este siguieron otros que lograron hacerme sentir, por fin, persona. Comencé a dejarme convencer para ir a cenar, o al cine, o a dar un simple paseo. Hace poco hasta me atreví a salir a bailar, aunque encontrarme de repente entre tanta gente, apretujada y en penumbra, me agobió más de lo esperado. De todas formas, lo disimulé. Bailé, reí y bebí como la que más. Y si no quise repetir más veces que aquellas dos, a nadie pareció extrañarle ni buscaron motivos ocultos. Porque ya todos veían que yo era la primera interesada en salir de ese pozo en el que había caído, de escalar esas paredes que al principio me parecían lisas e imposibles, pero a las que, con el paso del tiempo, iba viendo grietas donde colocar manos y pies. Saldría magullada, pero saldría. Incluso más fortalecida, después de descubrir en propias carnes que, a las adversidades que la vida te planta delante, solo puedes hacerles frente con coraje.

Dicen que, cuando tocas fondo, solo puedes subir, ¿no? Estoy totalmente de acuerdo. Tanto que yo ahora pretendo llegar a lo más alto, alcanzando metas que no me atrevía ni a soñar. También dicen que las penas te matan o te hacen más fuerte y, joder, estoy bien viva. Hasta ese dolorcillo dentro de mí me lo recuerda a cada momento. Y que no hay mal que por bien no venga. Bueno... Esa frase es una mierda. Después de algo horrible lo natural es que todo lo demás te parezca bueno, o no tan malo. Lo ideal es que eso malo nunca hubiese ocurrido, ¿no? Pero también sé que eso es una utopía. Al que más y al que menos, la vida se la juega en algún momento, así que tenemos que confiar en que todo lo que nos sucede es por algo. Es el camino, a veces con cuevas inmensas, que nos conduce sin remedio a lo que sea que el destino tiene preparado para nosotros. Y María dice que el mío es bueno. Muy bueno. Cosa que quiero creer. Porque es el mismo que hoy me lleva hasta este polígono, donde va a dar comienzo otra faceta de esa nueva vida que me merezco.

—¿En qué piensas? Estás muy callada —dice Marcos, mirándome de reojo, cuando dejamos atrás la autopista y cogemos un desvío en el que enormes naves industriales custodian ambos lados de la carretera.

—En nada. En todo. No sé —suspiro—. Aún me parece increíble que vaya a hacerlo.

—Pues créetelo, porque ahora es cuando comienzan las decisiones difíciles, nena. Y tú lo vas a hacer genial —asegura él, bajando la velocidad para observar con atención cada uno de los letreros que cuelgan de las fachadas.

—Uff... ¡Qué emoción! —exclamo casi saltando en el asiento. Y la carcajada con la que Marcos celebra mi entusiasmo, la acompaño de corazón.

—Madre mía, estoy muerta —exclamo cuatro horas después, saliendo del tercer almacén con un batiburrillo de ideas, precios, fechas y productos en mi cabeza. Incluso me la sacudo, a ver si así los datos dejan de mezclarse en ella y se aposentan cada uno en su lugar. Pero, por otra parte, ya estoy sonriendo como una tonta, porque esto es lo que quiero. Lo que necesito. La mente ocupada

y una ilusión bullendo en ella con frenesí.

—¿Lo tienes todo más o menos claro? —pregunta Marcos, pasándome un brazo por los hombros y acercándose a él.

—Sí, bueno... Supongo. —Me echo a reír, pero acabo soltando un suspiro de esos largos y profundos—. Tengo un ligero problemilla con las fechas, como has podido ver.

Él me da un beso en la sien y me apretuja un instante contra su cuerpo.

—Nadie te mete apuro, Laura. Tiempo al tiempo, ¿recuerdas?

Asiento despistada, intentando llevar la cuenta de las veces que he oído esa frase desde que llegué. María, Nico y él parecen haberla convertido en una especie de mantra que me repiten en cuanto me ven un pelín agobiada o triste. Y sé que tienen razón, pero ya han pasado cinco meses. ¡Cinco puñeteros meses! Y no puedo seguir retrasando mi regreso.

Aunque es pensar en ello y ese peso ya tan conocido se asienta en mi estómago, un cúmulo de nervios y expectación contra el que no puedo luchar.

Me llevo la mano a él y lo froto, mientras mi boca se tuerce en esa sonrisa que ya se finge sola cuando mi cuerpo me dicta justo lo contrario.

—Oye...

Lo que fuese a decirme Marcos es interrumpido por mi teléfono, sonando a ritmo de salsa en mi bolso. Sí, otra de las cosas que mi nueva yo se permite. Disfrutar de la música.

—Es Nela —le explico con una sonrisa, esta vez del todo sincera. Levanto el dedo índice como aviso de que voy a estar ocupada en los próximos minutos y me llevo el móvil a la oreja tras descolgar—. Hola, cariño. ¿Cómo os va a ti y a ese bollito que guardas en tu interior?

Mi amiga se echa a reír y luego bufala.

—Calla, calla. Que este bollito debe de tener mucho cacao en su interior. O merengue, que es incluso más dulce. Tengo más acidez que un dragón, por Dios. A veces, cuando beso a Colás, tengo miedo de prenderle fuego.

—Mira que eres bruta. —Me río—. A ver, pero aparte de eso, ¿cómo sigues?

—Aparte de eso, dice... —masculla ella al otro lado, y me la puedo imaginar poniendo los ojos en blanco o meneando la cabeza, lo que me hace reír otra vez—. Pues estoy bien, supongo. Teresa dice que soy de las afortunadas. Sigo sin saber lo que es una simple náusea y todas las pruebas salen genial. Pero estoy como una vaca, tía, y...

—Estás embarazada, Nela. ¿Qué esperabas? ¿Llevarlo en una mochila? —me cachondeo, sacando un cigarrillo del bolso que me apresuro a encender.

—Uy, pero qué graciosa. Claro que sabía que iba a engordar, lista, lo que no sabía era lo otro, coño.

—¿Lo otro? —pregunto entre calada y calada, curiosa y divertida.

—Sí, lo otro. ¿Sabes? Estoy mutando, tía. Me ha salido una raya oscura que nace en mi ombligo y acaba ahí abajo. Y mis pezones... Dios, son negros. Negros y enormes. Igualitos a los de Mammy, la de *Lo que el viento se llevó*, estoy segura.

Ni siquiera puedo contestarle con el ataque de risa que me ha dado. Incluso me atraganto con el humo que bajaba por mi tráquea y comienzo a toser.

—Estás como una cabra —le suelto en cuanto consigo hablar—. ¿Y tú qué narices sabes cómo tiene ella los pezones, Nela?

—Joder, me lo imagino. Tiene un buen par de tetas y es negra. ¿Cómo crees tú que los tiene?

Todavía carcajeándome, me giro y me encuentro a Marcos a menos de un metro de mí, observándome con diversión y con las cejas arqueadas, en una pregunta muda que respondo con un ligero movimiento de hombros, resignada a las burredas de mi amiga.

—Vale, vale, acabas de poner una imagen perfectamente clara en mi cabeza. Ahora solo quiero olvidarla, gracias.

Ahora la que se parte es ella, tanto que hasta puedo oír uno de esos ronquidos que no puede evitar cuando le da un ataque de risa.

—Bueno, venga, ya —prosigue cuando recupera el aliento—. ¿Tú cómo vas, cariño? A tu ahijado ya le queda menos, eh. No te despistes. Te quiero aquí cuando dé a luz o te juro que no lo hago.

—Esa amenaza va a ser la repera verte llevarla a cabo —le digo con guasa, aunque ya me la imagino apretando las piernas como se le meta entre ceja y ceja cumplirla. Aunque lo cierto es que esa estampa no me causa la gracia que debiera, porque solo me recuerda una vez más que tengo que volver. Y mucho antes del parto. Me he puesto como fecha máxima el cumpleaños de Llara, para el que voy a estar aunque tenga que pagarme mi propio secuestro.

—Laura... Tienes que volver, cariño. Te extrañamos y...

—¿Cómo están mis niñas? —pregunto, sabiendo que sus palabras tienen ese mensaje escondido. Que no digo que ellos no lo hagan, pero a Nela y a mí se nos da muy bien lo de la comunicación subliminal.

—Bien, están muy bien. Pero te echan de menos. Ya sabemos que hablas con ellas muy a menudo y que ya te han visitado en dos ocasiones, pero te necesitan aquí, Laura. Hay cosas que solo tú puedes darles.

Sé a qué se refiere. Otro de esos mensajes de los que hablaba. A eso mismo que a Chema le pareció tan mal. A ese papel de madre que representé para ellas durante tanto tiempo. Son demasiado pequeñas, no se les puede explicar que tengo una vida en la que, en realidad, no lo soy, o que mi marcha no les afecte después de haber perdido ya a una madre, a la de verdad.

—Te prometo que no tardaré. Yo también las necesito. Mucho. Además, sabes que ahora hay algo más que me obliga a regresar. Es solo que todavía... Todavía no estoy preparada, Nela —me sincero, cerrando los ojos para evitar recordar sus caritas de pena cada vez que damos por finalizada nuestra charla a través de Skype. O sus súplicas para que vuelva con ellas al pueblo cada una de las veces que mi padre y Lidia me las han acercado un fin de semana. Solo que, al cerrarlos, todavía lo veo todo con más claridad, y el puñal ahora se retuerce en mi interior, causándome una punzada dolorosa.

—Lo sé, cariño. Y no pretendo presionarte. Sé que sigues ahí por algo, no por capricho. Pero estás mejor, ¿verdad? Oírte reír como hace un rato es un alivio enorme. Es...

—Estoy bien. Muy bien, Nela —la interrumpo—. Es solo cuestión de un poco más de tiempo. Un poco, nada más.

—Vale. ¿Alguna novedad?

—No. En realidad, ya lo sabes todo. —Y eso es bien cierto, pienso, apagando la colilla en el suelo y echándola después a un contenedor cercano.

—Bueno, entonces te dejo, que Colás tiene que estar al llegar y todavía no he pensado ni en qué preparar para cenar. Pero acéptame un consejo, cariño. Antes de volver, date un homenaje, anda. Aquí a los chicos ya los tienes muy vistos y sabes que no hay gran cosa, quitando a Pedro, claro, pero ese ya sabemos que no es para ti. Aprovéchate de ese *carbayón* macizo que no se despega de ti y dale un gusto al cuerpo.

—¡Nela! ¡Por favor! —exclamo fijando la vista en Marcos, que camina delante de mí hacia el coche—. Tú estás salida, joder.

—Bueno... Sí. Un poco. Serán las hormonas —me suelta, la muy burra—. Pero no me dirás que no está bueno.

Muy a mi pesar, me encuentro asintiendo con la cabeza, mirándole el trasero con todo el descaro. Ay, por Dios, lo que me obliga a hacer esta chica. Pero, siendo objetivos y sinceros, Marcos es un chico guapo, sí. Y, joder, tiene un culazo.

—Te dejo, ¿eh? Que esta conversación comienza a degenerar.

—Vale. —Se ríe ella—. Hablamos. Ah, una última cosa. ¿Ya les has buscado hotel a Julián y Teresa?

—No, todavía no. Pero me pondré a ello mañana mismo, que, al ser Semana Santa, quizá luego no consiga lo que quiero.

—Vale, pues, cuando lo hagas, hazme un favor. Encarga en recepción que les suban una botella de champán la primera noche, ¿de acuerdo? De parte de Colás y mía. Están de aniversario de bodas ese mismo día.

—Oh, vaya, no había ni caído. No te preocupes, que lo haré.

—Vale, gracias. Porque, claro, doy por supuesto que las niñas se quedan contigo, ¿no? Si no, mucha noche romántica no van a tener.

—Desde luego que se quedan conmigo. Las tres. —Me río.

—Perfecto, entonces. Y ahora, *ciao*. Cúdate, cariño.

Me despido con rapidez, transmitiéndole la misma petición, e imito a Marcos, que se mete en el coche en ese instante.

—Veo que ha sido una conversación muy entretenida —observa él unos segundos después, con una sonrisa torcida y ya saliendo del aparcamiento.

—Esta Nela... está medio loca —respondo soltando una risita—. Y le pareces muy guapo.

Él enarca una ceja y luego se echa a reír.

—Es que lo soy —afirma con rotundidad, cambiando de carril.

—Oh, sí. Y supermodesto.

—Soy hijo único, ¿qué quieres? —replica guiñándome un ojo.

—Ah, será eso, entonces. Dos abuelas y una madre para un solo niño pueden producir mucho daño.

—Bah, no les echas toda la culpa. Es que tengo varios espejos en casa, ¿sabes?

Ahora la que se ríe soy yo. Y con ganas.

—Y un hambre que no veas —continúa cuando se calman mis carcajadas—. Vamos, te invito a merendar.

Miro mi reloj y abro mucho los ojos.

—Son las ocho de la tarde. En todo caso, será casi una cena. ¿Tú no habías quedado para cenar con tus padres?

—Ah, sí, pero sobre las once y en uno de esos sitios donde la comida ocupa lo mismo que la uña del dedo gordo. Venga, vamos, tengo que meter algo antes en el estómago para no actuar allí como un muerto de hambre.

—Qué exagerado. ¿Qué te apetece?

No sé ni para qué pregunto, me digo un cuarto de hora después, cuando lo veo desviarse hacia un McDonalds que ya he visto a la ida. Lo que a este chico le gusta la comida de ese sitio no es normal.

Sin hacer ningún comentario al respecto, me acomodo en una de las pocas mesas libres que hay mientras él se encarga de pedir la comida. Saco el móvil del bolso antes de colocar este en la silla de al lado. Sonríe al ver un de par de wasaps recientes de Pedro y los contesto deprisa, prometiéndole que más tarde lo llamaré. Las conversaciones con él tampoco suelen ser demasiado cortas y, aunque últimamente, no sé, está como raro, eso solo es un motivo más de peso para que

sigamos charlando. Eso sí, él, como todos salvo Nela, no sabe la verdadera razón de mi estancia en Oviedo. Ni la sabrán, si yo puedo evitarlo.

Me entretengo un poco más ojeando las fotos, riéndome con la nueva que ha puesto Richi. Él y su novio haciendo el tonto encima de la cama. Están como cabras, pero se ven tan felices...

Esa es otra cosa que le debo a mi estancia aquí. Haber recuperado el contacto con él. Durante mi estancia en El Pilar abandoné a tanta gente... Amigos que se cansaron de ser siempre los que llamaban o mandaban mensajes, amigos que dejé a un lado por motivos que ahora no comprendo. Pero supongo que, si pude abandonarme a mí misma de la manera que lo hice, el resto cae por su propio peso.

Dejo de reprocharme todo eso en cuanto veo a Marcos acercarse con nuestra comida, componiendo mi mejor sonrisa y dejando el teléfono a un lado.

—Bien —dice él justo al llegar, mientras deposita la bandeja sobre la mesa—, esto para ti, esto también, y esto... Y esto todo para mí.

Pone delante de mí una hamburguesa, un cartón de esos con patatas y una Coca-Cola. De grifo. De esas que no saben ni a Coca-Cola, vamos. Me fijo en todo lo que ha pedido para él y no puedo más que sonreír. Dos hamburguesas, dos de patatas y otro de esos refrescos aguados. Llenarse un poco el estómago, decía. Joder, vaya saque.

—En serio, no sé cómo puede gustarte tanto este sitio. Ni siquiera te pega —acabo diciéndole, sin poder callármelo, mientras pongo los ojos en blanco y me peleo con el sobre de la mayonesa, que no hay Dios que lo abra.

—¿Que no me pega? —Se ríe él, arqueando las cejas y tapándose la boca que tiene llena después de un buen mordisco a ese pan blando lleno de... de casi todo.

—Pues no, no te pega —reitero, muy resuelta, observando el traje que lleva puesto, aunque sea sin corbata, y recorriendo luego el local, donde abundan los adolescentes o las familias con niños pequeños.

—Estarás de coña, ¿no? El McDonalds debe de ser el único restaurante en el que nadie parece fuera de lugar. Y sus hamburguesas son...

—Oh, por favor... Donde esté un bocadillo del bar de Paco... —lo interrumpo, haciendo un ademán con la mano.

—No sé, nunca los he probado. Pero cuando quieras, ya sabes, me llevas y luego debatimos sobre gustos. Aunque sinceramente, preciosa, no creo que nadie me haga cambiar de opinión sobre que esto está exquisito. —Me guiña un ojo y abre un montón la boca para volver a meterse un buen bocado en ella.

Y yo asiento por inercia. Porque lo de llevarlo al bar de Paco, pues... De nuevo esa pesadez en el estómago. ¿Dejaré de sentirla en algún momento? Porque es pensar en regresar y, joder, ahí está la condenada. Y eso es algo para lo que todavía no estoy preparada. Y mucho me temo que no lo estaré en breve. Lo que, por otra parte, no va a anular el plazo marcado.

Y no lo digo por decir, eh, que bien sabe Dios que lo he intentado. Tres veces. Tres veces he hecho las maletas en los dos últimos meses, convencida de que sería capaz de hacerlo. Una de ellas, incluso las metí en el coche. Pero las tres veces he acabado llorando de rabia, de impotencia, cuando el miedo y la turbación al imaginarme cara a cara con Chema eran superiores a las ganas de volver y abrazar a mis niñas.

Sus visitas han logrado apaciguar esas ansias, aunque eso no quita que no sea suficiente. Las quiero cerca a diario. Es cierto que las necesito. Y no sabía cuánto hasta que me he visto obligada a separarme de ellas. Me consuelo pensando que a la cuarta será la vencida. María me repite que un día, el que menos espere, sabré que ha llegado el momento. Y que cada vez estoy más cerca.

Porque yo estoy bien. Bien, de verdad. Hace semanas que ya ni lloro, me siento más fuerte, mental y físicamente, pero todavía... Todavía hay algo que me frena. Es miedo. Lo reconozco. A volver a perderme ahora que me he encontrado de nuevo.

—Come, Laura.

Alzo las cejas y entorno los ojos.

—Será si quiero, ¿no? Joder con tus dotes de mando —le espeto, sulfurada por mis pensamientos anteriores.

Marcos responde a mi ataque con una carcajada que le hace soltar el resto de su segunda hamburguesa sobre el plato.

—¡Dios! ¡Cómo me pone ese carácter tuyo, nena!

Le tiro una patata y me echo a reír, porque sé que solo se está quedando conmigo. Él y yo ya aclaramos lo nuestro en una de las muchas conversaciones que hemos tenido a lo largo de estos meses. Ambos reconocimos que aquella atracción que nos hizo llevar la amistad un paso más allá fue verdadera. Que existió. Pero que, ante todo, éramos amigos y eso es algo que no queríamos perder por nada del mundo. Ni siquiera por muy buenos que pudiesen ser los polvos entre los dos, palabras de Marcos que me hicieron reír aquel día y que consiguieron quitarle un poco de hierro al asunto. Volver a caer en lo mismo, intentarlo de nuevo, sobre todo en estos momentos, no solo es un suicidio para lo que hemos recuperado, sino incluso para mí misma. Ahora es cuando más preciso esta amistad. Y él me la ofrece con los brazos cargados de paciencia y... bueno, y de órdenes, que no sabía yo esa faceta suya tan mandona.

—Me alegro de que vuelvas a ser tú, Laura. Si soy sincero, me cabreaba mucho al principio, cuando me obedecías apenas sin rechistar. Pero alguien tenía que obligarte a comer. Y a ducharte. Y a salir. —Sonríe guasón, restándole importancia, como siempre, a lo mucho que ha hecho por mí.

—Solo me obligaste a ducharme una vez. Podría estar hecha una mierda, pero, en realidad, limpia estaba. —Soy yo ahora la que le hace un guiño mientras me meto en la boca dos patatas—. Y eso de que te obedecía sin rechistar...

—Casi, he dicho *casi*. —Se ríe él. Entonces se lleva un dedo a la nariz y le da dos pequeños toques—. Y bueno... alguna vez... desprendías un tufillo...

—Serás... —Me echo a reír, pero no tardo nada en ponerme seria. Le he contado casi todo lo sucedido, pero nunca he oído su opinión al respecto porque él siempre se ha mostrado muy prudente, escuchándome cuando me daba por hablar y abrazándome justo cuando lo necesitaba. Sin embargo, sin saber por qué, ahora mismo, en este instante en concreto, preciso oírla—. Aunque ahora que lo dices... sería el tufillo a estúpida. A ingenua. Seguro que algo de olor tiene que...

—Eh, odio oírte hablar así. No eres ninguna estúpida, ni...

—¿Entonces cómo llamas a lo que hice, Marcos? ¿A tratar de convertirme en casi otra persona para...? ¡Para nada, joder! Tú me lo dijiste aquel día, al poco de estar allí, ¿recuerdas?

Él deja sobre su plato la patata que tenía en la mano y se la limpia mirándome con fijeza. Tuerce la boca en una sonrisa extraña y meneaba la cabeza.

—Aquel día estaba cabreado y preocupado. En el fondo, yo te vi como la misma Laura que conocía, cariño. Si te dije eso... No sé... Solo trataba de hacerte volver, supongo. Fue prepotente, injusto y totalmente falso. Y te pido disculpas por ello.

Abro la boca para contestarle que no hace falta, que tenía razón, que... Pero él me interrumpe levantando el índice.

—Y lo que tú hiciste no es de estúpidos, aunque muchas veces uno se acabe sintiendo justo así.

Eso es estar enamorado.

—No sé si estoy de acuerdo contigo. Sí, puedo entender que el amor te obligue a hacer muchas tonterías, pero lo mío... Dios, Marcos, por poco desaparezco. Tratando de... de... —Me llevo las manos a la frente y apoyo los codos sobre la mesa. Joder, he llegado a preguntarme si lo que en realidad hacía era intentar parecerme a Clara para enamorar a Chema. Y sí, sé que es del todo grotesco, pero nadie me puede discutir que algo de eso había. Me volví tan sumisa y tan...

—¿Tratando de qué, Laura? ¿De estar con él? El amor es así... Creo que es lo único que nos puede hacer cambiar un poco. Ceder, ser más tolerante... ¿Y qué? Es normal querer gustarle a quien quieres, es...

—¿Normal? —cuestiono, clavando mis ojos en los suyos—. ¿Lo mío fue normal, Marcos? Lo mío no fue cambiar un poco, ¿sabes? Creo que nunca podré perdonarme a mí misma lo que me hice. No, no, déjame terminar —le pido cuando él abre la boca con toda la intención de interrumpirme—. No me arrepiento de lo que viví a su lado. Tenía que intentarlo. Y fue bonito... Joder, fue mágico, coño. Pero debí plantarme y dejar de soñar con imposibles en cuanto él acabó con lo que teníamos. Nos dijimos cosas horribles aquel último día, sí, pero yo no debí esperar a llegar a eso para aceptar que nunca podría quererme como yo deseaba. Y tú tienes que pensar igual que yo a narices, porque...

—No, Laura. No lo pienso. —Vuelve a sonreír de esa manera enigmática y me coge una de las manos que he dejado caer sobre la mesa en mi última frase—. Quizá sí se te fue un poco de las manos. Eso, si te sientes mejor oyéndolo, te lo concedo. Pero sigo sin ser nadie para juzgarte. Si yo te contara las cosas que he hecho por amor... Luchar por alguien es de personas tenaces y valientes, es lo que se debe hacer.

—Pues quizá yo no era tan valiente, porque mira cómo acabé —suelto sin estudiar demasiado lo que me ha dicho.

—Bueno... Nadie dijo que no conseguirlo fuese fácil. O que no doliese. Quizá cuanto más te empeñes en hacerlo funcionar, más horrible sea la caída. Pero... ¿y si funciona? Al menos tú y yo sabremos que por no intentarlo no fue que los perdimos.

Por primera vez caigo en que no solo hablamos de mí. Ese plural, asociado al de antes, junto con esa mirada ahora fija en las cristaleras, como si recordase algo de su pasado, me hacen apretar su mano, que aún mantiene sobre la mía.

—¿Cómo se llamaba? —pregunto en un susurro.

Él sonríe resignado, volviendo su vista hacia mí.

—Elisa. Eli para mí. Lisa para el resto del mundo —me dice del tirón, de nuevo perdido en un punto fijo, esta vez detrás de mí.

—¿Qué pasó?

—Pasó que lo di todo, Laura. Lo que tenía y lo que no. Yo también traté de convertirme en ese chico que ella quería, pero...

—Aun así te dejó —acabo yo por él cuando hace una pausa, suponiendo que decir esas palabras todavía le causa daño.

—No. Fui yo el que dijo basta. Pero duele igual y lo sabes. Porque la quería y apartarse, a veces, es más difícil que el hecho de que te dejen. Al menos, cuando lo hacen no tienes que luchar contigo mismo. Saber que el amor es recíproco, pero que no es suficiente es... es una mierda, en serio.

—Joder... Lo siento. Lo siento muchísimo, Marcos. Tú no te mereces que...

—No, no, no. No te preocupes. Nadie se lo merece. Y estoy bien. Está olvidado. Pasó hace mucho tiempo. Es solo que es imposible que algo así no te deje marca y cuando te vi... tan mal...

Pues, créeme, yo sé a la perfección por lo que estabas pasando. —Me observa con atención durante unos segundos y rectifica—. Por lo que estás pasando.

—No. Yo también estoy bien. De verdad. —Para demostrárselo, lo suelto, me siento todo lo erguida que puedo y clavo los dientes en mi hamburguesa, quitándole un buen trozo que mastico y trago con rapidez. Después compongo mi mejor sonrisa y le guiño un ojo, pensando lo que ya he pensado en muchísimas ocasiones—. No sé por qué no seguimos adelante con lo nuestro, al menos eso sí era fácil y divertido. Sin tantos rollos románticos y corazones rotos.

—No me tientes, nena, no me tientes —me espeta él, haciéndome reír. Porque no hay nada de seducción o perversión en su frase, solo cachondeo. Y que me tire una patata, y luego otra, es una pista más de que entre los dos solo queda una bonita amistad.

CAPÍTULO 26

Chema

Nunca fui un chico de ciencias. Ni de letras, en realidad. Aprobaba sin esmerarme demasiado, con la única motivación de pasar de curso, ya que desde bien pequeño supe a qué quería dedicarme y eso no precisaba de muchos estudios. Solo práctica y ganas. Y si no, la ferretería siempre estaría ahí para ofrecerme un puesto de trabajo del que vivir. Sin embargo, últimamente me encuentro pensando mucho en lo relativo que es todo, según cómo se mire, según la época, según tu estado de ánimo, según te trate la vida. Ni siquiera sé si eso es de ciencias o más tipo filosófico, pero, sea como sea, sí lo pienso. Mucho.

Sobre todo, respecto al tiempo. Hay temporadas que se te pasan en un suspiro. Otras, en las que los días parecen alargarse hasta el infinito y otras, las peores, que ni siquiera eres consciente de estar viviéndolas. Y sé bien de lo que hablo, porque ya es la segunda ocasión en la que me siento así. Aletargado, medio anestesiado, viviendo por inercia y por deber, haciendo cosas, sí, pero con el alma hibernando. Y sí, esa es una palabra perfecta, porque el clima incluso acompaña. Hemos tenido un invierno duro. Frío, lluvioso, nublado. Perfecto para aislarme todavía más. Del piso al trabajo y poco más, salvo las visitas obligadas a mis suegros y a mis padres para recoger a las niñas. Mis momentos de ocio, en soledad, en los que algo parecido a la ilusión me embargaba, eran las horas dedicadas a la casa. Horas que sacaba incluso de debajo de las piedras. A veces, mientras las niñas estaban en alguna de sus actividades extraescolares, solo me daba tiempo a poner un par de azulejos en la pared y tenía que ir ya de vuelta a por ellas, pero aun así no dejaba de ir hasta allí a adelantar lo que pudiese. Y luego estaban esos fines de semana que se las llevaron a Oviedo, en los que, con una bolsa de alimentos del súper como única compañía, me encerraba entre sus paredes, durmiendo cuando me vencía el cansancio en un viejo saco de dormir, agradeciendo y maldiciendo a la vez las horas que mis amigos arrebatan a sus familias para venir a ayudarme. Porque desde luego que es de agradecer, el trabajo salía adelante con muchísima más rapidez, pero no podía evitar que me molestase su presencia. Y reconocer eso sé que me convierte en un miserable hijo de puta, joder, pero solo estoy siendo sincero.

Un continuo «ni con ellos, ni sin ellos», que Pedro no hubiese tenido ningún reparo en espetarme a la cara de haberse enterado. Claro que ni lo ha hecho, ni le he dado oportunidad para ello. Desde el día de mi cumpleaños, apenas nos hemos visto. Un par de veces por la calle, en las que nos saludamos como los amigos que aún somos, pero sin alargar demasiado la cosa. Y no es porque le guarde rencor por aquellas palabras tan acertadas y lamentables que me soltó en el callejón, sino por mi reacción a ellas.

Tras reconocer ante mí mismo lo mucho que echaba de menos a Laura, el enfado hacia ella se aplacó hasta el extremo de que ya no recordaba ni las razones para estarlo. Pero con ello, aumentó la furia hacia mí mismo, la rabia por lo sucedido y el dolor al ver a mis hijas extrañándola hasta las lágrimas.

Esa siguiente semana puede pasar a los anales de mi historia como una de las más frustrantes de mi vida. No es que estuviera triste, pero sí muy muy confuso. Todos aquellos motivos que en su día me parecieron tan trascendentales perdían por momentos su importancia. ¿Qué, si estaba enamorada de mí? Como bien dijo, eso no se elige; si no, yo me hubiese olvidado de Clara al día siguiente de su entierro, ahorrándome mucho sufrimiento. Pero ese amor aún perduraba, y bien sabía Dios que no era mi elección.

¿Qué, si las niñas la adoraban? Eso era maravilloso. Después de perder a una madre, que alguien llegara para hacer un poco más liviana esa falta, llenándolas de amor y atenciones, era

digno de elogio, no de que yo me pusiera hecho un basilisco.

¿Qué, si no había podido evitar meterla en mi cama? Laura era una mujer muy deseable, joder, y yo un hombre joven y con el suficiente apetito sexual para dos.

¿Y por qué coño la echaba tanto de menos? Pues supongo que ahí entraba mi egoísmo. La vida con ella en casa no solo me resultaba mucho más fácil, sino que era hasta divertida. Y aquella época en la que nos acostábamos... Jesús. Cualquier hombre que se precie la echaría en falta o la recordaría con una erección constante.

Sí, fueron unos días moviditos, al menos para mi mente. Mi cabeza era como una peonza tirada por los niños, que a veces rodaba y rodaba en una dirección, volviéndome loco, y otras perdía de nuevo el hilo, torturándome más si cabe. Porque a pesar de esos pensamientos, era inevitable que la promesa y el amor a Clara se colara entre ellos y entonces... Era todavía peor. Culpable, así me sentía. Culpable, perdido, confundido y sin alcanzar a encontrar una solución para aliviar ese caos.

En ocasiones, me reprochaba no haberle dicho a Laura lo que había tenido tantas veces en la punta de la lengua durante aquella discusión. Que ella me acojonaba. Ella y lo que me hacía sentir. Que tenía casi la seguridad de que podría rehacer mi vida a su lado y ser feliz.

Pero entonces me arrepentía de pensar así. Porque tampoco estaba plenamente convencido de ello y habérselo confesado lo habría enredado todo todavía más. Además, incluso la providencia había estado de mi parte, pues Laura me interrumpía cada vez que intentaba explicarle justo aquello. Y eso tenía que ser una señal. La señal de que mejor calladito y echándola de menos que amargándole la existencia y teniendo que dejarla después. Porque... ¿y si únicamente estaba poseído por esa lujuria desatada que me provocaba?

Y, entonces, no sé si para bien o para mal, Marta, mi pequeña, me dio un toque de atención. Una tarde en la que acabábamos de llegar de su visita a la psicóloga, me hizo sentar a la mesa de la cocina y, muy tiesa, se acomodó frente a mí, reposando sus manitas entrelazadas sobre la madera y mirándome con fijeza.

—Papá, me cuesta mucho preguntarte esto, pero tengo que hacerlo. Además, Lola también me pidió que lo hiciera y...

—A ver, cariño. Dilo y ya. No pasa nada. ¿Qué es? —le contesté yo, frunciendo el ceño ante tanto misterio.

—¿Tú nos quieres? Pero, de verdad, verdad, digo. No solo porque debas hacerlo —se apresuró a decir cuando abrí la boca ante su primera pregunta. Y en cuanto la oí... me quedé sin habla. Jesús...

Tragué saliva dos veces y me acerqué mucho a ella, apartándole el pelo, que la lluvia que nos había pillado por el camino le había pegado a las mejillas.

—Claro que os quiero. Muchísimo. ¿Cómo puedes dudarle, Marta? —logré verbalizar con un enorme nudo en la garganta—. Yo os adoro. Sois lo más importante para mí, sois...

—¿Sí? ¿Y por qué ya no estás casi nunca con nosotras? ¿Por qué ya no te hacemos gracia y te ríes? ¿Por qué estás siempre de mal humor?

—Yo sí estoy con vosotras —respondí aturdido, en una defensa absurda que hasta a mí me sonó falsa—. Después del trabajo, me paso las tardes con vosotras y...

—No, papá. Estamos en la misma casa, sí, pero no estamos juntos —me espetó, resuelta, con los ojos muy brillantes, pero sin ninguna lágrima en ellos, como si ya tuviese asumido que no las quería.

Dios mío... ¿Qué coño estaba haciéndoles?

—¿Es porque tienes que hacer ahora tú todas las faenas de casa? —continuó ella—. Eso

también lo hablé con Lola. Es que estás muy raro desde... desde que la tía... se fue. —Ahí bajó la cara por primera vez y clavó la mirada en sus manos.

La hostia... Cuánta razón tenía. Desde aquel maldito día del Pilar. Casi cuatro meses. Llevaba casi cuatro meses arrastrando esta actitud, a medias entre el cabreo y la indiferencia, creyendo que lo disimulaba, pero... Pero ¿de verdad era lo único que ellas veían en mí? Descolocado y con las emociones al límite, mis ojos buscaron a Llara, sentada en el sofá y pendiente de nuestra conversación. ¿Cuándo habían crecido tanto como para darse cuenta de todo? Bueno, siendo franco, Marta ya había nacido así. Madura, joder.

Y entonces me pasó algo muy extraño. Tanto que no puedo encontrarle explicación. Sentí un dolor tan agudo en el pecho que pensé que podría sufrir un infarto en los siguientes minutos, oía mi propia sangre correr por mis venas y el zumbido en la cabeza, ese que nunca parecía irse, se intensificó hasta el extremo. Mi cuerpo, por voluntad propia, fue al encuentro de esas criaturas que esperaban ansiosas mi respuesta, envolviéndolas en mis brazos y besándoles el pelo, mientras mi boca murmuraba lo mucho que las quería y les pedía perdón por haberlas hecho llegar a considerar lo contrario. Pero, al mismo tiempo y todavía en el suelo con las dos en mi regazo, noté como si una capa helada y pesada me cubriese entero. Mi sistema sufrió un pequeño colapso o algo parecido. Endureció. Se congeló. Formó su propia armadura contra tantos sentimientos contradictorios y dañinos. Supongo que no supo afrontarlos de otra manera. Y una parte de mí lo agradeció, joder. Vaya que sí.

Esa noche, cuando me acosté, era incapaz de hilvanar un pensamiento diferente al de que, ante todo, tenía que ser ese padre que Clara quería para sus hijas. Y eso sí podía hacerlo. ¿Si no, de qué coño habría servido la promesa hecha? Nada era más importante que eso. Sus hijas estaban incluso por encima de mí ante ella, y eso era algo que yo tenía muy claro.

Me volqué en ellas. Tanto que me olvidé de mí mismo. Les sonreía aun sin ganas, jugaba con ellas incluso cansado y las escuchaba a pesar de que, en ocasiones, hubiese pagado por un poco de silencio. Volví para ellas y llevé al extremo lo de compensarlas por todas las veces que les había fallado, perdiéndome un poco más para el resto del mundo. Solo parecía funcionar en modo padre, y en el trabajo, otra cosa en la que me refugié para poner a raya cualquier pensamiento imprudente que me despertara de esa anestesia con la que me iba tan bien.

Y así pasaron febrero y marzo, en los que mis hijas recuperaron a ese padre que echaban de menos, logré acabar de emplaquetar y azulejar la casa y la vida siguió a mi alrededor, mientras la veía pasar sin pena ni gloria.

Ayudar a mis padres a vaciar la ferretería no consiguió hacerme sentir nada. Ni nostalgia por una infancia entre aquellos artículos con los que me había criado y que reconocía a la perfección, ni la mínima lástima cuando trocéé para leña el viejo mostrador de madera, en el que había pasado tantas horas haciendo los deberes o jugando de niño.

La noticia, hacía unas semanas, de que Lidia necesitaba el local para montar su propio negocio tampoco logró arrancarme ninguna emoción. Sonreí ante su entusiasmo, la ayudé con los trámites en todo lo que pude y convencí a mis padres para que le alquilaran el local, sí, pero más como un deber que porque realmente me alegrase de que llevase a cabo un proyecto de esa magnitud. Y cuando, a petición de ella, tuve que arrancar la plaqueta que me había visto crecer y tirar el tabique que separaba la tienda de la trastienda, lo único que sentí fue un dolor horrible en el hombro de las veces que tuve que darle al mazo. ¡Qué dura estaba la condenada, joder!

Ni siquiera la llegada de la primavera, en la que el sol, todavía tímido, nos sorprendía luciendo a veces, pudo despertar algo en mí, como sucedía siempre ante la primera señal de que el verano ya no tardaría. Y yo era de sol. Y de playa. De surf, de olas, de arena. Pero ahora, al

pensar en eso, solo podía hacerlo en el trabajo de meter todo en el coche junto con dos niñas exaltadas. Y ya me agobiaba. Quizá el único síntoma de que no estaba tan insensible como creía.

Bueno, eso y la sonrisa que luzco ahora mismo. Y que sí es sincera. Ver a las niñas salir del coche en estampida hacia la casa sí provoca en mí muchas emociones. Buenas, al menos. Hoy es la primera vez que las traigo, y llevan así de excitadas desde que les di la noticia a primera hora de la mañana. No se lo podían creer. «Casa nueva», gritaban las dos a coro, camino de la escuela. Eso y también un sinfín de preguntas que no me dejaban ni contestar.

—¿Es muy grande? ¿Tiene jardín?

—¿Podemos tener una habitación para cada una? ¿Y columpios?

—¿Tiene balcón, papi? A mí me gustan mucho los balcones.

En cuanto abro la puerta, las niñas corren escaleras arriba y, tras escasos minutos, las bajan a la carrera ante mis ignoradas sugerencias de que vayan con cuidado. Se meten en el salón, recorren el baño y la cocina y, de nuevo, suben para corretear esta vez todo el piso superior. Meneo la cabeza, divertido ante su entusiasmo, y me acerco a una de las puertas, para hacerle una revisión exhaustiva al trabajo del carpintero. Paso las yemas de los dedos por la madera, por sus aristas, y descubro solo suavidad en ellas. Sonrío, satisfecho ante su labor, aunque tampoco me esperaba otra cosa, la verdad.

—Papi, me encanta. Y ya sé cuál va a ser mi cuarto. El que da al mar, ¿vale? *Porfa, porfa, porfa...*

—Hay dos que dan al mar, Llara. ¿Cuál quieres? ¿El de la derecha o el de la izquierda?

Ella levanta una manita y luego la otra, observándolas pensativa antes de encogerse de hombros.

—Cualquiera. Eso me da igual, solo quiero ver el mar.

—Vale, pues verás el mar, princesa.

—Pues yo prefiero el que está más cerca del baño, papá. Es más cómodo y, total, viviendo aquí nos vamos a cansar de ver mar. Desde la cocina y el salón también se ve. —Marta frunce el ceño y mira a su hermana como si recordase algo—. Y desde el cole y la iglesia también, Llara. ¿No te cansa tanta agua?

Me da la risa ante esa pregunta, que su hermana contesta trotando hacia arriba de nuevo, supongo que para escoger su dormitorio.

—Le gusta —digo cuando Marta desplaza su mirada hacia mí después de observar como Llara desaparece escaleras arriba.

—Ya veo, ya. ¿Y cuál va a ser tu habitación, papá?

—No sé. Cualquiera. Lo cierto es que me es indiferente.

—¿Y qué vamos a poner en la que queda libre? ¿Ya lo sabes?

Ahí me encojo de hombros y, tras acariciarle el pelo, me encamino a la terraza. Meto las manos en mis bolsillos y miro hacia lo lejos, allí donde las montañas enmarcan el mar, hoy de un azul verdoso y muy revuelto.

Ese iba a ser el dormitorio de esa criatura que no llegó a nacer. Ahora se quedará vacío, porque ni siquiera me planteé encontrarle otro uso. Estaba tan obsesionado con acabar la casa y traer a las niñas a verla que, en realidad, no vi más allá de ese momento. Imagino que terminará siendo un cuarto de invitados. O tal vez de juegos. No lo sé.

Giro la cabeza y contemplo el enorme espacio detrás de mí. Es un salón grande, sí, pero, salvo esa chimenea que Clara me pidió expresamente, tampoco tengo ni pizotera idea de cómo amueblarlo. Lo principal será comprar unos sofás amplios para ocupar semejante estancia, elegir y encargar la cocina, porque tardarán lo suyo, y luego... Y luego ya veré.

De pronto, pensar en todo lo que falta por hacer me resulta molesto. Un engorro. Porque vestir una casa sé que no consiste solo en llenarla de muebles, pero mi gusto para la decoración es penoso y... Laura.

Sí, se ha colado en mi cabeza. Sin permiso. Sin querer. Supongo que es inevitable, dado el tema que ocupaba mi mente. Pero acabo sacudiéndola y regresando al pasillo, desde donde llamo a las niñas para volver a casa. Les prometí ver una película, aprovechando que mañana no salen demasiado temprano, y aún tengo que bañarlas y prepararles la cena. Sin contar con la dichosa maleta.

Me arrodillo, soltando el equipaje que llevo en la mano, y abrazo a mis niñas para llenarlas de besos. Primero a una, luego a la otra, y de nuevo repito, porque me sabe a poco.

—Por el amor de Dios, hombre, que te las vamos a traer de vuelta —se burla Julián, recogiendo la maleta de mi lado y guardándola en el maletero.

—Ay, sí, puedes jurarlo. Las queremos un montón, pero en tu casa, ¿eh? Lo nuestro nunca han sido las familias numerosas —se une Teresa, pero su mirada está llena de ternura ante mi vehemente despedida.

Porque estoy exagerando, lo sé. Y una parte de mí incluso agradece la libertad de cuatro días en soledad, para tumbarme cuándo y dónde quiera y hacer lo que me dé la real gana, pero la otra... La otra no concibe estar esa cantidad de horas sin ellas. Porque son muchas. Casi cien horas, Jesús... Y sí, las he contado.

Quizá este papel de padrazo se me esté yendo de las manos, ¿no? O quizá es que, tal cual un oso, esté volviendo a la vida poco a poco tras estos meses tan raros. Porque lo cierto es que esta semana sí he sentido cosas que me han trastocado por completo. Y no todas buenas, como disfrutar ayer de la cara de mis niñas al ver la casa.

Fue el lunes, a las ocho de la tarde, y sé la hora con exactitud porque es cuando, día sí y día no, tengo que abrir Skype en el ordenador para que mis hijas hablen con su tía. Solo que esa vez, la aplicación de las narices no estaba por la labor. Llamé una vez y se cortó, así que lo intenté de nuevo y, justo cuando Laura descolgó y las saludó, yo ya estaba girándome para irme, como de costumbre.

—Papá... Mira. No funciona —oí a Marta tras una frase interrumpida de Laura.

Volví sobre mis pasos y me arrodillé entre ellas para tratar de recuperar la comunicación.

Y estaba en ello, allí, plantado ante la pantalla, con cada una de las niñas a mi lado, cuando aquello comenzó a sonar. Marta descolgó antes de que me diera tiempo a reaccionar y ahí me quedé, pegado al suelo como un tonto, sin poder quitar los ojos de la imagen que el ordenador me mostraba. Sorprendido y estático, contemplé absorto unos rizos rojos en una de las esquinas superiores, mientras, al frente, un hombre sentado en el sofá sonreía a mis hijas. No tardé más de un instante en reconocerlo. Joder, era Marcos. Y luciendo su jodida sonrisa de anuncio.

—Hola, preciosas. ¿Cómo estáis? Hola, Rubio —acabó por decir también, perdiendo la sonrisa y mirando hacia su derecha, donde esos rizos que tantas veces había tenido entre mis manos seguían rozando parte de la pantalla.

A pesar de que apenas la veía, únicamente un brazo y parte de su pelo, como si estuviese inclinada al lado del ordenador, juro que pude apreciar como se tensaba al oír mi nombre. O quizá fue que noté en ella el reflejo de mi propio estado, porque yo sí que me puse en tensión. Tan agarrotado que me costó Dios y ayuda levantarme del suelo...

—Hola, Marcos. ¿Qué hace la tía? —preguntó Marta con curiosidad, soltando una risita.

—Hola —me escuché decir a mí, haciendo alarde de esa educación que mi madre insistió en inculcarme de pequeño, mientras que, por fin, mis piernas obedecían la orden que mi cerebro llevaba gritándoles un rato.

«Levántate y desaparece de aquí. A la de ya».

Y eso fue lo que hice, apartarme, porque no quería verla. O más bien, porque no quería verla sentada al lado de ese hombre, compartiendo una amena charla con las niñas como si fuesen... ¿pareja? No, no podía ser, ¿no? Pero, sin embargo, ahí estaban los dos, hablando con ellas de todo lo que les tenían preparado para esos cuatro días en que Julián y Teresa las llevaban a Oviedo, aprovechando que era Semana Santa y les apetecía premiarse con unas minivacaciones que hacía años no se permitían. Porque, claro, me había separado para no verlos, pero oírlos era inevitable. Y podía irme a otra habitación, pero algo me hacía seguir en el mismo sitio, como un estúpido, mientras una sensación horrorosa se colaba en mi pecho, desquebrajando ese hielo que creía que lo cubría, asentándose en el estómago y haciéndome apretar la mandíbula.

Laura reía mucho y parecía emocionadísima de la vida. Marcos trataba a mis hijas con una familiaridad que me hacía ver que no era la primera vez que estaba con ellas. Supuse que habría estado presente también en cada una de sus visitas a la capital, porque Marta y Llara tampoco se mostraban tímidas con él. Pero eso no era lo que más me molestaba, no, era que, cuando se dirigía a Laura, la llamaba «nena». *Nena*, por Dios. Pero... ¿qué coño?

Los cuatro pasándose pipa en una conversación sobre lo mucho que iban a divertirse, teñida de bromas y risas y yo... Yo muerto de celos, joder.

Hasta me costaba creérmelo. De verdad. Aquello no era posible. Llevaba casi seis meses sin ver ni hablar con Laura. Había llegado a convencerme de que, si su falta me había afectado, era a causa de lo sencilla que era mi vida con ella en el piso, ayudándome con la casa, con las niñas... Sus risas no tenían nada que ver. Ni su encanto. Ni cómo reaccionaba mi cuerpo a su lado. Era simple y pura comodidad. Sí, era una buena suposición, en serio, sobre todo amparada por ese estado robótico en el que me sumí los meses anteriores y a la vista de que cada vez pensaba menos en ella. Pero parece ser que algo fallaba en esa teoría, porque lo que me carcomía en aquel momento eran unos absolutos e infernales celos. Joder.

Hoy, tres días después de aquello y tras analizarlo fríamente, la conclusión más satisfactoria e inteligente es que lo único que se vio dañado ahí fue mi ego. Me había dicho que me quería, y ahora... Ahora parecía la mar de feliz y contenta al lado de otro. De otro, no. De ese con el que había estado a punto de follar y con el que seguramente ya lo había hecho. Pues muy bien, que le aprovechara. Yo también lo haría con alguien en cuanto tuviera la mínima ocasión, vamos, era algo que tenía clarísimo.

—Al coche, niñas, venga, que os abrocho los cinturones —dice Teresa, sacándome del trance, ya con la puerta abierta y ajustando los elevadores de manera que quepan los tres en la parte de atrás, lo que no es demasiado fácil.

—Espera, que te ayudo —me ofrezco, acercándome ya.

—No te preocupes. Esto ya está.

Y con las mismas, observo con una sensación extraña como mis hijas desfilan ante mí y desaparecen dentro del coche con unas inmensas sonrisas.

Las entiendo, desde luego, pero no puedo evitar sentirme descontento ante el hecho de que no aparente costarles nada separarse de mí. Aunque, bueno, van a visitar a su tía acompañadas de Sofí, supongo que eso les hace una ilusión de la leche. Y que tengan idealizada a Laura hasta un punto inimaginable también ayuda bastante, qué cojones.

Me reprendo mentalmente por este último pensamiento, porque lo cierto es que ella siempre se ha portado de maravilla con las niñas. Siempre. Pero en lo de que la tienen idealizada, me reafirmo. Con un mejor tono y sin cabrearme, pero la tienen.

Observo como se aleja el coche carretera abajo, cuando el sonido de un mensaje me hace dejar de pensar en chorradas, echar mano al bolsillo y sacar el móvil.

«¿Ya se han ido? No te olvides de pasarte».

Joder, es Colás. Y menos mal que me lo ha recordado. Quedé de pasarme a ayudarlo a montar la antigua cuna de Sofi y un mueble-bañera que han comprado en Amazon.

Mientras me dirijo a su casa dando un paseo, gestiono un par de cosas que tengo pendientes. Hablar con mi madre para que deje de colarse en el bajo cada vez que Lidia entra en él, para intentar averiguar algo de ese misterio que se trae con el dichoso negocio, del cual no sabemos prácticamente nada. Solo que tiene relación con el hogar y ya. Pero mi madre no se conforma con ese dato, pretende saber a ciencia cierta qué es lo que se va a vender en su casa, porque hay cosas que dice no permitir. No sé si piensa que Lidia va a montar un *sex shop* o algo parecido, porque, si no, no me lo explico. Y eso que se trata de ella, porque a otra no le habría alquilado el local ni loca, ya lo estoy viendo.

También tengo que pasarme por la gestoría a recoger las nóminas. Las de este mes y las del anterior, que, con el tema de que les pago en mano y hay confianza, a veces me las firman de dos en dos o de tres en tres. En realidad, ya estamos a primeros, ¿no? Pues sí, esta vez también serán tres.

Y estaría bien ir pensando en encargar la cocina y mirando muebles. Del piso no quiero llevarme nada, aunque tampoco es que haya mucho que llevar. El sofá de tres plazas y esas dos incómodas sillas, que a mí, personalmente, nunca me gustaron demasiado. No, mejor los regalo y me hago con unos nuevos. Grandes, cómodos y de piel. Me encantaría que fuesen de piel. Y, bueno, también está el dormitorio de Laura...

Ay, Dios. Ni de coña. Ese también lo donaré. O lo quemaré, pero por nada del mundo lo quiero en la casa. De hecho... Jesús, soy patético, no he entrado en él desde que se fue. Debe de tener más polvo que...

Oh, no, joder, mal pensamiento.

«Para ya, Chema. Deja de desvariar». Sí, eso es lo que tengo que hacer.

Entrecierro los ojos cuando estos impactan directamente con el sol. Vaya, con lo que ha llovido esta noche, me alegro de que haya salido ahora para facilitarle el viaje a Julián. Meto las manos en mis bolsillos y me dedico a observar los locales a mi paso, la mayoría de ellos cerrados por respeto a este Jueves Santo que cada vez es menos festivo. Entonces, justo al girar la esquina frente a la plaza, tropiezo con alguien.

—Oh, perdón —se disculpa una aturullada Aída, con un pañuelo en la cabeza y vestida de una manera curiosa para ser ella. Mallas, camiseta enorme y... ¿eso que lleva en la mano es un trapo? ¿Y en la otra? ¿Una bolsa de basura?

La Virgen, incluso pestañeo. Porque esto es como ver a la Preysler limpiando las lámparas. Algo impensable.

—Nada. ¿Qué...? —Por suerte, me centro lo suficiente y ni siquiera termino la pregunta. Acabo de caer en que estamos al ladito de la puerta de lo que será la nueva guardería del pueblo. Bueno, en realidad, de la única. Porque sí, al final parece que ha llevado a cabo aquella idea de la que nos habló, alquilando un local de considerables dimensiones también para el ocio y disfrute de los más peques—. Bueno, supongo que ultimando cosillas, ¿no? —comento con la vista clavada en las grandes cristaleras que permiten ver la estructura inmensa de toboganes

entrelazados, rampas, bolas y redes de mil y un colores.

—Tanto como ultimando, no, pero sí, ya falta menos —contesta ella con una sonrisa.

—¿Cuándo tienes pensado...?

—A primeros del mes que viene —responde con rapidez y superilusionada—. O eso es lo esperado, vamos.

—Vaya, genial. El cumpleaños de Llara es el día quince. Seguro que le encantará celebrarlo aquí.

—Y a mí que lo haga —se apresura a decir con los ojos muy abiertos. Y, entonces, se muerde el labio inferior—. Pero no te sientas obligado por...

Arqueo las cejas cuando ella deja la frase así, a medias, como si, de repente, no supiese cómo seguir. Yo la miro confuso.

—¿Por? ¿Por qué iba a sentirme obligado a nada? A mí me haces un inmenso favor, en serio. Y las niñas seguro que se lo pasan muchísimo mejor.

—Al menos se intentará. —Se ríe ahora—. El quince, ¿entonces? ¿En qué cae?

Nos tomamos unos minutos mirando en el móvil ese dato y, al ver que cae en viernes, ni me lo pienso. Perfecto. Al día siguiente no hay clase y, si no lo pongo muy temprano, yo estoy libre.

—Bueno, pues ya tomo nota. Te pasas unos días antes a decirme cuantos niños serán en total y a elegir el menú, ¿vale? —me dice ya andando hacia al contenedor.

—Sí, claro. Nos vemos —me despido yo también, volviendo a retomar mi camino.

Y en menos de cinco minutos, estoy llamando a la puerta de casa de la madre de Nela. No, de Colás y Nela, que todavía no asimilo tanto cambio. Es una construcción no muy grande, de ladrillo rojo a la vista y con la puerta y las ventanas en blanco. Más que bonita, resulta acogedora. Y quizá por esa misma razón, encaja tan bien con los nuevos dueños.

—Ah, hola, Rubio —saluda Nela al abrir la puerta. Y, por cómo lo hace, o no me esperaba o no está muy contenta de verme.

—Hola, Nela —digo yo, obviando esta última apreciación y observándola con atención. Aunque... Dios, ¿pero cuánto hace que no la veo? Mucho. Por lo visto, demasiado—. Estás... Estás...

Está enorme. Su barriga es descomunal, Jesús. Y es por ello que ni se me pasa por la cabeza decirle que está guapísima, que lo está, radiante incluso, pero a mi mente solo acuden sinónimos de la palabra «inmensa». Ninguno apropiado para soltarle, claro.

—Sí, ya sé —me lee el pensamiento—. Estoy gorda.

—No, mujer, estás...

Nela pone las manos en su cintura y me hace callar con la mirada. Bueno, quien dice en su cintura, dice en sus costados, porque ahora de eso no tiene. Es redonda, joder.

—Oye, seguro que es uno, ¿no? —me escucho decir sin pensar primero, consiguiendo que sus ojos suelten chispas.

—Sí, es uno. —Y su tono no es divertido, no. Creo que las chispas son de indignación.

—Eh, era una broma. No...

—Anda, pasa y cállate de una vez. Que tú no eres precisamente Leonardo DiCaprio, ¿sabes? —Se aparta de la puerta para dejarme entrar y comienza a andar delante de mí, dejándose caer en el sofá con pesadez, a pocos metros de la puerta. Han tirado el tabique que separaba la sala del pasillo, así que ahora esta queda a la vista, transformando la estancia en una más grande. A mi derecha está la cocina y, al frente, un pequeño corredor con cuatro puertas. Un baño y tres dormitorios. Sin mirarme, con los ojos clavados en la tele, me hace una seña con la mano—. Colás está en la habitación de los enanitos.

Esbozo una sonrisa y asiento en su dirección antes de dirigirme a donde me ha indicado. Al cuarto de al lado de su dormitorio, un espacio pequeño pero perfecto para un bebé. Abro la puerta que estaba entornada y veo a Colás, con unos cascos puestos —de ahí que no se haya enterado de que he llegado—, subido a una escalera y peleándose con una cenefa que coloca a unos cincuenta centímetros del techo.

—¡Hola! ¿Te ayudo? —le grito, pues de otra forma no va a oírme.

—¡Ehh! —Él me sonrío después de girarse y tira del cable, metiéndose los auriculares en un bolsillo—. Ya estás aquí. Genial.

Hace el amago de bajarse de la escalera, así que doy los pasos que nos separan y señalo el rollo que tiene en una mano, mientras un buen trozo de él ocupa ya media pared.

—Espera. ¿Acabamos primero con eso?

—¿En serio? —me pregunta, aliviado—. ¿Tienes tiempo?

—Buf, tengo cuatro días, ¿te parecen suficientes?

Colás se echa a reír y, sin más comentarios, me pasa la bobina y sale del cuarto, para regresar al cabo de pocos minutos con otra escalera. Durante ese tiempo, observo la habitación para pasar el rato y descubro que el chaval ha estado bastante ocupado. Ha pintado las paredes de un amarillo suave y el techo de blanco, con unas nubes en gris azulado que llaman la atención en una de sus esquinas. El diminuto armario empotrado, antes de madera oscura, está ahora lacado en blanco, del mismo color que se adivinan la cuna y la bañera, desembaladas y apoyadas sin montar contra una de las paredes. Cuando mis ojos vuelven a la cenefa, no puedo evitar sonreír. Su motivo es muy Colás. Son números, del cero al nueve, repitiéndose en esos formatos infantiles tan característicos. El dos como patito, el tres como serpiente, el cuatro como silla...

Le hago una broma al respecto cuando ya estamos los dos en las alturas, armados con una brocha para extender la cola y un nivel para ayudarnos a seguir una línea recta. Pero él solo sonrío de medio lado, concentrado en su tarea. Lo de hablar y trabajar a la vez no lo lleva demasiado bien. Creo que aquella mañana en la que se sinceró conmigo es una de esas cosas que pasan una vez en la vida. Exactamente igual que lo que está haciendo ahora. Preparar la habitación de su primer hijo. Esto es único, como las emociones que sientes ante su espera. La mezcla perfecta entre ilusión y pánico, impaciencia y serenidad. Porque, aun sin saberlo, eres consciente de que, en cuanto nazca, no solo te cambiará la vida, sino que incluso te cambiará a ti mismo, como persona.

Entre los dos, acabamos lo bastante rápido para mirar la hora y ponernos manos a la obra con la cuna, que montamos incluso sin tener que recurrir a las instrucciones que Teresa se preocupó de guardar con ella. Estamos apretando el último tornillo cuando Nela se cuelga en el cuarto toqueteándose la barriga.

—Me muero de hambre. ¿Comemos?

Colás la mira, sonrío y asiento, acercándose a darle un beso en la frente mientras su mano vuela también a esa redondez que parece atraerlo como un imán. Pero pierde la atención de su mujer en cuanto los ojos de esta se posan sobre la cuna. Se separa de él, camina hacia ella y la acaricia con una sonrisa soñadora.

—Es preciosa. Ya no recordaba lo bonita que me pareció en su momento —dice. Y suelta un suspiro exagerado cuando vuelve a mirarnos—. Bueno, entonces, ¿comemos?

Colás se echa a reír.

—Comemos. Rubio, te quedas, ¿no?

—Pues...

—Pues nada. Venga, no te hagas de rogar, que aún nos queda por montar el mueble ese —

insiste él ya saliendo del cuarto, dando por sentado que acepto la invitación. Y, la verdad, no tengo un plan mejor y me apetece quedarme.

Busco a Nela con la vista, no sé si esperando su confirmación o qué, pero ella ni me mira ni me dice nada, solo pasa por mi lado y yo la sigo extrañado hasta la cocina.

Que está rara queda confirmado durante la comida. No se muestra desagradable, ni arisca, pero tampoco es la misma Nela de siempre. Intento disfrutar del guiso, que, por cierto, está exquisito, pero su actitud acaba por molestarme, así que, tratando de cerciorarme de si son imaginaciones mías o si realmente está molesta, me dedico a hacerle preguntas directas que no pueda evitar contestarme.

—Bueno, ¿y qué? ¿Al final cómo se va a llamar el niño? ¿Hugo o Iván? —me intereso, contento de recordar los dos nombres que barajaban.

—Iván —responde mirándome por encima de sus pestañas, con la cabeza baja.

—Es bonito. ¿Y así que aún estás trabajando? ¿Cuándo vas a cogerte la baja? —continúo con genuino interés antes de llevarme un trozo de pollo a la boca.

—No sé. Pero si puedo aguantar hasta el final, mejor —dice, con la vista ahora fija en su plato.

—Son muchas horas de pie. ¿Seguro que podrás? —se preocupa su marido.

—Ya lo hemos hablado, cariño. Si no puedo, lo dejo, en serio. Pero también sabes que, después, me gustaría estar al menos un año sin trabajar para ocuparme del niño, y no es que nos sobre el dinero —le explica a él, mirándolo, y con una calidez que pone más de manifiesto lo seca que es conmigo.

—Vale. Pero prométeme que no lo pasarás mal. En cuanto se te haga pesado, lo plantas. Te coges una baja y punto, que tampoco va a ser tanta la diferencia.

—Que sí. Te lo prometo.

—Y también me gustaría que te pensases lo que te propuso Teresa. Es una buena idea.

—Uff... —Nela se recuesta contra el respaldo y suspira—. No, si la idea es fantástica, pero...

—Pero nada. La inversión no es tanta, y las dos tenéis paro. Podríais hacer como Lidia, que lo cobró todo junto para montar su negocio. Solo hay dos peluquerías en el pueblo y sabes que a las dos les va muy bien. No sé por qué crees que la vuestra no funcionaría, yo veo clarísimo que sería un éxito.

—Ya, pero todo se resume en lo mismo. ¿Disfruto el paro criando al niño o lo invierto ahí? No es tan fácil, Colás.

—Sí que lo es. Tu madre se ofreció a venirse una temporada o...

Mientras Colás sigue esgrimiendo soluciones para el asunto, yo parpadeo ante toda esa información. Vaya, pues sí que me he perdido cosas. ¿Han hablado las mujeres de dos de mis mejores amigos de montar una peluquería a medias? ¿Y yo por qué no me he enterado? ¿Y por qué ahora se le da a todo Dios por ser empresario? Tres negocios nuevos en un año. Eso, para este pueblo, es algo increíble. Todo un avance.

—¿Y tú qué opinas, Rubio? Lo hemos hablado delante de ti Julián y yo en varias ocasiones, pero nunca te has pronunciado sobre el tema.

¿Qué? ¿Lo han hablado delante de mí? ¿Y yo qué hacía? ¿Me tapaba las orejas o qué cojones? Desde luego, lo que tengo claro es que no voy a confesarles que no les hacía ni caso.

—A mí me parece genial. No hay nada como ser tu propio jefe, Nela. Y, además, me consta que tanto Teresa como tú sabéis hacer vuestro trabajo.

Ella me observa entrecerrando los ojos casi a cámara lenta.

—Pues si te consta, podrías dejarnos cortarte el pelo, ¿no? —me dice, seria—. No sé qué es lo que te queda peor, si esas greñas o la barba.

Me rasco la mencionada y sonrío levemente, un poco avergonzado. Sí, necesito un buen corte, y del afeitado, mejor ni hablemos. La llevo tan larga que ya ni me pica, como si mi piel se hubiese acostumbrado a ella.

—Sí, tienes razón. Un día de estos tengo que cortármelo todo.

—Sí. Todo. Cortártelo todo es algo que deberías hacer, sí. —Y el sarcasmo que emplea me hace arquear las cejas.

—¿Un café? —Colás se levanta de la mesa como una exhalación, apretándole un hombro a su mujer, lo que me deja, si cabe, más perplejo.

—Sí, café —respondo en modo automático.

Y mientras Colás los sirve, Nela también se incorpora y se pone a recoger la cocina con prisas y casi con saña. Joder, pues sí, está cabreada. Lo que me confunde tanto como me crispa. Pero ¿qué narices le he hecho? Algo que, por otra parte, tampoco tengo intención de preguntarle. Por eso, cuando Colás, con las tazas en la mano, sugiere llevárnoslas al cuarto para seguir currando, acepto sin rechistar.

Poco más de una hora después, el mueble-tocador-bañera reposa contra una pared, listo. Meto las manos en los bolsillos y ojeo a mi alrededor, un poco tenso al oír a mi amigo llamar a su mujer.

Nela aparece con un par de cervezas en la mano que nos entrega sin pronunciar palabra, absorta en contemplarlo todo al detalle.

—Bien, ahora, ¿dónde los colocamos? —le pregunta Colás después de darle un trago a su bebida—. Al final, cariño, ¿la cuna va bajo la ventana o no?

—Ni idea —masculla Nela por lo bajo, acariciándose el vientre—. Ahí mejor la butaca, ¿no? ¿O la ponemos en esa esquina? ¿Y las cortinas? ¿Blancas o grises? ¿Gruesas o finas? Y hablando de la butaca... ¿será más cómoda una mecedora?

Abro mucho los ojos ante la confusión que hay en sus preguntas. O mejor dicho, ante lo histérica que ha sonado al hablar, agudizando el tono en ocasiones y pasando de un tema a otro sin mucha coherencia.

—Nela, cariño... —se pronuncia despacio Colás—. Tienes tiempo para pensártelo. Y hasta para cambiar de opinión unas cuantas veces. No...

—¿Sí? ¿Tengo tiempo? Estoy de siete meses, Colás. Y te mandan tener el bolso listo desde ahora por algo, ¿sabes? Así que doy por hecho que estaría genial que el cuarto también estuviese preparado, ¿no crees?

—Vale —Colás suspira, me mira un instante y vuelve a centrarse en su mujer, que parece poseída, lo juro—. Lo primero es tranquilizarse, no es para...

—¡No me digas que me tranquilice, coño! ¡Sabes que es algo que odio! Y es más, ¡no quiero estar tranquila! Lo estaría si Laura estuviese ya aquí, encargándose de hacer de esta habitación una digna de anuncio, como siempre soñé. Pero no está. ¿Tú la ves? No, ¿verdad? No está, porque...

—Hace una pausa en la que coge mucho aire y me clava los ojos, fulminándome con ellos—. No está porque eres un gilipollas, Rubio. Un gilipollas. Te juro que hasta te estoy cogiendo manía, joder.

Y tras espetarme eso, consiguiendo incluso que yo dé dos pasos atrás sin ser apenas consciente, sale del cuarto prácticamente corriendo.

Volteo la cabeza para mirar a Colás, que suspira de nuevo, se encoge de hombros y se sube las gafas.

—No le hagas caso. Son las hormonas. Está un pelín nerviosa y...

Sin acabar la explicación, va tras su mujer y yo... Yo inhalo mucho aire, como si se tratara de

valor, y los sigo, porque, quiera o no, no puedo pasar esto por alto. Las hormonas, dice... Nela es un encanto normalmente, pero de mala leche también anda sobrada. Alguien debería informar al chaval, que parece que aún no lo sabe.

Me los encuentro en el salón, a Nela de pie ante el sofá, mirando el techo furibunda y a Colás susurrándole algo que no alcanzo a oír. La idea de salir de la casa sin que se enteren pasa, fugaz, por mi cabeza, pero mis pies no se mueven ni un poco del sitio, esperando el momento en que se den cuenta de mi presencia. Supongo que una parte de mí quiere tener esta conversación. Sus palabras han sido lo bastante claras para darme a entender que se huele algo de lo sucedido entre Laura y yo y, por primera vez, no quiero hacer como que no sé de qué va la cosa. Ni siquiera me importa que las intenciones de Nela no parezcan otras que ponerme a parir.

—No voy a decirte que lo siento. —Esas son sus primeras palabras cuando repara en mí. Se aleja un poco de su marido y se muerde el labio inferior, paseando su mirada por la sala, para intentar tranquilizarse. O eso quiero creer.

—Vale —digo, más que nada porque no sé qué otra cosa decir. Con lo que no cuento es con que eso la ponga todavía más furiosa.

—¿Vale? ¡Vale! ¿Es lo único que tienes que decir? ¿Vale? ¿Qué coño es lo que vale, Rubio?

—Nela...

—Ni Nela ni hostias en vinagre, Colás. Estoy cansada de callar. Cansada de que todos andemos de puntillas alrededor de él por si... ¿Por si qué? No discuto que lo haya pasado mal, pero lo que le hizo a Laura es una putada, joder. Ningún duelo nos da derecho a usar a otra persona y, por encima, ir de víctima. ¡Dios! Es que...

—Yo no... No. Yo no... —me aturullo, porque lo que ha dicho ha sido como una patada en los huevos y un puñetazo en el vientre, todo a la vez, y no sé qué me duele más—. No voy de víctima. Y a Laura...

—¿No vas de víctima? —Me señala de arriba abajo y se echa a reír con sarcasmo—. Joder, si das pena, Rubio. Hasta comienzas a dar asco.

—Nela, te estás pasando —interviene de nuevo Colás, pero mirándome a mí, dejándome leerle en los ojos unas disculpas que él no tiene por qué darme.

—¿Me estoy pasando, Rubio? —me pregunta Nela, acercándoseme—. ¿Lo hago?

—Sí, te estás pasando —logro contestarle sin titubear—. Te repito que no voy de víctima y con respecto a Laura...

De repente, pierdo el hilo. No sé ni qué narices iba a decir, si es que tenía algo adecuado que expresar. Solo sé que, sorprendiéndome a mí mismo, me encuentro haciendo la pregunta que no le he hecho a nadie en todo este tiempo. Esa que me carcomía por dentro aún sin saberlo, pero que no he exteriorizado por demasiados motivos. Primero por rabia, y luego... porque no quería abrir una presa que, de pronto, se ha roto.

—¿Cómo está?

Sé que Nela se ha quedado a cuadros ante mi abrupto cambio de actitud, porque se lleva un puño al pecho y me observa perpleja con los ojos muy abiertos.

—¿Que cómo está? —Pestañea muy rápido y ahoga una risa, como si no supiese qué contestar o cómo reaccionar. Pero entonces sacude la cabeza y, cuando sus ojos vuelven a posarse en mí, son duros, casi desafiantes—. ¡Está genial! Más guapa que nunca y follándose a todo *carbayón* guapo que puede. Vamos, está pasándosele pipa.

—¡Nela!

El grito lo ha lanzado Colás, aunque yo también tenga ahora ganas de ponerme a chillar. Sé que habla con ironía, que solo está intentando dar donde más duele, pero, joder, es que lo ha hecho con

matrícula. Tragando la bilis que me ha subido a la boca, intento no entrar al trapo.

—Pues me alegro por ella. —Y sí, no ha sido la mejor frase que he podido hilar, lo sé.

—¿Te alegras? Joder, además de un cobarde, eres un puto mentiroso —me espeta ella dando otro paso hacia mí—. No puedo creer que te alegres. No quiero creerlo, joder. ¿En serio ella para ti solo fue sexo? ¿En serio?

Doy un paso atrás. Y luego otro. Vale, me había imaginado que sabía algo por todo lo anterior, pero creí que... No sé qué coño creí. Que se trataba de suposiciones, de mi dependencia de Laura al principio de nuestra convivencia, de... de lo que fuera. Pero esto... Esto que ha dicho...

—Sí, lo sé todo —afirma, leyéndome el pensamiento—. Quizá tú puedas vivir sin compartir con nadie lo que te pasa, pero ella necesitaba hablarlo. Y para eso estamos las amigas, ¿sabes?

—Nela, por Dios... —Colás suspira, se pasa las manos por el rostro y se quita las gafas—. Rubio, lo siento. Yo... Yo no sabía que ella...

No sé lo que trata de explicarme, ni me importa.

—¿Quién más lo sabe? —Y, joder, eso es lo único que se me ocurre preguntar. En realidad, no sé ni por qué. Será la fuerza de la costumbre, esas ansias de mantenerlo en secreto; tal vez, querer olvidar que sucedió. Como si eso fuera tan sencillo.

Nela me mira horrorizada. Incrédula.

—¿Eso es lo único que te importa? Pero bueno... —Respira hondo y hace un esfuerzo sobrehumano por no gritar, estoy seguro—. No lo sabe nadie. Tú, ella y yo. Y Colás, que está enterándose en este momento, aunque a mí no puede mentirme diciéndome que no se olía algo. ¿Verdad, cariño?

Colás únicamente se encoge de hombros y se acomoda las gafas con tanta fuerza que va a incrustárselas en la frente.

—¿Y bien? —continúa encarándome, pero mantiene ese tono suave con el que se ha expresado la última vez—. ¿Era solo sexo, Rubio?

Podría decirle que eso no es asunto suyo. De hecho, es lo que debería hacer. Pero solo está preocupada por Laura y puedo entenderla. Y tal vez yo necesite también hablarlo con alguien. Extirpármelo de dentro de una vez.

—No lo sé —respondo después de unos segundos larguísimo—. Decirte que sí sería mentira, pero... pero...

—¿Pero? Espera... No me lo digas. Sigues enamorado de Clara. Es eso, ¿no? —Y adiós, delicadeza. Ahora casi hay burla en su voz, lo que me molesta y me duele a partes iguales.

Así que cojo mucho aire, porque el golpe lo he sentido casi físico. No es que no lo esperase, es que ni siquiera lo comprendo.

—Era... Era mi mujer, Nela. Desde luego que sigo queriéndola. No es tan fácil dejar de...

—Claro que no es fácil. ¿Quién coño dijo que lo fuese? Lo que no entiendo es que, si solo querías follar, no te buscaras a otra, joder. ¿Tenías que hacerlo con Laura? Eso es complicar las cosas a conciencia.

—En eso tiene razón —se implica Colás, sentándose en el sofá y entrelazando las manos entre sus muslos abiertos—. Pero aquí todos sabemos que no solo se trataba de eso, ¿verdad, Rubio? Aquel día, en la discoteca, lo dejaste muy claro.

Respiro hondo. Y trago saliva.

—Yo... No sé. Creo que los dos perdimos un poco la perspectiva. Que no supimos... Creo que...

—¿Y sabes lo que creo yo? —me interrumpe Nela, esta vez casi con ternura—. Creo que te engañas a ti mismo. Que tienes tan idealizada a Clara que no ves más allá. Que no te das cuenta de

que, dejando escapar a Laura, has perdido la oportunidad de volver a ser feliz. O que sí lo sabes, por eso estás así, pero también estás tan acojonado por sentir de nuevo que la has cagado a base de bien.

—¿De qué coño hablas, Nela? —Y ahora me he cabreado. Mucho. Tanto que apenas he oído nada después de que haya nombrado a mi mujer—. ¿Clara, idealizada? Tú la conocías, fuiste testigo de lo nuestro, ¿cómo puedes decir eso?

—Por eso mismo. Porque fui testigo y sí, Clara era fantástica y os queríais un montón. Pero no era perfecta, joder, por mucho que tú te empeñes en recordarla así. En apartar a Laura de tu lado porque, según tú, nadie puede ocupar su lugar. ¿Qué lugar, Rubio? En esta vida, todos tenemos el nuestro. Nadie es imprescindible, pero todos somos importantes, coño. Alguien tiene que hacerte ver que tú ya no estás enamorado de Clara como lo estuviste en su día; si no, no te habrías metido en la cama de su hermana un día sí y otro también. Tú estás obsesionado con ella, joder. ¡Obsesionado! Y eso, Rubio, eso es enfermizo.

—Nela, cariño, para.

Ni siquiera asimilo lo que dice Colás. Sigo oyendo a su mujer, sus frases rebotando en las paredes de mi mente, una tras otra. Dejando solo un pequeño resquicio que uso para pensar en que quiero salir de aquí.

Tengo que irme, irme, irme... Y, al final, ese es el único pensamiento que me dirige. Así que, con la respiración desbocada y las pulsaciones al máximo, me giro en busca de la puerta. Necesito aire. Necesito olvidar sus palabras. Porque no son verdad. ¿Ella qué sabrá? Está equivocada. Está muy equivocada.

¿Y si no lo está?

Escondo la cara entre mis manos, mientras los codos se clavan en mis muslos provocándome incluso daño. Lo agradezco. Ese es un dolor físico, que controlo, que me aleja un poco del caos que rige el resto de mi cuerpo.

Porque no es mi mente la única afectada. Ahora también entra en juego mi corazón, que duele como el demonio; el pecho, con mis pulmones tirando de un aire que parece no llegarles; y el estómago, revuelto, pesado, expulsando ácido hacia arriba.

Levanto la vista y la clavo en la puerta de la nevera. Impoluta. Así está desde hace mucho. Vacía, gris, apagada... Como mi puta vida.

Llevo tantas horas aquí sentado, en la misma postura, que me hormiguea el cuerpo, agarrotado y tenso. Horas recordando, fustigándome. Horas volviéndome loco.

Porque ¿y si Nela tiene algo de razón? ¿Y si ha visto lo que yo llevo tanto negándome? Y ya no se trata de si siento o no algo por Laura, eso hasta carece de importancia ahora mismo. Lo que me mata es lo que dijo sobre Clara. ¿En realidad la tengo tan idealizada? ¿Es eso? ¿La he puesto en semejante altar que no puedo dejarla ir, venerándola como si de una diosa se tratase cuando no era más que una mujer?

No, no puede ser eso. Yo conocía a Clara como a mí mismo. Yo no la tengo idealizada. Pero... ¿cómo no idealizar la perfección?

Ahogo un suspiro, más por falta de aire que por otra cosa, y me masajeo las sienes, agobiado, buscando algo que me haga salir de este bucle sin sentido.

Estrujo mi mente recordando las cosas que me molestaban de ella, esas pequeñas cosas que me irritaban, que me cabreaban... Y sí, ahí están. Pero, mierda, recordarlas no sienta tan bien como

pensé. El dolor de estómago se hace más evidente, se retuerce ante mis pensamientos, esos que hasta me parece pecado tener. Pero, aun así, no los evito. Me revuelco en ellos embarrando su puro recuerdo.

Porque sí, no era perfecta.

Me disgustaba ese afán casi desmedido por que las niñas se mantuviesen inmaculadas y perfectas a todas horas; su obsesión con la limpieza, hasta el punto de recordarme que usara un puto posavasos cada vez que sacaba una cerveza de la nevera; su manía de dormir con calcetines en invierno; y hasta que nunca mostrase su enfado con una buena bronca, ni cuando yo la provocaba con esa única intención, desmelenarla un poco.

Y había otra cosa que también me incomodaba. Mucho. Aunque no sé cuál de los dos era más culpable de aquello. Me molestaba un huevo lo degenerado que me hacía sentir en cuanto al sexo. Aunque lo disfrutaba, tengo que reconocer, aquí y ahora, que lo hacía porque era con ella con quien lo compartía, pero yo, en ocasiones, echaba en falta... algo más... Tal como ella me dijo aquel último día. No me permitía dejarme llevar, ni pedir, ni...

Sacudo la cabeza con fuerza, porque siento como si estuviese mancillando esa parte de nuestra convivencia, y me odio por ello. Me odio y me siento hipócrita, todo a la vez, aunque carezca de sentido. Porque también sé que hubiese renunciado a cualquier cosa a cambio de su vida, pero... nadie te da a elegir. Ni cómo ser, ni qué desear, ni a quién perder... Ni cuándo ser feliz...

Y cuando esa frase se forma en mi cerebro, mis ojos se encuentran de nuevo con la nevera y... joder, a mí tampoco me gusta así como está, vacía. La prefería con los dibujos, con los imanes, con la nota del súper. Llena... Llena de vida. Dios, ¿qué me pasa?

Respiro hondo y trato de encauzar mis pensamientos. Ver la realidad. No todo puede ser blanco o negro al tratarse de Clara.

Y no, no lo es.

Sus defectos, sus pequeños defectos, eran molestos, vale, como los míos para ella, pero no los odiaba. La mayoría de las veces incluso me hacían gracia. Formaban parte de ella. Y a ella la quería. La quería muchísimo. Y ahora...

Me pongo en pie con las manos agarrándome las sienes y comienzo a andar como un desquiciado por toda la estancia. Ahora también la quiero. Y la querré toda la vida. No quiero olvidarla, pero... Pero sé que estoy aferrándome a ella de una forma... enfermiza, sí. Enfermiza, joder.

Reconocer eso me bloquea un instante, pero, comportándome como un kamikaze, voy un paso más allá. Porque, siendo del todo honestos, también sé que puedo vivir sin ella y ser feliz. Lo fui con Laura aquellos meses.

Oh, joder, por ahí voy mal. No quiero ni pensarlo.

Pero, obviando lo vivido con Laura, me obligo a aceptar el hecho de que sí comencé a apreciar lo que aún me quedaba. A estar bien. Con ganas de sonreír, animado, disfrutando de una caña con los chicos, de un bocata con la pandilla, de las fiestas del pueblo, de una buena conversación... Extrañándola, sí, pero cada vez menos. Porque claro que hubiese dado mi vida por la de Clara, pero no es menos cierto que llegué a acostumbrarme a su ausencia. Esa es la verdad. Pasé del dolor infernal por perderla a la preocupación constante de desear a Laura, por lo que eso significaba y por ser quién ella era.

Y todo se complicó cuando me di cuenta de que, por ese camino, iba a conseguir sacarla de mi vida. Ahí radica el gran problema. El saber que podría hacerlo, que podía dejarla ir, esta vez de verdad y para siempre. Ahí el sentimiento de culpabilidad arrasó con todo lo demás. Me impuse a mí mismo el deber de mantenerla conmigo, usé su amor como un escudo para todo lo que estaba

comenzando a sentir por otra y me autoconvencí de estar haciendo lo correcto, lo único en mi mano para no olvidarla.

Me engañé tanto y tan bien... Hasta el extremo de hacerme daño. De hacérselo a Laura. De que la misma Clara estuviese decepcionada conmigo si pudiese verme ahora. Convertido en lo que se supone que tengo que ser, en vez de en lo que realmente soy o quiero ser. En un hipócrita. Porque tiene razón Nela, joder, mi papel de viudo afligido se fue a la mierda entre los jadeos compartidos con Laura, entre las risas, entre lo que tuvimos.

Sí, mi mayor problema fue no saber dejarla marchar cuando llegó el momento. Pero, al mismo tiempo, me pregunto cómo se hace eso sin sentir que le has fallado. ¿Cómo se abandona al amor de tu vida, a la madre de tus hijas? ¿Cómo se rompen las promesas hechas? ¿Dónde guardo los recuerdos para que no hagan daño? ¿Cómo le digo adiós a Clara sin sentirme culpable?

Es más, ¿quiero hacerlo? ¿Quiero olvidarla? ¿Puedo, tan siquiera? Porque, si quiero y puedo, entonces es que soy peor de lo que creí. No solo soy un egoísta hipócrita, también soy el hombre que nunca la mereció. Un maldito farsante y un pésimo marido.

Jesús... La estancia se me queda pequeña. Las paredes parecen moverse, encogiéndola por momentos. O quizá es que me esté volviendo loco. ¡Loco! Loco, joder.

Me froto la cara con saña y cojo de nuevo mucho aire, sintiendo ahora que me ahogo. Me ahoga la culpa, la desesperación, su recuerdo, este piso... Me ahogo, joder. Y no sé cómo permanecer a flote.

Me detengo en medio del salón y clavo los ojos en el reloj de pared. Las once de la noche. Llevo demasiadas horas buscando una respuesta que nunca voy a encontrar. Que yo no tengo. Como el aire, se me escapa, no la alcanzo. Y, entonces, sin pensar, sin valorar lo que estoy a punto de hacer, agarro las llaves, que había tirado sobre la mesa, las meto en el bolsillo y, sin pararme ni a coger una chaqueta, salgo del piso a la carrera, corriendo escaleras abajo, abriendo el portal con prisas, apurando el paso ya en la calle y volviendo a echar a correr cuando estas emociones que bullen en mi interior descontrolan mis nervios.

Ni siquiera percibo que empieza a llover, solo intento dar cada vez más largas mis zancadas, más rápidas, queriendo llegar cuanto antes. La acera vuela bajo mis pies y el agua me empapa antes de caer sobre ella, pero no paro. No bajo ni un poco la velocidad; en todo caso, la aumento, poseído por la certeza de que, si me detengo un solo instante, no voy a ser capaz de llegar a mi destino.

Es ya en su puerta cuando ese pensamiento que me martilleaba dentro durante los últimos metros se hace más insistente. Porque, joder, quizá este no sea el lugar en el que buscar mis respuestas. De hecho, es brutalmente inadecuado. Pero también sé que ahora mismo no se me ocurre otro mejor. Otro en el que alguien haya estado tan cercano a lo que me sucede a mí. Así que, sin querer demorarlo más, me encuentro pulsando el timbre de la última puerta a la que pensé llamar en un momento así.

—Rubio... Cariño... —susurra Lidia al verme, abriendo los ojos como platos y aferrando a la altura del pecho la bata rosa que lleva puesta. Pasea su mirada por todo mi cuerpo muy rápido y luego se centra en mi cara, que, aunque no me la vea, sé que está desencajada. Tal como yo me siento—. Dios mío, estás empapado. ¿Qué sucede? ¿Qué...?

Abro la boca, pero vuelvo a cerrarla. Trago saliva y lo intento de nuevo, pero, entre la carrera y mis sentimientos, el nudo en mi garganta es demasiado grande para hablar.

—Por favor, Rubio. Pasa, por Dios.

Niego con la cabeza, intentando darles forma a las palabras que se enroscan en mi lengua.

—Cariño, me estás asustando. ¿Son las niñas? Ellas...

Vuelvo a negar con rotundidad y, por fin, soy capaz de balbucear algo.

—Tú... ¿Cómo...? ¿Cómo pudiste...? ¿Fermín?

—¿Qué? —Abre más los ojos, deja la boca entreabierta y aprieta los puños sobre su pecho—. ¿Qué es lo que estás...?

—¿Cómo supiste...? —intento otra vez, sin dar con la pregunta correcta—. ¿Cuándo supiste que... tenías... que... dejarlo ir? —Las últimas palabras las murmuro con los ojos cerrados, sintiéndome torpe, estúpido. Casi arrepentido de haber venido.

—Oh, Dios mío... —la oigo, aún resguardado en la oscuridad que me otorgan mis párpados—. Oh, Dios mío, cariño...

Y entonces percibo la calidez de su cuerpo, sus brazos rodean mi espalda y sus manos me sujetan contra ella.

—Yo no sé cómo... —susurro—. No sé si debo, no...

—Oh, mi niño... Oh, por Dios...

Noto el contacto del suelo contra mis rodillas, pero no entiendo por qué. Ni tampoco por qué me cuesta tanto respirar, o por qué me escuecen los ojos, o por qué el nudo de mi garganta se ha extendido hasta el pecho.

—Eso es, Rubio... Lloro, cariño. Lloro y déjala ir. No tengas miedo a hacerlo. Una parte suya siempre estará aquí. Contigo. Con sus hijas. Con todos nosotros.

Meneo la cabeza contra su vientre y se me escapa un sollozo. Aprieto los ojos avergonzado, pero ya no puedo parar. Las lágrimas calientan mi cara helada y, a la vez, alivian el dolor, deshaciendo poco a poco ese nudo que me asfixia.

—Oh, Dios... —Lidia mete las manos entre mi pelo y me lo atusa, confortándose con sus caricias y con sus palabras—. Sé por lo que estás pasando, cariño. Esta es la parte más difícil, lo sé. Despedirte de ella, dejarla atrás, aunque duela, para poder continuar hacia adelante. Ella tiene que descansar en paz y tú... Tú tienes que vivir, cariño. Ese es tu único deber. Vivir e intentar ser feliz. Por tus niñas. Por los que te queremos. Pero, sobre todo, por ti.

CAPITULO 27

Laura

Quizás hayan sido cuatro días muy intensos. Un no parar. Muchas risas. Charlas interrumpidas y un sinfín de preguntas que, a veces, no daba tiempo ni a contestar. Tal vez han sido demasiado especiales, divertidos, ocupando cada una de las horas para contentar a las niñas y pasándomelo de maravilla junto a ellas. No sé, quizá la culpable haya sido la despedida, llena de pesar, con ruegos para que volviera con ellas, para que lo hiciera pronto, con abrazos enormes, besos llenos de lágrimas y mocos sorbidos.

No sé en realidad lo que fue, pero sí que el martes, cuando abro los ojos en una cama vacía después de cuatro noches durmiendo las cuatro en ella, me siento extraña, triste, más sola que nunca. Hasta echo de menos haber descansado sin encontrarme piernas y codos clavándoseme en algún lugar, dadas sus posturas estrambóticas. Porque, claro, fue inevitable invitar a Sofi junto a mis sobrinas. Separarlas era casi cruel y así, de paso, Teresa y Julián disfrutaron de una pequeña luna de miel, interrumpida de día, eso sí, cuando se nos unían para visitar lo que fuese que programáramos. El Fuso de la Reina, en el que recorrimos la senda completa y agotamos a las criaturas. El Campo de San Francisco, en el que nos fotografiamos con Mafalda, sentados a su lado en el banco. Y, luego, claro, aquella noche me tocó buscar en YouTube a la susodicha y hasta vimos un par de capítulos. El Museo Arqueológico, que a Marta le hacía especial ilusión, pero que nos encantó a todos. Nos acercamos también al pequeño zoológico El bosque, sabiendo que, por descontado, los animales siempre triunfan entre los peques. Y cómo no, fue imposible hacerlas desistir de ir hasta el Palacio de los Niños, sitio que ya conocían de otra ocasión en la que me visitaron y al que se morían por volver.

Lo dicho, fueron días intensos, en los que María y Marcos nos acompañaron cuando les era posible y, a veces, incluso Nico se unía en sus horas libres.

—Tía, ¿es tu novio? —me preguntó Marta el domingo al mediodía, cuando, tras comer, Marcos se despidió de todos para coger un vuelo hacia Barcelona, donde el trabajo lo va a hacer estar unos cuantos días. Supongo que le extrañó el pequeño beso que nos dimos en los labios, un gesto cariñoso que nos sale de forma natural y que no es más que un pico amistoso, pero que no entendieron. Lo que también es normal.

—No, cariño. Solo es un amigo.

—Os besáis en la boca. —Llara soltó una risita tapándose la suya, mientras Teresa y Julián sonreían y ponían los ojos en blanco.

—No, en los labios. Mira, así, ¿ves? —Hice lo propio con ella para demostrarle que eso era solo un beso con cariño, sin mayores interpretaciones.

—Ah, vale. ¿Puedo besar así a todo el mundo?

—Esto... Mejor no. O a tu padre le va a dar algo —intervino Julián a carcajada limpia.

—Sí, cariño, mejor no. Solo a gente muy muy cercana, ¿vale?

—Vale. —Y, ni corta ni perezosa, le plantó un beso en los labios a Sofi, la que primero se quedó ojiplática y luego se los limpió con el reverso de la mano.

Todos los adultos nos partimos de la risa, pero lo cierto es que pensé que no había sido buena idea lo del besito de las narices. Y lo corroboré media hora después, cuando Teresa y yo nos quedamos un momento a solas.

—¿Qué? ¿Tienes algo con Marcos?

—No. Es un amigo, Teresa.

—Ya, ya, un amigo.

—Sí, en serio, un amigo —insistí, porque comenzaba a molestarme. Y entonces, comprendí—. Bueno, de verdad, ¿tú también? ¿Es por lo del beso?

—Hombre. Nunca te he visto besar a ningún amigo en la boca, guapa. Ni a Colás, ni a Pedro, ni a Julián...

Solté una carcajada. Imposible no hacerlo.

—Hombre —la imité con burla—, es que si beso así a Julián, a lo mejor no te gusta mucho, ¿no?

—Uy, no. Nadita —contestó con los ojos muy abiertos.

—Pues eso. Y a los demás, pues no sé, tampoco salió de ellos. Con Marcos es distinto, quizá porque ya tuvimos una relación más...

—¿Formal? ¿Romántica? ¿Sexual? —soltó ella como una metralleta, ante la pausa que hice para buscar la palabra adecuada.

—A ver... No. En realidad, no iba por ahí. Pero vale. Con él es diferente y punto. Pero no hay nada más, Teresa. Nada más. No tengo ningún motivo para mentirte.

Ella me miró pensativa un segundo y asintió con la cabeza.

—Te creo. Lo cierto es que es al revés. Tendrías muchos más motivos para marcar territorio si tuvieseis algo, porque el tío está tremendo, leches. ¡Tremendo! Si yo estuviese en tu lugar, no me conformaría con un besito de esos, te lo juro.

Y entonces nos reímos las dos con ganas.

Sí, fue un buen fin de semana. Y ahora me siento como desubicada. Rara.

Camino hasta la cocina pensando en ellas, en que tengo que mandarles las fotos que nos hicimos. Mejor será que se las mande a Teresa y que ella se las pase. Comunicarme con Chema para ello está fuera de toda cuestión. Ya en la cocina, abro la nevera y saco el zumo, sonriendo ante la cantidad de táperes que hay en los estantes. Esto de que el novio de María sea cocinero mola mogollón.

—Buenos días, Laura.

—¡Joder! —Me llevo el zumo al pecho en un acto reflejo. Solo que, con el susto, he olvidado que ya lo había abierto y, joder, cómo me he puesto.

Nico se acerca a mí con un paño en las manos, partiéndose de risa.

—Toma, anda —dice, tendiéndomelo—. Te has mojado un pelín.

—¿Un pelín? —Me frotó la camiseta y luego me la aparto del cuerpo, para que el tejido empapado no marque mis pechos, desnudos debajo de ella.

Dios, es que ahora que lo pienso... ¡Vaya pinta! Con esta camiseta mojada y solo las bragas. Claro que yo no imaginaba encontrarme con Nico a estas horas en la cocina.

—Por cierto, ¿qué haces aquí? —pregunto en cuanto lo pienso, cerciorándome con una mano de que la dichosa camiseta me tape el culo. Bien, sí, lo hace.

—Dormí aquí.

—Ah... No oí el timbre. Y eso que tardé en dormirme.

—Será porque entré con mis propias llaves. —Se ríe él.

—Ah... —¡Vaya, ese dato no me lo sabía!

—Salí temprano de currar y me vine. Estoy cogiéndole el gusto a esto de dormir con María. — Me guiña un ojo y comienza a prepararse un café—. ¿Quieres uno?

—Pues sí, pero será mejor que me cambie.

—Por mí no te preocupes, eh. Te juro que, aunque estuvieses en pelota picada, a mí no puede ni levantármeme. Menuda nochecita.

Abro los ojos sorprendida y exagero la cosa, queriendo aparentar que estoy escandalizada,

pero, en realidad, no puedo evitar que me dé la risa. Así es Nico. Más directo y bruto que nadie. Y eso que pensé que yo lo hacía bien.

—Vale —digo conteniendo una carcajada que acabo soltando a lo bestia—. Ay, Dios, deberías cortarte un poco, ¿sabes?

—Lo hago, créeme. Ya lo hago.

—¿En serio? ¿Cuándo? —pregunto, divertida.

—Pues muchas veces. Por ejemplo —se me acerca en plan confidencial y sonrío con picardía—, no viniendo todas las noches. Joder, no hay nada que me apetezca más que venirme a vivir con ella.

—Oh... —Me tapo la boca emocionada—. ¡Pues díselo! Ella está loca por ti, Nico. ¿Cuál es el problema?

—No sé. —Él niega con la cabeza y me pasa el café ya hecho. Luego parece hacer tiempo escogiendo otra cápsula antes de meterla en la máquina. Y entonces caigo.

—Oh, joder. Es por mí. Me voy, te juro que me voy ya.

—Eh, eh, eh. Tranquila. No es por ti. —Ante mi arqueado de cejas, continúa con una dulce sonrisa—. No es solo por ti, ¿vale? Tampoco sé a ciencia cierta si ella quiere.

—Ella quiere, Nico. ¿Cómo no va a querer? Si ya pasas más tiempo aquí que en tu piso.

—Sí, eso es cierto. —Se rasca la coronilla con una sonrisa torcida y luego vuelve a mirarme—. Pero tú no hagas ninguna tontería, ¿eh? Vete cuando te sientas preparada, ni un minuto antes. En realidad, tú lo has dicho. Estoy aquí muy a menudo y no eres ninguna molestia. Tampoco es como si fuera a dormir en tu cuarto —bromea guiñándome un ojo.

Pero esta vez soy incapaz de verle la gracia a su comentario, porque solo puedo pensar en una cosa.

—¿Y si nunca me siento así? Preparada, digo. —Bajo la vista y, de repente, algo parecido al pánico me recorre entera. Pero lo disimulo, enfrentando su mirada con decisión—. Tengo que irme, Nico. Y ahora no solo por las niñas.

—Sí, ya sé. A veces creo que te embarcaste en ese proyecto únicamente para tener un motivo inexcusable que te obligara a volver.

—No, eso no es cierto, aunque ayude a la causa. La verdad es que estoy ilusionadísima, es un sueño hecho realidad.

—Ya. —Nico echa azúcar en el café y se apoya en la encimera revolviéndolo con calma—. ¿Puedo decirte una cosa, Laura?

—Claro. Qué raro que tú preguntes. —Sonrío—. Dime.

—Si ese tío no ve lo que ha perdido, es que es tonto del culo. Así que deja de darle tantas vueltas y plántate delante con tus dos tetas bien arriba. Y si no intenta recuperarte, grita bien fuerte: «De menudo gilipollas me he librado».

Reírme hablando de Chema creí que era algo que nunca me pasaría. Y aquí estoy, con semejante ataque de risa que tengo que apoyarme en la mesa para no tirar el café.

—Ay, por Dios, Nico. Lo haces tan fácil...

—Es que es fácil, joder. O será que los tíos no somos tan complicados.

—¿Ah, no? ¿Quieres decir que, si ahora María te deja, a ti no te afectaría?

—Joder, claro que me afectaría. Me dolería y me cabrearía más que nada en el mundo. Pero mi remedio contra ello sería tirarme a todas las que pudiera, eso también es así. Y oye, sería igual de jodido, pero más divertido que lo tuyo, ¿no?

Meneo la cabeza, divertida muy a mi pesar. Y sí, con una enorme sonrisa en mi boca. Nico y sus salidas. Nico y sus remedios. Aunque quizá tenga su parte de razón. En realidad, está visto que

llorar no sirve de nada. Lamentarse tampoco. Y esperar... Esperar es agotador.

Así que, sin ser casi consciente, una idea se instala en mi mente, ahí, al fondo, escondiéndose de mí porque sé que me avergüenza. Pero, con el paso de las horas, va saliendo a la superficie, llamando mi atención. Obligándome a considerarla, a replanteármela. A no juzgarla, sino a valorarla.

El miércoles por la noche se hace tan fuerte que parece abarcarlo todo. Se ha convertido en mi Pepillo Grillo particular, aunque una parte dude de que sea lo correcto. Sea como sea, me quedo dormida pensando en ello y me despierto con la sensación de que tengo que hacerlo. Que así me sentiré más libre. Mejor. Como si soltase lastre.

No me planteo en ningún momento que esté equivocándome. De pronto, estoy tan lanzada que hasta me asusto. No pienso en las posibilidades de que salga mal, de que me sienta peor, en las consecuencias que ese simple acto pueda acarrearle. No. Es como una de esas cosas que se te meten en la cabeza y no hay Dios que pueda hacerte desistir o cambiar de opinión. Con catorce años me dio por hacerme un *piercing* en el ombligo. Mi padre me lo prohibió; Clara me dijo que lo pensase bien, que no era una buena idea, ni lo del *piercing*, ni mucho menos desobedecer a papá; mis amigas también intentaron hacerme cambiar de opinión, que esperase un poco, que intentase convencerlo, que no me cegara... Pero nada. Que me lo hice. O mejor dicho, me lo hizo un chico de último curso que decía saber. Dolió horrores y se me infectó. Pero tanto como para tener que ir al médico a por antibióticos. Y, claro, mi padre se enteró, lo que trajo consigo el castigo correspondiente. Un mes sin salir, en pleno verano. Joder, eso sí que dolió, más que la herida de la que guardo un pequeño recuerdo.

Pero creo que es más que evidente que no aprendí la lección.

Pues ahora me siento igual. Quizá me pese, por eso ni contemplo la posibilidad. Ciega, decidida y sin sentir el mínimo bochorno, escojo la hora de comer para pedir la colaboración de la pareja que, sin aún saberlo, va a ser cómplice de mi aventura.

—Bueno, chicos, ¿hoy salimos? —les pregunto con una sonrisa. Calculadora, pero ni cuenta se dan.

—Nosotros fijo —contesta resuelto Nico—. ¿Te animas? ¡Carajo! ¿Sin tener que insistirte?

—Sí, me animo. Con una condición.

—La que quieras, cariño —asegura María, llevándose una cucharada de sopa a la boca.

—Tenéis que llevarme a un sitio donde haya mucho soltero, ¿vale?

—¿Cómo? —María se queda con otra cucharada al alcance de sus labios y me mira asombrada—. ¿Y eso?

—¿Quieres provocar, Laura? —Se ríe Nico. Pero, al aguantarle la mirada, se pone serio de repente—. ¿Laura?

—Quiero follar. Esta noche. Con quien sea.

La cuchara de María cae en el plato de golpe y salpica sopa por toda la mesa. Nico solo carraspea y se rasca la coronilla.

—A ver, cielito... —masculla, medio en guasa, medio en serio—. Quizá no debes tomarte todo al pie de la letra, ¿sabes? Tú no eres yo.

—¿Eh? ¿De qué habláis? —pregunta una perpleja María.

—Nada. Después te cuento —le dice él—. Laura, escucha...

Pero yo no escucho. No quiero hacerlo, joder. Me levanto de la mesa y clavo los ojos en los dos, con la resolución brillando en ellos.

—Quiero follar. Soy mayor de edad, libre y sana. ¡Quiero follar, joder! Si me acompañáis a un local donde haya alguien con quien hacerlo, bien. Si no, iré yo sola —les suelto, cruzándome de

brazos al acabar para dar por finalizada la cuestión.

—Está bien. —Nico se echa atrás en el respaldo y niega con la cabeza, contradiciendo su primera frase—. Aunque creo que te equivocas.

María pestañea muchas veces y lleva su mirada de mí a su novio y viceversa. Entonces traga saliva y asiente con la cabeza, echándome un fugaz vistazo. Y yo me doy por satisfecha, vuelvo a sentarme y saco otros temas de conversación con naturalidad, como si acabase de hablar del tiempo.

El local está bastante oscuro, con pequeñas bombillas en las esquinas que alumbran el techo y una bola gigante de colores en medio que no abarca con sus luces todo el lugar. La barra, al lado de la entrada, es atendida por chicas y chicos jóvenes y guapos, vestidos de forma seductora, que atraen a la clientela masculina y femenina por igual. Alrededor de la pista, sofás bajos en rojo y negro con mesas a su altura, y en el centro, la pista de baile, un poco más alta que el resto y llena hasta los topes de gente.

Ahí estoy yo. Dándolo todo. Enfundada en un vestido que no deja mucho a la imaginación, intentando que él lo diga todo y yo solo tenga que usar la boca para otros menesteres. Supongo que los tres chupitos que he bebido, junto con el cubata que tengo en la mano y que casi he acabado, me ayudan a sentirme bien. Relajada, contenta, con ganas de marcha... Vamos, de toda clase de marcha. Puedo ver a María y Nico bailando cerca de mí, pegados, sobándose un poco y, joder, no puedo evitar calentarme ante el espectáculo. Las gogós subidas en sitios estratégicos también son un estímulo para caldear el local y, aunque a mí nunca me han excitado las mujeres, reconozco que tiene su puntito morboso verlas bailar de esa manera tan sexual. Porque, a ver, eso ya pasa de sensual, todo hay que decirlo.

Muevo las caderas y miro con fijeza a un chico que se me pone enfrente. En realidad, hace diez minutos que estoy aquí solita meneándome a conciencia, pero es el primero que intenta acercármese. Pensé que sería más fácil. A lo mejor es que no me encuentran atractiva. No sé. ¿Diez minutos es mucho? Joder, quizá estoy un poco desesperada y se me nota, ¿no?

—¿Estás sola? —pregunta el muchacho con sus manos ya en mi cintura. Menos mal que lo estoy, pienso, o mi novio celosísimo lo habría estampado contra una pared.

—Ahora no —respondo, melosa.

Él sonrío travieso y se acerca a mi oído.

—Marcos —susurra.

Pestañeo con los ojos muy abiertos. ¿Marcos? ¿Qué me dice de Marcos? Pero, un par de segundos después, en los que él se ha pegado más a mí y me mira como esperando algo, caigo en la cuenta de que es su nombre. ¡Hostias! ¡Qué puntería, joder! Lo único peor sería que se llamara Chema. Ahí creo que le pegaría.

Fuerzo una sonrisa y me fijo bien en él. Pelo castaño, ojos oscuros, no demasiado alto, muy delgado. Ni guapo ni feo. Normalito. Vale, no se le parece, a ninguno, lo que es un consuelo.

—¿Tu nombre?

—¿Eh? ¿Qué?

—Que cómo te llamas, preciosa.

—¿Importa?

—Pues... supongo —dice él, sorprendido.

Me acabo el cubata en varios sorbos y clavo mis ojos en él.

—A ver... ¿Quieres follar? Eso es lo único que me importa a mí.

—¿Eh? —Ahora el que pestañea es él. Tanto y tan rápido que se le van a caer las pestañas en el proceso. Da un pequeño paso atrás, me mira de arriba abajo y luego comienza a mirar a su alrededor con los ojos como platos—. Oye, ¿esto es una broma o algo así? ¿Hay una cámara oculta o llevas un micrófono?

—¿Cómo?

—Mira, tía, no me gusta que me vacilen, ¿vale? —grita.

—Yo no... —me quedo hablando sola. Demasiado directa, tal vez.

Busco con la mirada a María y a Nico que, a su vez, me observan a mí. María se muerde el labio, aunque intuyo que divertida, y Nico me pregunta alzando las cejas qué coño ha pasado. Meneo la cabeza y levanto el vaso, indicándoles que voy a la barra. Nico se señala a sí mismo, se acerca a por mi copa vacía y, arrastrando de la mano a mi amiga, es él el que va a por la bebida. Sigo bailando, cogiendo el ritmo de la nueva canción que comienza. Es una de Pink que me encanta y conozco, lo que agradezco, así que me dejo llevar por ella un rato sin más pretensiones que la de disfrutar de la música. Además, tienen puesto el volumen justo. Incluso, como pude comprobar hace un rato, se puede oír al de enfrente si estamos muy cerca y hablamos alto. Uy, creo que era mejor no oírse. Tal vez la mímica funcione mejor en estos casos.

Entonces, una presencia a mi lado, una mano en la espalda, pero en la zona baja, me hace mirar hacia allí. Un morenazo muy resultón acerca nuestros costados y comienza a imitar mis pasos con una facilidad pasmosa. Perfecto. O he dado con un profesor de baile o con el alumno aplicado. Coge mi mano, me la cruza a la altura de su pecho y me pega a él, moviendo ahora su pelvis junto a la mía, en una sincronización tan increíble que ya me lo imagino con el mismo arte en otra tarea. Ay, Dios, sé que parece que estoy salida, pero no es eso, de verdad. Es solo que, como no lo haga hoy, mi subconsciente sabe con absoluta certeza que quizá me lo piense un poco más y... me eche atrás.

Así que, sin meditarlo más, me lanzo a sus labios, le como la boca y le meto mi lengua hasta el fondo sin darle opción a la retirada. Él no lo hace, por el contrario. Se arrima más, planta una manaza en mi nuca y me sale al encuentro con ganas. Pero, un rato después, también es él el que pone fin al beso.

—Uff... —suspira, todavía sobre mis labios—. ¿Vas rápido, eh?

—¿Por qué esperar? —respondo, coqueta. No quiero ser muy directa, para que no suceda lo de antes, pero tampoco dar a entender que espero demasiada conversación.

—No sé. ¿Para conocernos un poco? Ni siquiera sé cómo te llamas —dice, risueño—. Yo soy Carlos, por cierto.

—Hola, Carlos. ¿Quieres besarme otra vez?

Él se ríe, pero obedece. Genial.

Una cosa gélida en mi brazo desnudo me hace a mí pararlo esta vez. Miro hacia el objeto que me ha cortado el rollo y fulmino a Nico con la mirada. Es mi cubata, cargadito de hielo. Mi amigo sonrío divertido mientras se lo cojo y, después, se queda bailando con María, ahí, muy cerca de nosotros, poniéndome nerviosa.

Bebo un poco y trato de olvidarme de su presencia, volviendo a prestar atención a... Carlos, ¿no?

—¿Por qué no me sacas de aquí? —le pido, de pronto.

—Esto... Sí, claro. ¿Adónde quieres ir?

—A donde tú quieras.

—Bueno, me sé de otro pub en esta misma...

—No, no, no, nada de pubs.

—¿Discoteca, entonces? Pero...

—No, tampoco. Quiero... Joder, quiero estar contigo. A solas. —Dios, qué difícil es esto.

Carlos carraspea y frunce el ceño después de contemplarme un largo momento. Sin soltarme la mano que todavía tenía en su poder, me aleja de la pista y me mete en el pasillo que da a los baños, donde la música se oye, pero mucho más baja. No, no, chaval. Esto no era lo que te pedía. Aunque... ¿follar en el baño? Bueno, es toda una aventura. Es sórdido, impersonal, tendrá que ser rápido. De acuerdo, me vale.

Pero antes de que me dé tiempo a tirar de él hacia uno o a besarlo de nuevo, Carlos me apoya contra una pared y se agarra a mis brazos.

—¿Qué te pasa? —pregunta con los ojos clavados en los míos.

—¿A mí? Nada. Solo quiero... estar contigo. —«Así, muy bien, no lo asustes, como al otro».

—¿En un sitio más tranquilo? —prosigue, con cautela.

—Ajá. —Y mi dedo, poseído por este espíritu follador que se ha metido en mi interior, se desplaza lentamente desde su cuello hasta su ombligo.

Él vuelve a carraspear. Dos veces. Y traga saliva otras tantas.

—¿Para hablar?

—Bueno... ¿Tenemos que hablar primero?

—¡Dios! ¿De dónde sales? ¿Esto lo haces con todos? —Turbado, se pasa la mano por el pelo y sacude la cabeza.

—¿Qué?

—A ver, que me siento halagado y todo eso, pero mujer... ¿dónde queda la expectación? ¿El interesarte por la otra persona más allá de su cuerpo? ¿La seducción previa a un polvo? Joder, te estás saltando lo mejor, ¿sabes?

Mierda. No puedo creerme que haya dado con el romántico. ¿En serio? De todo el local, ¿tiene que ser él el que se fije en mí? ¿Hoy? ¿Y dónde ha estado el resto de mi vida, eh?

—Mira. Te agradezco los consejos..., Carlos —le espeto de no muy buen humor, aunque el pobre no tenga la culpa de nada. Bueno, sí, de no querer follarme y ya—. Ha sido un placer. Ahora, búscate a otra que todavía conserve su corazón, ¿vale?

Y sin más, lo dejo plantado y regreso a donde estaba, dándole un sorbo a mi copa por el camino. Que buena falta me hace, joder.

Sobre todo cuando me encuentro con las miradas de mis amigos sobre mí. Me encojo de hombros y Nico no esconde una sonrisa del todo canalla. Será capullo. Pero María es peor, madre mía, porque ¿es lástima lo que veo en sus ojos? Oh, no, por favor. Lo que me faltaba. Le hago un gesto del todo altivo y ella entierra la cara en el pecho de su novio. Bien, mejor no verla.

Me separo bastante de ellos y comienzo a bailar de nuevo. Por el amor de Dios, esto no puede ser tan difícil. Todo Dios folla. Y eso de hacerlo con un desconocido una noche de marcha hasta está de moda. ¿Qué coño pasa conmigo, entonces?

Me fijo en que, prácticamente pegados a mí, dos chicos bailan con una chica, haciendo más el tonto que otra cosa. Uno de ellos le da un codazo al otro señalándome y el segundo se gira hacia mí. Vaya, no está nada, nada mal. Le aguanto la mirada, dándole a entender que estoy interesada. Muy interesada, de hecho. Él me sonrío, se muerde el labio inferior y vuelve a sonreír. Con chulería, me llama con dos dedos para que sea yo la que recorra la cortísima distancia que nos separa. Un paso, vamos. Y como me hace gracia su actitud prepotente, lo hago esbozando la primera sonrisa de verdad de la noche. Si el engreído este supiera que el utilizado va a ser él... O bueno, quizás nos usemos el uno al otro. Por mí, bien.

Lo primero que noto al casi tocar su pecho es su olor. Huele a colonia cara. Y lo sé porque nada barato puede oler así, como el mismísimo demonio reencarnado en ángel para hacerte pecar. Oh, Dios, y yo voy a caer en la tentación. Le doy un buen repaso, ya que estamos. Y él tampoco se corta, así que mi examen llega hasta sus pies. Polo de marca, vaqueros Levi's —en eso ya me había fijado cuando estaba de espaldas— y unas deportivas Lacoste en sus pies. Pijo, pijo, pijo. Si tiene pasta, al menos pagará un hotel, ¿no?

Esta vez no hay nombres de por medio. Como si nos hubiésemos comunicado con la mente, empezamos a bailar juntos y, ya por la tercera canción, las manos no se están precisamente quietas. Y eso que aún no nos hemos besado. Pero estoy a gusto. Que en algún momento me haya acabado el cubata favorecerá la causa. Ha sido él el que me ha quitado el vaso vacío de las manos, pasándolo hacia atrás, donde su amigo lo ha cogido y ha desaparecido con él. No sé si han ido a buscarme otro, aunque me extraña, pues no me ha preguntado qué bebía. Tampoco me importa. Y dejo de pensar en ello cuando, por fin, su boca se junta con la mía.

Mamá... Besa bonito. No, miento. Besa sucio pero divino. Por increíble que parezca, mi cuerpo hasta reacciona como tiene que hacerlo. Me excito, no sé si por él, o por la situación en sí. Pero lo hago.

—Víctor —dice al apartarse—. Di mi nombre.

—Víctor —repito como una tonta.

—Bien. —Y de nuevo me da uno de esos besos gloriosos. Y baja por mi cuello, abriendo la boca para abarcar más carne. Y vuelve a subir hasta llegar a mi oreja—. ¡Qué bien sabes, joder!

Me tenso, me tenso enterita. Esa frase... Joder, esa frase. La he oído en otra ocasión, en otra boca. Oh, Dios, ¿por qué eres tan cruel? Él nota que algo ha pasado, porque se aleja unos centímetros y me mira curioso. Eleva las cejas y luego las deja caer, entrecerrando los ojos. Unos ojos clarísimos, ahora que me fijo. No sé si azules o verdes pero muy claros. Y es moreno. De piel y pelo. Muy moreno.

«No, no es él, Laura. No es Chema».

Dejo salir un suspiro y soy yo ahora la que lo besa, porque quiero. Porque para eso estoy aquí, joder. Él me sigue sin dudas, dándome incluso más de lo que le pido. Sus manos se aposentan en mis nalgas, encajando nuestras pelvis, mientras su boca me asola y bebe de mí. Tengo que reconocer que mi excitación ha caído en picado después de la desafortunada frasecita de las narices, pero hago lo posible por recuperarla. Vacío la mente, aflojo el instinto. Solo quiero sentir, llenarme de estas sensaciones, saberme deseada. Solo eso.

La cosa se calienta hasta el extremo. Ya noto su erección a lo bestia sobre mi vientre, ya se frota sin vergüenza. Ay, la Virgen, como sigamos así vamos a hacerlo en medio de la pista. Y tampoco se trata de eso, eh. Que mi vida sigue después de esta noche, que mañana voy a ser la Laura de siempre y tengo dos niñas en mi vida a las que no abochornar. Pongo fin al beso como puedo y le sonrío provocadora, haciéndole señas hacia la puerta para continuar en otro lado.

Él enarca las cejas de esa manera tan exagerada, con una sonrisa casi pervertida en su boca.

—¿Nos vamos? —vocaliza, más que habla.

—Sí.

—Vale. —Y entonces, se echa las manos al bolsillo y frunce el ceño—. Oh, joder. Espera, espera aquí, ¿vale? No tardo nada. Un minuto.

Asiento, pero creo que ya ni me ve, mientras se aleja en dirección a no sé dónde. Y estoy ahí de pie, en medio de la pista, esperando por fin lo que busqué durante toda la noche, cuando María y Nico se me plantan delante. No me pasa desapercibido el hecho de que han estado vigilándome toda la noche como unos padres devotos en la primera salida de su hija adolescente, y se lo

agradezco, de veras, pero ahora los quiero lejos. Antes de que Víctor vuelva.

—Ven un momento —me dice María, empujándome hacia un lateral.

—No puedo. Estoy esperando a...

—Sí, mujer, lo sabemos. Pero ven, es aquí al lado. Lo verás desde allí, te lo juro.

A regañadientes, me dejo conducir hasta una mesa que se han agenciado y desde la que, es verdad, puedo ver el trozo de pista en el que estaba. Nico se me acerca muchísimo por un lado y ella por el otro. Como esto sea una encerrona para que desista, me los cargo. Sobre todo después de la noche que llevo.

—¿Qué pasa?— pregunto.

—¿Estás segura de que te quieres ir con él? —cuestiona Nico mirando hacia la barra, donde descubro que está Víctor hablando con sus amigos.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Me vas a decir que lo conoces? —grito para que me oiga bien—. ¿Que es un psicópata, un violador, un asesino en serie?

Nico se ríe y niega con la cabeza.

—No, nada de eso. Solo se mete un poco de coca de vez en cuando y no ha dado un palo al agua en su vida, pero, en el fondo, es un buen tío.

—¿Lo conoces? —pregunto, pasmada.

—Ajá. Pero no es por él por lo que te lo pregunto, Laura. ¿Estás segura de que quieres acabar esto?

Asiento con firmeza.

—Desde luego —confirmo con la vista en mi conquista, que también me ha localizado y me sonrío a lo lejos. Me hace señas con una mano, levantando un dedo y señalando los baños. Un minuto, va al baño. Vale, idioma universal. Asiento hacia él indicando el sofá en el que estoy. Aquí estaré. Supongo que lo entiende. Aunque no sé si lo hará al venir del baño, porque...

Mierda. ¿Ha dicho coca? ¿Y por eso ha ido en busca de sus amigos? ¿A pillar? ¿Y ahora va al baño? ¿A metérsela? Oh, joder. ¿Por qué no prefiere metérmela a mí y ya? ¡Hostias!

Bueno, no pasa nada, pienso un segundo después. Hay mucha gente que lo hace y ni se le nota. De hecho, Nico ha dicho que era un buen tipo, ¿no? Pues nada, me iré con él y, si mañana ni me recuerda, mejor.

—¿Laura? —María llama mi atención al leer en mi cara las dudas de hace un instante—. No tienes por qué hacerlo.

—Joder, ya lo sé. ¡No soy gilipollas! —chillo, mirándola. Y un movimiento tras ella me hace mirar hacia allí. Carlos está sentado en el reposabrazos de un sofá tras el nuestro, hablando con una pareja. Pero, como si me hubiese sentido de alguna forma, vuelve sus ojos hacia mí. Me pongo colorada sin poder evitarlo, avergonzada ahora por mi actitud. Pero, haciéndome la fuerte, levanto la cabeza y aparto mi vista de él.

—A ese lo asustaste —oigo a Nico casi juntando nuestras caras—. Y no me extraña, chica. Parecías una devoradora. Una mantis religiosa.

—¿Qué?

—Dabas miedo. Y excitabas. No sé. Pero era una pasada. La forma de mirarlo en el pasillo del baño, ese dedito juguetón... O ponías al personal como una moto o lo acojonabas vivo.

—¿Qué? —repito como una idiota.

—Dios, Laura, me pusiste cachondo incluso a mí, pero entiendo que...

—¡Nico! —María lo mira alucinada, también con la cara a escasos centímetros de nosotros.

—Uy... Quiero decir que me pondría... me pondría si tú no existieses, cariño. Vamos, que... Joder, María, tú también la viste. Pedía guerra a gritos.

—Sí, la pedía —responde ella sin mirarme.

Y la vergüenza crece dentro de mí de una manera alarmante. ¡Ay, mamá! ¿Qué estoy haciendo? Yo no soy así. Es cierto que soy una desvergonzada, pero no en este aspecto. Siempre he creído en que el sexo es algo más que un revolcón. Por algo llegué virgen a los veinticinco, joder. Siempre necesité algo más. Una pequeña complicidad, al menos. Y ahora... ¿Así es como me veo? ¿Como una mantis religiosa, ha dicho? ¡Dios!

No, no, no. No puedo echarme atrás. No después de haber llegado hasta aquí, pero... ¿es lo que quiero de verdad? ¿Me ayudará en algo?

Me anclé a la idea de que, si expulsaba de mi cuerpo el recuerdo de Chema, iba a ser todo más fácil. Cuando recordara el sexo, no pensaría solo en él. Cuando evocara mi último polvo, no sería él. Quería arrancarlo de mí, como fuera. Y hacer esto era lo único que estaba en mis manos. Sé que mi corazón y mi mente tardarán en curarse de su adicción, si alguna vez lo consiguen, pero mi cuerpo... ese es mío. Yo lo gobierno, por eso creí que de ahí, al menos, podría sacarlo. Odiaba pensar que mi boca aún guardaba su sabor, que sus besos eran los definitivos, que... Abro muchísimo los ojos. Ya no lo son. ¿Y ha cambiado algo? ¿Me siento diferente por ello? ¿He dejado de quererlo o de odiarlo a partes iguales, como hago de un tiempo a esta parte? ¿Lo he hecho?

¡No! ¡No, joder, no! Regalarme a otro, entregarme como si fuese una virgen en sacrificio no va a cambiar nada. Aunque disfrute. Mañana me arrepentiré, lo sé. No me reconoceré. Aunque tal vez... ¡Ay, Dios! Era justo eso lo que buscaba. Castigarme. Volver a las andadas. Martirizarme un poco por haber permitido rebajarme hasta el punto que lo hice. ¿Cómo no lo he visto? Hacía tanto tiempo que no recurría a esos castigos absurdos hacia mí misma que... Es que soy idiota.

—Sacadme de aquí, por favor.

Como si hubiesen esperado por esas palabras con ansia, compenetrados, se levantan a la vez, custodiándome uno a cada lado hasta llegar al coche. En silencio, sin reproches, algo que nunca podré pagarles. Nico arranca e incluso apaga la radio cuando esta se enciende con el coche, sabiendo, de alguna manera, lo mucho que agradezco el silencio.

Necesito oír mis pensamientos. Estos que me susurran que, aunque no lo haya hecho, que hubiese sido capaz de hacerlo ya es algo.

Joder, sigo engañándome como una mona.

Eso ya lo sabía. He vuelto a caer por segunda vez en la misma piedra. Lo mío es bastante penoso, la verdad. El año pasado con Pedro y hoy con un desconocido. Pero ¿qué demonios pasa conmigo?

«Vamos, Laura. No te vengas abajo por una estupidez. Por haber recurrido al único recurso a tu alcance con el que creíste poder extirpar a Chema de ti».

No, no voy a venirme abajo. Nunca más. Aprenderé de mis errores, de cada uno de ellos, y me haré sabia. Fuerte y sabia. Y tengo que creerme que cada vez estoy más cerca de ello.

Miro a María, sentada a mi lado en vez de ir delante, con su novio.

—María, ¿por qué no intentaste persuadirme de que no lo hiciera? ¿Por qué...?

—Porque te conozco, cariño. Y estabas en ese plan de «voy a hacerlo sí o sí». Discutir contigo solo habría servido para que te empujara más. Para que ahora —toquetea el reloj con la yema de un dedo de una manera muy significativa— estuvieras en la cama, o en el coche, o contra un portal, jadeando con alguien entre tus piernas que no te importa un carajo. Y eso estaría bien si fuera lo que realmente te apeteciera, pero... las dos sabemos que no es así, ¿verdad?

Joder. Fuerte y sabia. Como ella. Con su apariencia dulce y serena, esta chica me está enseñando que es un ejemplo a seguir. Y ahora acabo de comprobar que también se le ha pegado

la cruda franqueza de Nico. Uno que está riéndose entre dientes y por lo bajo. Pero yo solo puedo bajar la mirada, dándole la razón. ¡Dios, pero qué sabia es!

«A mi corazón... le vale con un susurro tuyo. Solo un susurro. A mí... A mí tendrás que gritármelo más fuerte».

Sonia R. Salvante.

CAPITULO 28

Laura

María tenía razón. Y no solo en lo de abrirme de piernas para un cualquiera, sino en algo todavía más importante. En que, el día menos pensado, yo sabría que había llegado el momento de volver. Y sí, lo supe.

Tamborileo mis dedos contra el volante y luego le subo el volumen a la radio, recordando lo sucedido hasta este instante en el que abandono la autopista, en dirección a El Pilar.

No sé si mi aventura en plan mujer fatal tuvo que ver. O si hubiese sucedido de igual manera. Lo único que sé es que, poco más de dos semanas después de aquello, sufrí «el sueño». Sí, lo sufrí. Porque no es que lo disfrutara mucho nunca, pero, desde que sé lo que sé, la cosa hasta acojona. Y lastima. Hace un daño de la hostia.

Pues eso. Que soñé con lo de siempre. Yo, en la casa de Chema, de cara al cristal, contemplando el mar, el cielo y el verde recién cortado que se perdía hasta el acantilado. Y la música sonando. No reconocí la melodía, pero la oí más clara que nunca, nítida casi. Era preciosa. Tan bonita que, aún ahora al recordarla, se me ponen los pelos de punta. Me giré en busca del sonido y... lo vi. A él. A Chema. No era una sombra. Ni un hombre sin cabeza. Era él. Vestido de época, con ese mechón de pelo cayendo sobre su frente y concentrado en las teclas. Tengo la sensación de que lo observé durante mucho tiempo. Hasta que él levanto la vista y la clavó en mí, perforándome con esos ojos que brillaban como el oro. Sonrió. Me sonrió. Dios. Y yo moví un pie para aproximarme a él. Me parecía imposible resistirme, era lo que siempre hacía, ir hasta él. Dormida y despierta. Lo mío era acercarme a él. Pero, de pronto, me detuve. Aun dormida, sentí que era dueña de mis propias decisiones. Y estas no querían que me moviera del sitio. Él era peligroso. Él era sufrimiento. Él no era para mí, por mucho que un estúpido sueño me lo repitiese de vez en cuando. O aunque mi hermana me lo insinuase de una forma que dolía recordar. No, Chema era de ella. De Clara. Así que no fui. Él perdió su sonrisa, pero no dejé que me afectara. Le di la espalda a cámara lenta y volví a mirar hacia el mar.

Y entonces desperté.

Casi jadeando, sudando y cardíaca perdida, encendí la luz de la mesilla. Era la noche del sábado al domingo. Cuatro y once de la mañana. Era hora de regresar a casa. A mis niñas.

Cuando esta mañana he entrado en la sala con la maleta y la mochila a cuestas, María las ha mirado a ellas, y luego a mí, esbozando una sonrisa. Barajó las cartas que tenía en la mano y las levantó.

—¿Quieres?

Negué con la cabeza, divertida. No se cansaba nunca, en serio.

—No pareces sorprendida —dije, señalando mis petates. Y ahí fue ella la que mostró diversión.

—No. No sabía que sería hoy, pero sí pronto. Muy pronto. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo lo has sabido?

Le conté lo del sueño. Hacía meses que me había sincerado del todo y, si alguien creía en ese tipo de señales, era ella.

—Sí, supongo que esa es una buena pista. —Se mordió el labio inferior y me observó un instante, pensativa—. Laura, ¿puedo decirte algo?

—Claro. Después de todo lo que has hecho por mí, lo mínimo es escucharte —bromeé, aunque era una verdad como un templo.

—Te va a ir bien. Créetelo. Te va a ir muy bien en todo. Solo quiero que...

Hizo una pausa y suspiró, de pronto, nerviosa. O, no sé, preocupada. No le pregunté. Estaba demasiado interesada en lo otro. Yo, que presumía de no querer saber nada de sus premoniciones y cosas raras.

—¿Qué?

—Ya sé que te has recubierto de orgullo. De dignidad. De cinismo, incluso. Y estás en tu derecho. Todo lo que te haga sentir mejor es bueno. Pero... Por favor... —Otro suspiro, más largo, más sentido—. Que eso no te ciegue, ¿vale? Que no te destruya. Que te deje saber cuándo hay que ceder y acoger la felicidad en tus manos.

La miré, sorprendida. Sorprendida, emocionada y asustada. Porque aquello era muy profundo, joder. Y claro que no iba a permitir que mis niñas me viesan infeliz. Eso nunca.

—Te lo prometo. Voy a ser feliz.

—Vale. —Se incorporó, se acercó a mí y me dio un abrazo de esos que querrías recibir todos los días de tu vida—. Yo sigo aquí para ti. Si me necesitas, ni lo pienses. Siempre estaré aquí. Pero no va a ser el caso. Solo abre los ojos y escucha a tu corazón.

—Bueno... A mi corazón no mucho, eh, María, que no es muy inteligente. Ahora, lo de los ojos... cuenta con ello —aseguré, haciéndola reír—. Oye, y despídeme de Nico, *porfa*. Dile que lo adoro y dale las gracias por todo. Y cuidalo, María. Cuidaos mutuamente.

—Eso dalo por hecho. Es el hombre de mi vida, ¿sabes? Y sabe cocinar, joder.

Nos reímos, nos besamos y nos abrazamos un poquito más antes de que me dejara convencer para acompañarla a la cocina, donde desayunamos la famosa tarta de zanahoria que había traído Nico. Y el dulce, junto con un par de cafés, fue la mejor despedida que podría haber tenido con ella.

—Lo escucharás. En algún momento tendrás que hacerlo. A tu corazón, digo —me soltó, casi a gritos, cuando las puertas del ascensor ya se cerraban, consiguiendo que riera ante su dramatismo y por, simplemente, ser como era.

El segundo adiós fue para Marcos. Pero primero quise poner kilómetros entre Oviedo y yo. Quizá por miedo a no ser capaz de marcharme, como las últimas veces, o tal vez porque así era más fácil. No sé. Últimamente no sé mucho, ¿verdad?

Paré en una estación de servicio al azar y aparqué lo más lejos que pude de cualquier ser humano. Él llevaba dos semanas fuera, pues desde Barcelona se había ido directo a Madrid por problemas en un proyecto que tenía entre manos.

—Hola, Laura —contestó al segundo timbrazo—. ¿Cómo estás, preciosa? ¿Has perdido alguna peca?

Me eché a reír. Él y mis pecas. Tenía fijación.

—No, eso estaría bien, pero me ha pasado algo mejor.

—¿Estaría bien? Que pierdas las pecas no es bueno, tonta. Sería desastroso. ¿Qué haríamos con tanta piel blanca? No podrías ni andar por la calle.

—Oh, Marcos, por Dios. ¿Estás gracioso o me lo parece a mí?

—Bueno, sí, estoy de buen humor. Las cosas se están solucionando por fin. Pero cuéntame tú, ¿qué sucede?

—Estoy en el coche. —Me callé un par de segundos, para ver si adivinaba, pero al otro lado solo escuché silencio—. Camino de El Pilar.

—Camino de... Joder. Bien. Muy bien, ¿no? Es lo que quieres, ¿verdad? Y supongo que te ha llegado el momento.

—Sí, sí a todo.

—Vale. Pues a ello, preciosa.

—Marcos... —lo llamé, componiendo un mohín tan infantil que hasta me dio algo de vergüenza. Menos mal que nadie me veía—. ¿Por qué sueñas contento? ¿No vas a echarme de menos?

Y entonces comenzó a reírse de tal manera que hasta me molestó.

—Ya te vale, ¿no? —protesté, pero, muy a mi pesar, su risa era contagiosa.

—A ver, Laura... —dijo en cuanto pudo—. Te voy a echar mucho de menos. Muchísimo. Te adoro, nena. Y juro que te voy a visitar, esta vez no vamos a poner distancia entre nosotros como si fuésemos dos extraños. Pero también sé que era algo que tenías que hacer. Irte. Volver a tu hogar. ¿Quién te diría que El Pilar iba a acabar siendo eso para ti, eh?

—Sí, quién lo diría... —susurré—. Marcos... Yo también te adoro. Te quiero, joder. Te quiero mucho. Ojalá hubiese podido quererte más y...

—No, Laura. Estamos bien, cariño. Ninguno de los dos sentía todo lo que hay que sentir. Querer algo más, a veces, es acabar con lo que ya se tiene. Y nosotros nos tenemos. A nuestra manera, pero nos tenemos.

—Sí, nos tenemos. —Sonreí—. Pero tienes que venir a visitarme, eh, no te perdonaría lo contrario. Te espero allí. Siempre.

—Iré. Te lo prometo. Y ahora, venga, conduce. Que hasta que no me llames desde tu casa, no me lo creeré del todo.

Me despedí sonriendo con tristeza, pero colgué contenta. Eran sentimientos distintos pero complementarios. Sí, en ese caso, sí. Porque volvía a casa. Pero dejaba atrás a gente muy especial.

A casa... Bueno, esa era otra. Esperaba que Miriam tuviese todo preparado para mí. Volver a vivir con mi padre no me hacía mucha ilusión. Quizá un par de noches fuesen divertidas, pero... necesitaba mi independencia. Quería empezar de cero en todos los aspectos de mi vida.

Por eso, un par de meses atrás, cuando Lidia tuvo la loca idea que me llevó a flipar primero y a emocionarme después, hablé con Miriam y le pedí si podía alquilarme el apartamento sobre la pastelería. También le supliqué máxima discreción. Aunque de ella me fiaba. Era demasiado directa para que le gustase cotillear.

—Dios mío, Laura. Está muy viejo —me dijo—. No es que no quiera alquilártelo, faltaría más. Estaría encantada. Pero, de verdad, es una antigualla. Los muebles son del año de la polca y eso por no hablarte del espacio. Son apenas cuarenta metros, los quince restantes se los llevan las escaleras, que en la época que construyeron el edificio debían de subir de cinco en cinco, porque, si no, no me lo explico.

Me eché a reír. Pero insistí. Insistí tanto en que era perfecto que, al colgar, ya tenía su promesa de que estaría lo más decentado posible para cuando llegara. Del resto ya me encargaría yo. Era diseñadora de interiores, ¿no? ¿Qué mejor carta de presentación que convertir un pequeño vejestorio en un mini apartamento envidiable?

Sonrí pensando en ello. En mi futura casita. Solo mía. Me hace muchísima ilusión. Casi tanta como el negocio. Vale... Tal vez algo menos, pero mucha, también.

Es que lo del negocio... Lo que es la vida. Las vueltas que da. ¿Quién se iba a imaginar que un chisme de esos para las cápsulas de café iba a ser el causante de semejante empresa? Yo no, desde luego. Pero así fue como sucedió.

Mi padre le regaló una Nespresso a Lidia, harto de oírla sugerírselo cada vez que ella veía al Clooney en la tele. Encantada con su nueva cafetera, se fue a los chinos, a por un portacápsulas o como se llamen esas cosas. No había. Probó en la ferretería. Y Adela y José María no sabían ni de qué les hablaba. Fue incluso a la tienda de electrodomésticos, no fuera a ser. Pero tampoco.

Cápsulas sí, fíjate, a precio de oro, por lo visto, pero la cosa esa, no. Probó incluso en Bellota, la aldea de al lado, pero, evidentemente, tampoco tuvo suerte. Al final fue hasta Luarca, donde sí las encontró y hasta tenía donde elegir.

Y entonces la mujer, ya de vuelta en su casa, se puso a pensar. Y pensó. Pensó mucho. Vaya si pensó. Tanto que me llamó para proponerme esta idea que, en un principio, hasta me pareció surrealista. Pero, como no podía ser de otra manera, acabó convenciéndome de que no solo era viable, sino que era el momento perfecto para hacerlo.

—No me renuevan el contrato en el súper, Laura. Ricardo se ve casi en la obligación de darme mi puesto a una sobrina suya que se ha separado recientemente y que tiene dos niños a su cargo... Y yo puedo entenderlo. La niña esa me da mucha pena; aquí en el pueblo, sin conocer a nadie y teniendo que empezar de cero con dos criaturas que... —se lanzó a explicar con su empatía habitual.

—Vale, vale. ¿Y crees de verdad que es buena idea que...?

—Es una idea estupenda. ¿Qué pegas le ves? Las dos trabajaríamos en algo que nos gusta, yo como dependienta y tú de lo tuyo, que algo seguro que te va saliendo. Venga, Laura, di que sí...

—Yo... Yo es que... —no sabía ni qué contestarle, en serio, porque todo ese asunto me había cogido por sorpresa. Me veía entre la incapacidad de decir que no y lo intimidada que me hacía sentir el sí.

—Laura, sería genial y... —interrumpió ella mis pensamientos—. Espera. Porque... Porque vas a volver, ¿no?

—Sí, sí, sí... Desde luego que sí. —Eso me salió solo y con una seguridad aplastante.

—Entonces..., ¿es por el dinero? —Pues mira, ahora que lo decía, también—. Por eso ni te preocupes. No he tocado ni un duro de la herencia de mis padres y voy a solicitar el pago único del paro. Ya me irás pagando tu parte con las ganancias.

—Pero...

—No hay peros. El único que habría sería que no te apetezca tener tu propio negocio. O compartirlo conmigo.

—No. Eso... Eso sería maravilloso. Las dos cosas.

—Pues ¿a qué esperas para aceptar mi proposición, por Dios? ¿Dónde está esa impulsividad y ese coraje que te definen?

—Vale, vale. Sí. ¡Sí! —Recuerdo que empecé a reírme como una loca, con esa risa casi histérica con la que una celebra la emoción que produce la inesperada realización de un deseo adormecido—. Hagámoslo, Lidia. A por ello. Lo primero es mirar local, comenzar a ponerse en contacto con proveedores, hablar con un gestor y...

—Bueno, bueno, con calma. —Rio ella—. Hagamos una lista de todo lo necesario para llevarlo a cabo, reposemos un poco la idea y vamos hablando, ¿de acuerdo?

Y lo hicimos, vaya que sí. Horas de conversaciones telefónicas, repartiéndonos la responsabilidad de crear nuestra pequeña empresa, aconsejándonos y volviéndonos un poco locas, pero lo conseguimos. O, al menos, ya tenemos todo más o menos atado. Alquiler firmado, alta solicitada, el local arreglado y los artículos pedidos. Solo faltó yo. Y que envíen la mercancía al pueblo.

Tendremos un poco de todo. Enseres para la casa, originales y funcionales, muebles auxiliares no muy grandes por cuestión de espacio, objetos decorativos y cualquier cosa que alguien necesite para darle un cambio a su hogar. Papel pintado, pinturas a la tiza, vinilos y muchos otros artículos, dependiendo de su demanda. También ofertaremos sobre catálogo una amplia variedad de muebles, estores, cortinas y demás. Y, desde luego, yo no voy a centrarme solo en esperar a que

me salga un proyecto de decoración. Ofreceré varios tipos de servicio, desde colocar ese papel pintado que podamos vender hasta restaurar un mueble que alguien tenga ya en su casa.

El plan está bien, ¿no? Debería resultar. Pretendemos poner al alcance de todos los bolsillos cosas bonitas y atenernos a las necesidades de un pueblo pequeño.

Reconozco que tuve mis momentos de dudas. Las inseguridades y el miedo a que no saliera bien me mantuvieron bastante ocupada. Pero quizá era algo que también necesitaba, porque así no pensaba en lo que no debía y, además, siempre acababan ganando los pros y esa sensación de sentirme realizada. Poder regresar con el orgullo más alto, como una mujer emprendedora y dependiente, con una meta propia por la que luchar y un trabajo que me fascinaba.

Y ahora, a minutos de entrar en el pueblo, no sé lo que deseo hacer primero. Si achuchar a mis niñas o correr al local para ver con mis propios ojos lo que será mi segunda casa por, espero, muchísimos años. Me muero por comenzar a decorarlo, a organizarlo. Por pisarlo por primera vez y ver que no pasa nada, que solo es un bajo más y no aquel que fue testigo del inicio de mi desafortunado interés por mi cuñado.

Porque sí. Hemos alquilado lo que fue la ferretería del pueblo para montar nuestra tienda. Es un poco de suicida emocional, lo sé. Me estoy metiendo en la boca del lobo, y ya no hablo de Adela. Pero, en la búsqueda de un lugar con los metros cuadrados que precisábamos, tampoco tuvimos muchas opciones. Más bien, ninguna otra, y menos después de que Aída alquilase el bajo más grande de El Pilar. Así que ignoré lo que mi corazón chillaba y me dejé guiar por la razón y la visión de mi nueva faceta como empresaria. Y por todas las virtudes que Lidia veía en él, que no tenía forma de refutar sin ponerme en evidencia.

Total... No es como si no fuese a toparme con él, de todas maneras...

Busco otra emisora para alejar ese pensamiento y, a ritmo de Lady Gaga, pongo el intermitente para adelantar al coche que va delante de mí. Por el amor de Dios, deberían multarlo por ir a esa velocidad. Llevo con ganas de empujarlo desde que me lo he encontrado a la salida de la autopista. Un dominguero, así los llamaba Chema.

«Oh, no, ¿otra vez dejándolo pasear por tu cabeza? Por ahí, mal. Muy mal, Laura».

Primer punto de mi nueva vida: olvidar todo lo vivido con él, por muy nimio que sea.

El segundo podría resumirse en prácticamente lo mismo. Ser indiferente a él.

Porque voy a tener que verlo, vale. Y tengo que tratarlo, eso también lo sé. No puedo llegar y fingir que no nos conocemos, que sus hijas no son importantes para mí, que él no es el viudo de mi hermana o el yerno de mi padre. Pero en eso me tengo que centrar. En que es alguien que está en mi vida, pero no forma parte de ella. Y nunca lo hará.

Lo superaré. Desde luego que lo haré. Llegará un momento en que conoceré a otro chico. Y no sé si lo amaré como a él, pero lo querré. Estaré cómoda a su lado, feliz. Me hará reír, me querrá, se orgullecerá de mí y paseará de su mano por las calles, a la vista de todo el mundo. Y volveré a tener sexo. No por las razones equivocadas, sino porque me apetecerá hacerlo. Lo disfrutaré. Porque el sexo mola un montón y con ese chico no me sentiré una segundona, sino especial.

Y si no es así, pues no pasa nada. Ser una mujer soltera, autónoma y alegre también suena bien. Seré esa tía con la que mis sobrinas puedan salir de marcha cuando sean mayores. La alocada pelirroja, dueña de la tienda de decoración del pueblo, que hace lo que le viene en gana. Pasarse los días libres delante de la tele, hacer escapadas a Oviedo para estar con mis amigos, follarse a tíos buenos después de una cita y buena conversación... Sí, eso tampoco estaría mal. Sin prejuicios. Sin falsas pretensiones. Ser solamente yo y aprender a gozar de los pequeños placeres de la vida.

Me conformo con lo que venga. Solo quiero ser feliz. Sin Chema. No es mucho pedir, ¿verdad?

Lidia y mi padre me reciben con los brazos abiertos. Los he avisado de mi llegada en cuanto he salido de casa de María y me esperan con la mesa preparada y unas cervezas fresquitas.

—¡Jamón! ¡Uy, qué rico! —exclamo cuando veo el plato sobre la mesa, con ese jamoncito cubierto de vetas blancas que me vuelve loca—. ¡E ibérico! ¡Dios, habéis echado la casa por la ventana!

—Bueno, la hija pródiga ha vuelto a casa —dice mi padre con una sonrisa inmensa, pasándome la botella que acaba de abrir.

—Y ahora somos empresarias —apunta Lidia guiñándome un ojo, mientras coge un trozo del embutido y se lo mete en la boca.

Me echo a reír y me sirvo también del plato antes incluso de sentarme.

—Joder, pues sí que mola eso. Aún no hemos ganado un euro y ya podemos permitirnos el jamón de pata negra. A este paso cambio a Ibi por un Golf antes del verano. Y de primera mano, eh.

Mi padre menea la cabeza, divertido, mientras Lidia se parte de la risa.

—Ay, sí, Laura. Cómpratelo nuevecito, que ya debes de estar harta de que todo te llegue usado, ¿no?

Frunzo el ceño. Es inevitable que lo haga ante su frase, dicha con toda la picardía del mundo. Lo frunzo a pesar de que mi boca no ha perdido la sonrisa. Porque estoy más extrañada que ofendida.

—Creo que me he perdido —comenta mi padre mirándonos a las dos con atención—. ¿Por qué dices eso, Lidia?

—Por nada, hombre. ¿Por qué voy a decirlo? Por su coche, por su móvil —sí, ese me lo compré de segunda mano en eBay un poco antes de irme— y por ese apartamento donde va a vivir. Por Dios, Laura, que debe de ser de la época de María Antonieta.

—Buff... ¡Qué exagerada! —exclamo, mucho más cómoda tras su explicación. Lo que hace la mente cuando esconde algo, eh—. Miriam lo ha adecentado un poco. Y el resto, déjame a mí. Ya verás que hasta lo usamos como publicidad para el negocio cuando acabe con él.

—Muy bien visto, Laura —se enorgullece mi padre, observándome con calidez—. Además, yo entiendo que quieras independizarte, hija. De ti me hubiese sorprendido lo contrario.

—Sí, en eso tienes razón, cariño —asevera Lidia—. Laura siempre se ha caracterizado por ser una chica con las ideas claras. Sabe lo que quiere. Siempre. Ojalá pudiéramos decir de todos lo mismo.

Ay, Dios, ¿otra insinuación? ¿O es que estoy un tanto susceptible?

«No, cariño. No lo estás. Esta las tira a matar».

Respiro hondo y escondo una sonrisa incrédula tras mi mano, apoyando un codo sobre la mesa. Creo que Lidia y yo vamos a tener una conversación de mujer a mujer un día de estos. Solo que no seré yo la que me anime a iniciarla, por descontado.

—Bueno, cariño, ¿y qué quieres hacer?

—¿Comer? —pregunto, traviesa, alargando la mano de nuevo hacia el manjar.

—Sí, claro, eso sí. Además, te he preparado una de tus comidas favoritas —dice señalando hacia los fogones, donde varias sartenes tapadas esperan a ser servidas—. Calamares y *risotto* de setas.

—Oye, que si esto va a ser siempre así me voy los fines de semana y vuelvo los lunes, eh. Por

mí no hay problema —bromeo.

—Ya te dije que ibas a acabar malcriándola —se burla mi padre.

—Bueno, no tengo hijos... —explica Lidia, al tiempo que se levanta para calentar la comida—. Y Laura se deja, mírala.

Y yo me echo a reír, con la boca haciéndose agua ante el olor que ha invadido la cocina cuando ha quitado las tapaderas.

—¿Y al final, qué? ¿Qué quieres hacer esta tarde? —pregunta Lidia de nuevo, ya con el café en la mano y mirándome con expectación.

—Querría ver a las niñas —confieso mientras echo un vistazo el reloj—, pero supongo que, si no están aquí, estarán en casa de sus otros abuelos, ¿no?

—Pues no. Hoy era la comunión de Fernandito, ya sabes, el hijo de Fernando —explica mi padre—. Así que allá estarán todos, celebrándolo.

Abro la boca sorprendida. ¡Vaya, menuda casualidad! ¿Cuántas probabilidades había de llegar al pueblo uno de los escasos días en que ellas no están en él?

—Bueno... Entonces no tengo mucho que pensar. ¡Quiero ver el local! ¡Ya mismo!

—Así que vienes de ver el bajo.

Asiento y saco un cigarrillo del bolso. Le pregunto por señas a Nela si le molesta, pues no fuma desde que está embarazada, y, tras su negativa, me lo enciendo en una calada larguísima.

—Es perfecto —contesto con la vista clavada en el humo que flota a mi alrededor—. Perfecto. No tenía ni idea de lo mucho que ocupaba la trastienda, pero hoy, al verlo todo en un espacio, flipé. Además, hay un hueco al fondo a la izquierda, como de unos treinta metros cuadrados, ideal para esas cosas que no lucen demasiado. Ya sabes, papel pintado, pintura y esas historias. Hasta el baño ha quedado divino, joder.

—Pues genial, ¿no?

—Sí, todo maravilloso —casi escupo junto a otro poco de humo.

—¿Entonces? ¿Ese tono? —y lo cuestiona divertida, la muy cabrona.

—Entonces, sigue siendo una putada. Es el bajo de la casa de los padr... De Adela y José María —rectifico muy rápido—. Y con él no tengo ningún problema, pero ella... Dios... Que vive ahí, justo en la misma casa. Esto va a ser difícil.

—No creo. Ya verás, a lo mejor tienes que recordarle un par de veces que ella no puede mandar en nada de lo que suceda del local para adentro, pero, al final, acabará entendiendo que tiene que meterse en su vida y punto.

—Ya. Eso espero.

—¿Algo más que te moleste del local?

—No. En realidad, ya te lo he dicho, es perfecto. Es solo que...

—Nada. No le busques peros. Si es perfecto, lo es y punto. Y ahora olvídate del trabajo durante un rato, por favor. ¡Que aún no me creo que estés aquí! ¡Y tan guapa! El pelo corto te quedaba genial, pero ahora vuelves a ser tú, la de siempre, con esa melena leonada que me encanta —habla muy deprisa, toqueteándome el cabello.

—Tú sí que estás guapa, Nela. Estás... radiante.

—Oye, sin burlas, eh.

Me echo a reír con ganas.

—No me estoy burlando, tonta. Estás guapísima. Redonda, eso sí, pero...

—Mira que te pego.

—Uy, y agresiva, por lo que veo.

—Sí, un poco. Las hormonas, supongo... —dice Colás mientras entra en la cocina con una sonrisa enorme.

—¡Joder! ¡Laura! —Y, de pronto, me veo en brazos de Pedro, con los pies sin tocar suelo y girando como una peonza. Muerta de risa y tan contenta de verlo que, aprovechando que estoy a la altura de su cara, me como sus mejillas a besos.

—¡Dios! ¡Cómo te he echado de menos! —exclamo. Y paseo mi vista por los demás, por Nela, todavía apoyada en la encimera de la cocina, y por su marido, que se ha acercado a ella y rodea sus hombros con un brazo—. ¡A todos! ¡No os lo podéis ni imaginar!

—Sí lo hacemos, preciosa. Nosotros también te hemos extrañado. Muchísimo —me contesta Nela acariciándose la barriga.

—Sí, mucho —corroborra Pedro, que me deja en el suelo y me mira de arriba abajo—. Estás como siempre. O mejor. Estás cañón, pelirroja.

Suelto una carcajada y le devuelvo el repaso.

—Tú también sigues siendo el niño bonito del pueblo, ¿eh?

—Ya ves, hay cosas que no cambian.

Nos reímos de nuevo todos y, haciéndole caso a Nela, nos sentamos a la mesa, donde unos bocatas que el mismo Pedro ha traído del bar de Paco nos esperan para cenar.

Después de ver el local, fue inevitable que le pidiese a Lidia que me acercara aquí, a casa de mi mejor amiga. No solo me moría por verla, a ella y su inmensa barriga, sino que Nela no me perdonaría en la vida si no llego a hacerlo.

Después de muchos besos y abrazos, nos pusimos al día con rapidez, interrumpiéndonos casi la una a la otra. Ella me habló de su embarazo, de sus chequeos, me empujó hasta el cuarto del bebé y me ordenó ponerlo de mi mano y, después, le pidió a Colás que llamase a Pedro para que viniese y, de paso, trajese la cena, con la promesa de una gran sorpresa. Yo.

Por mi parte, también le conté lo de mis trabajillos en Oviedo, lo de mi renovada y maravillosa amistad con Marcos, de cómo le iba a María, y de su novio, Nico. Le confesé lo mucho que he echado de menos a las niñas todos estos meses, que sus visitas eran casi necesarias para mí y lo feliz y orgullosa que estaba de haber regresado al fin.

Que estaba un pelín asustada me lo guardé. Que cada vez que pensaba en verlo de nuevo mi estómago se desplazaba hasta la garganta, también. Como tampoco lo nombré en ningún momento. Y ella respetó mi silencio imitándome, ya que es en esos pequeños detalles en los que se diferencia a las amigas de verdad. En conocerte aunque no te muestres entera. En honrar tus deseos a pesar de creerlos erróneos. Porque yo sabía que Nela no estaba de acuerdo en que yo intentara cicatrizar lo sucedido con Chema callando; pero, de la misma manera, ella era consciente de que lo venía haciendo desde aquellas primeras llamadas en las que me sinceré y lloré a moco tendido. Obviarlo, ignorarlo, convertirlo en un tema tabú. Y, aunque negárselo a mi boca no fuera a arrancarlo de mis entrañas en breve, a mí me ayudaba. O eso quería creer.

—¿Así que ahora vas a ser toda una empresaria, eh? —se cachondea Pedro a medio bocado.

—Eh, sí —respondo mirando a Nela. Porque se suponía que eso tampoco lo sabía nadie. El culpable de tanto secreto: el de siempre.

—Lo siento —dice ella encogiéndose de hombros y poniéndome morritos—. No pude evitar contárselo. Me hacía tanta ilusión tu vuelta que cuando comenzaron con las obras yo... pues... se me escapó. Pero solo eso, eh.

—Tranquila, cariño, que tu secreto ha estado a salvo conmigo —explica Pedro mientras me

guiña un ojo—. No sé a santo de qué no se podía contar, pero, vamos, que yo no he dicho ni mu. Y oye —se dirige ahora a Nela—, ¿qué es lo de «solo eso»? ¿Qué otras cosas escondéis vosotras dos?

—Nada, tonterías de Nela —respondo con rapidez, improvisando sobre la marcha—. Y tienes razón, mantener en secreto lo de la tienda no era tan importante; es solo que me hacía ilusión que las niñas se enterasen por mí y cuando ya estuviese aquí.

Pedro me observa pensativo y esboza una sonrisa torcida antes de volver a morder su bocadillo.

—En fin... Sé que hay algo más, pero ya me enteraré —masculla, apenas traga.

—Como de todo —interviene Colás, guasón—. Oye, ¿tú no podrías hacerte unas oposiciones para la CIA o para alguno de esos organismos? Apuntas maneras, tío.

—Se me da muy mal el inglés —responde el poli con chulería, como si ese fuese el único motivo por el que sigue siendo policía local.

Y, claro, todos nos tronchamos de él. O con él.

A partir de ahí, si algo sobra en esa mesa, son risas. Y cachondeo. Y complicidad. Como si ayer mismo hubiera compartido una cena con ellos. Como si estos seis meses y siete días que hace que no nos vemos no hubiesen existido.

En realidad, es extraño, pero, a pesar de llevar un día escaso en el pueblo, mi vida en Oviedo parece demasiado lejana. Como un sueño, una especie de transición. Quizá es lo que fue. Un paréntesis obligado para reencontrarme. Un intermedio en el que han cambiado la película.

A veces pienso que en mí conviven dos Lauras, iguales y distintas a la vez, que sienten lo mismo, pero se juzgan diferentes. Dos Lauras que ahora mismo creo que he podido anudar, y que, por primera vez, se entrelazan la una con la otra sin odiarse, sin reproches. Comprendiéndose, consolándose. La emprendedora pero realista, la independiente pero familiar, la que cree poder con todo, pero ya conoce sus límites.

Así que, pensando en todo esto, con el café en la mano, me subo a una silla y propongo un brindis.

—Por un nuevo comienzo. Por los sueños inalcanzables que casi podemos tocar con los dedos. Por nuestra amistad. Y, sobre todo, por nuestra felicidad, porque solo depende de nosotros mismos.

Los tres me contemplan asombrados y pensativos ante este impulso loco, pero al rato sonrían y levantan sus tazas hacia mí.

—Por todo eso.

—Claro que sí. Por nosotros.

—Esa es mi Laura.

Y entre nuevas carcajadas, atacamos el congelador para repartirnos helados y hielo para nuestros chupitos.

—Venga, vamos, te llevo a casa —me dice Pedro una hora después, mientras se pone la cazadora.

—Oh, quédate un poquito más, Laura. —Nela hace un mohín y pone carita de pena, pero yo sonrío e imito al poli, abrigándome.

—Mañana me paso de nuevo. Te lo prometo. Y vendré con varios catálogos para la alfombra y las cortinas del cuarto de Iván. Pero ahora tengo que irme, barriguitas. Tengo que madrugar muchísimo y ponerme a currar. Se me acabaron las vacaciones.

Pedro se queda muy quieto, con una manga a medio poner.

—¿Vacaciones? ¿Pero tú no fuiste a encargarte de un trabajo maravilloso que no podías

rechazar?

—Ehh... Sí, claro. —Oculto mi cara bajo el pelo mientras me giro con disimulo. Joder, estoy perdiendo práctica mintiendo. O tal vez ya no sepa cuándo lo hago y cuándo no.

—Es que eso para ella fueron vacaciones, Pedro —explica Nela, salvándome el tipo—. Ya sabes que para Laura su trabajo es más un *hobby* que otra cosa.

—Sí —afirmo—. Y, además, me trataron a cuerpo de rey. Así que sí, fueron unas vacaciones. Y ahora toca currar de verdad, así que andando.

—Que es gerundio —remata el poli subiéndose los cuellos de la chaqueta—. Anda, vamos, preciosa. Que yo mañana también madrugo.

Chema

—¿Sí?

—Hola, Rubio. Soy Lidia.

—Ah, hola, Lidia. Dime.

—Lo siento, es un poco tarde, ¿no?

—No, qué va.

—¿Las niñas ya duermen? ¿Qué tal os lo habéis pasado?

—Bien, sobre todo ellas. Saltando en los hinchables y atiborrándose de dulces. Y sí, ya están dormidas. Se quedaron fritas en el coche —explico con una sonrisa en los labios y los ojos en blanco al recordar lo que me costó subir a las dos hasta casa.

—Normal. Estarán agotadas. ¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Todo bien?

Me siento sobre la cama y apoyo los codos en mis muslos mientras me froto la frente con la mano libre. Desde aquella noche, esa pregunta se ha convertido en un ritual para Lidia cada vez que habla conmigo. Nunca se ha referido a ella directamente, pero sé que tiene todo que ver.

—Bien, estoy bien, Lidia. Muy bien.

—Me alegro. De verdad.

—Lo sé. Pero dime, no creo que solo me llames para preguntarme eso, ¿no? ¿Qué necesitas?

Ella se echa a reír. Los dos sabemos que últimamente parece necesitarme siempre para algo. No solo le hice la obra en la ferretería, sino que me encargué de hablar con el fontanero, el electricista e, incluso, con la gestoría. Eso sin contar todas las chapuzas en las que le pude echar una mano. Algo que hago con gran gusto, por otra parte.

—Pues sí. Lo cierto es que te necesito para una cosilla. Estoy abusando, ¿no?

—Para nada. Anda, dime.

—Verás... Ya han llegado los accesorios del baño. Y el espejo. ¿Podrías colocarlos? Se lo pediría a Abel, pero no es muy diestro con el taladro y además...

—No te preocupes. Yo me encargo. ¿A qué hora te viene bien que me pase?

—No sé. Mañana, a primera hora, ¿podrías?

—¿A primera hora? —repito frunciendo el ceño. Joder, a esa hora debería irme al trabajo. ¿Por qué narices le he preguntado? Pero, aun así, me escucho aceptando—. Vale, eso me llevará poco tiempo y los chicos ya saben lo que tienen que ir haciendo. A las nueve, ¿entonces? En cuanto deje a las niñas en el cole.

—Perfecto, cariño. Eres un cielo. Ya no te molesto más. Te dejo haciendo lo que... —Otra risa—. Lo que estuvieses haciendo. ¿Viendo una película, tal vez?

Miro al frente, hacia esa pared ahora vacía salvo por unos tristes e innecesarios clavos.

«Ni te imaginas lo que estoy haciendo, Lidia. Hasta a mí me cuesta asimilarlo».

—No, nada de tele. Venga, nos vemos mañana, ¿vale?

—Vale, Rubio. *Ciao*. Un beso.

Cuelgo el teléfono y lo dejo caer sobre la colcha de cualquier modo. Suspiro y vuelvo a observar la pared blanca. Luego bajo mi vista hacia el suelo, donde una caja de cartón guarda en su interior todas las fotos que una vez la ocuparon. Y que antes habían llenado de color y amor otra pared en otro cuarto. En su refugio.

Sí, lo he hecho. Eso que me prometí hace un par de semanas y para lo que no había encontrado el valor hasta hoy. Un valor que me llegó de forma extraña, sin casi pensar en ello. Fue entrar en el dormitorio después de acostar a las niñas y encontrarme haciéndolo casi sin pensar. Como si

una fuerza extraña me obligara a ello. Algo raro pero tan necesario que me alegré de que sucediera.

Porque dormir cada noche en un santuario dedicado a Clara no es sano. No es la mejor manera de dejarla marchar. Lo sé y lo supe siempre, supongo, pero hasta hace poco era algo que tampoco me importaba demasiado.

Todo cambió aquella noche. La lluvia no solo me empapó entero, causándome una amigdalitis bestial, sino que me aclaró en muchos sentidos. No es que los sentimientos y pensamientos que me corroían desaparecieran bajo el agua como lo hace la suciedad de la obra bajo la ducha, pero sí dejaron espacio al entendimiento, a la razón. Ya no sentía que me gobernaban, sino que cohabitaban conmigo como uno de mis brazos o mi piel. Las lágrimas derramadas, esas de las que aún hoy me avergüenzo un poco, también ayudaron, porque arrastraron con ellas la angustia de aquellas últimas horas. Y luego estuvo la visita inesperada de Colás, lo que supuso que todo pareciese ordenarse un poco más en mi mente.

Me lo encontré sentado en el descansillo, apoyado contra mi puerta, cuando, cabizbajo y calado hasta los huesos, salí del ascensor. Cargaba en aquellos momentos con el bochorno de haber llorado en los brazos de Lidia, con el agradecimiento de que Abel no estuviese en casa y con un pequeño alivio que no comprendía del todo. Y también con la horrible sospecha de que este era solo pasajero. Una ilusión que al día siguiente se esfumaría con la primera claridad de la mañana.

Colás no abrió la boca. Se limitó a levantarse del suelo y a esperar pacientemente a que abriera la puerta, para luego sentarse en el sofá, aguardando que fuese yo el que comenzara a hablar. En mi estado, que tenía mucho que decir era más que evidente. Conociéndome, que no lo hiciese supongo que tampoco lo hubiera sorprendido mucho.

Después de verme durante unos minutos andando en círculos sin emitir ni una sílaba, me aconsejó ir a darme una ducha y quitarme esa ropa mojada, cosa que acepté idiotizado. Cuando mis pies volvieron a pisar el salón, Colás ya había preparado café, aunque yo me incliné por una cerveza. Lo cierto es que incluso necesitaba algo más fuerte.

Y entonces, tras otro extraño pero, contra todo pronóstico, cómodo silencio, me abrí. No entré en detalles, no es mi estilo, pero sí fui honesto. Le confesé mi deseo ciego por Laura, mi caída ante él, la culpa inmensa que me hizo alejarla el día del segundo aniversario de la muerte de Clara. Aquel día en el que él con sus palabras, sin saberlo, me mostró que todo lo que tenía que ver con Laura me venía grande, era un error y me confundía. Sin dramatismos y tratando de ser del todo objetivo, acabé el relato resumiendo nuestra última discusión. Pero me callé a conciencia el amor que ella dijo sentir por mí. Aquello era algo que no podía contar. Una ridícula muestra de respeto hacia ella, lo mínimo que se merecía.

Él me escuchó en el más absoluto mutismo. Y yo apenas lo miraba, pero las veces en que mis ojos buscaban en su cara algún tipo de juicio, esta era indescifrable.

—¿Y qué ha pasado hoy? ¿De dónde venías con esas pintas? —preguntó en cuanto yo dejé de hablar.

—De intentar aprender cómo decirle adiós a Clara.

Fue la primera vez que su rostro dejó entrever algún tipo de emoción. Le brillaron los ojos y no pudo esconder una mueca de disgusto que pronto transformó en una sonrisa triste.

—Eso es algo que tienes que hacer, sí —dijo al cabo de un rato—. Pero no lo hagas por las razones equivocadas. Porque debas o... porque quieras. Si vas a hacerlo, hazlo porque lo sientes, Rubio. Porque realmente algo te diga que ha llegado el momento.

Lo observé con atención. Era muy bonito lo que decía, pero yo lo único que sabía era que esas

tres cosas estaban enmarañadas dentro de mí. El deber, el querer, el sentir... No sabía dónde terminaba una y comenzaba la otra. Lo único que tenía claro era que, hasta entonces, en cuanto pensaba en dejarla ir, la culpa lo ocupaba todo.

—¿Llegaste a quererla? —me soltó de pronto, mientras yo todavía les daba vueltas a sus últimas palabras—. A Laura. ¿Llegaste a...?

Apoyé con demasiada fuerza la cerveza sobre la mesa. Resoplé y me mesé el pelo varias veces, pero, cuando contesté, no medí mis palabras.

—Laura... Ella me ponía cachondo y me cabreaba como nadie lo ha hecho nunca. Y, al mismo tiempo, me arrancaba una sonrisa sin proponérselo. Es tan divertida, tan auténtica, está tan llena de vida... que era imposible no desear dejarse llevar por su fuerza y por su magia. Pero... ¿quererla? Desde luego que la quiero, ¿tú no lo haces? La quiero porque es una gran persona y tuvimos algo especial... Algo más que sexo. Sí, claro que hubo más que eso. ¿Es eso lo que querías oír? —Hice una pausa por si tenía algo que decir al respecto, pero él solo asintió con la cabeza, así que proseguí—. Pero si lo que me preguntas es si llegué a enamorarme de ella, la respuesta es no. ¿Cómo podría haberlo hecho cuando aún lo estaba de Clara, Colás? ¿Cómo?

—Fuiste injusto con ella, Rubio —aseguró tras un tiempo que se tomó para pensar—. Y no me refiero a que os acostarais, sino... a no haber sabido ver que ella sí era una madre para tus hijas, la única que tenían en ese momento. Debiste saber gestionar...

—Lo sé. ¡Joder, lo sé! Fui injusto y un miserable. ¡Me cegué! Jesús... Necesitaba tanto echarlo fuera... Hacerle entender que no podía desprenderme de Clara. Y lo que ella me hacía sentir... eso... Eso tampoco ayudaba.

—¿Y estás seguro de que...?

La mirada que le lancé frenó en seco su pregunta. Negué con la cabeza y me froté las sienes apoyando los codos en mis muslos. Sí, claro que estaba seguro de que no la amaba. No como a Clara. ¿Cómo se pueden tener dudas sobre eso?

Y lo que también tenía claro era que Laura no se merecía cómo me había comportado con ella. Y no solo en aquella maldita discusión. Hasta comprendía que me hubiese ocultado sus verdaderos sentimientos. Algo que, por otra parte, ni me perdonaba ni entendía no haber sospechado. Siempre creí lo que quise creer, supongo. Me negué a ver su propia vulnerabilidad, pensando que se trataba, más bien, de lástima hacia mí.

No, ya no podía guardarle rencor por esconderse tras la mentira para protegerse. Al principio, de mi mal humor, fruto de la frustración por desearla. Y después... de mis proposiciones poco ortodoxas, pidiéndole sexo mientras afirmaba mi amor hacia mi mujer; de mi búsqueda incansable del placer, que solo parecía poder encontrar en su cuerpo; de mi rechazo, pero siempre tendiendo una red invisible a su alrededor para que me esperase.

Porque, ya que estábamos siendo del todo sinceros, tenía que reconocer que eso era lo que hacía, aunque la mayoría de las veces fuese de manera inconsciente. Mantenerla a mi lado de forma egoísta, por si la culpa se extinguía un día.

Egoísta... Así fui con ella desde siempre. Pensando únicamente en mí y en lo que yo deseaba.

No sé cuánto tiempo me pasé sumido en esas elucubraciones. Cuántos minutos le dediqué a sentirme cruel, déspota y un malnacido con la única mujer que me había hecho descubrir que había vida después de Clara. Pero sí sentí, de repente, la mano de Colás apretándome un hombro, en una despedida silenciosa que agradecí.

Aquella noche pensé mucho. Una parte de mí precisaba pedirle disculpas a Laura, mientras la otra supuraba solo de pensar en verla o hablar con ella. En el fondo, con ella lejos todo era más fácil. No había decisiones que tomar, ni anhelos que evitar.

Miro de nuevo las fotos, ahora a mis pies, y me acuclillo para observarlas de cerca. Paseo mis dedos por ellas sabiendo que esto es tan necesario como doloroso. Colocaré algunas en el dormitorio de las niñas y el resto las guardaré. Pero eso será mañana.

Me desnudo y coloco mi ropa sobre la butaca, agotado, como si hubiese hecho un esfuerzo descomunal al descolgar aquellos retratos de la pared. Pero así me siento, tan cansado que solo quiero cerrar los ojos y olvidarme de todo por unas horas.

Ya en la cama, es inevitable que mis ojos vayan hacia la foto que sigue sobre la mesilla de noche. Otra que debería de retirar, pero que me cuesta más que ninguna.

—Otro día, cariño. Poco a poco, ¿verdad? En realidad, olvidarte va a ser imposible y ambos lo sabemos, mi ángel. Pero necesito seguir adelante sin sentirme culpable, Clara. Retomar mi vida como pueda, sin basar mi futuro en ti, porque ya no estás. Sé que me entiendes, mi amor. Sé que, estés donde estés, tú me entiendes.

Cierro los ojos sintiéndome un poco estúpido. Si normalmente no me entiendo ni yo, no sé cómo demonios pretendo que lo haga ella desde el más allá, joder.

Pero lo estoy intentando. Comprenderme. Seguir viviendo. Lo estoy intentando con ganas.

Me acomodo en la cama boca abajo y meto un brazo bajo la almohada. Dejó la mente vagar en buscar de la paz que da el sueño y sonrío irónicamente al recordar la noche del sábado de la semana pasada, en la que salí con Pedro después de obligarme a llamarlo, y terminamos en Cudillero.

No sé cuál de los dos se sorprendió más ante aquello. Si él por saber de mí en aquel plan después de meses intercambiando solo frases concisas y educadas; o yo por atreverme a hacerlo, después de unos días en los que discutí conmigo mismo hasta el cansancio. Porque sabía que tenía que salir de nuevo, airearme, buscar algo de emoción en mi vida después de prometerme un nuevo comienzo, pero aún costaba. Joder, cómo costaba. El pánico a una recaída como la del anterior aniversario me abrumaba y me descolocaba por igual. Pero también fue el miedo el que me hizo coger el móvil y no prolongar más la llamada. El miedo a seguir en las mismas.

Pedro aceptó encantado y fue el de siempre, el amigo divertido con el que una noche de marcha siempre es un acierto. Fue el de antes de Laura. Sin pullas, sin reproches...

Bebimos algo de más, bailamos un poco e incluso ligamos con unas chicas en la barra de un pub. La cosa no pasó de unos besos y un poco de manoseo que, en realidad, compartí solo para asegurarme de que podía hacerlo sin sentirme mal después, pero funcionó. Estuvo bien. Tanto como para repetir y buscar otra noche en la que volver a sentirme joven de nuevo. Vivo, joder.

—Portaos bien, princesas. —Beso las mejillas de mis niñas y les guiño un ojo antes de que echen a correr hacia la puerta del colegio.

Espero a que entren en él antes de regresar al coche, mal aparcado en la acera de enfrente, como muchos más a estas horas de la mañana. Sin encender la radio, conduzco los escasos metros que me separan de la ferretería y me bajo justo frente a ella.

La casa de mis padres es una construcción de piedra bastante antigua, de esas enormes de dos plantas con ventanas demasiado pequeñas para ella. La parte de abajo la forman el comercio, una inmensa cocina y un baño completo, mientras arriba tienen la sala que nunca se usa, los dormitorios y un segundo cuarto de baño. Lo cierto es que, a pesar de que fui yo el primero que insistió para que alquilaran el local, quizá la opción que barajé primero de hacerles una habitación en la planta baja no hubiese estado mal. Esta casa les queda muy grande para los dos y,

con los años, subir las escaleras no les va a resultar fácil. En fin, con el tiempo aún pueden ampliar hacia atrás, porque terreno es lo que les sobra, me digo un segundo después, considerando otras ideas que nadie me ha pedido.

Pensando en las alternativas para el futuro, frunzo el ceño ante cuatro gotas que noto sobre mi cara. Miro al cielo, confuso. El día está bastante claro, pero parece que comienza a llover. Joder, otra vez. Vaya primavera que llevamos. Al menos las temperaturas han subido unos grados y lo corroboro con la necesidad de arremangarme la camiseta que me he puesto esta mañana.

Ya con mis antebrazos al aire, saco del maletero el maletín con el taladro y todo lo necesario para colocar los accesorios en el baño, y me encamino a la puerta. Esta, como la gran cristalera casi hasta el suelo que hay a su derecha, continúa empapelada con ese papel marrón con la que protegimos los cristales durante la obra. Ahora supongo que lo que pretende Lidia es guardar el misterio de qué esconde en su interior. Porque mira que se las trae esa mujer con el tema. Ni siquiera dice qué va a vender en su tienda, y eso que más de una vez le he insinuado que la publicidad sobre ella, cuanto antes, mejor.

Con una sonrisa ante su tozudez, empujo la puerta al ver que solo está entornada. Y, sin haber aún puesto un pie en el local, arrugo la frente y entrecierro los ojos al percibir y reconocer la música que sale de su interior.

Joder. Amy Winehouse. Y no es que yo sea un fan de la desaparecida cantante, sino que esa música la he oído mucho en los dos últimos años. Era la que escuchaba Laura cuando trabajaba en sus proyectos. La ponía bajita en su móvil si se encontraba sentada en la cocina, con más volumen en su cuarto, y todavía puedo verla bailándola y recorriendo la pastelería de un lado a otro, en plena faena durante su remodelación. Jesús... Incluso reconozco la canción. *Wake Up Alone*. Una de sus preferidas. ¿Cómo puedo recordar algo así?

Sin embargo, aún parado en el mismo lugar, mi mente va por libre. Evoca aquella noche en la que me hizo un recorrido por la discografía de la gran Amy, como la llamaba ella. Noche en la que nos reímos de nuestra pronunciación del inglés y que rematamos follando al ritmo de *Black to Black*. Mierda, no. ¿A qué viene esto? Es absurdo, coño. Llevo meses sin permitirme pensar en ella, y ahí está, colándose sin permiso de nuevo. Cosa que hace mucho más a menudo de lo que me gustaría admitir.

Sacudiendo la cabeza ante mi estupidez, abro la puerta del todo y accedo al local.

Y entonces, sí. Entonces tengo que sacudirla de nuevo, porque, joder... O estoy alucinando, o la que está frente a mí, subida a una escalera, es la misma Laura. La que se entromete en mis pensamientos cuando menos me lo espero. La que prometió volver al pueblo y a la que yo no creí. A la que le debo una disculpa... o varias. La tía de mis hijas. Mi... Mi nada. O mi algo, ¿no? Porque también es la misma del polvazo que acabo de recordar.

Mierda. Dios...

Inhalo aire muy rápido y cierro los ojos un instante, sin poder creermelo que esté aquí. Pero, al abrirlos, ahí sigue, con un pie en el penúltimo peldaño y otro en el último, usando un diminuto pincel para retocar con meticulosidad la línea superior, tratando de que el color rojo oscuro con el que ha pintado toda esa pared quede lo mejor posible contra el blanco del techo.

Al estar de espaldas a mí, me tomo mi tiempo en observarla a conciencia. Tampoco parece que pueda hacer otra cosa, petrificado en el mismo sitio como una puta estatua. Noto como el peso del maletín clava su asa en mi palma, pero no hago nada por soltarlo. Estoy atontado, comparando el color de la pared con su pelo, porque son bastante parecidos. Lo lleva recogido en un moño deshecho en lo alto de su cabeza, del que varios rizos caen sobre sus hombros y espalda. El peto vaquero que se ha puesto para la ocasión, corto de por sí y reducido a la mínima expresión

después de haberle dado varias vueltas sobre sus muslos, está manchado de pintura y es holgado, pero la hace más tentadora de lo que recordaba.

Joder.

El peso que empezó a construirse en mi estómago al verla ha mutado en una gran bola que me llega a los pulmones. Mis oídos son presos de un zumbido extraño que parece aislarme de la realidad y las manos... Jesús, las manos... Me pican con las ganas de tocarla. ¿Qué cojones me está pasando?

«Despierta, tío. Habla, muévete. Haz algo, coño».

Eso. Tengo que moverme. Hablar. Colocar las puñeteras piezas en el baño, pero, por alguna razón que no alcanzo a comprender, no hago ninguna de esas cosas. Sigo ahí, anclado al suelo. Perplejo. Impactado. Esa, esa es la palabra. Impactado, joder.

Y, entonces, se gira.

CAPITULO 29

Chema

No sé qué ha llamado su atención, porque juraría que no he hecho el más mínimo ruido. Quizá un coche al pasar por la calle, el aire que entra por la puerta, que sigue abierta de par en par. O mi respiración, algo más agitada de lo normal; ahora que me doy cuenta.

Sea lo que sea, me encuentro mirando sus ojos de nuevo. Tan tormentosos como siempre, tan tormentosos como ella.

Sus mejillas, algo coloradas debido al esfuerzo, adquieren de pronto su palidez característica, destacando las pecas que cubren su cara. Su nariz, respingona y tan perfecta, se arruga en un mohín que dura una milésima de segundo, mientras su boca, esa boca grande y preciosa, entreabierta al verme, se cierra, apretando sus carnosos labios uno contra el otro.

—¿Qué haces aquí? —rompe ella el silencio, entrecerrando los ojos y bajando la escalera con tanto ímpetu que esta se tambalea y yo doy un paso al frente para ir en su ayuda—. No.

Ella me frena con esa sola palabra, a la vez que se estabiliza y salta los dos últimos peldaños hasta el suelo. Y, maldita sea, no solo ha roto el silencio, sino que también me ha despertado de ese trance en el que caí al verla. ¿No? ¿Cómo que no? ¿Prefiere matarse a que yo la ayude?

—Solo pretendía echarte una mano —le digo, un poco molesto con su actitud.

Si es posible, ella entrecierra más sus ojos, convirtiéndolos en dos rendijas con las que me fulmina. Pone los brazos en jarras y hace una mueca llena de cinismo mientras niega con la cabeza.

¿Qué coño...? Mierda. No me digas que se ha tomado mi frase con segundas. Estará de broma, ¿no?

—¿Qué haces aquí, Rubio? —repite su pregunta, sin deponer esa pose arisca que me está poniendo de los nervios.

—Yo... He venido a... —Miro a mi alrededor, donde varias cajas se apoyan en las paredes de los extremos y pequeños muebles, todavía embalados, ocupan una esquina de esos metros cuadrados que logran no hacer del local un rectángulo perfecto. Y antes de darme cuenta, invierto los papeles—. ¿Qué haces tú aquí? Esto... Tú... ¿Tienes algo que ver?

Laura sonrío. Vaya, sonrío. Estira su boca y comienza incluso a reírse. Pero no es una risa alegre, sino burlona. Sarcástica, ronca, amarga...

—Me echaste de tu vida y de tu casa, Rubio, pero el pueblo sigue siendo también el mío, ¿sabes? Y sí, tengo mucho que ver en esto. Justo un cincuenta por ciento. ¿Algún problema?

—No, no, no, ningún... —Joder, parezco idiota, pero es que no puedo creerme que se haya quedado tan ancha después de soltarme algo como lo que ha dicho—. Y yo no te eché de...

—¿Ah, no? ¡Coño! Pues sí que tenemos conceptos distintos de lo sucedido. A veces no es necesario gritar algo para darlo a entender.

—Laura. —Me acerco a ella, consiguiendo que dé un paso atrás. Y al ver su gesto, las siguientes palabras salen solas—. Entiendo que estés enfadada. Yo no sé ni cómo pedirte perdón, pe...

—¡No! No quiero tus disculpas. Ni tus arrepentimientos. En realidad, no quiero nada de ti, ¿sabes?

Me quedo quieto, con las piernas separadas en un paso que no me decido a acabar de dar. Pero ¿qué le pasa? Sé que la última discusión se nos fue de las manos, a los dos. Quizá más a mí... Vale, puedo aceptar eso. Pero esto... es desproporcional, ¿no? Al fin y al cabo, vamos a tener que vernos, vamos a...

—¿Ni siquiera a mis hijas? —me encuentro diciendo. Y aunque odio la mirada horrorizada y dolida que me lanza al oírme, no puedo evitar sentirme un poco mejor. Joder, es que me está reduciendo al tamaño de una cucaracha, al tiempo que siento como una sensación de pesadez abarca mis extremidades.

Vulnerable. Así me hace sentir. Y no lo soporto.

—A mis sobrinas déjalas fuera de esto. Es patética esa manía tuya de nombrarlas cuando no sabes cómo defenderte, joder.

—Es que, en realidad, no sé por qué coño tengo que defenderme, Laura. Vale, fui un gilipollas. Un malnacido, un...

—Anormal, engreído, prepotente, cobarde, mentiroso, retrasado mental...

—¡Hostias, ya vale! —grito, levantando las manos en el aire—. ¿Cuántos años se supone que tenemos, joder? ¿No podemos hablar como adultos por una vez?

—¿Por una vez? —Ella se ríe de nuevo, alejándose un poco más de mí—. Creo que hicimos muchas cosas como adultos, Rubio. Muchas veces. Solo que ninguna de ellas valió la pena, porque te encargaste de matar cada recuerdo bonito aquel último día. Lástima no poder odiarte como mereces, así que al menos mantente lejos de mí. Tú. No tus hijas. Por ellas es por lo que estoy aquí y, esta vez, follar con su padre no entra en el paquete.

Ahora soy yo el que se aparta de ella, impresionado y apuñalado por sus palabras. En algún momento he dejado el maletín en el suelo, pero no me molestó en buscarlo, solo en llegar cuanto antes a la salida y acabar con esto. Me porté mal, de acuerdo, pero esto no me lo merezco. Quizá no las comprenda, más que nada porque tal vez nunca me expliqué muy bien, pero tenía mis razones para todo lo que hice. No fue por capricho ni por crueldad. Y, desde luego, lo que no voy a hacer es discutir sobre ello con alguien que se niega a razonar. Con alguien que, aquel último día, tampoco se quedó callada, precisamente.

Sin embargo, una vez ante la puerta, soy incapaz de cruzarla. Mil pensamientos atraviesan mi mente a una velocidad apabullante, mientras la rabia y muchas más emociones que no logro definir me llevan a cerrarla de un portazo, conmigo en el interior.

Me giro y la miro, decidido a no ser ese cobarde que huye, o que la hace huir. Por una vez, vamos a mantener una discusión hasta el final, sin dejar nada pendiente.

—Te crees poseedora de toda la verdad, ¿no? —digo sin pensar, solo guiado por el instinto y por todo lo que bulle en mi interior a muchos grados centígrados—. Desapareces el tiempo que te da la gana y vuelves con aires de reina sin ninguna culpa a tus espaldas. No, Laura, esto no funciona así. Acepto mi parte de culpa, desde luego. La tengo y mucha. Tanta que sé que un «perdón» es insuficiente para todo lo que hice. Pero tú no eres una santa, ¿eh? Estuviste conmigo en el ajo durante todo el tiempo, cuando comenzamos a desearnos y cuando dimos un paso más. Nunca te exigí más de lo que tú me dabas. ¡Nunca! E incluso seguiste ahí, por voluntad propia, después, cuando quise ponerle fin a... a algo que te hacía daño, joder. Porque si estabas enamorada de mí, tal y como...

—¿Si estaba? ¡Si estaba! Vete a la mierda, Rubio. De no haberte querido, no habría aguantado ni la cuarta parte. Ni siquiera habrías acabado en mi cama, joder. No vayas ahora de héroe cuando sabes que acabar con lo que teníamos no tuvo nada que ver con lo que yo podía o no sentir. ¡Y no! ¡Desde luego que no soy una santa! ¡Ni tampoco quiero serlo! Santa ya tuviste una, ¿no?

Hasta ella parece afectada cuando suelta su última frase. Da un paso atrás y se lleva una mano al pecho, respirando muy rápido.

—Dios, perdona. No debí decir eso. Lo siento —continúa atropelladamente—. Dios mío, me haces hasta insultar a mi hermana. No... No... Olvida lo que he dicho. Yo...

Comienza a andar deprisa hacia mí y sé con exactitud lo que pretende hacer. Lo mismo que yo hace unos segundos. Irse. Pero como yo no abandono mi puesto frente a la puerta, no le queda otra que acercarse mucho a mí para conseguirlo, así que la detengo sujetando sus dos brazos.

Lo que siento al tenerla tan cerca es superior a cualquier cosa vivida hasta ahora. Inexplicable. Una mezcla de sensaciones que me confunden. Se me seca la boca ante las ganas de besarla, de zarandearla, de cargármela al hombro y llevármela lejos de esta vida que nos tocó vivir. Pero también quiero seguir creyéndola en Oviedo, muy lejos de mí, para que mis emociones sigan a buen recaudo. Controladas.

Jesús... Todo esto es una puta locura...

Tardo unos segundos en ser capaz de centrarme y poder retomar el tema donde lo habíamos dejado o, al menos, hablar de nuevo, porque bien sabe Dios que no tengo ni idea de dónde estábamos.

—No te vayas —acierto a decir—. Tenemos que solucionar esto de una vez.

—¡Esto no tiene solución, Rubio! —grita iracunda.

—Joder... —Ahora sí que la sacudo, una sola vez, deteniéndome, perplejo, al ver a lo que he llegado—. No pretendo nombrar a las niñas para molestarte, pero tenemos que hacerlo por ellas, ¿o es que no lo ves? Me niego a que nos tratemos como un matrimonio divorciado que no puede ni verse, coño. Así que, si quieres formar parte de sus vidas, pon algo de tu parte, joder.

Ella ni pestañea, juraría que turbada. Se pasa la lengua por sus labios reseca y cierra un instante los ojos, ahogando un suspiro. Pero cuando vuelve a abrirlos, ha recubierto su expresión de tanta frialdad que soy yo el que tiene ganas de suspirar. Dirige la vista a sus brazos, donde mis manos siguen manteniéndola casi pegada a mí.

—Suéltame.

—Vale. Pero prométeme que no vas a salir por esa puerta en cuanto lo haga —le pido sin soltarla aún.

—¿A ti qué más te da?! —chilla, poniéndose incluso de puntillas para encararme mejor.

—¡Me da, joder! Me da porque me importas, ¿vale? ¡Me importas demasiado! Quizá si no lo hicieras tanto no habría reaccionado como reaccioné aquel día en el festival. O antes, cuando yo... cuando yo...

La suelto. La suelto con tanta premura que ella se tambalea. La suelto asustado de lo que estoy diciendo. La suelto porque lo siguiente era besarla hasta metérmela dentro, joder. ¡Dios! ¿Qué me hace esta mujer?

—¿Te importo? —susurra ella, mirándome incrédula, confundida, mientras yo doy dos pasos atrás, intentando borrar a base de distancia lo que he dicho. Supongo que no contesto lo deprisa que ella desea, porque repite su pregunta, esta vez más alto—. ¿Te importo? ¿Demasiado?

Carraspeo para aclarar algo más que la voz. Las ideas, que van por libre; los deseos, que rigen cada cosa que digo y hago. Me rasco la nuca, nervioso, hasta el extremo de hacerme daño y, cuando ella avanza hacia mí, me obligo a contestar.

—Claro que me importas. ¿Cómo coño no vas a importarme? Yo te aprecio, Laura. Desde siempre. Tú...

—¿Me aprecias? ¿Desde siempre? —reitera—. ¿Me aprecias?

—Sí, te aprecio. ¿Por qué me miras así? ¿Qué sucede?

Y es tan evidente el momento en que su confusión se transforma en furia que hasta resulta escalofriante.

—Sucede que apreciar se aprecia a los perros, Rubio. O a los gatos. O al vecino de enfrente. Mierda, me aprecia, dice —masculla, girándose y soltándole esa frase a la escalera.

No soy tan gilipollas para no saber qué ha pasado en estos últimos momentos. Cómo ha interpretado mis palabras, lo cobarde que he sido al negárselas, pero... Pero yo también estoy confuso. Mucho. Más que nunca. Siento como si nunca se hubiese ido y, al mismo tiempo, como si la viera por primera vez. O con otros ojos. Yo qué sé... Lo dicho. Estoy desconcertado. Exageradamente desconcertado. Porque había aceptado que ella no volvería a mi vida, que nunca tendría que enfrentarme de nuevo a los sentimientos que despertó en mí. Y que estos no parezcan haber cambiado, que aún sacudan mi mundo y mis convicciones... me está volviendo loco.

Suspiro y la miro con súplica.

—Laura, hagámoslo fácil, por favor. Por ellas y por nosotros. Seamos amigos y...

—¿Amigos? —Me mira, furibunda—. Nosotros no podemos ser amigos. Nunca hemos sido amigos, ¿es que no te das cuenta?

—Sí que lo fuimos. ¿Por qué dices que...?

—¡Joder, joder, joder! —Alza las manos y mira al techo, buscando ayuda en él, al parecer. La única que se me ocurre, estúpidamente, que pueda brindarle es que se desplome sobre mí, a ver si así soy capaz de poner algo de orden en este cerebro mío, o quedarme tonto de por vida. Porque, Jesús, sé casi con exactitud lo que va a soltar ahora por esa boca—. ¡No fuimos amigos, Rubio! ¡Nunca! Cuñados, compañeros de piso, la tentación el uno para el otro, sí. Y luego amantes, también. Pero amigos... no, Rubio. Ni tampoco podemos serlo. Y lo sabes.

Con tremenda exactitud. Joder. Pero, como debo de ser el único hombre que tropieza una y otra vez en la misma piedra, como no encuentro otra solución, insisto.

—Podemos intentarlo, Laura. No puede ser tan difícil. Nos caemos bien y...

Un suspiro intenso interrumpe mis palabras. Su mirada, desolada, agotada, dolida, acaba con mis últimas neuronas.

—Sí, nos caemos bien —murmura con la voz enronquecida y los ojos tan brillantes que parecen estrellas—. Eso, cuando no queremos matarnos. O besarnos hasta morir, Rubio. Como hace un momento. Dime que no querías hacerlo. Dime que no te mueres por tenerme entre tus brazos. No solo yo puedo haber notado esa conexión animal que sigue habiendo entre nosotros. No solo yo...

—Jesús... Laura —susurro, expulsando el aire demasiado deprisa.

Ella se echa a reír sin humor alguno y se muerde el labio inferior, escondiéndolo casi entero dentro de su boca.

—¡Por Dios! Esto todo es absurdo —exclama negando con la cabeza—. Me prometí sentir solo indiferencia hacia ti. ¿Cuánto me ha durado la promesa? ¿Cuánto? ¿Cinco segundos? ¿Diez? Soy penosa, Rubio, penosa. Pero tú eres peor, porque, además de tan penoso como yo, también eres un cobarde y un hipócrita.

—Joder, Laura. No sé... No sé qué quieres que te diga. Qué quieres que haga. Yo... Yo... —Me aprieto las sienes, recordando sus insultos, tan acertados, y, resignado, dejo caer los brazos apretando los puños—. Sí, también lo sentí, ¿contenta? Pero eso no... Eso...

—Ya, ya sé. Ahórrame tus traumas, ¿de acuerdo? Estoy hasta el puto moño de ellos. De hecho, te repito que no quiero nada de ti. Lo que te acabo de decir solo es el motivo por el que no podemos ser amigos, no que quiera volver de alguna manera a retomar lo que un día tuvimos. No me llega, ¿sabes? No me llena, no me hace feliz... Y te juro, te lo juro por mis sobrinas, que son lo que más quiero en este mundo, que no voy a permitirte que me vuelvas a convertir en una amargada infeliz.

Abro la boca, pero la cierro. ¿Qué coño le contesto yo a eso? Tanta sinceridad me desborda. No puedo con ella. Sin embargo, el orgullo hace otro intento, por lo que mi boca se abre otra vez.

—Hola, chicos. ¿Qué tal? ¡Dios mío, la de gente que había en el banco! Oh, Laura, esa pared ha quedado preciosa. ¿Te has dado cuenta de que es casi del color de tu pelo? ¡Vaya! ¡Increíble! ¿Y qué, Rubio, tú ya...?

—Él ya se iba —le dice Laura a una jovial Lidia, que ha interrumpido con su llegada, entusiasta y alegre, lo que fuese que yo iba a decir.

—Ah, ¿ya están colocados...?

—No, en realidad, no me voy. Todavía no he empezado, Lidia. Nos entretuvimos charlando.

Laura me aniquila con su mirada, a lo que, por una razón que se me escapa, yo correspondo con una sonrisa. Una triste, pero sonrisa al fin y al cabo. Será que le he ganado en algo. O que, joder, ¿cómo echaba de menos ese carácter!

—Claro, normal. Supongo que teniais mucho que contaros, ¿no?

Ahora la mirada fulminante es para Lidia, aunque ella parece no darse ni cuenta.

—Sí, mucho. Y todavía no hemos terminado.

Laura me mira de nuevo a mí.

Y esta vez no sonrío. Porque mi frase no ha podido ser más certera. No, nosotros aún no hemos terminado.

Laura

Chema se mete en el baño con sus herramientas para hacer lo que sea que Lidia le ha pedido. Yo me acerco a la escalera para continuar con lo que estaba haciendo, pero, con un pie en el primer peldaño, cambio de idea. Rematar la pared para que quede una línea lo más perfecta posible es un trabajo que requiere paciencia, y de esa, ahora mismo, ando más bien escasa. Por no decir que la he perdido absolutamente toda, joder. Cierro la escalera con ademanes bruscos y la llevo a un pequeñísimo cuarto que hay al lado del aseo, destinado a guardar este tipo de cosas. Sé que abro la puerta con demasiada fuerza, de la misma manera que la meto dentro y vuelvo a cerrarla. Así que, cuando me pongo con las cajas, me obligo a relajarme un poco, más que nada para no cargarme los pequeños y delicados artículos que hay en ellas.

—¿Qué haces, cielo? Hasta la semana que viene, con un poco de suerte, no llegan las estanterías para colocarlos.

—Lo sé —rumio por lo bajo—. Solo quiero ponerles el precio.

—Ah, claro. ¡Qué tonta! Eso sí que podemos hacerlo. Espera, que busco los albaranes.

Concentrarme en desembalar, buscar el dichoso objeto en la interminable hoja, calcular el porcentaje de ganancia y marcarle el precio no consigue serenarme demasiado, pero al menos me mantiene ocupada, para que mi mente no se torture con lo sucedido. Y, ante todo, para que ignore al hombre que sigue en el baño todavía.

Sé que Lidia suelta alguna que otra frase entre medias, supongo que como cualquier persona que tenga a otro ser humano al lado, pero ni siquiera intento entenderlas o hacer que la escucho. Creo que mis «mmm» y mis «ajás» la han hecho decantarse por mantener la boca cerrada, cosa que agradezco.

Joder. Menudo primer día de trabajo. ¡Indiferencia, dije! ¡Pero qué ingenua soy a veces, coño!

A ese chico lo descuartizaría. O lo atropellaría con el coche. Lo besaría. O me lo follaría sobre esta preciosa tarima que Lidia ha elegido para el suelo. Pero lo que es la indiferencia... es imposible con él. Algo tan inconcebible como que amanezca rubia y sin pecas.

No sé cuánto tiempo después, pues estoy y no estoy ahí presente, Chema se despidió de nosotras.

—Bueno, eso ya está. Cualquier otra cosa me avisáis, ¿vale?

«Eso será cuando las vacas vuelen, Rubito».

—Sí, claro, cielo —le contesta Lidia, todo sonrisas—. Muchísimas gracias.

—Nada, por favor. Las niñas... Te encargas tú hoy, ¿no?

—Sí, des...

—A las niñas voy yo a recogerlas al cole —les digo a ambos, que parecen idiotas, joder. La una, por no pensar en la ilusión que me hace y él... Él, porque lo es y punto.

Por si mi tono no fuese lo suficientemente concluyente, acompaño este con una mirada desafiante hacia Chema, que, como me ponga problemas, se niegue o diga algo que no me guste, se va a enterar.

—Ah, perfecto, Laura. Les va a encantar verte. Hablamos a la tarde, entonces, cuando venga a por ellas. ¿Te las recojo aquí o en casa de tu padre?

Mierda. ¿Por qué coño me lo pone tan fácil?

«Dios, no hay quién te entienda, bonita».

—No sé. Búscanos.

Él arquea sus cejas, pero no dice nada al respecto. Solo esboza una media sonrisa que me saca

de quicio y se encoge de hombros antes de desaparecer por la puerta.

—Eh... ¿Qué sucede? ¿Por qué le hablas así? —me interroga Lidia en cuanto nos quedamos a solas.

—No preguntes, Lidia, no preguntes —le espeto, volviendo a meter mis manos en la caja.

Y solo cuando acabo con ella, me permito sacar un cigarrillo del bolso y salir a la calle a fumármelo. A ver si, además de ennegrecer mis pulmones, la nicotina me calma un poco.

Apoyada en la puerta, lo enciendo y observo el cielo. Varias nubes se desplazan con suavidad, dejando tras de sí una lluvia tan fina y delicada que el sol, ganando la batalla, se encarga de secarla casi en cuanto toca el suelo.

Levanto mi cara hacia ella, mientras expulso el humo de mi primera calada. Algunas gotas caen sobre mis mejillas y me provocan cosquillas. Pero ni siquiera sonrío. Al notarlas deslizarse sobre mi cara, me recuerdan tanto a las miles de lágrimas derramadas desde que me enamoré de él que solo logran entristecerme.

Exhalo mucho aire y vuelvo a meterme el pitillo en la boca. Joder. No quiero estar triste. Me niego a estarlo. Dentro de unas horas veré a mis pequeñas, y maldita sea si van a verme de otra forma que no sea alegre y con la sonrisa más grande del mundo.

Puestos a elegir, prefiero la rabia. Esa que me poseyó ahí dentro, en cuanto vi a Chema. Bueno, eso después de sufrir una impresión tan grande que no sé cómo no caí redonda desde la escalera.

Es que, Dios, todo seguía ahí. Ese amor que yo creía haber escondido bajo capas de hielo, ese que pensé medio moribundo después de tanto llanto y decepción. Seguía ahí, más fuerte que nunca. Mi corazón quería salirse del pecho y posarse a sus pies, mientras mi piel gritaba por él. Por eso la furia, el alejarlo, mi actitud despectiva, casi violenta.

Y cuando me tocó... Ay, mamá. Su tacto me quemó. Su cercanía me aturulló. Y sus ojos... Sus ojos, con las pupilas algo dilatadas y hambrientos, eran, con seguridad, el reflejo de los míos; me aclamaban que él padecía exactamente lo mismo.

Fui incapaz de callarme nada de lo que sentía. A estas alturas, poco me importa que sepa que aún lo quiero. No me siento orgullosa de este amor, ni pienso declararlo a los cuatro vientos, pero negarlo ante él, después de mi confesión, es absurdo. Al menos me queda que soy lo suficientemente valiente como para no retractarme de lo que le dije antes de irme y, por lo visto, también para admitir mi deseo.

Joder. Pequé de sincera, lo sé. Es que ni pensé. Y mi parte cobarde quizá se arrepiente, pero esta nueva Laura, no. Esta sabe que puede ganarle al dolor, al rechazo, porque ya lo ha hecho una vez. Esta está solidificada. Y ese es un buen ejemplo, ya que, cuando me pongo poética, siempre comparo mi amor por Chema con un volcán. Un volcán dormido, latente... que, en plena erupción, arrasó con todo a su paso. Pero yo salí de debajo de la lava, quemada y herida, pero más resistente, más fuerte. Solidificada, sí. Y lo que tengo claro es que, si la indiferencia no funciona, sí sé que no voy a admitir la mínima hipocresía entre los dos. Eso sí que no. Eso se lo dejo a él, que se le da muchísimo mejor.

—¿Tía? ¿Tía Laura? ¡Tía Laura!

La primera en salir de clase es Marta, que me mira con los ojos muy abiertos, alucinada, antes de tirarse a mis brazos de una manera que por poco nos vamos las dos al suelo. Eso provoca nuestras carcajadas mientras no nos llegan las manos para abrazarnos, ni los labios para besarnos.

—¡Estás aquí! ¡Estás aquí!

—Sí, cariño. Para siempre.

—¿Para siempre? —pregunta con una ligera sospecha, apartándose unos centímetros y entrecerrando los ojos.

—Sí, cariño. Te lo prometo. No te voy a decir que a lo mejor no desaparezca unos días para visitar a mis amigos en Oviedo, pero serán pocos y regresaré. Siempre regresaré. Porque ¿sabes? Después de comer te voy a llevar a un sitio que, como vosotras, me va a mantener atada a este pueblo, espero que para siempre.

—¡¡Mina!! ¡¡Mina!! —los gritos de Llara, mientras corre hacia nosotras, hacen voltear más de una cabeza.

Me importa un comino. Me pongo de cuclillas en el suelo con los brazos abiertos, esperando con ansia que se lance a ellos.

—Hola, princesa.

—Ho... Hola, Mina —balbucea ella llorando a moco tendido, con la cabeza escondida en mi cuello—. Vol... Volviste. Volviste... No te vayas más. No... Te quiero, Mina. Te quiero mucho.

—Lo sé, tomatito —susurro, tragándome las lágrimas que suben por mi garganta y ya humedecen mis ojos—. Y yo a ti. A vosotras. Mucho. Muchísimo.

—Me has llamado tomatito —se extraña mientras limpia sus mejillas, apartándose apenas de mí—. Como mamá.

—Sí, lo sé. —Y ahora ya río y lloro, todo al mismo tiempo. Qué más da. Estoy tan feliz, joder...—. ¿Te gusta? ¿Te gusta que te llame así?

—Sí, me gusta. Me encanta. Pero tú nunca... Tú...

—Yo no lo hacía porque me parecía algo muy vuestro, ¿sabes? Tuyo y de tu mamá. Pero también creo que es una pena que algo que te arranca una sonrisa quede en el olvido, así que si te gusta...

—Sí, puedes llamarte tomatito cuando quieras, Mina.

—¿Yo también, Llara? —pregunta Marta, mirándola con un pelín de burla.

La pequeña observa a su hermana durante un ratito y niega con la cabeza.

—No, tú no. Solo Mina.

—No sé por qué, pero sabía que dirías eso —expone la mayor con retintín.

Y yo rompo a reír, abrazándolas a la vez. Dios, las adoro. ¡Cómo las adoro!

—Y aquí es donde vamos a trabajar. La abuela Lidia y yo. ¿Qué os parece? —pregunto, con la ilusión desbordando por cada uno de mis poros después de casi arrastrarlas hasta ahí al terminar de comer en casa de mi padre.

—Es bonito. Pero... no entiendo —dice Llara, mirando a su alrededor—. Esta es la casa de los otros abuelos. Aquí estaba la ferretería.

—Pero la cerraron, Llara. ¿No lo recuerdas? Ya te lo explicamos en su momento. Los abuelos ya no van a trabajar más, porque son muy viejos y...

—Marta, no los llames viejos. Eso es muy feo —le digo entre risas.

—Bueno, lo que sea. Que ya no trabajan más. Así que ahora le han dejado el local a la tía para que...

—Me lo han alquilado —explico. Las cositas claras... Que luego ya estoy oyendo rumores por el pueblo de que me han prestado el local, algo más tarde de que me lo han regalado y, en cuanto me descuido, me han montado el negocio, vamos.

—¿Qué es eso?

—Pues verás, Llara. Yo les pago un dinero al mes para poder usarlo, y así, todos contentos.

—O eso espero.

¡Ay, la Virgen! Lo que me faltaba hoy.

—Hola, Adela. ¿Qué es lo que esperas?

—Que todos estemos contentos —responde ella, seria, pidiéndoles un beso a las niñas inclinándose un poco y poniendo su mejilla—. ¿Qué tal, criaturas? ¿Qué tal el cole?

—Bien, abuela. Como siempre.

—Bien, pero lo mejor fue ver a Mina al salir —se explaya Llara con una inmensa sonrisa, en cuanto cumple con el requisito requerido—. Y se va a quedar, abuela. Para siempre. Mira, ¿a que ahora está mucho más bonito que cuando era la ferretería?

Disimulo una sonrisa ante su manera de saltar de un tema a otro y, sobre todo, ante la cara que ha puesto Adela. Con el ceño, la nariz y la boca fruncidos, le echa un vistazo al local.

—Bueno, sí. Está bien —se digna contestar un rato después—. Pero ¿qué se supone que vais a vender aquí, Laura? Porque me imagino que esto es más cosa tuya que de Lidia, ¿o estoy equivocada?

—En realidad, sí, lo estás. —Y ni me molesto en tratarla de usted—. La idea fue toda suya. Aunque, claro, tratándose de una tienda de decoración, podríamos decir que ha dado en el clavo al proponerme ser su socia, ¿no te parece?

—Vaya, cuánta complicidad, ¿no? Normalmente nadie se lleva tan bien con la novia de su padre.

—Pues ya ves —rumio con los dientes muy apretados.

—Es que la abuela Lidia es una madrastra buena —aclara Marta mirando a su abuela—. ¿Por qué no se iban a llevar bien?

—Sí, eso. ¿Por qué? —Y esto únicamente lo digo por chingar.

—Oh, por nada. Por el amor de Dios, era solo por decir algo. ¿Así que de decoración?

—Sí, abuela. Va a poner bonitas las casas de todo el pueblo —se emociona Llara—. ¿Verdad, Mina? ¿Verdad?

—Bueno, voy a ayudar en lo que me dejen, princesa.

—Te va a ir bien. No tengo ninguna duda. Así pagarás el alquiler religiosamente y, si me prometes no poner música demasiado alta, no tendremos ningún problema.

—Desde luego que no lo vamos a tener —contesto, todavía algo asombrada ante su primera frase, mucho más que ante las siguientes, lo que resulta una verdadera lástima—. Vamos a pagar hasta el último euro y tú vas a ser una casera ejemplar, ¿verdad? No vas a meterte en lo que no te importa y, ya sabes, así, todos contentos.

Ella me observa con mucha atención durante un largo minuto. Menea la cabeza y frunce la boca antes de dirigirse a las niñas.

—Marta, Llara, ¿por qué no vais a casa y le decís al abuelo que lo estoy esperando para dar nuestro paseo?

—Vale, abuela.

En cuanto las niñas salen por la puerta, se cerciora de que el moño apretado que lleva siga en su lugar y se ajusta la rebeca al cuerpo.

—Entiendo que te resulte sumamente difícil mostrar un poco de respeto a tus mayores, pero te agradecería que, por el bien de tu negocio, aprendieras a morderte un poco la lengua, Laura —dice, modulando su voz de tal manera que podría estar subida a un púlpito.

—¿Como haces tú? —Y no, va a ser que a mí lo de morderme la lengua no se me da bien.

—Yo... —Entrecierra un poco sus ojos y menea la cabeza antes de comenzar a recorrer el local en cortos pasos. Después de darle una vuelta entera, se planta delante de mí y se sujeta la chaqueta contra el pecho—. Yo quiero que te vaya bien, Laura. Las dos sabemos que eres demasiado alocada y deslenguada para mi gusto, pero no te deseo ningún mal. Todo lo contrario. Quiero que puedas vivir de esto y que nunca tengas que volver a dejar el pueblo.

Abro mucho los ojos, sorprendida ante ese deseo suyo. Pero todavía no ha acabado.

—Nunca creí que diría esto, pero las niñas te necesitan aquí, con ellas. Llegué a pensar que no regresarías, pero me has sorprendido. Para bien. No solo lo has hecho, sino que has montado tu propio negocio y, supongo, volverás a vivir con tu padre, así que yo quiero lo...

—No voy a vivir con mi padre. —Y sí, eso es lo único que se me ocurre decir. Porque tanto elogio me ha dejado alucinada.

—¿No vas a vivir con tu padre? —Ahora es ella la que abre los ojos como platos—. No me digas que mi hijo te ha propuesto irte al piso con ellos otra vez. Por Dios, no me lo digas. Ahora no habría rumores, ahora afirmarías que hay algo entre...

—Oh, por favor, Adela. Cálmate, que te va a dar un telele. Me voy a vivir sola.

—Ay. —Se lleva la mano al pecho y suspira—. No es lo ideal para una chica soltera, pero infinitamente mejor que lo que hiciste antes. Cada uno en su casa y Dios en la de todos, muchacha. Así es como tiene que ser.

—Y así es como será. No te preocupes que, por mi parte, la reputación de tu hijo no se verá afectada —ironizo.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Ladea la cabeza y compone una mueca ¿tierna? Joder, ahora estoy delirando—. La reputación de Chema era lo que menos me preocupaba. Él es un hombre, Laura. Y, en el fondo, todo el pueblo sabe que, después de haber estado con Clara, no habría podido fijarse en ti. No para lo importante, al menos. Supongo que sabes a qué me refiero. Los hombres son muy básicos y, bueno, no le hacen ascos a...

Ella misma se interrumpe, supongo que sin querer nombrar algo tan grotesco como debe de ser el sexo para ella. Aunque lo cierto es que podría haber hecho el gesto más grosero del mundo que yo ya ni parpadearía, no después de lo que ha dicho.

Después de estar con Clara, yo... ¿Qué?

«Pues va a ser que eres muy poca cosa, bonita».

La madre que parió a la vieja esta.

—¿O sea que puede follarme pero no quererme? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Adela da dos pasos atrás, tan pálida que lo del telele aún va a ser verdad.

—¡Por el amor de Dios! ¡Virgen Santísima del Pilar! ¿Cómo puedes decir semejante vulgaridad?

—Bueno, lo has dicho tú primero. Con más finura, pero lo has dicho, ¿no? Que al lado de Clara, yo soy poco más que un trapo al que tener en cuenta, pero, bueno, para chingar valgo, porque los hombres son muy básicos y eso. ¿O te he malinterpretado, Adela?

—Ay, Santo Cielo. Contigo no se puede hablar. En ningún momento he insinuado algo parecido. Me refería a que sois tan distintas como la noche y el día, y a que... a que los hombres...

—¿Qué pasa con los hombres, Adela? —pregunta José María, entrando por la puerta con un gran bastón de madera en la mano y las niñas corriendo tras él.

—Que... que... que tenéis vuestras necesidades —susurra bajito, echándoles miradas furtivas a las niñas—. Eso trataba de explicarle a Laura.

Él arquea sus cejas y suelta un resoplido al esconder una carcajada.

—Por Dios, y ¿cómo habéis llegado a ese tema?

—Pues... Pues...

A pesar de todo, me relamo al verla tan apurada. Lo de verme envuelta en situaciones surrealistas es lo mío, joder.

—Creo que ha sido porque le he dicho que me voy a vivir sola —digo yo.

—Ah, pues muy bien, Laura. —José María se acerca a mí y me planta un beso en la mejilla—. Es un placer verte de nuevo y tan bien, muchacha. Aunque yo ya me olía que este negocio no era solo cosa de Lidia, y eso que ni leí el contrato de alquiler.

Me guiña un ojo y coge una mano de su mujer para entrelazarla en su brazo.

—Vamos, Adela. Que yo también tengo mis necesidades. Dar el paseo después de comer y luego irme a jugar una partida al pádel, que he quedado.

—¿Al pádel, José María? —pregunto, sorprendida.

—Sí, Laura. Ya ves. Alonso se ha construido una pista fabulosa y me ha reclutado. Y ¿sabes lo mejor? Que me encanta.

Aunque las palabras de Adela me han tocado y hundido, me encuentro sonriendo con sinceridad. Este hombre sí que me encanta a mí.

CAPITULO 30

Laura

Indiscutiblemente, lo mejor de las mudanzas es cuando ya están hechas.

Y eso que al apartamento solo me he traído lo básico. Mi padre y Lidia se han encargado de abastecerme de todo lo necesario para comenzar una nueva vida. Utensilios de cocina, sábanas, toallas y demás. No hubo manera de hacerles ver que se estaban pasando, que me sentía fatal aceptando todo aquello. Mi padre chasqueó la lengua y me dijo que lo tomase como un regalo para mi primer hogar y Lidia... Ella me hizo reír al objetar que, total, les había salido a precio de coste.

Nela y Colás también aportaron su granito de arena. Él me prestó sus fuertes brazos para subirlo todo arriba y, entre los dos, me ayudaron a colocar lo imprescindible. Fue al terminar cuando también me sorprendieron con un obsequio que me hizo una tremenda ilusión. Una cafetera de esas modernas para la que yo ahora no tengo que ir demasiado lejos a por un portacápsulas.

Y en eso estamos. Estrenándola. Apoyada en el ridículo trozo de encimera al lado del fregadero de obra, observo como el café gotea dentro de una taza violeta.

—Huele de maravilla. Gracias, chicos, pero no teníais por qué.

—No nos des las gracias, Laura. Creo que, al final, te va a salir caro el regalo, porque me voy a pasar por aquí unas cuantas veces para que me invites a uno de esos —dice la graciosa de mi amiga.

—Y yo encantada. —Sonrío, pasándole la taza a Colás—. Pero no será hoy. Se supone que las embarazadas no tomáis café, ¿no?

—Anda, no me toques las narices y mete dentro una cápsula de las rojas. Esas son descafeinadas, guapa.

—Joder, estás en todo —finjo protestar mientras la obedezco.

—Mmmm. Está bueno. —Colás, tras darle un sorbo, pone la taza sobre la pequeña mesa y recoloca las piernas para no tocar las mías. Porque sí, la cocina un tanto pequeña sí que es.

Sonrío observándola de nuevo. Un fregadero, una cocina de las antiguas y una nevera ¡verde! Esto es *vintage* del de verdad y lo demás, burdas imitaciones. Y frente a todo ese despliegue de antiguallas, una estrecha mesa amarilla con dos taburetes a juego, los que ahora ocupan mis amigos.

—¿Y para cuándo la inauguración de la tienda, Laura? —se interesa él, mientras contempla con una sonrisa como Nela le echa azúcar al café para tres.

—Pues no sé. Pensamos en abrir a primeros del mes que viene, pero no va a ser posible. Los proveedores se están retrasando con la mercancía, aunque toda la culpa es mía, que les dije que nada corría demasiada prisa porque no pensaba venirme tan pronto y ahora... Ahora toca esperar.

—Bueno, tampoco te urge tanto, ¿no? —interviene Nela.

—No, no mucho. A ver, queremos abrir de una vez, pero que José María se haya empeñado en no cobrarnos el alquiler mientras no lo hacemos es un buen motivo para no sentirnos presionadas. Se está portando genial.

Nela asiente con la cabeza y luego se encoge de hombros.

—Bueno, ya sabes cómo son estas cosas... También pensabas estar solo dos noches en casa de tu padre y mira. Ya llevas casi dos semanas en el pueblo y aún estrenas hoy tu pisito.

—Sí, eso es verdad. Miriam se obstinó en cambiar el baño y... En fin, que por un lado me dio rabia esperar y que se metiera en gastos, pero la verdad es que se lo agradezco porque era muy feo de Dios —expongo haciendo una mueca al recordarlo.

—Joder, y tanto. El váter era de los de tirar de la cadena. —Se ríe Nela—. Y ahora, por lo menos, no te duelen los ojos al ver esos azulejos verdes con dibujos estrambóticos que tenía.

—Ajá. ¿Y de quién fue el mérito? —Colás nos guiña un ojo y se señala a sí mismo—. Nuestro. Hicimos muchas horas extras, pero lo terminamos rápido, eh.

—Venga, no os echéis tantas flores —le suelta su mujer—. El mérito es de Miriam, que pagó la obra, ¿no?

—En realidad...

El timbre interrumpe a Colás, aunque lo cierto es que él, de repente, no parecía muy seguro de querer acabar la frase. Juraría que hasta se ha puesto nervioso, porque ha empujado las gafas contra el puente de su nariz y tiene las mejillas más coloradas de lo normal. ¿O son imaginaciones mías?

Sin pensar más en ello, corro a la puerta, donde encuentro a Teresa y Julián, este último cargando con una planta enorme que casi lo tapa entero.

—Hola, ¿se puede? Como buenos vecinos, hemos venido a cotillear y también te traemos un regalito. —Teresa me da un beso en la mejilla en cuanto termina de hablar, compone una sonrisa traviesa y pasa por mi lado, mientras Julián intenta seguirla, haciendo números para entrar por la puerta con semejante bicho.

—Dios mío... Es preciosa, pero... el apartamento es muy pequeño, chicos. Ya os lo había dicho —comenta Nela al salir de la cocina y observar el percal.

—¡La Virgen! ¿No la había más grande? —Colás no esconde su sorpresa y a mí todo esto comienza a resultarme tan divertido que me echo a reír.

—Anda que no sois exagerados. Ni el piso es tan pequeño ni la planta es tan grande. Es perfecta. Y muy bonita. Gracias, pareja.

—¿Dónde te la pongo, Laura? Y decídetelo pronto, que esto pesa de cojones.

Riendo, los hago pasar al salón, la puerta justo a la izquierda de la principal y frente a la cocina. No es muy grande, pero tampoco tiene muchos muebles, así que le indico que la deje al lado del sofá, entre la ventana y él, donde descubro que me encanta cómo queda. Además de darle un toque hogareño al lugar, parece hecha exclusivamente para ese sitio, en el que no tenía muy claro qué poner.

—¡Me chifla! ¡Es perfecta para ahí, ¿a qué sí, chicos?!

—Sí, lo cierto es que sí —opina Nela.

Los chicos se encogen de hombros y Teresa parece muy ocupada recorriendo con la vista el salón, por lo que ni me contesta.

—A ver cómo te lo digo sin que te ofendas, Laura. Este sitio... da repelús.

Suelto una carcajada. Sí, sé que no es muy bonito y lo poco que tiene es bastante viejo y parece sacado de casas diferentes, sin ton ni son, pero yo le veo muchísimas posibilidades. En realidad, yo lo que le tengo ya es un cariño inmenso a este apartamento, así que solo puedo ver lo bueno de él.

—Sí, ya sé que es viejo y su decoración es... extraña. Pero dadle una oportunidad y pasaos en unos días, cuando lo tenga de mi mano... Después me contaréis.

—Yo, desde luego, confío en que te va a quedar precioso —asegura Nela—. No sé qué o cómo lo vas a hacer, pero sé que, con cuatro cosas, lo vas a dejar genial.

—A mí no me parece tan horrible ni así —dice Colás—. Y para ti sola, Laura, es perfecto.

—Ajá. Y más que lo va a ser. —Sonrío.

—Vale, vale. Te creo. Si, al final, Miriam va a tener que pagarte a ti y no al revés, tú espera. —Teresa me guiña un ojo y sonrío, cambiando su actitud.

—Bueno, tampoco será tanto. Que, pobre, con lo bien que se ha portado y el poco alquiler que me cobra... No sé yo si le saldré muy rentable. —Entonces me giro hacia la planta para observarla de nuevo y frunzo el ceño—. Ah, una cosa. ¿Necesita mucha agua? ¿Mucha claridad? A mí es que... las plantas me encantan, pero se me mueren todas.

Teresa abre los ojos como platos, mientras Julián rompe a reír como un demente. A carcajada limpia.

—¿Qué pasa? —pregunto sorprendida por sus respuestas a mi comentario.

—Puedes ahorrarte el agua y tenerla a oscuras —dice Julián entre risas, dejándose caer en el sofá.

Lo miro perpleja. Pero... ¿qué le pasa a este? Mi duda ha sido muy normal, ¿no?

—Teresa... —insisto, buscando una explicación a sus conductas, pues ella también parece muy divertida con la situación.

—Pues verás... —Sonríe ella con guasa—. No es necesario que le hagas nada, Laura, salvo sacarle el polvo de vez en cuando. Ya sabía que no se te daban nada bien, cariño, por eso la planta es artificial.

—¿Artificial? —Flipando, me acerco a la susodicha y acaricio sus hojas como si necesitase cerciorarme de que no es de verdad.

—Joder, pues sí que está lograda —dice Colás, a mi lado y haciendo lo mismo.

—Pues sí. Alucinante. —Miro de nuevo a la pareja—. Joder, ahora aún me gusta más.

Y las risas llenan mi casa. Sí, mi casa. Esta es solo mía, cómo mola.

Chema

Vale, ahora sí que he vuelto a la adolescencia. Pero a esa tonta, en la que no eres muy consciente de cuándo estás haciendo el gilipollas.

Laura lleva casi dos semanas en el pueblo. Las mismas que llevo yo comportándome así, de esta forma insólita que ni yo mismo logro entender del todo. Porque, claro, una cosa es que me porte como un impresionado e inseguro adolescente en determinados momentos, y otra es que, luego, a solas, no recapacite sobre ello y me sienta idiota. Tonto del culo. Y confuso. Sobre todo, confuso.

Porque, vamos a ver, ¿qué coño me pasa? Es Laura. La de siempre. La que conozco desde hace un porrón de años. De hecho, vivimos juntos, joder. Me acosté con ella. ¿Qué le veo de diferente para que me sea imposible quitarle los ojos de encima? ¿Para visitar a mis padres casi todos los días con la intención de encontrármela en la tienda? ¿Para que el deseo que despierta en mí haya crecido hasta el dolor? Joder, esto ya no es ni normal. Me falta mandarle notitas, tirarle del pelo, subirle la falda para verle las bragas o ponerme colorado y comenzar a sudar en su presencia, vamos. Y así ya haría el papel completo.

Aunque lo de sudar... Bueno, eso sí lo hago. Sobre todo porque no hay manera de coincidir con ella a solas y terminar aquella conversación que nos quedó pendiente. La que ella no parece tener las mismas ganas que yo de zanjar. Se dedica a ignorarme, eso cuando no me fulmina con la mirada ante el mínimo comentario que hago. Y sí, vale que a veces me habla normal, tampoco voy a exagerar, supongo que por respeto a los demás, pero a mí eso aún me repatea más. ¿Cómo puede hablarme normal después de todo lo que nos dijimos? ¿Es que es de piedra y yo no me he enterado?

—Papá, he estado pensando y... —Marta se sienta a mi lado en el sofá y me mira con atención, haciendo que yo frunza el ceño. A saber con qué va a salir ahora. Y no estoy yo para muchas gaitas.

—¿Y? —la apremio, a la vez que observo por el rabillo del ojo lo que está dibujando Llara, que me da que va a traer cola también.

—Mientras no nos vamos para la casa nueva..., ¿puedo dormir en el cuarto de la tía? Es que ya soy mayor para tener mi propia habitación y, además, allí hay un escritorio. Sabes lo que me gusta tener uno, papá.

—Sí, ya... —Trago saliva y siento como se me encoge el estómago. Joder, al final tengo un trauma o algo así con ese maldito sitio. Primero no quería quitar de ahí las cosas de Clara y, ahora, desde que Laura se ha ido..., pues solo he entrado en él en un par de ocasiones y no hace mucho; y únicamente para quitarle el polvo rápido y corriendo. Demasiados recuerdos. De las dos. Que se entremezclan de una manera casi enfermiza—. A ver, cariño, tú el escritorio, de todas formas, ya lo utilizas, ¿no? Así que...

—Sí, pero los cajones están llenos de las cosas de la tía. Y no duermo allí. Y yo quiero, papá. ¿Qué tiene de malo que quiera mi propio cuarto?

—Nada, Marta. No tiene nada de malo. Pero Llara...

—A mí no me importa, papi. Yo no tengo miedo y así, también tendría uno para mí sola. Me parece bien.

—Joder... —mascullo por lo bajo para que no me oigan.

—¿Ves? No hay ningún motivo por el que no pueda usarlo —insiste la *marisabidilla* de mi hija —. Bueno, habría que quitar las cosas de la tía Laura. Eso sí. ¿Sabes que aún tiene ropa en el

armario?

—Tenemos que llevárselas a su piso nuevo, papi. E ir a verlo. Nos prometió enseñárnoslo mañana, pero podríamos ir hoy y llevarle todo, ¿qué dices? —me presiona ahora Llara, consiguiendo que comience a sudar. Pues sí, lo de sudar se cumple hasta sin verla. Dios, ¿qué será lo siguiente?

Me levanto y froto mis manos en los muslos. No tengo ningún motivo coherente para oponerme a lo que Marta me pide. Y con respecto a lo que dice Llara, tengo tantas ganas de hacerle caso... que me niego a ello.

—Vamos a ver, niñas. Hoy la tía seguro que está muy ocupada con la mudanza, ¿vale? Así que es mejor no molestarla y...

—Pero no la molestaríamos. Y tú podrías ayudarla a...

—No. Ya tiene ayuda, me consta —rudio, porque así es—. Mañana lo veréis a tiempo. Y, Marta..., está bien. Puedes dormir en el cuarto de la tía. Ahora mismo voy a meter todas sus cosas en bolsas y ya se las acercaremos, ¿de acuerdo?

—¿En serio, papá? ¡Gracias, muchas gracias! —Se sube al sofá y se abalanza sobre mí para besarme mientras me piropea.

—Venga, no seas pelota. —Sonríó acariciándole el pelo y besando su frente—. Y ahora, a la ducha, que, cuanto antes os metáis en la cama, antes puedo yo vaciar tu dormitorio nuevo.

—Oh, sí. A la ducha. Rápido.

—Espera, papi —demanda la pequeña—. Mira mi dibujo primero. ¿A que nos he hecho muy guapos?

Bajo la vista al folio que me tiende, temiéndome lo que me voy a encontrar, que algo ya he visto. Con las figuras características de los niños, ha dibujado a un hombre, una mujer y dos niñas. El hombre soy yo, las niñas son ellas y la mujer... Pelirroja, bajita, vestida con un vestido negro que va pegado a su cuerpo... Joder, blanco y en botella... Pues eso.

Aunque, en realidad, eso no es lo peor, sino que Laura y yo estamos en medio, cogidos de la mano, mientras ellas nos escoltan a ambos lados con unas radiantes sonrisas.

—Es muy bonito, cariño... —digo con suavidad—. Pero... tu madrina y yo... no... Vamos, que... aquí parecemos una... una pareja. Y no... Nosotros no...

—Ay, papá, por favor... —interviene Marta, con sus brazos cruzados y mirándome como una madre mira a un hijo tonto—. Es solo un dibujo. Cosas de niñas. ¿Por qué le das tanta importancia?

—Pues... —Joder, estoy sin palabras. Maldita inteligencia superior de los cojones—. Pues... no sé. Para no dar lugar a malentendidos, supongo.

—Papá... Nosotras ya sabemos que la tía y tú no sois... eso que dijiste. Aquí el único que lo ha malinterpretado has sido tú, ¿no? Y la abuela dice que quien se pica, ajos mastica.

Abro los ojos como platos, mientras la sangre me sube a la cabeza toda de golpe. Pero... ¿qué coño?

—¡Marta! ¡Que sepas que estás castigada! —me escucho decir, sin pensar, cabreado y abochornado.

—Pero... ¿por qué?

—Porque... Porque... Porque sí, joder. Acabas de faltarme al respeto. Así que sin postre hasta nueva orden. Y ya veremos si este fin de semana duermes con tía Laura.

—Pero, papá..., yo no he dicho nada malo, yo...

—Tú eres demasiado lista para tu propio bien. Y no alcanzas a comprender lo que pueden ofender tus palabras, eso te lo concedo, pero tienes que aprender a callarte, Marta. Eso es un don.

—Pues la tía dice que uno tiene que decir todo lo que piensa. Que eso es ser sincero y...

—Y yo digo que quizá estás pasando demasiado tiempo con tu tía. Así que...

—Papi, papi... —Llora tira de mi pantalón para llamar mi atención—. Este *finde* no la castigues, *porfa*. Mañana queremos ir a la casa nueva de Mina, pero el viernes nos prometió que podíamos dormir allí. Y el sábado lo hacemos con Sofi, ¿te acuerdas? Nos invitó Teresa, porque... —Se muerde la yema del pulgar y me mira entre sus pestañas, avergonzada—. Porque nos enfadamos un poco cuando Mina nos dijo que ese día iba a salir con sus amigos. Así que... *porfa*... Castígalala otro, *porfa*. Yo quiero que Marta venga conmigo. *Porfi*...

Miro a la una y a la otra sin saber qué hacer. Porque si bien es verdad que las palabras de Marta todavía me escuecen, también sé que no son para tanto y que a ellas les hace mucha ilusión ver el apartamento de Laura y pasar allí la noche. Además, joder, que me he quedado solo con que el sábado sale de marcha y ya estoy haciendo cábalas para unirme a la fiesta. Así que, no queriendo pecar de hipócrita, que ya lo hago a menudo, cedo.

—Está bien. Pero que no se repita, ¿me oyes, Marta? Piensa antes de hablar, sobre todo conmigo. Soy tu padre, no uno de tus amiguitos del cole.

—A ellos no les hablo así, papá. No me entenderían —me dice, muy digna.

Joder. Porque es mi hija y la adoro; si no, le cogería manía, de verdad.

—Gracias, papi. —Se acerca Llora, poniéndose de puntillas para besarme. Le pongo la mejilla, pero me sorprende juntando sus labios con los míos en un beso fugaz.

—¿Y esto? —pregunto sorprendido.

Ella suelta una risita y se encoge de hombros.

—No sé. Mina dice que es un gesto cariñoso y que lo puedo hacer con la gente muy cercana.

Abro la boca. Y la cierro sin emitir palabra. Pero... vuelve a abrirse, sin mi permiso.

—¿Ella lo hace con alguien? —cuestiono sintiéndome un poco idiota.

—Sí, con Marcos. —Y tras otra risita de esas ridículas e infantiles, sale del salón con su hermana.

Joder...

«¿Para qué coño has preguntado, tío?».

Aprieto los dientes y me encamino al baño.

—¡Llora! Escucha... Prefiero que tú esperes a ser más mayor para dar besos en los labios, ¿vale?

La pequeña me mira frunciendo el ceño.

—Ah... ¿Cómo de mayor?

—Muy mayor. Treinta o así.

Y entonces la de la risita es Marta. Pero... ¿será posible? Ahora sí que me siento idiota del todo.

Hora y media después, inhalando aire como si fuese a entrar en una cámara de gas, abro la puerta del cuarto de Laura cargado con varias bolsas y esperando finiquitar este asunto de una buena vez.

Ni siquiera le echo un vistazo a la cama. Reconozco que ando tan salido que soy capaz de empalmarme solo con verla, joder.

Jesús... Pues sí que estamos bien. Cabreado conmigo mismo, abro el armario y meto todo lo que hay dentro en las bolsas, sin pararme a observar de qué se trata. Jerséis, pantalones, vestidos... Todo adentro, de cualquier manera. Y con lo que todavía guarda en el tocador y en la mesilla, lo mismo.

Ya sentado ante el escritorio, compruebo que Marta tenía razón. Salvo el ordenador, Laura

parece ser que se lo dejó todo. Y, esta vez, mis manos van más lentas vaciando los cajones, pues mis ojos no pueden evitar detenerse en esos folios dibujados, en esas fotos grapadas a ellos, en esos cuartos ficticios que ella convirtió en maravillas solo para pasar el rato.

Dios... Podría decorar un hotel entero con todos los proyectos diferentes que hay aquí, pienso admirado. Pero, al ir guardándolos en una caja que he traído para ello, uno en especial llama mi atención como si estuviera rotulado en fosforito. ¿Qué narices...?

Asombrado, observo los planos de mi casa. Sí, de mi casa. Esos que creía a buen recaudo en el mueble del salón. Y por si eso no supusiese suficiente sorpresa, encontrarme junto a ellos un diseño de cada uno de los espacios me deja petrificado.

Es que no solo ha dibujado cada estancia con sus muebles en el lugar que ella consideró, sino que también hay fotos de ellos, lo que me hace ver las horas que le dedicó a la cuestión. Una parte muy, pero que muy pequeña de mi cerebro, asimila que ha dejado mi casa tan bonita como una de revista, pero el resto... El resto no sabe ni qué pensar. Pero... ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué coño...?

Y cuando mis ojos reparan en el salón, entonces, incrédulo y casi asustado, los papeles me caen al suelo. Eso... ¿Eso...? ¿Eso es un piano? ¿Ahí, entre estanterías y al lado de unos sofás frente a la chimenea, tal como yo imaginé?

No, no puede ser. No puede, ¿verdad? Sin embargo... Sin embargo, lo es.

Recojo los pliegues y los coloco sobre el escritorio, recorriendo con la vista lo que tantas veces he visto en mi mente... Y en mi sueño. Porque no sé si lo primero derivó de lo segundo, o al revés, pero así es como me lo imaginé siempre. Tal cual lo hizo ella también.

Increíble. Tanto que acojona, joder.

Parpadeo y me froto la nuca, tratando de buscarle un sentido a todo esto. Porque tiene que tenerlo.

A ver... ¿Le hablé en algún momento de cómo lo quería? No. Nunca. Es más, ni con ella ni con nadie. Si durante los últimos años el tema de la casa era casi tabú, joder.

Y lo del piano... Bueno, eso sí. Aquel día en que me encontró allí, se lo confesé. Vuelvo a parpadear, más confundido si cabe. Pero porque ella me lo preguntó primero, ¿no? Clara... Ella se lo diría, evidentemente. Ahora que lo recuerdo, ya lo pensé en aquella ocasión.

Y entonces dibujó el piano en el salón. Después de aquello. Claro. Bien. Esto ya tiene más sentido.

No. En realidad no tiene ninguno. ¿Para qué se molestó?

Dios, ahora resulta que hasta ella estaba más ilusionada con la casa que yo en aquel entonces.

«Entonces y ahora, Chema. Que aún no has comprado ni un mísero mueble».

Sí. Es verdad. Tan entusiasmado como estaba hace unas semanas, que me forcé a acabarla aprovechando cada minuto libre y ahora... Pues, ahora, desde que llegó Laura al pueblo, la he dejado en un segundo plano. Ahora solo pienso en verla. Ahora soy gilipollas. Y estoy más resuelto que nunca a hablar con ella, a ver si puede explicarme esto que tengo en mis manos.

Pero antes... Antes tengo que hacer otra cosa. Empezar lo que dejé aparcado. Y ya sé con qué.

Laura

—¿Te gustan?

—Ay, me encantan. Todo. —Nela, arrodillada a mi lado sobre la alfombra que acabo de colocar en el cuarto del bebé, la acaricia casi con devoción, metiendo sus dedos entre las largas y suaves hebras mientras observa las cortinas también recién puestas.

Nos hemos decidido por unos visillos blancos bastante finos, con otras cortinas mucho más gruesas superpuestas en gris. Las segundas cuelgan de un riel de forja del mismo color y, recogidas a los lados, arrastran un pelín por el suelo. La alfombra, espesa y pesada, es del mismo tono que las nubes del techo, azul grisáceo. Conseguirla fue cuestión de suerte... y de mirar muchos catálogos.

—Bueno, nos falta el sillón. Nada de butacas, ni de mecedoras como tenías pensado —le digo muy segura—. Comodidad, Nela, eso es lo que buscamos. ¿Y qué te parece si nos volvemos locas y lo tapizamos con una tela muy parecida a la cenefa? Quedará alegre, vistoso, divertido...

—Oh, Dios. Divino, así quedará. Pero te va a costar muchísimo encontrarla, ¿no? Así, con números... ¿La habrá tan siquiera?

—Tú déjame a mí. Si no la encuentro pronto, ya pensaremos en otra cosa, ¿vale?

—Vale, lo dejo en tus manos. Ay, cómo me alegro de que estés aquí. Tengo que reconocer que estaba un poco histérica, la verdad. Cada vez que entraba en el cuarto y pensaba que el niño iba a nacer antes de que llegaras... Creo que a Colás se le ponían los pelos de punta. Me tenía miedo —acaba susurrando, logrando que a mí se me escape una carcajada.

—Mira que eres exagerada...

—Nada de eso, te lo aseguro. Y si no me crees, tengo un buen testigo de ello, pregúntale a... —Se calla abruptamente, baja la vista y pierde la sonrisa, concentrada como nunca en la alfombra.

—Nela... ¿Qué? ¿A quién? ¿Qué pasa?

—Joder... —murmura, llevando su mirada a un punto indefinido de la habitación—. ¿Tú no lo notas? ¿Siempre en medio como un fantasma?

—¿Qué? ¿De qué hablas? —Y sé que mi voz tiene un deje frenético, pero es que esto de los fantasmas no lo llevo muy bien desde que... Bueno, desde que oí a Clara. Porque la oí, estoy convencida. Y la foto que todavía conservo es un recordatorio de que muy desencaminada no ando.

Nela me clava los ojos. Se queda así fija durante unos instantes y luego suspira.

—De Rubio, Laura. De Rubio. Hablo de él.

Trago saliva y me pongo en pie como si alguien hubiese tirado de mí.

—¿Qué pasa con él?

—Todo. Nada. No sé... Tú no lo nombras y yo no lo hago porque tú no lo haces. Cambias de tema o te haces la loca cuando alguien habla de él, y las pocas veces que he coincidido contigo y con Rubio en el mismo sitio... Es de locos, Laura. No sé si solo yo noto la tensión que hay entre vosotros porque sé lo que se cuece, o si es real... Pero, Dios..., a mí me resulta brutal.

—No, no hay tal tensión —niego, obviando el hecho de que yo soy la primera que la percibe. Pero no quiero admitirlo. Ante nadie, ni siquiera ante Nela, a la que no le he contado nada sobre aquel primer encuentro. Porque quiero olvidarlo.

—Laura... Por favor. Que estoy gorda y sufro de acidez, pero no estoy ciega ni me he vuelto tonta, joder.

—Nela, ya. No quiero...

—¿Ves? No quieres hablar de él, ¿verdad? Por eso no he sacado el tema en todo este tiempo, pero...

—Pero nada. Nada.

—Laura, ¿te quedas a cenar? Voy a meter unas *pizzas* en el horno —nos interrumpe Colás apareciendo en la puerta.

—No, gracias. Yo me voy, tengo cosas que hacer y...

—Laura... —se queja Nela, tendiéndole una mano a Colás, que corre a ayudarla a incorporarse del suelo.

—No, en serio...

—¡Vaya! ¿Quién será? —Colás ni nos mira al decir eso, soltando con todo el cuidado del mundo a Nela, como si fuese una figura de cristal que pudiera romperse. Luego va hacia la puerta, en donde el timbre ha sonado por segunda vez.

Nela sale tras él y yo, por no quedarme aquí sola y porque, de todas formas, ya he decidido irme, la sigo.

—Hola, Rubio. ¿Y tú por aquí?

Me quedo clavada en mitad del pasillo, que ya es pequeño de por sí, pero que ahora se ha convertido en diminuto. O así lo siento.

—Pues... ¿estás liado? —Aunque la pregunta va dirigida a Colás, es a mí a quien mira, cambiando la sorpresa por encontrarme aquí por una expresión que solo puedo definir como... intensa. Sí, Dios, intensa. Mierda.

—No... No mucho —le dice Colás—. ¿Por qué?

—¿Podrías echarme una mano? No tardaremos mucho. Media hora, exagerando.

El dueño de la casa mira a su mujer, que lo despacha con un movimiento de manos y una sonrisa.

—Ve, cariño, ve. Ya me encargo yo de la cena.

—Oye, si te cojo mal... —comienza Chema.

—No, no, qué va. Vamos. —Colás saca de detrás de la puerta su cazadora, colgada en un perchero, y sale de casa haciendo que Rubio lo imite—. ¿Qué tenemos que hacer?

—Ahora te digo. Y por favor, no te burles, ¿vale?

Chema le dice eso después de despedirse con la cabeza, ya de espaldas a nosotras, lo que, todo sea dicho, despierta mi curiosidad.

—¿Que no se burle? —me pregunta Nela. Otra cotilla más.

Me encojo de hombros, dándole a entender que no me interesa absolutamente nada el asunto. Y sin darle tiempo a decir una palabra más, le doy un beso rápido en la mejilla a modo de despedida y también me voy.

Aunque de camino a casa sí que me cuestiono su frase, así como la mirada que me lanzó y que estoy segura de no haber imaginado. Y la conversación mantenida con Nela. Y me pregunto dónde habrá dejado a las niñas, pues han estado conmigo en el apartamento un par de horas por la tarde, pero luego se las he llevado a su casa. Vamos, que mi mente no para. Menuda novedad.

Le doy el primer mordisco a mi hamburguesa y no puedo evitar un gemido de puro gozo. Dios, esto está de muerte.

—Está rica, ¿eh? —se cachondea Pedro, sonriendo sobre su bocadillo, al que no tarda en meterle un buen bocado.

—De cine —contesto con la boca llena, pero tapándomela con la mano para que no se vea su interior.

—Eso es el hambre. O el tiempo que hace que no las catas —comenta Nela a mi lado, mientras le da vueltas a una ensalada que no parece apetecerle mucho.

—¿Por qué no te has pedido algo más sustancioso? —le pregunto, porque ella no es mucho de verde, la verdad.

—Y yo qué sé. Yo también quiero una de esas... —se queja con un mohín antes de rodar los ojos y suspirar resignada—. Bueno, en realidad, sí lo sé. Anteayer me pasé con la *pizza* y vaya nochecita... Y como no soy muy lista, ayer merendé lo que sobró y... Buf, qué mal. Así que estoy en modo saludable. Además, si sigo cogiendo kilos van a tener que ensancharme las puertas o, no sé, saldré volando, como un globo.

Me da la risa, aunque su disgusto sea más que evidente. De todas maneras, está exagerando. No está tan gorda y eso se le pasará en cuanto mi ahijado salga de su cuerpo. Seguro. Nela siempre ha sido de compleción delgada y nunca ha tenido problemas con su peso ni con la comida.

—Venga, cariño. Míralo por el lado bueno... Tienes un albañil en casa por si hace falta hacer alguna obra, y te prometo que siempre estaré ahí para sujetarte si veo que empiezas a elevarte —bromea Colás, cariñoso, pero lo único que consigue es una mirada de reproche de su mujer.

—No tiene gracia. Y yo también voy a prometerte algo, *cariño* —machaca esa última palabra y yo muerdo otro trozo para no soltar una carcajada—. El próximo lo tienes tú.

Misión fallida. Con comida en la boca y todo, me echo a reír.

—Joder, Nela... —Pedro tampoco puede evitar troncharse, mirando al pobre Colás, que se ajusta las gafas varias veces seguidas—. Eso me gustaría verlo.

—Pues lo verás. O no habrá ninguno más.

—A ver, cariño..., era una broma. Estás preciosa y...

—Ah, cállate y come —le ordena, mientras comienza a atacar su ensalada como una posesa, mientras Pedro y yo nos miramos, meneamos la cabeza, nos sonreímos y seguimos a lo nuestro.

—¿De verdad ya os vais? Si es supertemprano —les digo en cuanto acabamos de comer. Y no miento, que ellos han querido venirse a la que yo llamo «hora adolescente», que es cuando el comedor se llena de ellos. Sobre las nueve, nueve y media. Y hoy, por cierto, está a reventar. Supongo que el ser primeros de mes ayuda, si ya lo decía Dora, que se notaba cuando la gente cobraba.

—Ay, sí, ya sé que es temprano, pero no puedo con los pies. Y antes de que la carne de mis tobillos me tape los zapatos y la tenga que arrastrar por el suelo hasta llegar a casa, nos vamos.

—Dios, pero qué excesiva eres.

—No, cariño. Excesivos son ellos, mira. —Levanta como puede un pie y, vaya, hinchado sí que está.

—Vale, vale. Tienes razón. Será mejor que los pongas en alto.

—Primero en agua templada y con sal —comenta Colás, abandonando la mesa y dándole una mano—. Y luego un masajito y en alto. Eso siempre te los alivia, ¿verdad?

—Sí, es verdad. Oh, eres un amor. Te quiero, cariño.

Él le da un beso en la frente, le pasa una mano por los hombros y, tras despedirse de nosotros, la conduce a la puerta como si de una inválida se tratase.

—Oh, los dos son unos amores —suelto repitiendo la frase de Nela, pero sin ninguna burla, porque lo que realmente siento son ganas de achucharlos.

—Sí, las pasaron putas, pero ahora... da gusto verlos. Se lo merecen.

—Desde luego que sí. —Jugueteo con la servilleta y apoyo los codos sobre la mesa—. ¿No

nos lo merecemos todos? —me encuentro preguntando sin haberlo pensado.

—No sé. —Pedro sonríe de medio lado y aparta su plato hacia un lado para colocar sus antebrazos sobre la madera—.  T  crees que vale la pena?

— Tener lo que tienen ellos? Joder, s .  T  no?

—No s . —Mira un segundo por encima de mi hombro y luego busca mis ojos—.  Qu  crees que es lo peor que te puede pasar al enamorarte, Laura?

—Pues... —Me muerdo el labio inferior y lo dejo salir. No s  si es lo peor, pero ahora mismo es lo que me duele a mí, así que supongo que es una buena respuesta—. Que no te quieran de la misma manera,  no?

—Que no sea recíproco —susurra Pedro, pensativo—. S , supongo que eso es bastante jodido.

— Qu  otra cosa puede ser peor? Y no me digas los cuernos, porque, para el caso, es lo mismo,  no?

—S , lo mismito. —El poli se ríe entre dientes, pero no tarda en ponerse muy serio. Golpea la mesa con los dedos, los observa durante un rato, y yo no interrumpo lo que sea que le pasa por la cabeza, dándole un espacio y un tiempo que parece necesitar. Cuando se decide a hablar de nuevo, levanta la mirada hacia mí—. Yo, en cambio, eso es algo que nunca he considerado. Quizá porque no me ha pasado. Yo...

— T ? —lo apremio esta vez, al ver que se calla.

—Yo le tengo miedo a querer, Laura. Y a que me quieran. Simplemente a eso. Ya s  que suena raro,  no? Pero... es lo que hay.

Guardo silencio, porque creo adivinar por qué siente eso. Sí cosas de Pedro que nadie sabe y... lo comprendo. Aunque también me parece muy triste que piense así.

— Por eso no llegaste a nada con aquella chi...?

—Por eso, sí. Porque soy un cobarde. Un idiota. Pero hubo algo que... Uff, ni siquiera quiero hablar de ello. Solo te dir  que prefiero pasar por el dolor de apartarla de mi lado, aunque la eche de menos, que... que el miedo a perderla una vez... una vez sepa lo que es tenerla de verdad. Una vez que ya no pueda vivir sin ella.

—Dios, Pedro, pero eso es muy triste. Es un pensamiento muy... —Ni siquiera encuentro la palabra para describirlo, así que solo le hago saber que estoy aquí para él—. Conmigo sabes que puedes contar,  verdad? A veces hablar es bueno, es...

Pedro se echa a reír y rompe nuestro momento profundo. Vuelve a ser el risueño y divertido chico de siempre, con esa pillería en la mirada. Lo miro sorprendida un instante, aunque lo cierto es que no s  por qué lo hago. Ambos somos demasiado idénticos. Camuflando y aliviando el dolor a base de risas, de bromas. Y, en realidad, nos ayuda. Conmigo, al menos, funciona.

—Laura... Por Dios.  T ?  T  crees que hablar es bueno?  Y cuándo vas a aplic rtelo?

—Yo... no tengo nada que decir. Yo...

—Tú podrías comenzar ahora a dar ejemplo, antes de que venga Rubio y...

— Rubio?  V  a venir Rubio?

Gracias a Dios, Pedro ignora o hace que ignora la sorpresa que no pude esconder y sonríe mientras asiente con la cabeza.

—S , pens  que ya te lo había dicho. Lo que pasa es que se retrasa porque lo llam  su madre para no s  qué, cuando ya había dejado a las niñas en casa de Teresa y Julián.

—Ah...

A ese monosílabo y a tragar saliva es a lo único que me da tiempo antes de verlo acercarse a nuestra mesa. Tal como si lo hubiésemos invocado.

—Hola. Ya habéis cenado, por lo que veo —comenta, mirando nuestros platos vacíos.

—Sí, Nela y Colás querían irse temprano —le explica Pedro—. Pero, anda, siéntate y pide tú, que en el otro lado seguro que no hay ni ambiente.

Él le toma la palabra, acomodándose en la silla al lado del poli y cogiendo la carta del menú. Que aquí todos nos la sabemos de memoria, pero vamos... a lo mejor no sabe ni lo que quiere. Por no variar. Es pensar eso y que él la vuelva a dejar sobre la mesa, mirándome por primera vez desde que ha llegado.

—Hola, Laura. ¿Qué tal en tu nuevo piso? ¿Estás a gusto?

—Sí, gracias. Muy a gusto —respondo, forzándome a aparentar normalidad.

—Me alegro. El piso es pequeño, pero tiene muchas posibilidades.

—Joder, Rubio. Laura y tú debéis de ser los únicos que pensáis eso. El apartamento es enano y más viejo que Dios.

—Bueno... Ya me estoy cansando de que insultéis mi pisito, eh.

Pedro se echa a reír y, justo en esas, llega el camarero.

—Una Pantera Rosa con gabardina y paraguas, patatas y una cerveza, por favor —pide Chema la hamburguesa más completa del local. Doble de carne, con huevo y beicon. Y cuando el chico al que, por cierto, no conozco, lo apunta en un papel y se va, nos mira de nuevo a nosotros, robando una patata, ya fría, de las que a mí me han sobrado—. Joder, espero que no tarde mucho, estoy famélico.

—Se te nota, se te nota —se burla Pedro—. La verdad es que siempre pienso que hay que estar medio muerto de hambre para atreverse a pedir algo con un nombre tan ridículo, eh.

Nos reímos ante su frase, es inevitable. Y también le damos la razón.

—Sí, eso es cierto.

—Sí, lo es, aunque se los han currado, tenéis que reconocerlo —comento yo—. A ver... ¿cómo será la cosa? Nunca le he preguntado a Dora, pero yo creo que el huevo es el paraguas y el beicon, la gabardina.

Pedro se monda de la risa.

—¿Qué? ¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Eso, Laura, instrúyenos, por favor —se cachondea también Chema, turbándome con una mueca traviesa.

—Es fácil —respondo, demasiado deprisa—. Un paraguas abierto es redondo, lo más parecido a un huevo frito. Una gabardina no se le parece en nada, ¿no? La gabardina... Pues es algo que cubre, ¿no? Y el tocino cubre al cerdo. Y de ahí sale el beicon. Porque cerdo y paraguas, pues... como que no tienen mucho que ver. Así que... ya está. Paraguas igual a huevo. Beicon igual a gabardina. —Cuando termino con mi parrafada y me doy cuenta de las tonterías que acabo de soltar, dejo escapar un gemido y apoyo la frente sobre la mesa—. Ay, por Dios, ¿por qué no me mandáis callar?

Al atreverme a mirarlos de nuevo, me muerdo el labio inferior, nerviosa. Así es como me pone Chema. Atacada, joder. Pedro me contempla divertido, con los ojos muy abiertos, antes de comenzar a descojonarse de la risa. El culpable de mi estado se tapa la boca con dos dedos y me observa con esos ojazos en los que se le han formado arruguitas en sus comisuras, lo que me hace saber que está sonriendo con ganas. Oh, no, por favor, arruguitas a mí, no. No puedo con ellas. Entonces aparta su mano y ahí está, su maravillosa dentadura expuesta en la sonrisa más bonita del mundo. Oh, no, Dios, esto es todavía peor. Y va el tío y traga saliva, y yo me pierdo en su nuez, en su movimiento descendente-ascendente. Ahora me he derretido, literalmente. Seguro que soy un charco en la silla y ni me he enterado.

Y tan pronto como pienso eso, me cabreo. En serio, soy patética. Me levanto tan rápido que

por poco vuelco la silla.

—Voy al baño —comunico.

Eso es, una escapada a tiempo para recuperar la sensatez. Que me conozco. Y, a veces, no me gusto nada.

Ariana Grande y demás suenan por los altavoces a un volumen perfecto. Su canción *Bang Bang* tiene un ritmo pegadizo y bailable hasta el delirio. Me encanta.

Me contoneo en medio de la pista intentando mantener la mente en blanco, los ojos cerrados y mi concentración puesta en la música, sin prestarle atención al chico que está frente a mí, que me habla en ese momento. Ni siquiera tengo que pensar cómo moverme. Me sale solo, piernas, caderas, cintura, brazos... Todo sincronizado y haciéndome sentir genial. Últimamente pocas cosas me hacen sentir así.

La tienda y las niñas ayudan, mucho, pero no es esto. Esta libertad. Esta paz, aunque esté envuelta en bastantes decibelios. Y bueno, supongo que el alcohol también hace su parte. Que no estoy borracha ni mucho menos, pero sí contentilla. Con el puntito, vamos.

Cuando acaba la canción, Raúl, el hermano de Teresa y mi compañero de baile los últimos minutos, se despide de mí guiñándome un ojo y haciéndome el gesto de que va a beber algo.

—¿Me acompañas? Venga, yo invito —dice en alto, para que lo oiga, pero sin necesidad de gritar.

Sonrío, pero niego con la cabeza, mientras comienzo a bailar la siguiente por inercia, pero, al rato, me quedo muy quieta en medio de varias parejas que se han agarrado como si su vida dependiera de ello. Joder, una lenta. Así, sin avisar. Esto debería ser ilegal.

Doy un paso para salir de ahí en medio, pero una mano me sujeta un brazo y me gira, por lo que acabo pegada a un torso conocido. Muy conocido. Todo en él resulta tan familiar que me atenaza el corazón. A mi estómago le pasa lo mismo, que parece que lo han estrujado tanto que va a salirse por la boca. Pero es superior a mí. Su olor, con la colonia de siempre mezclada con su propio aroma corporal. Bestial. Su calor, siempre tan cálido que dan ganas de quedarse a vivir en sus brazos. Demencial. Y él, su presencia, su cuerpo, su cara, su boca, sus ojos. No es el hombre más guapo que conozco, lo sé, pero para mí es el más perfecto. No cambiaría ni sus imperfecciones. Ni esa pequeña redondez en su mentón, ni que, quizá, sí tiene los ojos un pelín juntos. Ni esa minúscula cicatriz que parte una de sus cejas. Ni ese mechón rebelde que nunca sabe estarse en su sitio. No, mucho menos eso. Lo único que quiero es tocarlo, retirárselo de la frente, acariciarlo hasta que me salgan agujetas en los dedos.

Pero, claro, todo esto que siento está tan fuera de lugar, es tan insano, que no lo hago. Incluso me aborrezco por sentirlo. Así que, después de ese primer repaso que no he podido evitar, rescato la fortaleza y el genio que siempre salen en mi auxilio.

—¿Qué haces? ¿A qué viene esto? —le espeto, aunque no lo aparto, porque quiero que esta sensación dure solo un poco más. Y sí, soy incoherente, pero nunca me he considerado perfecta, y mucho menos en lo referente a él.

Chema hace más fuerte su agarre en mi cintura y con la otra mano cubre las mías a la altura de su pecho.

—Quiero bailar contigo. Puedo, ¿no?

—Hombre... Un poco tarde para esa pregunta, ¿no? —suelto con retintín.

Él se ríe por lo bajo y me guiña un ojo.

—Bueno, vale... ¿Quieres? —pregunta un tanto socarrón.

—Lo cierto es que, a cada segundo, menos. No me gusta tu actitud.

—¿Mi actitud? —Chema frunce el ceño—. No entiendo. ¿Qué he hecho? Si no quieres bailar conmigo, dímelo y en paz. Quizá le moleste a Marcos, claro. ¿Es eso?

Yergo la cabeza, mientras comienzo a enfadarme de verdad, y lo observo con atención.

—Pero... ¿qué coño dices?

—Pues eso. —Se acerca mucho a mi oído—. A lo mejor es que puedes bailar con todo Dios menos conmigo, porque yo sí soy competencia para él.

—Ay, Dios, no me lo puedo creer. ¡Eso es lo más prepotente y...! Mira, Rubio, sí, suéltame. Yo no bailo con idiotas —digo dando ya un paso atrás y escapando de sus brazos.

Él me deja ir, pero me retiene con su mirada, más brillante que nunca y llena de algo que no logro descifrar. Y lo conozco, sé que ha bebido de más y que también está cansado, pero hay otra cosa más ahí que me mantiene frente a él como una tonta.

—¿Hay algo entre vosotros? —pregunta de repente, alzando lo justo la voz para que pueda oírlo.

—¡Desde luego que hay algo, joder! ¡Somos amigos! —respondo sin pensar, bastante alucinada—. ¡Él y yo somos amigos! ¡Porque nosotros sí podemos serlo!

Él baja un poco la cabeza y me mira intensamente, supongo que pensando si creerme o no. Pero, cuando comienza a sonreír, hasta me pesa no haberle mentado para quitarle esa sonrisa de suficiencia que se gasta.

—Bueno... Pues esta noche sé mi amiga también. Venga... Por favor —dice, despacio, componiendo un puchero y tendiéndome la mano para que vuelva a bailar con él.

—Estás borracho... —murmuro, ahora más asombrada que cabreada, porque debe de estarlo más de lo que imaginaba. Era lo que me faltaba, un Chema del todo desinhibido.

—Nah... Bueno, quizá un poquito. —Sonríe enseñándome todos sus dientes y mueve la mano en el aire para que se la coja.

Pestañeo alucinada. Nunca lo he visto así, en serio. Creo que el día que peor lo vi fue cuando nos acostamos por primera vez y tampoco era para tanto. Cierra y abre la mano llamándome y se dobla en una reverencia al estilo de los hombres de época. Ay, mamá... Hasta me hace gracia, muy a mi pesar.

—Vamos... ven —insiste.

—No —susurro, y no sé cómo ha pasado, pero nos hemos acercado mucho. Aunque, a pesar de mi negativa, no me muevo un ápice para ponerle remedio a eso. Supongo que mi boca y mi cuerpo no están muy de acuerdo en qué es lo que quieren.

—A ver... Si tienes miedo a que tropiece, no voy a hacerlo, ¿vale? No he bebido tanto como para no saber lo que hago —dice casi sobre mis labios. Y entonces suelta una risita absurda—. Pero sí lo suficiente para estar así contigo y que me importe todo un carajo.

—¿Qué? —Abro mucho los ojos, sin saber si lo he escuchado bien. Si me está insultando o halagando.

En contraposición, Chema entrecierra los suyos, pensativo.

—Oh... ¿He dicho algo malo? No me mires así. No pienses. No recuerdes. Solo baila, Laura. Baila conmigo. Aquí parados en medio sí que vamos a llamar la atención.

Despertando del trance, me cabreo muy rápido, porque sus consejos, o sus órdenes, han obrado lo contrario de lo que él quería. Y esa última frase... Joder, esa ha despertado a la zorra que llevo dentro.

—Y claro... tú no quieres llamar la atención —hablo en su cuello, sorprendiéndolo al echarle

también los brazos a él y comenzar a menearme contra su cuerpo. Chema no tarda nada en rodearme la cintura con sus manos y, ahí, voy a por todas—. No conmigo, al menos. ¿O estoy equivocada, Rubio? ¿Quieres acabar el baile con un buen beso aquí delante de todos? ¿No te gustaría besarme? Yo creo que sí, ¿verdad?

Lo noto tensarse. Pero es lo que pretendo, dejarlo tan jodido como lo estoy yo. Estoy harta de jugar según sus reglas. Como, donde y cuando desee, hasta que diga basta, como siempre. Y a escondidas. Porque yo no soy suficiente. Nunca lo he sido y la cosa parece no haber cambiado.

—Joder, Laura, eso es un golpe bajo —se queja, aflojando su agarre.

Suspira y yo me trago su aliento. Me dan ganas de volver a pedirle otro suspiro para inhalarlo de nuevo. Joder, parezco una yonqui y eso me hace odiarme todavía más, así que me separo un par de centímetros para mirarlo a la cara.

—No, eso es una verdad como una catedral, Rubio. Por eso no podemos ni ser amigos. Por eso vamos a dejar aquí este absurdo baile —afirmo, mientras bajo mis manos de sus hombros y me quedo muy quieta.

Chema frunce el ceño y ladea la cabeza, mirándome con pesar.

—Laura... Sé que no me porté bien, pero...

No quiero oírlo. No, no quiero. Oírlo es el primer paso para perder la voluntad, lo sé. Me separo tan rápido que incluso trastabilla hacia atrás. Y aunque estira una mano, la ignoro y comienzo a alejarme de él, dándole la espalda y no dedicándole ni una última mirada.

Lejos, lejos es como mejor estamos. Cerca me hace demasiado daño, demasiado. Porque nunca podrá estar todo lo cerca que yo quiero que esté.

Ya en la mesa que hemos pillado al entrar, y que ahora está vacía, me pongo la chaqueta y cojo mi bolso.

—¿Te vas? —me pregunta un Pedro sorprendido, que llega en ese momento.

—No, solo voy a salir a fumar. ¿Dónde estabas?

—Hablando con alguien en la puerta y ahora vengo del baño. ¿Por qué?

Aliviada de que no haya sido testigo de lo sucedido en la pista, le sonrío con sinceridad.

—Por nada. Por saber. Nos vemos ahora, ¿vale?

—Vale, preciosa —dice y me guiña un ojo. Se sienta en la silla y le da vueltas a su vaso antes de llevarlo a la boca, pero su vista ya está perdida en algún lugar del local, por lo que, sin más, me giro y me encamino hacia la puerta.

Justo al lado de ella, en unos sofás pegados a la pared, veo a Nieves y pandilla. Saludo con la cabeza, pero ella no parece conformarse con eso, así que se levanta y viene hacia mí. Pero no lo hace sola; de hecho, hasta se le adelantan.

—Hola, pelirroja. ¿Qué tal? Desde que has llegado, apenas se te ve el pelo —me saluda Selmo con una sonrisa menos burlona de lo habitual. Es que este tío no sabe sonreír normal, de verdad.

—Bueno, estoy un pelín liada —contesto sin demasiadas ganas de hablar.

—Ah, sí. El negocio. Has tenido una buena idea —interviene Lucas—. También me han dicho que ahora vives sola, encima de la pastelería. ¿Es verdad?

—Ajá. —Muevo los pies en el sitio, porque... a ver, no tengo por qué ser desagradable con ellos si me hablan así, con educación, pero tampoco somos amigos ni vamos a serlo. Se portaron bastante bien el día que me comí la puerta que tengo a mi espalda, pero, vamos, me es inevitable marcar una cierta distancia.

—Hola, cariño. —Nieves me da un abrazo y un par de besos, colgándose de mi cuello con tanto énfasis que nos tambaleamos—. Bien... Bienvenida de nuevo.

—Ehh... —Sonrío—. ¿Qué estás celebrando, guapa?

Ella suelta una carcajada y menea sus caderas, confirmándome lo que creía. Que ha bebido hasta el agua de los floreros.

—Nada en especial. Solo lo estoy... pasando bien. Muy, mucho, bien.

—Genial. —Me río—. Pues a ello, no te entretengo más. Voy a... fumarme un cigarrillo fuera.

—¿Quieres que...?

Ni siquiera la dejo terminar.

—No, Nieves. Prefiero ir sola, si no te importa.

—Vale, vale. Venga, a tomar el aire —me dice, apurándome con las manos.

Meneo la cabeza, divertida, me despido con un gesto y una leve sonrisa de los otros dos, que siguen ahí parados, y, con un suspiro sonoro, salgo al callejón trasero.

Paseando por ese espacio desierto y silencioso, sobre todo en comparación con el interior del pub, consumo a caladas lentas y profundas mi pitillo.

Es la primera noche que salgo desde que he llegado y, visto lo visto, habría sido mejor quedarme en casa. Pero me apetecía bailar, estar con Pedro, ver gente... Y no es que precisamente esté sola a menudo, pues tanto las niñas como yo intentamos pasar tiempo juntas y la tienda... Pues la tienda espero que, una vez abierta, atraiga a tanta gente como ahora. Que si no es alguna vecina cotilla, son mis amigos, o Adela, o los proveedores... Pero nunca parece estar vacía.

Quizá todo esto sea lo que me hace disfrutar tanto de la soledad de mi casa. A mí, que nunca me gustó demasiado el silencio. Pero necesito esos momentos, y no para reflexionar o atormentarme, sino para ver una película acurrucada en el sofá, escuchar música a mi aire o adecentar el piso a mi manera. Lo que, por otra parte, se lleva casi todo mi tiempo libre. Aún le falta, pero, día a día, objeto a objeto, lo estoy poniendo precioso. O, por lo menos, muy mío, que es lo importante.

La puerta se abre con un chirrido, haciendo que lleve los ojos allí. Expulso el humo en un resoplido al ver que quienes salen no son otras más que Angelines y Tina. Joder...

Las ignoro y me apoyo en una pared, de perfil a ellas, consumiendo el cigarrillo ahora un poco enfurruñada porque me hayan robado mi intimidad. Aunque bueno... la calle es de todos, ¿no?

—Venga, Tina. Fúmatelo rápido, que la noche está fresquita —oigo que le dice Angelines a la rubia.

—Vale... Pero eso no es nada elegante. Ni me va a sentar bien.

Pongo los ojos en blanco y sonrío para mí. Ahí, la salud para el final, Tina, pienso casi divertida, aunque también planteándome entrar y alejarme de ellas. Pero no me muevo y le doy otra calada al cigarrillo. Con lo caros que están... como para tirarlo a medias.

—Lo que deberías hacer es dejarlo. Eso no es que no te vaya a sentar bien, es que va a acabar matándote y... —Se calla de repente y yo miro hacia ella; me encuentro con que se ha dado cuenta de mi presencia. Estoy amparada en las sombras pero ver, un nada que te fijas, se me ve.

—¿Qué? ¿Por qué te has callado?

—Porque está ahí esa. Oí por ahí que había vuelto de Oviedo más madura y con más clase, pero no sé... Sigue igual de maleducada, ¿no crees? Ni siquiera nos ha saludado.

Aprieto los dientes ante la frase maliciosa de Angelines, que ya está de nuevo buscándome las cosquillas, pero no entro al trapo y mato mi frustración en dejar caer la ceniza con un movimiento brusco.

—¿Más clase? —Se ríe Tina, a la que, por el rabillo del ojo, veo encenderse aún ahora el pitillo—. ¿De quién hablas?

—¿De quién va a ser? —Supongo que me señala con la cabeza, porque lo que escucho a continuación son una serie de exclamaciones superpijas.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Vaya! No la había visto.

—Para lo que hay que ver —continúa Angelines, a la que, más bien, deberían llamar *Diablines*—. Sigue vistiendo con el mismo mal gusto de siempre.

Pero bueno...

«No entrar al trapo es una cosa, Laura. Ser tonta, otra, guapa».

Y tanto.

En dos zancadas, estoy frente a ellas, que se han quedado muy cerca de la puerta, delante de los bidones abiertos que usan los camareros para echar las latas o botellas vacías.

—A ver —digo sin elevar la voz, con una frialdad que hasta a mí me asombra y dirigiéndome a la morena—, entiendo que tu vida sea muy aburrida, de verdad. Pero ¿por qué no pasas de mí y te entretienes, no sé, yendo al dentista o al psicólogo? Te hacen falta las dos cosas. Porque, en serio, tía, ¿cómo puedes guardarme tanto rencor por lo sucedido hace trececientos años? Yo ni lo recuerdo, joder —acabo por soltarle, sin saber ni que lo iba a hacer. Pero es que toda esta inquina ya roza lo absurdo.

Angelines entrecierra sus ojos con odio, y la rubia los abre como platos y se lleva una mano al labio inferior.

—Ay, que se lía —murmura por lo bajo mientras la otra da un paso hacia mí.

—¿Te crees muy lista, no, Laura? Ahora juegas la baza esa de «ni me acuerdo». Pues yo sí, ¿sabes? Fueron años de burlas, de risas a mi costa —me dice con rabia.

—¿E insultarme cada vez que me ves te ayuda en algo? ¿Qué quieres, Angelines? ¿Que te pida perdón por algo que hice con ocho años, que de verdad no recuerdo y que seguro que te merecías? Pues vale, lo siento. Y siento también lo mucho que te afectó. Pero ya...

—¡No quiero tu perdón! ¡Y menos ahora, hipócrita! —grita.

—Pues, entonces, supéralo. Y por tu bien, hazlo de una vez, porque comienzas a darme pena, en serio —le suelto. No muy acertadamente, lo reconozco. Pero es que esta tía saca lo peor de mí.

—¿Pena? ¿Te doy pena? —Se ríe con malicia—. A mí la que me das lástima eres tú. Y pensar que Rubio me dijo que dejara de actuar como una envidiosa de manual. Por favor...

«¿Qué? ¿Que Chema le dijo qué?». Vaya... Tuvo que ser aquel día en la pastelería.

—¿Qué coño iba yo a envidiar de ti? Si no eres más que una pobre tonta —prosigue ella—. No te creas que no sé por qué has vuelto, por qué pasas tanto tiempo haciéndoles la rosca a tus sobrinas y...

—Para. A ellas ni...

—No es por tu gran bondad, Laurita —alza ella el tono—. Es por él. Por Rubio. He visto cómo lo miras, cómo...

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo miro? —la interrumpo, con chulería, aunque por dentro estoy temblando. Dios, por favor, esto no. No permitas esto.

Ella se echa a reír con más fuerza, como las brujas de los cuentos, lo juro.

—¿No lo sabes tú? Vamos, Laura... Que a mí no me engañas. Solo había que veros hace un momento en la pista. Pero dime una cosa, ¿no te da vergüenza? Es tu cuñado, por Dios.

Oh, mamá, esto duele. Duele mucho. Y me enciende más.

—Angelines, por favor... —susurra Tina.

—Eres maligna, pero maligna de verdad —siseo—. Yo solo era una niña que quizá se pasó, vale, pero tú... Joder, tú eres penosa como persona.

—Penosa eres tú, bonita —continúa Angelines con saña. Como si lo disfrutara—. ¿De verdad pensaste que podrías sustituir a Sor Clara? Por mucho que les limpies los mocos a sus hijas o...

—¡Ni la nombres! —grito, sin saber ni cómo la he dejado proseguir después de que nombrara

a mi hermana—. A ella no, ¿me oyes?

—¿O qué? ¿Qué pasa? ¿Te jode que nunca puedas estar a su altura por mucho que hayas jugado a las casitas con su marido?

Me hierva la sangre y me hormiguea la cabeza en cuanto la oigo. Y una furia roja me hace verlo todo de ese color. Quizá porque sus palabras son demasiado acertadas. Demasiado dolorosas. Demasiado todo. De pronto, solo soy instinto. La humillación convertida en rabia. No controlo. No soy yo.

Me doy cuenta de que he transformado mis manos en puños porque me clavo las uñas en las palmas. Pero apenas soy consciente del instante en que las uso para empujar con fuerza a esa víbora y alejarla de mí. Le pisaría también la cabeza, como a la serpiente que es, pero me temo que el momento de ira descontrolada pasa al ser consciente de lo que acabo de hacer.

Con la fuerza del impacto, Angelines ha terminado sentada dentro de una de las cubas, con las piernas en alto y el culo allá dentro. Suelta un grito y se apoya como puede en los bordes, con los ojos casi saliendo de sus órbitas. La escena hasta resultaría graciosa, porque vaya imagen... Pero yo soy incapaz de verle la gracia. Allí despatarrada, solo siento deseos de rematarla, joder. Aunque ahora sepa que únicamente se van a quedar en eso, en ganas.

Doy un paso hacia ella, pero la voz de Tina, que salta sobre sus pies y sacude las manos en el aire, me para en seco.

—Oh, Angelines... ¡Tu vestido! ¡Ay, se te ven las bragas, tía! Pero por lo menos no has caído de dientes... De cara, digo, de cara.

Es tan surrealista oírla... La tía esa es tan superficial, tan boba... Joder. Asombrada, la miro, pero Angelines pronto me saca de mi estupor.

—¡Estás loca! ¡Loca! ¡De puto manicomio! —chilla desde allí, haciendo malabarismos para salir de su trono sin conseguirlo.

—¡Y sabiéndolo, ¿por qué coño te metes conmigo, joder?! —hablo casi entre dientes, sulfurada—. Escúchame bien, la próxima vez que nombres a mi hermana o a mis sobrinas... te juro que me hago un coiletero con tu pelo y un collar con tus dientes, ¿te enteras? Y con respecto a mí... ¡No me mires, no me hables! ¡Nunca! ¡En tu puta vida!

—Hazle caso, tía... —opina Tina, en un murmullo, pero sin tenderle una mano a su amiga. Supongo que no querrá mancharse.

Y entonces, cuando yo ya me he girado y echado a andar para irme a mi casa dando por terminada esta desastrosa noche, la puerta vuelve a abrirse y escucho a una llorosa Angelines.

—Ella... Ella me ha empujado. Y me ha amenazado. Y...

—¡Por Dios, Angelines! ¿Y tú qué le has hecho? —le pregunta Aída, a la que reconozco la voz perfectamente.

—¿Yo? ¿A esa? Nada.

Un resoplido enorme y la Alonso habla de nuevo.

—Anda, a ver que te ayudo, sal de ahí. Y la próxima vez, mejor calladita, que...

Al dar la vuelta a la esquina, el área sensata y responsable de mi cerebro me obliga a sacar el móvil del bolso para mandarle un mensaje a Pedro para avisarlo de mi marcha. Pero, justo al terminar de escribir y con el teléfono todavía en la mano, la otra, la saturada, la trastornada, se apoya contra la primera pared que encuentra y respira hondo, muy hondo, para después reír como una loca. Histérica.

¡Madre mía! Mi vida es de película. De serie C, seguramente. Pero de película, joder.

CAPITULO 31

Chema

You're Beautiful llena la estancia. Y soy yo el que lo hace posible. Me la sé de memoria, ya que la he tocado infinitas veces. Últimamente, siempre para ella.

Mis dedos se mueven creando la melodía, aunque con la ayuda del peso de mis manos y controlando los movimientos de las muñecas y los brazos, tal como me enseñaron en el conservatorio.

Interpreto la composición desde el centro del piano, alejando mi mano izquierda un poco, jugando con mi derecha, luego con las dos. Es una canción que me encanta, podría decirse que una de mis favoritas, sobre todo para tocar al piano. Romántica, elegante, dulce... Ideal para dedicarle a mi amor. *You're Beautiful*. Sí, cariño, tú eres hermosa. Preciosa. Única.

Cuando el ritmo cambia y mi mano izquierda se aleja del centro buscando otras notas, levanto la mirada hacia los ventanales, donde veo a mi mujer de espaldas a mí. Sonrío y amplío mi sonrisa cuando ella se gira.

Está vestida de época, con unas amplias y largas faldas que hacen su cintura muchísimo más estrecha, a la vez que sus pechos también se ven más grandes, perfectos.

No veo su cara, pero, no sé por qué, eso no me supone ningún problema. Espero a que se aproxime, emocionado, dedicándole esta canción, tocándola ya sin mirar al piano.

Y ella se acerca. Muy despacio. Dejándome admirarla mientras lo hace, acariciando su cuerpo con mi mirada.

Me muerdo el labio inferior mientras separo una de mis piernas y se la ofrezco como asiento, cosa que acepta al instante. Siento su peso, su calor, su perfume...

Espera. Ese no es su perfume... ¿O sí? Apoya su cabeza en mi cuello, sé que sonrío contra él y, después de tocar la última nota, meto una mano entre su pelo, apreciando su sedosidad, deslizando mis yemas por sus... ¿rizos?

Como si hasta ahora estuviese con los ojos cerrados sin saberlo, los abro de pronto y me encuentro con un pelo rojo a escasos centímetros de ellos. Levanto mi mano, sorprendido, y observo como entre mis dedos se entremezclan tirabuzones gruesos y pelirrojos. Su olor se hace más fuerte. Cítricos. Flores. No sé...

De pronto, me mira. Con esos ojos tormentosos. Por primera vez, puedo ver su cara, pero... Jesús.

Y, entonces, ella pierde la sonrisa. Se aleja de mí. Sus rizos del color de la sangre se escurren de mi mano hasta que desaparecen del todo.

Abro los ojos sobresaltado. Mi respiración es un caos, demasiado rápida, o demasiado lenta. No tengo ni idea. Me siento en la cama y aprieto mis manos sobre las sábanas, formando puños, arrugándolas. Frenético. Confundido.

Estoy encharcado. Noto gotas de sudor corriendo por mi espalda, mientras trato de entender qué demonios acaba de pasar.

El sueño. El mismo de siempre. Con la misma canción. En el mismo lugar. Tocando el mismo piano. Pero... ella. Ella no era Clara. No era Clara.

Joder, era Laura.

Salgo de la cama medio ido. Llevo mis manos a la cabeza y me echo el pelo hacia atrás, corroborando que está húmedo gracias a ese sudor que recorre cada milímetro de mi piel. La resaca tampoco ayuda, con un dolor persistente en mis sienes y el estómago casi del revés.

Aturdido, me dirijo a la ducha, pensando, estúpidamente, que el agua ahuyentará la imagen que

el sueño ha grabado en mi mente.

Metó mi cuerpo bajo el agua y estoy ahí durante mucho tiempo, intentando aclararme. Centrarme. Olvidarme, a ser posible, del macabro juego que mi perturbada mente se trae conmigo. Perturbada y muy espesa, que a ver quién me mandó a mí beber anoche.

Dejo que litros y litros caigan sobre mí, me enjabono sin apenar ser consciente e incluso acabo apoyado en los azulejos, mirando embobado el agua que sale de la alcachofa, como si quisiera hallar en ella alguna explicación.

Es inútil. No la encuentro. Quizá ni la hay.

Salgo, comienzo a secarme y, ya con la toalla alrededor de la cintura, aparto el pelo de mi frente y me observo en el espejo.

Joder... El sueño sigue ahí dentro. Bullendo en mi cabeza a un ritmo vertiginoso. Girando en ella, buscando un lugar en el que aposentar la idea de que... ¿De qué? ¿De que lo que he soñado tiene algún significado que me niego a ver? ¿Tal vez durante todo este tiempo...? ¿He podido estar tan equivocado? ¿Nunca ha sido Clara sino...? ¿Laura?

Dios. ¿Es eso posible? ¿O solo es una jugarreta de mi subconsciente? Ese que, de un tiempo a esta parte, no puede dejar de pensar en ella. Ese que me obliga a buscarla, que mezcla sus recuerdos con los de mi mujer. Ese que cada día desplaza a Clara a un lugar lejano, encerrándola en ese trozo de corazón que siempre le pertenecerá, pero dejándome el camino libre para...

Jesús... ¿Para qué?

Me va a estallar la cabeza, joder. En todos los sentidos. Porque ahora el dolor se ha intensificado tanto que hasta veo algo desenfocado. Tal vez sea esa la razón de que casi no me reconozca en el espejo.

Frustrado y confuso, aprieto la cerámica de la pila bajo mis manos con tanta fuerza que temo romperla. Y, dos segundos después, me separo de golpe y me encamino al dormitorio, donde abro el armario y me visto en un tiempo récord.

Necesito verla. A ver si así soy capaz de ordenar mis pensamientos.

Aunque resulte del todo irónico recurrir a Laura para ello, a la única mujer que parece tener el don de hacérmelos papilla.

El paseo me ha servido para despejarme un poco. Eso y los dos calmantes que me he tomado antes de salir de casa. De hecho, ya casi veo el sueño como lo que debió de ser, una mezcla absurda e insensata de todo lo que siento desde que Laura ha regresado al pueblo. Y del alcohol, que seguro que no ha sido un testigo inocente de lo ocurrido.

Pero, a pesar de ello, ahora que he llegado hasta aquí, voy a subir a su casa. Sigo necesitando verla, hablar con ella. Y ya de paso, dejarle sus cosas, esas con las que cargo y que, en el último momento, consideraré la mejor de las excusas para venir.

Haciendo números para que no me caiga la caja con sus bocetos, que pesa lo suyo, empujo la puerta de abajo, pero no se abre. Maldigo en voz baja. Joder. Tanto que critiqué su manía de dejarla siempre abierta y hoy que precisaba que estuviese así...

—Hola, Rubio. ¡Qué madrugador! —me saluda Miriam, mientras saca un manojito de llaves del bolso para abrir la pastelería.

—Ya ves. Le traía esto a Laura, pero...

—Oh. Ya le dije que era una lata que no hubiese telefonillo. Bueno, al menos me deja más tranquila saber que la cierra de noche.

—Sí, a mí también. —Y es cierto. A pesar de que ahora mismo me joda, me preocupaba el hecho de que cualquiera pudiese esconderse en las escaleras y darle un buen susto. Solo que la vez que se lo insinué... ¿adónde fue que me mandó?

—Ah, pero espera, que te abro yo. ¡Qué cabeza la mía! Me dejó una copia por si las moscas — dice, ya buscándola en el llavero.

Tengo que morderme la lengua para no pedirle también la del apartamento, porque eso sería echarle mucha cara, ¿no? Así que me limito a agradecerle el gesto con una sonrisa y subo las escaleras todo lo rápido que me permiten los fardos que llevo entre manos.

Claro que, una vez arriba, no resulta tan fácil despertarla. Después de llamar al timbre por tercera vez, golpeo la puerta con los nudillos, impaciente. Por suerte, el dolor de cabeza ha remitido bastante, porque ruido estoy haciendo como para despertarme uno nuevo.

—¿Sí? ¿Hola?

Su soñolienta voz, a través de la madera, se asienta en mi estómago. De hecho, me sorprende tanto oírla que ni contesto a la primera.

—¿Hola? ¿Quién es?

—Laura... Soy yo. Abre.

Silencio. La puerta sigue cerrada y no parece tener intención de cambiar su estado. ¿Qué esperaba? ¿Que me abriera feliz y contenta y me invitara a desayunar *croissants*?

—Laura, por favor. Abre. Te traigo algo.

—¿Qué? ¿Qué traes? ¿Qué quieres, Rubio?

Rechino los dientes y aprieto la mandíbula al escucharla. Joder, cómo me molesta que me llame así. ¿Quién me lo iba a decir, eh? A mí, que, durante un tiempo, odiaba oír «Chema» de su boca. A mí, que hasta se lo prohibí. Dios, estoy para que me encierren y se deshagan de la llave.

—Laura, abre. Esto pesa y tengo prisa. Quedé en recoger a las niñas en quince minutos — improviso sobre la marcha, mintiendo como un cosaco. Bueno, el fin justifica los medios, ¿no?

—¿Tan temprano? —pregunta, desconfiada.

—Joder, sí. ¿Quieres abrir de una vez?

Y antes de acabar la frase, la veo al otro lado, todavía sujetando el pomo de la puerta. Luce despeinada, con una camiseta negra de Los Ramones hasta la mitad de sus muslos y descalza. Con los ojos y la boca un pelín hinchados por el sueño, una expresión entre sorprendida y alerta en su rostro y las pecas destacando en su rostro limpio de maquillaje. Está... Está preciosa, joder.

—¿Qué es eso? —rompe ella el silencio, tirando de su camiseta hacia abajo y observando la caja y las bolsas que acarreo.

—Tus cosas. Las que todavía tenías en casa.

—Vaya... Gracias, pero no tenías por qué molestarte. En realidad...

Ignorándola, entro en el piso y camino hacia su cuarto, pues me lo conozco como la palma de mi mano. Fui yo el que pintó la pared de ese dormitorio, tras cubrir cada grieta con pasta. El que cambió las ventanas, a petición de Miriam, antes incluso de saber que el apartamento era para Laura. El que...

—¿Adónde crees que vas? —se cabrea ella, persiguiéndome por el corto pasillo.

—Solo quiero dejártelas en tu habitación. Pesan.

—No es necesario. Yo también puedo...

Pero yo ya estoy entrando y colocando todo sobre su cama revuelta, mientras contemplo admirado lo mucho que ha cambiado este dormitorio en apenas unos días. Se ha deshecho del antiguo cabecero y un cuadro enorme de Marilyn Monroe en blanco y negro ocupa su lugar. Sin embargo, el edredón, de mil colores, los alegres cojines, la alfombra fucsia a los pies de la cama

y la media docena de cajitas dispares sobre la cómoda hacen que parezca que el arco iris se ha venido a vivir con ella.

—Bien, gracias. —Laura se cruza de brazos en cuanto me giro hacia ella y me señala la salida con la cabeza—. Ahora ya puedes irte.

—¿No vas ni a invitarme a un café? —le pregunto, fingiendo perplejidad.

—No, Rubio, no voy a...

Y otra vez la dejo hablando sola y voy esta vez hacia la cocina, sin disimular para nada que estoy observándolo todo a mi paso, aprovechándome de las puertas abiertas. De las pocas que hay. Salón, baño, cocina y el dormitorio que acabo de dejar atrás.

—Pero... —percibo molestia en su voz, pero lo cierto es que la ignoro. O no, porque se me escapa una sonrisa torcida. No sé si divertida o resignada. Quizá un poco de las dos cosas.

Una ojeada al baño, nuevecito y moderno, me hace ver que también le ha dado su toque. Aunque ya me parecía bonito antes, ahora es como más suyo, más... vistoso. Una alfombra en forma de flor cubre el suelo, a juego con las que ha pegado decorando el espejo, en los mismos tonos que las toallas. Amplió mi sonrisa y, de pronto, la pierdo.

Eso, lo sucedido con el baño, fue un impulso para el que no encuentro explicación. Y algo que nunca le confesaré a Laura. Cuando, aquel primer día que me la encontré en el bajo de mis padres, más tarde, me enteré de que ella era la inquilina de Miriam, me molestó muchísimo saber que iba a vivir en un lugar en el que el baño era viejo a rabiar y tan feo que hasta resultaba claustrofóbico. Ella necesitaba cosas bonitas a su alrededor, se las merecía, de hecho. Así que, sin barajar si aquello era sensato o no, me encontré proponiéndole a Miriam cambiarlo gratis, convenciéndola con el argumento de que era un regalo para la cuñada que había estado ahí en los momentos más difíciles de mi vida. Y sonsacándole la promesa de que nunca revelaría aquello, aunque sé que eso la sorprendió bastante. Supongo que, cuando alguien hace un obsequio, sobre todo de esas características, lo que espera es algún tipo de agradecimiento. No era mi caso. Yo solo quería que ella estuviese a gusto sin saber que yo había ayudado a ello.

Es más, tuve que frenarme para no cambiar también el antiguo parque. O tirar la mayoría de los muebles por la ventana y hacerme con otros. Pero hasta yo sabía que aquello pecaría de exagerado.

—Anda, cuánta variedad —comento una vez delante de la cafetera, viendo todas las cápsulas de colores colocadas en fila en un objeto para ello.

—Venían con la cafetera. Son muestras.

—Pues venga, sé buena y hazme uno, por favor. He salido de casa sin meterme nada en el cuerpo.

Ella me mira durante un buen rato, me estudia. Pero acaba por resoplar y darme un pequeño empujón para ocupar mi lugar y comenzar a preparar el café. Que, más que una excusa para seguir aquí, es verdad que me apetece un mundo.

Mientras el líquido gotea dentro de la taza, echo un vistazo a mi alrededor y me froto las sienes, de donde el dolor aún no ha desaparecido del todo. Aunque eso no impide que sonría orgulloso.

Es increíble lo que ha conseguido en tan poco tiempo. La cocina, espartana y bastante anticuada, está llena de esos detalles que llevan su nombre. Botes y latas de colores sobre la mesa amarilla, contra la pared, en la que ha colgado casi una docena de cuadros diminutos que representan frutas distintas. Tazas y platos a juego dentro del antiguo chinero que hay al lado de la ventana. Una enorme cesta de mimbre que usa como verdulero en una esquina. Y la nevera... llena de imanes, algunos de ellos sujetando notas, dibujos y... a saber.

Realmente, esta chica tiene un don... El don de...

—Bébetelo rápido, que tienes que recoger a las niñas —interrumpe Laura mis pensamientos, tendiéndome la taza de malas maneras. Una verde con un cerdo dibujado, que observo arqueando una ceja y preguntándome si eso es alguna clase de indirecta.

—Bonita taza —ironizo antes de llevarme la bebida a la boca.

Su reacción es poner los ojos en blanco antes de darme la espalda para meter en la cafetera otra cápsula para ella. Me apoyo en la mesa y saboreo el mío con calma, disfrutándolo. Está buenísimo, pues hasta le ha echado el azúcar justo a mi gusto. Y que recuerde ese dato me hace sonreír como un bobo.

Cuando Laura se da la vuelta con su café en la mano, nos dedicamos a tomárnoslo en silencio. Ella mantiene los ojos clavados en su brebaje, aunque, de vez en cuando, me echa rápidos vistazos que después trata de disimular. Yo sí la observo, sin preocuparme en ocultar que lo hago. De hecho, me gusta hacerlo. En un momento dado, Laura vuelve a tirar de su camiseta y hace una mueca rara. Sé que no está cómoda con la situación, pero eso, no sé por qué, hoy me halaga en vez de fastidiarme. Se me escapa una sonrisa maliciosa que no quiero ni puedo evitar.

—¿Qué? —Laura pone los brazos en jarras al verla—. Termina de una vez y vete. ¿No tenías prisa?

—Sí. —Le doy otro trago a mi café y dejo la taza sobre la mesa antes de ser del todo sincero—. Por verte.

—¿Qué? —Abre mucho los ojos y hace el amago de echarse hacia atrás sin moverse del sitio, pues ya está pegada a la encimera.

—Sí, Laura. Quería verte, ¿por qué te resulta extraño? No será porque no llevo intentando...

—Vale. Pues ya me has visto, ahora...

—Ahora vamos a hablar. Quiero...

—Joder, qué empeño te ha entrado con hablar, chico —vuelve a interrumpirme ella—. Ni que fueses un político. Yo no tengo nada que decirte. Nada. Así que...

Se calla cuando yo la encierro con mi cuerpo, colocando mis manos a sus costados, contra el mármol que rodea el fregadero.

—Laura, yo quiero... —suspiro y empiezo de nuevo—. Yo necesito...

—Yo lo que necesito es que te apartes. ¡Ya!

—¡Joder! ¿Puedes escucharme de una santa vez? —le pido, pero alzando las manos y separándome de ella para concederle ese espacio que parece precisar tanto.

—No, Rubio. No me interesa lo más mínimo lo que tengas que decir.

—¡Pues yo creo que sí! —insisto—. No podemos...

—¡Déjame en paz! Por favor, déjame en paz. No me hagas esto. ¡Vete, Rubio! —grita y me empuja el pecho con las dos manos.

Y yo me aparto más, hasta chocar con la mesa a mi espalda, pero no cedo en lo de irme. No sé muy bien por dónde comenzar a explicarme, o a preguntar, pero sé que tengo que hacerlo. No podemos seguir así. Ignorándonos, haciendo ver que entre nosotros no sucede nada. Estoy en ese punto en el que me da tanto pavor ponerle nombre a lo que nos pasa como tratar de negarlo. En ese punto en que no sé ni lo que quiero, joder. Lo único que sí sé es que quiero estar aquí. Con ella.

—Laura —suspiro—, no sé qué me...

—¡Que no quiero oírte, joder! ¡Ni verte! —vuelve a chillar, fulminándome con la mirada. Cuando continúa hablando, sus palabras son tan mordaces que hasta rechina los dientes—. Lárgate. Ahora que no hay mucha gente por la calle. ¿O no te importa que te vean salir de aquí? No estamos viviendo juntos, ya no tenemos excusa para...

—Para, Laura, estás diciendo tonterías, no...

—¿Tonterías? ¿Dónde quedó aquello de que nadie podía saber nada de lo nuestro, Rubio? Ayer bailas conmigo en el Pantera y hoy te ven salir de aquí. Oh, de qué jugosos rumores vas a ser protagonista.

—¡Laura, ya! Ayer bailamos algo así como medio minuto después de que lo hicieras con medio bar. No creo que...

—Oh, ¿y eso son celos? —se burla—. ¿Por eso la insistencia? ¿Fue más fuerte tu ego que la vergüenza de que te vieran tan cerca de mí?

Ahora el que rechina los dientes soy yo.

—Nunca me avergoncé de estar contigo, Laura.

—¡Vete a la mierda, Rubio! Claro que lo hiciste, por eso...

—¡Mierda la que vamos a sacar de entre los dos ahora mismo, si eso es lo que quieres! No se trataba de vergüenza, ni de nada parecido, solo que ambos tenemos gente a la que respetar, ¿no crees? Eras mi cuñada, joder. No era fácil. ¡Si tú eras la primera en ponerte como una loca cuando creías que nos podían pillar!

—¡Por ti! ¡¡Por ti, joder!! ¡Solo por ti! Porque temía que, si nos descubrían, te alejaras. Y porque respeto a esa gente de la que hablas, y por nada del mundo quería que se enterasen así. ¡Yo siempre quise algo más! ¡Siempre! —Entrecierra los ojos y prosigue en un tono bajo, lleno de rabia—. Y no era tu cuñada. Soy tu cuñada, Rubio.

Frunzo el ceño, más enfadado de lo razonable. Pero, aun así, soy capaz de obviar sus últimas palabras y me centro en lo importante.

—Sí, ahora sé lo que tú sentías. Pero en aquel momento no, Laura. Yo no leo mentes. Yo únicamente te creí cuando me decías que querías lo mismo que yo.

Al menos, tiene la decencia de mostrarse abochornada ante lo que he dicho. Porque, aunque solo sea en eso, tengo la razón. Baja la cabeza y se muerde el labio inferior con fuerza. Y cuando encuentra el valor de mirarme otra vez, sus ojos están tan húmedos que maldigo entre dientes.

—Hostias. Joder. No llores. No se te ocurra llorar.

—¿¿O qué?! —Y la furia opaca la tristeza, lo que prefiero sin dudas.

—¡La Virgen, Laura! No he venido hasta aquí para echarnos cosas en cara. Ni siquiera me molestó que se lo contaras a Nela. Yo lo...

—¿Cómo...? ¿Cómo sabes eso?

—Lo sé y punto. No importa. —Niego también con la cabeza.

—¿Quién te ha abierto abajo? —pregunta, de pronto, con los ojos entrecerrados.

—Miriam... —suspiro—. Me vio con las cajas y... —Sin ser consciente, camino los escasos pasos que nos separan y quedo justo frente a ella—. Y eso tampoco importa una mierda.

—¡Aléjate, Rubio! No me busques, que...

—¿Que qué? ¿Que te encuentre? Pues genial, Laura. Porque yo me muero por besarte, joder —digo sin pensar, solo dejándome llevar, casi aturdido ante su presencia.

No lo espero. En la vida. Pero, de repente, me veo de rodillas en el suelo, con las manos en los huevos y un dolor atroz recorriendo mi entrepierna. Inhalo mucho aire, agradeciendo a todos los santos que no haya empleado toda su fuerza, ya que sé con seguridad que algo se ha controlado o ahora sería un eunuco.

—Jesús... —suelto al exhalarlo. La puta, cómo duele.

Levanto mi mirada hacia ella y veo que se ha movido contra la pared de al lado de la puerta. Su pose es recta y altiva, pero, desmintiendo eso, sus ojos me miran preocupados mientras sus manos, entrelazadas a la altura de su barbilla, tiemblan un poco.

—¿Te...? ¿Te duele mucho? —me pregunta un rato después, cuando el dolor comienza a remitir un pelín.

Carraspeo y respiro hondo con la boca formando una o perfecta.

—Un poco, sí —jadeo. La madre que la parió.

Pasa por mi lado sin rozarme y abre el congelador, tirando a mis pies una bolsa de guisantes congelados.

En otras circunstancias, creo que me daría la risa. Sin embargo, en este momento lo miro como si se tratase de una serpiente enroscada en el suelo. Pero... ¿qué coño? No voy a ponerme algo congelado... ahí. Ni de coña, vamos.

Me tomo un minuto o más antes de atreverme a levantarme y me siento en el primer taburete que encuentro. Hago una mueca ante un último latigazo, recuerdo de su rodillazo, y me acomodo antes de pasear mi mirada desde los guisantes, que siguen en el mismo sitio, hasta su cara.

—¿Qué haces tú con eso en el congelador? ¿Ahora vas a dedicarte a guisar? —me escucho decir.

Ella abre los ojos como platos.

—¿Acabo de patearte las pelotas y eso es lo único que se te ocurre decirme? —dice, cruzándose de brazos.

Y joder, qué razón tiene. Esto excede lo surrealista. Ella, tan menuda, tan bajita, acaba de patearme las pelotas, algo que, por otra parte, quizá me merecía hace tiempo. Y yo... Yo solo puedo pensar en arrancarle esa camiseta horrorosa que lleva puesta. Dios... Una sonrisa estúpida se instala en mi cara por voluntad propia.

—¿Y ahora por qué coño sonríes? ¿Te va el sado? —ataca de nuevo, furibunda.

Joder, qué carácter. ¿Cómo es posible que me ponga tanto? Es que me encanta, coño. Esta chica me encanta.

Y quizá la tensión ante ese descubrimiento que no es tan nuevo, lo ridículo de la situación, el miedo que quiero ignorar pero que me recorre entero, el deseo voraz que ella me provoca... Quizá todo eso afecta a mi sistema nervioso, porque soy el primer sorprendido, pero me encuentro tratando de disimular la risa. Sin mucho éxito.

Claro que las ganas de reírme se me cortan en seco cuando ella, tras mirarme pasmada, menea la cabeza y sale de la cocina.

Mierda. ¿Qué cojones me pasa? No me reconozco ni yo. Cada día me parezco más a ella, en serio. ¿Desde cuándo soy tan impulsivo y digo y hago lo primero que se me pasa por la mente, eh? ¿Desde cuándo?

Exhalando hondo, recojo la taza del café y voy tras ella, para seguir comportándome de esta manera tan extraña en mí. Quiero ser sincero con ella, a ver si así logro serlo conmigo mismo.

Laura

Por Dios... Y luego creo que yo estoy mal. Él está peor, joder. Mucho peor. Se presenta aquí con una mala excusa, que tonta no soy. Nos gritamos como locos después de que yo sacara a relucir lo que prometí callarme, sobre todo después de la barbaridad que le solté anoche. Quiere hablar... ¡Él quiere hablar! Y pasa de aullar del dolor a burlarse de mis dotes culinarias, a sonreír como un tonto y ahora... Ahora ahí lo he dejado, riéndose. Pero... ¿en qué piensa? ¿Qué coño le sucede?

¿Le habré dado demasiado fuerte y le ha afectado? Ya se sabe que justo donde he golpeado se dice que tienen su segundo cerebro. A lo mejor...

Me sacudo esos pensamientos tan estúpidos, motivados por lo confusa que aún estoy ante su reacción y lo poco orgullosa que me siento de mis arrebatos violentos. Es que ni lo pensé. Solo quería liberarme, alejarlo... Levanté la rodilla y... Ay, Dios, que a este paso solo me falta la catana para parecerme a Uma Thurman en *Kill Bill*. Ayer ataqué a Angelines, hoy a él...

«Eso. Controla, Laura, por el amor de Dios».

Enciendo la tele y cambio de canal sin ver nada de lo que dan en ella. A ver si ignorándolo coge la indirecta y se larga de una vez, que está visto que a Chema las directas le resbalan. Pero no es tan fácil obviar que él está ahí, a un paso de mí.

Oh, no. Lo de un paso se ha convertido en literal, porque Chema entra en el salón, se sienta a mi lado y apoya su café en la mesa como si esto fuese una escena habitual.

—Vete, Rubio —siseo, repitiendo la frase del día, sin mirarlo siquiera.

—Contigo me pasa algo muy raro, Laura —dice, y capta toda mi atención. No se lo demuestro, con la vista clavada en la tele, pero mis oídos, esos traidores, son todos para él—. Sobre todo desde que volviste. Yo... Yo, no sé... Me gustas.

Ahora sí lo miro. Desde luego que lo hago. Y si pudiera, lo asesinaría con los ojos.

—¿Te gusto? ¡Desde luego que te gusto, Rubio! Eso me lo dejaste claro cada vez que me follabas —espeto sin filtro alguno—. No me digas que tú acabas de descubrirlo. Dios... Eres gilipollas.

Sé que mis palabras le afectan, porque aprieta las manos sobre su regazo y tensa la mandíbula, pero, cuando vuelve a hablar, su tono es comedido, apaciguador.

—Bueno... Veo que tu autoestima no ha sufrido daño alguno. Que...

Giro mi cuerpo para enfrentarlo.

—No, mi autoestima está perfecta, pero no gracias a ti. Mira, Rubio, no sé qué pretendes con todo esto, pero...

—¡Pretendo entender! Tú... Tú me descolocas. No sé... No sé qué me pasa contigo, ¿vale? Siempre parece ir un paso por delante, siempre parece saberlo todo, pero, en el fondo, no sabes nada. Es... frustrante, joder.

—Ahora la que no entiende soy yo. ¿Qué quieres decir?

Él, con un codo sobre su muslo, se frota las sienes y luego lleva esa mano hasta su nuca. Suspira y se pone derecho, cambiando totalmente de actitud.

—Nada. No importa. Olvídalo. Estoy confundido, ya se me pasará. Ya...

—¡Joder! ¿Qué coño se te pasará? —demando, porque, si hay alguien aquí frustrado, soy yo.

Él me observa durante unos segundos, paseando sus ojos por mi cara, reflexivo, y me pone más nerviosa de lo que ya estoy. Porque, Dios, juraría que en ellos hay miedo. O algo parecido. Flaqueza. Vulnerabilidad.

—Te he traído tu ropa y los papeles que guardabas en el escritorio. Solo me he quedado con

una cosa. Con los planos de mi casa y con los diseños que hiciste para ella —comenta, cambiando de tema y haciendo que tenga ganas de matarlo y de morirme, todo al mismo tiempo. Porque que haya descubierto eso me avergüenza lo indecible.

—Yo... Esto... Los hice por pasar el rato. Supongo que tenía demasiado tiempo libre y... —comienzo a excusarme. Y luego freno en seco, cabreada por hacerlo—. Me imagino que te enfadarías muchísimo al verlos, ¿no?

—No. No me enfadé. Quizá si los hubiera encontrado al principio de irte, lo habría hecho. Pero fue hace poco. Muy poco. Y más que molestarme, me extrañó.

—Ya. —Y, como hasta lo entiendo, continúo con sinceridad—. Bueno... Si te gustan, puedes usarlos con libertad. Terminaste la casa. —La última frase la digo en un susurro. No sé ni por qué.

—Sí. Y, de hecho, quiero usarlos. Y pagarte por ellos.

—No, no, no. De eso nada. No voy a cobrártelos.

—Pues deberías. Son increíbles, Laura. Y me has hecho un gran favor. No sabía cómo amueblar la casa... —se queda callado, baja la cabeza y, cuando busca de nuevo mis ojos, los suyos brillan de una manera especial—. En realidad..., el salón sí sabía cómo lo quería. ¿Cómo...? Dios, Laura, el salón que tú... es igualito a... —Coge mucho aire y lo suelta casi a la vez que sus últimas palabras—. Pusiste un piano.

El corazón me retumba tan fuerte que temo que lo oiga. Intento controlar mi respiración para que no note lo difícil que esta conversación es para mí. Carraspeo y aparento una indiferencia que no siento cuando me atrevo a contestarle.

—Sí, me dijiste que tocabas, ¿recuerdas?

—Sí. Lo recuerdo. Pero no solo es eso. Es... todo. ¿Cómo sabías...?

—¿Cómo sabía qué? —Y me arrepiento de esa pregunta en cuanto abandona mi boca.

Él niega con la cabeza, y yo suspiro de alivio.

—Nada. Es una tontería. Es... de locos. —Se echa a reír. Una risa sarcástica, que duele oír—. Contigo todo es de locos, ¿verdad? ¿Qué vamos a hacer, Laura? ¿Qué podemos hacer?

—No sé... No sé a qué te referes.

«Genial. Y ahora eres tan cobarde como él, Laura. Genial».

Ay, Diosito. Una tregua, ¿vale? Provócale un retortijón o algo y haz que se vaya, por favor.

—Sí lo sabes. Tuviste la valentía para reconocerlo cuando nos reencontramos a tu vuelta, no rectifiques ahora. ¿Qué vamos a hacer con esto que sentimos?

Cojo mucho aire y lo dejo salir muy despacio. Este hombre va a matarme. Va a acabar conmigo, de verdad.

—¿Y qué...? ¿Qué sentimos? —me arriesgo a preguntar, porque está visto que él no va a irse sin hablar de ello.

Él se inclina hacia mí. Me mira intensamente y levanta una mano que acerca a mi mejilla, para acariciármela con los nudillos.

—Esto, Laura. Sí, yo también lo noto. Es superior a mí. Es como si...

Sus labios rozan los míos, haciéndome cosquillas con ese último «sí» pronunciado. Me quedo muy quieta, sin saber ni cómo reaccionar. Sé que tengo que apartarlo, que no puedo volver a caer de nuevo, que... Que su contacto sienta demasiado bien, joder.

Se me escapa un gemido cuando captura mi labio inferior y lo succiona. Y, cuando su lengua se interna en mi boca, lo dejo hacer. No recordaba el poder de estas sensaciones, estas que me anulan, que me convierten en arcilla en sus manos. Sin ser consciente de que he comenzado a hacerlo, me encuentro participando en el beso. En ese beso que ha empezado dulce y suave, pero que se convierte a cada segundo en más ansioso, en el alimento que sustenta nuestras ganas,

nuestra necesidad. Que nutre ese deseo del que ninguno de los dos aparenta librarse jamás.

«Escucha a tu corazón».

Las palabras de María pasan por mi mente y luego... desaparecen. Pues eso es lo que estoy haciendo. Dejarme llevar por él. Porque besar a Chema no es igual a besar a otro. Por muy bien que bese ese otro. Con él siento que cada milésima parte de mí interviene en algo tan simple como la unión de nuestras bocas. ¿Simple? Ja. Ahí está la diferencia. Con él no tiene nada de simple. Se implica todo mi cuerpo. Desde mi corazón, que se ensancha hasta el extremo de resultar doloroso, hasta esas partes más carnales que despiertan endureciéndose y humedeciéndose al instante. Tal como si tuvieran un puto interruptor.

Chema mantiene una mano en mi nuca, con la que me sujeta contra él, mientras la otra, apoyada en uno de mis muslos, sube despacio y se interna dentro de mi camiseta, recorriéndome el costado en busca de mis pechos. Mi pezón se contrae bajo su pulgar y mi boca se abandona un poco más, presa de la suya. Resulta tan inquietantemente natural hacer esto... Estar en sus brazos. Saborear su saliva. Beber de su aliento. Disfrutar de sus caricias. Esto no puede estar mal cuando mi cuerpo llora por él. No puede estar mal cuando los dos lo sentimos, no puede estar mal...

Mientras dure. Luego vendrán de nuevo las lágrimas. El pesar.

¡Madre mía! Voy directa contra un muro a cien kilómetros por hora, joder. Acelerada, encendida y apabullada. Para acabar lastimada. Muy lastimada.

El recuerdo de cómo llegué a Oviedo, el de aquellas semanas horribles, el de la humillación que yo misma me provoqué, me impulsan a alejarlo. Desquiciada, lo empujo, manoteo, me escabullo, pongo fin a esta locura.

—¡No! ¡No, por favor! ¡Otra vez, no! ¡No!

—Laura...

—¡Ni Laura ni hostias! ¡Vete, sal de aquí! ¡Lárgate! —grito, poniéndome en pie y limpiando mi boca con el reverso de mi mano, a ver si así puedo desprenderme de su sabor, de la excitación que todavía hace temblar mi cuerpo.

—No, escucha. —Se aproxima, pero doy un paso atrás—. Por favor... Intentémoslo. ¿Qué podemos perder?

—¿Qué? —Me quedo estática, perpleja. Esperanzada pero desconcertada ante sus palabras.

—Quiero descubrir si esto es algo más, Laura. Si tú... Si yo... Joder, necesito saber si lo nuestro puede funcionar, porque ya no encuentro otra opción. Ignorarlo no procede, ¿no crees?

—Tú quieres... quieres... ¿Qué es exactamente lo que quieres? —cuestiono, porque necesito oírlo con claridad.

—No sé... Estar juntos. Ver a dónde conduce esto. Prometo ser sincero, intentar por todos los medios no hacerte daño.

—¿Tú...? Tú... ¿estás seguro de que eso es lo que quieres? ¿Estar conmigo? ¿Juntos? —trato de asegurarme, aturdida y a punto de vomitar las tripas. Mi corazón... Ese va por libre, bailando la conga dentro de mi pecho.

—Yo... Yo lo único que sé es que tú me haces sentir, Laura. Contigo... siento. Estoy vivo. Solo... Solo te pido una cosa. Solo una.

—¿El qué? —Y mi estómago, descompuesto desde hace un buen rato, creo que sabe la respuesta de antemano, porque se contrae hasta el dolor incluso antes de que hable.

—Ir despacio. Dame tiempo. Primero quiero saber si...

—Define despacio —pido, tensa. Muy tensa.

—Pues... Ya sabes. —Chema baja la mirada al suelo y se mesa el cabello hasta que se lo deja de punta. Suspira sonoramente y clava sus ojos en los míos casi con desesperación—. No sé cómo

decírtelo. Vas a...

—¿Quieres pasear de la manita durante unos meses antes de tener sexo? ¿Quieres invitarme al cine y tener conversaciones profundas para conocernos mejor? —ironizo. Porque sé por dónde va y me dan ganas de emprenderla a tortazos. Siempre es mejor que llorar. Porque, de empezar, tengo miedo a no poder parar.

—Laura, por favor... No hagas eso. No te burles.

—Aquí el único que se está burlando eres tú, Rubio. ¡De mí! ¿Es que no has aprendido nada, joder? ¿Es que lo he soñado, o no acabamos de tener esta conversación hace un rato en la cocina? ¿Es que no te lo dejé claro el otro día?

—Sabía que ibas a malinterpretarme, joder. Y yo... Yo necesito tiempo antes de que se sepa.

—Debe de ver mi cara descajada, porque continúa muy rápido—. Solo hasta saber con exactitud si funcionamos, Laura. Por las niñas, piensa en ellas. No quiero ilusionarlas y que luego...

—¿Y que luego sufras una de tus paranoias? ¿Que te dejes llevar por tus pajas mentales y me apartes como si fuese un clínex? ¿Algo de usar y tirar? ¿Hasta cuándo vamos a estar juntos a escondidas, Rubio? —Y, llegados a este punto, chillo de impotencia—. ¡¿Hasta el siguiente aniversario de la muerte de Clara?! ¡¿Hasta vuestro aniversario de bodas?! ¡¿Hasta su cumpleaños?! ¡¿Hasta que te aburras de mí y decidas que quieres probar con otra esta mierda de experimento?! ¡Pero tú... ¿de qué coño vas?!

—No, no es eso. ¡Por Dios, concédeme el beneficio de la duda, ¿quieres?!

—¡¿El beneficio de la duda?! ¡¿Cuál es la duda, Rubio?! ¡¿Cuál?! —Pierdo las fuerzas, esto es demasiado. Ha vuelto a hacerlo, joder. Ha vuelto a convertirme en alguien débil, ha vuelto a pisar mi orgullo, mi dignidad. Y no puedo consentirlo. Ya no más. Me tapo la cara con las manos, tragándome las lágrimas que por nada del mundo quiero derramar en su presencia. Y cuando siento su contacto en uno de mis brazos, pongo distancia entre los dos y lo miro de nuevo—. Es muy fácil, Rubio. O quieres estar conmigo o no. No voy a conformarme con lo que tuvimos. Nunca más. Nadie va a volver a esconderme, como si fuese una deshonra... No, Chema. Olvídalo. Lo que me pides es... absurdo. Es humillante, joder.

—No, Laura, no quiero humillarte. Ni me avergüenzo de ti. De verdad. No, no es eso... Yo... Yo únicamente quiero estar seguro, saber que...

Levanto los brazos al aire y los dejo caer con fuerza.

—¿Estar seguro? ¿Saber? ¡¿Qué coño quieres saber?! ¡Vivimos juntos, por el amor de Dios! Y a pesar de todo por lo que pasamos, de todo lo que sufrimos intentando ignorar lo que sentíamos el uno por el otro, no nos matamos. Yo seguí queriéndote pese a nuestras discusiones, a nuestros cabreos. ¿Cuántas parejas crees que han pasado por una prueba así, eh? ¿Cuántas? ¿Y tú quieres estar seguro de que lo nuestro puede funcionar? —Cojo mucho aire y, agotada, bajo el tono—. Si ya no lo estás, no vale la pena. Olvídame. Vete. Yo puedo vivir sin ti, ya te lo dije en su momento.

Se acerca a mí. Demasiado. Me sujeta los brazos y se inclina hasta que coloca su cara frente a la mía.

—Laura, por favor. Danos una oportunidad. Lo que nos pasó antes te hace ver un problema donde yo...

—¡Tú, sí! ¡Tú! ¡El problema has sido siempre tú! ¡Que nunca sentiste por mí todo lo que yo quería! —le grito, tan cerca que nuestros labios casi se rozan—. Y ni siquiera puedo culparte. En el fondo, tienes razón. La única que escondió la verdad fui yo. Tú siempre fuiste cruelmente sincero.

Él se aparta un paso y me eleva con su mano la barbilla.

—Y ahora también lo soy. Ojalá pudiera darte más. Dártelo todo. Pero... ¿y si esto no es...?
—no acaba la frase, cierra los ojos, me suelta, da otro paso atrás y se lleva las manos a la nuca—. Necesito tiempo, Laura.

—Y yo necesito eso que tú no puedes darme. Lo necesito todo, Chema.

—Eso... Eso es muy egoísta de tu parte. Si de verdad me quieres...

—¿Ahora me manipulas? ¿Me chantajeas? —Me río. Me río por no llorar, aunque mi risa sea más desagradable que un estallido de llanto. Y aunque él niega con la cabeza y comienza también a hacerlo en voz baja, yo continúo, sin freno—. ¿Y yo soy la egoísta? ¿Qué cojones te pasa? ¿Aún sigues enamorado de mi hermana? ¿Es eso? ¿Por eso quieres probar a ver si yo puedo hacerte olvidarla? ¿O, como me dijo tu madre, es imposible que puedas quererme un poco después de haberla querido a ella?

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? Que mi madre... ¿qué?

—Pero que era buena para un polvo, eso sí —prosigo, ignorando sus preguntas, sorprendidas y casi horrorizadas—. Bueno, en el fondo sois iguales. Tú eso también lo piensas, ¿verdad? Que para eso sirvo, así, a escondidas... Claro, supongo que te resulta más cómodo que irte a un puticlub.

—¡Joder! ¡No digas eso! ¡A mí me importas, Laura! ¡Mucho! Es solo que...

—Que no te importo lo suficiente. ¿Sabes? Pensándolo bien, ni siquiera hay nada que intentar, no funcionaría. Me niego a ser la segundona. Odiaría cada instante de mi vida, pensando siempre si estás comparándome con ella. Adiós, Rubio.

Y sin soportar mirarlo ni un segundo más y no romperme, corro a mi cuarto, donde me apresuro a pasar la llave. Me tiro sobre la cama aguantando las ganas de llorar y trago saliva hasta que me duele la mandíbula, hasta que el acto en sí se me hace casi imposible. Pero lo consigo. No lloro. Ni siquiera cuando he tenido que taparme la cabeza con la almohada para no oírlo llamarme y hablarme al otro lado de la puerta.

Yo ahora soy fuerte. Yo no puedo ni quiero llorar más. No puedo dejar ganar de nuevo al dolor. Tengo a mis niñas... Un negocio entre manos. No me voy a hundir. No, no voy a hacerlo.

Y me convengo de que esas traviesas lágrimas que mojan mi cara, un buen rato después de que Chema se haya ido, solo son producto de la rabia. De la que siento hacia mí, porque todo lo que le he dicho ha sido casi imponiéndomelo. Porque he estado a un paso de aceptarlo todo y correr a sus brazos. De convertirme en alguien que no quiero ser. Tanta rabia siento que tengo ganas de volver a patearle las pelotas. ¡Gilipollas!

«De menudo gilipollas te has librado, Laura».

—¡De menudo gilipollas me he librado, joder! —grito como una loca.

Sí, Chema es un gilipollas. Un capullo. Egoísta y cobarde.

Qué pena que también sea el amor de mi vida.

CAPITULO 32

Chema

Vergüenza. Es tanta la vergüenza que siento que las siguientes semanas intento por todos los medios no coincidir con Laura.

Vergüenza. Pero no hacia ella, como cree. Sino hacia mí mismo.

Vergüenza y decepción. E ira. Y miedo. Miedo a haber perdido la oportunidad de volver a ser feliz, como ya una vez me dijo ella. Como también me repitió Nela.

Sí, porque lo que le dije era verdad. Con ella me siento tan vivo que todo se magnifica. Los cabreos son desmesurados, las risas son hasta las lágrimas, el deseo es... tan inmenso que me muero por tenerla. En cualquier lugar. En cualquier posición. Pero tenerla. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de ella y yo, desnudos, entrelazados, gimiendo. Es casi demencial. Una obsesión, joder.

Y de las obsesiones uno tiene que huir. Por eso me he mantenido todo lo lejos de ella que me permiten las circunstancias. Entregándole a las niñas con la presteza de un repartidor de Secur, recogéndolas sin apenas mirarla, hablándole lo justo y necesario para no resultar maleducado. Más que nada, por no sumar puntos a mi estupidez. Y también para disimular delante de la gente lo que ella me causa.

Como hace ella. Que a actriz no hay quien le gane, joder. Fría, distante, a veces perturbadoramente encantadora... Solo para provocarme un poco más, supongo.

Que me lo merezco. Vaya si me lo merezco. ¿Cómo he podido caer de nuevo en lo mismo? Proponerle otra vez lo que ahora sé que le molesta tanto. Que la hace sentirse mal, poca cosa... Una segundona, dijo. Ella nunca será eso para nadie. Es demasiada Laura para ello. Ella, en todo caso, será la mujer con la que se puedan comparar las otras.

Y como este pensamiento deja en muy mal lugar mi amor por Clara, lo alejo, como hago siempre.

«Porque estás cagado, Chema. Pero tan cagado que empiezas a oler».

Sí. Estoy tan asustado como un niño de tres años sin nadie en casa. Perdido. Acobardado. Y tan solo... Porque esto ni siquiera lo puedo hablar con nadie. No me lo permito, me abochorna. Así que me aparto. De ella y de todos. Rechazando en dos ocasiones la invitación de ir a cenar de Nela y Colás, que han convertido su casa en el punto de encuentro de forma habitual. Parando lo mínimo en casa de mis suegros. No asomándome a no ser que sea absolutamente necesario al local, donde con toda probabilidad está Laura, que pasa allí más horas de las recomendables. Hasta estar con las niñas se me hace cuesta arriba. Supongo que tendrá mucho que ver el hecho de que, de cada dos frases, en una nombran a su tía. Joder, es que este pueblo es demasiado pequeño para los dos. O demasiado grande si yo no le echo los cojones suficientes.

Pero no puedo. Me bloqueo. Tengo tanto pánico a equivocarme que acabo metiendo la pata hasta el fondo. Y eso cuando me atrevo a confesar lo que quiero. Lo que siento. Porque lo normal es que, cuando las cosas se ponen intensas, mi primera reacción sea dar un paso atrás.

Y, mierda, estos últimos días he dado tantos pasos hacia atrás que, como siga así, voy a terminar en Cádiz. En la otra puñetera punta del país.

Así que solo me queda el trabajo, en el que me he volcado a destajo, haciendo más horas extras que nunca.

Claro que mañana no será uno de esos días. Es el cumpleaños de Llara y pretendo salir incluso un poco antes. Mi hija no tiene por qué pagar que su padre sufra un trastorno mental con nombre de mujer.

—Espera, un segundo. Así, ya la tengo —dice Colás por el lado de fuera de la casa, ayudándome a encajar la ventana en el hueco para ella.

—Perfecto. Voy a calzarla y luego te paso la espuma para que se la echas.

—OK.

Estoy concentrado nivelándola y ajustando las cuñas cuando escucho a Colás hablar de nuevo, esta vez con la cara girada hacia Tobías y Luis, que cargan escombros en un tractor a un par de metros de distancia.

—Oye... ¿Estás bien?

Dejo de hacer lo que estoy haciendo y yo también miro hacia allí. Observo como Tobías se frota con ganas la parte trasera de su muslo izquierdo.

—No sé... Llevo unos días... Será la ciática —contesta el chico frunciendo el ceño.

Yo lo imito y lo miro muy serio.

—¿Ciática? Pues deberías ir al médico.

—No, hombre... No es para tanto.

—Bah. Este lo que tiene es mucho cuento —se burla Julián muy cerca de él, mientras limpia la hormigonera—. Qué ciática ni qué ciática. Si ya se sabe que los niños no sufren de eso. Te habrá dado un tirón.

—Ay, qué gracioso el vejstorio este —suelta Tobías recuperando su pala.

—Bueno —prosigo yo—, cualquier cosa...

—Es que eres un cagón, Tobías —me interrumpe Julián dándole caña al chaval—. Si puedes subir con Elsa al mirador, puedes palear, tío.

—Bueno... Tampoco es lo mismo. —Sonríe con picardía el aludido—. Es ella la que suele llevar la batuta, ya me entiendes, yo solo tengo que permanecer sentado.

—Claaaro... Que tenerla cabalgando sobre los muslos debe de ser mano de santo si tienes el nervio ciático tocado —se chancea ahora Luis.

Se me escapa una sonrisa al mismo tiempo que Julián rompe a reír a carcajadas.

—Vaya... Paténtalo como rehabilitación, Tobías —se cachondea entre risas.

—Dejad en paz al chico —mete baza Colás con una maliciosa mueca en sus labios—. A ver si lo que vais a tener es envidia.

—Envidia, en todo caso, tú —replica su hermano—. No creo yo que Nela esté para muchos botes. —Y debe de imaginárselo, porque en cuanto acaba de decirlo se troncha aún más.

Colás cambia la mueca a otra que me hace reír a mí. Ay, pobre... Que le ha salido el tiro por la culata.

—¿Así que con Elsa? ¿Cuánto te va a durar esta? —dice muy rápido, imagino que intentando retornar la atención a Tobías.

—Bueno... No sé. Pero ya llevamos unos meses y estamos bien.

—Pues genial, Tobías, que esa a lo mejor te hace rico —interviene de nuevo Julián—. Recuerda lo que se dice, su padre no estaría preso por nada, ¿no? Seguro que tiene pasta en alguna cuenta en Suiza o así.

—No jodas, tío. No me digas que tú crees en esos rumores.

—Yo solo digo que cuando el río suena...

—Bah. Entonces Rubio también se ha tirado a Laura, ¿no?

Qué suerte que la ventana no tenga los cristales puestos, porque creo que, de haberlos tenido, habría reaccionado igual. Mi cabeza sale a través de ella como activada por un muelle, lo que hace que Colás tenga que apartarse un poco de mi ruta y que Tobías se quede paralizado ante mi mirada incendiaria.

—Esto... Es que... Hablábamos de rumores, ¿no? —comienza a defenderse el chaval, bastante colorado.

No emito ni una sola palabra, solo resoplo mientras meto mi cuerpo dentro y me encuentro con los ojos risueños de Colás, que aprieta mucho los labios y le presta una atención desmesurada a la ventana cuando yo lo fulmino con los míos.

Joder, con lo bien que iba todo. Había sido capaz de quitármela de la cabeza durante unos minutos, lo que me hacía buena falta, la verdad. Y han tenido que nombrarla. ¡Y en menudo contexto! Mierda.

Tengo que encontrar la manera de resolver este asunto, porque mucho me temo que no es una cuestión de tiempo. Solo que, cuando contemplo la solución, la descarto al instante, creyendo que no debo dejarme guiar por la lujuria. También porque la única conclusión a la que llego me acojona tanto como vivir así para siempre.

Es que lo quiere todo... Y yo no sé si puedo dárselo. No sé si estoy preparado y me mata pensar en hacerle más daño.

Joder, ¿qué coño hago? Es más, ¿soy capaz de hacer algo?

A veces pienso que ya he hecho demasiado. Y todo mal.

Entro en casa de mis padres apurado y famélico, después de un día de locos en el que todo parece haber salido mal.

—Ah, ya estás aquí —dice mi madre al verme, corriendo a calentar mi almuerzo.

No suelo comer en casa de mis padres ni de mis suegros a diario, más por una cuestión de orgullo que otra cosa, pero ya la había avisado de que hoy haría una excepción por tratarse del día que es. El cumpleaños de mi pequeña. De hecho, hasta me he traído una muda de ropa para ducharme aquí y salir directamente hacia la guardería. O ludoteca, como lo llaman ahora.

—Sí, se me ha hecho tarde.

—Bueno, llegarás a tiempo. Que, por cierto, eso de celebrarle una fiesta en ese sitio... ¡Qué modernidad, por Cristo! —Pega mucho los labios y niega con la cabeza—. Ni que no tuvieras casa, hijo. O no dispusieras de ninguna para celebrar el cumpleaños de tu hija.

—Mamá, no empecemos... ¿quieres?

Ella frunce la boca y entrecierra los ojos.

—En fin... Si yo no digo nada. ¿A qué hora acaba eso?

—La fiesta, mamá. La fiesta termina sobre las ocho.

—Bien. Pues nosotros nos acercaremos a esa hora o un poco antes, le damos el regalo a la niña y, si quieres, ya te acercamos a las dos a donde estés. Que supongo que será con toda la tropa en el bar de Paco, ¿no?

Aprieto la mandíbula y yo mismo saco el plato del microondas, y me lo llevo a la mesa con los cubiertos y un trozo de pan que cojo sobre la encimera.

—Sí, mamá, estaremos justo ahí. Ya de paso, recoge también a Sofí, por favor. —Debería dejarlo ahí, pero algo me insta a proseguir, molesto—. Y no sé por qué protestas tanto, eso de llegar a última hora y de estar un rato escaso lo haces siempre, independientemente de dónde sea el cumpleaños.

Ella hace oídos sordos a mi comentario y me acerca un vaso de agua antes de sentarse frente a mí.

—¿Y las niñas? —pregunto sin pensar, ya que sé la respuesta tan pronto me escucho. Pero mi

madre me lo aclara, por si las moscas y en un tono un tanto beligerante.

—¿Dónde crees tú que están, eh? Pues ahí, en el local, con su tía. Desde que ha regresado, las niñas comen a todo correr y luego esperan ansiosas a que llegue para meterse ahí con ella. Por el amor de Dios... Ni que no tuviesen más familia.

Suspiro con disimulo y parto un pedazo de pan.

—Está bien que pasen tiempo juntas, pero esto comienza a estar fuera de lo normal —continúa, sin caer en la cuenta de lo mucho que me agobia esta conversación. Bueno, en realidad, ella, que no para de despotricar—. No deja de ser su tía. ¡Una tía! La devoción que le profesan es exagerada. Además, Marta hasta empieza a actuar como ella. Se está convirtiendo en una deslenguada que no piensa antes de hablar. Habrá que ponerle remedio antes de que se nos vaya de las manos.

Me llevo a la boca un trozo de rape y lo trago sin apenas saborearlo, solo por mantener esta ocupada y no contestarle lo que pienso de sus palabras.

—¿No piensas decir nada, Chema?

—El *pixin* estupendo, mamá. Riquísimo, como siempre.

—Oh, por Dios... —Ella pone los ojos en blanco y se levanta a prepararse una infusión. Pero, cuando regresa a la mesa, retoma el tema—. ¿Ya has visto el cartel? ¡Vaya un nombre que le han puesto! Es... ordinario.

Vale, ya sé que no es exactamente el mismo tema, pero se trata de Laura, ¿no? O de algo relacionado con ella. ¿Es que no tiene otra cosa de la que hablar?

Suspiro y contesto, obligándome a hacerlo con calma.

—Pues no sé por qué piensas eso. Es un nombre asturiano, con fuerza y personalidad. A Lidia y a Laura les gusta su pronunciación y, como van a vender y a hacer un poco de todo, pues incluso le va bien a la tienda. —Y en verdad opino así.

De hecho, al ver el rótulo colgado, rojo, destacando contra la casa y con esa letra divertida y cursiva, no pude más que sonreír orgulloso. «Asgaya». A mí también me gusta mucho.

—Bah... A ti todo lo que hace esa chica te parece bien, por el amor de Dios. Siempre estás defendiéndola. Si le pusiera al negocio «Caca de la vaca», seguro que también encontrarías un argumento a su favor.

Me río porque es lo que me sale. Aunque sea resignado y un poco cansado de esto.

—Bueno... Al menos rima —ironizo, apartando el plato con la mitad de su contenido a un lado, porque mi madre, otra cosa no, pero quita el apetito como nadie.

—¿Ves a lo que me refiero? No puedes estar agradeciéndole toda la vida lo que crees que hizo por ti y por tus hijas, Chema. Reconocer que no es perfecta te vendría bien para...

—¿Para qué? —la interrumpo de no muy buenas maneras.

Ella aprieta la taza entre sus dedos y frunce el ceño.

—No sé... Pero quien te oiga...

—¿Quien me oiga qué? —repito, otra vez, comenzando a cabrearme—. Mamá, yo sé que Laura no es perfecta, no más que tú o yo. Pero tampoco tiene por qué serlo, ¿sabes? Es perfecta así, tal cual es. No quiero que sea de otra forma.

La veo abrir los ojos como platos y soy consciente, de repente, de lo que he dicho. Dios...

—Quiero decir que...

—Creo que ha quedado más que claro lo que has dicho, Chema. De la misma manera que yo sigo diciendo que Laura no es santo de mi devoción. Es demasiado...

—¡Ya! ¡Ya, mamá, déjalo aquí! Me importa un comino lo que opines sobre ella, algo que, por cierto, ya sé. Solo te pediría que respetaras un poco a la mujer que se desvive por tus nietas,

que...

—¿Y por ti? ¿También se desvive por ti?

Me pongo en pie y aprieto los puños a mis costados.

—No te permito que...

—Soy tu madre, no eres nadie para permitirme algo o dejar de hacerlo. Seguro que si Laura no fuese tan... tan llamativa... O vistiese más recatada, no...

—¡Hasta aquí, mamá! —grito, como nunca le he gritado—. ¡Estoy hasta los mismísimos de que le faltes al respeto un día sí y otro también! ¡Se acabó, ¿me oyes?! ¡No vuelvas a hacerlo! —Resoplo y me froto la nuca antes de proseguir muy rápido, cuando veo que ya abre la boca para replicar—. No te lo iba a comentar porque me parecía de muy mal gusto, pero ya que estamos... ¿Se puede saber cómo se te ocurrió decirle lo que le dijiste? ¡Eso fue demasiado ofensivo incluso para salir de ti, joder!

—¿Qué? ¿De qué hablas ahora? —casi bufá, sintiéndose ella la insultada.

—Lo sabes perfectamente. Eso de que después de Clara yo... Vamos, que era imposible llegar a... —Cristo, estoy tan furioso que no me salen las palabras, o quizá es que soy incapaz de pronunciar justamente esas. Esas que me hacen pensar demasiado—. Y lo otro. Que solo valía para... para acostarse con ella.

Mi madre resopla y también se pone en pie, mientras suelta la taza sobre la mesa con un ademán brusco.

—Yo no quise decir eso, como ya le expliqué a ella. Por la Virgen del Pilar, qué sensible nos salió la niña. Solo expuse un hecho, Chema. Uno que todo el mundo puede ver. Que es tan diferente a Clara que me resulta inviable que lo vuestro, de ser verdad los chismes, fuese... amor. ¿Cómo podrías querer a dos mujeres tan distintas, por Dios? Y lo otro... Pues... Hablábamos de los rumores, Chema, no fue nada que yo comentase sin un motivo, porque sí. Tú no dejas de ser un hombre y ella... Pues lo dicho, llamativa es, ¿no?

La miro con los ojos muy abiertos, asimilando cada una de sus palabras, reproduciéndolas en mi mente. Repitiéndomelas. Cuestionándolas.

—Y, a todo esto, ¿cómo te ha podido ir con ese cuento? ¡Y luego hablas de mí! ¡Eso sí es meter cizaña!

Ni le contesto. ¿Para qué? Es más, ni siquiera sé con exactitud qué ha dicho. Salgo de la cocina hacia el pasillo, con toda la intención de acercarme a la tienda. Pero, al pasar las escaleras, me encuentro con la pared que yo mismo he construido para cerrar el acceso. Esa pared en la que ahora hay un inmenso mueble con muchísimas fotos de todos nosotros y nuestros antepasados.

Cuando me giro para salir por la puerta principal, mi padre baja las escaleras y llama mi atención.

—¿Qué tienes, hijo? Pareces... No sé. Algo desencajado. ¿Y a dónde ibas?

—Sí, papá, no... No estoy muy bien. Mamá... —dejo la frase así, creo que es más que suficiente.

—Ya. He oído la discusión desde arriba. Así es imposible dormir la siesta. —Sonríe.

Pero al ver que yo no lo imito, desciende los últimos peldaños y coloca una mano sobre mi hombro.

—No le hagas caso. Ya sabes cómo es —dice mientras menea la cabeza con resignación.

—Dios, papá. A veces no la soporto —confieso—. ¿Cómo...? ¿Cómo lo haces tú?

—Con mucha paciencia. —Sonríe él de nuevo. Pero se pone serio cuando continúa, apretando la mano que todavía mantiene sobre mí—. ¿Sabes? Aunque te resulte difícil de comprender, yo aún sigo enamorado de esa bruja. Sí, es complicada, demasiado prejuiciosa y no sabe callarse,

pero también tiene sus cosas buenas. ¿Y qué es un matrimonio sin la chispa que trae consigo una discusión, eh? Mi abuela tenía un dicho: no hay convivencia sin discrepancia, pero el rencor es la muerte del amor y ahí es donde se ve la calidad de este. Y tenía razón, hijo. Solo esa mujer con la que discutas, te grite y te haga querer golpear algo, pero a la que luego necesites cada día en tu vida y cada noche en tu cama, es la que vale la pena. Y sí, Chema, eso es tu madre para mí. Me cabrea, pero también me hace reír. Y a su lado... yo me siento importante.

Perplejo, lo miro con los ojos como platos. Y no por lo que ha dicho, sino por lo que ha significado para mí.

Nunca, en toda mi vida, creí encontrar tantas respuestas en una conversación con mi padre, pero está visto que yo jamás las encuentro donde espero.

Ofuscado porque mis pensamientos golpean las paredes de mi cerebro de un lado a otro, buscando un acomodo que aún les cuesta, subo al cuarto de baño tras coger la bolsa y me adecento en minutos.

Sé que necesito un afeitado, pero entre que es tarde y que no me apetece demasiado, entre que me da un poco igual y que no confío mucho en mi pulso, me peino con los dedos al acabar de vestirme y, mirando el reloj, bajo a por las niñas.

Empujo la puerta de la tienda y me quedo quieto en el umbral, mirando hacia dentro como un tonto.

En una esquina, sentadas en el suelo, Laura y Llara están ante un sillón *original*, por definirlo de algún modo. Es un orejero no muy grande al que, por cierto motivo que no logro comprender ni adivinar, le falta uno de los apoyabrazos. Y la tela que utiliza para tapizarlo... Bueno, eso es cosa aparte. Es gris, estampada con números en amarillo y blanco en diferentes tamaños. Al lado de Laura puedo ver las herramientas que ha usado para trabajar, ya que ahora se limita a hablar con Llara en bajito, las dos al estilo indio, tocándose las rodillas.

Saludo con la cabeza a Marta, que acaba de verme, pero no emite palabra. Imita mi gesto y vuelve a enfrascarse en lo que sea que está haciendo con una calculadora, un bolígrafo y varios papeles, sentada ante el escritorio de Laura. Porque claro, ella no ha podido poner un mostrador en su negocio como todo el mundo, no. Ella ha optado por un escritorio inmenso, antiguo, con decenas de cajones diminutos y decapado en blanco.

Intentando hacer el mínimo ruido, aunque aún no sé muy bien por qué, me acerco a ellas. Quizá quiero escucharlas hablar con la confianza y complicidad que lo hacen sin la presencia de testigos. O tal vez es que quiero observar un poco más a Laura antes de que note mi presencia.

—¿Te ha quedado claro, cariño? —le está diciendo Laura a Llara—. ¿Seguro?

—Sí, Mina. Tú vas a querer mucho a Iván, pero eso no quiere decir que dejes de quererme a mí como lo haces.

—Eso. ¿Y por qué? —Sonríe la pelirroja.

—Porque tenemos la capacidad de querer a muchas personas, a todas de forma diferente y no por ello menos.

—Muy bien. ¿Ves? ¡Qué lista es mi niña!

—Sí, tía. Y lo entiendo, pero... Pero siempre hay alguien a quien se quiere más, ¿no?

—Bueno, eso sí. Eso no puedo discutirte. Siempre hay alguien que se te mete en el corazón y no puedes sacarlo de ahí ni con agua caliente. —Se ríe con algo de tristeza y luego le da un toquecito en la nariz a la niña—. Pero que eso no te preocupe tampoco, cariño, porque, por muchos niños que vengan a este mundo, tu hermana y tú sois de las que siempre vais a estar aquí. —Se lleva una mano al pecho—. Siempre.

—¿Y papi?

Laura hasta se echa un poco hacia atrás ante la pregunta de la niña. Lo mismito que hago yo incluso sin ser consciente, aunque por una razón bien distinta. Y ella escoge ese momento para girar la cara y clavar sus ojos en los míos.

Doy otro minúsculo y casi imperceptible paso atrás. Las emociones que siento son demasiado fuertes para permanecer quieto. O tal vez quiero huir de ellas, ya no lo sé. Solo sé que esto es peor que el rodillazo del otro día, joder. Es como una patada en los huevos dada con ganas, con botas militares y reforzadas. El aire me escasea mientras todo se ordena en mi cabeza. La revelación que me he negado durante este último año o más, la que se me escapaba desde su vuelta, la que me acojonó en nuestro último encuentro hasta cegarme, esa es tan clara ahora que me trastorna.

Y luego está su mirada. Triste, dolida, tierna, como siempre que me ve de improviso. Y que cambia con rapidez a fría, a furiosa, a orgullosa, tal como acostumbra últimamente.

—Papá, ¿ya nos vamos? Nosotras llevamos mucho tiempo listas y esperándote. —Rompe el momento Marta, acercándose a mí.

—Eh... Sí, sí.

No recuerdo apenas el trayecto hacia la ludoteca, ni todo lo que me explicó allí Aída. Pero algo debió de decir de que nos acercásemos a una hora en concreto por lo de la tarta y las velas, porque, cuando Laura y Lidia se levantan comentándolo y dirigiéndose allí, me encuentro siguiéndolas.

—No tardamos —les digo a Julián y Teresa, sentados con nosotros en la terraza de Paco desde que dejamos a las niñas en la fiesta. Aunque mucha conversación no les he dado, todo hay que decirlo.

Reprochándome lo mal anfitrión que soy, entro en el local y observo a mis niñas deslizándose por un tobogán inmenso y de un color amarillo chillón.

—¡Papi, papi, esto es guay! ¡Muy guay!

Sonríó y saco el móvil, buscando la cámara para fotografiarlas entre bolas de colores con unas sonrisas enormes.

Un ratito después están todos los niños alrededor de una mesa, ante una tarta con el motivo de alguna princesa Disney, cantando a coro *Cumpleaños feliz*. Laura y Lidia participan como las que más, mientras Aída dirige el cotarro con una sonrisa igual de grande que la de las criaturas.

Después de que picoteen algo, del ritual de soplar las velas y de contemplar a Llara abrir tropecientos regalos y saltar ante ellos, la dueña de la ludoteca, con extrema amabilidad, nos invita a irnos a disfrutar del resto de la tarde libre, mientras los niños corren en manada de vuelta a las atracciones que hay allí.

De regreso al bar, meto las manos en los bolsillos y observo a Laura caminar delante de mí. Cuando mi vista se queda un indeterminado y desaconsejable tiempo clavada en su culo, enfundado en un vestido minúsculo, me obligo a apartarla y la paseo a mi alrededor.

La plaza, a mi derecha, está llena de gente mayor sentada al sol, a la vez que algún que otro adolescente hace rodar su monopatín por el suelo. La terraza de La chapa solo tiene una mesa con clientes, pero, a su lado, la carnicería sigue siendo el punto de reunión para las mismas chismosas de siempre. No se cortan a la hora de sacar alguna silla a la calle, pues el banco colocado contra la cristalera se les queda pequeño. Hay mujeres que incluso se traen la calceta o el ganchillo, mientras otras simplemente se dedican a mirar a un lado y a otro y a cotillear sin discreción. Lo

cierto es que esta imagen tampoco me llama ya demasiado la atención, son muchos años viéndola y a todo se acostumbra uno, supongo.

A unos pasos de la mesa donde Lidia y Laura se sientan en este instante, veo que también lo han hecho Colás y Nela, recién llegados, a juzgar por la falta de bebidas ante ellos.

—Hola —saludo mientras ocupo el mismo sitio de antes, al lado de Julián, que, cómo no, se ha agenciado una de las cabeceras. Yo, después de juntar dos mesas, dejé libre la otra para mi suegro, que no tardará en llegar, así como Pedro.

—Hola, Rubio.

—Hola. ¿Qué? Las niñas encantadas, ¿no? —se interesa Nela, entre Teresa y su marido, aunque la pregunta, más que para mí, está dirigida a Laura.

—Encantadas es poco. Es que el sitio mola mogollón —responde ella sonriendo—. Hasta a mí me daban ganas de quedarme allí con ellas y retozar entre las bolas.

Y eso me hace sonreír. Porque no solo la veo capaz, sino que... Joder, me la imagino a la perfección. Conmigo, entre las bolas...

—¿Qué dices de retozar? —Y ahí está Pedro, apareciendo a su manera con una sonrisa pícaro en la cara.

—Dime, por favor, que a veces piensas en otra cosa —le pide Laura, traviesa—. Por favor...

Él se echa a reír y, tras saludarme con una palmada en la espalda, se sienta entre los dos, en esa silla vacía puesta casi adrede entre Laura y yo, pues Lidia se ha agenciado la cabecera que cedí para su pareja y la pelirroja se ha sentado a su lado.

—¿Qué tal, chicos? —pregunta en general, antes de volverse hacia Paco, que se acerca a atendernos.

Pedimos una ronda de cervezas, menos Teresa y Nela, que se deciden por sendos refrescos.

—Pues nada. Aquí, esperando a que llegarais —contesta Julián a la pregunta que antes ha hecho Pedro, pues el tío no debe de saber que era de esas retóricas—. Que, chicas, no es que vuestra conversación no fuese interesante, pero ya me veía hablando de vestidos y de decoración y... como que no.

Todos se echan a reír con ganas, todos menos yo, que frunzo el ceño. A ver, sé que no he estado muy hablador, pero se está pasando.

—¡Hombre! Gracias por la parte que me toca.

—Calla, Rubio. Ahora es cuando deberías permanecer callado, tío. ¿Qué pasa? ¿Te vas a hacer monje? Porque, a ver, el voto de clausura y el de castidad ya me constan, pero este de silencio es nuevo, joder.

Joder, digo yo. Abochornado, aprieto la mandíbula y, en cuanto oigo las risitas no muy bien disimuladas a mi alrededor, hago lo mismo con los dientes. Hasta que temo romperlos.

No puedo evitar echar una ojeada a Laura, que, con la cabeza baja, se tapa la boca con una mano mientras el temblor de sus hombros la pone en evidencia. ¡Vaya! ¿Cuál de los votos le causará tanta gracia? Porque yo estoy a un paso de matar a Julián con mis propias manos. Será cabrón...

—Oye... No te lo tomes a mal, venga —dice Pedro, mirándome con simpatía—. Eso sí, cuando te dé por el de la obediencia, avísame, ¿vale?

Ahora las risas son al por mayor. Es que se descojonan, bárbaro. Hasta Lidia, a la que creía lo suficientemente madura como para no entrar al trapo, se ríe a carcajadas. Pero también es la primera en poner orden en la mesa.

—Venga, ya está, chicos. Todos contra uno no tiene gracia, eh.

—Pues cualquiera lo diría hace un instante —no puedo evitar decirle, a lo que ella me sonrío

con dulzura.

—Ay, es que son muy graciosos.

—Uff, para pagar entrada, vamos.

—Uy, qué humor... —dice Teresa, mientras se pega al cuerpo de su marido—. Anda, cielo, que solo bromeaban.

—Ya. —No muy contento, cabalgo una pierna encima de otra y me enciendo un cigarrillo.

La llegada de mi suegro pone fin al cachondeo y, después de hacerse un sitio al lado de Lidia, todos comienzan a hablar casi a la vez. De las niñas, que ya las pequeñas hacen seis años, cómo pasa el tiempo; del negocio que Laura y Lidia inauguran la semana que viene; del de Aída, al que se le prevé un éxito total; del proyecto de Nela y Teresa..., del que la primera todavía no está muy segura, por cierto. Yo los escucho y hasta participo con algún monosílabo o frase corta, por eso de que no digan que soy antisocial, pero la verdad es que no estoy centrado. Estoy a otra cosa. Estoy... a Laura.

Tengo la cabeza tan llena de ella que no sé cómo mi mente puede hacer algo que no sea buscarla con la mirada.

Siempre he oído decir que, cuando uno está a punto de morir, mil imágenes de su vida pasan ante sus ojos. Ni me lo creía ni lo dejaba de creer. Pero ahora sí. Joder, ahora sí. Porque no he estado al borde de la muerte, pero en esos momentos que pasé en el Asgaya escuchándola, observándola, algo murió dentro de mí. O despertó. O ambas cosas. Supongo que desaparecieron las dudas, el pavor a confundir el deseo con otra cosa, el Chema que nunca creyó volver a amar. Y despertó este. Este que puede imaginarse un futuro a su lado. ¡Que quiere un futuro a su lado! Este que la adora con cada molécula de su ser. Este que descubrió, de pronto y a lo bestia, que está enamorado de ella.

Porque la quiero, joder. La quiero. Y eso es lo que me han gritado cada una de las escenas que han acudido a mi mente. Laura hecha un ovillo en el sofá, sonriendo por algún comentario mío, deshaciéndose el moño y dejando caer el pelo sobre sus hombros. Laura jugando al parchís con nosotros, haciendo trampas sin disimular o divertida ante mi mal perder. Laura sonriendo con ternura acuclillada ante Marta y respondiendo alguna de sus intensas preguntas. Laura achuchando a Llara e intercambiando una mirada cómplice conmigo. Laura, manchada hasta las pestañas, intentando hacer un pastel. Laura, concentrada en algún proyecto, escuchando a Amy Winehouse y mordiendo la tapa del boli. Laura, cabreada y gritándome, poniéndome a mil. Laura riéndose a carcajadas, desnuda bajo mi cuerpo. Laura en mis brazos, en mi boca. Laura marchándose. Y dejándome totalmente vacío.

Recordar las palabras de mi madre criticándola, de mi padre describiendo el amor y, sobre todo, mi reacción a ellas, solo fue la gota que lo hizo rebosar todo. Claro que no soporto que hablen mal de ella. Nadie. Desde luego que no le guardo rencor a pesar de todas nuestras discusiones, no podría, haga lo que haga, diga lo que diga. Y si lo de que la chispa que eso conlleva es bueno para un matrimonio... entonces nosotros podremos estar juntos así tengamos mil vidas. No es que Laura valga la pena, sino que, ahora mismo, es la que da sentido en mi vida. La que me hace sentir, joder. Todo.

Lo que sigo sin entender es cómo no lo vi antes. Cómo me cegué, considerando que únicamente se trataba de deseo. Supongo que, como de este también hay de sobra, era más fácil echarle la culpa a eso que aceptar la verdad. La lujuria me parecía una emoción más física, más excusable, menos desleal hacia mi mujer.

¡Qué ingenuo! Intenté acorazar el corazón en un intento absurdo y desesperado de que el amor por Clara se mantuviera ahí, pensando que en esa resolución no existían grietas. Pero sí las había.

Grietas por las que Laura se coló con la fuerza que la caracteriza. Y Clara... pues... no es que ya no la quiera, pero... no está. Se fue para siempre. Aferrarme a recuerdos, cuando podría tener ilusiones, es de cobardes. Y no puedo seguir engañándome a mí mismo al creer que eso debería bastarme, porque no es así. No me llega, quiero más. Quiero a Laura.

Sé que, de no haber muerto Clara en ese maldito accidente, la habría amado y respetado hasta el fin de mis días. Sí, eso también lo sé. Nunca me habría fijado en otra, estoy seguro. Pero ahora... ha pasado. No lo busqué, ni siquiera me apetecía que sucediera, pero no solo me encapriché de otra, sino que ese sentimiento creció hasta convertirse en necesidad. Y ya está bien de ignorarlo. De sepultarlo bajo capas de culpa. De no atreverme a ser del todo sincero e ir a por ello. La cuestión es cómo hacerlo después de haberme equivocado tanto con Laura.

No sé cuánto tiempo me paso así, reflexivo, pero de pronto percibo como ella abandona la mesa y se acerca a la de al lado, donde Hugo y Nieves acaban de sentarse. La observo saludar a su amiga con entusiasmo e intercambiar un par de palabras con Selmo y Lucas, que no tardan en acoplarse. Aun sabiendo que es del todo absurdo, no puedo evitar tensarme entero.

Solo me relajo cuando regresa a nuestra mesa un par de minutos después, justo cuando Angelines y Tina hacen acto de presencia. Pero me dura poco. Pedro le pasa una mano sobre los hombros, la pega a él y susurra algo en su oído que la hace reír. Joder para el putito poli, qué manía con sobarla, oye. Aunque lo que siento no son celos, sino pura envidia. Eso es lo que quiero hacer yo. Acercarla mucho. Tocarla. Robarle una carcajada.

Me froto los ojos y me reprendo por este sentimiento tan exagerado de posesividad que tengo con respecto a ella. Yo no soy así, joder. Pero supongo que me molesta un huevo que todos parezcan tener lo que yo perdí por idiota. Aunque en algunos casos sea una simple sonrisa.

En cuanto se separan, y sin pararme a pensar en lo que hago, le doy un toque a Pedro, pidiéndole que se eche un poco hacia atrás y así poder, al menos, verla mejor. Ignoro a conciencia la mueca socarrona de él y me coloco un poco de lado, para tener mejor perspectiva de Laura. Pero, aun así, no la miro todo lo que quisiera, sino que disimulo y me conformo con echarle breves vistazos cuando quiero comérmela a besos. Joder, me falta cacarear.

—Rubio. ¡Eh, Rubio!

—¿Sí? ¿Perdón? —le digo a Teresa, que me ha llamado casi a gritos. A saber cuánto lleva haciéndolo.

—¿Tú no lo recuerdas?

—¿El qué?

—Ay, por Dios, ¿es que no escuchas?

—Lo siento, estaba despistado.

—Lo que estás es idiota perdido —se explaya Julián, tan fino él—. A ver, resumen. El ginecólogo de Nela le ha prohibido follar y hablábamos de que eso son solo cosas que se inventa el vejestorio ese que les toca por la Seguridad Social. Menos mal que nosotros pagamos Sanitas, eh, cariño —explica, dirigiendo el último comentario a su mujer, acompañado de una leve caricia en su mejilla. Y luego sigue y vuelve a mirarme—. ¿Recuerdas que a Clara le pasó lo mismo, fue a otro y le dijo que ni caso?

—Ese seguro que es un amargado que no moja desde hace años —comenta Pedro, causando algunas risas.

Pestaño aturdido. ¿De verdad estamos hablando de esto? ¿Justo hoy y justo aquí? Sin saber muy bien por qué, miro a mi suegro, que se atusa el bigote y se encoge de hombros.

—Sí, yo también considero que el temita se las trae —dice.

—Ya, nos ha quedado claro —protesta Lidia, poniendo los ojos en blanco—. Ay, pero qué

mojigato eres a veces, por Dios. Rubio, contesta, anda, por el bien de estos dos chicos.

Y ahora miro a los aludidos, que me observan esperando mi respuesta. Ambos un pelín acalorados pero también esperanzados. Esto es una coña, ¿no?

—Pues sí. Id a otro —mascullo, reticente a hablar de mi vida sexual con Clara delante de todos. De mi suegro, por Dios. Y sobre todo, de Laura, joder.

Que ya sé que hay confianza, se agradece la naturalidad al hablar de ella y no he contado ninguna intimidad, pero... Jesús. Esto es de locos. Y trae a mi memoria cosas que ahora no quiero recordar. Pero que recuerdo, pese a todo. Pese a que, a mi alrededor, todos siguen charlando bastante alto, riéndose, arreglando el mundo. Pese a que no es el mejor momento, hoy no.

Aun así, mi cerebro va por libre y Clara se instala en él. Porque puedo estar enamorado de Laura, pero ella siempre tendrá un lugar especial en mi vida, en mi corazón, así que me recreo en esos pequeños detalles que hicieron tan increíble nuestra relación. Los evoco con ternura, con cariño, quizá despidiéndome de ellos o relegándolos a ese espacio que ella siempre ocupará.

Tal vez resulte extraño, pero en ningún momento las comparo, tampoco podría. Simplemente, cada una ocupa su espacio dentro de mí como si repartieran las zonas a su antojo, complementándose al mismo tiempo que marcan la diferencia. Sin discusión alguna.

Donde en una había dulzura, en la otra hay fuego. Lo que una tenía de ángel, la otra lo tiene de intensa. Prudencia y paciencia contra espontaneidad e ímpetu. Bondad contra sinceridad brutal. Las dos tan únicas. Las dos tan extraordinarias. Las dos tan mías, joder.

Pero es esta que tengo a un escaso metro la que ahora me lleva por la calle de la amargura. La que me enciende hasta el delirio. La que absorbe cada una de mis neuronas y me convierte en un saco de hormonas e instintos primarios.

La misma que cree que me avergüenzo de ella, que no fue más que un desahogo para mí... Dios mío, cómo lo jodí todo. ¿Cómo demostrarle lo mucho que se equivoca?

Si ella supiera... Si supiera cuánto necesito cogerla en brazos y no soltarla jamás. Cuánto preciso tenerla a mi lado, en mi vida, para siempre. Que quiero que haga de mi casa lo que ha hecho con la de ella. Y no hablo de ponerla bonita, sino de llenarla de su esencia, de su vitalidad, de su alegría. Que transforme la piedra y el hormigón en un hogar. El frío en calor. Quiero que cada rincón hable de ella. Y, Dios, también quiero lamer cada uno de los suyos. Oírla gemir, jadear. Y, antes de nada, quiero, en la misma medida en que necesito, hacerle el amor como nunca se lo he hecho.

Y, entonces, sin permiso, mi lengua forma su nombre. Mis cuerdas vocales, cómplices, lo hacen sonar y, con el estómago encogido y la determinación creciendo dentro de mí, me escucho casi jadear.

—Laura.

Laura

A pesar de reírme y de estar pasándolo realmente bien, de que Pedro está en medio de los dos y de que no debería siquiera pensar en ello, soy plena y completamente consciente de la presencia de Chema a la mesa.

Desde luego, no es por lo mucho que habla, porque hay que sacarle las palabras con sacacorchos. Es, supongo, por lo de siempre. Porque mi cuerpo percibe el suyo de una forma casi instintiva. Porque, por muy relajada y divertida que aparente, siempre hay una parte de mí tan pendiente de él que resulta insano.

Por eso oigo mi nombre salir de sus labios a la primera, aunque el volumen que ha usado sea casi el de un murmullo y su voz suene ronca, rara.

Hace un rato le eché una mirada rápida, otra de muchas, aprovechando que Pedro decía algo. Lo encontré con la vista clavada en su cerveza y una expresión extraña en la cara. Hiperconcentrada, como si estuviese resolviendo un problema matemático o buscando la cura para el cáncer. Habría dado lo que fuera por saber lo que piensa, pero, como eso es imposible, recuperé mis ojos de su rostro y atendí a la conversación en torno a la mesa.

Teresa estaba explayándose a gusto, relatando su parto como si fuesen a hacer un documental sobre él. Miré a Nela y a Colás, pensando que el monólogo no era muy acertado, y los vi a los dos un poco pálidos; ella, con los ojos muy abiertos y él... Él, casi sudando, por lo que se ajustaba sin cesar las gafas sobre el puente de su nariz. Me imagino que le resbalaban. O que estaba nervioso perdido.

—Bueno, ya, Teresa. Creo que es preferible que te guardes los detalles, ¿no crees? —intervine, haciendo que ella mirase a sus cuñados y frunciera el ceño.

—Ay, sí. Pero, de verdad, no es para tanto. Ya sabéis, todo lo que entra, sale. Es la ley de la naturaleza.

—Pues yo me alegro de haber nacido hombre —comentó Pedro con malicia—, más que nada porque, en este caso, solo nos toca meter, ¿no?

Le di un manotazo y solté una carcajada, todo a la vez.

—Ya te vale.

—Bueno, yo opino exactamente lo mismo —dijo Julián entre risas.

—No es nada justo, eh. Nada justo —expuso Nela, acariciándose la barriga y tragando saliva—. Sobre todo tal como lo decís. Si vosotros metéis, ¿por qué somos nosotras las que tenemos que sacarlo, eh? ¡Y así de grande!

Fue inevitable echarnos a reír.

—Ay, Nela, Nela... En realidad, ¿quién de los dos la tiene dentro? Eso es tan difícil de contestar como qué fue primero, ¿el huevo o la gallina? —se cachondeó el poli.

—A ver, chicos, yo comprendo que la primavera la sangre altera y todo eso, pero cortaos un poco, ¿vale? —pidió mi padre, bastante serio.

Y quizá tenía razón, que a veces nos olvidamos de que él y Lidia tienen otra edad... Vamos, de que pueden ser nuestros padres. Ja. Mal chiste, ¿no?

—Claro... que tú no follas —saltó ella, dejándonos a todos con la boca abierta antes de tener que disimular la risa.

Bueno, quizá ahí estaba el motivo de que fuésemos tan abiertos en su presencia. Lidia es... la leche.

Mi padre la obsequió con una mirada desaprobatoria, de esas que dan miedito, a la que ella

respondió con una sonrisa dulce y un beso rápido en sus labios. Pero yo, que no soy tan valiente como ella en su presencia, me tapé la boca para esconder la enorme sonrisa que me produjo ver ese intercambio.

Y en esas estaba, mirándolos y sonriendo como una boba, cuando lo oí.

—Laura. —Más que un murmullo, un jadeo, joder.

Giro la cara hacia Chema, sorprendida, hasta incluso un poco alerta. A saber qué...

Pero ni siquiera termino ese pensamiento. Todo sucede tan deprisa que no me da tiempo a nada. Ni a pensar. De hecho, me quedo en blanco. Descolocada. Bloqueada al verlo moverse muy rápido, inclinarse sobre Pedro y estirar las manos hacia mi cara. Me sujeta las mejillas con ambas, haciendo presión como si temiese que saliera huyendo. Y me besa. Así, sin más.

CAPITULO 33

Laura

Su boca entra en contacto con la mía a una velocidad de vértigo. No es dulce ni suave. Es un beso hambriento, voraz, de esos que se guardan para la intimidad. Insaciable, cuela su lengua dentro de mí, hasta el fondo. Me devora, busca la mía, la succiona, me asola entera. Es un beso ávido, húmedo. Casi sucio. Tan maravilloso que me dejo hacer, perdida en las sensaciones, demasiado perpleja para actuar de otra manera que no sea consintiéndole todo. Puede consumirme, desgastarme, que me da igual. Solo soy un cuerpo a su merced, una boca cautivada por la suya.

Aprovecha para coger aire y muerde mis labios, los chupa, los lame. Parece no darse nunca por satisfecho y se introduce de nuevo en mí después de respirar de mi aliento. Me lleva más alto, me conquista al completo. Es más, como siga besándome así, creo que voy a levitar o... a correrme en la silla. Ma-dre-mí-a.

A mi alrededor, todo ha desaparecido, salvo él. Incluso escucho el silencio zumbando en mis oídos, aun sabiendo que eso es imposible. Estamos en la calle, por el amor de Dios.

¡En la calle! ¡Rodeados de gente! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío, estamos en la calle, rodeados de gente! Es recordar eso y oír un carraspeo. No sé si es el primero y me encontraba en un estado superior para no oír otros o no, pero tampoco pienso en ello demasiado. Me echo hacia atrás, queriendo poner fin al beso, pero Chema hace más firme el agarre y me acerca incluso más a él. Pega casi con brutalidad nuestras bocas durante un instante antes de, ahora sí, dejar de besarme. Pero no me suelta. No, no lo hace. Sus dedos se clavan en mi carne mientras une nuestras frentes.

Ahora sí oigo, como a lo lejos, susurros, exclamaciones, los coches pasar, los pájaros piar... Pero no aparto la vista, fija en la de él, tan ardiente que me abrasa.

—Te quiero. —Se le escapa una sonrisa efímera y tímida—. Te quiero, Laura. A ti. Te quiero, joder.

Pestañeo. Muchas veces. ¿De verdad ha dicho lo que acabo de oír o es producto de mi imaginación, desbocada después del beso?

—¿Me oyes, Laura? Te quiero. A ti. Ni más ni menos que a ella. Ni siquiera igual. Solo diferente. De una forma única. Te quiero a ti. Te quiero. Jesús... Cómo te quiero.

Oh, mamá mía.

Ya no soy capaz ni de pestañear. Estoy... aturrida. Impedida. Congelada. Me siento como en un sueño en el que, por lo general, no puedes hacer nada de nada. Solo ver desarrollarse lo que sucede. Una testigo muda, eso soy. Aunque no sorda. Joder...

—Laura, cariño... —Chema libera una de mis mejillas para acariciarme el pelo, retirando con inmensa ternura los mechones de mi rostro—. Sé que no te merezco. Que he tardado demasiado en darme cuenta. Que... Que lo he hecho todo mal, joder. Pero perdóname, por favor. Dale la oportunidad a este estúpido de tenerte. De sentir de nuevo. Porque solo puedo hacerlo contigo, Laura. No sé cómo no lo vi... He estado tanto tiempo ciego... Prohibiéndome ver. Verte. Prohibiéndome...

Él mismo se interrumpe cerrando los ojos. Y, cuando los vuelve a abrir, en ellos hay miedo. Miedo y amor... Dios, tanto amor... Tanto como el que me está declarando. Aquí, delante de todo el mundo. Ay...

«¿No lo querías todo, Laura? ¡Toma ya!».

Pestañeo de nuevo, contenta de haber recuperado algo de movilidad. Pero, aunque entreabro la boca, de ella no sale ningún sonido. Dios, no puedo hablar, estoy...

«Joder, bonito momento para quedarte sin palabras, maja. Es que los escoges».

—Por Dios, Laura, dile algo al chaval, anda.

La voz de mi padre me hace dar un respingo, pero Chema no me libera y acaricia mis pómulos con sus pulgares en círculos pequeños e inquietos.

—Eso, por favor, Laura, que comienzo a sentirme poco más que un mueble —masculla Pedro, casi oculto a mi vista por el cuerpo de Chema, que sigue prácticamente tumbado sobre el poli.

Una risa nerviosa sube por mi esófago, pero no llega a salir. No lo hace porque Chema escoge ese momento para hablar otra vez.

—Déjame dártelo todo. Todo, Laura. Sin dudas, sin miedos. Todo, Laura. Soy tuyo, joder.

Y yo, tuya. Tuya, tuya. Pero de mi boca solo escapa un sonido parecido a un sollozo, aunque mis ojos están tan secos debido a la impresión que suena más a quejido que a otra cosa.

—Laura... —susurra Chema, disminuyendo la presión de sus manos, pero sin despegarlas del todo. Y el de él también ha sido un lamento, seguramente pensando que...

—¡No! —grito, ante el pánico a que me malinterprete. Pero con eso únicamente consigo que me suelte del todo, se retire unos centímetros y me mire con toda la tristeza del mundo. Y ahí está la razón para salir de mi aturdimiento, para reaccionar—. No, no, no. No me sueltes. No me sueltes nunca. Por favor —le ruego. Levanto mis brazos hacia él, me acerco y adopto la postura que él ha tenido todo este tiempo. Noto su barba crecida bajo mis dedos, su calidez. Respiro su olor y compongo una sonrisa cohibida, nada habitual en mí—. Quiéreme, Chema. Sí, por Dios, quiéreme. Porque yo ya no te puedo querer más de lo que lo hago, joder.

Me abalanzo sobre él. Mi boca, ansiosa, loca por la suya, es la que arremete esta vez. Y tampoco soy suave. Ni delicada. Pero, como a mí, a él no parece importarle, porque me rodea la espalda con sus manos y junta nuestros torsos, mientras el beso se vuelve casi tórrido para ir sosegándose después, quizá al darnos cuenta a la vez de dónde estamos, de que este no es el lugar indicado para dar rienda suelta a nuestras ganas. A nuestra necesidad, joder, que esto ya se trata de eso.

Cuando ya solo nos rozamos los labios, no queriendo separarnos todavía, la cabeza de Pedro se nos acerca mucho, justo a nuestra altura.

—A ver... Que a mí me gusta ver porno como a cualquiera, pero... que estáis encima de mí, joder.

Nos da la risa. Una nerviosa y abochornada, pero risa al fin y al cabo. Es Chema el primero en volver a su sitio, pero deja una mano unida a la mía sobre el regazo de nuestro amigo, que nos lo hace ver lanzándole una mirada de reojo a nuestros dedos entrelazados y resoplando. Al instante, se levanta y prácticamente me sienta en su silla, para luego ocupar la mía.

—Así mejor, ¿no?

Ni le contesto, porque, mientras me cambio de sitio, el alcance de lo sucedido entra por mis retinas, y nunca mejor dicho. Todos a nuestro alrededor nos miran. Todos. Y no hablo solo de los de nuestra mesa, que también lo hacen, algunos todavía sorprendidos y otros con una sonrisa afectuosa y cálida en sus labios. Me refiero al resto de gente. A las vecinas cotillas que se pasan la tarde en la carnicería como los niños en el patio del colegio. A las personas que paseaban por la calle, ahora paradas y observándonos alucinadas. A las mesas de nuestro alrededor. De hecho, Nieves está saltando sobre su asiento y haciéndome gestos en este mismo instante, que ignoro, claro. Sus acompañantes parecen sacados de un museo de cera y sentados a la mesa como relleno. Ojipláticos y estáticos, no apartan la mirada de nosotros. Vamos, yo creo que ni pestañean. Sobre todo Angelines, que debe de tener toda su energía concentrada en fulminarme con la vista, tan tiesa ella que parece que le hayan metido un palo del culo a la garganta. O al revés.

Ay, Dios, y yo estoy desvariando. Pero es que esto es... la hostia. Y me acojona. No por mí,

que estoy acostumbrada a ser el centro de cotilleos y miradas curiosas o reprobatorias, sino por Chema. Porque esto puede superarlo. Porque quizá se plantee que...

Noto el apretón en la mano que sigue enlazada a la suya y, casi al mismo tiempo, lo siento inclinarse sobre mi cuello.

—Tranquila. Está todo bien. Ahora sí —susurra, leyéndome el pensamiento y disipando mis recelos.

Lo miro y sonrío, y no puedo evitar acercarme a sus labios y acariciarlos con los míos, todavía sonrientes.

—Te quiero. Te ha quedado claro, ¿no? —Sonríe él, aún contra ellos.

—Oh, Dios, sí —susurro.

—¡Ay, qué bonito, coño! —escucho a Nela.

—¡Sí! ¡Por fin! —suspira Lidia.

Me giro hacia ella, como todos, vamos. Pero la tía ni se inmuta, con los codos sobre la mesa y la barbilla apoyada en sus manos, mirándonos con infinita ternura.

—Tú... ¿Tú sabías algo sobre esto? —le pregunta mi padre.

—Tú no, ¿verdad? —se regocija ella, volviendo su vista hacia él. Entonces se encoge de hombros—. En realidad, solo lo sospechaba, pero... soy buena, ¿eh?

Mi padre la mira sorprendido unos segundos y luego se pone de pie muy rápido.

—Bueno... ¿Otra ronda, chicos? Yo voy a pedirme... algo fuerte. Lo necesito.

Y en cuanto se encamina al bar, yo me desprendo del agarre de Chema y corro tras él. Porque no me ha hecho ningún reproche; es más, fue el primero en intentar sacarme de mi estupor, pero, joder... El hombre que acaba de besarme y declarármeme delante de medio pueblo era el marido de Clara. Y Clara era su hija. Esa a la que perdió en lo mejor de su vida. Mi hermana. Dios.

Lo alcanzo ya en la puerta, mientras habla con Paco. Otro que seguro que no se ha perdido el espectáculo.

—Papá...

Él se gira hacia mí y me observa con atención antes de insinuar una sonrisa. Pero mi nerviosismo no parece ni percibirla.

—Yo... Yo no sé ni qué decir —susurro tragando saliva.

—No tienes nada que decir, cariño. Solo ser feliz. —Da el paso que nos separa y levanta mi cara hacia él cogiéndome por la barbilla. Lo veo echar un vistazo rápido a Chema antes de volver a mirarme con ese rictus serio que lo caracteriza, pero con los ojos llenos de dulzura—. ¿Lo eres con él?

—Uff... Espero que, a partir de ahora, sí —respondo, quizá demasiado sincera.

Su carcajada me coge por sorpresa. Abro mucho los ojos mientras él se despacha a gusto y luego me apretuja contra su cuerpo. El abrazo se me hace demasiado corto, sobre todo porque ya no recuerdo la última vez que lo hizo así, con tanto sentimiento. Mi padre no es muy dado a demostraciones de afecto y quizá por eso, o porque me siento sobrepasada ante tantas emociones, los ojos se me llenan de lágrimas.

Él sonrío ante ellas, comedido pero franco.

—Cariño... No pasa nada. En la vida suceden todo tipo de cosas inesperadas. A veces malas y otras buenas. Y esto... Esto es bueno.

Asiento con la cabeza y sonrío como una tonta, parpadeando mucho para ahuyentar las engorrosas ganas de llorar.

—Además —continúa él cepillándose un lado del bigote—, Rubio es un buen yerno. Ya lo ha demostrado una vez, ¿no? Por mí puede seguir siéndolo toda la vida.

Me echo a reír y ahora soy yo quien lo abraza. Durante más tiempo.

—¿Entonces otra ronda para todos y para ti un chupito de Macallan?

—Sí, Paco, por favor —responde mi padre separándose de mí y haciéndome un gesto para que regrese con los demás.

El camarero me guiña un ojo antes de entrar a por las bebidas y yo vuelvo a la mesa ahogando un suspiro.

—Hola —dice Chema y me coge la mano en cuanto me siento a su lado.

—Hola —murmuro, entre tímida y divertida, jugueteando con nuestros dedos. Dios. Es todo tan maravillosamente nuevo. Intenso. Raro.

Todavía no me lo creo. Me encuentro como en una nube de la que temo caer. Tan abrumada que no sé muy bien cómo proceder ahora. Me muerdo el labio inferior y, tragando saliva, miro a mi alrededor. Nela, sonriente, me guiña un ojo, algo que imita su marido justo a continuación. Lidia parece en los mundos de Yupi, con una sonrisa inmensa cruzándole la cara y observándonos como si fuésemos poco menos que sus ídolos. Teresa y Julián, pues... Ellos siguen un tanto perplejos, contemplándonos con una mezcla de asombro y confusión que no sé cómo interpretar. Y Pedro... Para no variar, lo hace socarrón, sin cortarse un pelo, paseando su mirada entre Chema y yo, supongo que esperando algo, aunque no sé el qué.

Arqueo las cejas ante él en el preciso momento en que me doy cuenta de que a este le ha pasado lo mismo que a Lidia. Sospechaba. Recuerdo aquellas tontas conversaciones sobre dar celos, las más serias, las... No, él no sospechaba. Él lo sabía. Y mi cara debe de estar gritando la pregunta, que ni siquiera es tal, porque me guiña un ojo y asiente casi imperceptiblemente con la cabeza.

Ante eso y un tanto desbordada, suelto una risita nerviosa que no puedo evitar. Y eso parece ser el desencadenante para que todos me imiten, riéndose y comentando cada uno en su línea lo que acaba de suceder.

—Joder, si no lo veo, no lo creo —suelta Julián—. Yo ni siquiera me creí ni por un segundo los rumores. Debo de ser bien tonto, coño.

—Rumores los que va a haber ahora —comenta Teresa—. Y yo sí que hubo ocasiones en que... intuí algo. Pero, por Dios, luego lo descartaba y me reprendía por malpensada. ¡Esta me la pagáis!

—Con lo que te gusta a ti un buen chisme, ¿eh, Teresa? Y mira que ser la última en enterarte —se burla Nela, pegándole un codazo cariñoso.

—Y que lo digas. —Se ríe la otra.

—Míralo por el lado bueno, Tere —interviene el poli—. Al menos estabas en primera fila cuando se armó el Belén.

—En primera fila estabas tú, que por poco... —Ese es Colás, pícaro.

—Calla, no me lo recuerdes, que me frustró. Nunca he estado tan cerca de hacer realidad la fantasía del trío.

—Ya te gustaría... No sé si tanto a Rubio —se cachondea Julián.

Y así siguen, durante un buen rato, en el que Lidia, todavía riéndose de sus pullas, ha entrado a por mi padre, que se ha perdido dentro del bar.

—Pasa de ellos —susurra Chema en mi oído, mientras yo los observo con la sonrisa pegada en la cara—. Ven aquí, anda.

Me acerca más a él, con un brazo sobre mis hombros, mientras con el pulgar dibuja líneas en la mano que sigue en la suya. Y que me ponen muy... Vamos, que me ponen. Lo miro y beso sus labios entreabiertos, sonriendo, a pesar de estar excitada y un pelín frenética.

—Quiero irme —gimotea apoyando su frente contra la mía—. Contigo. Lejos de estos.

—Mi padre ha pedido otra ronda —me encuentro diciendo. Sí, sigo aturdida del todo. No hay otra explicación para mi respuesta. Porque yo también quiero largarme de aquí con él. Besarlos hasta el cansancio. Perderme en su cuerpo. Hablar de todo eso de lo que en algún momento tendremos que hablar.

—Joder... —Chema frunce el ceño y agarra la silla entre mis piernas tirando hacia él. Me lleva tan cerca que no me queda otra que poner mis piernas sobre las suyas—. Me muero por...

Un carraspeo corta sus palabras y los dos nos separamos para ver a mi padre sentándose de nuevo mientras Paco sirve las bebidas. Pero aun sin el mínimo contacto, siento a Chema tensarse a mi lado.

—Abel... —dice, con la vista fija en él. Y sé exactamente qué piensa o qué siente. Lo mismo que yo hace un rato—. Yo...

Pero mi padre no le da margen a proseguir.

—No es necesario que digas nada, Rubio. Creo que por hoy... ya has dicho más que suficiente, ¿no? —comenta, un pelín guasón—. Ahora, por favor, que corra un poco el aire.

Mis amigos retoman sus risas, esas que aún no habían perdido del todo, mientras Chema y yo nos ponemos como gambas y después sonreímos como dos tontos.

—Supongo que hoy las niñas duermen en nuestra casa, ¿no? —suelta Lidia cuando todavía nos dura el bochorno, acentuándolo un poco más.

Solo que, además de estar colorado, Chema ahora también se parte de la risa.

—Pues se agradecería, sí —dice, dedicándome una mirada muy caliente y cambiándola al momento por una decidida, mientras se pone en pie y tira de mí—. De hecho, si no os importa...

Deja la frase en el aire, porque es del todo evidente, ¿no? Pues no. Nos olvidábamos de lo cabroncete que puede llegar a ser Pedro, por lo visto.

—Si no nos importa, ¿qué? —pregunta el muy capullo.

—Pedro, no seas malo —lo reprende Nela entre risas.

—Bueno... A mí también me interesa la respuesta —espeta Julián, malicioso.

—Que os den —responde Chema, pasándome un brazo por la cintura y apretándome contra él—. Nos vamos. Las niñas...

—¡Oh, las niñas! —exclama Teresa poniéndose en pie y consiguiendo con ello que se levanten casi todos—. Ya deberíamos ir a...

—Las traen mis padres —la tranquiliza Chema, pero con los ojos clavados en mi boca.

—Ah, vale —oigo que dice ella, porque los míos también están sobre la suya.

—Entonces, nos vamos, ¿verdad? —me pregunta él, rozando nuestros labios.

—Por favor... —Melosa, me muerdo el labio inferior—. Por favor...

Él sonrío, me da un pequeño beso y...

—¡¡Chema!! ¡¿Qué haces?! ¡¡Suelta a Laura ahora mismo!!

Cierro los ojos. Mierda, joder. Me había olvidado de que en todo cuento de hadas hay una bruja, coño.

Y, cómo no, él lo hace. Tan rápido que hasta me tambaleo. Supongo que por el susto, no quiero ni imaginarme que sea por otra cosa. Recupero la estabilidad ya con la mirada puesta en Adela, que nos mira pasmada, enfadada y... se persigna. Una, dos, tres veces... Vaya, ni que fuese el demonio. Yo, no ella, aunque de eso tengo mis dudas.

—Mamá.

—¡Sí, mamá! ¿Qué...? ¿Qué haces? ¿Es que te has vuelto loco? —pregunta, recorriendo con su mirada todo lo que alcanza.

—No, mamá. O sí, qué más da. —Y, contra todo pronóstico, Chema sonrío. Sonríe con toda la boca antes de dirigirse a su padre—. Papá, ¿sabes esa mujer de la que me hablabas esta tarde? Es Laura.

José María asiente con la cabeza y, sin apenas despegar los labios, compone una sonrisa orgullosa.

—Buena elección, hijo —dice y le guiña un ojo.

—¿Qué? ¿De qué habláis? —Adela mira a padre e hijo, confusa y cabreada. Como yo. Bueno, como yo no, que no estoy cabreada, pero sí lo otro. ¿Yo soy la mujer de la que ha hablado José María? No entiendo. ¿Por qué?

—Cosas de hombres —responde él la mar de contento.

—Cosas de... —Adela inhala mucho aire y continúa furibunda—. ¿Buena elección? ¿Es eso lo que acabas de decirle a tu hijo? Pero... ¿qué...?

—Papá, ¿estabas besando a la tía? —Marta se mete entre su abuela y Chema, interrumpiendo a la mujer, y observa a su padre con el ceño fruncido, desconcertada.

Llora corre a ponerse al lado de su hermana, y nos mira a los tres con los ojos como platos.

—¿Sí? ¿Eso es verdad? ¿Se estaban besando? —Se ríe, frenética, interrogando a Marta.

Yo, inquieta, me froto las manos, sin saber en esta ocasión cómo resolver sus dudas, porque creo que es Chema el que debe hacerlo. Y no me decepciona. Se acuclilla delante de ellas y les sonrío con ternura.

—Sí, princesas, la estaba besando. Yo... La tía... Bueno, nosotros... estamos juntos. Quiero decir que...

—¿Sois novios? —pregunta Marta, seria.

—¡Novios! ¿Sois novios? —repite Llora, saltando sobre sus pies.

—Sí, supongo. —Se ríe él un tanto nervioso antes de mirar hacia mí—. A ver, no... No sé. Laura, ¿somos...? ¿Quieres...? ¿Quieres ser... mi novia? —balbucea, con los ojos muy abiertos y una mueca cómica y adorable en su cara.

Yo asiento con la cabeza y me echo a reír.

—Pues sí, somos novios, entonces —les dice él a sus hijas, volviendo su atención a ellas—. ¿Os parece bien?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sois novios! ¡Sois novios! ¡Papi y Mina son novios! —canturrea Llora, echándose en mis brazos.

—¿Marta? —pregunto yo, abrazando a mi ahijada y ansiosa por la respuesta de la mayor—. ¿A ti también te parece bien?

La expresión de Marta, tan formal, se transforma al instante. Los ojos se le humedecen, mientras una sonrisa enorme le parte la cara en dos.

—Yo... Es que estoy tan contenta... —dice muy bajito, creo que sin saber cómo afrontar tanta dicha. Y la comprendo, porque yo me siento igual.

Me siento volar, desbordante de felicidad, libre. Llena hasta lo exagerado. De amor, de alegría, de... paz. Me siento en paz, joder, y ya no recordaba esta sensación. Desde que me enamoré de Chema, siempre había algo dentro de mí empujando, haciendo daño. Un dolor sordo que, en ocasiones, pasaba desapercibido a fuerza de costumbre, pero que siempre estaba ahí. En forma de culpa, de pena, de frustración... Porque sí, cambiaba de estado, pero la base era la misma. Mi amor por Chema. Un pecado, un error. Pero un amor tan grande que ni los años, ni la distancia, ni el parentesco ni la ofensa han podido vencer.

Y ahora... Ahora puedo darle rienda suelta. Disfrutarlo. Oh, joder, me muero por disfrutarlo. Aunque sé que aún no es el momento. Y sí, ando un poco salida, ¿y qué?

Observo como Chema abraza a Marta y ella le echa sus manitas al cuello. Cuando se sueltan, viene hacia mí y se aferra a mi cintura, limpiándose las lágrimas, que sé que no quiere que nadie le vea, en mi vestido. Le acaricio la espalda y le concedo su espacio, paciente.

Veo a mi novio... Joder, ¡mi novio! Lo veo incorporarse y caminar junto a su madre, que lo sigue mirando como si acabase de descuartizar cachorritos. Cogiéndola de un brazo, la aleja un poco y comienzan a hablar, gesticulando mucho, sobre todo cuando se les une José María, que ahí Adela ya parece un pájaro en pleno vuelo.

Yo aparto la vista de ellos, para concederles algo de intimidad, pero me encuentro con que soy la única que lo hace. Toda esa gente anonadada después de aquel primer beso observa detenidamente la escena, sin querer perderse un nuevo capítulo de la telenovela en la que son protagonistas. Sonríe sin poder evitarlo y me muerdo el labio inferior para disimularlo. Joder... Seguro que han estado desde entonces así, sin sacarnos los ojos de encima, y yo sin enterarme.

—Si hoy os pitan los oídos, que no os extrañe, ¿vale? —dice Teresa a mi lado, muy bajito—. Reconoce que esto no pasa todos los días, tía.

—Sí, sí, lo reconozco, pero... Dios, podían cortarse un poco, ¿no? —Me río.

—¿Cómo lo hizo Chema? Joder, menudo morreo... Y, Dios, menuda declaración de amor. ¡Qué pena no haberlo grabado! Pero creo que estaba demasiado alucinada para siquiera pensar en ello.

Yo sonrío. Madre mía, creo que he sonreído hoy más que en los últimos meses. Pero entonces, y sin que sirva de precedente, tengo una necesidad imperiosa de sentirme comprendida. Quiero saber su opinión sincera en lo referente a Clara. Y sí, estoy superada por las circunstancias, lo sé.

—Tere... —susurro—. Tú... ¿De verdad...?

Ella, al interpretar mi tono, me interrumpe con un ademán y se encarga de separar a las niñas de mí, persuadiendo a su marido para que vaya con las tres a por chuches. Y es cuando nos quedamos a solas, o todo lo a solas que podamos estar entre tanta gente, que se dirige a mí.

—¿Vas a hablarme de Clara, cierto? —pregunta, tan directa como siempre.

—Sí. Es que...

—Ha sido un *flash*, ¿vale? Veros besarse y oír a Chema ha sido... raro. No te voy a mentir. Pero también ha sido precioso. Tan tan romántico... —Coge mis manos y me mira con ternura—. Mira, cariño, ella ya no está. Y estoy convencida de que, donde quiera que esté ahora, quiere veros así, tan felices y radiantes como os veo yo. —Sonríe maliciosa—. Bueno, yo y medio pueblo, eh.

—Tonta.

—Tonta, sí. Mira que haber creído que era una malpensada... Joder, qué calladito os lo teníais.

—Ya ves —digo, provocadora, y le guiño un ojo.

—Laura. —Me giro muy rápido ante la llamada de Adela, que se dirige a mí con andar militar. Su cara... Joder, su cara es la de un general mandando a la tropa disparar. Trago saliva y me espero cualquier cosa; solo cuando está tan cerca de mí que casi nos rozamos, abre la boca de nuevo.

—Mamá, cuidadito con lo que vas a decir, eh —la frena Chema, de pronto a mi espalda y rodeando mi cintura con sus brazos.

—No voy a morderla, tranquilo —espete ella, con las manos convertidas en puños que estrujan su chaqueta bajo los pechos. Baja la mirada hacia las manos de su hijo y frunce el ceño antes de centrar su atención en mí—. Verás, Laura, en mi familia no toleramos los escándalos, así que no quiero ni uno, ¿me oyes? Ni... —mira por encima de mi hombro, carraspea y vuelve a la carga— otro. No aceptaré otro. Este de hoy tendrá que cundirte para el resto de tu vida, muchacha. Así que espero que estés segura de lo que quieres, porque será para siempre. Nada de divorcios, ni de...

Ahora la que carraspea soy yo. Lo que pasa es que acabo tosiendo, atragantada, mientras Chema resopla con ganas.

—Verás, Adela —le devuelvo sus palabras—, quiero a tu hijo, estoy completamente segura de ello, pero... sobre lo del divorcio, primero tendríamos que casarnos, ¿no crees?

—Y te casarás. Vaya si lo harás. Tampoco voy a consentir que viváis en pecado y ya estáis creciditos para...

—Ya, Adela. Deja a los chicos en paz, por Dios.

—Pero, José María, es que...

—Es que nada. Dime. ¿A que te duele un poco la cabeza, avisándote de una jaqueca inminente?

—Pues ahora que lo dices... un poco sí me duele. Normal, con esto que está sucediendo. Dios Santo, que...

—Pues a casa, cariño. Una cena ligera y a meterse en cama, venga —insiste él, cariñoso.

—Bueno... —parece dejarse convencer. Pero antes nos señala con un dedo y nos suelta un último comentario de los suyos—. Pero ya hablaremos. Largo y tendido. Que ya decía yo que esto iba a dar en algo. Ya decía yo que...

Las últimas frases las dice ya alejándose de nosotros, gracias a que su marido tira de ella, por lo que nos perdemos el resto de sus palabras. Menos mal.

—Joder con tu madre —suelta Teresa, flipada.

—Jesús. —Chema deja caer la frente sobre mi pelo y suspira—. Vámonos. Por favor.

—Pero las niñas... Están con Julián y... —comento, mirándolo por encima del hombro.

—Tu padre y Lidia se harán cargo de ellas. Vámonos, por Dios.

—Chema, tendremos que despedirnos por los menos, ¿no? —Y me odio al decirlo, de verdad. Pero, pensándolo bien, no quiero empezar una relación con su padre así, haciéndolas sentir mal de alguna forma, aunque esta sea bien pequeña o una tontería.

—Un consejo —mete baza Colás, al que ni había visto acercarse junto con Nela y Pedro—. Como esperéis a que regresen, van a querer irse con vosotros. Lo sabéis, ¿verdad?

—Ajá —corroborra su mujer—. Sobre todo hoy. Por la novedad y eso...

—Por joder, vamos —suelta Pedro, sonriendo con recochineo.

Chema resopla en mi nuca y a mí me entra la risa. Ay, Dios. ¿Será tan horrible largarse de aquí sin decírselo? Mañana prometo compensarlas... con lo que quieran.

—Anda, marchaos. Nosotros las entretendremos y...

—Como si vienen a casa con Sofí. Seguro que eso las contentará —asegura Teresa.

Los miro a todos con inmenso cariño. Aquí están, facilitando que nos vayamos a... Ay, joder. Que todos saben perfectamente lo que vamos a hacer en cuanto nos quedemos a solas. Yo no soy vergonzosa, eh, pero esta situación es tan nueva que siento las mejillas arder.

—Tu cara te está poniendo en evidencia, pelirroja —se cachondea Pedro.

Me la tapo con las manos y suelto una carcajada, a coro con todas las de mi alrededor.

—¿Qué? ¿Vosotros no os ibais? —pregunta Lidia de repente frente a mí.

Bajo las manos y me encojo de hombros, mientras Chema apoya el mentón sobre mi cabeza y responde un poco agobiado.

—Eso comentábamos. Queremos hacerlo, pero las niñas...

—Di las frases completas, por Dios, Rubio. Que me lo pones a huevo, tío.

—Joder, Pedro, estás que te sales —rumia Chema.

—¿Yo? —Se ríe con ganas el poli—. ¿Seguro que soy yo el que está...?

—Oh, Dios, cállate ya. —Nela le planta una mano en el pecho con fuerza—. Los estás avergonzando.

—¿En serio? —Pedro nos mira incrédulo un instante y luego se troncha otra vez—. Después de la que habéis montado, ahora... ¿tenéis vergüenza?

—Venga, Pedrito, sé bueno —interviene Lidia con una sonrisa traviesa—. Y vosotros, por las niñas no os preocupéis, que...

—Al final, ¿qué? ¿Cenamos juntos u os vais? —Y ahí está el que faltaba, mi padre.

—A ver... —Chema ahoga otro suspiro y se desplaza a mi lado, tomándome de la mano.

—¡Papi, papi, mira cuántas chuches nos ha comprado Julián!

—Oh, joder —masculla por lo bajo al oír a Llara, y se frota la cara con saña, desesperado.

—Bueno, pensáoslo, yo voy a pagar. —Y mi padre se marcha en dirección al bar.

Yo sigo mirando a Chema. Comprendo su frustración, pero estoy algo sorprendida ante ese arrebató y, cuando comienzo a oír alguna que otra carcajada en torno a mí, acabo riéndome como ellos. Y más. Me da un ataque de risa en toda regla. Me doblo sobre el estómago porque incluso me duele y las lágrimas se escurren por mis mejillas sin control. Dios... No puedo parar. Mi sistema está echando fuera la tensión acumulada desde hace unas horas. Se manifiesta de la única manera en que la felicidad puede hacerlo. Con risas. Exageradas. Que rayan la locura, pero risas.

—Ay, mamá... Ay, Dios... —suelto entre carcajadas, empezando a preocuparme porque soy incapaz de detenerme.

—Oye, que te va a dar algo —me advierte Nela, mirándome un poco pasmada, aunque no puede evitar que se le escape la risa en pequeños ronquidos al tratar de frenarla.

—Laura, por Dios... —Chema me mira divertido, pero con los brazos cruzados para intentar adoptar una postura severa—. Para, mujer.

—Es que... Es que...

—¿Qué le pasa a la tía? ¿Por qué se ríe así? —pregunta Marta.

—No sé, cielo —le dice Lidia—. Bueno, vosotras os venís a dormir a nuestra casa, ¿verdad? Podemos ver una peli y...

—Es que... —Llara vacila, mirándonos. Y yo, con el ataque bastante controlado y agotada, me apoyo contra Chema, que pasa un brazo sobre mis hombros.

—O podéis venir a la nuestra. Con Sofi —se apresura Teresa a intervenir.

—No sé... —La pequeña no lo tiene claro. No.

—Sí, *porfa*. *Porfa*, *porfa*. Venid —les suplica Sofía, tirando de ellas.

—Vale. ¿Os importa? —nos pregunta Llara a nosotros.

—No, no, no. Id, id —responde Chema, tan rápido que, de no dolerme tanto desde la garganta hasta la cintura, me troncharía de nuevo.

Marta compone una sonrisa demasiado adulta para su cara y pone los brazos en jarras.

—Queréis estar solos, ¿verdad?

—Pues... Sí, cariño —se sincera su padre—. La tía y yo tenemos mucho de lo que hablar y...

—Hablar, sí, hablar —susurra Julián y contiene una carcajada.

—Meses, meses y meses de los que hablar —se burla Pedro—. Uff, mucho que compensar. Van a acabar doloridos.

Le cae un manotazo que no sé muy bien de dónde sale, pues estoy más atenta a la niña y a su padre. Solo oigo el golpe seco y a Pedro de nuevo.

—Uy, eso ha dolido, joder.

—Que te calles, tío —ordena Colás.

Ay, mi Colás. Lo adoro.

—¿Teresa? ¿Ya nos vamos ahora? —se interesa Marta. Y cuando Tere asiente con la cabeza, se despide de nosotros besándonos las mejillas, igual que hace su hermana al verla—. Hasta mañana.

Y no habléis mucho, que si mañana os duele la lengua no podréis ni comer. ¿Os acordáis de cuando tuve las aftas? Fue horrible, eran muy muy molestas.

Nos reímos, claro. Es inevitable. Y aún estamos haciéndolo cuando Chema, sin molestarse en decirle ni un mísero adiós a nadie, tira de mí y cruza la carretera casi a la carrera. Hasta nosotros llegan las carcajadas de nuestro grupo, que ignoramos, así como las miradas de los vecinos con los que nos vamos encontrando. Estamos demasiado ocupados lanzándonos vistazos el uno al otro, apurados, casi cohibidos, pero tan intensos que, de ser más largos, nos hubiesen reducido a cenizas.

Ya en el portal del edificio, al caer en la cuenta de que vamos a subir al piso, me tensó. No sé si comenzar aquí lo nuestro es buena idea, si...

Chema no me da opción a comerme la cabeza, porque me lleva casi en volandas hacia la primera pared que encuentra en el vestíbulo y me aprisiona entre ella y su cuerpo. Me besa, me toca muy rápido y sin delicadezas, a todo lo que llega sin soltar mi boca, como si quisiese cerciorarse de que no me falta nada. Aunque estoy excitada hasta decir basta, su actitud me hace gracia, por lo que me río en su boca.

—No empieces, eh... —gime él—. No ahora que hemos logrado llegar aquí. Que, joder, pensé que no lo conseguiríamos en la vida.

—Dios... Y tanto —reconozco, ocultando una carcajada con un resoplido. Y con una caída de ojos que espero que me haya quedado *sexy*, soy yo la que tira de él hacia el ascensor, que, sin haberlo llamado, abre la puerta en ese momento.

Los González, esa pareja a la que no parezco caerles muy bien, nos miran con la boca abierta. O más bien miran nuestras manos unidas, sin decidirse a salir para que nosotros podamos entrar de una vez.

La risa nerviosa que se le escapa a Chema me da el valor para levantarlas en el aire y enseñárselas bien, ahí, con sus diez dedos entrelazados.

—Pues va a ser que sí me quiere... —les digo con un encogimiento de hombros, logrando que abran mucho sus bocas y que, por fin, desalojen el cubículo con repentina prisa.

—Jesús... estás loca. —Se ríe Chema mientras me empuja contra el fondo del ascensor y pulsa nuestra planta.

—No más que tú —digo, resuelta—. ¿Tengo que recordarte lo que hiciste delante de...?

—No, mejor no. —Se me cae el pelo y luego deja caer esa mano contra la pared, al lado de mi cabeza, acercándose mucho—. Acabo de darles motivos a los vecinos para hablar de mí, generación tras generación, mientras el pueblo sea pueblo. De poner en manos de mis amigos munición para vacilarme en lo que me resta de vida. Pero mereció la pena, Laura. Tú mereces la pena, cariño. Lo nuestro...

—Merece la pena —decimos los dos a coro, sonriendo como idiotas y besándonos a continuación. Dios... ¡Qué bonito!

Salimos del ascensor con nuestras lenguas manteniendo una batalla húmeda y ansiosa y, todavía besándonos, consigue él abrir la puerta de casa. Otra pared nos recibe acogedora, en la que hacemos del beso algo más que un beso. Nos follamos con la boca, joder.

Por eso, cuando mis manos vuelan a su camisa y desabrocho dos de sus botones, no entiendo que él me detenga, resoplando y apartándose de mí.

—¿Qué...? ¿Qué pasa?

—Espera, espera —me pide, pasándose la mano por la cara y llevándola hasta su nuca. Se toma unos segundos en los que regula su respiración y en los que yo lo observo sin comprender nada. ¿Qué coño pasa ahora?

«No. Hoy no va a haber tema, ya verás».

—Chema —lo llamo en apenas un susurro.

Él me mira, me dedica una sonrisa torcida y coloca ambas manos contra la pared, encarcelándome. Pero si una de las paredes va a ser su cuerpo, yo quiero estar presa toda la vida.

—Laura, cariño... Hoy... Quiero hacerlo bien, ¿vale? Quiero...

—Ah... ¿Es que antes lo hacíamos mal? —pregunto, y me siento al instante muy boba.

Él se ríe por lo bajo mientras besa mi cuello y consigue que se me erice todo el vello con la combinación, pero demasiado pronto vuelvo a perder su contacto, no así sus ojos, que me contemplan con adoración.

—Cada una de las ocasiones fue una pasada. Inolvidable. Perfecta, cariño. No es eso. Nada que ver. Es solo que hoy...

Y entonces lo entiendo. O creo hacerlo. Frunzo el ceño y pongo los brazos en jarras, muy resuelta yo.

—Vamos a ver... Pijotadas las mínimas, eh. A mí también me gustó cada una de las veces que lo hicimos, así que no se te ocurra cambiar nada. Yo soy la misma, tú también y...

Y se parte. Es que se troncha, el muy idiota.

—Ay, Dios —dice, calmando sus risas y uniendo nuestras frentes—. No es eso. No es *solo* eso —rectifica—. Porque sí, hoy quiero hacerlo especial, pero... No, no podría cambiar nada aunque quisiera. Contigo me sale así. Me ciegas. Me desesperas. Me vuelves loco, joder.

—Genial, porque eso es justo lo que tú provocas en mí. Así que estamos en paz.

Él sonríe. Ay, no, joder, con esa sonrisa canalla que me humedece al instante. Más de lo que ya lo estaba. A este paso voy a tener que escurrir las puñeteras bragas. Y cuando estoy por decirle eso mismo o una burrada peor, que me conozco, se aleja de mí, abre un cajón del mueble que hay allí mismo en la entrada y saca un llavero.

—¿Qué...?

—Ahora lo verás. —Y esa es su única explicación antes de volver a arrastrarme fuera del piso con prisas, bajando incluso las escaleras a pie, y corriendo de verdad una vez en la calle hasta alcanzar el coche.

—Chema... ¿Adónde...?

—Shh... Por favor. Necesito hacer esto, ¿vale? Por favor.

Me callo. Y espero, eso sí, impaciente. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

CAPITULO 34

Chema

Sé que Laura está sorprendida y un poco nerviosa cuando aparco el coche frente a la casa. Lo sé porque su cara es como un libro abierto y retuerce sus manos sobre el regazo, cuando no juguetea con su pelo. No sé la cantidad de veces que se ha deshecho y rehecho la coleta, para, al final, dejárselo suelto.

Sin embargo, me ha hecho tanto caso que no solo no ha abierto la boca en todo el camino, sino que ahora también permanece callada, esperando a que sea yo el que dirija nuestros pasos.

—¿Vamos? —la incito a salir del coche cuando yo ya estoy fuera, hablándole a través de mi puerta abierta—. ¿O quieres que te abra la puerta?

Ella se echa a reír un pelín frenética, pero me obedece y coge mi mano en cuanto llega a mi lado.

Disimulo un suspiro y me encamino a la casa, porque sé que ella está nerviosa, sí, pero yo lo estoy más. No sé si lo que voy a hacer es una locura, pero estoy casi seguro de que, en el mejor de los casos, ella va a pensar que estoy loco. Como una cabra. Pero también sé que, si alguien tiene que saber algunas cosas sobre mí, es ella. La mujer a la que quiero, la que va a estar a mi lado para siempre. Y eso es algo que no dudo. Ya no. De pronto, lo tengo todo tan claro que asusta. Como si un oráculo guiara cada acción, como si un ángel me lo susurrara al oído. Jesús. Ignoro el estremecimiento que recorre mi cuerpo y abro la puerta, pidiéndole con un gesto que pase ella primero.

Lo hace. Al principio, dubitativa, pero luego, como si una extraña energía la recorriese, comienza casi a bailar en círculos, fijándose en las puertas, en el suelo, en el color de las paredes y sonriendo apreciativa. Abre la del baño y mete la cabeza dentro.

—Precioso —susurra—. Y has usado el verde hoja seca. Ese color que te comenté que me encantaría en un baño.

—Sí. Ese o azul añil, si no recuerdo mal —comento, usando su mismo tono. Porque no había caído en ello hasta después de mi gran declaración, pero esta casa, joder, esta casa es otra. Una bien grande. Una que no se puede retirar tan fácilmente como las palabras. Una en la que trabajó mi subconsciente, siempre pensando en ella, al parecer.

Ella asiente con la cabeza, mirándome con fervor, pero continúa su recorrido. Supongo que le escasean las palabras, porque la emoción es más que evidente.

—Negro, rojo y blanco. Mis colores favoritos —murmura en medio de la cocina.

Esta vez no digo nada, únicamente sonrío. Tímido, sí. Porque todo esto me avergüenza un poco. Es demasiado peliculero, ¿no?

Ella me lanza una mirada intensa antes de salir de ahí y cruzar el pasillo.

—No. —La freno—. ¿Subimos primero?

Frunce el ceño, pero pronto se encoge de hombros y me sonrío, dirigiéndose a las escaleras. Observa los dormitorios, admira su tamaño, el de los armarios empotrados, las vistas desde las ventanas, pero ahí no hay mucho que añadir, así que, cogidos de la mano, terminamos en el segundo cuarto de baño. Blanco y azul. Azul añil. Tampoco hay mucho que decir, ¿verdad? El baño habla por sí solo. Y acabo de descubrir que, cuando Laura se siente sobrepasada de verdad, se queda sin palabras, porque, muda, lo mira con la boca abierta, y luego a mí. Y de nuevo al baño, y otra vez a mí, antes de echarse a mis brazos y pegar la cara en mi pecho, apretándose contra ella, estrujando en sus puños mi camisa.

—Dios... —gime.

—Venga. Bajemos. —Y sin esperar nada más, porque lo que recibo de ella es mejor que mil oraciones semánticamente perfectas, la acompaño escaleras abajo sin soltarle esa mano que se ha convertido en mi agarradera a la realidad. Esta de la que no quiero despertar jamás.

Entramos en el salón a la vez, gracias a la puerta doble que permanece abierta. Yo la miro a ella, mientras ella lo hace a su alrededor. Es un salón vacío, con el mismo suelo que ya ha elogiado y las paredes de un color gris muy pálido. Sus únicas cualidades son los grandes ventanales hasta el suelo que ya ha visto, la chimenea de piedra que ya se esperaba —y que la última vez que estuvo aquí estaba a medio hacer— y un piano. Sí, un piano. No es de cola, ni mucho menos un Pearl River, como el del sueño, sino el mío de pared, el que tenía en casa de mis padres, pero tendrá que valer.

Le pedí a Colás que me ayudase a trasladarlo al día siguiente de ver los planos. Uno de mis impulsos. Uno que ahora me alegro de haber tenido.

—Oh... ¿Lo has comprado?

—No. —Sonríó—. Lo tenía en mi cuarto, en casa de mis padres. Por eso quizá nunca lo hayas visto.

—Ah. Y te lo has traído —comenta, repartiendo la mirada entre el instrumento y yo, algo confusa.

—Sí —afirmo, tirando de ella hacia los ventanales, donde la coloco mirando hacia fuera—. Quieta, ¿vale? No te muevas.

Laura se echa a reír y me observa ahora con picardía.

—¿Es una de tus fantasías? ¿Follarme contra ellos y...?

—Oh, por Dios, como vuelvas a decir algo así, no voy a poder hacer lo que quiero —gruño, frustrado. Porque, a pesar de este momento único que quiero vivir con ella, la imagen que ha proyectado en mi cerebro me hace replantearme dejarme de tonterías y empotrarla contra los cristales mientras me entierro en ella.

Meneo la cabeza, disgustado conmigo mismo.

«Venga, haz lo que viniste a hacer aquí. Para lo otro tienes el resto de tu vida».

Pues sí. Y espero que sea bien larga, que buena falta me hará el tiempo para hacerle todo lo que imagino, joder.

Así que, con toda la fuerza de voluntad del mundo, camino hacia el piano, dejándola allí, pues confío en que siga tan obediente como la última hora. Que no me engañe, eh, que Laura de obediente tiene lo que yo de asexual, y esto no durará mucho. Pero me conformo con que dure un poco más, solo un poco. El tiempo que me lleva sentarme en el taburete delante del piano, colocar mis manos sobre sus teclas y, después de comprobar que sigue donde la he dejado, con la vista puesta en el paisaje, comenzar a tocar. Un poco inseguro, porque hace bastante que no lo hago, pero poniéndole tanta emoción que lo compensa todo.

Los primeros acordes de *You're Beautiful* llenan la estancia, parecen rebotar contra sus paredes y cargan el ambiente. Este se vuelve denso, casi palpable, pero no en el mal sentido, sino que resulta mágico. Como si el amor recorriese la estancia en forma de canción, paseando por el cuarto hasta llegar a ella. La misma que se da la vuelta muy despacio y me mira con los ojos como platos, la boca entreabierta y una mano en su pecho.

—Oh... —Más que oírlo, lo adivino en su expresión. Y le sonrío. Con toda la ternura del mundo.

Sigo tocando y, cuando estoy a punto de llamarla con un gesto de cabeza, comienza a caminar hacia mí, de nuevo despacio, como si temiese romper este momento sublime que ella también percibe. Sorprendiéndome al hacer lo que quiero que haga sin tener que pedírselo, se sienta sobre

mi regazo, por lo que, al levantar un brazo para que se acomode, pierdo unas notas. Me importa un carajo, la verdad. Amplió mi sonrisa mientras recupero el ritmo, sin que me quede otra que mirar hacia las teclas, pero, cuando lo logro, mis ojos vuelan a su cara; me observa fascinada.

Y así, en silencio, juntos, envueltos en esta bruma que creamos entre los dos, llega el final de la canción.

El silencio parece turbarnos más, porque ambos nos miramos sin pronunciar palabra durante mucho tiempo, hasta que es ella la que me rodea el cuello con los brazos y esconde la cara en mi cuello.

—Es preciosa. Preciosa.

—Como tú —digo, depositando un beso en su pelo.

—Dios... Ya la he oído antes. Pero no sé... ¿Cuál es?

—*You're Beautiful*. De James Blunt. ¿En serio te gusta? No es muy de tu estilo —bromeo.

—¿Por qué dices eso? También tengo mi venita romántica escondida, eh.

—No lo dudo. —Somríó—. Pero, a ver, ¿a que la escuchaste por casualidad? No te veo buscando este tipo de música para...

—No te lo vas a creer... —susurra ella, interrumpiéndome.

Y yo me río por lo bajo, nervioso al pensar que ha llegado el momento de empezar a confesar.

—La que no te lo vas a creer eres tú, cuando te cuente por qué he hecho esto.

—Oh, sí, me lo creeré. A pies juntillas —dice, muy seria de repente, volviendo a dejarme ver su preciosa cara.

—¿Segura?

—Segurísima. Es más, no es necesario ni que hables. Esto... Esto que has recreado... Es ese sueño que tenías a menudo, ¿verdad?

Cierro los ojos, porque caigo en que he olvidado lo espabilada que es.

—Sí. ¿No vas a preguntarme por qué lo he hecho? ¿Por qué contigo cuando...? Cuando, un día, aquí, en tu cara, te dije que era Clara la que...

Coloca dos dedos sobre mi boca para hacerme callar.

—Mira, Chema. Antes de nada, una aclaración.

Arqueo las cejas, pero espero sus palabras con ansia.

—Cuando regresé al pueblo, tenía muy claras dos cosas. Que no iba a acercarme a ti y que siempre, siempre iba a ser sincera. Conmigo misma y contigo. Mira donde estoy —se ríe, incrédula—, sentada en tus piernas, por Dios. Porque confío en ti, en tu gesto, en tus palabras... Ahora quiero que lo hagas tú en mí, ¿vale? Diga lo que diga. Porque te juro, Chema, te lo juro por lo que tú quieras que lo haga, por las niñas, por ti, por Clara, que... no voy a mentirte. Nunca. Esa es una promesa que no voy a incumplir jamás.

La dejo hablar porque parece que necesita exponer ese argumento, pero podría haberla interrumpido en medio de su discurso.

—Claro que confío en ti, Laura. Confío en ti ahora y para siempre. Y creeré cualquier cosa que...

—Yo he tenido este mismo sueño desde... Ya ni me acuerdo. Creo que fue al poco tiempo de irme a Oviedo. Un hombre tocando un piano en un salón que no reconocía. Esta misma canción. Un hombre al que no le veía la cara. Un hombre que desaparecía junto con todo, en cuanto me sentaba en su regazo.

—Un hombre vestido de época —puntualizo. Alucinado. Idiotizado. Porque claro que la creo. Ella abre mucho los ojos y luego los cierra, abrumada.

—Sí, un hombre vestido de época tocando un piano negro de cola. Un Pearl River, para ser

más exactos —concreta ella con una sonrisa tímida, aclarando de un plumazo cualquier duda. Eso, de haberlas tenido, claro.

—Jesús... Laura. Ese piano... es también con el que sueño. El que algún día lograré comprar.

—Y ese hombre eres tú, Chema. Siempre has sido tú, pero no lo supe hasta hace un tiempo, por eso de no verte la cara.

—¿Me la llegaste a ver en algún momento?

—Sí. La primera vez fue el día que decidí regresar. Y desde entonces, siempre.

—Joder... —Me rasco la nuca y me meso el pelo—. Joder... Yo... Yo no te vi. Hasta... Hasta la mañana en que me presenté en tu piso con tus cosas, cuando me desperté descolocado después de no solo verte, sino sentirte y olerte, joder. Y todo en un puto sueño. En ese sueño. Fue más real que nunca y tú... Tú estabas ahí.

Ella cierra sus ojos de nuevo y deja salir un suspiro desde lo más hondo.

—Por eso... ¿Por eso lo de hoy? —pregunta. Y sé que ahora no se refiere a esta puesta en escena, sino a lo sucedido en el bar de Paco.

—No, en realidad, no. De haber sido ese el motivo, lo habría hecho aquella mañana, ¿no? Y sin público, joder. —Ella suelta una risita casi horrorizada y yo continúo decidido a zanjar cualquier malentendido. Aunque no será hoy cuando aclaremos todo. Sé que no seré capaz de hablar por horas sin antes hacerle el amor. Y, si no, que se lo digan a mi erección, dura y suplicando desde que se sentó sobre mí—. El sueño me dejó más confuso, si cabe. Por eso aquel día la volví a cagar, y bien. Lo de hoy... Lo de hoy simplemente sucedió. Es verdad que llevo unos días muy raros, pero fue hoy cuando algo hizo *clac* en mi cabeza, Laura. Fue un cúmulo de cosas que otro día te explicaré si quieres, como una revelación. Sabía que te deseaba más allá de la razón. Que te tenía un inmenso cariño. Eso sí lo sabía, claro, tampoco soy tan obtuso. Pero me negaba a aceptar que... te quería. Al principio supongo que ni quería hacerlo y luego... Luego estaba amoldado a sentirme así, frustrado con todo lo que tenía que ver contigo, sin saber la causa. Muriendo por ti, pero viviendo una vida de mierda en la que parecía un puto zombi por ofuscado, por cobarde. Por no querer ver lo que tenía ante mí. Una verdad que tú me gritabas con tu sola presencia, joder. Esa verdad que incluso mis ojos y mis manos lo sabían, y terminaron la casa como creían que te gustaría.

—Vaya —dice ella un minuto entero después. Y lo sé porque he contado los segundos para no agobiarla, para otorgarle un tiempo que pienso que necesitaba—. Cuando quieres, eres de lo más vehemente, eh.

—Ya lo sabes —contesto, malicioso, contoneándome un poco debajo de ella para acomodar mi erección. O quizá para frotarme. Dios.

—¿Y por qué...? ¿Por qué has hecho esto, Chema? —cuestiona, volviendo a esa actitud formal que lo único que me pide es desmelenarla.

Sonrío, porque lo cierto es que ya hace rato que me esperaba esta pregunta.

—Esto es una manera de devolverte lo que es tuyo, Laura. Este sueño era por y para ti. Así que quería dedicarte la canción como tantas veces hice en sueños, sin saberlo. Y también quería crear nuestro primer recuerdo como pareja en esta casa, ¿qué mejor manera de hacerlo?

—Joder... Yo... Tú... Ay, mamá, has vuelto a dejarme sin palabras —dice ella, haciéndome sonreír y que la bese. Cuando abandono su boca, demasiado rápido por eso de no caer en la tentación, la abrazo muy fuerte, inspirando hondo sobre su cabello, saciándome de su olor. Algo que nunca haré del todo.

Aunque estoy cachondo perdido, no cambiaría este momento por nada. Me siento increíblemente bien. Tranquilo, pleno, feliz. En paz. Cada una de las piezas en su sitio, ordenadas,

formando un todo. Estoy donde quiero estar y con quiero estar. El pasado está lejos, donde pertenece, ya no me persigue, no se mezcla con el presente ni lo enturbia. No va a ser nunca más esa pared que me impide alcanzar mi futuro. Es solo eso, pasado. Completamente necesario, con sus alegrías y sus penas, para haber encontrado el camino hacia este instante, sí, pero que ya puedo dejar atrás. Porque el presente está en mis brazos. Así como mi futuro. Porque si Clara fue la mujer de mi vida hasta ahora, Laura es la de mis sueños. De todos esos que me quedan por vivir.

—¿Sabes que haber encontrado la manera de callar a una mujer es algo que todo hombre desea? —me cachondeo cuando el silencio se hace demasiado largo. Y en Laura no es muy normal.

Me da un manotazo en el pecho y se separa lo justo para mirarme.

—Muy gracioso, listillo.

—Tu listillo. —Le guiño un ojo y le vuelvo a robar un beso—. ¿Qué pensaba esa cabecita tuya?

Ella se muerde la yema de su pulgar y me observa con el ceño fruncido.

—¿Qué? —insisto, más curioso que preocupado.

—Nada. Es solo que... ¿No te parece muy extraño? ¿Todo? ¿Qué significa esto que nos sucedió? Lo del sueño, lo de... —se interrumpe de golpe y menea la cabeza antes de proseguir—. ¿Por qué nos pasó? ¿Fue el destino jugando con nosotros, ese en el que ahora quiero creer? ¿Fue alguien ahí arriba, mandándonos pistas para que nos diéramos cuenta? ¿Qué fue, Chema? Porque irracional es un rato, ¿no? ¿Qué...?

—Mira, no pienso ponerme a analizarlo. Ya perdí mucho tiempo, sin ti, por analizar demasiado las cosas. Sobre todo los sentimientos. Así que se acabó. Me da igual si estamos juntos gracias al destino, a los extraterrestres o por arte de magia. Lo que importa es que ahora lo estamos, ¿no?

Se echa a reír con ganas. Y acaba escondiendo la cabeza otra vez en mi cuello, erizándose la piel con su aliento entrecortado gracias a las carcajadas.

—Oye, deja de reírte, eh.

—Me has matado con lo de los extraterrestres —admite, entre risas, despegándose lo mínimo para poder mirarme entre sus pestañas.

Y justo así está tan guapa, tan seductora, tan ella, que ni pienso. Bajo la tapa del piano de un golpe y la levanto en vilo, sentándola encima y moviendo sus piernas para encajarme en medio de ellas. Todo ello sin quitar mi vista de su cara, que, como la baje, no respondo.

Junto con la sorpresa que se ha llevado, cesan las risas, transformadas al instante en una mirada caliente de lo más provocadora.

—Joder, pues sí, estás vehemente. Muy vehemente —dice. O ronronea, más bien.

—¿Y tú? Confiesa. Has aprendido hoy esa palabra, ¿a que sí?

Sonríe y se muerde el labio inferior, bajando un poco la cabeza para mirarme directamente a los ojos.

—No, hoy he aprendido que puedo ser feliz. Que tengo derecho a serlo. Que...

—Ah, ¿ya me necesitas? —le pregunto, un pelín burlón, intentando quitarle intensidad a esta conversación. O no follaremos en la vida, joder.

—Para ser feliz al completo, te necesité siempre, cariño —se sincera—. Para vivir, no. Y tampoco vivía tan mal, ¿eh?

Entrecierro los ojos, malicioso, ante el tono sobrado con el que ha terminado de hablar, pero ella me deja extasiado echándome los brazos al cuello y susurrando cerca de mi boca.

—Te quiero. Te quiero tanto que no sé ni cómo lo hacía. Vivir, digo. Creo que era la fuerza de

la costumbre. El saber desde el primer día que nunca serías mío. Eras mi fantasía, ese amor platónico. Ese secreto que nunca debía ver la luz. Y cuando... Cuando comenzamos a acostarnos, te mentí, sí, porque no quería volver al vacío que era mi vida antes de tenerte. Y cuando me fui... Cuando me fui...

No es capaz de continuar, y yo no la apremio, sino que la abrazo contra mí, muy fuerte, susurrando sobre su pelo.

—Te quiero, cariño. Te quiero. Fui tan estúpido... Tan ciego. Te adoro, joder.

Un buen rato después se separa de mí, recompuesta. Sus ojos brillan, sí, pero ya no parecen a punto de llorar, y su sonrisa es auténtica. Una puta maravilla. Abarca mis mejillas con sus manos y besa mis labios muy despacio.

—Tenemos tanto de qué hablar... —susurra, dándome otro de esos besos que no me llegan a nada.

—Sí —digo a duras penas, con mi lengua actuando ya por libre y lamiendo sus comisuras.

—Tanto que confesar. Que aclarar —continúa, igual de bajito.

—Sí —repito como un tonto.

—¿Quieres hacerlo?

—Eh... ¿qué? —Demasiado excitado, creo haber oído mal.

—¿Si quieres hablar?

—Como tú quieras —respondo, forzándome a no gruñir al hacerlo.

Entonces se separa de mí, coloca ambas manos sobre la tapa, al lado de sus caderas, y deja un espacio entre nuestros cuerpos, no muy grande, pues estoy pegado al piano, pero que encuentro descomunal. ¿Qué cojones está pensando para alejarse de mí, joder?

—¿De verdad quieres hablar? —insiste después de morderse su labio inferior.

—Pues... sí —me obligo a decir. Aunque pregunto, esperanzado—. Tú también quieres, ¿no?

—Yo... A ver, sí.

Mierda. Joder. Quiere hablar. Si la entiendo, pero...

—Vale, pues...

—Pero no ahora.

—¿Qué?

—Por Dios, Chema. En esta postura ni siquiera puedo cerrar las piernas para aliviarme un poco. Y espero que este piano sea antihumedad, porque voy a dejártelo perdido. ¿Es que no vamos a follar nunca? —dice, muy rápido.

Mi carcajada, esa que se forma en el centro de mi estómago y que sale de mis labios de forma bastante ruidosa, acaba en su boca cuando me empuja contra ella. Nos besamos durante mucho tiempo, con mucha saliva, mucha lengua, muchas ganas. Labios que succionan, dientes que muerden, bocas que no se sacian.

—Dios... —gime ella cogiendo aire—. Debes de pensar que estoy desesperada por ti.

—Sí. —Sonrío sobre sus labios—. Pero...

—Pero es que lo estoy. Fóllame, Chema.

Joder...

Capturo su cara entre mis manos y vuelvo a besarla.

—Hoy voy a hacerte el amor, Laura —susurro, sintiéndolo de verdad. Aunque mi cuerpo, mis manos y mi boca actúen ya por su cuenta, como siempre que me entrego a esta lujuria desmesurada que ella me incita. Ansiosos, desbocados, absolutamente insaciables. Es que no es solo lujuria, es gula, avaricia, incluso algo de soberbia. Yo soy un puñetero pecador, sí, pero ella es el octavo pecado capital, joder.

Mis manos se aferran al bajo de su vestido y lo suben todavía más de lo que está gracias a la postura. Laura me ayuda, incorporándose un poco, hasta que termina enrollado en su cintura. Necesito tocarla. Sentirla. Toda ella. Así que acaricio su culo cubierto de encaje maravillándome con su perfección, antes de volver a sentarla, con mi saliva ya dejando cercos húmedos en la tela sobre sus pezones, que beso y mordisqueo impaciente. Laura, tanto como yo, mete sus dedos entre mi pelo, lo revuelve, besa mi frente y, cuando alcanza el lóbulo de mi oreja, al que dispensa el mismo trato que yo a sus pechos, suelto un gemido gutural. Porque quiero más, lo quiero todo y ya. ¿Cómo no lo vi, joder? Que con ella siempre quiero más.

Nuestras bocas se encuentran de nuevo, famélicas, y se dan un festín que, en realidad, no es suficiente. Solo es un anticipo de todo lo que queremos. Y sé que ella también lo piensa cuando mis manos desabrochan su camisa, apresuradas y ávidas; no tardan en sacármela y acariciar mi torso. Besa mis hombros, lame mis clavículas y mi cuello. Y cuando sus dientes abarcan mi nuez, jugueteando con su lengua, me resulta tan erótico que pierdo un poco el control. Yo mismo me desabrocho el pantalón que me está matando, a la vez que mi boca también abarca su cuello, conquistando cada centímetro de su piel.

—Te comería enterita —susurro contra ella, mientras subo todavía más su vestido.

—Hazlo —pide, jadeante, con sus manos bajando por mi cuerpo todo lo que puede, vibrando con el mismo deseo que a mí me consume.

Me deshago de la maldita prenda y la observo con adoración. Tan hermosa. Como una noche estrellada, con los colores al revés. Su piel blanca brilla ante mis ojos y destaca esas constelaciones que la hacen tan especial. La recorro con mis manos, sus muslos, sus costados, su vientre, su estómago, y le amaso después los pechos por encima del sujetador, vuelvo a besárselos, me peleo con el cierre del dichoso sujetador que se interpone entre los dos. Cuando por fin se lo quito, me siento tan desenfrenado que apoyo la cabeza en su vientre, para tratar de recuperar la cordura.

Pero ella no ayuda. Se contonea, se retuerce, restriega sus muslos contra mí, se pega todo lo que nuestra posición le permite. Araña mi nuca con sus uñas, mordisquea todo lo que está a su alcance y acaba suplicando en mi oído.

—Tócame, por favor. Tócame.

Sé qué quiere, a qué se refiere, así que solo puedo jadear y colar una mano bajo sus bragas, mientras es ella misma la que lleva sus pechos hacia mi boca, juntándolos y ofreciéndomelos de una forma que... Dios. Tiene los pezones duros e inhiestos y está tan mojada... Joder.

Acaricio sus pliegues, de arriba abajo. Su clítoris, en círculos y con pequeños toques que la hacen jadear. Y cuando son mis labios los que torturan un pezón, mientras un pulgar lo hace con el otro, le meto dos dedos de golpe, por lo que gime muy fuerte e incluso pega un ligero salto sobre el piano, para dejarse caer después sobre ellos, apretándolos y encharcándolos.

—Te quiero dentro. A ti. Ya —demanda con la voz enronquecida.

Sonrío y vuelvo a su boca, que venero por unos segundos.

—Y yo —gruño en ella—. Pero todavía no.

Todavía no, porque estoy demasiado caliente. Estoy a punto de caramelo y aún no hemos comenzado, joder. Así que retiro mi mano de su sexo y me concentro en sus pechos. Acaricio, beso, masajeo. Tiro, chupo, muerdo. Hasta que la oigo suplicar. Solo que eso me pone mucho más. Bajo por su estómago dibujando un camino de humedad, de besos ardientes, introduzco la lengua en su ombligo, recorro la línea de su cintura, me empapo de su sabor.

—Chema... Por favor.

Levanto la mirada desde donde estoy y le dedico la sonrisa más lasciva de mi repertorio, la

esbozo sobre su carne. Así la quiero, anhelante en mis brazos, abandonada al placer, deseando más. Justo como estoy yo. La empujo hacia atrás, muevo sus rodillas, la abro y, al separarme, la observo con tanto ardor que no sé cómo no la quemó.

—Manos aquí arriba —casi exijo, colocándolas sobre la parte alta del piano—. Así, cariño. Y ahora... Esto fuera.

Arrastro sus bragas por sus piernas, mientras corro un poco el taburete hacia atrás conmigo sentado en él. Y en cuanto tocan el suelo, me inclino hacia esa parte de ella que llora por mí. La única que solo quiero que lo haga a partir de ahora.

La primera pasada de mi lengua le arranca un jadeo que me hace tocarme, a ver si así aplaco un poco la necesidad de su calor. Me acaricio lánguidamente metiendo una mano bajo mis bóxer, mientras cada fragmento de mi boca se vuelca en su placer. Mi lengua rebaña, lame y luego se hunde en ella. Mis labios besan, chupan y saborean su elixir. Y cuando mis dientes rodean su clítoris mientras es la primera la que lo azota, ella me rodea con sus piernas, me constriñe, jadea, hace que emita un gemido que reverbera sobre su sensible piel.

—Oh, Dios —grita—. Yo... Yo...

—Dámelo. Venga, dámelo, cariño.

—Joder. Contigo, por favor, contigo.

—Ahora. Córrete, Laura.

Inserto un dedo en su interior mientras mi boca repite eso que tanto le ha gustado. Y otro más. Y noto que se corre cuando es un tercero el que la llena, al apretarlo, contrayéndose, mientras su cuerpo es víctima de pequeños espasmos que fluyen al ritmo de sus gemidos.

Verla así, sudada, enrojecida, satisfecha... es más de lo que puedo soportar. Estoy tan al límite que no puedo aguantar ni un segundo más sin entrar en ella y no volverme loco.

En un movimiento brusco aparto los pantalones y los calzoncillos, todo a la vez, sacando al mismo tiempo un condón de uno de los bolsillos. Me lo pongo deprisa, muy deprisa, abarcando después su cintura con un brazo y atrayéndola hacia mí. Ella, desmadejada y con una sonrisa traviesa en la boca, se deja hacer y rodea mi cuello con sus manos mientras me mira enardecida.

La hago descender sobre mi erección despacio, utilizando los últimos vestigios de control. Pero cuando siento su calor, la fricción, su jadeo entrecortado, joder... Soy humano, no un puto robot. Y la deseo de una manera tan bestial... Y llevo tanto tiempo sin esto... Dios.

Mis caderas salen a su encuentro por voluntad propia, acortan el camino, encajan en ella hasta el final. Hasta que sus muslos reposan sobre los míos y estamos tan unidos como podemos estar.

—Joder, Laura —mascullo entre dientes, encantado con la sensación y cabreado con mi impaciencia.

—Oh... Más.

Y ya está. Una única palabra y voy a por lo que necesito.

Empujo de nuevo, la alzo, la dejo caer con fuerza, me impulso de nuevo. Y otra vez. Y otra más. Jadeando por el gusto. Y por el esfuerzo, que la postura no es la más cómoda para que yo lleve las riendas.

Entonces ella, percibiéndolo, toma la iniciativa. Rodea mi cintura con sus piernas y se menea sobre mí. Atropellada, sin orden ni concierto, ida, ofreciéndome una imagen demencial. Sus pechos se mueven al compás, y yo no puedo hacer otra cosa que prestarles la atención que merecen mientras mis dedos se clavan en sus nalgas. Voy a dejarla marcada, pienso. Pero ese pensamiento desaparece al instante, entre todos sus jadeos. Cuando muerdo un pezón quizá con demasiada fuerza, me obligo a relajarme, cojo aire y lo beso con ternura, pero Laura no parece de mi misma opinión.

—Hazlo de nuevo —me pide, desbocada, mientras baja las piernas para acomodar una rodilla a cada lado de mí.

—¿Esto? —pregunto, acelerado, y llevo mis dientes a su turgente botón, mientras cuelo un pulgar en su boca.

—Sí. Oh, sí —gime ella, antes de comenzar a succionarlo.

Sí, oh, sí. Por el amor de Dios.

Y para rematarme, comienza a moverse de una forma brutal. Me cabalga con intensidad. Hasta el fondo y casi sacándola. Formidable. Matadora. Demasiado perfecta.

—Laura... —jadeo cuando noto los primeros indicios del orgasmo—. Para, por Dios...

—No. Dámelo, Chema. Dámelo ahora tú a mí —dice sobre mi oreja, con el lóbulo entre sus dientes.

—Dios...

Me corro. Inevitable y colosalmente. Creo que nunca ha sido tan largo ni tan bueno. Ni las réplicas han sido tan exageradas. Jadeo como un loco. Gruño. Gimo. Sobre todo cuando noto su mano entre los dos, acariciándose mientras sigue moviéndose y la siento apretujarme, deshacerse de nuevo en mis brazos.

—Ay... —suspira débilmente en mi cuello—. Ay, mamá...

Y yo también suspiro, sonriendo. De pura felicidad.

La abrazo con fuerza, beso sus hombros y luego me quedo ahí, muy quieto, todavía en su interior, para recuperar el aliento, acompasándolo a los latidos que siento aún alrededor de mi carne.

—¿Todo bien? —pregunto un tiempo después, en el que ella tampoco se ha movido ni un milímetro. La incorporo con suavidad y la siento sobre mis muslos, pero un poco más atrás, para deshacerme del condón, que anudo y tiro al suelo.

—Ajá. —Traviesa, me observa con los ojos entornados.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Ella menea la cabeza, divertida pero pensativa.

—A ver... dilo —le pido.

Entonces arquea las cejas y mira hacia el lugar donde ha caído el preservativo.

—Tenías condones —suelta, sorprendida.

—Sí, es que no sabía si...

—No, no van por ahí los tiros. Falta hacían, sí. Me refiero a que... tenías condones —repite alzando las cejas casi hasta la raíz del pelo.

Me da la risa, no lo puedo evitar. Sé con exactitud qué está pensando.

—¿Y qué? ¿No has oído antes a Julián algo sobre el voto de castidad? —la vacilo—. ¿No lo crees?

—No sé... Lo tenías muy a mano, ¿no? —cuestiona, desconfiada.

Y me río todavía más.

—¿Y si te digo que el bueno de Pedro me los ha dado esta misma tarde? O más bien me los ha metido en el bolsillo, así, con un comentario malicioso al oído —explico, entrecerrando los ojos al recordar el momento.

Laura abre mucho los suyos y suelta una carcajada.

—Ay, Dios... El bueno de Pedro... Vale, eso sí me lo creo del todo.

Tiro de ella para acercarla más y le doy un beso en la punta de la nariz.

—¿Así que en eso pensabas, eh, celosilla?

—Bueno... A ver, celosa sí soy, que lo sepas —dice con soltura—. Pero, en realidad, solo me

ha extrañado que estuvieras tan preparado y lo he pensado justo al verlo ahora. Yo... antes... era otra cosa.

—¿Ah, sí? ¿Y qué?

Se muerde la yema del pulgar y me mira con la cabeza gacha, un tanto provocadora.

—Pues... Pues que yo no le veo ninguna diferencia a esto de hacer el amor. Perdona que te lo diga, cariño, pero hemos follado.

Me echo a reír. A lo loco. Con carcajadas profundas y vigorizantes. La adoro. Me encanta. Me fascina cada una de sus facetas. Hasta su mala hostia. Porque, a ver, algo de razón tiene, ¿no? Para mí fue distinto, extraordinariamente diferente. No había culpa, ni el menor atisbo de estar cometiendo un error. Hoy todo era química, deseo, amor... Ganas. De ella, no solo de su cuerpo. Pero, en fin, soy un hombre que se pierde a su lado. Y sí, ha sido un polvo brutal. Casi animal. Un pelín duro y... apoteósico.

—Ay, joder... —mascullo, calmando mis risas y apoyando la cabeza en su pecho—. Contigo...

—No te preocupes, eh, que a mí no me importa —me interrumpe—. Porque ¿sabes? Aunque fuese follando, yo sí te he hecho el amor siempre. Cada una de las veces.

Al oírla, la miro. La sonrisa se me pierde en la boca, poco a poco, abrumado y maravillado por sus palabras, comprendiéndolas porque van en sintonía con mi último pensamiento.

—Laura... —susurro—. Ni te imaginas lo que me haces. Ni te lo imaginas.

—Ponla otra vez.

Sonrío y le doy por tercera vez al *play*, después de girarme en la cama para coger el móvil de encima de la mesilla, donde vuelvo a dejarlo.

Segundos después, cuando la voz de James Blunt se cuele en el cuarto, aparto un rizo que le ha caído sobre un ojo y acaricio su mejilla.

—Le has cogido el gusto, ¿eh?

—Es preciosa —dice ella, sonriendo—. Y tan nuestra, ¿verdad? Está bien oírla despierta, para variar.

Me río y me apretujo contra ella, que, acostada de lado en la cama, me recibe enroscando sus brazos en mi cuello. Le hago cosquillas con la nariz en la suya, en sus mejillas, en sus labios, hasta que le sonsaco una risita y un tirón de pelos, con el que aparta nuestras caras.

—Eh, que duele.

—Quejica —se burla—. Además, se supone que mañana tenemos que estar doloridos, ¿no?

Y ahora nos reímos juntos. Divertidos y cómodos.

—Oh, son las cuatro de la mañana —dice ahora, mientras me coge la muñeca para mirar mi reloj. Hace un mohín de esos encantadores—. Tendríamos que dormir, pero no quiero... Estoy tan... bien —suspira.

Sonrío. Sí. Yo tampoco quiero dormir. Creo que ni siquiera lo necesito. Estamos tan tan bien...

Y me gusta que esté así. Contenta y cómoda. Sobre todo porque, cuando volvimos al piso y la traje hasta mi dormitorio, su tensión era más que evidente. De hecho, balbuceó algo sobre irnos al otro cuarto, inquieta, insegura. Pero yo me negué. Por dos motivos. Primero, porque quería hacerle ver que habían cambiado muchas cosas desde que se había ido; que mi cuarto ahora era solo mío, sin fotos de Clara por todas partes y sin su ropa en mi armario. Pero también porque me negaba a dormir apretujado en una cama pequeña cuando disponíamos de esta, más grande. Una habitación es eso, una habitación. Y los muebles, simples cosas. Lo importante, lo verdaderamente

importante, éramos nosotros. Lo nuestro. Y así se lo expliqué en un principio.

Ella entró algo recelosa y abrió los ojos como platos al ver, o no ver, lo que temía encontrarse.

—Oh... ¿Cuándo...?

—Eso tampoco te lo vas a creer. O sí. —Me reí, un pelín nervioso—. Las fotos de la pared las retiré el mismo día de tu vuelta, aunque aún ni siquiera lo sabía. Y la de la mesilla, poco después de nuestro primer encuentro en la tienda. Me sentía un hipócrita viéndola ahí todas las noches, porque, a veces, el recuerdo de tu cara era mayor y se superponía a la suya. Y sí, estaba muy confuso, pero me había prometido intentar mentirme lo menos posible.

Ahí se tiró a mis brazos, tan aturdida como dichosa.

Y volvimos a hacer el amor. Dos veces. La segunda vez tan lento que resultó catalizador para los dos. Nos demostramos que sí, que también sabemos hacer el amor suave, con palabras bonitas y una cadencia que rayaba en la tortura. Como si quisiéramos amarnos con los órganos y no solo con el cuerpo. Como si deseáramos grabarnos la piel del otro. Como si pudiéramos alcanzar el orgasmo a través de los sentimientos.

Me acerco a darle un beso y la noto ausente, reflexiva, con la vista perdida a su alrededor.

—Ehh, ¿qué sucede?

—Nada —dice, demasiado rápido—. Estaba... pensando.

—Vale. ¿Y en qué? —insisto, porque es de locos, lo sé, pero necesito saberlo todo de ella. Cada detalle. Cada cosa que le pase por la mente. Supongo que esto se me pasará, que todo es muy reciente. Y que el miedo, aunque escondido entre la bruma de toda esta felicidad que me llena, está aún por ahí.

Ella compone una sonrisa un tanto triste y coloca un codo sobre la cama, apoyando la cabeza en su mano e incorporándose un poco.

—¿Puedo hablarte sobre algo? ¿Pedirte....? Es que... Es sobre Clara.

Cierro los ojos un instante y trago saliva. Pero me recompongo en milésimas de segundo y la miro con inmensa ternura.

—Puedes decirme lo que sea, Laura. Pedirme lo que quieras. Yo... Entiendo que es muy difícil para ti...

—No, escucha, no. Ya sé que aquella mañana dije cosas horribles. Sobre que nos compararas y... bueno... eso. Pero...

—Eso nunca va a pasar. No se puede comparar el agua y el aire, cariño, y sin ninguna de las dos cosas se puede vivir. Aunque... esa comparación no es muy válida porque...

Me interrumpe besándome, juntando nuestros labios con fuerza pero sin ir más allá. Se separa con un suspiro y asiente con la cabeza, dándome a entender que sabe lo que quería decir. Yo sonrío y cierro los ojos cuando ella retira de mi frente un mechón de pelo. Al abrirlos, los suyos están muy brillantes, pero su sonrisa es de verdad, preciosa.

—Lo sé —susurra—. Y no temo que lo hagas. Ya no. Creo que los dos hemos aprendido de nuestros errores, ¿verdad? Yo nunca voy a dejar de ser yo para mantenerte a mi lado y tú... Tú hoy has dejado bastante claro que me quieres, ¿eh? —bromea, me imagino que en un intento de quitarle intensidad al asunto.

Yo asiento con la cabeza juntando un segundo nuestras frentes, para luego mirarla con todo el amor del mundo.

—Lo que quería pedirte —continúa ella haciendo una pequeña pausa en la que se muerde el labio inferior— es que no la apartemos de nuestras vidas. A Clara. Que la dejemos seguir en ellas, que la nombremos con naturalidad, que la tengamos un poco en cuenta en cada decisión que tomemos sobre las niñas, que hablemos de ella sonriendo, recordando la maravillosa persona que

fue. No quiero convertirla en un fantasma entre nosotros, en algo que nos hace daño. Quiero creer que ella ha sido nuestro nexo, que, gracias a ella o a pesar de ella, has acabado por amarme. Oh, Dios... Eso ha sonado fatal, joder. Quiero decir que...

—No, no, cariño. Yo te entiendo. Te entiendo. No sabes cuánto. —Y esta vez, el nudo en la garganta es hasta bienvenido. Porque es emoción en estado puro, pero de la buena. De la que duele, pero reconforta. De la que te hace sentir vivo y agradecido. De la que te hace ver que la persona que te la causa forma ya tanta parte de ti como una de tus extremidades. O de tus órganos vitales.

—¿Eso es un sí? —Sonríe ella, nerviosa—. Yo... Ella era tu mujer, Chema. Pero también era mi hermana. Los dos la queríamos tanto, ¿verdad? No quiero hacer como si hubiese sido alguien prescindible en nuestras vidas.

La abrazo. La abrazo cobijándola en mi pecho mientras hundo la cara entre sus rizos.

—La quisimos, sí —murmuro—. Mucho. Tanto como te quiero a ti. Joder, Laura, eres tan... increíble. Clara estaba tan orgullosa de ti. Y esto... Esto es solo una demostración más de por qué lo estaba.

—Era tan buena... Demasiado, quizá. Si se hubiese imaginado por un momento... —dice contra mi piel desnuda, sin levantar la cabeza.

—Shh... No te hagas eso. Ya pasó. Todo pasó, Laura. Ahora solo toca seguir adelante.

—Sí, pero... —Y ahí sí que busca mis ojos, apoyando su barbilla en mi pecho—. Yo... Yo creo que, al final, sí lo supo.

—¿Al final? —Frunzo el ceño, confuso, pero recuerdos, imágenes al azar que se entrometen en mi mente, me hacen proseguir—. Se despidió de ti, ¿verdad?

Laura asiente con la cabeza, baja la mirada y luego se levanta muy rápido y sale del cuarto. Aunque me deja un tanto desconcertado, vuelve antes de que mi imaginación me juegue una mala pasada, acostándose en la misma posición en la que estaba antes de irse y entregándome algo. Una foto. Una foto de ella y yo, que observo con atención. Y en la que leo unas líneas que me erizan el vello.

—Apareció en mi mochila unos días después de que nos acostáramos por primera vez. Yo había pasado la noche en casa de mi padre, en el cuarto de Clara. Como una forma de castigarme y de... pedirle perdón. Y no, yo no cogí esa foto y la metí allí sin darme cuenta. Oí su voz, Chema. Juro que la oí. Me pidió que fuese feliz. Se fue la luz durante un momento y... hacía mucho frío en el cuarto. Y...

Se interrumpe al borde de las lágrimas, saturada ante los recuerdos. Y yo creo cada una de sus palabras. Porque es Laura y no me mentiría en algo así. Y porque no puedo ser hipócrita y no reconocer que también lo hizo de mí. Aquella experiencia en el cementerio quise olvidarla, la infravaloré queriendo pensar que era mi conciencia haciendo de las suyas, la relegué a la categoría de un momento incómodo y casi ridículo, cuando, Dios, había sido tan trascendental.

Un poco agobiado por caer ahora en ello, no encuentro el valor para confesárselo a Laura. Mañana, mañana se lo diré. Tengo que hacerlo. Pero hoy no. Hoy ya ha sido demasiado... Y comienzo a sentirme un poco superado por los acontecimientos.

—¿Me crees? —pregunta ella, supongo que ante mi silencio.

—Sí, sí. Desde luego que sí. Yo... Tenemos todavía mucho de lo que hablar, cariño. Pero claro que te creo, no lo dudes. Hablaba con Llara, ¿recuerdas? ¿Por qué no iba a despedirse de ti?

Ella sonrío con un deje de tristeza, aunque sus ojos refulgen de una manera especial. Limpia. Radiante.

—Gracias, Chema. Esto para mí es...

—No, no me las des. Gracias a ti, mi vida. Por contármelo. Y, sobre todo, por esperarme.

—Creo que... no tenía otro remedio, ¿sabes? Eras como una garrapata prendida a mi corazón.

—Joder, qué poético. —Me río. Y esto es una cosa más de las que adoro en ella, esta facilidad para hablar de algo profundo y acabar diciendo alguna tontería del estilo. Es como si no supiera estar triste mucho tiempo. Derrocha ganas de vivir, joder.

—Ya sabes, mi vena romántica... —Ríe también ella—. Pero eres una garrapata guapa, eh. Atractiva y... follable.

—Serás... —Nos giro hasta que termino colocado encima de ella, haciéndome sitio entre sus piernas.

—Joder, Chema, tú es oír la palabrita y te vienes arriba, eh. ¿Otra vez? —Finge molestarse poniendo los ojos en blanco, pero su sonrisa es adictiva—. ¿De verdad estás para tanto trote? ¿No hay una edad en la que ya se pierde fuelle?

—Bueno, Clara decía que era insac...

Me callo cuando me escucho. Porque sí que me he venido arriba del todo, por lo visto. Una cosa es hablar de ella con naturalidad y otra... esto. Joder. Se me ha ido del todo la olla. Tan sorprendido por haber dicho algo así como arrepentido, abro la boca para disculparme, pero, claro, Laura es Laura, y me deja pasmado echándose a reír.

—A ver... Una cosa es que la tengamos presente, machote, pero no te pases, oye —comenta, entre risas un pelín histéricas, como si le divirtiera y le horrorizara la cuestión al mismo tiempo.

—Tienes razón. Perdona. Perdona, por favor. Se me ha ido la pinza.

—Normal, si cuando uno tiene la sangre acumulada en otro lado, pasa lo que...

Dejo caer la frente sobre su pecho con un resoplido y ella prosigue con una risita.

—No pasa nada, tonto. Olvídalo —dice y mete sus dedos entre mi pelo. Y para rematar, contonea su pelvis contra mí—. ¿Así que insaciable, eh?

Y ahora soy yo el que se descojona, de la misma manera que antes lo ha hecho ella. Apabullado pero encantado de la vida.

—Me vuelves loco, pelirroja.

—Lo sé. Si se te nota.

—Bueno... En realidad, estoy loco por ti, que no es lo mismo.

—¿Ah, no?

—No, es infinitamente mejor —susurro, ya con mi boca sobre su cuello. Y sin venir a cuento, prosigo sin pensar—. Mañana traeremos todas tus cosas, no voy a dejarte escapar. Quiero...

—Eh, eh... Para. No.

—¿No? —Levanto la cabeza como un resorte y la miro incrédulo—. ¿Cómo que no?

—No, cariño. Hagámoslo bien. No nos precipitemos.

—¿Qué coño...? ¿Precipitarnos? Todo lo contrario, he estado perdiendo un tiempo precioso con mis paranoias. No...

—Chema, no te cabrees, vale, pero es mejor...

—¿Es por mi madre? ¿Por lo que te dijo?

—¿Por tu madre? ¿Estás de coña? No. Es por todo. Por las niñas, por...

—Las niñas saltarán de alegría.

Se muerde el labio inferior sin rebatirme eso, sabiendo que tengo razón.

—Es... Me da pena por Miriam, cariño. Se ha gastado una pasta en...

—Si le dejas así el piso, tal como está, se dará por bien pagada. Lo alquilará en un santiamén. Ahora o en verano. Los turistas se lo rifarán —explico, sin querer destapar en un día todos los secretos y seguro de que estoy totalmente en lo cierto.

—Lo pensamos, ¿vale?

Entrecierro los ojos y sonrío, malicioso.

—Te sonsacaré un sí, ya verás.

—Uy, vas de sobrado, Rubio. —Se pone ella chulita.

—¿Tú crees? Puedo ser muy creativo.

Laura se echa a reír.

—No lo dudo, no —murmura, traviesa.

CAPITULO 35

Cinco años después. El Pilar.

Laura

—Todo, Laura. Lo quiero todo, sí.

Frunzo el ceño, aunque estoy muy lejos de estar enfadada. Lo quiere todo, tal como yo le pedí en una ocasión. Lo quiere todo y lo comprendo. Lo quiere todo y, qué coño, yo también.

—Quizá estás llevando muy lejos lo de fastidiar a mi madre, ¿no? —me provoca él, insistiendo en salirse con la suya, sin saber que ya he tomado una decisión.

—Bueno... Ese es un buen aliciente para decirte que no, la verdad.

Él gime en mi cuello, después de apartarme el pelo y sujetármelo con una mano sobre el otro lado.

—¿Y qué aliciente puedo utilizar yo para que me digas que sí?

Me echo a reír y entierro mis pies en la arena, mientras aparto con las dos manos los mechones más cortos que me azotan la cara. Levanto la cara al sol, apoyo la cabeza en su hombro y me recuesto un poco más sobre su torso.

Él, sentado detrás de mí, libera mi cabello y sube sus manos en una caricia lenta desde mis rodillas a mis muslos, tentador.

—¿Sabes de alguno? —presiona, al tiempo que hinca los dientes en mi hombro.

Mis dedos se aferran a sus rodillas, colocadas a ambos lados de mi cuerpo.

—Estás jugando sucio —susurro.

—Ajá.

—Y estamos en un lugar lleno de gente.

—Mmmm. —Lo noto sonreír sobre mi mejilla y me da la risa.

—Las niñas nos están mirando. Y Marta se va a caer de la tabla de la vergüenza.

—Sabe nadar —explica, retomando sus caricias en sentido contrario, más lentas aún—. Y yo solo estoy tratando de convencer a su madre para que se case conmigo de una jodida vez y que le dé un hermanito.

—Pues lo que vas a conseguir es hacérmelo aquí mismo, como sigas así.

—¿Eso es una promesa?

—Joder, Chema...

—Esta noche. Tú, yo y la playa.

—Sí.

—¿Sí? Mira que te tomo la palabra.

—Sí.

—Pues genial. Aún son pequeñas para quedarse solas, ¿verdad?

Me echo a reír con ganas, porque sé que él es el primero en considerarlas así.

—Sí, aún lo son. Y en cuanto nazca el bebé, tendremos ese problemilla unos cuantos años más.

—Ya. Pero eso no sucederá mientras no me digas que sí, así que...

Suspiro y me río por dentro. A tercetos no nos gana nadie. A los dos. Y eso lo hemos descubierto durante estos años juntos. Aunque creo que, en realidad, ya lo sabíamos de antes, cuando no toda la culpa de nuestras disputas la tenían la frustración de su deseo malentendido ni la de mi amor imposible.

Porque sí, somos dos cabezotas de cuidado. Y, poco a poco, nos hemos enseñado uno al otro a gestionarlo, aprendiendo a ceder, a dialogar, a respetar esa promesa que nos impusimos de nunca acostarnos cabreados.

Eso no significa que no discutamos, no, por Dios. Discutimos y mucho. A gritos. Yo sigo

siendo de las que lanzan cosas cuando me ciega la ira y él, de los que no piensan mucho lo que dicen, soltando burradas a destajo por la boca. Pero también es verdad que nuestras reconciliaciones son maravillosas. Épicas. Llenas de mimos, de besos, de los mejores orgasmos. El muy loco incluso insonorizó nuestro dormitorio y, con eso, ya lo digo todo.

Cuando me doy cuenta, estoy riéndome a carcajadas al recordarlo.

—¿Y esas risas? ¿Tanta gracia te causa tenerme suplicándote matrimonio? —pregunta y busca mi cara, un poco alucinado.

Y yo me río más fuerte.

—Ay, no, tonto. Estaba pensando en cuando Julián y tú insonorizasteis nuestro cuarto. El pobre no daba crédito.

Chema también se echa a reír.

—Y que lo digas. Quién se iba a imaginar que era de los silenciosos. De haber sabido lo que iba a burlarse, le habría pedido a Colás que me ayudase.

—Otro silencioso —le confieso en tono confidencial. Y lo sé por Nela, así que segura estoy.

—Joder... ¿Qué pasa? ¿Que aquí la única que grita como una loca follando eres tú?

—¡Oye! —protesto y le doy un manotazo—. ¿Tengo que recordarte que gruñes como un cerdo?

—A ti te gusto muy cerdo —me suelta el muy capullo. Y sí, tiene razón, así que me da la risa.

Pero en cuanto vuelvo la mirada al mar, abro los ojos como platos.

—¡Menuda leche! —digo al ver a Marta perder el equilibrio sobre la tabla y dar un buen giro antes de caer al agua de plancha.

Ambos hacemos el amago de incorporarnos, pero al instante observamos como sale del agua levantando una mano y gritando para hacernos saber que está bien.

—Un día de estos se matan. Y eso que aquí no hay olas grandes.

—Están aprendiendo, mamá leona —se burla él—. Y por eso están aquí. Cuando sepan, las llevaré a Tapia de...

—¡Ni loco vas a llevarlas allí!

Él estalla en carcajadas.

—¿Tú te oyes? ¿Dónde queda eso de que debemos soltarlas un poco, dejarlas equivocarse y enfrentarse a...?

—Eh, eso es distinto —replico, porque sé por dónde va—. Yo solo opino que Marta quizá tenga razón y no esté aprovechando bien sus posibilidades. Que la estemos coartando. Que...

—Sí, ya me sé el discurso ese, cariño. Nos lo repite casi a diario.

Bueno, sí, Marta está pesadita, pero... ¿y si tiene razón? Este año empieza la secundaria y le han ofrecido adelantarla de curso, o hacer dos en uno. La niña se aburre en clase, va demasiado avanzada. Nosotros, alimentando sus ansias de aprender, le pagamos clases extraescolares, le compramos los libros que nos pide y... Y si nuestra intención era que cursase cada uno de los ciclos como una niña normal pues... tal vez la tendríamos que haber frenado antes. Ahora lo quiere todo. Ahora quiere más. Y su padre y yo deberíamos comprenderla, porque, con respecto el uno al otro, sabemos qué significa eso.

—A este paso, se irá a la universidad con quince o con dieciséis. No quiero ni planteármelo —rumia Chema contra mi pelo.

—Bueno... Si se diera ese caso, piensa que podría ser peor. María y Nico nos ofrecieron su casa y viven muy cerca del campus. Y Marcos...

—Oh, ya salió don Perfecto a relucir —refunfuña él, mientras apoya su peso en sus manos, un poco hacia atrás.

—Venga —me río—, deja esa actitud de crío celoso, que ya no cuela. Si hasta te cae bien,

reconócelo.

—Bueno... —masculla por lo bajo—. No es mal tipo. Aunque lo que sí reconozco es que me cae mucho mejor desde que se casó.

Suelto una carcajada y me giro para besarlo en los labios, divertida con su comentario y encantada al pensar en eso. En que Marcos también ha encontrado la felicidad. Porque, si alguien era digno de una bonita historia de amor, era él, joder. Él y ella, que tampoco lo tuvo muy fácil.

—Ah, y por cierto, hablando de ellos, vendrán el mes que viene un par de semanas. Tengo ganas de verlos.

—Sí, ya me lo habías dicho. ¿Se quedan en el apartamento de Miriam, como siempre?

—Ajá. —Sonríe con ternura y luego suspiro, obligándome a retomar el tema que hemos dejado a medias—. Pero a lo que íbamos... Sobre Marta...

—Creía que me entendías, Laura.

—Sí, cariño... Lo hago. Pero tú también tienes que entenderla a ella. Es como si a ti te dijeren que solo puedes hacer masa cuando sabes subir paredes. Es...

—No es lo mismo, por Dios. ¡Vaya comparación!

—Bueno, es una que puedes comprender.

—¿Ahora me estás llamando idiota? —pregunta, tenso, girándome la cara hacia él.

—No, ¿cómo crees...? Es solo que, joder, Chema, esto es frustrante. Comprendo tu punto de vista, pero también el de ella y...

—Uff... En fin, si te casas conmigo, me lo pienso, ¿vale?

Me sale una carcajada escandalizada, tremendamente escandalosa.

—Ya te vale —digo entre risas.

—Ya sabes, en el amor y en la guerra...

—Y esto es la guerra, ¿no? —bromeo.

—Guerra la que me das tú, sí. —Se ríe él ahora—. Joder, Laura, di que sí, anda... Quiero ponerte un anillo en el dedo, quiero tener un papel que respalde este amor, quiero...

—Eres un anticuado —protesto, aunque en el fondo esto me divierte. Y mi aceptación sea solo cuestión de minutos.

—Ayer, en la cama, no me decías eso. Me decías... ¿cómo era? Ah, sí...

—Ay, por Dios, para... —Me río—. Eres... Esas cosas no se recuerdan.

—Tampoco se olvidan, preciosa. En todo caso, se quieren repetir.

Meneo el trasero, traviesa, y encuentro una dureza sospechosa.

—Joder, pues sí que quieres, sí.

Él, contra mi cuello, se ríe entre dientes. Y luego me hace cosquillas. Y yo se las hago a él. Mi maravilloso chantajista. Mi vida. Hasta que lo consiga, no va a parar, si lo conoceré yo. Aunque ahora solo me hago de rogar por joder, así, un pelín. Tampoco voy a hacerme siempre la fácil, ¿no? Como cuando me negué a irme vivir con él al día siguiente de nuestra reconciliación... Bueno, no sé si puede llamársela así. Antes habíamos tenido algo, sí, pero ¿había sido una relación de verdad? Bah, da igual, que me lío. Pues eso, que le dije que no, y por la mañana salí muy digna de su casa, pensando que el asunto estaba más que zanjado. No, me equivoqué. E hice más que eso. Me derretí cuando, por la tarde, él se presentó en mi apartamento con un montón de bolsas, se puso de rodillas y me rogó que se las dejara llenar con mi ropa. Y eso todo con cuatro ojos preciosos, infantiles e ilusionados suplicándomelo también. Me mudé, evidentemente. Y a los tres meses, otra mudanza. Esta vez mucho más grande y más engorrosa, pero a nuestra casa nueva, lo que lo compensaba todo.

Minutos después, el juego se nos está yendo un poco de las manos y pasa de las cosquillas a

los pellizcos entre risas, y de ahí a los besos juguetones. Aparto ese mechón rebelde y meto los dedos entre su pelo hasta llegar a su nuca, para luego acariciar también su barba. De un tiempo a esta parte lo lleva todo un poco más largo de lo normal, porque a mí... Joder, me encanta. Está tan atractivo... Uy, comestible. Me encuentro pensando como una boba en que así, tal cual, se parece muchísimo más a Noah, sobre todo en esa parte de la peli en la que volvió con la chica. Dios, de hecho se parece tanto que me lo imagino con Allie. O con Eva Mendes, ya puestos.

«Ay, Laura, por Dios, que te estás enrollando».

Ay, sí. A veces flipo conmigo misma y con las tonterías que se me ocurren, de verdad. De todas formas, se parece al actor, sí, pero Chema tiene los ojos mucho más bonitos. Así que se fastidien las dos, que me he quedado con la mejor versión.

«Laura, en serio... Déjalo».

Me echo a reír y él, así, entre cosquillas y besos, me imita. Lo que me hace apartarme y girar la cara, todavía con una enorme sonrisa en ella, es esa sensación rara de cuando sabes que alguien te observa, cuando notas como una presencia.

Me encuentro a una niña que, a un par de pasos, nos mira asombrada. Debe de tener sobre cinco o seis años, es rubita, con los ojos más grandes y azules que he visto en mi vida y cara de muñeca. Una auténtica ricura. Una que, a su vez, nos contempla casi con estupor. Con esos ojazos muy abiertos, la boca entrecerrada y las manitas jugueteando entre ellas delante de su vientre.

—Hola —la saludo, curiosa ante su manera de mirarnos. Y le echo un fugaz vistazo a Chema, que también observa a la niña con interés. Intercambiamos una mirada cómplice antes de que me vuelva de nuevo hacia ella, que no se ha movido del sitio, como si alguien la hubiese plantado ahí —. ¿Cómo te llamas?

—Diana —dice muy rápido. Casi... ¿asustada?

No, eso no tiene ningún sentido, pero por si acaso...

—¿Estás sola? ¿Te has perdido?

—No, no. Papá y mamá... están ahí. —Y, sin despegar los ojos de nosotros, señala hacia atrás y un pelín arriba, donde una pareja mucho mayor que nosotros, sentados sobre unas toallas a varios metros, también miran hacia aquí.

—Ah, qué bien... ¿De dónde eres? —continúo, por decir algo, porque lo cierto es que me está poniendo un poco nerviosa y no sé muy bien el motivo. Solo es una niña pequeña, haciendo cosas que su infantil curiosidad le dicta. En este caso, observarnos. Supongo que nuestras risas la han atraído.

—De... De aquí no.

Chema se ríe por lo bajo ante su respuesta. Y yo amplío mi sonrisa. Respuesta *anticotillas*, así la llamaría yo. Muy bien por ella.

—Bueno... Pues encantada, Diana —prosigo—. Yo soy Laura y él es Chema. Pero puedes llamarlo Rubio, ¿sabes?

La niña se pone pálida. Hasta sus labios pierden color.

—¿Qué...?

—¡Hola! ¡Hola, ¿cómo te llamas?! Eres muy guapa, ¿lo sabías? —Esa es Llara, que aparece delante de nosotros mientras arrastra tras de sí la pequeña tabla de surf que su padre se empeñó en comprarles a cada una, y portándose justo como es. Sincera, dicharachera, dulce...

Diana la mira con los ojos como platos y luego los pasea hasta Marta, que se acerca también y se detiene al lado de su hermana. Y, de nuevo, vuelve su vista a nosotros.

—Una cosa, ¿nos conocemos? —le pregunta entonces Llara, frotándose los brazos y estremeciéndose como si hubiese sentido un escalofrío.

—No, no.

La niña, no bien acaba de negar esa cuestión, echa a correr hacia sus padres. Y ahora sí que parecía asustada. O algo similar.

Entrecierro los ojos y arrugo la frente, desconcertada. ¿Qué coño...?

—Joder... ¿Tan mala pinta tenemos? —pregunta Chema, tan confuso como yo pero mucho más divertido.

—No, no es eso —responde Llara, que mira todavía hacia la pequeña—. Es... ¿No lo habéis notado?

—¿El qué? —cuestiono, porque me espero cualquier cosa. Porque Llara es... Llara. Demasiado perceptiva. Demasiado extraña, a veces.

—No lo sé explicar. Pero era... No sé. Como si ya nos conociéramos. Me parecía... familiar. Era como si...

—Por favor, Llara, no empieces —se queja su hermana—. Era una niña normal que se ha acojonado ante cuatro extraños mirándola.

—Esa boca, Marta. —Ay, me encanta decirle eso cuando utiliza un lenguaje no muy acertado. Solo para compensar las veces que ella me lo dice a mí.

—Mamá... —replica poniendo los ojos en blanco—. Lo que tengo que oír, eh.

Y, con las mismas, sube el metro que la separa de sus cosas, recoge la toalla y comienza a secarse, después de desprenderse del corto traje de neopreno que le obligué a usar. Sí, soy un poco mamá leona, sí.

Oigo a Chema reírse por lo bajo, pero lo ignoro. Será capullo... Así que me centro en Llara, que sigue en el mismo sitio, observando a la niña en la distancia.

—¿Estás bien, cariño?

Ella se encoge de hombros y me sonrío con timidez.

—Sí, mamá. Será lo que dice Marta. Tonterías mías.

—No, tú no sientes tonterías. Y lo sabes.

—Gracias por pensar así. Pero... no es nada. De verdad. —Y, tras una leve sonrisa, camina hacia su hermana, dejándome un regusto raro en la boca del estómago.

—No la alientes —susurra Chema en mi oído.

—No lo hago. Es solo que... Joder, cariño... De distinta manera, pero sí que has tenido unas hijas de lo más especiales, eh. ¿Seguro que quieres ir a por el tercero? Mira que puede salirnos raro del todo.

Él se troncha y me abraza muy fuerte, para luego tirar de mí y ponerme en pie.

—Nunca he estado de nada tan seguro, pelirroja —susurra agarrándome por la cintura—. Y pensé que a eso ya habías dicho que sí, así que ahora no te retractes.

—Y no voy a hacerlo. Aunque sabes que para mí... ellas... —giro la cara hacia Llara y Marta y sonrío— son mías, Chema. Ni pariéndolas las hubiese querido más.

—Lo sé, mi amor.

—Y... tampoco es que me haga demasiada ilusión el hecho de parir, si te digo la verdad.

Él mueve despacio la boca en una maliciosa sonrisa, pero termina partiéndose de risa. A carcajadas.

—Mi Laura valiente. ¿Dónde está?

—Vete a...

Me hace callar acunando con sus manos mi cara antes de besarme con infinito cariño. Aprieta su boca contra la mía durante mucho tiempo, en un beso nada sexual pero sí intenso, como todo lo que nosotros hacemos.

Intenso, como se ha puesto con el tema de la boda y del bebé.

Estas últimas Navidades, quizá por culpa de lo familiar de las fechas, me pidió matrimonio y un hijo, todo a la vez. Me quedé traspuesta, la verdad. Pensé que con dos eran más que suficientes, porque desde el principio las consideré tan mías como eran de él. Como de Clara. Eran hijas de los tres. Y lo de la boda, pues eso... Buf... Para mí no era esencial. Solo era un puñetero papel. Y darle el gusto a la bruja de mi suegra.

Yo ya era feliz, inmensamente feliz. El negocio nos va genial. Mejor de lo esperado. No solo nuestra clientela abarca también a los pueblos vecinos, sino que, gracias al boca a boca, incluso me ha salido algún trabajillo de lo mío en Luarca o Cudillero. Mi reputación llegó hasta Avilés, donde decoré la casa de unos empresarios, amigos de una de mis mejores clientas. Por otra parte, no habría podido tener una socia mejor. Lidia es un encanto, tanto dentro como fuera de la tienda. Y aporta esa sensatez y ese saber estar que, en ocasiones, a mí me falla.

Así que, cuando oí su propuesta, lo único que pensé fue en lo feliz que ya era. Con él, con las niñas, en mi trabajo. ¿Para qué complicarse?

Me negué. Y a mi manera. Con aspavientos y exclamaciones fuera de tono. Chema, aunque muy decepcionado, no insistió en ese momento, pero empezó una batalla sin cuartel. Día sí, día también, me describía cómo sería un hijo de los dos, sus características físicas, su carácter... Quería que saliera a mí en todo. Y si salía a él, tampoco le parecía nada mal. Tanto empeño puso a la causa que hasta me regaló un llavero de plata con dos patucos. Ese día casi lo mato. Como el día que se inventó que había cambiado mis pastillas anticonceptivas por aspirinas. De hecho, pese a que luego lo negé, fui a la farmacia a por otra caja, por si las moscas.

El caso es que, con mosqueos incluidos y todo, yo comencé a verme con un bebé en brazos. Un bebé muy tranquilo, regordete y con los ojos de su padre. Y el día que, delante del espejo, me puse un cojín bajo el jersey, supe que ya había tomado una decisión. Así que le dije que sí, claro. Que podíamos iniciar esa misma noche la búsqueda de ese deseado hijo.

Me dijo que no. Él. Él me dijo que no. Que sin boda, nada de bebé. Que lo quería todo. En esa ocasión casi lo asesino con el cuchillo con el que picaba patatas. ¿Y tenía o no razón? Seguro que cualquier juez me habría absuelto.

Y así estamos desde entonces, y de esto ya hace cuatro meses.

—Mira... No puede ser tan malo. Todas acaban repitiendo —dice en cuanto se despega de mis labios, coge mi barbilla y me hace mirar hacia arriba.

A unos pocos metros de nosotros, Nela, que no debe de haber llegado hace mucho, embadurna en crema protectora a Iván. El pequeño da saltitos, inquieto por irse al agua, lo que me hace sonreír. Sentado a su lado, Colás sostiene en brazos al pequeño Hugo, de apenas tres meses de edad. Con una mano plantada en el culo del bebé mientras con la otra le sujeta la nuca y lo apoya en su hombro, le da instrucciones al padrino del mismo, su hermano, para más señas, de cómo debe colocar la hamaca bajo la sombrilla. Julián refunfuña, lo oigo desde aquí, aunque Teresa, de pie y con las manos apoyadas en su inmensa barriga de ocho meses de embarazo, debe de encontrar muy graciosa la situación, porque se ríe a gusto. Sí, otra que ha tardado lo suyo en decidirse a aumentar la familia. Que se plantaba con Sofí, decía, la que ahora está tirada en una toalla boca abajo, con los cascos puestos y la mitad de sus piernas en el aire, moviéndolas al compás de la música. Pues no, según sus palabras textuales, su reloj biológico volvió a sonar con todas las alarmas al ver que se le pasaba el arroz.

A pesar de observar la escena con una sonrisa llena de ternura, solo por fastidiar, porque soy así de malvada, vuelvo la vista hacia Chema y me encojo de hombros.

—Ya sabes... El masoquismo está de moda.

Él se ríe por lo bajo, seguro que por no llorar, y, cogiéndome de una mano, comienza a andar hacia ellos.

—Serás bruja... —lo oigo mascullar cuando pasamos por delante de sus hijas, que hacen malabarismos para cambiarse tapándose con una toalla.

—Pero esta bruja te adora.

—Ya, ya.

—Mira, hasta estoy dispuesta a casarme contigo. Por pesado, eso sí, pero lo estoy —suelto, sin pensar. Porque hasta yo sé que podía haber esperado un momento más romántico para decírselo. En medio de un polvo, por ejemplo.

Chema frena en seco. Incluso derrapa un poco, lo que me hace reír. Se da media vuelta y me mira muy serio.

—¿De verdad?

—Sí, por no oírte, ya sabes.

Se acerca mucho y me empotra contra él.

—Venga, pelirroja, que puedes mostrar más entusiasmo. Inténtalo.

Ruedo los ojos y compongo un mohín travieso.

—Vale, me caso contigo, aunque lo de contentar a tu madre me jode bastante.

Chema hace verdaderos esfuerzos para disimular la risa, pero me aprieta todavía más contra él y ronronea.

—Vamos, que puedes hacerlo infinitamente mejor. Dime un sí bonito, Laura.

Oh, qué tierno.

—Sí, cariño, quiero casarme contigo. Porque te quiero. Y no creo que haya nadie que me aguante lo que tú.

Ahora sí se ríe. Con ganas.

—Es un placer hacerlo, cariño. Es un placer tan grande que... Joder...

Me levanta en vilo y no se reprime ni un poco a la hora de gritar como un loco.

—¡Ha dicho que sí! ¡Ha dicho que sí!

Me tapo la cara con las manos, más divertida que abochornada. Dios, este hombre le ha cogido el gusto a dar el espectáculo. Llegan hasta nosotros los abucheos de nuestros amigos, de todos. Y las niñas comienzan a reírse.

—¡Joder, por fin! —Y ese es Pedro, que llega a la playa casi arrastrando a su mujer de la mano y corriendo detrás de los mellizos, Telma y Luis, que, con tres años escasos, tienen más energía que si fuesen quintillizos. Y eso son palabras de su madre.

Aunque, con los nombrecitos que les han puesto, se lo han buscado. Y no, ni siquiera les gusta la película. De hecho, el día que nos confirmaron los nombres, poco antes de que nacieran, y yo les hice ver la coincidencia, fliparon un poco. Claro que después Pedro se murió de la risa, mientras la futura mamá, apesadumbrada, ya estaba pensando en cambiarlos. Él se negó en redondo. Que les había llevado meses decidirse, que eran nombres que les gustaban a los dos y que, si sus hijos iban a dar que hablar, era mejor que empezaran de bien pequeños.

El tema quedó resuelto con la sonrisa enamorada que le dedicó su mujer. Su mujer... Eso sí que fue una sorpresa en sí.

—¡No os olvidéis de poner langosta! ¡Aunque me conformo con bogavante, eh! —Y ahí está nuestro bruto particular, Julián.

—Y, por Dios, no se os ocurra casaros antes de que dé a luz. Y dadme unos meses para recuperarme. Ahora un poco más no os supone nada. —Su mujer, siempre tan mandona.

—¡Felicidades, chicos! —Colás y Nela, a dúo.

Me río. Chema se ríe. Y riéndonos, nos comemos a besos. Nuestras lenguas se buscan con la locura de la primera vez, mientras nuestro sabor se ha vuelto más exquisito, porque ahora sabe a casa, a hogar, a respeto, a discusiones siempre resueltas, a noches acurrucados, a confesiones que nadie se creería, a amor, con mayúsculas, en negrita y, si me pongo chula, también en cursiva, coño.

—Oh, no... ¿Vosotros sabéis cuantos gérmenes se contagian haciendo eso? Millones de bacterias... Pero muchos millones y en pocos segundos. Ay, ¿es que no escucháis?

«Sí, Marta, cariño, es imposible no escucharte, pero me importa un pimiento».

Y a Chema, ídem de lienzo, porque lo profundiza todavía más, gira conmigo una vuelta completa y después me deposita en el suelo y se ríe en mi boca cuando la listilla esa sigue despotricando.

—Si no lo hacéis por eso, hacedlo por vergüenza, por favor. Esto no es normal, de verdad. Ninguno de los padres de mis amigas se comporta así.

—Ay, Marta, déjalos —dice su hermana—. Es tan bonito verlos... Míralos, están enamorados.

—Y calientes como ascuas. Buscaos un hotel, coño. —El poli todavía no ha aprendido a cortarse, ni con niños delante.

Chema succiona mi labio inferior y me guiña un ojo.

Yo sonrío con toda la boca y vuelvo a por la suya. Que les den a todos.

—Ay, cariño, no digas eso. ¿No ves que están celebrándolo entusiasmados? —le dice su mujer.

—Sí, demasiado entusiasmados, diría yo —se burla Pedro—. Aunque... ¿quieres tú también celebrarlo, preciosa?

—Ni se te ocurra. Aleja esas manos y esa boca, que eres un peligro. —Ríe ella.

—Cuando subáis, procura venir detrás de Laura, y bien pegadito —se guasea Julián.

Suelto una carcajada que se traga Chema. Y continuamos riéndonos así, todavía rozándonos con nuestros labios.

—Y subid ya, que tengo hambre —nos informa Teresa.

—Tú últimamente siempre tienes hambre, cuñada. Y oye, Rubio, también puedes dejarnos atisbar el material, a mí no me molesta —chinchu Nela.

—Cariño, por favor... —la reprende nuestro prudente y discreto Colás.

—Oh, no seas aguafiestas.

—¿Qué material quiere ver? —se interesa Llara.

—No preguntes —le contesta su hermana.

Yo me río más alto, abrazo a mi futuro marido y entierro mi cara en su pecho para calmar mis carcajadas. Él besa mi pelo, todavía entre risas, y lo huele con ganas, como hace siempre. Entonces cierro los ojos y sonrío, tantísimo que hasta me duele la boca.

Joder, esto es la felicidad, qué coño.

Esto es lo que quiero el resto de mi vida.

Con él, siempre con él. A su verita.

Giro la cara un pelín y aprieto más los parpados.

«Clara, cariño, estés donde estés, te quiero. Ojalá nos pudieras ver ahora. Tan felices. Sé que estarías sonriendo y contenta por nosotros. Te lo estoy cuidando, ¿ves? Y él a mí».

Suspiro y abro los ojos, embargada por una plenitud tal que es como si la sintiera a mi lado. Hablándome. Diciéndome que todo va a ir bien. Que este es solo el principio de todo lo que nos merecemos.

Pero únicamente es una ilusión, lo sé. Hace mucho que ella se fue.

A la que sí veo es a esa niña, Diana, acucillada en la arena y mirándonos de nuevo. Aunque

ahora no parece asustada, sino todo lo contrario. Nos observa sonriendo, con una expresión casi beatífica en su cara. Joder, parece un ángel, con el sol iluminándola desde atrás y su pelo rubio ensortijándose alrededor de su rostro. Luego, un pelín avergonzada, aparta la mirada y sigue llenando su cubo, muy cerca de un castillo a medio hacer.

Y yo me apretujo más contra Chema. Sintiéndome, entre sus brazos, completa.

EPÍLOGO

Madrid, Navidades del 2040.

Marta

*«Dejar atrás para seguir adelante.
Perder para ganar, perdonar para vivir.
Pero recordar siempre. Las risas. Las lágrimas.
Las culpables de cada surco que arrugará tu rostro.
Esa es la vida. Mágica, desconcertante.
Eterna. Aunque tú ya no estés en ella».*

A pesar de que no soy mucho de sensiblerías, tengo que reconocer que un escalofrío recorre mi cuerpo en cuanto leo esas líneas. La sinopsis de la novela que tengo en mis manos. *Esa vida que no te pertenece*, de Diana Figueroa.

Sacudiendo la cabeza y reprendiéndome por semejante tontería, coloco el libro sobre el montón de ellos, iguales, que hay encima de la mesa y me giro para mirar hacia la cola formada para que la autora firme sus ejemplares. ¡Joder, es inmensa!

Resignada, me encojo de hombros, porque no me quedará otra que esperar si quiero conseguir un autógrafo, pero malditas las ganas que tengo de hacerlo. Si no fuese porque a Llara le fascinan sus novelas, y si la mala suerte no hubiese hecho que justo hoy se encontrase aquí... Sí, mala suerte. Porque si la famosa Diana no estuviese ahí sentada, yo no me sentiría culpable por regalarle la novela sin su firma. De hecho, si no se lo digo, Llara nunca se enterará y se alegrará igualmente al ver el libro que quería por Navidad.

Bufo, sabiendo que no voy a hacer tal cosa. Porque ahora es tarde, ahora yo sé que puedo hacerlo todavía mejor. Que puedo, además de sacarle una sonrisa, arrancarle un grito de júbilo cuando vea que lleva una dedicatoria para ella del puño y letra de su escritora favorita. Alguien a quien busco con la vista por simple curiosidad. Y a la que encuentro observándome de una forma un tanto... vehemente.

Le agunto la mirada, porque, sin saber muy bien por qué, tampoco soy capaz de retirarla. Extraña... Esa es la palabra exacta para describir cómo me siento. Estoy segurísima de que es la primera vez que la veo, pero... Pero también es verdad que me resulta familiar, conocida...

Es más joven que yo. No sé cuánto más, pero indiscutiblemente más joven. Su pelo es de un color muy similar al mío, rubio oscuro, y lo lleva cortado a la altura de los hombros con la raya al medio. Tiene los ojos azules y un rostro de belleza serena. Vamos, que es guapa pero no llamativa, sino, más bien, científica y armoniosamente perfecta. Sin embargo, también tiene ese algo más, aunque no sé decir qué.

Vaya, estoy desvariando. Seguro que lo que sucede es que se parece a alguien que ahora mismo no recuerdo. O quizá haya visto su foto en algún sitio. Sí, será eso. Ya me acordaré. Desde luego que lo haré.

Y aprovechando que es ella la que retira sus ojos de los míos para dirigirlos al chico que está a su lado, me giro con ímpetu y siento mi trenza rebotar sobre mi espalda. Me prometo volver más tarde, a ver si la fila ha menguado un poco. Que va a tener razón Llara y sus libros son increíbles, porque, si no, no me explico tal cantidad de gente esperando por un minuto de su tiempo.

Aunque, ahora, después de leer la sinopsis, sí entiendo por qué a Llara le gusta tanto. Supongo que sus novelas son emotivas y sentimentales, tanto como lo es mi hermana. Incluso creo que pecan de espirituales y contemplativas, como también lo hace Llara. Mística, así nos ha salido la niña. Tan diferente a mí que hasta tiene su gracia.

Famosos son nuestros debates con Clara, nuestra hermana pequeña, en el papel de testigo y, en ocasiones, moderadora. Y menos mal que, pese a ser la más pequeña, tiene tanto carácter como las dos juntas y nos hace frenar, porque sí, se nos ha ido de las manos alguna vez. Llara es tan... espiritual. Y yo tengo los pies tan clavados en la tierra que nuestros contrastes no pueden dejar de ser excesivos.

Como dice su marido, en lo único que nos parecemos es en que ninguna de las dos cede nunca un mínimo su postura. Y eso que Llara es mucho más dulce y pacífica que yo, pero no se achanta a la hora de defender sus ideas. Unas que siempre tuvo muy claras. Como ser maestra en el colegio en el que ella estudió, cosa que consiguió. O conquistar a ese senderista malagueño que llegó un verano a El Pilar buscando rutas distintas y que se enamoró de las dos. De la localidad y de Llara. Solo les llevó tres meses enamorarse, casarse y concebir su primer niño. Y ya tienen tres. Aunque a ninguno de nosotros nos sorprendería el anuncio de otro embarazo un día de estos.

En fin... Que no podemos ser más distintas, en serio. Pero eso no impide que nos queramos. Y muchísimo. Yo la adoro con todo mi cerebro... Sonríe para mí al pensar que oírme decir algo así ya sería motivo de otra discusión. Ella dice quererme con todo el corazón, con toda su alma... Y eso son tonterías. Es en el cerebro donde se construyen y se guardan los afectos, pero no hay manera de hacérselo entender.

En realidad, da igual. Lo que importa es el amor que nos tenemos. Todos. Mi familia es maravillosa, tierna, cariñosa, zalamera... De esas que hasta resultan empalagosas. En ese aspecto, soy un poco la oveja negra, pero también sé que eso les causa más diversión que pesar. Como siempre comenta la pequeñaja de casa, somos una piña, y yo la dureza de su interior. Esa parte que la mayoría de la gente aparta a un lado y que a mí, y no es por fastidiar, me encanta.

La pequeñaja... Otra que, si me oye, se me rebela.

«Que ya tengo casi veinte», me diría, muy resuelta. Y tiene razón. Pero para mí Clara siempre será la niñita, el bebé que desesperó a mamá con sus llantos hasta que cumplió casi los dos años. Recuerdo aquella época con una mezcla de ternura y desesperación. A mi padre consolando a mi madre, en vez de a la niña. A mi madre diciéndole a mi padre que la próxima vez que sintiera deseos de aumentar la familia adoptarían a alguien ya crecídito. Los suspiros de alivio cuando lograban dormirla. Las risas cuando el cansancio nos superaba. Los turnos entre todos para concederles a mis padres unas pocas horas a solas, que se las merecían.

Paseando por los pasillos de la sección de deportes, busco algo para Clara, alias pequeñaja, alias la deportista de casa, que por algo se decidió a estudiar INEF, y me recreo pensando que lo de mis padres tampoco es muy normal.

Ahora incluso me atrevo a burlarme un poco de ellos. Eso, cuando no me los quedo mirando con orgullo, pero cuando era una adolescente... Uy, ahí pasaba hasta vergüenza. Creo que ni se dan cuenta de lo sobones que son el uno con el otro. Son incapaces de estar juntos en el mismo cuarto sin tocarse. Y también supongo que no son conscientes de las calientes miradas que se lanzan sin venir a cuento, o de que ella ha hecho del regazo de él el mejor sillón. Y lo mejor, sin duda, o lo peor, según se mire, es lo de la manita de mi padre, que se pasa más tiempo sobre las nalgas de su mujer que en otro lugar. Es tenerla cerca y ahí está, con la manaza plantada en su culo, por favor.

Así el primer novio que les presenté les pareció alguien frío. Quizá porque sí lo era, en realidad. Pero también porque los contemplaba incrédulo, incluso abochornado... Y eso que ya lo llevé avisado.

—Lo de tus padres es química. Brutal y absoluta.

Esa fue la frase de mi marido cuando los conoció. Y si lo dice él, que es catedrático de eso

mismo, pues voy yo y me lo creo, claro.

Sobre todo porque nosotros también tenemos la nuestra. Quizá no la exteriorizamos como mis padres, pero seguro que la disfrutamos por igual.

Saco la tarjeta para pagar la pala de pádel por la que Clara suspira y me cruzo de brazos mientras me la empaquetan para regalo, pensando en que creo que ya lo tengo todo.

Juguetes para los niños, una brújula antigua para mi cuñado, la noche en un hotel spa para mis padres... Bueno, las dos noches. Que, cuando Llara se enteró, la idea le pareció tan buena que no tardó en ampliarla a otra. Y después de hablar con Sofi y su hermana, Iván, Hugo y los mellizos, ni siquiera irán solos, pues todos ellos también reservaron en el mismo hotel y en las mismas fechas para sus padres. Y lo que venía siendo una noche romántica, lo convertimos en un fin de semanas de amigos. Algo que creo, y no me equivoco, les hará todavía más ilusión, pues la relación entre esos ocho sigue siendo absolutamente envidiable.

En fin, a lo que iba. Los regalos... Ya he comprado los de mis amigos, los de mis abuelos y...

Oh, joder... Me falta todavía el de mi abuela. ¡Leches! Siempre la dejo para el final porque no sé qué narices comprarle y por poco este año se me olvida. Pero es que ese sí que es difícil... ¿Qué le regalo a mi abuela Adela? ¿Qué?

Porque esta mujer lo que es fácil... pues no es. Le lleve lo que le lleve, seguro que tiene algo que decir. Y no será bueno. Luego esconderá una sonrisa agradecida y lo usará, pero, en principio, tenemos que oírla. Todos.

Si yo soy la dureza de la piña, ella es la corteza, con cada uno de esos pinchitos que sobresalen.

Es un placer casi morboso verla interactuar con mi madre. Parecen el perro y el gato, pero, en el fondo y después de tantos años, se profesan un cariño mutuo que ninguna demuestra ni admite. Al menos, no delante de la otra.

Recuerdo una ocasión en especial, cuando yo tenía catorce años, en la que mi madre estuvo cuidándola durante más de una semana debido a una neumonía que la postró en la cama. Todos nos cansamos de oír sus protestas y alguna que otra discusión, porque mamá tampoco es de las que se callan, precisamente. Pero una tarde en la que yo hacía los deberes en el mismo cuarto, observé algo muy curioso. Mi madre subió a llevarle la merienda, la incorporó, la ayudó a tomársela y luego la arropó con la manta antes de darle un beso en la mejilla.

—Oh, por Dios, tanto beso y tanto beso —masculló mi abuela en cuanto mamá salió por la puerta, ignorando el comentario. Pero fue perderla de vista y la misma, esa señora fría y déspota, sonrió con cariño y se llevó la mano a la cara, al lugar justo que había sido besado.

—Abuela, ¿por qué tratas tan mal a mamá si...?

—No es tu madre, Marta. Estoy cansada de repetírtelo, es tu tía.

—Ya, ya sé —contesté, también harta de oírle la dichosa frase. Sí, biológicamente era mi tía, pero desde que papá nos había dado permiso, hacía ya muchos años, llamarla mamá era nuestra manera de demostrarle que no la queríamos menos por no serlo de verdad—. Pero ahora no estamos hablando de eso. ¿Por qué te comportas así? Tú la quieres... No entiendo ese empeño en demostrarle que no.

—Claro que la quiero. ¡Qué tontería! Es solo costumbre, niña, tú no lo entiendes. A la gente no puedes darle todo hecho, tienen que ganárselo.

—¿Y crees que mamá no se lo ha ganado?

—Oh, sí, Laura tiene el cielo ganado, criatura. Pero no se te ocurra decírselo. Flaco favor harías subiendo más esas ínfulas que se gasta. —Arrugó el ceño y frunció la boca, pensativa, antes de continuar—. Y el día que aprenda a vestirse como Dios manda...

Resoplé. Por su conducta. Por sus palabras, que ni comprendía ni compartía. Y volví a resoplar. Porque aguantarla era complicado, muy complicado. Sí, de existir el cielo ese en el que cree la mayoría de la gente, con su Dios y sus almas, cosa que no sucede, mi madre se lo tendría ganado, sí.

Al final me decido a comprarle una chaqueta. Siempre se está quejando de que tiene frío, así que resulta bastante apropiada. Y la acompaño con un broche de azabache que veo al pasar por la zona de joyería. Este dejaré que sea Sergio el que se lo dé. A los dos les harán chiribitas los ojos. A mi abuela, porque flaquea ante cada uno de sus bisnietos. Y a mi pequeño, porque ha salido a mi verdadera madre y es tan dulce y bueno... Lo suyo es hacer feliz a la gente.

A su padre y a mí nos tiene enamorados. Ese ser diminuto de solo tres añitos es capaz de convertir a dos inteligentes licenciados en un cúmulo de babas y sonrisas. Quién me lo iba a decir a mí, que me costó tanto decidirme a traer a otro ser humano al mundo.

Sonríó ante las vueltas que da la vida y, ya con todas mis compras de última hora en las manos, vuelvo a la planta baja, donde la cola no es que se haya reducido, sino que ya es inexistente.

De hecho, observo con un poco de preocupación como la tal Diana se levanta en esos momentos de la silla y echa mano al abrigo.

Oh, por favor... No.

Cogiendo un libro casi al vuelo de una de las mesas, camino decidida hacia ella.

—Lo siento, sé que es tarde y seguramente quieres irte, pero...

Ni siquiera acabo la frase. Ella me lanza otra de esas miradas inquietantes y se queda inmóvil. Soy consciente, al instante, de que se le ha acelerado la respiración, de que su piel ha perdido algo de color, de que la que tiene al descubierto se le eriza de repente. También de la mirada preocupada que le dedica su acompañante.

—Oye... ¿te encuentras bien? ¿Estás mareada? Siéntate, por favor. ¿Notas pérdida de fuerza en las extremidades? ¿Sufres de tensión baja? ¿Eres diabética? ¿O quizá...?

—No, nada de eso —me interrumpe apresurada y compone una sonrisa tímida—. ¿Eres médica?

¡Vaya, ¿en qué lo habrá notado?!

—Eh... Sí. Lo siento. Ya sabes, deformación profesional. Pero es que, en serio, creí que no te encontrabas bien. Te has puesto pálida y...

—No, estoy bien, de verdad —me asegura, olvidando el abrigo y dejándose caer en la silla mientras me tiende la mano—. ¿Quieres que...?

—¿Qué? —La miro, confusa.

—¿Que te lo firme?

Llevo los ojos a mis manos, donde sigue el libro. Oh, qué tonta...

—Sí, sí, claro. Si no es mucha molestia. Estuve antes aquí, pero...

—Sí, ya te vi.

Aunque es admirable su memoria, no le doy demasiada importancia a su frase y comienzo a disculparme, un poco avergonzada.

—Tenía otras compras que hacer y no quise ponerme a la cola y por poco... Lo siento, de veras. Pensarás que...

—No, no, no pienso nada. En todo caso, que eres una mujer ocupada. ¿Médica, has dicho? ¿De qué especialidad?

—Bueno... Me dedico a la investigación. Mi equipo y yo somos esos bichos raros que estudian las enfermedades poco comunes y tratan de dar con una cura para ellas.

—Vaya... Como suele decirse..., sois pocos pero valientes.

Me echo a reír.

—Sí, o pecamos de soberbios, como diría mi abuela Adela. Pero alguien tiene que ocuparse de ello, ¿no? Y eso son palabras de mis padres.

—Estarán muy orgullosos de tu labor —comenta ella mientras me mira con fijeza.

—Sí, lo están —respondo con una sonrisa—. Ellos... Tengo la suerte de que siempre apoyan cada una de mis decisiones, aunque también he de decir que, la mayoría de las veces, aun sin comprenderlas.

Y en cuanto digo eso, me encuentro pensando qué narices hago confesándole todo esto a una desconocida. Yo no soy abierta por naturaleza, ni siquiera una persona de esas que habla por el simple placer de socializar. Sin embargo, con ella me resulta tan sencillo...

—Eso es lo bonito, ¿no crees? Que, aun así, siempre estén ahí. No hay nada como la familia, Marta. —Sonríe—. La de nacimiento y la que uno mismo forma —prosigue, mirando con adoración al chico que sigue ahí, a su lado.

—Sí, supongo que tienes razón. —Y entonces, caigo en algo—. Pero... ¿cómo sabes mi nombre? ¿Nos conocemos?

Ella entrecierra los labios y abre mucho los ojos. Traga saliva y comienza a golpear el bolígrafo contra la mesa con nerviosismo.

—No. Creo que no. Pero... —Se calla, sin saber cómo continuar. Y cuando yo estrecho mis ojos, desconcertada y un poco mosqueada, baja su mirada a la mesa, de nuevo pálida. Y juraría que abochornada.

—Verás... Marta. Ha acertado, ¿no? —interviene su acompañante, mientras se pone en pie y me tiende una mano que, en principio, no acepto—. Yo soy David, su marido y su editor.

Llevo mi mano a la suya muy despacio, porque no quiero ser maleducada, pero estoy demasiado sorprendida y perpleja ante todo esto.

—Encantada. Y sí, mi nombre es Marta.

—Un placer, Marta. Diana no suele equivocarse a menudo —dice él con una sonrisa, y le echa una mirada de puro amor a su mujer—. Ella es un pelín... especial. Supongo que como científica te costará creerlo, pero a veces sabe cosas que no debería saber, así, de pronto. Y también pensarás que estamos un poco locos por admitir esto ante ti, toda una desconocida, pero, por alguna razón, parece ser que ya no lo eres tanto, ¿no?

Patidifusa, lo miro con los ojos como platos.

Vamos, han dado con la indicada para que pueda creer en este tipo de cosas, sí. Pero, como en el fondo yo también noto algo raro en el ambiente, no salgo corriendo.

—En fin... Sí, me cuesta... creerlo.

—Ya, no te preocupes. No me ofendes —vuelve a hablar Diana, un poco más recompuesta.

—Tampoco era mi intención.

—Lo sé. —Sonríe ella, abriendo el libro—. Será mejor que...

—Espera —la freno, antes de que comience a escribir—. El libro no es para mí. Es para mi hermana, Llara.

—¿Llara? Ese nombre... —Su palidez es de nuevo casi enfermiza, lo que empieza a preocuparme en serio—. Ese nombre no es muy común.

—No, no lo es. Es cierto. Oye, ¿seguro que te encuentras bien?

—Sí, sí. ¿Tienes más hermanos? —sigue preguntando, al descuido. O creo que eso es lo que pretende, pero a mí esto ya me parece un interrogatorio en toda regla. Aunque contesto con una sonrisa, oye, lo que todavía es más extraño.

—Sí, tengo otra. Más pequeña. Clara.

Diana traga saliva y me observa fascinada.

—Clara...

—Sí. —Arqueo las cejas ante la manera de pronunciar el nombre. En un susurro ahogado. Sorprendido. Maravillado.

—Le pusieron Clara... —vuelve a murmurar, esta vez todavía más bajito, sin apartar sus ojos de los míos. Y yo elevo las cejas aún más, alucinada.

—¿Qué...? ¿Qué has dicho?

—Eh... Nada, nada. —Fuerza una sonrisa y continúa aparentando una profesionalidad que, creo, está muy lejos de sentir—. ¿Así que el libro dices que es para Llara?

—Sí. Y si pudieras escribirle una pequeña dedicatoria, una simple frase o algo, te lo agradecería mucho. Se ha leído todas tus novelas y...

—Tú no, ¿verdad? —suelta ella, ahora derrochando naturalidad, un pelín de diversión y una curiosidad aplastante. Esta mujer es muy rara. Pero mucho.

—No, yo no. Lo siento.

—Oh, no tienes por qué hacerlo, faltaría más. ¿Así que para Llara? ¿De quién ha heredado la afición a la lectura? ¿De vuestros padres, tal vez?

—No, no... —Me río. Y acabo bromeando—. Ellos, en todo caso, se esperan a que salga la película.

Los dos dejan escapar una carcajada a la vez y luego intentan ponerse serios, tan compenetrados que me hacen sonreír.

—Pues también es una forma de arte —comenta David, imitando mi sonrisa.

—Sí, desde luego —digo.

—¿A qué se dedican, Marta? ¿Alguno de ellos es médico, como tú? —prosigue él.

—No, papá es constructor y ella es decoradora, tiene una tienda y... Hace un poco de todo. Es una todoterreno. Es mucha Laura.

—Y en realidad no es tu madre, ¿verdad? —susurra Diana en cuanto dejo de hablar.

—¿Qué? —pregunto, pasmada. A ver, que un acierto vale, pero dos... Esto ya es surrealista. Así que trato de buscarle una explicación. ¿Lo adivinaría al llamarla por su nombre? Sí, quizá haya sido eso. Algo que no sé por qué he hecho. Nunca lo hago. No tiene sentido. ¡Maldita sea! ¿Qué carajo está pasando?

—Perdona, no es asunto mío. Olvídalo, por favor —ruega ella, que parece tan sorprendida como yo. Y casi más impactada.

De hecho, observo como el bolígrafo tiembla en sus manos y su cara... Su cara ha vuelto a perder todo el color, joder. Pero eso no me impide ser yo ahora la que pregunte.

—No, no quiero olvidarlo. ¿Cómo sabes...?

Ella coge mucho aire y cierra los ojos un instante.

—Fue intuición. Nada más. A él lo llamaste papá y a ella, ya sabes... Simplemente fue una percepción sin importancia.

¿Sin importancia? ¿Y qué se supone que sé? No, yo no sé nada. Ay, que esto comienza a dar repelús. Y yo soy la persona más escéptica que te puedes encontrar en el mundo, a mí nunca me suceden estas cosas. A Llara, sí. O eso dice...

—Sí, da mal rollo, lo sé —comenta David y me guiña un ojo—. Créeme, sé a la perfección qué estás sintiendo ahora mismo. Convivo con ello a diario.

Sonríó algo tensa, mientras miro a Diana, que está escribiendo ya algo en la primera página del libro. Aunque, la verdad, debe de estar haciéndolo por inercia, porque su atención parece centrada en nosotros, mientras le reprocha con humor a su marido el último comentario y se

disculpa conmigo por la impresión que haya podido causarme.

Niego con la cabeza para quitarle importancia a la cuestión, pensando, no demasiado contenta, que estará escribiendo una dedicatoria ya preparada, seguramente la misma que lleva plasmando durante toda la tarde. Aunque también es normal... ¿Quién improvisa algo así para decenas de personas y logra que sean distintas y originales?

—Bien... Aquí tienes, Marta. Ha sido un placer conocerte. Y, en serio, no es una frase hecha. Me ha encantado hacerlo, de verdad —dice, un ratito después, mientras se levanta y me entrega el libro.

—Gracias. E igualmente. A pesar de que, si soy del todo sincera contigo, esta ha sido la conversación más extraña que he mantenido en mi vida.

Ella se ríe y rodea la mesa para sorprenderme con un abrazo tan cargado de ternura que me hace sentir incómoda.

—Lo sé —susurra, mientras me aprieta contra ella. Y al soltarme y apartarse un paso, se muerde el labio inferior, nerviosa—. Cuídate, Marta. Y cuida a los tuyos, por favor.

—Claro —respondo, aturdida y turbada—. Lo haré. Por descontado.

—Eso también lo sé —susurra, ya girándose para volver junto a su marido, que la espera con una mano estirada hacia ella. Mano que la escritora agarra con fuerza, como si necesitara un consuelo del que yo no alcanzo a comprender el porqué.

Extrañada y un tanto atónita, me encamino a la salida del centro comercial después de pasar por caja y pagar el volumen. Ni siquiera pido que me lo envuelvan. De pronto, solo quiero salir de aquí.

Atravieso las inmensas puertas acristaladas, que se abren solas al percibirme, e inhalo una gran bocanada de aire al encontrarme en la calle, donde la noche ya ha caído pese a que no es muy tarde.

Por todas las vacunas del mundo... ¿Qué narices acaba de suceder ahí dentro?

Casi con prisas, aprovecho que estoy bajo una farola para abrir el libro. No me paro a analizar la necesidad que se me acaba de despertar por leer lo que sea que haya escrito en él. Simplemente, lo hago.

Paseo mis ojos por sus letras, formo las palabras, asimilo las frases. Y...

—Dios mío, Dios mío, Dios mío... —me escucho repetir, como una plegaria, el nombre de ese ser en el que no creo.

Y por si mi imaginación me ha jugado una mala pasada, vuelvo a leerlo. Pero no. No me he imaginado nada. Nada.

«Para Llara, con todo mi amor.

Gracias. Gracias por leerme. No alcanzarás a saber nunca lo mucho que significa para mí.

Ojalá la disfrutes tanto como lo he hecho yo escribiéndola.

Ojalá te lleve a aquella época en la que eras niña. En la que todo era más fácil. En la que todo era un poco más mágico.

No pierdas nunca tu esencia, tomatito. Nunca.

No la pierdas, por favor.

Y ayuda a tu hermana a comprender».

Diana Figueroa.

Aturdida y con un nudo enorme en la garganta, levanto la vista buscando no sé qué. Porque es imposible. Imposible. Pero, sin ser apenas consciente, una palabra ya ha abandonado mis labios.

—¿Mamá?

AGRADECIMIENTOS

Os confieso que, al escribir estas palabras, me siento igual que cuando me acosté tras la celebración de mi boda. Tantos meses preparando un día tan especial, idealizándolo, soñándolo y, cuando terminó, aún entre sonrisas pletóricas —y un pelín frenética—, me sobrevino una angustia incomprensible. Porque ya había pasado. Porque nunca volvería a vivir algo tan mágico, irrepetible. O eso creía.

Comenzáis a daros cuenta de la tara con la que cargo, ¿no?

Pues bien, todo esto viene a que la sensación ahora mismo es muy parecida, sí. He dedicado tantas horas a esta biología, tanto cariño e incluso tantas lágrimas que despedirme de ella me produce sentimientos encontrados. Sí, como todos esos que sufrieron mis protagonistas a lo largo de sus páginas.

Pero, si hay un sentimiento que sobresale por encima de todos los demás, uno que me llena de orgullo sentir, es el agradecimiento. Y es una pena que el castellano, este idioma tan rico en sinónimos, no tenga otra palabra más que «gracias» para poder expresarlo. Porque, en ocasiones, se queda corta.

Así que gracias, en mayúsculas, en negrita y hasta en cursiva, como diría Laura. Gracias a toda esa gente que me apoyó cuando publiqué la primera parte de *Encuentro de almas*. A toda, sin excepción. Así fuera a través de las redes o en persona.

A mi familia. Desde mi marido y mis hijos, mis mayores pilares; mi padre, que me guía desde el cielo; mi madre, que me mantiene los pies sobre la tierra; mi hermana, que soporta mis desvaríos; hasta esa prima que me llamó emocionada al terminar de leerme o esa lejana con la que me reencontré gracias a mi novela. A toda ella. Gracias.

A mis amigos y amigas. A los que veo a menudo y a los que no. Pero a todos los que saben que les pertenece ese título y también que me produce una satisfacción enorme tenerlos en mi vida. Gracias.

A mis vecinos. A mi gente. A mi pueblo. Gracias. Por esa acogida maravillosa. Por ese interés. Por esa presentación tan llena de cariño y emoción. Muchas gracias, Ribeira.

A Abril. Por sufrirme y por ser una profesional como la copa de un pino. Gracias.

A Alexia Jorques, por esas dos portadas increíbles. Gracias.

A todos los que ya conocen la historia o están a punto de hacerlo, porque sois, en realidad, los protagonistas indudables de todo esto. Ojalá la hayáis disfrutado y hayáis podido poneros en la piel de mis personajes. Muchas gracias.

Y para rematar, a mis chicos y chicas de El Pilar, de los que no me podía olvidar en esta ocasión. Gracias. Por evadirme cuando lo necesitaba, por hacerme sonreír, por volverme incluso un poco más tolerante. Por demostrar que la familia no siempre lleva la misma sangre.

Gracias, Clara, por hacer de la magia algo posible.

Laura, gracias por esa fuerza que, a veces, me contagiabas.

Y Chema... Gracias por tu autenticidad, porque no eres perfecto y lo sé, pero eres mi favorito y eso también lo sabes tú.

Os perdono las lágrimas y las frustraciones, porque formaba parte del trato, ¿verdad?

Hoy os digo adiós, aunque sé que será un «hasta luego». Nos volveremos a encontrar en esa novela que estoy escribiendo, pero espero que sepáis disculpar que os mantenga en un segundo plano.

Vuestra historia se acaba aquí, consciente de que no todo el mundo os entenderá, pero esperando que los hayáis hecho «sentir».

SOBRE LA AUTORA

Me llamo Sonia y solo soy alguien con demasiada imaginación.

Desde siempre me ha gustado leer y escribir. Creo que incluso antes de lo conveniente. Encerrarme con un libro o una libreta y un lápiz en mi cuarto nunca era aburrido. A veces, era el mejor plan.

Yo nunca estaba sola. Ni ahora. Y no hablo de la gente que me rodea, sino de esos personajes de las muchas novelas que leo o esos tan míos que se pasean por mi mente.

En definitiva, soy un pelín bicho raro. Lo sé. Me encantan mi casa, mis libros, mi cafetera, mi cama, mi familia y mis amigos. Odio viajar, mirad si soy difícil de entender.

Con un Grado Superior de Administrativo en un cajón, ni siquiera me gustan los números. Quizá por eso siempre me dediqué a otras cosas. A muchas, en realidad.

Nací, me crié y resido, con mi marido y nuestros tres hijos, en Ribeira, un pueblo en plenas Rías Baixas que todo el mundo debería visitar.

Y, si estáis leyendo esto, gracias. Gracias por hacer un poco más grande este sueño.